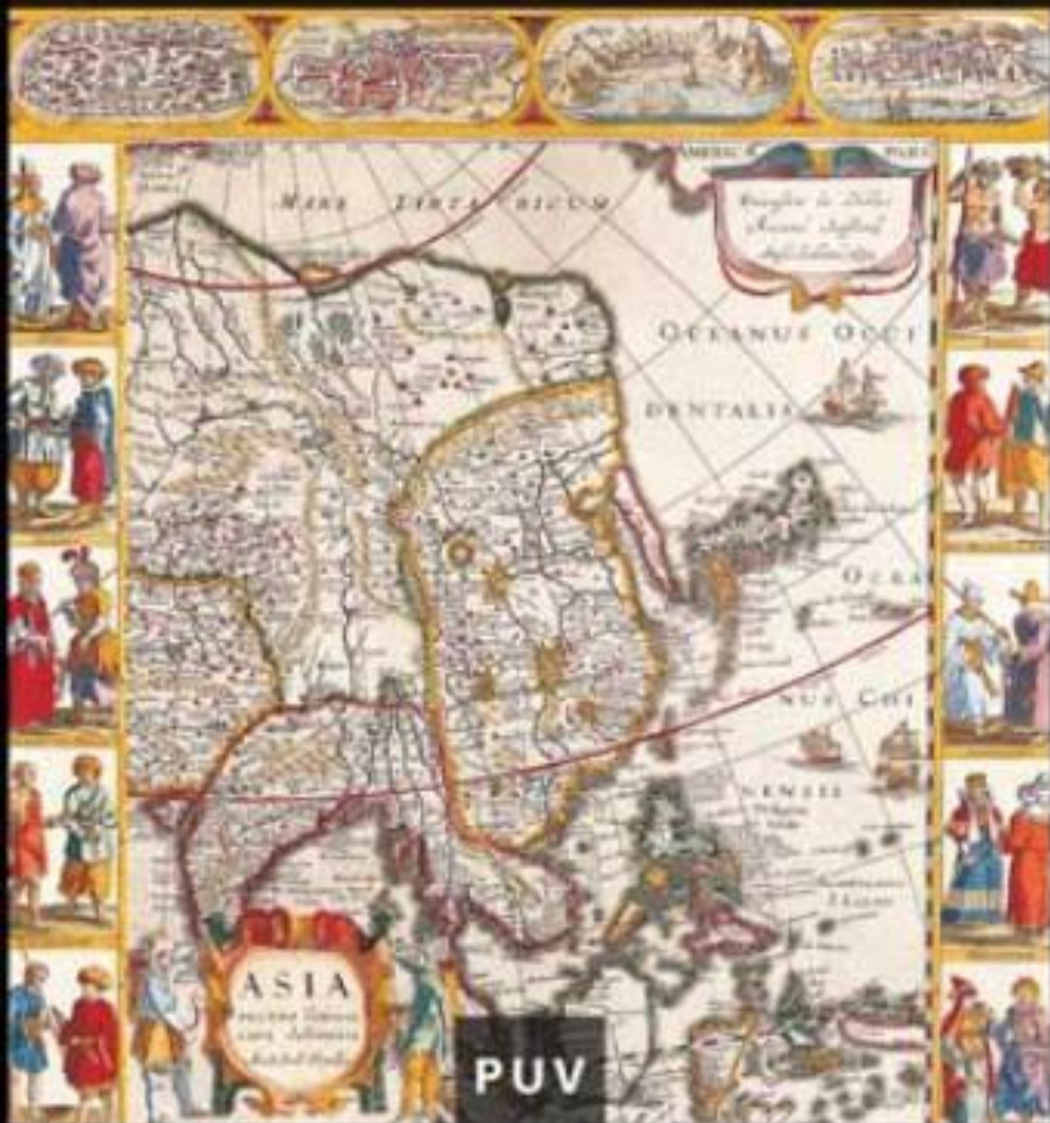
Andre Gunder Frank

RE-ORIENTAR

La economía global en la era del predominio asiático



RE-ORIENTAR

LA ECONOMÍA GLOBAL EN LA ERA DEL PREDOMINIO ASIÁTICO

Andre Gunder Frank

Traducción de Pablo Sánchez León

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

«No hay historia que no sea historia universal, como realmente fue».

Leopold von Ranke

«¡No existe la historia de Europa, lo que hay es una historia del mundo!».

Marc Bloch

«La historia está marcada por los movimientos de un lado a otro a través de la línea imaginaria que divide el Este del Oeste en Eurasia».

Herodoto

«La historia es todas las cosas para todos los hombres (...) El problema metodológico tal vez más importante en la escritura de la historia es descubrir por qué distintos historiadores, sobre la base de unas mismas o similares evidencias, ofrecen a menudo interpretaciones muy diferentes de un acontecimiento histórico concreto».

R. M. Hartwell

«El gran enemigo de la verdad muchas veces no es la mentira –deliberada, y deshonesta– sino el mito, persistente, persuasivo e irreal».

John F. Kennedy

«Oriente/orientar: el Este; lustroso, brillante, preciado; radiante, naciente, emergente; situar o determinar exactamente la posición, establecer o hallar las consecuencias de algo; introducir relaciones entendidas con claridad; dirigirse hacia; determinar dónde y cómo se sitúa uno en relación con lo que le rodea. Girar hacia el Este.
Re-orientar: dar una nueva orientación, reajustar, cambiar de punto de vista».

Extraído de *The Concise Oxford Dictionary*

ÍNDICE

PREFACIO

> Creo que los autores deberían echar una mirada retrospectiva y ofrecernos algún relato de cómo se han ido desarrollando sus trabajos, no porque éstos sean importantes (pueden mostrarse finalmente carentes de relevancia) sino porque necesitamos saber más acerca del proceso de escritura de la historia... Los autores de obras de historia no son simplemente observadores. Ellos mismos son parte de la escena y necesitan observarse a sí mismos en acción.
>
> John King Fairbank (1969, vii)

En este libro pongo cabeza abajo la historiografía eurocéntrica y la teoría social que hemos heredado, y lo hago sirviéndome de una perspectiva «globológica» (el término está tomado del artículo de Albert Bergesen de 1982). Abordo en él la historia económica de la Edad Moderna desde una perspectiva mundial. Mi objetivo es analizar la estructura y la dinámica de todo el sistema económico mundial como tal y no sólo de la parte europea del sistema económico mundial. Pues mi argumento es que debemos analizar el todo, que es más que la suma de sus partes, incluso si sólo aspiramos a dar cuenta del desarrollo de cualquiera de sus partes, como puede ser la parte que representa Europa. Esto es así todavía más en lo relativo al «ascenso de Occidente» pues da la casualidad de que desde una perspectiva global, Asia, y no Europa, fue el continente que ocupó la posición central en dicho sistema a lo largo de la mayor parte de la historia de la Edad Moderna. La pregunta más importante no es por consiguiente qué ocurrió en Europa cuanto qué ocurrió en el mundo en conjunto y en particular en las partes más importantes dentro de Asia. Abordo los acontecimientos históricos desde esta perspectiva mucho más global y propongo dar cuenta del «declive de Oriente» y del simultáneo «auge de Occidente» desde la trayectoria del mundo en su conjunto. Esta manera de proceder tira de la manta y saca a la luz el eurocentrismo *anti*histórico y *anti*científico –en realidad, ideológico– de Marx, Weber, Toynbee, Polanyi, Braudel, Wallerstein y la mayoría de los demás teóricos sociales del mundo contemporáneo.

Dado que, tal y como señala Fairbank, la escritura de la historia es parte de la historia misma, seguiré su consejo y ofreceré al lector algunos trazos

acerca de cómo se ha ido desarrollando mi trabajo. Señalaré sólo los puntos de inflexión más significativos, evitando que el lector pierda el tiempo con personalizaciones superficiales. No puedo, con todo, evitar hacer referencia al menos a algunas personas que –a menudo de forma no intencional– han arrojado luz sobre mi camino y a los que deseo expresar mi agradecimiento en este prefacio.

Mi amigo el antropólogo Sid Mintz y yo hemos venido debatiendo sin fin desde mediados de los años cincuenta. Él siempre ha dicho: «la cultura es importante»; y yo siempre he respondido: «es la estructura lo importante». Mi tesis comenzó a tomar cuerpo por primera vez en el seminario del reputado antropólogo cultural Robert Redfield, que seguí como oyente en la segunda planta del edificio de estudios de ciencias sociales de la Universidad de Chicago. Fue allí donde fui introducido en el holismo y su relevancia para las ciencias sociales. En el «seminario» paralelo que se producía a la hora del café entre los estudiantes de doctorado, mi argumento consistía en que lo que el profesor Redfield estaba pasando por alto era la estructura. Tal vez la idea me venía de otros cursos a los que había asistido como oyente en semestres anteriores, a cargo de los profesores visitantes Raymond Firth y Meyer Fortes, antropólogos estructural-funcionalistas. Digo «como oyente» porque se suponía que yo debía estar en la planta cuarta del edificio de ciencias sociales, donde estaba haciendo mi doctorado en el Departamento de Economía. Desde entonces, los miembros y las obras de este departamento y los de su cantera en las facultades de economía y derecho de la Universidad de Chicago (algunos de ellos entonces compañeros míos estudiantes de doctorado) han sido galardonados con media docena de Premios Nobel en Economía de los concedidos en todo el mundo, entre ellos cinco en los últimos seis años. Yo, por el contrario, suspendí tres veces seguidas mi examen para poder iniciar mi tesis doctoral en el área de economía inter-*nacional*, que era mi ámbito de especialización en esa cuarta planta del edificio; la importancia que tienen el guión y la cursiva en el adjetivo que sigue al término «economía» que acabo de escribir debería hacerse evidente a lo largo de este libro. La frase anterior puede también ofrecer pistas acerca de por qué me sentía más cómodo en la segunda planta de aquel edificio. En fin, buena parte del relato sobre cómo «lo personal es político» y sobre mi trayectoria intelectual y teórica es algo que he contado ya en mi autobiográfico «Underdevelopment of development» [Subdesarrollo del desarrollo] (Frank, 1991 c y 1996). Me ceñiré por tanto aquí sólo a lo que parece estar más relacionado con la historia que subyace a este libro que aspira a reescribir la historia.

En 1962 partí para América Latina llevando conmigo los nombres de algunos amigos que me proporcionó Eric Wolf, otro antropólogo, así como los primeros escritos de éste sobre cómo el capitalismo había influido en la conformación (o subdesarrollo) de partes de Mesoamérica. En 1963 en Río de Janeiro escribí el libro *Sobre el subdesarrollo capitalista* (Frank, 1975), y en 1965 polemicé en un periódico nacional de México con Rodolfo Puiggros,

que defendía la idea entonces admitida de que América Latina había tenido un pasado feudal (reimpreso en Frank, 1969). El manuscrito de 1963 se abría con una crítica a la teoría convencional (fue publicada de forma revisada en 1967 con el título «The Sociology of Development and the Underdevelopment of Sociology» [La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología] y reimpresa en Frank, 1969). Se trataba de una feroz crítica a toda la teoría que yo había aprendido en ambas plantas del edificio de ciencias sociales así como en la biblioteca de la Universidad de Chicago. De forma particularmente relevante para este libro, mi crítica iba dirigida ante todo contra la sociología weberiana, que había sido transmitida a mi generación por Talcott Parsons en sus mal titulados libros *The Structure of Social Action* [La estructura de la acción social] ([1937] 1949) y *The Social System* [El sistema social] (1951). Fue aplicada a la «teoría de la modernización del Tercer Mundo» por mi amigo y antiguo mentor, el ya fallecido Bert Hoselitz, así como por mi amigo Manning Nash y por otros allí y en otros lugares. Después de leer mi texto, Nancy Howell me aconsejó mantener sólo las referencias teóricas a estos autores y eliminar todas las referencias personales. Ahora me pide que haga lo mismo en este libro, en especial en lo referente a ella, pero esta vez soy más reticente a hacerlo.

En ese y en todos mis demás trabajos defiendo que lo que generó «el desarrollo del subdesarrollo» en América Latina y en el resto del «Tercer Mundo» «no fue el feudalismo sino el capitalismo». Los factores cruciales de este subdesarrollo, argumentaba, no eran «internos» a ninguna de estas regiones, menos aún debido a sus poblaciones, sino más bien fueron generados por la *estructura y funcionamiento* del «sistema mundial» mismo, del cual todas ellas eran parte integral. No obstante, escribí entonces y seguí pensando que el «sistema mundial capitalista» nació cuando Colón «descubrió» América. Es por esto que en Chile a comienzos de los años setenta puse a un libro que analizaba el desarrollo de ese sistema el título *World Accumulation, 1492-1789* [La acumulación mundial, 1492-1789] (Frank, 1978 a). Mi relato había llegado sólo hasta esta última fecha cuando el golpe militar de 1973 en Chile nos llevó a mi familia y a mí de vuelta a mi ciudad de nacimiento, Berlín.

Los acontecimientos anteriores al golpe de Chile me habían obligado ya a saltar un par de siglos adelante para interesarme en la crisis económica de acumulación mundial propia de mi presente, de la cual yo consideraba que el golpe chileno era en sí mismo una expresión. Esto es a lo que me dediqué en varios libros e innumerables artículos durante las siguientes dos décadas. No obstante, en lo recóndito de mi pensamiento seguía albergando la íntima sospecha de que si «el sistema» había nacido en 1492, o había surgido en 1450 según proclamaba Wallerstein, podía ser que no lo hubiera hecho de forma tan repentina, como si fuera Atenea saliendo de la cabeza de Zeus. *Algo* anterior a ello, puede incluso que algo igualmente sistémico, debía haber desencadenado los viajes de Colón y Vasco de Gama y el auge del «sistema capitalista mundial».

Mientras estaba todavía en Chile escribí una nota para la contraportada de la primera edición del primer volumen de *The Modern World-System* [El moderno sistema mundial] (1974) de Immanuel Wallerstein. Escribí que era una interpretación del «desarrollo incipiente de una economía mundial, cuya comprensión es esencial para la justa apreciación de todo el desarrollo posterior. Este libro debería convertirse en un clásico nada más ser publicado». (Lo hizo.) Los otros dos comentarios de la contraportada fueron a cargo de Fernand Braudel y Eric Wolf. Braudel escribió que los historiadores ya entonces sabían que «Europa había formado una economía mundial a su alrededor. En lo que nunca habían pensado… [y] que caracteriza el pensamiento de I. Wallerstein es que dicha entidad [el sistema mundial] proporciona un nuevo marco para el estudio de la historia europea que resulta convincente». El texto de Eric Wolf decía que el libro se convertiría en una obra indispensable para la comprensión del desarrollo del sistema mundial y que «se trata de un libro que el público tendrá que leer, debatir, citar y del que tendrá que aprender *con el fin de* hacerse con sus propios puntos de vista y seguir sus propias líneas». Cito estos comentarios aquí por lo reveladores que resultan en relación con trayectorias posteriores que abordo más adelante.

Algunas de estas trayectorias se desarrollaron en forma de diversas líneas paralelas pero no necesitan ser aquí mencionadas porque fueron ya señaladas en el prólogo de mi obra *World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* [El sistema mundial: ¿quinientos años o cinco mil?] (Frank y Gills, 1993). No obstante, quiero al menos hacer una referencia conjunta a dichas evoluciones en este prefacio porque son también fundamentales para comprender la génesis y el objetivo de este libro.

Eric Wolf escribió *Europe and the People Without History* [Europa y la gente sin historia] (2005 [1982]) con el fin de mostrar que muchos pueblos habían sido incorporados al moderno sistema mundial a costa de buena parte de su propio bienestar y cultura. Puesto que su tesis es que estos pueblos de hecho *tienen* una historia, colocó un signo de interrogación en el título; a los editores en cambio no les gustó la idea y lo quitaron. A las editoriales nunca les gustan los signos de interrogación: le sucedió lo mismo a Michael Barratt Brown con su libro *After Imperialism* [Después del imperialismo] (1963), o al menos es lo que me contaron. El editor de la obra de Eric Wolf, Stanley Holwitz, me había solicitado que hiciera un informe del libro para decidir sobre su publicación pero he aquí que por motivos familiares tuve que declinar el ofrecimiento. Consideraba muy bueno el libro y no sólo porque en su introducción citase mi libro y el de Wallerstein referidos más arriba como precursores del suyo. En un homenaje público a Eric en el congreso de la American Anthropological Association de 1990 intenté dejar las cosas claras ante el comentario de un estudiante que dijo que mi trabajo había sido una influencia relevante en la obra de Wolf. Señalé que, al contrario, Eric y su obra fueron la influencia más importante entre las de mi primera etapa intelectual ya que dirigieron mi atención hacia América Latina y en torno de ella: fue Eric quien llamó la atención sobre que todo lo relacionado con ella giraba en torno del sistema capitalista mundial ya desde tiempos coloniales.

Por dos motivos resultó finalmente bueno que me viera obligado a no poder evaluar la obra de Wolf para su publicación. Un día mientras cenábamos juntos en Amsterdam le comenté en privado que me había quedado atónito ante lo que se me aparecía como un «gigantesco paso atrás» de su libro, pues en él afirmaba que el «capitalismo» comenzó en 1800 y no en 1492 según él mismo me había llevado a creer anteriormente. La segunda razón es que desde aquella conversación de la cena he encontrado más razones para estar finalmente de acuerdo con la tesis de su libro, tal y como demuestra este libro mío. Pues, si existe después de todo algo así como el «capitalismo», cosa que ahora pongo en duda, lo más acertado sería datarlo a partir de la revolución industrial europea, desde alrededor de 1800, según propone Wolf. Pero ahora veo que ese «sistema mundial» al que él y yo nos referíamos en nuestros comentarios de la contraportada del libro de Wallerstein comenzó mucho antes de lo que cualquiera de nosotros tres nos habíamos imaginado. Claro que eso también plantea la pregunta de qué sentido tiene, si acaso tiene alguno, denominar «capitalismo» a la economía o el sistema mundial.

Janet Abu-Lughod escribió entonces *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350* [Antes de la hegemonía europea: El sistema mundial, 1250-1350] (1989). Unos años antes de la publicación del libro en sí, una revista dedicó un número especial a la discusión de un extenso artículo que contenía ya lo principal de su tesis. El editor de la revista me invitó a contribuir con un comentario, cosa que hice (Frank, 1987). Ello me hizo sentir de nuevo esa «íntima sospecha» acerca de las posibles raíces más antiguas del «moderno» sistema mundial. Abu-Lughod vino a confirmarla al situarlas con claridad en el «sistema mundial del siglo XIII» según lo denominaba ella. Pero aclaró que se trataba solamente de un precursor del sistema plenamente moderno, del que había que distinguirlo, pues admitía la tesis de Wallerstein de que el sistema mundial se (re)inventó de forma independiente a partir de 1450. Desarrollé el punto principal de mi crítica en la recensión que hice de su libro (Frank, 1990 b): que el «moderno sistema mundial capitalista» no era una reinvención sino la *continuación* de la versión estudiada por Abu-Lughod del *mismo* sistema mundial existente ya desde al menos 1250. Ahora bien, si este sistema mundial existía ya doscientos años antes de la fecha de 1450 establecida por Wallerstein, ¿por qué entonces no podía existir incluso desde antes?

En el prólogo a mi *World Accumulation. 1492-1789*, había citado y seguido el dictado de lo que yo llamo la Segunda Regla de Fairbank (1969, ix): «*Nunca* intentes comenzar por el principio. La investigación histórica avanza de forma retrospectiva, no prospectiva (…) deja que los problemas te lleven hacia atrás». El «problema» era en este caso el origen –y a partir de ahí la naturaleza– del «sistema mundial» y había llegado por fin la hora de dejar

que esta cuestión guiase mi investigación histórica hacia atrás hasta donde pudiera llevarme la evidencia disponible. Si los orígenes del «sistema» no estaban en 1800, ni en 1492 ni en 1450, ni tampoco en 1250, entonces tal vez podían situarse alrededor del año mil de la era. Por supuesto, Wallerstein no admitía y sigue sin admitir semejante posibilidad, aunque aún llegaría a escribir que ha quedado claramente demostrado y está ampliamente aceptado que «el ciclo de larga duración fue crucial». Según él mismo, dicho ciclo estaba en fase ascendente después de 1450, pero en fase descendente de 1250 a 1450, y a su vez en fase ascendente entre 1050 y 1250 (Wallerstein, 1992, que circuló ya en forma de manuscrito en 1989). Como editor de la revista *Review*, tuvo la generosidad de publicar mi primer artículo, en el cual yo argumentaba que probablemente podamos y debamos situar los orígenes del sistema mundial mucho más atrás en el tiempo, entre otras razones debido a esa onda larga mencionada por el propio Wallerstein (Frank, 1990 a).

Barry Gills había ya unos años antes él mismo escrito algo parecido (pero sin llegar nunca a publicarlo). Cuando leyó la primera versión de mi artículo de 1989, descubrimos la coincidencia evidente a simple vista entre nuestros enfoques y a continuación empezamos a trabajar al detalle sobre el asunto. El resultado fueron dos artículos firmados por ambos, «The Cumulation of Accumulation» [La acumulación de la acumulación], que trata sobre los ciclos largos desde 1700 antes de Cristo hasta 1700 de la era, y otro, una especie de introducción interdisciplinar al sistema mundial vigente en los últimos cinco mil años, así como el libro *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, una recopilación de textos de la cual somos los compiladores (Gills y Frank, 1990/91 y 1992; y Frank y Gills, 1992 y 1993). Gills compartió conmigo su erudición con generosidad, tanto la de sus conocimientos históricos como la de su sofisticada formación teórica. También puso a mi disposición buena parte de su selecta biblioteca y sus manuscritos redactados con anterioridad sobre la materia. Fue por consiguiente de enorme ayuda para empujarme o permitirme ir mucho más lejos y más rápido de lo que de lo contrario hubiera podido yo ir. Sin embargo, también me introdujo en otros derroteros sobre «relaciones internacionales» y «hegemonía» que me agradan menos y que admití trabajar principalmente por mor de nuestra colaboración.

Al mismo tiempo, Christopher Chase-Dunn había empezado a colaborar con Thomas D. Hall. Chris había sido un devorador de datos que había entre otras cosas «testado» y encontrado una base empírica para mi interpretación de la teoría de la dependencia y de la de otros. De forma simultánea, pero también casi completamente por separado, ambos éramos también pioneros en la incorporación del estudio de la Unión Soviética y otros países socialistas en eso del «sistema capitalista mundial». El trabajo de Tom Hall sobre las sociedades tribales y nómadas en el suroeste americano se fue extendiendo hasta incluir pueblos nómadas de otras partes del mundo y junto con Chase-Dunn incorporó también «estados en movimiento» establecidos en las «fronteras» del sistema mundial o temporalmente ubicados fuera de él. Juntos ambos se embarcaron en la construcción de una teoría del sistema mundial a partir de su análisis comparativo de diversos «sistemas mundiales» pequeños y grandes. Entre éstos se incluyen varios de tamaño pequeño pero también el de tamaño mayor sobre el que Gills y yo estábamos trabajando, así como la denominada «civilización central» estudiada por David Wilkinson, cuya combinación en un solo modelo fue rebautizada por Chase-Dunn y Hall con el nombre de «sistema mundial central».

Chase-Dunn también me animó a participar en el congreso de 1989 de la International Society for the Comparative Study of Civilizations (ISCSC), donde conocí a Wilkinson y a Stephen Sanderson. Desde ahí viajé al congreso de la World History Association (WHA) de ese mismo año, donde conocí a William NcNeill, que ha alentado desde entonces mis trabajos sobre historia. Jerry Bentley, editor del recién creado *Journal of World History* de la WHA, asistió igualmente a los dos congresos y más tarde publicó mi recensión de la obra de Abu-Lughod y mi «Plea for World System History» [Reivindicación de la historia del sistema mundial] (Frank, 1990 b y 1991 a). Stephen Sanderson ha estado asimismo trabajando sobre líneas paralelas en su *Social Transformations* [Transformaciones sociales] (1995). Su libro incluye un estudio del desarrollo de Japón como un proceso paralelo al de Gran Bretaña del cual me sirvo en este libro. Sanderson editó posteriormente un número especial de la revista *Comparative Civilizations Review* de la ISCSC que le llevó a la publicación del libro por él compilado *Civilizations and World System* [Civilizaciones y sistema mundial] (1995). Esa obra cuenta con contribuciones de la mayoría de los autores arriba mencionados e incluye también mi trabajo «Modern World System Revisited: Re-reading Braudel and Wallerstein» [Una revisión del moderno sistema mundial: relectura de Braudel y Wallerstein] (Frank, 1995). Simultáneamente a esto, George Modelski y William R. Thompson (1992 y 1996) han extendido su larga investigación en colaboración desde el eje inicial en la hegemonía política posterior a 1494 y la guerra en el mundo europeo al estudio de la innovación y los ciclos Kondratieff desde fecha tan temprana como el 930 antes de Cristo en China, dando cuenta incluso de la evolución del sistema mundial en la era prehistórica. La colaboración, ayuda y apoyo de estos colegas y ahora también amigos fue ya objeto de agradecimiento en más detalle en el prefacio a *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, lo cual reafirmo ahora con gusto.

La tesis de este libro de Frank y Gills es que los mismos rasgos que caracterizan el sistema mundial «moderno» de quinientos años de antigüedad se hallan presentes también en el *mismo* sistema que puede ser retrotraído al menos cinco mil años atrás en la historia. David Wilkinson y Jonathan Friedman y Kaisa Ekholm se unieron a nosotros con tesis muy similares (desarrolladas al margen de la nuestra tiempo atrás pero que a esas alturas eran mutuamente influyentes). Mis amigos (y coautores de otros dos libros sobre

períodos históricos más recientes) Immanuel Wallerstein y Samir Amin contribuyeron también con sendos capítulos que se distancian de la tesis a favor de un sistema mundial antes de 1500. Wallerstein (1991 y 1993) respondió, defendiendo su definición del sistema-mundial (con guión) frente a mi sistema mundial (sin guión) y todavía insiste en que deberíamos «aferrarnos a él con firmeza» (Wallerstein, 1995). Tanto él como Amin se mantienen firmes en sus posiciones en las contribuciones que hacen en un libro de homenaje a mi trabajo (Chew y Denemark, 1996). Abu-Lughod prefirió no defender una postura sobre esta cuestión y argumentó que ya no es posible decir si estamos hablando del mismo sistema mundial o de otros cuando hablamos de la época moderna (Frank y Gills, 1993).

El «padre» de la historia mundial actual, William NcNeill, tuvo la amabilidad de escribir un prefacio (y también de reproducirlo en el libro de homenaje a mi trayectoria en «representación de los historiadores»). Ahora está de acuerdo en que su *The Rise of the West* [El auge de Occidente] (1963) prestó insuficiente atención a las conexiones sistémicas a escala mundial y que resulta ahora obligado cartografiar más y mejor todas las redes de comunicación. Estoy de acuerdo con él. El colega de McNeill en la Universidad de Chicago Marshall Hodgson y yo compartimos apartamento en 1954. Marshall me hablaba de sus escritos, sólo una parte de los cuales han sido ahora recopilados en el libro póstumo dedicado a su obra *Rethinking World History* [Repensar la historia mundial] (1993). Lo cierto es que en aquel entonces yo me sentía bastante incapaz de comprender de lo que hablaba. Si entonces le hubiera entendido podría haberme ahorrado cuarenta años de deambular a ciegas por el bosque de la historia. Sólo ahora me dedico a citar con profusión y a seguir con conocimiento de causa las directrices de Hodgson para replantear la historia mundial.

Una manera de dar respuesta a la pregunta de Abu-Lughod sobre si ahora estamos ante el mismo o un nuevo sistema mundial y al mismo tiempo de hacer lo que McNeill y Hodgson aconsejan hacer viene a ser intentar hacer dos cosas relacionadas entre sí: una es hurgar en las raíces del sistema mundial del siglo XIII de Abu-Lughod, algo en lo que ella confesó no estar interesada. Yo en cambio sí lo estaba, y lo hice (Frank y Gills, 1993). La otra tarea es buscar la posible continuidad del sistema de Abu-Lughod o del sistema de cinco mil años de extensión de Frank y Gills en la época moderna, cosa que ella también prefirió no hacer. Esta es, por consiguiente, la tarea que abordo en el libro que el lector tiene en sus manos. No obstante, operar así plantea también muchas cuestiones acerca de las implicaciones de nuestra visión de la historia anterior al año 1500 para la reinterpretación de la historia de la Edad Moderna (y eventualmente de la contemporánea y de la actualidad) en relación con el sistema mundial a partir del 1500.

En 1993 leí el tercer volumen de la trilogía de Braudel *The Perspective of the World* [La perspectiva del mundo] (1992) y releí entonces algunos trabajos de Wallerstein para efectuar una crítica interna a sus obras (Frank, 1995). Me ceñí al intento de mostrar que algunos de sus propios datos y en especial las observaciones de Braudel sobre ellos contradicen de forma flagrante sus propias tesis de un sistema o economía mundo con eje en Europa. Una versión anterior de la misma crítica había sido publicada con el título «The World Economic System in Asia before European Hegemony» [El sistema económico mundial en Asia antes de la hegemonía europea] (Frank, 1994). Este título reunía elementos de los títulos de Wallerstein y Abu-Lughod con el entonces recién publicado libro de K. N. Chaudhuri *Asia before Europe* [Asia antes de Europa] (1990 a). Ambos autores habían hecho ver que Asia fue mucho más importante, si es que no hegemónica, en el seno de la economía mundial antes de que Europa tomase el liderazgo. La relectura de Braudel y Wallerstein mostró que, pese a ellos y contra sus propias tesis, no existieron *diversas* economías mundiales en la Edad Moderna. En lugar de ello lo que había era *una sola* economía y sistema a escala mundial en la que Europa no era ni podía ser hegemónica, tal y como ellos erróneamente afirmaban. De esta manera, también frente a sus afirmaciones, esta economía y sistema mundial no podía haber surgido de Europa.

A estas alturas la relevancia de los tres comentarios en la contraportada de la primera edición de *The Modern World-System* de Wallerstein ha de resultar evidente. Braudel dijo que Wallerstein ofrecía un nuevo marco para el conocimiento de la historia de Europa con el que podía ser entendido de mejor manera lo que los historiadores ya sabían, esto es, que *Europa había conformado un mundo alrededor de sí*. Yo había escrito en mi comentario que el libro se convertiría al instante en un clásico porque nos resultaba indispensable *para la adecuada comprensión de todo desarrollo posterior*. Y Eric Wolf añadió que el de Wallerstein era un libro con el que la gente tendría que discutir y del que habrían de aprender *con el fin de seguir sus propios derroteros*.

Y así fue en efecto, pues mis críticas de Braudel y de Wallerstein aprenden, y mucho, del segundo y debaten con él para sugerir que Braudel tiene razón y no la tiene: Wallerstein proporciona un marco mejor para conocer la historia europea pero no para la historia universal, a pesar del título de su libro. Y Braudel y otros historiadores se equivocan en haber «sabido» desde el principio que Europa había modelado un mundo «a su medida». Mis susodichas críticas demuestran fehacientemente que Europa no se expandió para «incorporar» al resto del mundo a su «sistema o economía-mundo europea». Lo que hizo fue unirse tardíamente ella a un sistema y economía mundial ya existente, o al menos estrechó sus débiles vínculos con aquel sistema. Si fundimos los títulos de Abu-Lughod y de Chaudhuri, el lugar de honor corresponderá a *Asia antes de la hegemonía europea*. O, agregando los propios títulos de Braudel y de Wallerstein, diremos que se necesita una nueva *Perspectiva del moderno sistema mundial de Asia anterior a la hegemonía europea*.

En este sentido, ya he referido en otras ocasiones (Frank, 1991 c, 1996) lo que mis hijos, que entonces tenían alrededor de quince años, me dijeron hace dos décadas. Sus apreciaciones resultaron ser más importantes para la

tesis de este libro de lo que ellos o yo pudimos anticipar entonces: Paulo dijo que si América Latina era un área colonial, *no podía* haber sido feudal; Miguel dijo que Inglaterra era un país *en proceso de subdesarrollo*. La relevancia de estas observaciones es variopinta en relación con este libro. Si América Latina era colonial, esto se debía a que era parte inseparable del sistema mundial. Por consiguiente, no sólo carece de sentido denominarla «feudal», sino que se vuelve cuestionable categorizarla en modo alguno –ni siquiera como «capitalista»– que no sea como parte dependiente del sistema o economía mundial. ¿Qué es lo que ganamos con esa definición, si es que acaso podemos llegar a «definir» el contenido de ese término? La verdad es que nada: de hecho todo ese énfasis en los «modos de producción» lo único que hace es distraernos del sistema mundial del que todo forma parte y que resulta mucho más definitorio, según he argumentado ya en otros lugares (Frank, 1991 a, b y 1996; y Frank y Gills, 1993).

En ese sistema/economía mundial es posible observar «el desarrollo del subdesarrollo» aquí y allá, entonces y ahora. Buena parte de América Latina y África están aún subdesarrollándose. Sin embargo, ahora podemos también atestiguar que «Gran» Bretaña está también experimentando el subdesarrollo, tal y como observó mi hijo Miguel en 1978, antes de que Margaret Thatcher se convirtiera en primera ministra. Miguel (y tal vez la señora Thatcher) carecían de suficiente visión acerca del sistema mundial como para efectuar la afirmación que ahora sigue, pero de hecho es posible ver que Gran Bretaña ha estado *sub*desarrollándose desde comienzos de la Gran Depresión de 1873. ¿Cómo es esto posible? Incluso desde la perspectiva del moderno sistema-mundial de Wallerstein, ahora es posible ver que algunos sectores, regiones, países y sus respectivas «economías» no sólo ascienden sino que también *descienden* en sus posiciones relativas e incluso absolutas dentro de la economía o el sistema mundial en su conjunto. Gran Bretaña comenzó su declive hace más de un siglo, cuando su lugar cenital comenzó a ser ocupado por Alemania y Norteamérica. Estos países se enfrentaron en dos guerras mundiales –o en una larga guerra que se prolongó entre 1914 y 1945– para disputarse cuál de los dos ocuparía la posición de Gran Bretaña. Claro que para algunos éstos están a su vez siendo hoy también desplazados de su lugar preeminente por el «Sol Naciente» del Extremo Oriente. Una de las tesis de este libro es que estos desarrollos no deberían resultar en modo alguno sorprendentes porque partes de Asia Oriental se hallaban ya en el centro de la economía y sistema mundial hasta alrededor del año 1800. En términos históricos, «el auge de Occidente» llegó tarde y fue breve.

De manera que uno de los objetivos iniciales de este libro es mostrar en primer lugar que existía ya una economía *mundial* en funcionamiento antes de que los europeos tuvieran mucho que hacer o decir dentro de ella. De esto derivan de forma natural dos puntos: uno consiste en mostrar que Asia, y especialmente China e India, pero también el sureste asiático y el Extremo Oriente, eran más activos dentro de esta economía mundial, y los tres primeros eran además más importantes que Europa dentro de ella antes de 1800. El otro punto es que por consiguiente resulta completamente contrafactual y antihistórico sostener que «los historiadores sabían ya que Europa conformó un mundo alrededor de sí». No es cierto que Europa hiciera eso; más bien se sirvió de su dinero procedente de América para comprar un billete para viajar en el tren asiático. Este hecho histórico posee no obstante otras implicaciones profundas tanto para la historia como la teoría social basada en la comprensión de fenómenos históricos.

Bajo el título «Let's be Frank about World History» [Seamos francos en relación con la historia mundial], mi amigo Albert Bergesen (1995) señala que la afirmación que dice que «la economía/sistema mundial no comenzó en Europa» pone en entredicho *toda* la teoría social eurocéntrica. Ésta se basa en la precedencia temporal y la prioridad estructural de una Europa alrededor de la cual supuestamente fue construido el resto del mundo. Si Europa no poseía ese lugar ni esa función, entonces toda la teoría social derivada de ello tampoco se puede apoyar ya sobre el firme cimiento histórico que dice poseer a partir de lo que los historiadores «ya sabían». De esta manera, el andamiaje mismo de la teoría social amenaza con quebrarse ante nuestros ojos. Lo hace ahora por propia descomposición o al menos a través de los errores de sus principales arquitectos y de todos los constructores «maestros» que edificaron su andamiaje teórico y establecieron para ella cimientos históricos inseguros. Tal y como muestro en el capítulo 1, estos arquitectos de nuestra teoría social son entre otros Marx, Weber, Werner Sombart, Karl Polanyi, etc, así como Braudel y Wallerstein (y en realidad también Frank, 1978 a y b). Todos ellos erraron al conceder a Europa un lugar central en sus teorías, cosa que nunca poseyó en la economía mundial real. ¿Cómo y dónde nos deja eso? Bueno, pues nos deja en lo más parecido al personaje del cuento tradicional del «traje nuevo del emperador». ¡Desnudos!

Se han efectuado ya críticas más o menos bien conocidas de este eurocentrismo a nivel intelectual, a través de las obras de Edward Said (1978) y su discusión de la idea de *Orientalism* [Orientalismo], Martin Bernal (1987), que defiende en *Black Athena* [Atenea Negra] que la cultura occidental tuvo orígenes africanos, y Samir Amin (1989), con su invectiva contra el *eurocentrismo*, así como en las de otros autores que se citan en el capítulo 1. Menciono aquí estos tres principalmente porque han abierto otras líneas precursoras de la visión crítica de este libro. Otro de especial relevancia es J. M. Blaut (1993 a), quien literalmente ha demolido todos los mitos del «excepcionalismo» europeo en *The Colonizer's Model of the World* [El modelo del mundo del colonizador]. Todos estos autores han efectuado una verdadera labor para hacer visible la desnudez en que se encuentra el emperador eurocéntrico. Llegados aquí, como hubiera planteado Lenin, ¿qué hacer ahora? Bergesen insiste en que debemos hacer algo «globológico» en relación con todo esto, si bien lo que no está tan claro es cómo llegar a hacerlo.

No es mi objetivo diseñar un nuevo conjunto de ropajes para el mismo viejo emperador eurocéntrico, aunque puede que otros que sienten vergüenza ante esta evidencia de desnudez intenten hacerlo. Francamente, prefiero que no haya ningún emperador. No soy sin embargo tan inocente como para pensar que podemos dejar de pensar en él. Ni tampoco bastará simplemente con «deconstruirlo» a él y a su vestimenta según la moda posmoderna. Estoy persuadido de que estamos muy necesitados de una *Perspectiva sobre el Mundo* alternativa en el nuevo (des)orden mundial que va tomando forma.

The World System: Five Hundred Years or Five Thousand? (¡con signo de interrogación!) fue mi primer intento de ofrecer una «perspectiva sobre el mundo» alternativa y una serie de herramientas para hacernos una idea de su estructura y funcionamiento. Marta Fuentes solía decir que yo seguía siendo un «funcionalista» porque no paraba de preguntarle cuál era el sentido de esto, aquello y lo de más allá. Ella decía que cuando yo empleaba la palabra «sentido» quería decir «función» dentro de la estructura del sistema. Ella pensaba que todo eso estaba sólo en mi cabeza. Creo que el sistema está realmente ahí afuera en el mundo real, y ha llegado la hora de que nos hagamos al menos con un cuadro mental por rudimentario que sea de este sistema, su estructura y su dinámica. Mi amigo Robert Denemark está de acuerdo conmigo. Él fue co-editor del libro de homenaje a mi carrera, lo cual es digno de agradecer. Sin embargo, es también muy exigente consigo mismo y conmigo. Insiste en que debemos estudiar el *todo* (el sistema), que es más que la suma de las partes, y me ayuda a hacerlo. Es decir, necesitamos una teoría y un análisis del mundo en su conjunto que sean más holísticos, y no que se centren sólo en la parte que tiene que ver con Europa.

De hecho, carecemos incluso de una terminología adecuada, por no decir de constructos analíticos y una teoría general con la que reemplazar el estudio del comercio «internacional» y otras relaciones. Referirse a él con los términos «comercio mundial» en el «sistema global» (o viceversa) es sólo un pequeño paso en la dirección adecuada, si acaso llega a eso. El asunto es dejar claro que el flujo de comercio y dinero a través del «cuerpo» de la economía del mundo es análogo al de la sangre que porta el oxígeno y activa el pulso del sistema circulatorio (o al de toda la demás información que carga consigo el sistema nervioso). La economía mundial posee también un esqueleto y otras estructuras; cuenta con órganos que son vitales para su supervivencia pero cuya «función» está también determinada por el cuerpo del que forman parte; tiene células que nacen y mueren y son reemplazadas por otras; experimenta ciclos, diarios unos, mensuales otros y otras oscilaciones cortas y largas (conforma, de hecho, un ciclo vital); y parece también ser parte de un esquema evolutivo (aunque no predestinado) de cosas. Por último, y no menos importante, nuestra economía y «sistema» mundiales no son independientes de la ecología y el cosmos, lo cual también merece más y más atención sistemática. El otro co-editor de esa recopilación de trabajos reunidos en homenaje a mi trabajo, Sing Chew, insiste en que mis intentos de ofrecer un análisis «humanocéntrico» no resultan suficientes. Lo que necesitamos, dice, es teoría *y praxis* «ecocéntrica». Pero he aquí que yo al menos carezco siquiera de los recursos conceptuales adecuados para hacer frente a estos planteamientos por separado, y mucho menos juntos y combinados.

Este libro es mi primer intento en clave más holística de extender hacia delante la «perspectiva sobre (todo) el mundo» mía y de Denemark a lo largo de la historia económica de la Edad Moderna a escala mundial. El objetivo es tratar de ver cómo la estructura, función y dinámica de la economía y sistema mundial influye por sí misma, si es que no determina, lo que sucedió –y sigue aún sucediendo– en sus distintas partes. El todo no es sólo más grande que la suma de sus partes. También conforma las partes así como las relaciones de éstas entre sí, las cuales a su vez transforman el todo.

Éste es por tanto el recuento de cómo se desarrollaron los comienzos de este libro a partir de líneas en parte paralelas y en parte entremezcladas unas con otras. El libro trata de ir ahora más allá de estas raíces con el fin de ofrecer mis puntos de vista y mostrar las divergencias del camino elegido por mí, tal y como predijo acertadamente Eric Wolf. Esto significa tomar un desvío y separarme, de hecho hacer una ruptura radical, también con respecto a él y todos los restantes colegas –incluido yo mismo– antes citados. No obstante, reconozco con agradecimiento la mucha ayuda recibida de *todos* ellos así como de otros.

Acepté de grado la invitación que me hizo en nombre de la Universidad de Newcastle en marzo de 1994 mi colega y a menudo co-autor Barry Gillis para comenzar juntos a pergeñar tal perspectiva alternativa. Sus primeras veinte páginas fueron tituladas «The Modern World System under Asian Hegemony: The Silver Standard World Economy, 1450-1750) [El moderno sistema mundial bajo hegemonía asiática: la economía mundial del patrón-plata, 1450-1750] (Gills y Frank, 1994). Este trabajo fue interrumpido principalmente debido a mi enfermedad. Sólo a fines de 1995 me fue posible retomarlo y ampliar este trabajo, pero esta vez, después de mi jubilación de la Universidad de Amsterdam, en solitario ya en Toronto.

¡Aunque, en realidad, no a solas! Pues Nancy Howell y yo nos casamos en Toronto en 1995, y ella me ha proporcionado un indecible apoyo emocional y moral para retomar este proyecto y llevarlo adelante hasta culminar en este libro. No habría sido imaginable ni se hubiera podido llevar adelante, y menos aún se habría completado, sin Nancy. Ella me proporcionó además también las condiciones físicas para hacerlo en un hermoso estudio en nuestra casa y gracias al acceso que obtuve en calidad de esposo suyo (compensando así la carencia de otro apoyo institucional) a los recursos bibliotecarios de la Universidad de Toronto.

Este acceso me permite también usar el correo electrónico para comunicarme con otros colegas por todo el mundo y hacerles llegar cuestiones y fuentes relacionadas con el libro. Son tantos los que entran en esta categoría, además de los que ya han sido objeto de mi agradecimiento en este prefacio,

que sólo puedo aquí nombrar y agradecer a unos pocos que me han sido de mayor ayuda entre todos a los que he consultado (a algunos de ellos aún a través de correo ordinario): Bob Adams en California, Jim Blaut en Chicago, Greg Blue en British Columbia. Terry Boswell en Georgia, Tim Brook en Toronto, Linda Darling en Arizona, Richard Eaton en Arizona, Dennis Flynn en California, Steve Fuller en Inglaterra, Paulo Frank en Ginebra, Jack Goldstone en California, Takeshi Hamashita en Tokio, Satoshi Ikeda en Binghamton (Nueva York), Huricihan Islamoglu en Ankara, Martin Lewis en Carolina del Norte, Victor Lieberman en Michigan, Angus Maddison en Holanda, Pat Manning en Boston, Bob Marks en California, Joya Misra en Georgia, Brian Molougheney en Nueva Zelamda, John Munro en Toronto, Rila Mukherjee en Calcuta, Jack Owens en Idaho, Frank Perlin en Francia, Ken Pomeranz en California, Anthony Reid en Australia, John Richards en Carolina del Norte, Morris Rossabi en Nueva York, Mark Selden en Ithaca (Nueva York), David Smith en California, Graeme Snooks en Australia, Dorothy y Burton Stein en Londres, Sun Laichen en Michigan, Richard von Glahn, John Wills y Bin Wong en California.

El lector atento se dará cuenta de que estos nombres reaparecen en el texto en relación tanto con su trabajo cuando me sirvo de él como con el trabajo por ellos empleado o recomendado. Antes de proceder a publicar mis discrepancias con ellos (por ejemplo, sobre estimaciones y otras cuestiones relacionadas con la población, comercio, producción, ingresos, dinero, ciclos e instituciones en China, Europa, la India, Asia central, el sudeste asiático y el Extremo Oriente, asi como África) les envié las partes del texto controvertidas para que las revisaran y conocieran. A partir de sus comentarios críticos revisé después mi texto, por lo cual deseo expresarles aquí de nuevo mi gratitud. Por desgracia, con algunos colegas de la India no fue posible o se interrumpió la comunicación en torno de mis discrepancias con ellos.

Por último, y no en menor lugar de importancia, estoy muy agradecido a David Wilkinson for su sugerencia sobre cómo titular este libro; a Paul DeGrace, cartógrafo del Departamento de Geografía de la Simon Fraser University, por convertir mis dibujos a mano en mapas generados por el ordenador y a la World Society Foundation de Zurich, Suiza, por el apoyo financiero que me permitió pagarle a él y hacer frente a otros gastos; a Stan Holwitz amigo de mucho tiempo ya y ahora editor de este libro en la University of California Press en Los Ángeles por darme ánimos a lo largo del proceso de producción del libro en Berkeley; y al siempre activo editor de esa empresa, Juliane Brand. Un agradecimiento especial y enorme en dicho departamento va para Kathleen MacDougall. Sus sustanciosas y buenas sugerencias muy por encima de sus obligaciones como editora me ayudaron a reforzar el contenido y los argumentos de este libro, mientras que su profesionalidad en combinación con su infinita paciencia y buen humor mejoraron mucho su forma y su narración de cara al público, en cuyo nombre por tanto se lo agradezco aquí.

Para concluir, espero que se me perdone si reproduzco aquí algo que procede del prefacio de mi anterior libro sobre la cumulación mundial:

> El *intento* mismo de examinar y relacionar la simultaneidad de los diferentes acontecimientos en el proceso histórico completo o en la transformación del sistema en su totalidad –incluso si en ausencia de información empírica o adecuación teórica puede estar lleno de vacíos en su cobertura factual en el espacio o el tiempo– es un paso importante en la dirección adecuada (sobre todo en un tiempo en el que esta generación debe «reescribir la historia» para satisfacer su necesidad de perspectiva histórica y comprensión del proceso histórico único que tiene lugar en el mundo unido hoy). (Frank, 1978 a: 21)

Para finalizar este prefacio tal vez excesivamente largo, me gustaría retomar aquí la cita de John King Fairbank, con la que estoy totalmente de acuerdo:

> El resultado sólo puede ser una aproximación imperfecta. Por suerte, nadie debe tomarla como la última palabra. Una vez que un autor vuelve la vista atrás sobre lo que creía estar haciendo, surgen muchas perspectivas. La principal es la de la ignorancia, al menos en mi caso. Un libro que para su autor es una mera antecámara a toda una biblioteca por escribir, plagada de problemas que aguardan ser explorados, puede a sus lectores parecer que posee una solidez que aborta sus propias investigaciones en otros campos. Es inútil tratar de convencerles de que el libro está en realidad lleno de vacíos. (Fairbank, 1969, xii)

A diferencia de Fairbank, al menos no necesito temer que ninguno de *mis* lectores se deje engañar por una supuesta solidez que es en este caso inexistente. Seguramente se darán cuenta de que este libro *está* lleno de vacíos. Espero, sin embargo, no abortar su investigación sobre otros temas, y les invito a que se sirvan al menos de parte de ese esfuerzo suyo para contribuir a rellenar esos vacíos, y a crear ellos otros nuevos.

ANDRE GUNDER FRANK

Toronto, 26 de enero, 8 de agosto y 25 de diciembre de 1996

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA MUNDIAL REAL FRENTE A LA TEORÍA SOCIAL EUROCÉNTRICA

> La lección realmente importante que se aprende de Marx y Weber es la relevancia de la historia para la comprensión de la sociedad. Aunque ellos estaban sin duda interesados en comprender lo general y lo universal, se centraron en las circunstancias concretas relativas a períodos específicos, y en las semejanzas y contrastes entre áreas geográficas diversas. Claramente admitieron que una explicación adecuada de hechos sociales exige un relato histórico de cómo sucedieron los hechos; asumieron que el análisis histórico-comparativo es indispensable para el estudio de la estabilidad y el cambio. En una palabra, estos dos extraordinarios pensadores en particular destacan como los arquitectos de una sociología histórica que merece ser emulada, pues ambos se adscribieron a una teoría y un método abiertos y cimentados en la historia.
>
> Irving Zeitlin (1994, p. 220)

> La pretensión de universalidad, por muy sinceramente que haya sido perseguida, no ha llegado apenas a ser alcanzada en el desarrollo histórico de las ciencias sociales (...) No resulta extraño que las ciencias sociales que se construyeron en Europa y Norteamérica durante el siglo XIX tuvieran una naturaleza eurocéntrica. El mundo europeo de aquel tiempo se sentía culturalmente triunfador (...) Todo universalismo se da a sí mismo sus propias respuestas, y estas respuestas están en cierto sentido determinadas por la naturaleza del universalismo o universalismos establecidos (...) Someter nuestras premisas al escrutinio de supuestos a priori ocultos e injustificados es una prioridad para las ciencias sociales en la actualidad.
>
> Immanuel Wallerstein (1996 b, pp. 49, 51, 60 y 56)

METODOLOGÍA Y OBJETIVOS HOLÍSTICOS

Mi tesis es que lo que existe es «unidad en la diversidad». Sin embargo, no es posible comprender ni apreciar la diversidad del mundo sin tener la percepción de cómo la unidad misma genera y modifica continuamente la diversidad. Todos tenemos que vivir en este mundo en el que la diversidad debe

ser tolerada y es susceptible de ser apreciada en su unidad. Me refiero por supuesto a la aceptación y la apreciación de la diversidad en lo tocante a la etnicidad, el género, la cultura, el gusto, la política y el color o la «raza». No abogo por una aceptación aquiescente y sin lucha de la desigualdad existente en materia de género, riqueza, ingresos y poder. De ahí que todos podríamos beneficiarnos de una perspectiva sobre el mundo que ilumine no sólo la inmoralidad subjetiva sino también la locura objetiva que hay en experimentos como la «limpieza étnica» y el «choque entre civilizaciones», que han vuelto a hacerse populares en algunos círculos en estos tiempos. Este libro aspira a proporcionar al menos algunos fundamentos para edificar una historia económica mundial de la Edad Moderna desde una perspectiva y una comprensión más «humanocéntrica» de la sociedad.

Fernand Braudel, historiador europeo aunque dotado de una excepcional visión de amplitud mundial, señaló que «Europa inventó a los historiadores e hizo a continuación un buen uso de ellos» para promover sus propios intereses dentro de Europa y en el resto del mundo (Braudel, 1992, p. 134). Esta afirmación resulta reveladora de varias cuestiones todas ellas de importancia. En primer lugar, no es en realidad cierto que la actividad de escribir historia fuera una invención de los europeos, ni siquiera de Herodoto y Tucídides. La historia ha sido también escrita por chinos, persas y otros pueblos. Más aún, el propio Herodoto insistía en que «Europa» carece de existencia independiente, pues no es sino parte de Eurasia, la cual carece ella misma de verdaderas fronteras internas. Tal vez Braudel tenía en mente a una generación de historiadores que escribió mucho tiempo después de Herodoto. Aun así, éstos inventaron la historia eurocéntrica mucho después de que hubieran producido sus obras históricas toda una serie de historiadores, cronistas y viajeros árabes de renombre, como es el caso de Ibn Batuta, Ibn Jaldún y Rashid-al-Din, que habían escrito ya historia mundial afro-euroasiática que resultaba ser en la práctica bastante poco arabo-céntrica o islamocéntrica.

Los europeos parecen haber de hecho inventado también la geografía, pues la propia «Eurasia» es una denominación eurocéntrica, si bien se trata de una geografía inventada en una distante península marginal dentro de esa masa continental. Antes de su prematura muerte en 1968, Marshall Hodgson (1993) cuestionó los mapas cartografiados por medio de la proyección Mercator, que hace que Gran Bretaña aparezca casi tan grande como la India; y J. M. Blaut (1993 b) ha puesto de manifiesto lo eurocéntrica que ha sido la cartografía de la «marcha de la Historia». Martin Lewis y Karen Wigen (1997) llaman por su parte la atención sobre *The Myth of Continents* [El mito de los continentes]. Un ejemplo es que, contra toda la evidencia geográfica, los europeos insisten en elevar su península a la categoría de «continente» mientras que los mucho más abundantes numéricamente habitantes de la India son reducidos a la categoría de «subcontinente» y los chinos a la de un «país» en el mejor de los casos. La unidad geográfica e histórica relevante es en realidad Afro-Eurasia. Sin embargo, habría que denominarla entonces con más propiedad como «Afrasia», según sugirió Arnold Toynbee tal y como recientemente ha recordado el que fuera presidente de la World History Association Ross Dunn. Pero incluso este orden silábico sigue sin reflejar el verdadero alcance de la magnitud geográfica y demográfica así como la relevancia histórica de estos dos continentes. Europa, por supuesto, no es comparable a ninguno de ellos.

Los historiadores posteriores, ciertamente, se han mirado de forma primordial su propio ombligo europeo. Esto puede disculparse o al menos explicarse por el apoyo social, cultural, político y económico que han recibido. Después de todo, los historiadores recibieron enorme apoyo a la hora de escribir historias «nacionales» y de servir a los intereses ideológicos, políticos y económicos de sus clases dominantes. Sin embargo, estos historiadores desbordaron los confines de sus propias «naciones» y sostuvieron que «Europa» y «Occidente» eran y son el «ombligo» (de hecho también el alma y corazón) del resto del mundo. Si llegaron a dar crédito a alguien más fue sólo a regañadientes y por medio de una «historia» que, como el Orient Express en su trayecto hacia el oeste, atravesaba una especie de túnel del tiempo desde los antiguos egipcios y pueblos mesopotámicos en dirección a los griegos y romanos del mundo antiguo clásico y a través de la Europa medieval (occidental) hasta los tiempos modernos. Los persas, turcos, árabes, hindúes y chinos recibían todo lo más una cortés, y a menudo no muy educada, referencia formal. Otros pueblos como los africanos, japoneses, asiáticos del sur y el centro no recibían mención alguna por su contribución a la historia o ni siquiera como participantes en ella salvo en tanto que hordas nómadas de «bárbaros» que cada cierto tiempo surgían de Asia central para hacer la guerra a los pueblos asentados y «civilizados». De entre los ejemplos que son literalmente innumerables, citaré uno al azar tomado de un prólogo de un libro: «*The Foundations of the West* [Los fundamentos de Occidente] es un estudio histórico de Occidente desde sus orígenes en el Próximo Oriente antiguo hasta el mundo [*¡sic!*] de mediados del siglo XVII» (Fishwick, Wilkinson y Cairns, 1963, ix).

Tanto la Historia Moderna como la Contemporánea ha sido escrita por los europeos, quienes, según Braudel, «construyeron un mundo alrededor de Europa», tal y como ya «saben» los historiadores. Tal es de hecho el «conocimiento» que comparten los historiadores europeos, que en realidad «inventaron» la historia y le dieron a continuación un buen uso. No existe la más leve sospecha siquiera de que las cosas hayan podido tener lugar al revés, es decir, que puede ser que haya sido el mundo el que crease Europa. Y sin embargo esto es lo que yo me propongo demostrar, o al menos aspiro a empezar a mostrar, con este libro.

El libro se plantea una serie de tareas. Son tareas a la vez ambiciosas y sin embargo muy humildes. Son ambiciosas en cuanto que pretendo poner en entredicho la historiografía eurocéntrica en la que se apoya buena parte de la teoría social «clásica» y «moderna» que hemos heredado. Las pretensiones

conscientemente humildes son incluso más claras: me conformo –y espero que el lector lo haga también– con dibujar los contornos de una interpretación alternativa de la economía mundial entre 1400 y 1800. El libro ofrece los rudimentos de lo que no es a día de hoy sino sólo un análisis y una teoría estructural, funcional, dinámica y evolutiva muy básica –pero que espero que con el tiempo se haga más profunda y amplia– del sistema político, económico y social unitario a escala mundial que compartimos todos y en el que nos toca vivir.

Es bastante probable que las limitaciones de este libro sean mayores que las que yo he pre-establecido conscientemente, de manera que impedirán que llegue a alcanzar incluso ese humilde objetivo inicial. Sin embargo, es algo ya bastante fuera de lo común pretender siquiera revisar el funcionamiento de la economía global durante la Edad Moderna a escala mundial y analizar sus caracteres estructurales con el fin de investigar de qué manera influyen en sus distintas partes en su dimensión sectorial y regional. Puede que la mayor parte del desarrollo histórico de esta economía mundial y sus partes reciba menos atención de la que reclama y merece. El objetivo no es tanto escribir una historia universal sobre este período, ni siquiera una historia económica mundial, algo que está por encima de mis posibilidades a día de hoy, cuanto ofrecer una perspectiva global sobre la historia económica de la Historia Moderna. Aunque la evidencia histórica es importante, me interesa menos cuestionar la evidencia convencionalmente admitida y más en cambio rebatir los paradigmas eurocéntricos heredados contraponiéndoles un paradigma global más humanocéntrico.

El planteamiento principal es mostrar por qué es *necesaria* una perspectiva y un enfoque globales, algo indispensable no sólo para la historia de la economía mundial como tal sino también con el objetivo de ubicar sus sectores, regiones, países o cualesquier segmentos y procesos subordinados y partícipes dentro del todo global de que son sólo partes constitutivas. De forma más específica, necesitamos una perspectiva global para poder apreciar, comprender, dar cuenta, explicar –en una palabra, aprehender– «el auge de Occidente», «el desarrollo del capitalismo», «la hegemonía europea», «el auge y caída de las grandes potencias», entre las que hay que incluir la –en tiempos– «Gran» Bretaña, los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, «la tercermundización de Los Ángeles», «el milagro del Extremo Oriente» y cualesquier otros procesos y fenómenos. Ninguno de los mencionados fue ocasionado sólo ni siquiera en primer término a través de la estructura o la interacción de fuerzas «internas» a ellos. Todos ellos han sido parte indistinguible de la estructura y el desarrollo de un sistema económico mundial singular y unitario.

Una reflexión que deriva de la anterior es que Europa no se elevó a sí misma por sus propios medios, y desde luego menos en virtud de ningún «excepcionalismo» europeo en materia de racionalidad, instituciones, mentalidad empresarial, tecnología ni genialidad, en una palabra, por una supuesta singularidad racial. Mostraré que Europa tampoco logró destacar en primer término gracias a su participación y manejo de la economía atlántica como tal, siquiera a través de la explotación directa de sus colonias americanas y caribeñas y de su control del comercio de esclavos africanos. Este libro muestra cómo en lugar de esto Europa se sirvió de su dinero americano para introducirse en la producción, los mercados y el comercio asiático y beneficiarse de ellos, en una palabra, de aprovecharse de la posición predominante de Asia dentro de la economía mundial. Europa trepó sobre los lomos de Asia, y se apoyó a continuación sobre los hombros de Asia; pero sólo temporalmente. Este libro también trata de explicar en términos de economía mundial cómo «Occidente» llegó hasta ahí arriba y, por derivación, por qué y cómo es probable que pronto vuelva de nuevo a perder esta posición.

Otra tesis derivada de la anterior es que la Europa de la Edad Moderna no fue más importante en la economía mundial ni en modo alguno más avanzada que otras regiones del mundo. Esa ventaja europea no se produjo ni siquiera teniendo en cuenta todos sus espacios atlánticos periféricos. Tampoco fue Europa en modo alguno «centro» o «núcleo» de ninguna economía o sistema económico de dimensión mundial. La «economía-mundo y el sistema mundial» del que Europa era el «núcleo central» o centro en el sentido dado por Braudel (1992), Wallerstein (1974) y otros entre los que hay que incluir a Frank (1967, 1978 a y b) no era sino una parte menor y durante mucho tiempo bastante marginal de la economía mundial real en su conjunto. Veremos que lo único con que contaba realmente Europa para participar en esta economía mundial era su dinero procedente de América. Si existían regiones predominantes en la economía mundial antes de 1800, éstas se hallaban en Asia. Si había alguna economía que ocupaba un lugar y desempeñaba una función «central» en la economía mundial y en su posible jerarquía de «centros», se trataba de China.

Sin embargo, la aspiración misma a la «hegemonía» en la economía y sistema mundial de la Edad Moderna es un fenómeno mal entendido. Europa no era desde luego central dentro de la economía mundial antes de 1800. Europa no era hegemónica en términos estructurales ni funcionales, ni siquiera en términos de peso de su economía o de su producción, tecnología o productividad, ni tampoco en consumo per capita, ni en modo alguno en el desarrollo de instituciones supuestamente «capitalistas» y «avanzadas». En términos económicos a escala mundial, ni Portugal en el siglo XVI, ni los Países Bajos en el siglo XVII ni Inglaterra del siglo XVIII fueron de ninguna manera «hegemónicos». Tampoco en términos políticos. ¡Nada de eso! En todos estos terrenos, las economías de Asia estaban mucho más «avanzadas», e imperios como el Ming/Ching chino, el de los mogoles en la India e incluso el de la Persia de los safávidas y el turco otomano poseían un peso político e incluso militar muy superior al de cualquiera de los imperios europeos del período.

Esta reflexión resulta relevante también para la problemática del desarrollo actual y futuro a escala mundial. El reciente fenómeno de «desarrollo»

económico del Asia oriental está siendo objeto de mucha atención por todo el mundo en este tiempo, pero genera mucho desconcierto a la hora de dar cuenta de él desde el esquema europeo de pensamiento sobre el desarrollo. El problema puede ilustrarse con facilidad teniendo en cuenta lo absurdo que resulta reclasificar a Japón como parte de «Occidente» o el haber definido a los japoneses como «honorables blancos» durante el período del *apartheid* en Sudáfrica. Más allá de Japón, el centro de atención ha ido virando hacia los Cuatro Tigres o Dragones representados por Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur. No obstante, se está dando cada vez más relevancia a otros dragones menores del sureste asiático así como al gran dragón chino que se insinúa por el horizonte. Hasta la prensa entiende que

> de forma clara e insensible, sutil y manifiesta (...) China se está haciendo notar por toda Asia con un peso que no se sentía desde el siglo XVIII (...) Ahora el dragón se ha despertado y está alterando cuestiones que van desde las pautas del comercio regional hasta la producción industrial, desde las decisiones que toman los gobiernos asiáticos (...) [lo cual] confirma un viraje en la geopolítica de una región que se extiende desde Japón y Corea del Sur hasta el cinturón del sureste asiático (Keith B. Richburg del Washington Post Service en el *International Herald Tribune*, 18 de marzo de 1996).

Para subrayar aún más la importancia de este punto para el argumento que estoy planteando aquí, puede ser interesante extraer unas citas del mismo periódico en dos días sucesivos. Bajo el titular «América debe aprender a respetar la manera oriental de hacer las cosas», se nos dice que

> Los occidentales se han acostumbrado a decir a los asiáticos lo que deben hacer. Esta época está ahora llegando a su fin. Los países asiáticos se están haciendo suficientemente fuertes como para afirmar su autonomía y mantenerla (...) Cualquier intento futuro de reestructurar los países asiáticos desde criterios occidentales está llamado al fracaso. Traería consigo el riesgo de hacer estallar otra de esas largas series de conflictos entre asiáticos y Occidente (...) Los occidentales necesitan admitir la igualdad de trato con los asiáticos, y el derecho de éstos a hacer las cosas a su manera (...) y de reconocer la validez de los valores «asiáticos» (Bryce Harland, *International Herald Tribune*, 3 de mayo de 1996).

Bajo el epígrafe «Está en juego la naturaleza del sistema internacional», este mismo periódico señaló en su edición del día siguiente esto:

> El conflicto con China es un conflicto sobre la naturaleza del sistema internacional y sus agencias políticas, financieras y de comercio. Deliberadamente o no, China está presionando para conformar un sistema internacional alternativo más proclive a las aspiraciones de Pekín [lo cual es] manifiesto en la pugna de China por reformar las reglas de admisión en la OMC [Organización Mundial de Comercio] (Jim Hoagland, *International Herald Tribune*, 4-5 de mayo de 1996).

Y esto, ¿por qué? Hill Gates (1996, p. 6) argumenta que ello se debe a que de todo el mundo sólo China puede ser considerada excepcional por su capacidad de resistencia a ser «reconfigurada por las presiones del capitalismo originario de Europa occidental (...) [y] de sobrevivir a la reconfiguración del mundo en los últimos siglos a manos del imperialismo occidental». Otros lo han intentado y han ofrecido todo tipo de «explicaciones» a este despertar de Asia, que van desde la influencia del «confucianismo» a la «magia del mercado sin intervención estatal». Pero he aquí que la experiencia del Extremo Oriente en el mundo contemporáneo no parece cuadrar muy bien con ninguna de las teorías o esquema ideológico de cosas que hemos heredado de Occidente. Al contrario, lo que está sucediendo en Asia oriental parece violar todo tipo de cánones occidentales sobre cómo las cosas «deberían» hacerse, que suele querer decir que lo que hay que hacer es imitar cómo «nosotros» hicimos las cosas «a la manera occidental». ¡Vergonzoso!

La reivindicación de este libro es que el «auge» del Extremo Oriente no debería resultar algo sorprendente simplemente porque no se ajuste al esquema de cosas propio de Occidente. Este libro sugiere en su lugar un planteamiento bastante diferente sobre el funcionamiento de la economía en el que los acontecimientos actualmente en marcha en Asia oriental así como los de un futuro posible, y también los de otras partes de Asia, pueden cuadrar y de hecho lo hacen. Se trata de un esquema de cosas sobre el desarrollo económico a escala global dentro del cual Asia, y en especial el Asia oriental, era ya dominante y siguió siéndolo hasta tiempos muy recientes en términos históricos, es decir, hasta hace menos de dos siglos. Sólo entonces, por razones que se exploran en este libro, las economías asiáticas perdieron sus posiciones de predominio en la economía mundial, al tiempo que dichas posiciones pasaron a ser ocupadas por Occidente, si bien tal y como parece sólo de forma temporal.

La interpretación occidental de su propio «auge de Occidente» ha sido presa de un fenómeno de «error de especificidad», al asignar a una realidad concreta las abstracciones teóricas con las que dicha interpretación está construida. Lo que debería hacerse cada vez más evidente es que el «desarrollo» no fue tanto algo exclusivo «de Occidente» cuanto propio de toda la economía mundial e inscrito en ella. El «liderazgo» dentro del sistema mundial –más exactamente que la «hegemonía»– ha estado temporalmente «centrado» en un sector o una región (o unas pocas), pero sólo para volver a saltar a una o varias otras. Eso es lo que tuvo lugar en el siglo XIX, y parece estar de nuevo sucediendo a comienzos del siglo XXI, conforme el «centro» de la economía mundial está aparentemente volviendo de nuevo a virar en dirección a «Oriente».

Esta idea está cuajando también en otros terrenos, si bien adoptando una forma un tanto sospechosa. El libro de Jones, Frost y White *Coming Full Circle: An Economic History of the Pacific Rim* [El círculo se completa: una historia económica de la costa del Pacífico] (1993) arranca de la situación de hace mil años y ofrece una descripción del crecimiento económico ocurrido en la China de la dinastía Song. No obstante, en esta obra la China de las dinastías Ming y Ching y Japón son presentadas como épocas en general esencialmente de aislamiento y estancamiento, mientras que por el lado opuesto el Pacífico se convierte primero en «un lago español» y aparece después sujeto a la «Pax Britannica» y «la Centuria americana» de manera que sólo después de un supuesto intervalo de entre quinientos y setecientos años y tras importantes incursiones e intervenciones occidentales las costas orientales del Pacífico vuelven a emerger. En otra obra, en el estudio de Felipe Fernández-Armesto sobre el pasado milenio de historia mundial (1995), las incursiones occidentales en Asia se mantienen en un nivel sólo superficial y marginal hasta los dos últimos siglos, y la ascendencia de Occidente es considerada como un fenómeno breve y fugaz. En su relato, no obstante, el presente y el posible auge futuro de China y otras partes de Asia dentro del mundo devuelven la economía y el predominio cultural chinos al nivel alcanzado durante la dinastía Song hace casi mil años. En mi libro, por el contrario, defiendo que ese período de predominio occidental duró tan sólo doscientos años. Más aún, trato de mostrar cómo esos cambios han sido también inseparables de un proceso cíclico de «desarrollo» global a largo plazo. El capítulo introductorio –y el de conclusiones– explora las implicaciones de estas interpretaciones históricas para la teoría social.

GLOBALISMO, Y NO EUROCENTRISMO

Desde hace ya tiempo «Occidente» ha encapsulado buena parte del resto del mundo bajo la clasificación de «Orientalismo» (el empleo de la pareja de términos «Occidente» y «el Resto» procede de Huntington, 1993 y 1994). La cultura occidental está plagada de estudios, instituciones y otras manifestaciones de una mentalidad «orientalista». Esta perspectiva ideológica occidental ha sido brillantemente analizada y puesta en entredicho por el palestino-norteamericano Edward Said en su libro *Orientalism*, publicado en 1978. En él muestra cómo actúa el orientalismo como parte del intento de Occidente de estigmatizar el resto del mundo con el fin de aislar el supuesto excepcionalismo que sería propio del mundo occidental. Esta manera de proceder ha sido también denunciada por Samir Amin en su obra *Eurocentrism* de 1989. Martin Bernal, por su parte, en *Black Athena* (1987) ha mostrado cómo los europeos, de forma inseparable al colonialismo del siglo XIX, crearon un mito histórico sobre sus supuestas raíces puramente europeas en una Grecia «democrática» que por cierto era también sexista y esclavista. La tesis de Bernal, que al parecer se volvió contra las intenciones del autor, ha servido para dar crédito a la idea de un origen afro-céntrico para la cultura griega (Asante, 1987). De hecho, las raíces de Atenas se hallaban mucho más en Asia Menor, Persia, Asia central y otras partes de Asia que en Egipto o Nubia. Para llegar a un acuerdo y conciliar estas dos interpretaciones podemos decir que los griegos y los europeos eran y son primordialmente afro-asiáticos. Sin embargo, las «raíces» europeas no se circunscribían desde luego a Grecia y Roma (ni a Egipto y Mesopotamia antes ya de estas civilizaciones). Las raíces de Europa se extendían por el conjunto de Eurasia desde tiempo inmemorial. Más aún, como se mostrará en este libro, Europa era aún dependiente de Asia durante la Edad Moderna antes de la invención y propagación durante el siglo XIX de la «idea eurocéntrica».

Esta idea eurocéntrica consiste en una serie de planteamientos, algunos de los cuales destacan en la obra de economistas políticos como Karl Marx y Werner Sombart, y otros de ellos en las de sociólogos como Émile Durkheim, Georg Simmel y Max Weber. Estos últimos hicieron el mayor esfuerzo deliberado de armar, combinar y dar lustre a estos rasgos propios del eurocentrismo. Todos ellos supuestamente consiguen explicar *The European Miracle* [El milagro europeo], que es el elocuente título de un libro de Eric L. Jones (1981). El libro de Jones es, sin embargo, sólo la punta visible de un iceberg que ocupa toda la ciencia social y la historia occidentales desde Marx y Weber, pasando por Oswald Spengler y Arnold Toynbee, hasta llegar al alución de reivindicaciones de un supuesto excepcionalismo occidental desde la Segunda Guerra Mundial, en particular en los Estados Unidos.

El uso y abuso de esta suerte de «teoría» eurocéntrica ha sido sintetizado fundamentalmente a través de un contraste con el Islam, aunque se hace funcionar igualmente en relación con otras partes del «Oriente»:

> El síndrome consiste en una serie de argumentos básicos: 1) el desarrollo social tiene por causa caracteres que son internos a la sociedad; 2) el desarrollo histórico de la sociedad es o bien un proceso de tipo evolutivo o bien un gradual declive. Estos argumentos permiten a los orientalistas establecer sus tipos ideales dicotómicos sobre la sociedad occidental cuya esencia interna se desenvuelve en un proceso dinámico hacia el industralismo democrático (Turner, 1986, p. 81).

Sin embargo, según escribió el historiador del mundo y del Islam Marshall Hogdson,

> Todos los intentos que he visto de invocar unos trazos seminales premodernos para Occidente se ven desmentidos ante el análisis histórico detallado, conforme otras sociedades empiezan a ser conocidas de forma tan detallada como Occidente. Esta afirmación puede aplicarse incluso al gran maestro Max Weber, que trató de mostrar que Occidente heredó una combinación única de racionalidad y espíritu de acción (Hodgson, 1993, p. 86).

Hodgson (1993) y Blaut (1992, 1993 a y 1997) llaman a esto con sorna «historia en forma de túnel», derivada de una visión del tiempo como de un túnel que sólo ve causas y consecuencias «excepcionales» intraeuropeas y se muestra ciega a todas las aportaciones extraeuropeas influyentes en la historia contemporánea europea y mundial. No obstante, como señala Blaut, en 1492 o 1500 Europa carecía aún de ventajas de ningún tipo sobre Asia y África, y tampoco contaba con «modos de producción» significativamente diferentes. En 1500 e incluso más tarde, no habría habido razón alguna para anticipar el triunfo de Europa o de su «capitalismo» tres siglos después o más. El desarrollo en los siglos XVI y XVII del «tecnologismo» económico, científico, racional que Hodgson sitúa en la base de la posterior gran «transmutación» tuvo lugar, según insiste, a escala mundial y no de forma exclusiva ni en especial en Europa.

Los europeos y árabes al menos poseían una perspectiva mucho más global antes de que fuera suprimida por el auge de una historiografía y una teoría social eurocéntricas durante el siglo XIX. Por ejemplo, el estadista e historiador tunecino Ibn Jaldún (1332-1406) analizó y comparó la «riqueza de las naciones» anterior a su tiempo y en su presente:

> Ésta puede quedar ejemplificada por las regiones orientales, como Egipto, Siria, India, China y el conjunto de las regiones del norte situadas al otro lado del Mediterráneo. Cuando su civilización se desarrolló, las propiedades de sus habitantes se incrementaron, y sus dinastías se engrandecieron. Sus ciudades y asentamientos aumentaron, y su comercio y condiciones de vida mejoraron. En nuestro tiempo podemos observar las condiciones de los comerciantes de las naciones cristianas que tratan con los musulmanes en el Magreb. Su prosperidad y riqueza no puede ser del todo descrita dado su tamaño. Lo mismo puede decirse de los mercaderes del este y de lo que sabemos sobre sus condiciones, y más aún de los mercaderes del lejano oriente que proceden de países del Irak no árabe, la India y China. Se cuentan por los viajeros historias importantes sobre su riqueza y prosperidad. Estas historias son normalmente recibidas con escepticismo (Ibn Jaldún, 1967, p. 279).

Incluso en el siglo XVIII el Padre Du Halde, el publicista francés más experto en cultura china (que nunca salió de París y se sirvió de los jesuitas y otros viajeros y traductores como fuentes) escribió que en China

> las riquezas particulares de cada provincia, y la capacidad de transportar mercancías a través de ríos y canales han tenido siempre el imperio en gran florecimiento (...) El comercio que se realiza dentro de China es tan grande que no es posible comparar con él todo el europeo (citado por Chaudhuri, 1991, p. 430; una versión más larga puede consultarse en Ho Ping-ti, 1959, p. 199).

Al estudiar la obra de Du Halde, Theodore Foss (1986, p. 91) insiste en que textos de origen chino no sólo filosóficos sino también tecnológicos y de conocimientos prácticos fueron traducidos y estudiados en Occidente sobre la base de un interés utilitario. De hecho, Donald Lach y Edwin van Kley (1965-) han escrito una serie de volúmenes que lleva por título *Asia in the Making of Europe* [Asia en la formación de Europa] (hasta ahora han sido publicados siete volúmenes y se esperan aún otros más]. Una síntesis de estos trabajos puede verse en la reseña crítica de M. N. Pearson (1996) o en el «Cuadro compuesto» que ocupa el final del libro de Lach y van Kley (1993, vol. 3, libro 4). Ellos llaman la atención por ejemplo sobre que «los europeos del siglo XVI consideraban que Japón y China eran las grandes esperanzas del futuro»; a fines del siglo XVII, continúan, «pocos europeos cultos podrían haber quedado al margen de la influencia [de la imagen de Asia] y habría sido de hecho una sorpresa si sus efectos no se hubieran hecho sentir en la literatura, las artes, el conocimiento y la cultura». Lach y van Kley apoyan este punto de vista en el hecho de que en esos dos siglos se habían escrito, reeditado y traducido a todas las lenguas europeas de importancia cientos de libros sobre Asia que fueron obra de misioneros, comerciantes, capitanes de barcos, naturalistas, marineros, soldados y otros viajeros europeos. Entre estas obras hay que contar al menos veinticinco grandes libros sobre el Asia merdional, quince sobre el sureste asiático, veinte sobre los archipiélagos, sesenta acerca del Asia oriental, todo ello sin mencionar innumerables obras más breves (Lach y van Kley, 1993, p. 1890). El imperio de la India estaba considerado como uno de los más ricos y poderosos, pero China seguía siendo el más impresionante y el objetivo último de los europeos (Lach y van Kley, 1993, pp. 1897 y 1904). La filosofía asiática era objeto de admiración, pero menos en cambio las artes y ciencias; la medicina, la artesanía y la industria y sus respectivos practicantes eran altamente respetados y a menudo imitados (Lach y van Kley, 1993, pp. 1914 y 1593 y ss.).

Una anécdota histórica reveladora es que Leibniz, el filósofo alemán del siglo XVII, estaba al servicio de un príncipe del oeste de Alemania receloso, con sobradas razones, de las ambiciones de su vecino Luis XIV. Por ello Leibniz escribió a Luis para darle un consejo: en lugar de orientar sus ambiciones hacia el otro lado del Rin, sería mucho más económico en términos políticos para Francia orientar sus intereses hacia el sureste y desafiar el poder de los otomanos:

> De hecho, todo lo exquisito y admirable procede de las Indias Orientales (...) Las gentes cultas han señalado que en todo el mundo no hay comercio que pueda compararse con el de China (Leibniz, 1969, vol. 5, p. 206; esta cita me fue amablemente proporcionada por Gregory Blue).

Los franceses no siguieron este consejo hasta la época de Napoleón, quien probablemente no por casualidad se tomó la molestia de hacerse con una

copia de la carta de Leibniz cuando invadió Alemania. Según han hecho notar autores como Lach y Said, esta alta consideración de Europa por Asia no cambió en realidad hasta el siglo XIX, tras el comienzo de la industrialización y el colonialismo europeos, que vinieron a alterar profundamente las percepciones y los discursos de los europeos, entre los que hay que contar también la historiografía y las ciencias sociales. Incluso hoy, Paul Bairoch reconoce que el desarrollo económico y cultural de la Edad Moderna fue en muchas partes de Asia superior al de Europa. Este testimonio es aún más signficativo porque junto con Patrick O'Brien (1982, 1990 y 1997), Bairoch (1974) es uno de los principales autores que han cuestionado abiertamente la tesis de Wallerstein y Frank que plantea que las relaciones de Europa con el resto del mundo tuvieron un importante impacto sobre el propio desarrollo europeo. Aunque sigue negándose a aceptarla –al igual que O'Brien (1997)– Bairoch (1997, vol. 2, p. 528, los puntos suspensivos son suyos) reconoce no obstante que no sólo en términos de «[r]iqueza y poder... podemos considerar de hecho que alrededor del comienzo del siglo XVI las principales civilizaciones de Asia habían alcanzado un nivel de desarrollo económico y técnico superior al del Europa».

De hecho Bairoch señala también la superioridad en concreto de China, la India, Japón, Corea, Birmania, Camboya, Laos, Tailandia, Vietnam, Indonesia y el Imperio Otomano; considera que Estanbul, con sus 700.000 habitantes era la ciudad más grande del mundo, con Pekín a continuación como segunda ciudad de mayor tamaño, con apenas unos pocos habitantes menos. Hace también notar que el norte de África musulmán estaba más urbanizado que Europa: París tenia 125.000 habitantes alrededor de 1500, mientras que El Cairo contaba con 450.000 y Fez había perdido ya su techo de 250.000. Más aún, Calcuta en la India poseía 500.000 habitantes y Pegu (o Bago) en Birmania y Angkor en Camboya habían llegado justo antes a alcanzar 180.000 y 150.000 habitantes respectivamente (Bairoch, 1997, vol. 2, pp. 517-537). Curiosamente, Bairoch afirma también (en la página 509 de ese mismo volumen) que «con el siglo XVI dio comienzo la dominación de Europa sobre otros continentes». Esto es evidentemente verdad revelada entre los europeos, que arranca ya de mediados del siglo XIX de la mano de Marx y otros. Esta visión del mundo sigue estando tan extendida que cuando la revista *Life* contrató para su número de septiembre de 1997 a decenas de editores, se dejó aconsejar por centenares de expertos y dedicó meses a organizar acaloradas reuniones con el objetivo de elaborar un listado de los cien personajes y acontecimientos más importantes del milenio, llegó a los siguientes resultados:

> Los occidentales (...) se alzan con una proporción incomparablemente mayor de la flor y nata a escala global (...) Todos menos 17 [de los cien de la lista] son de origen europeo; sólo diez de ellos son mujeres. Esto refleja no el sesgo en las preferencias de los editores y asesores expertos de la revista *Life* sino las realidades sociopolíticas de los últimos mil años (p. 135).

Smith, Marx y Weber

No resulta sorprendente pues que, entre los observadores europeos de especial relevancia entre nosotros, Adam Smith y Karl Marx también se preocuparon por estas cuestiones de enorme importancia e interés. Lo hicieron, sin embargo, desde las diferentes perspectivas propias de sus respectivos tiempos históricos. Smith y Marx al tiempo coincidían y divergían en su apreciación de la historia de la Edad Moderna y del lugar que ocupó Asia dentro de ella. Smith escribió en *La riqueza de las naciones* en 1776:

> El descubrimiento de América y del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los sucesos más grandes e importantes que se registran en la historia de la Humanidad (Smith, 1981 [1776], p. 556).

El *Manifiesto comunista* de Marx y Engels continúa este enfoque con la siguiente observación:

> El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición (Marx y Engels, 2005 [1848], p. 157).

No obstante Smith –que escribió antes de la revolución industrial en Europa pero haciéndose eco de opiniones del filósofo David Hume, que escribió a su vez un cuarto de siglo antes que él– fue el último gran teórico social (occidental) que apreció que Europa era un territorio rezagado en el desarrollo de la riqueza de las naciones: «China es un país mucho más rico que cualquier parte de Europa», remarcó en 1776. Smith no estaba con esta comparación anticipando ningún cambio en el escenario que describía y no parece haberse percatado de que estaba escribiendo en los inicios de lo que ha venido a conocerse como la «revolución industrial». Más aún, tal y como señala E. A. Wrigley (1994, pp. 27 y ss.) tampoco lo hicieron los economistas ingleses Thomas Malthus o David Ricardo una y dos generaciones más tarde, e incluso John Stuart Mill, que escribió a mediados del siglo XIX, expresaba sus dudas respecto a ese proceso de transformación.

Sin embargo, Smith tampoco consideraba que «los mayores acontecimien-

tos de la historia» eran una serie de regalos que Europa hubiera concedido a la humanidad, en forma de civilización, capitalismo o cualquier otra cosa. Por el contrario, con inquietud hacía notar que

> El beneficio comercial que podían haber obtenido los indios de una y otra región [las Indias Orientales y las Occidentales], como consecuencia de esos acontecimientos, ha perdido mucho de su saludable influencia ante los infortunios que, por otra parte, han experimentado (...) Los beneficios o daños que pueden resultar en el futuro de estos dos extraordinarios sucesos [el descubrimiento de América y el paso por el Cabo de Buena Esperanza] no hay previsión humana que pueda penetrarlos (Smith, 1981 [1776], p. 556).

A mediados del siglo XIX, las visiones europeas sobre Asia y en particular sobre China se habían alterado drásticamente. Raymond Dawson (1967) describe y analiza este cambio en un libro que lleva el revelador título de *The Chinese Chameleon: An Analysis of European Conceptions of Chinese Civilization* [El camaleón chino: un estudio de las concepciones de los europeos sobre la civilización china]. Los europeos pasaron de ver en China «un ejemplo y un modelo» a definir a los chinos como «un pueblo de eterna inmovilidad». ¿Por qué tuvo lugar este cambio tan abrupto? El inicio de la revolución industrial y el comienzo del colonialismo europeo en Asia habrían influido modificando las mentes de los europeos, si no hasta el punto de «inventar» la historia en su totalidad, al menos sí de inventar un falso universalismo bajo supervisión y guía europeos. A continuación, en la segunda mitad del siglo XIX, no sólo se reescribió la historia mundial a precio de ganga, sino que (re)nació una «ciencia» social «universal», y no simplemente como una disciplina europea, sino como una invención *eurocéntrica*.

Al operar de esta manera, los historiadores y teóricos sociales «clásicos» de los siglos XIX y XX dieron un enorme salto hacia atrás incluso respecto de perspectivas europeas existentes, y más aún de otras de origen en culturas musulmanas, que habían sido mucho más realistamente englobadoras hasta entrado el siglo XVIII. Entre los que vieron las cosas desde este nuevo prisma más estrecho (y eurocéntrico) se hallaban Marx y Weber. Según ellos y todos sus discípulos hasta la actualidad, los rasgos esenciales del «modo de producción capitalista» que supuestamente se desarrolló dentro y fuera de Europa estaban ausentes en el resto del mundo y sólo podían ser aportados, y así estaba sucediendo, por medio de la ayuda y la difusión procedente de Occidente. Es aquí donde entran en juego las hipótesis «orientalistas» de Marx, y las de muchos otros estudios de Weber, así como los falaces asertos de ambos acerca del resto del mundo. Para repasarlos brevemente, podemos seguir en este punto mi propia interpretación pero teniendo también en consideración alguna entre las muchas otras que hay disponibles, por ejemplo la que procede de un autor tan autorizado como Irving Zeitlin (1994).

Al parecer Marx seleccionó cuidadosamente las fuentes sobre las que se

apoyó para dar contenido a «Asia», y mucho más aún en el caso de África. Entre los economistas políticos clásicos que influyeron en Marx, Smith (1981 [1776], p. 348) había dado «crédito a las maravillosas relaciones de la riqueza y cultura de China, del antiguo Egipto y del vetusto Indostán». En este extremo, sin embargo, Marx prefirió seguir las opiniones de Montesquieu y de *philosophes* como Jean-Jacques Rousseau así como James Mill, quienes en cambio habían «descubierto» que el «despotismo» era el orden «natural» de las cosas y por tanto el «modelo de gobierno» de Asia y en general del «Oriente». Marx llamó también la atención sobre «la forma más cruel de estado, el despotismo oriental, de India a Rusia». También adjudicó esta forma de estado a los otomanos, a Persia y a China, y en realidad al conjunto de «Oriente». En todos ellos, Marx supuso la existencia de un centenario «modo de producción asiático». Supuso que en toda Asia las fuerzas productivas se mantenían en un estadio «tradicional, atrasado y estancado» hasta que la llegada de «Occidente» y su capitalismo despertó lo que de otra manera habría sido un sueño eterno.

Aunque Marx subrayó que el poder de compra de los habitantes de India y China dio impulso a los mercados europeos, Inglaterra estaba supuestamente mostrando a la India el espejo en el que mirar su futuro, y Estados Unidos estaba llevando el progreso a México gracias a la guerra que entabló en 1846 contra dicho país. Más aún, Marx suponía que «la transición del feudalismo al capitalismo» y «la burguesía ascendente» europea habían transformado el mundo también dentro de Europa supuestamente desde la génesis del capital (si es que no lo fue del capitalismo mismo) en el siglo XVI.

Para Marx, Asia se mantenía en un nivel aún más atrasado que Europa, pues aquí el «feudalismo» al menos contenía en su seno las semillas de una «transición al capitalismo». En supuesto contraste con ello, «el modo de producción asiático» exigiría la intervención de los progresivos beneficios procedentes de esta «transición» que tenía lugar en Europa para recibir una sacudida y salir de su endémico estancamiento, si bien al tiempo dijo que eran los mercados asiáticos los que a su vez habían dado ímpetu a los europeos. La supuesta razón de este estancamiento era la ausencia de un «modo de producción capitalista» que mantenía a Asia en su conjunto «dividida en aldeas, cada una de las cuales contaba con una organización completamente separada y formaba un pequeño mundo peculiar».

Pero esta división de Asia en mundos pequeños había quedado ya puesta en evidencia simultáneamente en el planteamiento que Marx y otros autores europeos según el cual Asia se caracterizaba también por el fenómeno del «despotismo asiático». Éste era entendido como una forma de organización sociopolítica necesaria para la gestión de los proyectos de irrigación a gran escala de estas sociedades, los cuales eran en sí mismos incompatibles con el supuesto aislamiento de las aldeas campesinas. Karl Wittfogel (1957) vendría más tarde a divulgar esta «teoría», pero irónicamente en forma de arma ideológica contra el comunismo y el marxismo, durante la Guerra Fría. ¡Pero no

hay que preocuparse por estas contradicciones internas a la teoría! Como veremos a lo largo de este libro, todas estas caracterizaciones a cargo de Marx no eran sino un producto de su imaginación y la de otros pensadores eurocéntricos, y carecían en cualquier caso de fundamento en realidad histórica alguna. Esta falacia se extiende también a su contrario, el «modo de producción capitalista», que fue supuestamente inventado por los europeos y desde entonces ha sido considerado el responsable del desarrollo europeo, occidental y finalmente global.

De hecho, en su excelente crítica a marxistas como Perry Anderson y otros, Teshale Tibebu (1990, pp. 83-85) argumenta de forma persuasiva que buena parte del análisis que han efectuado éstos del feudalismo, el absolutismo y la revolución burguesa y «su obsesión con la especificidad (...) [y] supuesta superioridad de Europa» es «arrogancia civilizatoria» europea, «ideología disfrazada de historia» y «orientalismo teñido de rojo», es decir, una «continuación del orientalismo por otros medios».

Puede ser que hayan surgido otros teóricos sociales que rebaten a Marx (y supuestamente para estar de acuerdo con Smith), pero todos ellos comparten entre sí *y con Marx* que 1492 y 1498 fueron los dos grandes acontecimientos de la historia de la humanidad, porque es en esas fechas cuando Europa descubrió el mundo. No importa que el mundo haya estado ahí todo ese tiempo y que al menos su parte afroasiática hubiera desde tiempo atrás venido a conformar la propia Europa. De hecho, el eminente historiador de la Europa medieval Henri Pirenne (1992) subrayó la dependencia de Europa respecto del exterior cuando señaló en 1935 que «no hubiera existido Carlomagno sin Mahoma». Sin embargo, la historia y la teoría social han estado desde entonces marcadas por la supuesta singularidad de los europeos (occidentales), quienes pretendidamente generaron «el auge de Occidente». Y lo que es peor aún, ellos supuestamente tenían también que asumir la misión civilizatoria del hombre blanco, concediendo al resto del mundo «el desarrollo y la expansión del capitalismo» como el regalo que Europa y Occidente han hecho a la humanidad. (Últimamente algunas feministas han rechazado que este proceso haya sido un regalo también para la parte femenina de la humanidad.)

Weber por supuesto estaba de acuerdo con Marx en todo esto de los orígenes europeos y los caracteres del «capitalismo», y también lo estaba con Sombart. Weber sólo quería analizar mejor el fenómeno. Sombart había ya singularizado la racionalidad occidental y sus supuestas raíces en el judaísmo como la condición sine qua non del «capitalismo» y de su «nacimiento» en Europa. Weber aceptaba esto también. Refinó el argumento sobre el «despotismo oriental» basado en la irrigación planteando que Asia poseía una habilidad inherente para generar por sí sola desarrollo económico, amén de «capitalista». Sin embargo, Weber tuvo en realidad enormes problemas para estudiar «la ciudad», la «religión» y otros aspectos de las diversas civilizaciones asiáticas. Siendo como era gran estudioso de las burocracias, tuvo que reconocer que los chinos sabían cómo gestionarlas y cómo gobernar el país en su conjunto. Más aún, tuvo más tiempo que Marx para estudiar cómo el dinero de Occidente se abría paso en dirección a Asia y por toda ella.

Esta mayor familiarización de Weber con las realidades asiáticas volvió también más compleja su argumentación y la hizo más sofisticada que la cruda versión marxiana. Por ejemplo, Weber reconocía que Asia poseía grandes ciudades. De manera que éstas tenían que ser «fundamentalmente diferentes» de las europeas, tanto en estructura como en función. El error de Weber a este respecto se muestra con claridad en el detallado análisis sobre su hipótesis que efectúa William Rowe (1984 y 1989) a partir del estudio de la ciudad china de Hankow.

Por seguir con esta crítica de la perspectiva eurocéntrica y del uso y abuso de la teoría weberiana, vuelvo una vez sobre el argumento de Turner según el cual

> La sociedad islámica se encuentra o bien en un estancamiento intemporal o en declive desde su nacimiento. Las sociedades son por consiguiente definidas por referencia a un conjunto de ausencias [que supuestamente] definen Occidente: la ausencia de una clase media, la ausencia de ciudad, la ausencia de derechos políticos, la ausencia de revoluciones. Estos rasgos ausentes (...) sirven para dar cuenta de por qué la civilización islámica fue incapaz de producir el capitalismo (Turner, 1986, p. 81).

De manera que ¿cuál fue la diferencia esencial, el ingrediente ausente que «el Oeste» supuestamente poseía y que en cambio «el Resto» no, si el propio Weber no fue capaz de concluir que todos estos factores estuvieran ausentes en las sociedades orientales que estudió? Para Marx, lo que estaba ausente era «el modo de producción capitalista»; Weber añadió también como elemento ausente la religión adecuada y su interacción con otros factores con el fin de generar ese «modo capitalista». Weber se tomó la molestia de estudiar varias de las grandes religiones del mundo y concluyó que todas ellas poseían un esencial componente mítico, místico, mágico, en una palabra, irracional que «necesariamente» impedía a todos sus devotos creyentes hacerse con la realidad de un modo racional, a diferencia de lo que les sucedía a los europeos. Sólo estos últimos eran beneficiarios de «la ética protestante y el espíritu del capitalismo». Weber no menos que Marx argumenta que esta ética y espíritu eran el todo y la esencia del capitalismo, y el argumento weberiano ha sido incluso más difícil de comprender que el de Marx.

Este espíritu racional es supuestamente la levadura secreta que, cuando se combina con el resto de los ingredientes, hace que «Occidente» crezca, pero no así «el Resto», donde está ausente. Sin su concurso, los asiáticos no pudieron desarrollar el capitalismo y no pudieron realmente «desarrollarse» en modo alguno, ni siquiera servirse de sus ciudades, su producción y su comercio. No importa que los católicos en Venecia y en otras ciudades italia-

nas se las hubieran apañado bastante bien, gracias, sin contar con este don especial de levadura mucho antes de que Calvino y otros lo pusieran a disposición de los europeos del norte. Y tampoco tiene importancia que no todos los que contaban con el don de la ética protestante salieran tan bien parados, fuera en Europa oriental o en las colonias europeas, al principio en las del sur de Estados Unidos y todavía hoy en las del Caribe y en otras partes, como he afirmado en Frank (1978 b). Con todo, David Landes defiende de forma explícita en su *The Unbound Prometheus* [Prometeo liberado] (1969) que existe evidencia empírica a favor de la tesis de Weber y rechaza de forma categórica que la «cultura» musulmana pueda permitir el desarrollo de la iniciativa en el terreno de la tecnología.

Sin embargo, los japoneses levantaron «el crisantemo y la espada» (Benedict, 1954) y produjeron y prosperaron sin necesidad del colonialismo occidental ni de inversión extranjera, y menos aún de ética protestante, incluso después de su derrota en la Segunda Guerra Mundial. De manera que James Abbeglen (1958) y Robert Bellah (1957) trataron de dar cuenta de estos desarrollos argumentando que los japoneses contaban con el «equivalente funcional de la ética protestante» mientras que, por desgracia para ellos, los chinos confucianos no. Ahora que ambos países están desarrollándose vertiginosamente en el terreno económico, al argumento se le ha dado otra vez la vuelta: es el «confucianismo» del Asia oriental lo que los está haciendo ir adelante y hacia arriba. En el mundo real de la economía, por supuesto, no hay nada de esto aquí ni allá.

Este eurocentrismo tuvo por abuelos en el siglo XIX al «padre de la sociología» Auguste Comte y a Sir Henry Maine, quienes distinguían entre formas pretendidamente nuevas de pensar y de organizar la sociedad basadas en la «ciencia» y el «contrato» y que supuestamente estaban reemplazando las viejas y «tradicionales». Uno de estos abuelos fue también Émile Durkheim, que idealizó la distinción entre formas de organización social «orgánicas» frente a «mecánicas»; otro fue Ferdinand Toennis, que imaginó una transición desde una «Gemeinschaft» [comunidad] tradicional a una moderna «Gesselschaft» [sociedad]. En una generación posterior, Talcott Parsons idealizó las formas sociales «universalistas» frente a las «particularistas» y Robert Redfield proclamó haber encontrado un contraste y transición o al menos un «continuum» entre la sociedad tradicional «popular» y la moderna sociedad «urbana» así como una cierta simbiosis entre la civilización «alta» y la «baja». Incluso Toynbee (1946), aunque estudió otras veinte civilizaciones, difundió la singularidad de la «occidental», y Spengler advirtió de su «declive».

Los críticos del desarrollo capitalista occidental que deseaban reformarlo o incluso reemplazarlo por otro sin embargo suscribían también la misma tesis fundamental. La versión marxista y neomarxista contemporánea recalca la supuesta diferencia fundamental entre un modo de producción «asiático», «feudal» y otros modos de producción «tributarios» respecto del «modo de

producción capitalista» (Wolf, 1982; Amin, 1991, 1993 y 1996). Lenin suponía que el «imperialismo como estadio superior del capitalismo» era también una excrecencia de un desarrollo que fue iniciado en Europa y difundido por ella. Más recientemente, Karl Polanyi asumía que no existían relaciones de mercado, por no decir de comercio ni una división del trabajo a larga distancia en ninguna parte del mundo antes de que lo que él llamó la «Gran Transformación» tuviera lugar en Europa durante el siglo XIX. Los hallazgos arqueológicos han desmentido una y otra vez la negación por parte de Polanyi (1957) de un comercio y mercados en los imperios primitivos, y yo he producido ya mis propias críticas teóricas y empíricas en otros trabajos (Gills y Frank, 1990/1991; Frank y Gills, 1992 y 1993; y Frank, 1993 a). Lo que está aquí en juego es que la expansión y el predominio del mercado supuestamente comenzó sólo en Europa (occidental) y se extendió desde allí por todo el mundo. Robert McIver abre su prólogo al primer libro de Polanyi con la afirmación de que dicha obra hace que otras anteriores se muestren obsoletas y superadas en su campo. Si esto es cierto lo es sólo en tanto que vuelve «obsoletos» los muchos reconocimientos previos de la importancia real del mercado, incluido el mercado mundial, sus relaciones e influencias. Polanyi reemplaza esta vieja realidad por mitos sobre la supuesta primacía de las relaciones no económicas de «reciprocidad» y «redistribución». Mi libro mostrará que, sobre la base de evidencias, esa «gran transformación» que tuvo lugar comenzó mucho antes del siglo XVIII y sin duda no fue iniciada en ni por Europa.

Todos estos «tipos ideales» diádicos y otras distinciones tienen en común que primero postulan rasgos socioculturales esencialistas y diferencias que son más imaginarias que reales, y a continuación suponen que las diferencias nos distinguen a «nosotros» de «ellos». En la terminología de Samuel Huntington (1993 y 1996), estos rasgos separan «el Oeste» del «resto». De hecho, supuestamente estos caracteres distinguen también la sociedad moderna (occidental) de su propio pasado así como del presente a menudo persistente aún en otras sociedades. Más aún, estos tipos «ideales» atribuyen alguna suerte de prístino autodesarrollo a algunos pueblos –en su mayoría de entre los «nuestros»– pero no a otros, así como su subsiguiente difusión (cuando se trata de algo positivo) o imposición (cuando se trata de algo negativo) desde un sitio a otro. La culminación más acabada de esta «tradición» es la obra de Daniel Lerner (1958) *The Passing of Traditional Society* [La desaparición de la sociedad tradicional]. En el mundo real, la única opción holística práctica ha sido: «nada de lo arriba presentado es correcto». Yo desafié este «subdesarrollo de la sociología» hace ya treinta años (Frank, 1967). Por exitoso que pareciera, ese desafío fue no obstante insuficientemente holístico. El presente libro es mi intento de hacerlo mejor.

En él, la evidencia y la argumentación que se ofrecen son que casi toda la ciencia y teoría social anteriormente citadas están viciadas por un sesgo y una arrogancia eurocéntricos. Voy a hacer ver que la evidencia histórica niega

de forma efectiva el supuesto origen europeo, por no hablar del excepcionalismo con aires de superioridad, del moderno desarrollo social, y por tanto tira de la manta de la historia y deja en evidencia la teoría científica social tal y como la conocemos. Admito de buen grado que deberíamos salvaguardar todo lo que podamos de ella siempre que resulte aún susceptible de ser usado; pero todo este saber heredado se encuentra con todo seriamente necesitado de revisión y cuestionamiento.

Véase cómo incluso un historiador universal y teórico social de la erudición de Braudel (1993) sostiene que

> Los logros económicos de China fueron modestos y, para ser franco, retrasados en comparación con los de Occidente (...) Su inferioridad se hallaba en su estructura económica [que estaba] menos desarrollada que la del Islam y la de Occidente (...) Ni sus empresarios estaban motivados por el afán de beneficios (...) Sólo compartían a medias la mentalidad capitalista del Oeste (...) La economía china no estaba todavía madura (...) Ni existía allí un sistema crediticio hasta el siglo XVIII y (en algunos lugares) hasta el siglo XIX (...) La revolución Tokugawa aisló a Japón del resto del mundo y reforzó los hábitos e instituciones feudales (Braudel, 1993, pp. 194-195 y 285).

Veremos a lo largo de este libro qué nivel de inexactitud histórica contiene esta estimación –contradictoria por lo demás con sus propias observaciones en otras obras– realizada por el historiador maestro y analista crítico del capitalismo.

El eurocentrismo contemporáneo y sus críticos

Ahora bien, todos somos discípulos –lo sepamos o no– de esta ciencia social e historia completamente eurocéntricas, más aún desde que Parsons encumbró el weberianismo en sociología y ciencia política cuando Estados Unidos pasó a ser económica y culturalmente dominante en el mundo tras la Segunda Guerra Mundial. Sus obras erróneamente tituladas *Structure of Social Action* y *The Social System*, así como la «teoría de la modernización» que de ellas deriva, junto con el libro del economista W. W. Rostow *Stages of Economic Growth* [Las etapas del crecimiento económico] (1962) están todos ellos cortados por el mismo patrón eurocéntrico y siguen la misma pauta teórica. Podemos sin embargo preguntarnos: ¿a qué respondía esa teoría? Las «etapas» de Rostow son poco más que una versión «burguesa» del desarrollo por etapas de Marx desde el feudalismo al capitalismo y al socialismo, todo lo cual se considera que da comienzo en Europa. Al igual que Marx, Rostow argumenta que Estados Unidos, siguiendo a Inglaterra, mostraría al resto del mundo el espejo de su futuro. Rostow (1975) explica también los «orígenes de la economía moderna» en *How It All Began* [Cómo

empezó todo], por medio de la revolución científica que supuestamente fue algo distintivo de la Europa moderna. En su *Unbound Prometheus* (1969) Landes encuentra que las condiciones culturales para el «cambio tecnológico y el desarrollo industrial» sólo se han dado durante los dos últimos siglos en la misma Europa occidental. Cipolla (1976, p. 276) observa «que la Revolución Industrial fue esencialmente y en primer término un fenómeno sociocultural y no puramente técnico [lo cual] se hace claramente evidente cuando uno se da cuenta de que los primeros países en industrializarse fueron aquellos que contaban con mayores semejanzas culturales y sociales con Inglaterra».

Otros autores han ofrecido también explicaciones «internas» para dar cuenta de la pretendida superioridad y hegemonía de Occidente sobre el resto del mundo. Para estos autores, el auge de Europa fue también un «milagro» que se debió a la influencia de cualidades supuestamente únicas que poseían los europeos y de las que carecían otros. Así, Lynn White jr. (1962), John Hall (1985) y Jean Baechler, Hall y Michael Mann (1988) hallan que el resto del mundo era deficiente o estaba desprovisto de algún aspecto crucial económico, social, político, ideológico o cultural de tipo histórico en comparación con Occidente. El argumento es que la presencia en «Occidente» de lo que estaba supuestamente ausente en «el Resto» «nos» proporcionó una ventaja inicial interna relacionada con el desarrollo, que «nosotros» después difundimos por el resto del mundo como una «misión civilizadora» de la «obligación del hombre blanco».

Este mito ha sido analizado por Blaut (1993 a) bajo el apropiado título de *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History* [El modelo del mundo del colonizador: difusionismo geográfico e historia etnocéntrica]. Blaut examina de forma microscópica, expone y destruye el mito del «milagro europeo» en todas su múltiples formas desde la biología (superioridad racial y continencia demográfica), lo medioambiental (la desagradable África tropical; la árida y despótica Asia frente a la templada Europa), la racionalidad y libertad excepcionales (como por ejemplo contra el «despotismo oriental», eje de la doctrina weberiana y parte de la marxista), la supuesta superioridad histórica europea en materia de tecnología (pese a sus préstamos y dependencia previa de los avances procedentes de China, la India y el Islam), hasta lo social (el desarrollo del estado, la influencia de la Iglesia y la «ética protestante», el papel de la burguesía en la formación de las clases, la familia nuclear, etc.).

Blaut (1997) revisa estos argumentos incluso con mayor detalle en su meticulosa disección de los escritos de ocho historiadores eurocéntricos entre los que se encuentran los sospechosos habituales: Weber, White (1962), Jones (1981), Robert Brenner (en Aston y Philpin, 1985), Mann (1986), Hall (1985) y Baechler, Hall y Mann (1988), autores que requieren por tanto mucho menos examen aquí. Blaut desvela de forma efectiva las relaciones de afinidad teórica, intelectual e ideológica de naturaleza eurocéntrica que com-

parten todos estos autores; el análisis que hace de sus ideas contra los cánones de la evidencia científica o la lógica elemental literalmente acaba con todos y cada uno de ellos.

Así, por ejemplo, Blaut demuestra de modo efectivo lo que ya en su día dijo Hodgson: que todos y cada uno de los supuestos excepcionalismos europeos y el milagro europeo en su conjunto no son sino mitos firmemente asentados en pura ideología eurocéntrica. Por consiguiente, la «ciencia» social derivada de ellos es igualmente insostenible en términos empíricos y teóricos. Blaut compara también el feudalismo y el protocapitalismo en Europa, Asia y África antes de 1492 para argumentar que a fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna Europa no poseía ninguna ventaja sobre Asia y África en ninguno de esos frentes. Por consiguiente, argumenta correctamente Blaut, es un error atribuir el subsiguiente desarrollo de Europa y el Oeste a ninguno de esos excepcionalismos supuestamente internos a Europa. Esto mismo y en especial las afirmaciones weberianas de «logros específicos y singulares del racionalismo occidental» han sido también puestos en entredicho más recientemente por el antropólogo Jack Goody (1996), quien repasa otras del mismo estilo sobre Asia meridional, occidental y oriental. La ácida crítica a cargo de Molefi Kete Asante al eurocentrismo que practican incluso los teóricos críticos viene más que bien al caso:

> Son, en lo esencial, cautivos de una peculiar arrogancia que procede de no saber que no saben lo que no saben, pero que les hace sin embargo hablar como si supieran todo lo que nosotros necesitamos saber (...) [De manera que] mi trabajo ha consistido cada vez más en una crítica radical de la ideología eurocéntrica que se presenta enmascarada en una visión universal (Asante, 1987, p. 4).

Recientemente otro solitario crítico, Frank Perlin, ha observado:

> La creación del «hecho científico» a menudo e incluso de forma sistemática tiene por resultado su opuesto, el establecimiento del mito, de manera que logra «nuestra» complicidad general con los hechos mismos situados más allá de la ciencia y de los que «nosotros» los «científicos» e «intelectuales» por igual (con justicia) aberramos (...) ¿Cómo es posible que las ciencias de la sociedad hayan permitido tan poca contraargumentación sustanciada frente a los vendedores del mito, hasta el punto que, pese a todo lo que nosotros ofrecemos, sencillamente ha reforzado, incluso alimentado su industria, principalmente a costa de nosotros? (Perlin, 1994, pp. ix y 15).

¡En efecto! Este libro es mi intento de hacer frente a los mercaderes del mito por medio de evidencia en sentido contrario, entre la que se incluye mucha de la reunida por Perlin. La relevancia de dar a los pueblos y regiones afro-euroasiáticos situados fuera de Europa la importancia histórica que se

les debe queda subrayada aún más por la reciente recopilación de artículos dispersos y manuscritos inéditos de Hodgson en *Rethinking World History* [Repensar la historia mundial]:

> Una imagen occidentalista de la historia mundial, si no es convenientemente disciplinada por una perspectiva más adecuada, puede producir un daño inimaginable; de hecho lo está haciendo ya hoy día. Es por esto por lo que hago tanto hincapié en que no admito la «decadencia» de la sociedad islámica antes del siglo XVIII a no ser que se aporte una evidencia realmente de calidad (...) Una de las tareas más importantes de la historia mundial, tal y como yo la veo, es dar a los pueblos una imagen del patrón de períodos cronológicos y áreas geográficas que quede libre de presupuestos occidentalistas (...) Estamos obligados a ser conscientes de lo que implica asumir que Occidente no es el mundo moderno que gradualmente va asimilando áreas atrasadas, sino un catalizador que crea nuevas condiciones para que operen otras fuerzas por debajo de él (...) La gran Transmutación moderna presupuso numerosas invenciones y descubrimientos que tuvieron por origen todos los citados pueblos del hemisferio oriental, muchos de los más básicos de cuyos descubrimientos no se produjeron en Europa (...) Tan importante al menos como esto fue la existencia misma de un enorme mercado mundial, conformado por la red mercantil afro-euroasiática que había ido surgiendo de forma cumulativa, principalmente bajo auspicios del mundo musulmán, a mediados del segundo milenio (...) Sin la historia cumulativa de toda la ecumene afro-eurosiática, de la que Occidente había sido parte integral, la Transmutación occidental sería prácticamente impensable (...) [pues sólo a partir de ella] pudieron hacerse realidad la fortuna de Europa y el ejercicio de la imaginación europea (Hodgson, 1993, pp. 94, 290, 68 y 47).

Estoy totalmente de acuerdo con Blaut, Perlin y Hodgson, cuyas tesis son ampliamente confirmadas por la evidencia que presento en los capítulos que siguen. Más aún, quiero ser justo hasta donde hay que serlo. En un libro anterior al que he citado más arriba, el mismo Jones (1988) manifiesta dudas sobre su anterior libro (1981): cita otro autor para reclamar que «la cosa posiblemente más excitante que habría que hacer a continuación sería probar que la teoría es errónea», y a continuación sigue ya por su cuenta diciendo que «dado que el título *El milagro europeo* era tal vez demasiado seductor»:

> *Crecimiento recurrente* es también una vuelta atrás, pero más por las implicaciones del título de *El milagro europeo* que por su reconstrucción de la dinámica europea (...) Por otro lado, ya no lo veo como algo milagroso en el sentido de «la ley natural del acontecimiento singular» (...) Comencé a ponderar si había sido acertado rastrear rasgos positivos especiales que habrían permitido a Europa convertirse en el primer continente en alcanzar el crecimiento sostenido. La trampa parecía estar en asumir que porque Europa es diferente, la diferencia

ha de decirnos algo sobre el origen del crecimiento (...) (Jones, 1988, pp. 5 y 6).

Jones realiza otras dos reveladoras confesiones: una es que leyó y se dejó influir por el mismo Marshall Hodgson que tanto ha influido en mi obra, pero lo hizo demasiado tarde como para incluir ideas de ese estilo en su libro anterior. La otra es que no obstante incluso en este otro libro posterior su principal «desventaja (...) tiene que ver con puntos de vista enquistados, y no con actitudes políticas o religiosas, sino con algo más profundo. Nací y fui educado como inglés...» (Jones, 1988, pp. 183-184). De manera que su nuevo intento de «no ser racista, sexista, etc. (...) debería resultar reconfortante» (Jones, 1988, 186). Y lo es. Con todo, sin embargo, Jones sigue operando con tantas desventajas por él mismo confesadas que después de revisar de nuevo China y Japón sigue sin terminar de ceder y «admitir que la teoría es errónea», de manera que su «resumen y conclusión» es que «formulado de esta manera, la historia de Japón y de Europa parecen ser cosa de artificiosos equilibrios de fuerzas producidos accidentalmente. Y de hecho, ¿por qué no?» (Jones, 1988, 190). En este libro trato de ir más lejos para probar que su teoría estaba equivocada y espero hacer algo más que apelar sólo a lo accidental como explicación alternativa.

Los historiadores económicos

Uno puede inocentemente pensar que para conocer la historia económica tal y como realmente fue, hacia donde hay que volver la vista es a los historiadores económicos. Y sin embargo éstos han sido los más delincuentes de todos. La vasta mayoría de los «historiadores económicos» al uso niegan completamente la historia de la mayor parte del mundo, y la minoría restante ofrece una imagen completamente distorsionada de ella. La mayoría de los historiadores económicos no parece siquiera tener una perspectiva –ni siquiera una de enfoque europeo– sobre el mundo. En lugar de ello, su «historia económica» se circunscribe casi exclusivamente a Occidente. El libro editado por N. B. Harne *The Study of Economic History: Collected Inaugural Lectures, 1893-1970* [El estudio de la historia económica: selección de conferencias inaugurales, 1893-1970] (1971) es una recopilación de veintiuna conferencias pronunciadas por los más eminentes historiadores económicos de habla inglesa. Cada uno de ellos revisa y reflexiona sobre la «historia económica» escrita por sus colegas de profesión a lo largo de la mayor parte del siglo XIX: pues bien, prácticamente hasta la última de las palabras que contienen trata sólo de Europa y Estados Unidos y su «economía atlántica», la cual incluye sólo marginalmente África. Para ellos el resto del mundo no existe.

Un vistazo a las actas del último Congreso Internacional de Historia Económica revela que alrededor del noventa por ciento de las ponencias de perspectiva «internacional» son sobre Occidente. En los últimos tiempos, a un par de congresos y/o publicaciones de actas de congresos se les han puesto títulos como *The Emergence of the World Economy, 1500-1914* [El surgimiento de la economía mundial, 1500-1914] (Fisher, McInnis y Schneider, 1986). No obstante, las contribuciones siguen siendo predominantemente acerca de Occidente.

El autor de uno de los ejemplos más notables de esta modalidad de historia económica eurocéntrica obtuvo hace unos años –en 1993– el Premio Nobel de Economía. *The Rise of the Western World: A New Economic History* [El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica] (1973) fue escrito por el Nobel Douglass C. North en compañía de Robert Paul Thomas. Merece ser especialmente destacado no sólo por el galardón con el que ha sido distinguido uno de sus autores sino también por razón de lo explícito de su título, su énfasis en una «nueva» teoría y la revisión supuestamente crítica que hace de la heredada. No obstante, bajo los epígrafes titulados «Teoría y perspectiva general: 1. El tema» y en la primera página del libro, los autores afirman con claridad que «el desarrollo de una organización económica eficiente *en Europa occidental* explica el surgimiento de Occidente» (North y Thomas, 1973, 1, la cursiva es mía). A continuación rastrean este cambio institucional, y en especial el desarrollo de derechos de propiedad, en relación con el aumento de la escasez económica, que fue a su vez generada por un aumento demográfico en Europa occidental. El resto del mundo y su respectivo crecimiento demográfico no resultaban relevantes para ellos. Más aún, tal y como North y Thomas subrayan en el prefacio de su libro (1973, p. vii), su historia económica es asimismo «consistente y complementaria de la teoría económica neoclásica estándar», lo cual podemos imaginar que influyó en la concesión del Premio Nobel a uno de sus autores.

El libro de North y Thomas ilustra al menos tres problemas interrelacionados y mis objeciones al respecto: en primer lugar, los eurocéntricos se niegan a hacer comparaciones con otras partes del mundo e incluso se resisten a admitir la relevancia de unas comparaciones que revelan la existencia de similitudes no sólo institucionales y tecnológicas sino también en relación con las fuerzas estructurales y demográficas que hicieron aquéllas posibles. En segundo lugar, tal y como veremos en el capítulo 4, estas comparaciones muestran que el supuesto excepcionalismo europeo no fue en absoluto tal. En tercer lugar, la cuestión verdadera en juego no es tanto qué es lo que sucedió aquí o allá sino cómo eran la estructura y las fuerzas globales que ocasionaron estos procesos en diversas partes, lo cual se analiza en el capítulo 6.

Lo que es aún más grave es que la exigua minoría de historiadores económicos que hacen referencia al «Resto» distorsionan profundamente tanto la realidad de «Oriente» como sus relaciones económicas con «Occidente». Su perspectiva sobre la «economía mundial» es que ésta surgió de Europa y que Europa construyó un mundo a su alrededor, tal y como Braudel dijo que los historiadores «sabían» que ocurrió. Tómese por ejemplo un reciente artículo

de recensión sobre «Maritime Asia, 1500-1800» [El Asia marítima, 1500-1800] escrito por John Wills (1993) para la *American Historical Review*. El autor pone al artículo el revelador subtítulo de «The Interactive Emergence of European Domination» [El surgimiento de la dominación europea a través de procesos interactivos]. Revisa en él más de una docena de libros y cita alrededor de un centenar de trabajos que abordan alguna forma de «interacción» entre Oriente y Occidente. Sin embargo, la mayor parte de la actividad que tiene en consideración sigue siendo de Europa en dirección a Asia y en cambio prácticamente nada en dirección contraria. Más aún, la reivindicación que contiene el título del artículo según la cual el «predominio europeo surgió» desde 1500 en adelante hasta 1800 no queda en absoluto probada. De hecho, aparece incluso desconfirmada por la evidencia que ofrecen los autores que el propio Wills revisa y cita. De manera que el título mismo de este artículo refleja mucho más aún el sesgo eurocéntrico que describe la realidad.

Otro ejemplo actual de eurocentrismo se encuentra en la innovadora serie de reediciones publicada por la editorial Variorum, la cual reúne muchos de los mejores artículos de historia económica pero de difícil acceso, especialmente sobre Occidente y escritos desde fuera de él; su serie más reciente está viendo la luz bajo el título general de «An Expanding World: The European Impact on World History. 1450-1800» [Un mundo en expansión: el impacto de Europa sobre la historia mundial, 1450-1800]. Con el fin de dar promoción a la serie el editor incluye citas en apoyo de la iniciativa a cargo del «decano» de los historiadores económicos, William McNeill, y de Peter Mathias, profesor ya retirado de Historia Económica en la Universidad de Oxford, quien promete que «esta serie ampliará y profundizará nuestra comprensión del estadio en que se encuentra el mundo». Lo que por el contrario intensifica es nuestra incomprensión acerca del estadio actual del mundo, pues esta serie ni siquiera ofrece pista alguna acerca de lo que realmente sucedió en la escena mundial desde 1450 a 1800: ciertamente, la economía mundial se expandió en ese período, pero lo hizo principalmente en Asia; y la expansión económica mundial anterior a 1800 tuvo mucho más impacto sobre Europa que lo que Europa «impactó» sobre la «historia mundial» en ese tiempo. Aunque el título de uno de los libros es *The European Opportunity* [La oportunidad europea], la serie se centra en lo que hizo Europa en lugar de hacerlo en sus oportunidades en la economía mundial y en especial en Asia, de la que Europa simplemente se aprovechó.

La historia económica marxista puede parecer a este respecto diferente, pero es igualmente eurocéntrica; de hecho lo es aún más. Así, los historiadores económicos marxistas buscan también las fuentes del «surgimiento de Europa» y del «desarrollo del capitalismo» dentro de Europa. Ejemplos conocidos son el debate de los años 1950 sobre «la transición del feudalismo al capitalismo» entre Maurice Dobb, Paul Sweezy, Kohachiro Takahashi, Rodney Hilton y otros (reeditado en Hilton, 1976) y el debate Brenner sobre el «feudalismo europeo» (Aston y Philpin, 1985). Las obras de G. E. M. de Ste. Croix (1981) sobre las luchas de clases en la civilización «grecorromana» clásica y la de Perry Anderson (1974) sobre el «feudalismo japonés» también consideran que la japonesa es una «sociedad» muy singular. Aunque los marxistas afirmen prestar más atención a cómo la «infraestructura» conforma la sociedad, lo cierto es que no muestran en cambio conciencia alguna acerca de cómo una «sociedad» es a su vez conformada por su participación común en una sola economía mundial. La existencia misma de un sistema económico mundial fue explícitamente rechazada por Marx y sólo tardíamente admitida por Lenin. Sin embargo, el «imperialismo» en Lenin era de origen sólo recientemente europeo. En la versión de Rosa Luxemburgo, la economía capitalista «mundial» tenía que apoyarse en un espacio y unos mercados «exteriores y no capitalistas» situados al margen del sistema capitalista sobre el que expandirse.

Las limitaciones de la teoría social reciente

El asunto puede ser replanteado en estos términos: con qué profundidad en el tiempo y con qué amplitud en el espacio buscar las raíces del «auge de Occidente». Por ejemplo, Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall (1997) escriben que las raíces del surgimiento de Occidente y la emergencia del moderno sistema-mundial se retrotraen al menos dos milenios en el tiempo. Pero la cuestión que surge a continuación es ¿dónde se sitúan dichas raíces y con qué grado de extensión en el espacio? El cuerpo de la historiografía y la teoría social europeas en su totalidad buscan estas raíces sólo bajo la iluminación que ofrecen los referentes europeos. Para algunos esta luz alumbra hacia atrás en el tiempo hasta el Renacimiento; para otros el rastro de luz es más prolongado hacia atrás, atraviesa tal vez la era cristiana en su totalidad hasta el judaísmo. Entre los teóricos de este último punto de vista destaca Michael Mann (1986, 1993), que busca las «fuentes del poder social» y las encuentra en el poder ideológico, económico, militar y político (en este orden). Señala que «Europa ha sido a lo largo de todo un milenio una comunidad ideológica [cristiana]» (1993, p. 35). He ahí la cuestión: ¡por mucho que se retrotraigan en el tiempo, las raíces siguen siendo supuestamente europeas! Según la sugerente caracterización que ofrece Blaut (1997, p. 51), Mann y otros imaginan algo así como un «Orient Express» de la tecnología que cruza en dirección al oeste desde el antiguo Oriente Medio a través de la Grecia antigua hasta la Europa occidental medieval y moderna.

Empero, McNeill (1963), que tituló su novedoso libro *The Rise of the West: A History of the Human Community* [El auge de Occidente. Una historia de la comunidad humana], mostró que sus raíces se extendían mucho más allá de Europa por toda la ecumene afro-eurasiática. Éste fue también por supuesto el mensaje transmitido por Hodgson en su *Rethinking World History* (1993) (escrito al mismo tiempo que el libro de McNeill). Afro-Eurasia es

también la base del análisis efectuado por Chase-Dunn y Hall (1997) sobre el «auge y caída» del «moderno sistema-mundial» así como lo fue también del libro de Frank y Gills (1993) *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* La cuestión sigue abierta, no obstante. ¿Cuáles son las implicaciones de esta perspectiva temporalmente más profunda y espacialmente más amplia para la (re)interpretación de la historia mundial de la Edad Moderna? El resto de este libro está escrito para comenzar a dar respuesta a esta pregunta desde una perspectiva más global.

Las limitaciones teóricas, analíticas, empíricas y –en una palabra– de «perspectiva» de la teoría contemporánea heredada son el legado y el reflejo de nuestra teoría social «clásica» y de la historiografía sobre la que ésta se apoya, que es igualmente (e incluso aún más) eurocéntrica. Esta teoría social quedó viciada por su eurocentrismo colonialista desde que fue concebida en el siglo XIX. La teoría misma fue viciándose aún más conforme fue desarrollándose en Occidente y propagándose alrededor del mundo en el siglo XX. Ahora, en el cambio de siglo, esta teoría y el conjunto de la historiografía eurocéntrica sobre la que está basada se muestran totalmente inadecuadas para dar cuenta del siglo XXI que se avecina, en el que Asia vaticina una vez más su ascenso.

Aparte del absurdo de buena parte de la supuesta base histórica de la teoría social heredada, ésta contiene aún otro desequilibrio teórico, que es en realidad la limitación teórica más importante de toda esta teoría. Dicho fallo consiste en que por mucho que sus pretensiones sean «universalistas», nada de lo que contiene esta teoría social es holista en una dimensión global.

Con el fin de hallar los factores realmente relevantes del «desarrollo» económico, social y cultural debemos mirar de forma holística al conjunto del sistema sociocultural, ecológico-económico y cultural en su dimensión global, el cual en sí mismo nos ofrece tanto como constriñe las «posibilidades» disponibles para todos nosotros. Puesto que el todo es más que la suma de las partes y por sí mismo conforma sus partes constitutivas, ningún estudio y/o ensamblaje de las partes puede llegar a dar cuenta de la estructura, el funcionamiento y la transformación de la economía o sistema mundial en su totalidad.

Mi argumento es que necesitamos ahora una historia mundial y una economía política global construidas sobre una base completamente diferente. La teoría social clásica heredada de «Max Weber» y sus discípulos está viciada por su inveterado eurocentrismo, un sesgo que no suele ser admitido, o tal vez siquiera percibido. Dicho sesgo distorsiona completamente toda nuestra percepción, y nos impide de hecho ver la realidad del mundo situado fuera de Occidente. Más aún, el eurocentrismo mismo impide también hacerse con una percepción realista siquiera de Europa y del Occidente mismo cuando no la distorsiona completamente. La teoría social eurocéntrica es por naturaleza incapaz de admitir la realidad (económica/sistémica) de la existencia de un solo mundo que es el que ha conformado las «realidades» diferentes pero no

separadas tanto de «Oriente» como «Occidente», el «Sur» como el «Norte» y todas las restantes partes de un mismo mundo entero. De manera que la verdadera cuestión no es en realidad si Marx o Weber o ningún otro tienen o no razón o están equivocados en lo tocante a esta o aquella parte del sistema mundial. La verdadera cuestión teórica en juego es que ninguno de ellos ha tratado hasta el momento de abordar de forma holista el todo sistémico global, y el verdadero reto teórico es llegar a hacer esto.

El lector puede desde luego cuestionar esta afirmación y desafío trayendo a colación todo lo que hasta el momento han hecho o proclamado la historiografía y la teoría social. Po ejemplo, William McNeill ha apadrinado una historia de dimensiones realmente mundiales. Pero él llamó a su libro *The Rise of the West* [El auge de Occidente] (1963). Asimismo criticó a Toynbee por abordar la historia mundial a través de veintiuna civilizaciones diferentes, frente a lo cual McNeill sugirió que sólo existían tres grandes corrientes «civilizatorias» influyentes en la historia mundial y en el auge del Occidente. Nada que objetar hasta ahí. Sin embargo, veinticinco años después de la publicación de su libro, McNeill (1990, p. 9) reconoció que «la debilidad metodológica central de mi libro es que mientras recalca las interacciones entre fronteras civilizatorias, presta una atención insuficiente a la emergencia del sistema mundial ecuménico dentro del que todavía hoy vivimos»; ahora considera que sus «tres regiones y sus respectivos pueblos se mantuvieron en estrecho e ininterrumpido contacto a lo largo de la era clásica» desde el 1500 antes de Cristo, ¡y por consiguiente *a fortiori* hasta el 1500 de nuestra era!

Por una razón así de buena, mi libro mostrará que vivimos en un solo mundo y que lo hemos venido haciendo desde hace mucho tiempo. Por consiguiente, necesitamos una perspectiva global mundial de tipo holístico para dar cuenta de la historia pasada, del presente y del futuro del mundo y de cualesquiera de sus partes. Las dificultades que implica la adopción de una perspectiva mundial y la superación de una perspectiva eurocéntrica de o sobre el mundo parecen, sin embargo, ser todavía considerables. Fueron por ejemplo insuperables para Braudel y lo son aún para Wallerstein. Sus respectivos libros fueron escritos desde una perspectiva europea del mundo, tal y como he argumentado en otro lugar (Frank, 1994 y 1995) y tal y como me propongo demostrar con más fuerza aún en este libro.

La «perspectiva del mundo» de Braudel, que arranca del 1500, es más amplia de miras que la mayoría. No obstante, también él dividió el mundo en una «economía-mundo europea» y otras cuantas distintas y externas «economías-mundo» situadas fuera de aquella. Braudel estudió y describió por supuesto también al menos parte de estas «otras» economías mundiales, especialmente en el volumen 3 de su trilogía sobre la civilización y el capitalismo. De hecho, Marx hizo lo mismo en su propio volumen 3 de *El Capital*. No obstante ambos se negaron a incorporar los hallazgos de sus volúmenes terceros en el modelo y la teoría de sus respectivos primeros volúmenes. Más aún, la negativa fue bastante consciente, intencional y deliberada: su eurocen-

trismo les persuadió de que todos y cada uno de los modelos y teorías, fueran o no universales, debían estar basados sólo en la experiencia europea. Lo único que admitieron fue que Europa y su modelo tuvieron consecuencias para el resto del mundo.

El moderno sistema-mundial de Wallerstein (1974) –y, si puedo decirlo, mis propios escritos contemporáneos de los suyos, *World Accumulation* y el libro de revisión temática *Dependent Accumulation* (1978 a y b)– fue el primero que trató de sistematizar estas consecuencias de la expansión europea y el desarrollo «capitalista» tanto para Europa como para el resto del mundo. Ambos autores subrayan el impacto negativo en forma de «subdesarrollo» producido por la expansión europea en muchas otras partes del mundo y su contribución a su vez a la acumulación de capital y al desarrollo de Europa y a continuación también de Norteamérica. Wallerstein se centró más en la estructura de centro-periferia del sistema, que por supuesto yo mismo también identifiqué por medio del par de términos «metrópolis-satélite»; y yo por mi parte me centré más que él en la dinámica cíclica y estructuralmente relacionada del sistema.

Ambos, sin embargo (Wallerstein, 1974, 1980 y 1989; y Frank, 1978 a y b), ceñimos nuestra modelización y análisis teórico a la estructura y el proceso de la moderna economía/sistema «mundial». Yo creí y Wallerstein sigue creyendo que este sistema está centrado en Europa y se expandió desde allí para ir incorporando más y más partes del resto del mundo en su propia economía «mundial» de base europea. Ésta es la limitación de esa teoría wallersteiniano-frankiana: no es capaz de abarcar la economía/sistema mundial en su conjunto en la medida en que se mantiene aún de forma eurocéntrica circunscrita sólo a una de sus partes, y ni siquiera a la parte principal, del conjunto de la economía mundial. Puede que tenga su utilidad empírica o histórica mostrar cómo «nuestro» sistema incorporó en su seno América y partes de África ya en los «albores» del siglo XVI y otras partes del mundo sólo a partir de 1750.

Sin embargo, este modelo de base europea de un sistema «mundial» resulta a escala teórica no sólo insuficiente sino abiertamente contrario a la teoría de la economía/sistema mundial en su totalidad y su realidad que de hecho necesitamos. Ahora bien, dicha teoría no existe todavía, y una de las razones por las que no existe es porque todos los observadores, Marx, Weber, Polanyi e incluso Braudel, Wallerstein y Frank siguieron la luz proyectada por el foco de iluminación europeo. Por muy mundiales que hayamos tratado de ser, nuestro eurocentrismo aún latente aunque no admitido nos hizo pensar que era ahí donde había que ir en busca de evidencia con la que construir nuestra teoría. Puede que muchos otros estudiosos no hayan pensado siquiera en ello y hayan mirado sólo a Europa porque –por culpa nuestra, así como de otros– la luz teórica y empírica (europea y norteamericana) brilla más en estos últimos lugares.

Desde mi punto de vista poco es lo que se gana, y muchas son las buenas oportunidades de reformular los problemas que se despilfarran innecesariamente, si lo que se intenta es inventar nuevas variaciones de última hora de este viejo tema que son poco más que eufemismos. Así por ejemplo Eric Wolf (1982) y Samir Amin (1991) se parapetan detrás de un llamado «modo de producción tributario» que supuestamente habría caracterizado el mundo entero antes de 1500, según plantea el primero, y buena parte de él hasta 1800 según el segundo de los autores. O tómese el caso de Gates (1996), que construye su análisis de mil años de la historia del «motor China» apoyándose en el supuesto de «modos de producción tributario y del pequeño capitalismo» de manera que se vuelve difícil de mostrar, aunque esta autora lo intenta, cómo y por qué dichos modos apoyaron y promovieron el patriarcado en China. Por el contrario, mi libro evidenciará que, independientemente de la variedad de sus relaciones sociales internas –sean éstas uno o varios «modos»– de producción, es mucho más relevante la participación de China en una economía mundial unitaria, la cual no queda sino oscurecida al poner un énfasis indebido e incluso descolocado en los «modos de producción».

La más reciente de las discusiones desenfocadas y por tanto desorientadoras hasta lo irrelevante es la abierta por Van Zanden (1997) en un texto cuyo propio título sintetiza a la perfección el problema que aborda: «Do We Need a Theory of Merchant Capitalism?» [¿Estamos necesitados de una teoría del capitalismo mercantil?]. El número entero correspondiente a la primavera de 1997 de la revista *Review*, en el que el propio editor, Wallerstein, colabora con una contribución, se dedicó a tratar esta «cuestión». Sobre la base de su análisis de los mercados de trabajo en la «Edad de Oro» de la economía holandesa, en el siglo XVII, Van Zanden da una respuesta afirmativa a la pregunta por él mismo formulada: «el capitalismo mercantil es en cierto sentido «capitalismo en proceso de construcción» (...) pues ese mercado mundial en crecimiento (...) se concentraba en unas pocas islas comerciales urbanizadas relativamente pequeñas situadas en un mar no capitalista». De manera que se trata de un «estadio» hasta el momento insuficientemente reconocido pero necesario que se sitúa entre el pre o protocapitalismo y el capitalismo industrial. Por suerte, Wallerstein (1997) rechaza esta tesis planteando que el capitalismo mercantil y el holandés no eran entonces y ahora sino algo inseparable del «capitalismo histórico». Por consiguiente, «los empresarios o compañías que obtienen grandes beneficios los logran (...) gracias a que son de forma simultánea productores, mercaderes y financieros, o transitan entre estos roles conforme las circunstancias vuelven una u otra de estas actividades más lucrativas» (Wallerstein, 1997, p. 252). Sin duda esto es así, pero Wallerstein y los demás no logran percatarse de que lo mismo podía y puede predicarse del conjunto de la economía mundial, de manera que no es algo privativo de la pequeña parte «capitalista» que representaba Europa.

Otros varios autores (Ad Knotter, Catharina Lis y Hugo Soly) se apoyan

en trabajos recientes que tratan de la «industrialización antes de la industrialización» en los Países Bajos, Flandes y otras partes de Europa. Basta con efectuar estas comparaciones para mostrar que «los argumentos de van Zanden no permiten un análisis del proceso: la articulación del capitalismo mercantil y los modos de producción precapitalistas no fue la cuestión central en juego, y la protoindustria no fue el elemento más dinámico en la transición hacia el capitalismo industrial» (Lis y Soly, 1997, p. 237). Menos aún serían el tema relevante estos «modos de producción» si, en lugar de limitar su investigación a las áreas marginales de la Europa continental, el enfoque se expande hasta incluir el resto del mundo, y menos aún si dichas áreas son analizadas como parte inseparable e integrada en la economía global como un todo, que es lo que se propone este libro.

Unos cuantos estudiosos (muy pocos), los cuales tal vez no resulte sorprendente comprobar que poseen orígenes afro-asiáticos, han planteado que debemos expandir o modificar nuestras perspectivas y orientaciones teóricas. Entre ellos se encuentra Janet Abu-Lughod (1989), quien ha analizado qué sucedió «antes de la hegemonía europea», así como K. N. Chaudhuri (1990 a), que se ha acercado a «Asia antes de Europa». Por supuesto también ellos se encuentran limitados en sus enfoques al tener que apoyarse tanto en las farolas preestablecidas por los europeos y otros occidentales, las cuales dan una luz en el mejor de los casos muy tenue sobre una evidencia mucho más lejana como es la del mundo oriental.

Por fortuna, estos académicos de visión más amplia y mundial están hallando eco entre la mayoría de los investigadores no «occidentales» (aunque se trate a menudo todavía de profesionales educados o influidos por la cultura occidental), que excavan sus respectivos pasados arqueológicos y archivísticos de ámbito regional y local con poco más que pequeñas linternas o candiles. La evidencia que están desenterrando es sin embargo un tesoro, en algunos casos literalmente hablando gracias a la arqueología subacuática que saca a la superficie los cargamentos y tesoros que portaban barcos de comercio hundidos hace mucho tiempo. Estos hallazgos pueden y deberían proporcionar una base más extensa y profunda para efectuar síntesis inductivas por parte de una historiografía más ambiciosa y para construir un modelo y una teoría verdaderamente holísticas de la economía y sistema mundial.

Sin embargo, la evidencia por sí sola sigue sin ser suficiente y no puede suplantar ningún modelo teórico holístico que abarque el mundo en su totalidad. Eso es lo que necesitamos pero que nos sigue faltando para ayudarnos a organizar e interpretar la evidencia disponible y para servirnos de guía en la búsqueda de más y mejor evidencia procedente de los lugares más remotos de la tierra, pero que ha de hallarse fuera del alcance de las farolas que ofrecen las viejas teorías occidentales. Este libro sólo puede dar unos pocos pasos iniciales en esa dirección. Mi esperanza es no obstante que mis propias limitaciones animarán a otros que son más capaces que yo para dar nuevos pasos de gigante en dicha dirección.

Parecería mucho más fácil hacer esto en relación con la economía y el sistema mundial durante la Edad Moderna que es el tema que se aborda aquí que hacerlo para otros períodos anteriores. De hecho, cuando estaba estudiando la amplitud de la economía y el sistema mundial en la Era del Bronce a través de una reproducción de sus ciclos de larga duración, me serví de la analogía del puzzle. Me di cuenta de que la diferencia entre mi trabajo y ensamblar las piezas de un puzzle ordinario radica en que no es posible seguir el método más sencillo consistente en empezar por las piezas que tienen bordes rectos e ir poco a poco juntando las piezas de la parte interior. En lugar de ello, tuve que comenzar por un hipotético centro y juntar las piezas hacia fuera en busca del marco exterior del puzzle que conforma el sistema mundial. Más aún, dichos marcos exteriores no eran ni siquiera estables sino que se hallaban también ellos mismos moviéndose hacia fuera a lo largo del tiempo. La tarea consistió en establecer dónde y cuándo eso estaba sucediendo.

Juntar las piezas del puzzle de la economía mundial en la Edad Moderna parece a primera vista algo mucho más sencillo. La necesidad de definir sus bordes exteriores parece hallarse previamente resuelta por la propia evidencia sólida, primero de sus dimensiones de ámbito afro-eurasiático y posteriormente por la tardía incorporación de América a partir de 1492 y de Oceanía a partir de 1760. Una vez que contemplamos esta economía mundial como un todo, parece fácil comenzar en los bordes «exteriores» del puzzle, aunque no se trata de bordes rectilíneos sino curvos. De hecho, un título inicial de este libro fue «El mundo es redondo». Todo lo que necesitamos hacer es bordearlo, coger una a una sus piezas, y hacerlas casar entre sí en el lugar que les corresponde en relación con sus vecinas contiguas. El cuadro debería entonces emerger casi por sí solo, a menos que nos confundamos al relacionar entre sí las piezas y tratar de reunirlas. Pero entonces, la evidencia económica histórica, geográfica y sociopolítica misma nos permite comprobar la ubicación de cada pieza en su relación con la siguiente. Todo lo que necesitamos es (¿poco más que?) una visión holística del todo. Y sin embargo la mayoría de los historiadores y los teóricos sociales lo admiten pero no hacen nada al respecto. No sólo carecen de visión holística, sino que ni siquiera la echan en falta. Peor aún, se mantienen firmes en su rechazo al valor del todo.

Ahora bien, sin observar el mapa global del puzzle no nos es posible hallar la ubicación correcta o de comprender las relaciones funcionales reales de ninguna de sus piezas. ¿Cuál era el lugar y el papel de esa pieza roja que hay ahí cuya forma recuerda los contornos de las Islas Británicas? Tampoco podemos saber qué hacer con las muchas otras piezas que aparecen también en color rojo, una de las cuales tiene la forma de una gran cuña vertical de tierra y otra parece un gran riñón en posición horizontal rodeado de agua. Y cerca de la primera pieza roja hemos de colocar algunas otras de color azul, amarillo y verde, cada una de las cuales a su vez cuenta con sus propios bordes exteriores del mismo color. Necesitamos hacernos con el contexto global en su conjunto para ubicar estas otras piezas con entrantes y salientes en los

lugares que les corresponde dentro del mapa, especialmente aquellas que tienen una serie de bordes rectilíneos que parece como si alguien hubiera trazado líneas rectas sobre una mesa (que es como de hecho los poderes coloniales europeos se repartieron África en Berlín en 1884). De hecho, sin analizar holísticamente el puzzle y su gestación en su conjunto, no comprenderemos nunca por qué y cómo sus «diseñadores» asignaron determinados colores, formas y ubicaciones a determinadas piezas, y por supuesto la relación que tienen entre sí y con el todo.

Lo que se echa aún más en falta entre los historiadores contemporáneos y los teóricos sociales es una perspectiva holística. Los historiadores prefieren en general emplear el microscopio para observar al detalle y quedarse perplejos ante una sola pieza entre todas, y hacerlo sólo durante un breve espacio de tiempo. Mi hijo historiador me dedicó uno de sus libros con la siguiente frase: «de uno que estudia los árboles a otro autor que estudia el bosque». Incluso los historiadores «del mundo», por no hablar de los expertos en «civilizaciones» acostumbran a circunscribir su atención a unos pocos grandes árboles y sólo con el fin de comparar algunas partes grandes de éstos. De hecho, muchos de ellos gustan de centrarse en particular en sus especificidades civilizatorias o en sus analogías y diferencias culturales. Algunos defienden esta forma de operar con el argumento de que los requisitos «científicos» nos obligan a estudiar sólo las piezas parciales del todo de manera que podemos servirnos del método comparativo para analizar las diferencias entre partes. No parecen darse cuenta de que si el todo es más que la suma de las partes, el todo en sí mismo puede también contribuir a diferenciar entre sí estas partes y piezas del puzzle en su conjunto. De manera que eluden confrontar el dibujo al completo bien porque no son capaces de reconocer que existe un todo, o bien porque no son capaces de verlo. Por consiguiente, son incapaces de comprender incluso algunos rasgos esenciales de la pieza que están observando o de dos o más piezas que desean comparar. De hecho, apenas hay algún historiador «del mundo» que se dé cuenta de que el mundo real que hay ahí fuera es un puzzle global al completo, que tal vez sea posible ensamblar y por supuesto también intentar comprender.

ESBOZO DE UNA PERSPECTIVA ECONÓMICA GLOBAL

A continuación ofrezco un esbozo de cómo los capítulos 2 al 7 comienzan a juntar las piezas del puzzle de la economía mundial de la Edad Moderna entre 1400 y 1800.

El capítulo 2 analiza la estructura y el flujo del comercio, desde América en dirección al este literalmente alrededor del mundo entero. Examina la pauta de desequilibrios comerciales y su estabilización a través de pagos en moneda que también fluían de forma preponderante hacia el Oriente. Se analizan alrededor de doce regiones y sus respectivas relaciones entre sí, desde América del norte y el sur a Japón y China y desde ahí a través del Pacífico y de vuelta a través de Asia central y Rusia. Esta revisión demuestra la fuerza y el auge de estas economías «regionales» y su comercio y de las relaciones monetarias de unas con otras. También muestra, al menos de forma implícita, qué tipo de división económica del trabajo a escala mundial imperaba, y su consiguiente expansión y transformación en el período de la Edad Moderna desde alrededor de 1400 a 1800. Como mínimo este capítulo muestra que existía de hecho una división del trabajo de ámbito mundial. Identifica muchos de los diversos productos y servicios, sectores y regiones y por supuesto las empresas y «países» que competían de forma efectiva entre sí en una economía global unitaria. De esta manera se ve que toda la teoría económica y social heredada basada en la negación o rechazo abierto de esta división del trabajo a escala mundial carece de fundamento histórico.

El capítulo 3 analiza la función del dinero en la economía mundial en su conjunto y su influencia sobre la conformación de las relaciones entre sus partes regionales. Existe una enorme literatura sobre el flujo de dinero desde las minas de plata de América hacia Europa, y ha habido un cierto interés también por seguir su recorrido ulterior hacia Asia. Sin embargo, se ha prestado una atención insuficiente al análisis macro y microeconómico de las causas que subyacen a la producción, transporte, acuñación, reacuñación, intercambio, etc. de monedas. Más allá del análisis macro y microeconómico de esta producción e intercambio de plata y otros metales y especias como mercancías, una sección de este capítulo examina el sistema circular a través del cual la sangre monetaria fluía, y cómo conectaba, lubricaba y expandía la economía mundial.

Otra sección del capitulo 3 analiza por qué y cómo este sistema monetario capilar, así como el flujo monetario, portador de oxígeno como si se tratase de sangre, penetraba y avivaba el cuerpo económico de la economía mundial. Examinamos cómo algunas de estas venas y arterias monetarias eran más grandes que otras, y cómo las más pequeñas penetraban más profundamente en su interior e incluso servían para extender y estimular la producción en los límites exteriores del cuerpo económico mundial en algunas fronteras, pero no en todas. El viejo mito sobre el «acaparamiento» de dinero en Asia se revela carente de fundamento, especialmente en los «desagües» de la oferta monetaria mundial que constituían por un lado la India, pero incluso más aún China.

El capítulo 4 examina algunas magnitudes cuantitativas globales. Aunque es difícil reunir datos duros, se dedica bastante esfuerzo en una sección a reunir y comparar al menos algunos datos a escala mundial y regional de población, producción, comercio y consumo, así como sus respectivas tasas de crecimiento, especialmente en Asia y Europa. Veremos que no sólo eran varias las partes de Asia que eran económicamente mucho más importantes en la economía mundial y para ella que Europa sino también, tal y como la evidencia histórica demuestra de manera irrefutable, que Asia creció a una veloci-

dad mayor y en proporción mayor que Europa, y mantuvo su liderazgo sobre Europa en todos los terrenos hasta al menos 1750. Si había partes de Asia más ricas y más productivas que Europa y, lo que es más, si sus economías se hallaban en expansión y crecimiento durante la Edad Moderna, ¿cómo es posible que el «modo de producción asiático» en cualquiera de sus definiciones europeas pudiera haber sido tan tradicional, inmóvil, estancado y en general ineconómico como Marx, Weber, Sombart y otros asumieron? Lo cierto es que no lo fue, de manera que este mito eurocéntrico es simplemente absurdo.

Otras secciones del capítulo 4 aportan evidencias y el juicio de autoridades para apoyar comparaciones sobre productividad y tecnología así como sobre instituciones económicas y financieras de Europa y Asia, especialmente de la India y China. Estas comparaciones muestran que la subordinación de Asia a manos de Europa es un planteamiento que carece de fundamento, pues Asia se hallaba por delante de Europa no sólo en términos económicos y en muchos sentidos también en cuanto a tecnología al principio sino también al final de este periodo. Este capítulo ofrece asimismo el argumento de que no obstante la producción, el comercio y sus instituciones y tecnología no deberían ser comparadas internacionalmente sino que deben también verse como relacionadas entre sí y generadas a escala de la economía mundial.

El capítulo 5 propone y trata de armar una «macrohistoria horizontalmente integrativa» del mundo en la que la simultaneidad de acontecimientos y procesos no se produce por pura coincidencia. Tampoco son los acontecimientos simultáneos ocurridos aquí y allá vistos como causados de manera distinta por variadas circunstancias locales «internas». En lugar de ello, en una sección tras otra se analizan las causas comunes e interrelacionadas de la ocurrencia de fenómenos de forma simultánea en lugares diferentes del mundo. Se aplica un análisis demográfico-estructural, monetario y de ciclos Kondratieff y ciclos largos en relación con intentos diferentes pero complementarios de dar cuenta de acontecimientos simultáneos de la década de 1640 que incluyen la caída de la dinastía Ming en China y la revolución en Inglaterra, las revueltas en España y Japón y otros problemas en Manila y otros lugares del mundo. Las revoluciones francesa, holandesa, americana e industrial de fines del siglo XVIII son también brevemente analizadas en términos de ciclos y de sus mutuas interrelaciones. Otra sección del capítulo 5 se plantea si la llamada «crisis del siglo XVII» europea tuvo un alcance mundial y afectó a Asia; y exploro la importante relevancia que tiene para la historia económica mundial dar una respuesta negativa a esta pregunta. La observación de que la expansión del «largo siglo XVI» se prolongó hasta el siglo XVII y parte del XVIII en muchos lugares de Asia sirve para plantear la pregunta de si no es posible identificar un ciclo económico y político a escala mundial de una duración de alrededor de quinientos años.

Esta cuestión de la onda larga abre el capítulo 6, que trata sobre cómo y por qué Occidente «triunfó» en el siglo XIX, y si esta «victoria» tiene visos de perdurar o se trata de un fenómeno sólo temporal. En otros trabajos anteriores (Gills y Frank, 1992, Frank y Gills, 1993 y Frank, 1993 a), defiendo que he aislado un ciclo mundial de amplitud sistémica de medio milenio de duración compuesto de fases expansivas «A» en alternancia con una fases de contracción «B», cada una de ellas de unos trescientos años de duración. Retrotraigo hasta el 3000 antes de Cristo estos ciclos, y los proyecto hasta el 1450 de la era. Hay tres comprobaciones distintas efectuadas por otros expertos que ofrecen alguna evidencia que confirma su existencia y mi cronología sobre estos supuestos ciclos y fases. ¿Se extiende esta pauta de onda larga a lo largo de la Edad Moderna? Esta es la primera cuestión planteada en esta sección. La segunda es que, en caso afirmativo, ¿refleja esto y ayuda a dar cuenta del continuo predominio de Asia en la economía mundial hasta el siglo XVII y hasta entrado el siglo XVIII, así como de su declive y del consiguiente auge de Europa?

El capítulo 6 culmina el relato histórico y el análisis teórico del libro a favor de una defensa de cómo «el declive de Oriente» y «el auge de Occidente» pueden haber estado relacionados entre sí de modo sistémico y en mutua influencia. Para ello, una parte examina la desigual estructura regional y sectorial y la desigual dinámica temporal o cíclica que alentó el crecimiento de la producción y la población en la economía global unificada. El argumento es que no fue la supuesta debilidad de Asia y la pretendida fortaleza de Europa en el período de la Edad Moderna de la historia mundial sino los efectos de la fortaleza de Asia los que llevaron a su declive a partir de 1750. De forma análoga, fue la previa posición marginal de Europa y su debilidad en la economía mundial lo que permitió su ascenso después de 1800. Este desarrollo también se benefició del «declive de Asia» a partir de 1750, cuyas raíces y cronología son también analizados en una sección aparte de este capítulo. Más aún, sugiero que en el mismo proceso en marcha de desarrollo global, puede que el equilibrio de poder económico, político y cultural haya comenzado a revertir de nuevo en dirección a Asia.

«El auge de Occidente» es analizado de manera más específica en la parte final del capítulo 6. Mi tesis –que se hace eco de la de Blaut pero la lleva más lejos– es que Occidente empezó adquiriendo un billete de tercera clase en el tren de la economía asiática, a continuación alquiló un vagón entero y sólo en el siglo XIX logró desplazar a los asiáticos de la locomotora. Una sección examina y hace referencia al trabajo de Adam Smith en relación con cómo los europeos consiguieron hacer esto sirviéndose del dinero procedente de América. Usaron éste no sólo para expandir sus propias economías, sino también y especialmente para introducirse en los mercados asiáticos en expansión. De esta manera, la revolución industrial y su eventual empleo por parte de los europeos para adquirir una posición de predominio en la economía mundial no puede ser adecuadamente explicada sobre la base sólo de factores «internos» a Europa, ni siquiera por los aportados por la acumulación de capital procedente de sus colonias. Necesitamos una perspectiva eco-

nómica de dimensión mundial para dar cuenta y explicar este proceso global. Para lograr ese objetivo, esta sección propone a continuación y analiza una hipótesis basada en las relaciones de oferta y demanda de innovación tecnológica ahorradora de trabajo y productora de energía a escala mundial y subsidiariamente a escala regional.

Desde el momento en que el todo es más que la suma de las partes, cada parte no sólo fue influida por las otras sino que también lo fue por lo que sucedía en el conjunto (del sistema) mundial. No hay otra manera de comprender y dar cuenta de lo que sucedió en Europa o en América sin tener en consideración lo que sucedió en Asia y África –y viceversa– ni lo que tuvo lugar en ninguna otra parte sin identificar las influencias que emanaban de todas partes, es decir, de la estructura y la dinámica (del sistema) mundial en su conjunto. En una palabra, necesitamos un análisis holístico para explicar cualquier parte del sistema. El capítulo 7, de conclusiones, replantea las implicaciones de esta necesidad de análisis holístico y mis hallazgos e hipótesis que de ello se derivan para ir más allá en la investigación historiográfica, en materia de teoría heredada y de cara a la posible y necesaria reconstrucción de ambas. La primera parte sintetiza las conclusiones historiográficas acerca de lo que no se debe hacer. La segunda parte de este capítulo final continúa adelante y esboza orientaciones teóricas alternativas de más calidad.

RESISTENCIAS Y OBSTÁCULOS PREVISIBLES QUE DEBEREMOS COMBATIR

Para empezar, demostramos estar muy mal pertrechados para confrontar nuestra realidad global cuando nos dejamos seducir por la idea de que nuestro mundo sólo ahora está experimentando un tardío proceso de «globalización». Nuestro lenguaje mismo y nuestras categorías reflejan y a su vez distorsionan nuestro pensamiento cuando nos llevan a suponer que primero aparecieron las partes y sólo más tarde éstas se combinaron para constituir el todo: ejemplos de esto son nuestra *sociedad*, mi *país*, la palabra alemana *Nationaloekonomie*, las relaciones *internacionales* con o sin comercio *internacional*. Todas ellas suenan como si viviéramos –y algunos de nosotros aún queremos vivir– en una especie de «unidades» sociales, políticas y económicas que hubieran poseído una suerte de supuesta existencia primigenia desde (su) Creación. Sencillamente no es cierto que sólo terminasen interrelacionándose más tarde o incluso en la actualidad. Semejante alegato y terminología es literalmente la más insensata de las «perspectivas del mundo» y vuelve imposible acercarse a la realidad de dicho mundo. Pero en lugar de inventar un vocabulario completamente nuevo que resultaría extraño al lector, me veo en la obligación de servirme de la terminología heredada y tratar de estirar sus significados para que puedan ser aplicables a una realidad mucho más

global. Sin embargo, necesitamos más que terminología global. Necesitamos también teoría y análisis globales.

Proponer un análisis global, por no hablar de una teoría global del mundo y para el mundo entero, es una tarea bien complicada. Se topa con fuertes resistencias y puede desatar feroces reacciones. Podemos, ya que no acabar con ellos, al menos anticipar y señalar las puntas de iceberg de algunos de los obstáculos con los que nos podemos topar en los tormentosos mares analíticos que nos esperan. Puesto que es sólo ahora cuando esta propuesta se ofrece, apoyaré mis anticipaciones en algunas de las experiencias anteriores vividas por Immanuel Wallerstein y por mí mismo. Su experiencia es relevante porque la amplitud de mi propuesta actual es al mismo tiempo mayor y más superficial que lo fue la suya.

Los obstáculos más abundantes serán probablemente chinches de poca monta. Puede haber otras objeciones teóricas menos abundantes pero más profundas. Un obstáculo especialmente grande lo plantea el propio Wallerstein.

Una objeción menor es que no empleo (ni estoy en condiciones de emplear) fuentes primarias. Rechazo esa objeción por varias razones. En 1966 envié un manuscrito de una novedosa crítica de tesis heredadas sobre la historia de México a uno de los autores de dichas tesis. Amablemente me lo envió de vuelta pero respondió que no iba a publicar mi manuscrito porque no se apoyaba en fuentes primarias. De manera que lo metí en un cajón hasta que, trece años más tarde, Wallerstein me lo pidió para publicarlo en un volumen que iba a editarse en Cambridge University Press (Frank, 1979). El mismo autor que lo había rechazado escribió entonces la crítica, en la que decía que mi libro no debería haber sido publicado porque para entonces lo que yo decía se había quedado obsoleto ya que investigaciones y análisis más recientes efectuados por otros habían convertido mis tesis anteriores sobre el mundo económico, y que parecían al principio más extravagantes, en teoría ya aceptada y asumida.

Esta experiencia ilustra cuál es el tipo de fuentes necesarias y legítimas para hacer afirmaciones históricas, particularmente cuando se trata de afirmaciones paradigmáticas. Uno de los problemas derivados de emplear el microscopio para hacer trabajo de archivo es, por supuesto, que éste no aporta a los historiadores ninguna visión más amplia de las cosas, a no ser que ellos la traigan consigo antes de entrar en el archivo. Más aún, si los historiadores desean salirse del paradigma heredado y/o incluso desafiar el que se basa en el análisis microscópico, necesitan todavía más una perspectiva extensa. Por supuesto si los historiadores saltan demasiado hacia arriba y analizan el material con un telescopio, están condenados a perder de vista los detalles. Esto nos lleva a las siguientes objeciones.

Puede objetarse que, especialmente por falta de fuentes primarias suficientes, o incluso de fuente primaria alguna, no tengo conocimientos suficientes como para abordar el mundo en su totalidad, o ni siquiera partes de él. Incluso Braudel (1992, p. 468) dudó que fuera «inteligente para un solo histo-

riador tratar de reunir en un solo análisis fragmentos de una historia aún insuficientemente explorados por la investigación». Otros dirán: «Ah, pero lo que tú sugieres no era exactamente igual en el caso de mi jardín trasero en el período de un año, o diez o cien al que yo he dedicado veinte años de mi vida». No obstante, tal y como señaló el historiador del mundo William NcNeill en su prefacio a mi anterior libro (Frank y Gills, 1993), es imposible conocerlo todo, o incluso saber «suficiente» sobre alguna cosa, por mucho que se acote el tema. En otro lugar McNeill argumenta que

> Los macrohistoriadores pasan sin piedad por encima de la mayor parte de los registros literarios disponibles (...) Esto no vuelve la macrohistoria menos exacta o peor avalada (...) Cada escala de investigación crea su propio paisaje de significados relevantes. Lo pequeño no está más cerca de la realidad, según en ocasiones suponen los historiadores especializados al detalle. Es simplemente una forma diferente de analizar (...) La buena historia es el resultado de un proceso de selección y crítica que recoge información de las fuentes disponibles que resulta relevante para cualesquier preguntas planteadas por el historiador, ni más ni menos (Mc Neill, 1996, p. 21).

Por consiguiente, la escasez de conocimiento, que yo estoy presto a admitir, no es en realidad una función de la estrechez o amplitud del tema seleccionado para su estudio. Al contrario, tal y como defenderá el capítulo 5 citando a Joseph Fletcher, lo que trae como resultado la estrechez cuando no la escasez misma de conocimiento histórico es la habitual incapacidad de hacer «macrohistoria horizontalmente integradora».

Algunos lectores objetarán que me centro sólo en una parte o rasgo «económico». En una reunión conjunta de la World History Association y la International Society for the Comparative Study of Civilizations un miembro me dijo en privado: «estás haciendo buena historia económica; por eso no estoy interesado en tu trabajo»; otro dijo en público: «estás ciego a las cuestiones culturales». Los abogados de los enfoques políticos, sociales, culturales, religiosos, nacionales, étnicos y de otro tipo se quejarán de que mi enfoque no favorece, aprecia o rinde pleitesía a sus intereses particulares. Los activistas se lamentarán de que este análisis es de escaso o nulo interés para la lucha de «mi pueblo». Ellos en cambio buscan apoyarse en este o aquel enfoque eurocéntrico o en el nuevo afrocentrismo, el viejo islamocentrismo, o incluso el aún más antiguo sinocentrismo, el excepcionalismo ruso, etcétera, ninguno de los cuales recibe en el presente análisis el respaldo que suelen reclamar. Mi perspectiva se enfrenta también al excepcionalismo eurocéntrico occidental ahora vestido con nuevo ropaje por ese viejo combatiente de la guerra fría que es Samuel Huntington (1993 y 1996) y su «¿Choque de civilizaciones?» (en honor a la verdad, este autor colocó unos signos de interrogación en el título de su artículo publicado en 1993 en *Foreign Affairs*, pero sus vehementes lectores han terminado quitándolos. A la altura de 1996 ya no había signo de

interrogación alguno en el título de su libro). Frente a todo esto, según subraya el capítulo 7, este libro desarrolla una perspectiva basada en la «unidad en la diversidad».

Las feministas pueden acusarme, y con razón, de que mi perspectiva y análisis no asalta suficientemente el castillo de la estructura patriarcal y de género de la sociedad, que como mínimo pone en desventaja a las mujeres. Esto es cierto, aunque este enfoque no es menos acusable de sesgo de género que lo es la teoría heredada; salvo que no trata sobre las mujeres en sí, pero por la misma razón tampoco acerca de los varones. De hecho, este análisis estructural no parece tratar sobre ningún grupo humano en concreto. El capítulo 2 sobre la división del trabajo y el comercio, el capítulo 3 que trata sobre cómo el dinero gira alrededor del mundo y hace girar el mundo, y los capítulos 5 y 6 sobre la estructura y la dinámica del sistema económico mundial sólo se interesan por las relaciones políticas, económicas y sociales entre pueblos y gentes. En cierta medida en mi libro la historia hace a la gente más que la gente hace la historia.

Esto puede ser suficiente motivo para confrontar algunas formas de «determinismo» estructural económico o de otro tipo que supuestamente niega toda forma de «agencia» política voluntarista autodeterminada. Resulta por supuesto inútil señalarles que toda constricción que existe en el mundo real no ha llegado allí de la mano de ningún observador sistemático. Más aún, ningún observador sistemático que yo conozca ha planteado jamás que el «sistema» estudiado objetivamente no deja espacio para la acción y reacción subjetivas individual, comunitaria, cultural, política y cualquier otra forma de acción «de abajo arriba» (y de hecho también «de arriba abajo»). Con todo, las buenas intenciones –e incluso las malas– no siempre logran sus objetivos, y qué intenciones se hacen realidad y cuáles no es algo sujeto a oportunidades y constricciones sistémicamente generadas, según se analiza en los capítulos 5 y 6.

Sin embargo, habrá también quejas más «específicas» y demandas de teóricos sociales similares a las quejas a las que Wallerstein ha tenido que hacer frente ya en respuesta a su «moderno sistema mundial». Una crítica especialmente eurocéntrica es que la evidencia no apoya su planteamiento, y menos aún el mío, de que los europeos se beneficiaron de cosas que no tenían por origen su propio esfuerzo. Hace años Paul Bairoch (1969 y 1974), Patrick O'Brien (1982) y otros objetaron abiertamente contra las tesis de Frank (1967, 1978 a y b) y Wallerstein (1974) de que el comercio colonial y neocolonial contribuyeron activamente a la inversión y el desarrollo europeos. Bairoch (1969) rechazó que el capital comercial hiciera alguna contribución significativa a esto. O'Brien (1982 y 1990) ha negado en diversas ocasiones que el comercial transatlántico y la explotación colonial hayan contribuido a la acumulación de capital y la industrialización en Europa, pues por medio de sus cálculos este comercio y más aún los beneficios obtenidos de él sólo significaban un 2 por ciento del producto interior bruto de

los europeos a fines del siglo XVIII. O'Brien (1978, p. 18) argumenta que «para el crecimiento económico del centro, la periferia resultó periférica». Ahora O'Brien va más allá todavía y afirma categóricamente, bajo el epígrafe «The Formation of a Global Economy, 1846-1914» [La formación de la economía global, 1846-1914] que

> Hasta mediados del siglo XIX las interrelaciones a través de continentes y países parecen haber sido limitadas (...) Los productores y mercaderes se mantuvieron por todo el mundo no sólo aislados de sus rivales extranjeros sino incluso protegidos (...) de la competencia incluso en el interior de las fronteras nacionales (...) La integración tuvo lugar en primer término a escala local y regional, después a escala nacional y progresivamente conforme el siglo [XIX] fue pasando, a escala global (O'Brien, 1997, pp. 76-77).

El presente libro demuestra sin dejar una sombra de duda lo errado que está O'Brien con los datos, por no hablar de en lo tocante a la teoría. No obstante él también ha argumentado que «ni la cuantificación ni un conocimiento histórico académico mayor acabará con los debates acerca de la relevancia del comercio transatlántico para la Revolución Industrial» (O'Brien, 1990, p. 177).

Tenemos que dar la razón a O'Brien en esto de que la evidencia no resolverá nunca esta cuestión. No es que la evidencia deje de ser importante, pero no resulta tan determinante en lo que atañe a la disputa real que hay entre él y yo, que es de corte paradigmático. O'Brien (1982 y 1990) rechaza incluso la perspectiva de Wallerstein, que es sólo parcialmente mundial. De hecho, O'Brien (1997, pp. 86-89) afirma de nuevo que «la dependencia europea (...) se mantuvo en niveles irrelevantes», que la «importancia económica de Asia, África y América del Sur (...) se mantuvo en un nivel bajo y estable» (y cita a Bairoch 1974 y 1993 en su apoyo); y que, aunque los «hechos y ganancias» del colonialismo y el imperialismo son una realidad indiscutible «el colonialismo no mereció necesariamente la pena» y «el imperialismo vino a proporcionar limitados beneficios». Por consiguiente O'Brien (1997, p. 86) escribe que la «sugerencia» de Frank, Wallerstein y Amin de que el crecimiento económico europeo «se produjo en cierto modo a expensas» de otros «sigue siendo algo discutible». Frente a ello, O'Brien argumenta que para la historia de la industrialización europea (e incluso de la británica) «la "perspectiva mundial" [en referencia al título de Braudel] aparece para Europa como algo menos relevante que "la perspectiva mundial" para el resto del mundo» (O'Brien, 1990, p. 177). Para personas tan inmersas en el eurocentrismo y tan recalcitrantes no hay evidencia suficiente, como la que se acumula en los capítulos 5 y 6, capaz de hacerles cambiar de opinión. Seguirán persistiendo en su eurocéntrica reivindicación de que las relaciones de Europa con el mundo fueron insignificantes para Europa pero no en cambio así para el resto del mundo.

Detrás de esta actitud de negar la importancia de los factores económico-sistémico mundiales se halla un postulado metodológico que en este caso es otro aspecto de la perspectiva eurocéntrica: las explicaciones deberían ser buscadas de forma «interna» al explanandum. De acuerdo, pero ¿«internas» a qué? Así, Cipolla (1976, p. 61) sintetiza su propio argumento diciendo que «la idea del comercio como un "motor del crecimiento" es una burda sobresimplificación». Los marxistas poseen su propia versión de este mismo argumento. Robert Brenner (en Aston y Philpin, 1985) defiende que las relaciones internas de clase dan por ellas solas cuenta en todas partes del desarrollo del capitalismo en cualquier lugar del mundo. Mao Tse-Tung divulgó la misma idea en su famoso aforismo sobre los huevos y las piedras en «Sobre la contradicción». La aplicación de una fuente de calor desde fuera producirá un pollo sólo sobre la base de la «contradicción interna» procedente de un huevo y no en el caso de una piedra. Esto puede que sea así o no en «cualquier sociedad dada». El asunto es, sin embargo, que la pregunta real no es acerca de cualquier «sociedad dada» sino acerca de la economía mundial y el sistema global en su conjunto, y que todo es «interno» a éste.

Este debate entre lo «interno» o lo «externo» convierte incluso el análisis mismo del «moderno sistema/economía mundial» en otro obstáculo y otra forma de resistencia que hay que combatir. El argumento es también que algo «interno» al «moderno sistema mundial» europeo generó la transición del feudalismo al capitalismo, que a continuación se expandió al resto del mundo «exterior». Mi argumento es que en lugar de esto Europa y su «economía mundial» eran parte inseparable de una economía afro-eurasiática cuya propia estructura y dinámica sistémicas se hicieron globales y generaron ellas mismas muchos desarrollos en Europa y otros lugares. Por consiguiente es el funcionamiento «interno» de la economía global mundial y no sólo la «economía mundial» europea la que reclama un análisis.

¿Qué pasa con las clases y la lucha de clases? ¡Traigamos de nuevo el estado al primer plano! ¡Deje usted espacio para la cultura! Mis respuestas son, en breve, que hay clases en la economía mundial, pero que las luchas de clases entre clases dominantes y dominadas no han sido nunca el motor de la historia que Marx consideró, una vez que se quitó de la cabeza el sombrero del materialismo histórico. El estado y la cultura, y de hecho la lucha de clases misma, necesitan ser vistas mucho más como dependientes ellas mismas de la estructura y la dinámica de la economía y el sistema mundiales.

Otros argumentarán que seguramente el 99,99 por ciento de la gente que vivió entonces no percibió los rasgos que yo atribuyo al sistema/economía mundial, de manera que éstos no pueden haber tenido impacto alguno sobre sus consciencias. Sí y no. En primer lugar, las circunstancias objetivas impactan –y de hecho conforman– la conciencia individual, especialmente en ausencia de autoconciencia por parte del sujeto. En segundo lugar, la conciencia no lo es todo; y un conjunto de circunstancias objetivas afecta también a otras circunstancias objetivas así como a la conciencia del sujeto, tal y como veremos en los capítulos 5 y 6.

Los posmodernos harán también sus objeciones. Puede que ellos valoren mi «deconstrucción» del eurocentrismo manifiesto y latente a escala terminológica y conceptual. Los autores de la corriente poscolonial puede que también hallen gusto en la demostración de que la idea colonial es sólo algo reciente y probablemente temporal en Asia y en relación con Asia. Pero quienes piensan que no hay realidad alguna más allá de la percepción que de ella hacemos a través de la mente o su comunicación a través del lenguaje rebatirán mi insistencia en que es la evidencia histórica misma lo que desconfirma la historiografía y la teoría social heredadas. Más aún, ellos insistirán en que sólo mi imaginación me permite argumentar que existe una economía y un sistema mundial real a escala global ahí fuera y que su referencia en estas páginas no es sino un producto de mi imaginación. No habrá manera de persuadirles con ningún argumento ni evidencia alguna a menos que se estampen con su propio automóvil retórico contra un árbol imaginario y sobrevivan para contarlo.

Será más útil a estas páginas confrontar a quienes admiten la realidad de los árboles y incluso de un bosque económico y sistémico de dimensión mundial. Por ejemplo, Wallerstein (1974, 1980 y 1989), Frank (1978 a y b), Braudel (1979 y 1992), Wolf (1982), Blaut (1993 a), Stephen Sanderson (1995), George Modelski y William Thompson (1996) y Chase-Dunn y Hall (1997) han aportado una «perspectiva del mundo» más útil así como de su impacto sobre los árboles económicos y sociales a escala local. Más aún, todos ellos ya han intentado conscientemente ofrecer perspectivas más amplias para combatir el eurocentrismo provinciano. No obstante, aunque su esquema de análisis no ha llegado a ser suficientemente global y holístico como para dar cuenta del conjunto del bosque económico mundial, su análisis ha provocado sin embargo enormes resistencias y reacciones por parte de los defensores de la teoría social preestablecida. ¿Cuánta resistencia y reacciones aún mayores no desatará un análisis global aún más holístico que pone patas arriba no sólo la teoría más aceptada sino incluso el revisionismo elaborado al respecto por estos teóricos?

Hay anécdotas de estas resistencias que vienen en seguida a la mente. Eric Wolf (1982) es crítico con razón de la actitud de otros que niegan el impacto que otros pueblos han tenido sobre «la gente sin historia». Él muestra que los pueblos exteriores a Europa contaban con historias propias y que la expansión de Europa tuvo un impacto sobre ellas. Sin embargo, incluso él subestima el mutuo impacto de unos sobre otros. Más aún, mantiene e incluso recupera la primacía de los «modos de producción», desde los que se basan en el parentesco hasta el modo tributario o el capitalismo. Esto, es mi argumento, no hace sino desviar la atención de lo que es más necesario, es decir, del sistema mundial en su conjunto.

Wallerstein (1974) hizo aún más para incorporar las relaciones mutuas del centro europeo y su periferia situada en otras partes del mundo, al abordar la estructura y la transformación de una división del trabajo económica y política unitaria y su impacto sobre el centro y la periferia por igual. Sin embargo hasta 1750 la mayor parte del mundo se mantiene en su esquema al margen de este «moderno sistema mundial» y fuera de la «economía mundial europea» de Braudel/Wallerstein sobre la que el primero se apoya. En la perspectiva de Wallerstein, la expansión europea incorporó partes de África, el Caribe y América al interior del sistema/economía mundial. Sin embargo, él explícitamente explica que esta economía era sólo por analogía mundial pero en absoluto de dimensión realmente mundial. Desde su punto de vista, el Asia occidental, meridional y oriental, y de hecho también Rusia, sólo se incorporaron a este sistema/economía mundial europeo a partir de 1750. De manera que la perspectiva, la teoría y el análisis «del sistema mundial» de Wallerstein no sólo no abarca la mayor parte del mundo antes de 1750 sino que además defiende explícitamente que la mayor parte del mundo, incluyendo toda Eurasia al este del Mediterráneo y de Europa del este, no desempeñaron ningún papel relevante en la formación y la primera fase de la historia de su «moderno sistema mundial».

Por consiguiente la muy limitada historia y teoría del moderno sistema y economía «mundial» de Wallerstein impide obviamente también hacerse con un mapa de la economía global y del sistema mundial real, que se mantuvo ajeno a ese ámbito hasta 1750. Lo que sucedió en ese sistema general fue altamente determinante para los desarrollos ocurridos en el «sistema/economía mundial europeo» de Wallerstein y Braudel, tal y como trata de demostrar este libro especialmente en los capítulos 3, 4 y 6. Para llegar a tener siquiera una remota oportunidad de estudiar y comprender de alguna manera la génesis, estructura y función, por no hablar de la transformación y el desarrollo de este sistema y economía mundial real, necesitamos una teoría y un análisis enteramente holístico, del estilo del que se ofrece en el capítulo 6. Sin embargo, Wallerstein (1991, 1992 y 1993) ha puesto ya en varias ocasiones reparos a reorientar en esa dirección el análisis de sistema mundial; más recientemente su «Hold the Tiller Firm» [Sujeta con firmeza el timón] (1995) carga las tintas contra toda forma de revisionismo «nomotético», «idiográfico» y «reificante», entre los que incluye muy especialmente el mío.

Incluso Blaut (1992 y 1993 a) se resiste a asumir un análisis holístico del desarrollo económico mundial y de su continuidad a pesar de que él mismo asesta un golpe mortal al mito del «milagro europeo» y a pesar de su insistencia en que los europeos carecían de ventajas innatas sobre los asiáticos a la altura del 1500. Otros se resisten también, a pesar de que ofrecen ellos mismos perspectivas históricas de dimensiones euro-asiáticas, como es el caso de la comparación que plantea Sanderson entre Japón y Gran Bretaña (1995), el descubrimiento a cargo de Modelski y Thompson (1996) de ciclos Kondratieff que se retrotraen a la China Song (asunto que se discute en el capítulo 5) y el análisis de Chase-Dunn y Hall (1997) de diversas modalidades de «sistemas mundiales» que han existido en los últimos diez mil años aproximadamente. Pues bien, a pesar de estos enfoques, todos estos autores

siguen insistiendo en que alrededor del año 1500 tuvo lugar una profunda «ruptura» en la historia mundial, no sólo porque los europeos descubrieron América y una nueva ruta hacia Oriente en 1492 y 1498 respectivamente, sino ante todo porque eso hizo comenzar el desarrollo del capitalismo en Europa y su subsiguiente expansión a partir de ese núcleo central. La abundante evidencia reunida en los capítulos 2 y 4 cuestiona ahora la base misma de esta postura que yo mismo solía compartir.

Otros colegas y amigos procedentes de las ciencias «sociales» también se muestran reticentes a mirar el todo incluso cuando se trata de autores que defienden el holismo. Los más asertivamente holistas de ellos son Samir Amin y Giovanni Arrighi, con quienes Wallerstein y yo hemos codirigido dos libros (Amin et al., 1982 y 1990). Al igual que Wallerstein, Amin y Arrighi empiezan también a montar el puzzle sobre el mundo moderno partiendo del centro y rellenándolos hacia fuera: y asimismo siguen situando el «centro» de éste en Europa. Estos autores rechazan el eurocentrismo, e incluso Amin (1989) llegó a poner a uno de sus libros el título de *Eurocentrismo* pues su objetivo es denunciar tal perspectiva, de la misma manera que Arrighi está dedicando en su obra cada vez más atención a Asia. Sin embargo ambos siguen comenzando sus revisiones de la historia de la Edad Moderna fijándose en Europa, pues según ellos ahí es donde dio comienzo el «capitalismo». Al igual que Wallerstein (1991), Amin (1991 y 1993) escribió también críticas a mi tesis, defendiendo frente a ella la argumentación ortodoxa según la cual alrededor del año 1500, y en Europa, tuvo lugar una ruptura profunda en la historia mundial. Antes de esto. los «imperios-mundo» (dice Wallerstein) sólo producían y distribuían sobre la base de un «modo de producción tributario» (dice Amin, pero también Wolf, 1982). Surgió entonces el desarrollo y la expansión del «modo de producción capitalista» procedente de Europa. Arrighi concede de hecho más importancia a China y el Asia Oriental (Arrighi, 1996, y Arrighi, Hamashita y Selden, 1996). Con todo, el libro de Arrighi *The Long Twentieth Century* [El largo siglo XX] (1994) continúa retrotrayendo el desarrollo de la «economía mundial capitalista» y sus innovaciones relativas a instituciones financieras desde sus supuestos orígenes en las ciudades-estado italianas.

Este eurocentrismo subyace y limita incluso a los críticos más severos de la teoría social eurocéntrica heredada, incluso a quienes argumentan de forma persuasiva que el mundo en su sentido más amplio desempeñó un papel mucho más importante de lo que dicha teoría permite afirmar en «el auge de Occidente». Otro ejemplo claro procede de Alan Smith (1991). Su libro *Creating a World Economy* [La creación de una economía mundial] se abre acusando a Weber y a los demás sospechosos habituales desde North y Thomas a Rostow, y de Jones a Wolf, Wallerstein y Frank, de ignorar, retorcer o hacer un uso abusivo del papel del «mundo más amplio» situado fuera de Europa. Pero Smith sólo observa de pasada la historia de este mundo más extenso en el segundo capítulo e inmediatamente a continuación da un corte en el tercer

capítulo del libro para comenzar a situar el comienzo de su propio análisis, una vez más, en la Europa medieval. Llega hasta el año 1500 ofreciendo «tendencias lineales» en la sociedad y la política que llevaron al «progreso continuado» gracias a la «tecnología que hizo posible el crecimiento continuo» (Smith, 1991, pp. 67 y 5), todo ello en y desde Europa. El resto del libro en su totalidad está dedicado a Europa y su transición al capitalismo, su expansión transoceánica y a las «periferias y dependencias» en la economía mundial. Dado que Smith trata de dar cuenta de la «creación de la economía mundial» y del nacimiento y expansión del «capitalismo» en y desde Europa, necesariamente reivindica también que

> muchas de las áreas del mundo seguían siendo aún siendo externas al nuevo sistema. El África oriental, la India, Ceilán, Indonesia, el sudeste asiático, China, Japón y el Oriente Medio entran en esta categoría (...) [porque] su participación en las relaciones comerciales era discrecional y (...) parece haber tenido un impacto poco duradero sobre las estructuras de las respectivas formaciones sociales (...) Uno no debería sobreestimar el papel del comercio internacional en la creación de conexiones intensas entre tierras lejanas (...) Sólo en Europa (...) [los procesos sociales de integración] fructificaron» (Smith, 1991, pp. 7 y 11)

Con esta letanía que sigue anclada en el mismo viejo eurocentrismo no daremos por supuesto nunca con las estructuras, los procesos o las fuerzas comprometidos en «la creación de una economía mundial» (por utilizar el acertado título de Smith). Al igual que sucede con todos aquellos que critica por sus limitaciones, Smith sigue sin llegar a levantar la vista del foco de luz que alumbran las macilentas farolas europeas desde que fueron establecidas en el siglo XIX. Frente a esto, ya en 1776 Adam Smith había llevado su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* mucho más lejos y, según veremos especialmente en los capítulos 3 y 6, nos ilustró mucho más acerca del mundo «wie es eigentlich gewesen ist», es decir, «como realmente es» por decirlo con las palabras de Leopold von Ranke.

Parece en suma que esta palabra de dios sobre el desarrollo de la moderna economía y sistema capitalista mundial a partir del año 1500 o cuando sea y con origen en Europa forma una especie de línea defensiva como la «línea Maginot» de la Primera Guerra mundial tras la cual todo el mundo se resiste a ver el mundo real. Mi libro propone dejar de dar vueltas alrededor de dicha línea. Cuando expuse por primera vez mi tesis de que el actual sistema mundial surgió antes de 1500, Wallerstein fue lo suficientemente generoso como para publicarla en la revista que edita (Frank, 1990 a) así como un artículo secuela del anterior libro (Gills y Frank, 1992), aunque él siempre se ha mantenido fiel a la sacrosanta línea divisoria del 1500 (Wallerstein, 1993, 1995 y 1996 a). Sin embargo, si hacemos caso a Wolf la divisoria habría que situarla en el 1800, y siguiendo a Marx y a muchos otros, en algún momento entre

1600 y 1800, y según Braudel (1992), en un punto situado entre 1100 y 1600. Chase-Dunn y Hall (1997) insisten de hecho en que el auge de Occidente y de Europa debe ser entendido como un proceso inseparable de un desarrollo de Eurasia de más de dos mil años de duración; sin embargo, también ellos siguen observando el período de la Edad Moderna que se abre en 1500 como una ruptura en dirección al capitalismo, que dio comienzo en Europa y gracias a Europa. El informe de la Gulbenkian Commission titulado *Open the Social Sciences* [Abrir las ciencias sociales], escrito casi enteramente por Wallerstein, denuncia el falso «universalismo» eurocéntrico de la ciencia social de los siglos XIX y XX (véase el segundo epígrafe de este capítulo). Sin embargo, incluso esta llamada urgente a reconsiderar las bases de las ciencias sociales con el fin de prepararse para el siglo XXI tampoco ataca la sacrosanta convención de un origen y centro europeo para el capitalismo y todo lo que supuestamente le sigue.

Sin embargo, si observamos que el mundo es redondo, Europa muestra ser un lugar equivocado a la hora de ubicar el centro; y la relevancia de situar allí o en cualquier otro lugar los comienzos del «capitalismo» resulta cuando menos crecientemente dudosa. Todos los teóricos sociales de los siglos XIX y XX a que he hecho mención antes, así como muchos historiadores, comienzan su análisis de la historia de la Edad Moderna en el lugar equivocado. Sólo miran donde alumbra la luz de las farolas europeas, cuya iluminación es aún más tenue desde el momento en que analizan desde Europa hacia fuera buscando analizar su «expansión» y la «incorporación» del resto del mundo. Cuanto más se alejan de los focos de luz europeos, menos pueden ver. Es por ello que para Wallerstein y muchos otros Asia se mantuvo al margen del «sistema o economía mundial» hasta 1750 y sólo más tarde vino a ser «incorporada».

Este libro en su totalidad y en especial los capítulos 4 y 7 insisten en que la reinterpretación efectuada por Frank y Gills (1993) del período anterior a 1500 arroja también una larga sombra sobre las interpretaciones heredadas del período que se abre a continuación. Esta historia mundial de la Edad Moderna está necesitada de una urgente reinterpretación. La evidencia económica sobre Asia y el mundo, cuando sea analizada bajo una luz no eurocéntrica o al menos no tan eurocéntrica, mostrará los contornos de un dibujo completamente diferente. El capítulo 4 demostrará que Asia brillaba ya en la economía mundial antes de 1750 y que siguió durante mucho tiempo destacando más que Europa. De hecho, Asia proporcionó a Europa mucha más luz en lo económico, y por supuesto en lo cultural, que lo que a la inversa esta zona aún entonces marginal (¡y que carecía de brillo propio!) pudo ofrecer a ninguna parte de Asia.

Más allá de estos obstáculos prácticos, de esta resistencia teórica y de estos contraataques ideológicos dirigidos a mi análisis holístico que abarca más que la mera «economía mundial» europea y el «moderno sistema mundial», nos podemos topar también con un abierto rechazo teórico por principio a cualquier tipo de holismo. Esta es la posición entre otros de John R. Hall.

Hall observa con razón que «Frank consistentemente lanza líneas de determinación en una sola dirección, desde el todo hacia las partes» y que «el moderno sistema mundial ha de ser entonces entendido a través del supuesto del holismo según el cual la totalidad define la naturaleza de las partes así como su relación con la totalidad» (Hall, 1984, pp. 46 y 60).

En un trabajo posterior, Hall aplica sus principios teóricos y su rechazo del holismo como praxis de un modo aún más específico. Hall primero escribe que

> mi propia crítica ha sido que el supuesto del holismo promueve una lectura errada de la emergencia de la economía mundial capitalista (...) Una alternativa es abandonar la búsqueda de una teoría de la historia que lo abarque todo en pro de un enfoque neoweberiano que fomenta la historiografía analítica, pero sin privilegiar de partida ninguna explicación en particular (...) Este enfoque neoweberiano se opone a las teorías basadas en el holismo y la necesidad, las cuales fuerzan los acontecimientos para que quepan en la matriz de una historia universal fundada en alguna suerte de primer motor, sea éste materialista, idealista o de otro tipo (Hall, 1991, pp. 58, 59 y 60).

A continuación alega falsamente que

> el presente análisis (...) muestra que un supuesto de tipo holista dentro de la perspectiva del sistema mundial resulta inadecuado para dar cuenta del cambio histórico (...) [La apelación a] la teoría del sistema mundial como maestra de la teoría de la historia (...) carece de fundamento por diversas razones. En primer lugar, las historias universalistas resultan adecuadas sólo en contadas ocasiones (...) Segundo, restringen innecesariamente la agenda de la historiografía. Tercero, se muestran incapaces de hacer frente a los problemas metodológicos de la investigación histórica (Hall, 1991, pp. 83 y 82).

Aunque las observaciones empíricas de Hall sobre mi proceder holístico me resultan un halago, ninguna de sus críticas al «sistema mundial» posee fundamento alguno. De hecho por supuesto el universalismo, el holismo y la teoría del sistema mundial real están en condiciones de hacer frente a los problemas metodológicos relacionados con la ampliación de la agenda de la historiografía, como debe ser. Esto es así porque, según he argumentado en la teoría y voy a demostrar más adelante empíricamente a través del análisis histórico, la historiografía y la teoría social convencionales apenas han sido suficientemente holísticas, de manera que han evitado cuando no negado la dimensión de «totalidad» del globo y su historia. La única cosa con la que asiento de toda la diatriba de Hall contra el holismo es que «una vez que abandonamos el holismo, la justificación de la teoría del sistema mundial

como una teoría de la historia maestra deja de tener fuerza» (Hall, 1991, p. 83). En este punto Hall pone de hecho el dedo en la llaga de los límites de facto de la teoría que critica, pero eso no es razón suficiente como para tirar las frutas frescas de la historia con las pochas de la teoría. Al contrario, su observación en este extremo correcta es precisamente la razón por la cual necesitamos hacer aún más holísticas nuestra historiografía y nuestra teoría social de forma que podamos abarcar el todo global porque, tal y como el propio Hall ha señalado acertadamente, «la totalidad define la naturaleza de las partes así como su relación con la totalidad». De manera que el rechazo mismo en la práctica de este holismo por parte de tantos otros así como su recalcitrante negación teórica por principio a cargo de gente como Hall muestran que la teoría holística es tan necesaria como difícil de desarrollar en la práctica. Y esto es así en gran medida porque la oposición a esta manera de analizar abarca desde las críticas de Bairoch, O'Brien y Hall hasta Wallerstein y Frank, hasta incluso al propio Wallerstein y a los seguidores de su teoría del «sistema mundial».

Algunos esfuerzos recientes y actuales por parte de algunos otros autores merecen una mención especial a la hora de afrontar y ganar luz para esta problemática. Aunque hemos llegado hasta ella por vías parcialmente diferentes, nuestras conclusiones comunes se refuerzan mutuamente entre sí. Entre estos se encuentran varios autores asiáticos como George Asiniero, que procede de Filipinas, quien trabaja sobre el lugar que ocupa Asia en la economía global, y K. N. Chaudhuri, cuyo trabajo previo sobre la India y el Océano Índico (1978 y 1985) se cita abundantemente en este libro y es reutilizado por él también en su propio libro posterior titulado *Asia before Europe* [Asia antes de Europa] (1990 a). Bing Wong (1997) analiza la revolución industrial a través de una comparación novedosa entre Europa y China. Los autores japoneses Takeshi Hamashita y Satoshi Ikeda constatan la existencia de una economía regional asiática con centro en China; ambos autores son ampliamente citados en el capítulo 2. Arrighi, Hamashita y Selden (1996) plantean estudiar este desarrollo del Extremo Oriente durante los últimos quinientos años. No obstante, ninguno de ellos aborda la economía mundial en su totalidad. Dennis Flynn y su co-autor Arturo Giráldez realizan en efecto un análisis de la economía a escala mundial, pero se circunscriben a un estudio del mercado global de plata (del que me sirvo abundantemente en el capítulo 3); sin embargo, son autores que sí subrayan la relevancia económica a escala mundial de China.

Una perspectiva económica mundial es también el rasgo definitorio del trabajo de otros dos autores. Frank Perlin, en cuya obra me apoyo en repetidas ocasiones en mi capítulo 2 que trata sobre el comercio, en el capítulo 3, sobre el dinero y en el capítulo 4, que se centra en las instituciones de comercio, aplica su perspectiva verdaderamente global en su estudio sobre la economía de la India. No obstante, se muestra reticente a la hora de adoptar la misma perspectiva al tratar la economía mundial en su totalidad. Por último, Ken Pomeranz merece una atención especial pues se trata del único experto académico que yo conozca que se sirve de una perspectiva global al tratar de dar cuenta del desarrollo y la transformación industrial de la economía mundial antes de 1800, dentro de la cual resalta la importancia de China. Una vez que hube redactado enteramente este texto, incluida esta introducción, él amablemente me envió el manuscrito de un libro que estaba redactando en el que efectúa comparaciones en materia de tecnología, instituciones, economía y ecología que sitúan a China por delante de Europa, comparaciones a las que en algunos casos he terminado haciendo referencia en mi propio manuscrito. Pomeranz y yo empleamos procedimientos paralelos y llegamos a las mismas conclusiones en lo relativo a la importancia de examinar los desarrollos en Europa dentro del contexto del mundo global real en el que tuvieron lugar.

Esto nos lleva también a estar de acuerdo en que –en tanto que minoría compuesta por dos autores que se distancian del saber convencional– estos desarrollos no fueron consecuencia de preparativos socioculturales o incluso económicos (intraeuropeos) de siglos de duración, sino ante todo el resultado de inflexiones y desviaciones tardías y muy repentinas en la marcha de los asuntos europeos y del resto del mundo. Entre éstos, Pomeranz dedica mucho análisis y de calidad al papel de las constricciones, los incentivos y las opciones ecológico-económicas. Muestra cómo éstos fueron generados por la extracción coercitiva establecida por Europa no sólo de recursos financieros sino también de bienes tangibles procedentes de sus colonias en América. También yo reconozco por supuesto estos procesos, pero doy mucho más énfasis a los beneficios que Europa obtuvo de su relación con Asia, algo a lo que él concede mucha menos atención. Sing Chew (1997 y otra obra suya en prensa cuando yo escribía mi libro) está efectuando también una historia ecológico-económica de dimensión global, pero, al igual que Pomeranz, se resiste no obstante a tratar de analizar la economía mundial en su totalidad. Más aún, yo dedico más análisis (en el capítulo 5) que ellos a lo que Joseph Fletcher (1985 y 1995) denominó «historia horizontalmente integradora» en la que acontecimientos y procesos que tienen lugar de forma simultánea en la economía mundial son analizados y relacionados entre sí a escala global.

Sirviéndose de este enfoque, este libro argumentará y espero que demostrará que la generalizada incapacidad de apoyarse en una perspectiva holística global no sólo nos condena a tener miras más bien limitadas sino que también viene a distorsionar seriamente todos los hallazgos regionales, sectoriales e incluso cronológicos, ya que fracasa a la hora de insertarlos de manera adecuada en el esquema global de cosas. Lo mismo sucede con todos los intentos de escapar del provincianismo y hacerse con una estructura y con los procesos del todo global cuando se comienza analizando una de las partes, en especial cuando se trata de una que es además ubicada en un lugar que no es el que le corresponde. Este ha sido el pecado original de la historiografía y la teoría social eurocéntricas al uso, que empezaron estudiando Europa y fueron

operando a partir de ahí hacia fuera. El mismo procedimiento y el mismo enfoque reductivo han sido más característicos todavía del «excepcionalismo y (...) del exagerado sentido de singularidad» predominante entre los historiadores de historia de «América», tal y como señala Gordon Wood (1997, p. 51) en *The New York Review of Books*. Incluso su reciente «ampliación» del «lugar de la historia de Estados Unidos dentro del subcontinente norteamericano en su totalidad» sigue aún circunscribiéndose a la «civilización atlántica». Más aún, Wood y los historiadores que revisa no pueden pensar en otras soluciones que «ofrecer cada vez más cursos de historia comparada común en distintas universidades» y «publicar trabajos que comparan desarrollos ocurridos en ambos continentes del hemisferio occidental».

Este libro da la vuelta a este modo de proceder y en lugar de ello opera analizando desde el mundo tomado en su conjunto como un todo y en dirección hacia dentro. O al menos da comienzo analizando cuestiones por todo el globo entero, empezando por el comercio, el dinero, la población y la producción a escala mundial. Los capítulos 5 y 6 ofrecen una conceptualización más holística y un análisis de procesos globales, incluidos los europeos y americanos. A partir de esto llego a conclusiones e implicaciones en el capítulo 7 que son muy diferentes a las convencionales en la teoría social eurocéntrica, que es por tanto de esta manera puesta cabeza abajo ¡o más bien cabeza arriba!

Capítulo 2

EL CARRUSEL DEL COMERCIO GLOBAL, 1400-1800

> La «integración económica mundial» es un hecho tan importante de la organización social en los siglos anteriores (pese a todas las apariencias que señalan lo contrario) como lo es obviamente en nuestros días, con los mercados instantáneos gracias a la informática (...) Hemos de concluir que los cambios principales implican transiciones en las formas de integración y no consisten, como se supone, en la emergencia de la integración como tal (...) La historia del mundo no debería ser descrita como un movimiento a partir de mundos locales constitutivamente cerrados en dirección hacia la creciente integración mundial y la homogeneización (...) La idea habitual de unas «culturas diversas» que son «penetradas» por fuerzas universalistas emergentes está mal planteada (...) Ya sea en el siglo IX o en el X, en el XII o el XIII, en el XVII o el XVIII, el mundo ha sido siempre complejo en lo tocante a su interconexión (...) El continuum que dibujan la Edad Media y la Moderna carece de un centro único, incluso de un puñado de centros particulares concebidos como las fuentes de la integración. En lugar de esto, su rasgo característico es una prolífica multicentralidad.
>
> Frank Perkin (1994, pp. 98, 102, 104 y 106)

UNA INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA MUNDIAL

La tesis principal de este libro es que, pese a las dudas y rechazos generalizados, existió una única economía mundial de dimensión global con una división a escala mundial del trabajo y un comercio multilateral desde 1500 en adelante. Esta economía mundial tenía lo que puede ser entendido como su propio carácter y dinámica sistémica, cuyas raíces en Afro-Eurasia se retrotraen milenios atrás. Fue esta estructura político-económica mundial y su dinámica lo que motivó a los europeos a buscar, desde las Cruzadas europeas en adelante, un mejor acceso a Asia, que era predominante en términos económicos. El mismo imán de atracción asiático llevó al «descubrimiento» y la incorporación del «Nuevo» Mundo situado en el hemisferio occidental en la economía del Viejo Mundo y su sistema desde el viaje de Colón de 1492, así como a un estrechamiento de las relaciones entre Europa y Asia tras el viaje alrededor de África de Vasco de Gama en 1498. Durante siglos se

siguió buscando una ruta alternativa a China a través del «Paso del Noroeste» alrededor y/o a través de Norteamérica, y también hacia el Este a través del Océano Ártico.

La economía mundial siguió estando dominada por los asiáticos durante al menos otros tres siglos, hasta alrededor de 1800. La marginalidad de Europa en términos absolutos y relativos siguió siendo una realidad en la economía mundial pese a las nuevas relaciones establecidas por ella con América, que sirvieron también a aquella para intensificar sus relaciones con Asia. De hecho, fue sobre todo su nuevo y continuado acceso al dinero americano lo que permitió a Europa ampliar su participación en el mercado mundial, si bien para apenas profundizar en él. Las actividades productivas y comerciales, y el crecimiento demográfico vinculado a éstas, siguieron asimismo expandiéndose a más velocidad y con más fuerza en Asia hasta al menos 1750, según prueban los siguientes dos capítulos.

Este capítulo delinea la pauta de contornos globales de las relaciones comerciales y los flujos financieros a escala mundial, región a región. El análisis de esta estructura y del funcionamiento de estas relaciones económicas globales demostrará la existencia sin lugar a dudas de un mercado mundial en la Edad Moderna. Mi insistencia en esto tiene el objetivo de contrarrestar la negación generalizada e incluso el frecuente rechazo de la existencia de esta economía mundial por muchos de los que estudian este período. De hecho, se ha puesto últimamente de moda defender que sólo ahora la economía mundial está experimentando un proceso de «globalización». Más aún, la negación abierta, y por supuesto el rechazo de la existencia de un mercado mundial durante la Edad Moderna y de su división del trabajo subyacente sigue siendo la errónea base de buena parte de la investigación histórica y la teoría social relacionada con la «economía mundial europea» de Braudel y el «moderno sistema mundial» de Wallerstein y de muchos de los discípulos de éstos, así como aún más de sus detractores como es el caso de O'Brien, que he mencionado en el capítulo anterior.

Frederic Mauro (1961) propuso hace ya tiempo un «modelo intercontinental» del comercio mundial entre 1500 y 1800 sobre la base de la competencia interregional en materia de producción y comercio. Sin embargo, su existencia misma fue ya constatada por Dudley North en 1691: «El mundo entero es al comercio como una sola nación o un pueblo, y por consiguiente las naciones son como las personas» (citado por Cipolla, 1974, p. 451). Más aún, este mercado mundial y el flujo de dinero que los atravesaba permitía divisiones intrarregionales e interregionales del trabajo y generaban competencia que a su vez se expandía y conectaba entre sí las partes de todo el globo:

> Los registros documentales muestran que existía competencia (...) entre productos alternativos, como es el caso de los textiles de la India oriental y Europa; entre productos idénticos procedentes de regiones distintas que poseían climas similares, por ejemplo, el azúcar de Java y Bengala, el azúcar de Madeira y Santo Tomé, y el de Brasil y las Indias occidentales; o entre productos cultivados en regiones climáticas distintas, como es el caso del tabaco (...) la seda china, persa e italiana; el cobre japonés, húngaro, sueco y de las Indias occidentales, las especias de Asia, África y América, el café de Moca, Java y las Indias orientales: todos estos productos competían (...) El mejor barómetro, sin embargo, lo representan los precios del intercambio de mercancías de Amsterdam (Cipolla, 1974, p. 451).

El Amsterdam que menciona Cipolla puede que haya sido el mejor barómetro de los precios durante un tiempo, pero no hay que confundir esto con el clima mismo ni con los vaivenes del clima económico y financiero, que eran cosas que se producían por todo el mundo. Por supuesto la división del trabajo inter e intrarregional de carácter competitivo y compensatorio o complementario iba más allá de los pocos ejemplos puestos por Cipolla. Por ejemplo, Rene Barendse, al estudiar el Mar de Arabia y la actividad de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (o, por usar las iniciales en holandés, que es lo habitual, VOC) en él y en otras partes, señala que

> La producción se centralizaba en lugares en los que los costes de la mano de obra eran más bajos. Esto, y no tanto los bajos costes de transporte, explica [que] (...) las ventajas comparativas en términos de costes era lo que estaba poniendo en relación los mercados asiáticos y americanos, por muchas restricciones de corte mercantilista que se impusieran. Otro caso fue la sustitución de productos de la India, Arabia y Persia como el índigo, la seda, el azúcar, las perlas, el algodón y después incluso el café, las mercancías más rentables comerciadas en el Mar de Arabia a fines del siglo XVII, por productos elaborados en otras partes, normalmente en las colonias americanas (...) Debido a este proceso global de sustitución de productos, a la altura de 1680 el comercio de tránsito entre el Mar de Arabia y Europa había desaparecido o se hallaba en declive, aunque esto fue durante un breve espacio de tiempo amortiguado con el auge del comercio de café. Pero dio lugar a una prolongada depresión en el comercio entre el Golfo de Arabia, el Mar Rojo y la costa occidental de la India. Este declive en el comercio de tránsito fue suavizado por el comercio interior dentro del Mar de Arabia. Pero el Oriente Medio tuvo que pagar las importaciones de la India por medio de la venta de productos al por mayor en el Mediterráneo, como cereales y lana. Un equilibrio precario (...) desató un alza inflacionaria tanto en la economía monetaria otomana como en la safávida (Barendse, 1991, cap. 1).

Estas relaciones comerciales de dimensiones mundiales y a escala global y la división del trabajo subyacente a ella, así como sus (des)equilibrios resultantes en relación con el comercio son esbozados en este capítulo e ilustrados por medio de mapas.

En los relatos «regionales» que ofrece este capítulo, vemos una y otra vez

cómo la cambiante mezcla y selección de cosechas, o de hecho la sustitución de tierra forestal «virgen» por cultivos, así como la elección de manufacturas y la comercialización de todos los productos derivados de estas actividades, respondían a incentivos y requerimientos a escala local. Este capítulo y el siguiente muestran cómo a su vez esto tuvo como resultado la deforestación de la jungla en Bengala y la tala del bosque en la zona meridional de China. Como resultado de ello, la tierra, el arroz, el azúcar, la seda, la plata y la fuerza de trabajo se intercambiaban entre sí o por madera y productos derivados de ella, que entonces se importaban del sudeste asiático. Sin embargo, se muestra también que muchos de estos incentivos locales y sectoriales eran transmitidos por fuerzas de mercado regionales e interregionales. Muchas de éstas a su vez derivaban de actividades competitivas o compensatorias procedentes del lado opuesto del globo. De hecho, algunas de estas presiones terminaban reuniéndose, por ejemplo en una aldea en la India o China, después de haber sido transferidas simultáneamente por medio mundo en dirección al este y al oeste, así como en otras direcciones entrecruzadas añadidas a ellas. Por supuesto, tal y como el capítulo 6 subraya sobre el caso europeo, la importación de azúcar procedente de América y de seda y textiles de algodón procedente de Asia funcionó como un suplemento de la producción local de alimentos y lana, relajando así la presión sobre los bosques y la tierra cultivable; de esta manera, el hecho de que «el ganado se comiera al hombre» y el hombre a su vez estuviera en condiciones de comer era también una función del mercado mundial.

Los ejes de este mercado global eran engrasados por el flujo de plata a escala mundial. En los capítulos 3 y 6 se observa cómo lo que permitió a los europeos llegar a participar en este mercado mundial en expansión fue sólo su novedoso acceso a la plata procedente de América. Para el capítulo 3 se reserva un estudio más en detalle sobre cómo la producción y distribución sobre todo de moneda de plata estimuló y extendió la producción y el comercio por todo el mundo, lo cual demuestra en qué medida el intercambio mediado por el arbitraje entre diferentes monedas de uso y otros instrumentos de pago entre sí y con otras mercancías hizo posible un mercado de dimensión mundial para todo tipo de bienes. Todo este comercio era por supuesto posible sólo a través de formas de dinero comúnmente aceptadas y/o por arbitraje entre el oro, la plata, el cobre, el estaño, las conchas, las monedas, el papel moneda, las letras de cambio y otras formas de crédito. Todos ellos habían estado en circulación por toda Afro-Eurasia a lo largo de milenios (y según algunos testimonios, incluso alrededor del Pacífico en especial entre China y el hemisferio occidental). No obstante, la incorporación del Nuevo Mundo americano a esta economía del Viejo Mundo y su contribución a la acumulación y el flujo de dinero dio ciertamente nuevos impulsos a partir del siglo XVI a la actividad económica y el comercio.

Los antecedentes de los siglos XIII y XIV

Dos libros recientes ofrecen un punto de partida para una lectura no eurocéntrica alternativa a la historia convencional de la Edad Moderna. Se trata de las obras de Janet Abu-Lughod (1989) *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350* [Antes de la hegemonía europea: El sistema mundial, 1250-1350] y N. K. Chaudhuri (1990 a), *Asia before Europe*, que extienden sus análisis hasta 1750. Abu-Lughod ofrece un punto de partida adecuado para el análisis que aborda este libro. Su argumento es que una serie de ocho regiones interrelacionadas y organizadas en torno de una ciudad se hallaban unidas entre sí en un sistema mundial con una división del trabajo de dimensiones afro-euroasiáticas. Esas ocho regiones interrelacionadas son clasificadas en tres subsistemas relacionados e interconectados: 1) el subsistema europeo, con las ferias de Champagne, el Flandes industrial y las regiones comerciales de Génova y Venecia; 2) el área del Oriente Próximo y sus rutas este-oeste a través del Asia dominada por los mongoles, a través de Bagdad y el Golfo Pérsico, y a través de El Cairo y el Mar Rojo; y 3) el subsistema del Océano Índico y el Asia oriental, el sureste Asiático y China. Sus principales auges y caídas, así como su crisis del siglo XIV y la epidemia de la Peste Negra fueron rasgos compartidos por todas ellas.

Europa era «un advenedizo, que ocupaba una posición periférica dentro de un proceso en marcha en Asia, de manera que «la incapacidad de situar el comienzo de la historia suficientemente atrás en el tiempo ha desembocado (...) en una explicación truncada y distorsionada del auge de occidente», tal y como correctamente afirma Abu-Lughod (1989, pp. 9 y 17). De ello, esta autora ve el propio desarrollo de Europa en los siglos XII y XIII como en parte dependiente del comercio con el Mediterráneo oriental generado por las Cruzadas. Esto a su vez no habría tenido lugar o hubiera sido un proceso estéril si no llega a ser por las riquezas de «Oriente». De hecho, el comercio, la industria y la riqueza de Venecia y Génova se debieron ante todo a sus funciones como intermediarios entre Europa y el Este, parte del cual había sido preservado por las ciudades italianas incluso a lo largo de la «Edad Oscura» altomedieval. A lo largo de los períodos de revitalización económica sucedidos a partir del año 1000, ambas ciudades trataron de adentrarse todo lo que pudieron en el comercio y las riquezas de Asia. De hecho, Génova intentó en 1291 llegar hasta Asia por mar, navegando alrededor de África.

Al fracasar esta vía, Europa tuvo que ceñirse a las tres grandes rutas en dirección a Asia que partían del Mediterráneo oriental: la septentrional, que cruzaba el Mar Negro, dominado por los genoveses; la central, a través del Golfo Pérsico, dominado por Bagdad; y la alternativa a ésta, la ruta meridional que a través del Mar Rojo daba vida a El Cairo y su socio europeo, Venecia. La expansión de los mongoles bajo Gengis Kan y sus sucesores confirmó el declive, tras la toma de Bagdad en 1258, de la ruta central a favor de

la ruta meridional. Los mongoles controlaron entonces la ruta septentrional desde el Mar Negro hacia el este y promovieron también las rutas del Asia central a través de ciudades como Samarcanda, que prosperó bajo la protección de los mongoles. Sin embargo todas estas rutas comerciales experimentaron la prolongada crisis económica que se extendió entre mediados del siglo XIII y fines del siglo XIV, de la que la Peste Negra fue más consecuencia que causa (Gills y Frank, 1992; véase también Frank y Gills, 1993). Los determinantes económicos de este comercio, producción e ingresos en expansión y recesión se hallaban, sin embargo, más hacia el este, en el Asia meridional, del sureste y el extremo oriental. Tal y como veremos más adelante, en esas zonas dio comienzo un largo auge económico de tipo cíclico alrededor de 1400.

Pero antes de que esto sucediera, según la interpretación de Abu-Lughod (1989), este sistema mundial vivió su apogeo entre 1250 y 1350 para a continuación decaer hasta su (virtual) extinción, resurgiendo entonces en la Europa meridional y occidental en el siglo XVI. En sus palabras, «un hecho de crucial importancia es que "el declive de Oriente" precedió al "auge de Occidente"» (Abu-Lughod, 1989, p. 388). Hay que concederle que tiene razón en esta afirmación pero no así en la cronología que ofrece ni en la idea de que no hubo continuidad entre los siglos XIII y XVI en lo tocante a una sola economía y sistema mundiales. He criticado en otro lugar la interpretación de Abu-Lughod de una supuesta «sustitución» de un «sistema» por otro en lugar de una «reestructuración» del mismo sistema en otras zonas (Frank, 1987, 1991 a, 1992; Frank y Gills, 1993). Ahora podemos retomar el estudio de la economía y el sistema mundial a escala global donde Abu-Lughod lo dejó, alrededor del 1400.

La economía mundial se apoyaba predominantemente en Asia y lo mismo puede decirse de las empresas económicas desplegadas con éxito por Venecia y Génova, las cuales basaban ambas su riqueza en la posición intermedia que ocupaban entre las riquezas de Asia y la demanda de productos asiáticos en Europa. Su comercio con los puntos de llegada de las rutas comerciales asiáticas en el Asia occidental, desde el Mar Negro, a través de la costa de Anatolia hasta Egipto fue también precursor de la expansión europea a través el Océano Atlántico y eventualmente en dirección al sur alrededor de África hacia India y a través de ésta en dirección a América, que también iba en busca de Asia. Las motivaciones de los viajes de Colón en 1492 y Vasco de Gama en 1498 han sido objeto de mucho debate. No fueron viajes casuales. Después de todo, Colón «descubrió» América cuando iba en busca de los mercados y el oro del Extremo Oriente. Estos viajes se produjeron cuando una creciente escasez de moneda corriente y el consiguiente auge del precio de mercado del oro en el área afro-eurasiática en su conjunto convirtieron en atractiva y potencialmente rentable (y así resultó serlo) esa actividad de aventura marítima. Tal y como escribe un monetarista confeso como John Day,

> El problema [de la escasez de especias] trajo a largo plazo consigo su propia solución. El auge del precio de la moneda, corolario de la reducción de las reservas, da en buena medida cuenta de la búsqueda intensiva de metales preciosos por toda Europa, así como de la búsqueda en última instancia exitosa de nuevas técnicas de extracción y refinado de metales. Y fue esa aguda «fiebre del oro» del siglo XV la que movió las fuerzas que se hallan detrás de los Grandes Descubrimientos que terminarían inundando la economía sedienta de dinero de Europa con los tesoros procedentes de América a comienzos de la Edad Moderna (Day, 1987, p. 63).

Más aún, el acceso de españoles y portugueses a ese tesoro no se vio tan obstaculizado por la expansión de los musulmanes y el avance de los otomanos y su captura de Constantinopla en 1453 como a menudo se aduce. Probablemente más importante que esto era la competencia entre venecianos y genoveses por hacerse con las rutas comerciales del Mediterráneo oriental, los intereses de los genoveses en la Península Ibérica y sus intentos de burlar las enérgicas restricciones al comercio impuestas por Venecia en Egipto. Eso es lo que significa, según señala Lynda Shaffer (1989), la afirmación a menudo mencionada del portugués Tome Pires para quien «quien sea señor de Malaca tiene la mano puesta en el cuello de Venecia». Conviene recordar que Colón era genovés, y que ofreció primero sus servicios a Portugal con vistas a abrir una nueva ruta en dirección a Oriente, y que sólo más tarde buscó el patronazgo de los reyes castellanos.

Más aún, cualesquiera que fueran los incentivos inmediatos de los viajes de Colón, Vasco de Gama y más tarde Magallanes y otros, todos ellos contaban con una tradición de intentos larga y ampliamente compartida por toda Europa. Según insiste K. M. Panikkar (1959, pp. 21-22) «la importancia plena de la llegada de Vasco de Gama a Calcuta sólo se aprecia si tenemos en consideración que fue la culminación de un sueño de doscientos años y de setenta y cinco de esfuerzos continuados. El sueño era compartido por todos los pueblos mercantiles del Mediterráneo, a excepción de los venecianos; y el esfuerzo fue sobre todo obra de Portugal». Sin embargo, C. R. Boxer (1990, p. ix) cita un documento oficial portugués que data de 1534 en el que se observa que «mucha gente (...) dice que fue la India la que descubrió Portugal». Tendremos ocasión más adelante en otros capítulos de reflexionar sobre esta empresa europea en relación con Asia. Aquí pasaremos a dar cuenta de algunos de sus resultados.

El «intercambio colombino» y sus consecuencias

Hay tres consecuencias principales de los viajes de 1492 y 1498 y de las subsiguientes relaciones migratorias y comerciales que merecen más atención que la breve referencia que se les puede hacer en estas páginas. Las dos

primeras son «el intercambio colombino» de gérmenes y genes, y el «imperialismo ecológico», en palabras de Alfred Cosby (1972 y 1986). Los gérmenes que trajeron consigo los europeos fueron con diferencia las armas más poderosas de la conquista. Resultaron especialmente devastadores en el Nuevo Mundo, cuya población carecía de capacidad de respuesta inmunológica a los gérmenes de enfermedades traídos por los europeos. La devastación que esto ocasionó es descrita entre otros por Crosby (1972 y 1986) así como por William McNeill en su *Plagues and People* [Plagas y pueblos] (1977). En el Caribe, prácticamente la totalidad de la población indígena tribal desapareció en menos de cincuenta años. En el continente, los gérmenes de enfermedades se extendieron con mayor rapidez y de un modo mucho más devastador que las fuerzas militares conquistadoras lideradas por Hernán Cortés y Francisco Pizarro, que fueron testigos de cómo la viruela que llevaron a sus costas se les adelantaba penetrando en el interior. Las nuevas plantas y animales que portaban con ellos también causaron males pero de un modo más lento.

En el Nuevo Mundo americano las consecuencias de esto fueron dramáticas. Las poblaciones de las civilizaciones azteca y maya en Mesoamérica quedaron reducidas de alrededor de 25 millones a 1,5 millones a la altura de 1650. La civilización incaica en los Andes sufrió una mortandad semejante, declinando su población de tal vez unos 9 millones a 600.000 (Crosby, 1994, p. 22). También en Norteamérica, los gérmenes traídos con la llegada de los primeros europeos, probablemente en 1616-1617, literalmente limpiaron el territorio de muchos de sus habitantes indígenas incluso antes del asentamiento del grueso de los colonos. Una estimación del impacto global sobre los actuales Estados Unidos habla de un descenso en la población indígena de 5 millones a 60.000 antes de que comenzase la recuperación demográfica. Algunas estimaciones sugieren la posibilidad de un descenso conjunto en la población del Nuevo Mundo de 100 millones de habitantes a 5 millones (Livi-Bacci, 1992, p. 51).

Incluso en el Asia interior de los pueblos nómadas, el avance de los rusos a lo largo de Siberia se benefició de los gérmenes que portaban los soldados y colonos tanto como de sus otras armas. Según observa Crosby (1994, p. 11), «la ventaja en la guerra bacteriológica era (y es) característicamente un atributo en manos de pueblos que proceden de áreas de mayor densidad de ocupación que se mueven hacia zonas de asentamiento menos pobladas». Por otro lado, la transferencia de gérmenes dentro de Afro-Eurasia nunca ocasionó pérdidas de población a una escala ni remotamente comparable al descenso demográfico que tuvo lugar en América a partir de los nuevos contactos transatlánticos. La razón de esto está por supuesto en la muy superior inmunidad de los pueblos de Afro-Eurasia para entonces ya heredada de muchas generaciones de contactos mutuos en forma de invasiones y migraciones anteriores así como en forma de comercio ya entonces de larga tradición. De un modo similar, el impacto relativamente mayor de la Peste Negra sobre Europa habría sido también reflejo del aislamiento y la posición marginal de Europa dentro de Eurasia.

El intercambio genético producido por la llegada de Colón no sólo afectó a los seres humanos sino también a animales y vegetales. Los europeos del Viejo Mundo no sólo llegaron en persona sino que llevaron consigo al Nuevo Mundo nuevas especies animales y vegetales. Los animales de mayor relevancia, pero no los únicos, fueron caballos (que habían existido antes en ese continente, pero habían desaparecido), ganado vacuno, lanar, aves de corral y abejas. Entre los vegetales, los europeos introdujeron el trigo, la cebada, el arroz, el nabo, la col y la lechuga. También llevaron consigo el plátano, el café y, por razones prácticas cuando no genéticas, el azúcar que con el tiempo vendría a dominar tantas de sus economías.

A través de este intercambio colombino, el Nuevo Mundo aportó a su vez también al Viejo Mundo por medio de especies animales como el pavo así como vegetales, algunos de los cuales expandirían los cultivos comerciales de modo significativo y alterarían la subsistencia y la supervivencia en muchas partes de Europa, África y Asia. La batata, la calabaza, el frijol y en especial la patata y el maíz incrementaron de forma drástica las áreas de cultivo y las posibilidades de subsistencia de los europeos y los chinos, pues se trataba de vegetales que podían soportar climas mucho más inhóspitos que otros cultivos. El impacto absoluto y posiblemente también el relativo fue mayor en el caso de los nuevos cultivos en China por estar más poblada, de manera que allí las cosechas de productos procedentes del Nuevo Mundo contribuyeron a duplicar la superficie de tierra cultivable y a triplicar la población (Shaffer, 1989, p. 13). El cultivo de batata aparece ya registrado en documentos chinos en la década de 1560, y el maíz se convirtió en una cosecha de orientación comercial a lo largo del siglo XVII (Ho Ping-ti, 1959, pp. 186 y ss.). La patata, el tabaco y otros cultivos procedentes del Nuevo Mundo se volvieron también importantes. De hecho, según se subraya más adelante, el aumento de población resultante fue muy superior en China y por toda Asia que en Europa. Hoy día el 37 por ciento de la comida que comen los chinos es de origen americano (Crosby, 1996, p. 5). Después de Estados Unidos, China es hoy el segundo productor mundial de maíz, y un 94 por ciento de las cosechas de tubérculos que se cultivan actualmente en el mundo son de origen americano (Crosby, 1994, p. 20). En África, las posibilidades de subsistencia aumentaron especialmente gracias a la mandioca y el maíz, junto con el girasol, distintas variedades de frutos secos y el ubicuo tomate y el chile. Más tarde África se convirtió también en un gran importador de cacao, vainilla, cacahuete y piña, todos ellos originarios del Nuevo Mundo.

Por supuesto, la tercera consecuencia principal del intercambio colombino fue la aportación que hizo el Nuevo Mundo de oro y plata a los depósitos y al flujo de dinero en el Viejo Mundo, que sin duda dio también un nuevo empuje a la actividad económica y el comercio de la economía del Viejo Mundo desde el siglo XVI en adelante. Estos flujos serán examinados en detalle en el capítulo 3, pero algunos de sus efectos sobre los flujos y equilibrios de comercio son tratados en este capítulo.

Algunos rasgos no reconocidos de la economía mundial

Hay una serie de rasgos de la red de comercio interregional a escala mundial que merecen un comentario especial preliminar (aunque no es posible darles en este resumen tanta atención como probablemente requieren en realidad). Se trata del carácter regional, las diásporas comerciales, la documentación y la ecología.

La identificación de «regiones» que aparece más abajo –«América», «Europa» y «China»– es en parte una convención heurística arbitraria y en parte un reflejo de la realidad, tal y como subrayan Lewis y Rigen (1997) en su obra titulada *The Myth of Continents* [El mito de los continentes]. Ha habido y existen hoy regiones en el mundo dentro de cuyas «fronteras» la división del trabajo y la densidad de relaciones comerciales es mayor que entre ellas. Esa mayor densidad de relaciones comerciales «internas» respecto de las «externas» puede ser debida a factores geográficos (montañas, desiertos o mares que separan y por tanto también delimitan), políticos (el alcance y los costes de los imperios y de su competencia mutua), culturales (la afinidad étnica y/o religiosa y lingüística), y otros factores o a una combinación de varios de ellos. La delimitación territorial del agrupamiento humano depende de la causa que lo crea y lo modifica a lo largo del tiempo, en ocasiones de un modo súbito. La «unidad» o el «grupo» regional puede ser una familia individual, nuclear o extensa, una aldea o una ciudad, una «región» local, una «sociedad», un «país», una región de ámbito «regional» (el Mediterráneo), o una región de dimensión «mundial» (América, Extremo Oriente, el sureste asiático o el Pacífico Sur). La referencia misma a estos ejemplos ilustra lo mal definidos (de hecho lo difícil de definir) que están y lo fluidas que son estas «unidades regionales», así como lo arbitraria que resulta su identificación. Este mismo ejercicio sirve también para subrayar que los lazos *intra*-regionales, independientemente de su densidad, no son un obstáculo para el desarrollo de lazos *inter*-regionales. De hecho, lo intra o interregional es en sí mismo una función de cómo identificamos para empezar la región o las regiones. Si el mundo es una «región», entonces todo son intra-relaciones. De forma parecida, la afirmación de que hay o ha habido una economía y sistema *mundial* no pone en cuestionamiento que está o estuvo compuesta de economías o sistemas *regionales*. Todo depende sin embargo de dónde, qué y cuándo existieron tales regiones.

De manera que si América, o Europa o el sudeste asiático o China fueron o no «regiones» en el período entre 1400 y 1800 depende de nuestras definiciones. El comercio intraamericano, por no hablar de la afinidad y los contactos culturales o las relaciones políticas fueron sin duda menores entre la mayoría de las «subregiones» del hemisferio occidental que las que se dieron entre cada una de ellas y una u otra parte de Europa. Algunas partes de Europa tenían también menos relaciones entre sí que las que tenían con los pueblos y áreas de América y Asia. Por otro lado, tal vez la mayoría de las principales regiones (¿o subregiones?) del subcontinente indio o en el interior de China probablemente contaban con un comercio interregional intra-indio o intra-chino más denso (también con el exterior de las fronteras de los imperios mogol y Ching) que el que tenían establecido con otras partes del mundo. (Más adelante realizo algunas observaciones sobre el comercio intra e interregional de la India en texto y en los mapas que aporto.) Sin embargo, partes del sudeste asiático, especialmente Manila y Malaca, así como Adén y Ormuz en el Asia occidental eran emporios cuyas relaciones comerciales con muchas otras partes del mundo eran durante los siglos XVI y XVII más intensas que las que tenían establecidas con sus propios hinterlands «regionales», con los que tenían unas relaciones esencialmente inexistentes.

Otro rasgo del comercio interregional en la economía mundial digno de destacar relacionado con lo anterior eran los comerciantes exiliados y las diásporas comerciales. Éstas habían ya desempeñado un papel importante en el desarrollo del comercio en la Edad del Bronce y sin duda lo hicieron también en la Edad Moderna. Siguen aún haciéndolo hoy día, tal y como atestiguan los chinos «de ultramar» que hoy día invierten en su país de origen y las «colonias» de japoneses y norteamericanos expatriados que cuentan con sus propios periódicos «locales» como el *International Herald Tribune*, un periódico norteamericano originariamente publicado en Paris y que ahora se edita en una decena de ciudades repartidas por todo el mundo.

En el período que se analiza en este libro, Malaca estaba poblada casi en exclusividad por comerciantes expatriados, hasta el punto que Pires contó hasta ochenta y cinco lenguas diferentes al describir sus actividades. Los mercaderes llamados maharatshi de Cambay y Surat eran probablemente los más numerosos en Malaca, pero muchos de ellos residían también –y muchos más aún pasaban temporadas– en decenas de otras ciudades portuarias del sudeste asiático, el Asia meridional y el Asia occidental. Manila contaba con alrededor de 30.000 residentes de origen chino en el siglo XVII que lubricaban los engranajes del comercio de plata y porcelana entre el Pacífico y China. Los armenios, procedentes de un territorio encerrado en el área occidental del Asia central, establecieron también una cerrada base de su diáspora comercial en la ciudad de Isfahan, en el imperio safávida, que les sirvió para comerciar por toda Asia, llegando incluso a publicar en Amsterdam un manual de cómo lograr hacer esto. Los comerciantes árabes y judíos siguieron ejerciendo sus oficios de mercaderes por todo el mundo tal y como lo habían venido haciendo desde al menos un milenio atrás y tal y como lo siguen haciendo hoy día. Los habitantes de Nueva Inglaterra no iban sólo en busca de Moby Dick y otras ballenas a través de los mares y océanos, sino que también se dedicaban al comercio de esclavos entre África y el Caribe, y de forma regular se dedicaban a la piratería frente a las costas de Madagascar. Miles si no millones de chinos –por no hablar de los musulmanes expatriados dedicados al comercio, que «indianizaron» el sudeste asiático– emigraron a

otros continentes. El Asia central siguió también siendo un cruce de caminos para los mercaderes itinerantes y los pueblos nómadas, tal y como había venido siendo desde tiempo inmemorial.

Resulta irónico que la mayor parte de la documentación que se conserva sobre el comercio asiático proceda de compañías comerciales privadas de origen europeo, que obviamente sólo registraban lo que era de interés comercial o de otro tipo para sus miembros, en especial en relación con estas diásporas de comerciantes. Por consiguiente buena parte de la evidencia sobre la producción y el comercio de Asia nos ha llegado a través de filtros europeos. Esto es así especialmente en el caso de las economías interiores y el comercio transcontinental de caravanas, pues los europeos apenas pusieron la vista sobre ellas. Sin embargo, hay razones para creer que eran realmente tan importantes como el comercio marítimo que se desarrolló a lo largo de todo este período hasta 1800, y complementarias de él.

Todo este «desarrollo» tuvo asimismo otros impactos profundos, que los estudios recientes llaman imperialismo ecológico o verde. Una importante consecuencia de él ha sido la extensa deforestación producida al abrir paso a nuevas tierras de cultivo y con el fin de surtir de madera la industria naval y de la construcción y de un modo aún más despilfarrador con el fin de obtener carbón vegetal para la producción de hierro fundido y el refinado de metales o para lograr combustible (Chef, 1997, y en prensa). Por otro lado, es de suponer que el cultivo de patatas y maíz aligeró la presión sobre las tierras más aptas para otros cultivos. Y el azúcar del Nuevo Mundo aportó calorías a una Europa que no podía autoabastecerse suficientemente de ellas. Más tarde, las importaciones de trigo y carne procedentes del Nuevo Mundo obviamente alimentaron a millones de europeos y les permitieron dar un uso alternativo a sus tierras en situación de escasez, al igual que lo hizo la importación de algodón, reemplazando así la lana de las ovejas que se habían alimentado en terrenos cercados. Volveré sobre el tema del imperialismo ecológico más tarde en algunas de las descripciones de procesos regionales, y de nuevo en el capítulo 6.

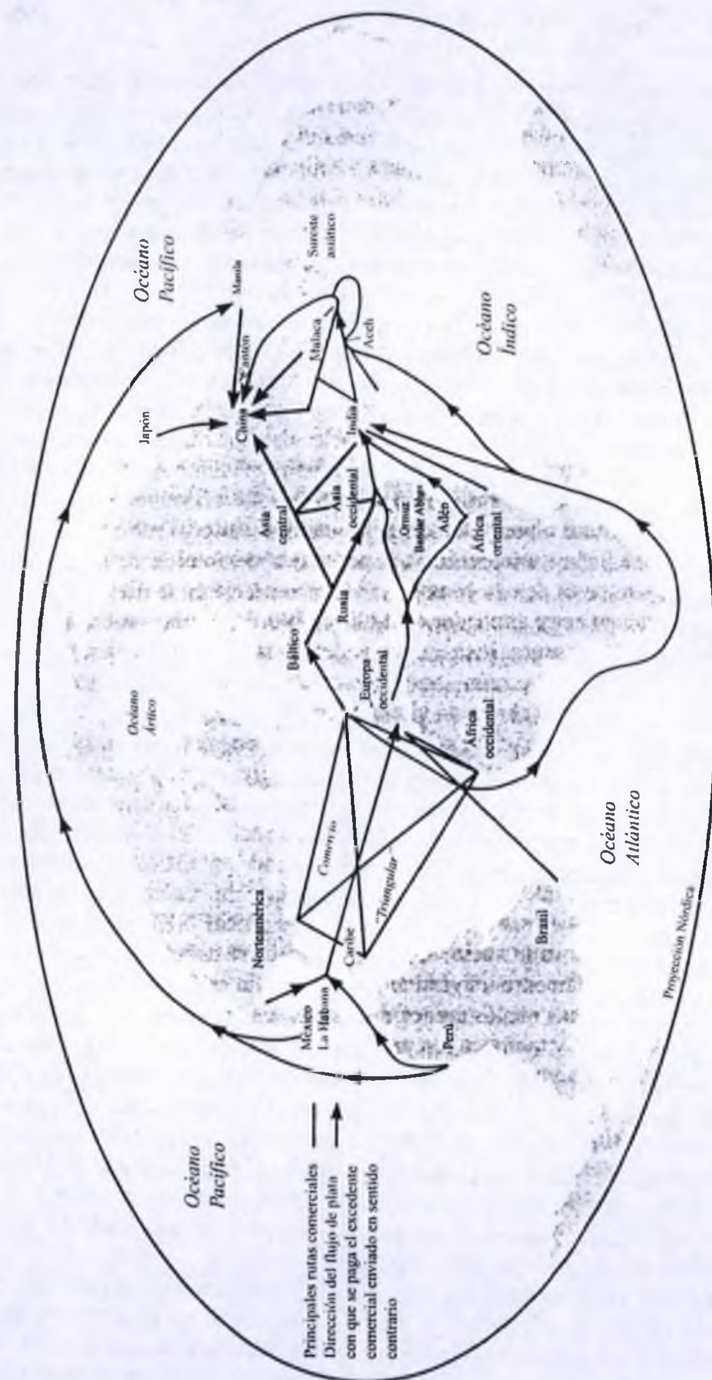
DIVISIÓN MUNDIAL DEL TRABAJO Y BALANZAS COMERCIALES

Sin duda tuvieron lugar algunos cambios abruptos y más delante de duración secular en las relaciones interregionales, en particular debido a la incorporación de América por parte de los europeos y a la consiguiente participación en aumento de Europa en el comercio afro-euroasiático. Tuvieron lugar también cambios cíclicos –importantes en otros contextos–, algunos de los cuales han sido analizados por Frank (1978 a, 1994 y 1995) y vuelven a serlo más adelante en el capítulo 5. Más aún, se produjo el auge a una posición dominante por parte de Europa desde fines del siglo XVIII, que se analiza en el capítulo 6. En general, sin embargo, la pauta de comercio mundial y de división del trabajo siguió siendo llamativamente estable y dio lugar a un desarrollo sustancialmente continuo, aunque cíclico a lo largo de siglos, cuando no de milenios (según se analiza para el período anterior a 1400 en Gills y Frank, 1992 y también en Frank y Gills, 1993). Hubo ciertamente suficiente continuidad en el período 1400-1800 como para hacer reconocible la pauta que se esboza a continuación.

Un mapa de la economía global

Un dibujo y un resumen esquemático e incompleto de la división del trabajo a escala global, de la red del comercio mundial con sus equilibrios y desequilibrios, y de cómo ambas fueron establecidas por flujos de dinero que iban en direcciones opuestas se muestran en los mapas que siguen y en los comentarios que los acompañan. Parece que lo más eficiente es emplear mapas para identificar algunas dentro de la enorme variedad de mercancías –entre las que se incluyen mercancías al por mayor como el arroz– que eran intercambiadas a través de una compleja red de comercio en la división internacional del trabajo entre alrededor de 1400 y 1800. La síntesis sobre la economía mundial más esquemática y menos detallada se muestra en el mapa 2.1. He escogido una proyección «nórdica o polar» del globo que permite una presentación sumaria del comercio circumglobal, incorporando en particular los envíos de plata a través del Pacífico en los galeones de Manila. El lector debería ser consciente, sin embargo, de que con el fin de simplificar y clarificar esta presentación, todas las rutas comerciales de este mapa regional y el siguiente son completamente esquemáticas. No aspiran a ser detalladas aunque se ha hecho un esfuerzo para reflejar las realidades globales y regionales hasta donde la representación esquemática lo permite. Más aún, en contraposición con el título y la tesis de este libro, el mapa global 2.1, al igual que el mapa 3.1, no está orientado hacia Asia como yo hubiera deseado. La razón de esto es que mi departamento universitario de geografía en Canadá no contaba con un elenco de mapas menos eurocéntricos con los que efectuar diseños de mapas por ordenador, y tampoco sus programas de cartografía son suficientemente flexibles como para satisfacer mi deseo de girar el mapa elegido un poco alrededor de su eje polar con el fin de *reorientarlo*. De manera que nos topamos una vez más con otro ejemplo de lo difícil y al mismo tiempo lo necesario que se vuelve efectuar dicha reorientación. Hay otros problemas en los mapas regionales relacionados con éste que tienen que ver con la representación de la masa continental y la distancia; por ejemplo, la India aparece más pequeña y las regiones situadas al norte y al sur de ella aparecen con un tamaño mayor que el que tienen en realidad.

Los mapas regionales y sus respectivas leyendas presentan en mayor detalle las principales rutas regionales e interregionales. El mapa 2.2 representa la región atlántica, que incluye América, África y Europa, con sus famo-



Mapa 2.1. Principales rutas de comercio globales, 1400-1800

sos comercios «triangulares» junto con las remesas de plata procedentes de América en dirección a Europa. El mapa 2.3 se solapa con el anterior y presenta las principales rutas comerciales entre Europa y el Asia occidental, meridional y central, tanto alrededor del Cabo de Buena Esperanza en Sudáfrica y a través del Mar Báltico y el Mar Rojo y del Golfo Pérsico. El mapa 2.4 presenta en mayor detalle estas principales rutas comerciales a través del Océano Índico (y el Mar de Arabia), cuyo comercio marítimo conectaba el África oriental y el Asia occidental con el Asia meridional y del sureste. Sin embargo, el mismo mapa muestra también algunas de las importantes rutas de caravanas terrestres a través de partes del Asia occidental y central y entre estas zonas y el Asia meridional, las cuales, según insiste el texto más adelante, eran más complementarias de las rutas marítimas y menos alternativas en competencia con ellas. La parte occidental del mapa 2.5 se solapa también con el anterior pero muestra las rutas principales del Golfo de Bengala y el Mar de China, entre la India, el sudeste asiático, Japón y China así como sus conexiones con el comercio transpacífico en Manila. Sin embargo, su intención es también subrayar la importancia del comercio marítimo y terrestre entre distintas regiones de la India como el Punjab, Gujarat, Malabar, Coromandel y Bengala así como el comercio terrestre a menudo negado entre China y Birmania, Siam y Vietnam en el sudeste asiático continental así como con la India.

Estos cuatro mapas regionales han sido hechos también para ilustrar los cuatro principales desequilibrios interregionales en materia de comercio y de qué manera eran cubiertos por remesas de moneda de plata y oro. Por consiguiente, estos mapas representan rutas de comercio de mercancías por medio de líneas continuas, que aparecen numeradas del 1 al 13 y vienen acompañadas de sus correspondientes leyendas numeradas que ordenan las principales mercancías que se intercambiaban a lo largo de estas rutas principales. Los déficits crónicos de comercio que resultaban de la exportación insuficiente de mercancías con la que cubrir las importaciones de otras mercancías tenían que ser pagados y equilibrados por medio de exportaciones correspondientes de oro y sobre todo plata en moneda. Este capítulo y el siguiente (que trata sobre el dinero) subrayan el predominio del flujo en dirección al este de la plata –y del beneficio obtenido de la exportación de moneda misma– dirigido a equilibrar los déficits comerciales que mantenían la mayoría de las regiones occidentales con las que se hallaban situadas más al este. El mapa de vista global 2.1 representa este flujo que era sobre todo de plata por medio de flechas que apuntan hacia el este, a excepción de las que apuntan al oeste y van de América y Japón a China, que están situadas sobre las líneas mismas de intercambio de mercancías.

Los mapas regionales se apoyan en una convención diferente: los flujos de plata y sus direcciones respectivas están representados por medio de líneas de guiones, y los flujos de oro por líneas de puntos paralelas a las líneas continuas y numeradas que representan mercancías. Por consiguiente, una línea

apuntando hacia el este situada sobre una línea hecha de guiones que representa exportaciones de plata también indica un excedente predominantemente de exportaciones de mercancías en sentido contrario del este hacia el oeste a lo largo de líneas paralelas continuas que representan una ruta de comercio de mercancías. En particular, prácticamente todas las importaciones europeas desde el este eran pagadas por exportaciones europeas de plata (americana). Esto aparece representado en los mapas por las líneas de guiones con puntas dirigidas hacia el este que aparecen entre Europa occidental y el Báltico así como el Asia occidental, y de estas regiones hacia delante de forma sucesiva hacia el sur, sudeste y eventualmente el Asia oriental, es decir, principalmente China. Este era el «desagüe» de alrededor de la mitad de la plata mundial, como se verá en el capítulo 3, el cual ofrece un mapa independiente sobre la producción y los principales flujos de plata a escala mundial.

El comercio multilateral mundial alrededor del globo se discute también región a región en este capítulo, empezando por América y siguiendo en dirección este a lo largo de todo el mundo. Conforme se vaya recorriendo cada una de las regiones importantes del mundo, subrayaré algunas de sus especificidades y cómo éstas intervenían y ayudaban a generar sus relaciones con otras regiones, particularmente las que se situaban a su lado al oeste y este.

La exportación neta de lingotes y moneda de plata y/u oro es evidencia de una balanza comercial negativa o deficitaria, a excepción tal vez de algunos casos en los que la región exportadora es también productora y exportadora comercial de metales preciosos (por ejemplo, la plata americana y japonesa y el oro del sureste asiático). Los registros de remesas y envíos de lingotes y/o monedas ofrecen por consiguiente la evidencia más disponible sobre la existencia de déficit y superávit en el comercio interregional, y de su proceso de equilibrio. Desgraciadamente sabemos menos sobre el uso indudablemente también muy extendido de papel moneda y letras de cambio y otros instrumentos de crédito.

Europa, América e incluso África recibirán una atención relativamente breve en esta revisión por las siguientes e importantes razones: primero, según hemos observado anteriormente, porque su peso económico, su participación e importancia en la economía mundial (a excepción del singular papel del dinero americano distribuido por los europeos) era muy inferior al de muchas otras regiones del mundo, en particular el Extremo Oriente y el Asia meridional, pero incluso también tal vez al del sureste asiático y el Asia occidental. Segundo, porque la literatura histórica, económica y social ha dedicado ya una ingente cantidad de tinta y atención a Europa y América, así como a la relación de África con ellas dos, en un grado completamente desproporcionado a su relativamente pequeña importancia en la economía mundial antes de 1800. Más aún, se ha escrito demasiada literatura (entre la que se incluye Frank, 1978 a y b) desde una perspectiva excesivamente eurocéntrica, y este libro pretende ayudar a corregirla y resituarla. Por consiguiente, parece de sobra correcto y apropiado centrarse en esas otras regiones y relaciones que han recibido menos atención de forma desproporcionada a su verdadero

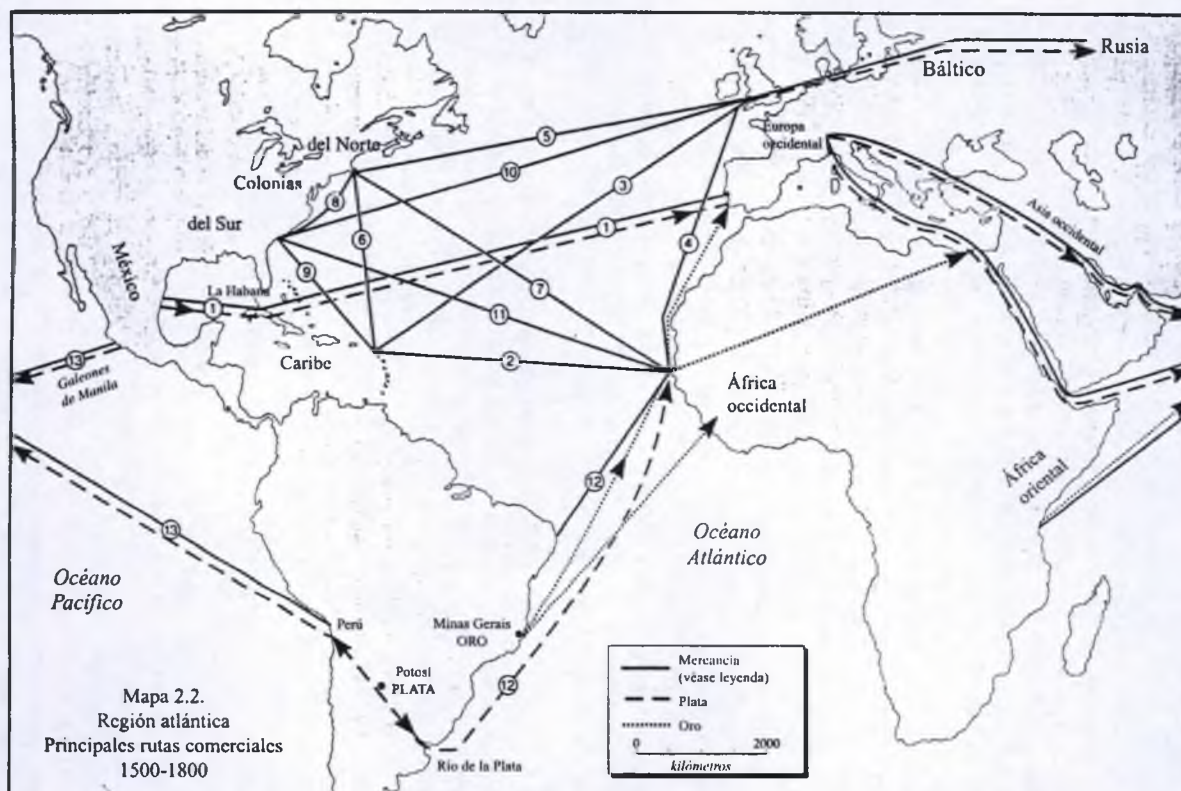
peso e importancia. Esto no significa, por supuesto, que este modesto esfuerzo que sigue pueda aspirar a resolver los desequilibrios acumulados al respecto. La tercera razón por la que se da corto espacio a Europa, América y África es que el objetivo de este apartado no es tanto enmendar esos desequilibrios analizando diferentes «regiones»; su identificación es en cualquier caso arbitraria, según se ha subrayado ya más arriba. El principal objetivo es mostrar la naturaleza, el tipo y los cambios ocurridos en las *relaciones* entre estas regiones.

Por tanto, el objetivo real y la cuarta razón de las decisiones tomadas en relación con las revisiones que vienen a continuación es contribuir a generar una base sobre la cual analizar la estructura y la dinámica de la economía y el sistema mundial *en su conjunto*. Como no me cansaré de repetir, es el todo (que es más que la suma de las partes) lo que más que ninguna otra cosa determina la naturaleza «interna» de sus partes y sus relaciones «externas» entre ellas. De forma que damos comienzo a nuestra vuelta-al-mundo-en-ochenta-páginas de historia moviéndonos de forma predominante hacia el este alrededor del mundo, empezando en América pero manteniendo siempre en mente esta perspectiva holística.

América

Hemos examinado ya las razones del «descubrimiento» e incorporación de América en la economía mundial y el impacto que esto tuvo sobre sus pueblos nativos, empezando por el descenso de su población de alrededor de 100 millones a apenas 5 millones. Para el resto del mundo, los primeros impactos derivados de esto consistieron en la aportación de nuevas plantas procedentes de América, la exportación de cultivos de plantación y por supuesto la producción y exportación primero de oro y después de enormes cantidades de plata. Las exportaciones de oro dieron comienzo tras el «descubrimiento» de 1492 y las exportaciones a gran escala de plata desde mediados del siglo XVI. En qué medida esta producción y exportación de plata americana declinó o disminuyó o de hecho incluso aumentó durante el siglo XVII es algo que ha estado sometido a mucha discusión. En cualquier caso, la producción y el comercio parecen haber seguido aumentando durante la «crisis del siglo XVII» bien a pesar (¿o tal vez debido a?) del menor estímulo del dinero americano suministrado por Europa o por el mejor uso que se hizo de su oferta. A lo largo del siglo XVIII la producción y exportación de lingotes volvió a incrementarse (o siguió aumentando aún más), y lo mismo hizo la producción y el comercio de otros bienes por todo el mundo.

A lo largo de estos mismos siglos y en especial durante el siglo XVIII, el conocido comercio «triangular» a través del Atlántico se desarrolló hasta convertirse en un importante añadido del comercio afro-euroasiático y de la división del trabajo a escala mundial (véase mapa 2.2). De hecho, había acti-



Mapa 2.2.
Región atlántica
Principales rutas comerciales
1500-1800

MAPA 2.2 REGIÓN ATLÁNTICA
[los corchetes indican reexportaciones o reenvíos a otras partes]

Principales exportaciones e importaciones

RUTAS

Hacia el oeste	Hacia el este
1. MÉXICO – LA HABANA – EUROPA	
Manufacturas	PLATA
2. ÁFRICA OCCIDENTAL – CARIBE	
Esclavos	ron
3. CARIBE – EUROPA OCCIDENTAL	
Manufacturas	azúcar, melaza [PLATA]
4. ÁFRICA OCCIDENTAL – EUROPA	
(norte)	(sur)
Armas [textiles]	[cauri]
5. COLONIAS DEL NORTE - GRAN BRETAÑA	
Manufacturas	materias primas [dinero]
6. COLONIAS DEL NORTE – CARIBE	
(norte)	(sur)
Melaza [PLATA]	manufacturas, velámenes, transportes/servicios

RUTAS

Hacia el oeste	Hacia el este
7. COLONIAS DEL NORTE - ÁFRICA OCCIDENTAL	
Transporte/servicios	—
Ron	
8. COLONIAS DEL NORTE – COLONIAS DEL SUR	
(norte)	(sur)
Alimentos, tabaco	manufacturas, servicios
9. COLONIAS DEL SUR - CARIBE	
Melaza	esclavos
10. COLONIAS DEL SUR - EUROPA	
Manufacturas	ron, tabaco
11. COLONIAS DEL SUR - ÁFRICA OCCIDENTAL	
[pagados/comprados a través de las Colonias del Norte]	esclavos
12. AMÉRICA DEL SUR - ÁFRICA OCCIDENTAL	
Esclavos	ORO, PLATA
13. MÉXICO Y PERÚ – MANILA (en galeón hacia CHINA)	
PLATA	

vos varios triángulos transatlánticos interrelacionados. El más importante de ellos coordinaba las exportaciones de manufacturas europeas, y en especial las británicas, entre las que se incluían muchas reexportaciones de textiles y otros bienes de la India y China en dirección a América y África; las exportaciones de esclavos africanos en dirección al Caribe y las plantaciones de esclavos del norte y el sur americano; y en primer término las exportaciones de azúcar caribeño y en segundo término las exportaciones norteamericanas de tabaco, pieles y otras mercancías en dirección a Europa. En el siglo XVII y aún más en el XVIII, América del norte, el Caribe y África se convirtieron también en importantes mercados de exportación (que no existían aún en Asia) de manufacturas europeas, entre las que destacan las armas en dirección a África con el fin de redondear el suministro comercial de esclavos. Había también una enorme reexportación de bienes asiáticos, especialmente de textiles de la India hacia África y el Caribe, pero también hacia las colonias españolas en América Latina.

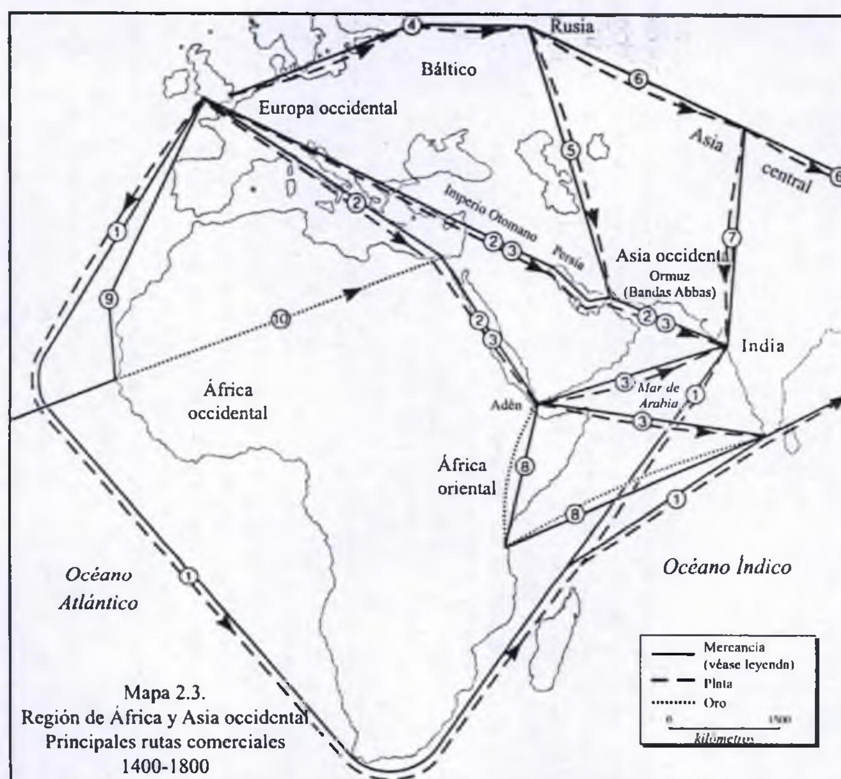
Sin embargo, había asimismo otros triángulos relacionados con éste, que incluían en particular las colonias norteamericanas como importadoras de azúcar y melaza desde el Caribe a cambio de exportaciones de grano, madera y pertrechos navales y de la exportación en dirección a Europa de ron producido con la melaza importada del Caribe. El comercio secundario más importante dentro de estos comercios triangulares era, sin embargo, el comercio mismo, dentro del cual destacaba el transporte, los servicios financieros y el comercio de esclavos. Las ganancias de este comercio servían en especial a los colonos norteamericanos para cubrir el permanente déficit de balanza comercial con Europa y para que éstos acumulasen capital propio. La literatura sobre este comercio transatlántico es enorme (mi propio análisis sobre este asunto puede verse en Frank, 1978 a) y mucho más abundante que la que existe acerca del mucho mayor y más importante comercio trans-afro-euro-asiático y alrededor de esa macrorregión. Sin embargo, en esta literatura está mucho menos reconocido el hecho de que buena parte de la capacidad de atracción de Norteamérica siguió dependiendo de su propio papel como lugar de paso hacia el este. La incesante búsqueda de un «paso del noroeste» en dirección a China marcó buena parte de la historia de Canadá, que a su vez era considerada una vía de paso y contrapunto a Estados Unidos y a su posición como intermediaria. Todavía en 1873 un periódico conservador canadiense apoyó un contrato de construcción de ferrocarril en dirección al Pacífico señalando que «trae el comercio con la India, China y Japón a Montreal por la ruta más corta y al precio más bajo posible» (Taylor, 1987, p. 476).

África

La población de África era de unos 85 millones de habitantes en 1500 pero seguía siendo de apenas 100 millones doscientos años más tarde en 1750, de los cuales entre 80 y 95 millones respectivamente se hallaban asentados al sur del Sáhara (véanse las tablas 4.1 y 4.2 más adelante en el capítulo 4). Las guerras y el comercio de esclavos influyeron por supuesto en la disminución de la población y en especial de la población masculina (alterando así la ratio a favor de las mujeres, pero reduciendo asimismo el número de mujeres fértiles) de las áreas suministradoras de esclavos. Más aún, la esclavitud no se limitaba a la del comercio atlántico desde el África occidental y del suroeste, sino que incluía también la esclavitud intraafricana y la que se producía dentro del África oriental y desde allí hacia los territorios de Arabia. Sin embargo, las primeras estimaciones que sugerían que se llegaron a exportar hasta 100 millones de esclavos por el comercio han sido revisadas a la baja hace ya mucho tiempo y han quedado reducidas a apenas 10 millones para ser más tarde elevadas hasta alrededor de 12 millones; y el impacto demográfico directo no parece haber sido muy sustancial (Patrick Manning, información particular). Si ésta tuvo o no un impacto informal más relevante es algo difícil de saber, aunque la población y el crecimiento socioeconómico parecen haberse ralentizado en relación con épocas anteriores. Es sin duda digno de mención que la población africana se mantuvo estable mientras la población de Eurasia se expandió velozmente. Esto plantea la cuestión de si África, lejos de quedar incorporada al sistema mundial se mantuvo en realidad más aislada que otras partes del mundo respecto de las fuerzas que estimulaban el crecimiento de la producción y la población a escala mundial (y que por supuesto también vinieron a diezmar la población de América).

En el siglo XV, el comercio intraafricano superaba con creces el comercio africano-europeo transatlántico, aunque éste es mejor conocido (Curtin, 1983, p. 232). Más aún, el comercio transsahariano se desarrolló mucho en los siglos siguientes (Austen, 1990, p. 312). El comercio africano de larga distancia –especialmente de oro– había ido orientándose hacia el norte a través del Sáhara (en especial aunque no sólo a través de la precursora ruta Tombuctú-Fez) en dirección al Mediterráneo (véase mapa 2.3). Este comercio fue suplementado pero nunca reemplazado por el comercio marítimo alrededor de Senegal y más tarde también por el comercio de esclavos a través del Atlántico procedente tanto del noroeste como del sureste de África.

Es decir que la participación de África en el comercio transatlántico no dio el pistoletazo a sus relaciones comerciales y a una más amplia división del trabajo ni tampoco logró reemplazar el comercio transsahariano. Al contrario, en lugar de ello en África (y según haré ver más adelante, también en el Asia occidental, meridional, suroriental y oriental), el nuevo comercio marítimo complementaba e incluso estimulaba el viejo comercio terrestre aún en auge. Tal y como observa acertadamente Karen Moseley (1992, p. 536) «la forma y el contenido del nuevo comercio (...) al menos hasta el siglo XVII era en gran medida una extensión de pautas preexistentes». «Cuando la región fue integrada en los sistemas oceánicos tanto del desierto como



Mapa 2.3.
Región de África y Asia occidental
Principales rutas comerciales
1400-1800

MAPA 2.3 REGIÓN DE ÁFRICA Y ASIA OCCIDENTAL
[los corchetes indican reexportaciones o reenvíos a otras partes]

Principales exportaciones e importaciones

RUTAS

Hacia el oeste	Hacia el este
1. EUROPA – ASIA, POR RUTA MARÍTIMA ALREDEDOR DE ÁFRICA	
Seda, textiles de algodón, pimienta, especias	PLATA
2. EUROPA – ASIA OCCIDENTAL a través del MEDITERRÁNEO	
Seda, textiles de algodón [pimienta, especias, cerámica], café Algunos productos de la ruta 3 (más adelante) se reenviaban también a través de la ruta 2	PLATA, ORO productos de metal, textiles de lana
3. ASIA OCCIDENTAL - INDIA a través del GOLFO PÉRSICO, EL MAR ROJO Y EL MAR DE ARABIA	
Seda, textiles de seda, textiles de algodón, especias, pimienta, arroz, tintes/índigo, marfil, mantas, papel, rollos de goma, salitre, productos de hierro y acero, vajillas, madera y cristal, arroz, legumbres, trigo, aceite, barcos [vendidos a Inglaterra]	minerales, productos de metal; cobre, aluminio, caballos, alfombras, bienes de lujo, perlas, frutos, dátiles, tintes, plantas aromáticas, incienso, sal, pescado, café, vino, armas, coral, agua de rosas, PLATA
4. EUROPA – BÁLTICO - RUSIA	
Cereales, madera, pieles, hierro, lino, cáñamo	textiles de lana, PLATA

RUTAS

Hacia el oeste	Hacia el este
5. RUSIA - ASIA OCCIDENTAL	
(norte) textiles de algodón, alfombras, raso [tintes/índigo]	(sur) pieles, cueros, PLATA
6. RUSIA - ASIA CENTRAL –CHINA	
Seda, té, papel, piedras preciosas/jade, algodón, pieles, espadas, armas, azúcar, tabaco, cereales y alimentos	ropas, drogas, caballos, camellos, ganado, medicinas/ginseng, papel moneda, jade, PLATA
7. ASIA CENTRAL - INDIA	
(norte) textiles de algodón, textiles de seda, trigo, arroz, legumbres, algodón, índigo, tabaco	(sur) caballos, camellos, ganado PLATA
8. ÁFRICA ORIENTAL - ARABIA Y LA INDIA	
arroz, textiles de algodón	esclavos, marfil, ORO
9. ÁFRICA OCCIDENTAL - EUROPA	
(norte) ORO	(sur) armas [cauris, textiles de algodón]
10. ÁFRICA OCCIDENTAL - ASIA OCCIDENTAL	
ORO	

de la industria, el comercio y la industria de Sudán llegaron a su cenit» (Moseley, 1992, p. 538, citando a Austen, 1987, p. 82). De forma que el comercio transsahariano siguió en general aumentando y en particular su transporte de esclavos desde el África occidental aumentó, pasando de 430.000 esclavos en el siglo XV a 550.000 en el XVI, llegando a superar los 700.000 tanto en el siglo XVII como en el XVIII (Moseley, 1992, pp. 543 y 534, citando de nuevo a Austen, 1987). Siempre existió además un cierto comercio este-oeste, que incluía las legendarias enormes cantidades de oro transportadas por «peregrinos» a través o desde el Magreb por tierra a través de Libia y por el Mediterráneo hasta Egipto y Arabia.

En el África occidental, las conchas de cauri se convirtieron en el principal instrumento de intercambio. Eran producidas en las Islas Maldivas, se usaban como moneda en el Asia meridional, y los europeos las llevaban a África para comprar esclavos que después exportaban. La importación de conchas de cauri aumentó exponencialmente –y más tarde descendió de nuevo– de la mano del comercio de esclavos. La demanda de estos objetos procedía de África, de manera que era allí donde se importaban, pues en este continente el dinero en forma de conchas coexistía e incluso desbancaba al polvo de oro y a la moneda de oro y plata hasta el punto que en ocasiones se convirtió en predominante a escala regional. Al igual que el metal y otras materias primas de dinero en otras partes, el cauri sirvió para expandir la actividad económica y la comercialización por las zonas interiores, especialmente entre los productores más pobres. No obstante, las conchas no podían ser de nuevo exportadas, pues los europeos y otros pueblos rechazaban admitirlas como pago de comercio. Este comercio unidireccional de conchas contribuyó por tanto a marginar a los africanos del comercio mundial en su conjunto (Seider, 1995; más análisis sobre el cauri en el capítulo 3 de este libro, al tratar el tema del dinero). Sin embargo, los textiles eran un medio de intercambio importante, y a menudo más importante dentro de África, pero el tejido de alta calidad importado estaba menos sujeto a pago en moneda que el textil africano (Curtin, 1983, p. 232).

El comercio en el África oriental, descrito en tiempos de Roma en la obra *Periplus of the Erytrean Sea* [Viajes por el Mar de Eritrea], se orientaba predominantemente hacia el norte, en dirección al Creciente Fértil, y hacia el este a través del Océano Índico. En el periodo que interesa a este libro, las exportaciones eran en primer término de productos «naturales», especialmente marfil y oro, pero también esclavos; y las importaciones eran textiles de la India y cereales, cerámica de Arabia, porcelana china y conchas de cauri de las Maldivas usadas como moneda. Los puertos del África oriental servían como conductos para el comercio entre el África meridional, especialmente Zimbabue y Mozambique, y el África septentrional y/o los puertos del Océano Índico. El transporte y el comercio se hallaba principalmente en manos de comerciantes árabes e hindúes, aunque también hasta los colonos de Nueva Inglaterra estaban presentes en las costas de África y Madagascar, si bien sólo como corsarios:

> Los americanos alternaban la piratería, el saqueo de barcos árabes o franceses con el intercambio de textiles, sogas, velámenes, armas o municiones a cambio de coral, abalorios y otros productos valorados en otros mercados de esclavos. Pues, junto con Madagascar, los norteamericanos comerciaban con Mozambique, la Bahía de Goa, la costa suahili y –si damos crédito a Defoe– incluso con Mogadiscio. El conjunto de ese comercio incluiría, además de las inevitables remesas de armas y ron, toda una amplia serie de productos, pues no se sabe cuántos productos ni en qué puertos eran comprados y vendidos por los competidores franceses, holandeses e ingleses de la metrópolis (Barendse, 1997, cap. 1).

Europa

Los principales importadores y reexportadores tanto de plata como de lingotes de oro eran los europeos de la fachada atlántica y el Mediterráneo, con los cuales cubrían el permanente e inmenso déficit estructural de su balanza comercial con todas las restantes regiones, salvo con América y África. Por supuesto, los europeos estaban en condiciones de hacerse con lingotes de África y especialmente de América sin tener que ofrecer demasiado a cambio, y buena parte de ello lo suministraban gracias a su posición como intermediarios en la reexportación de bienes procedentes de Asia. Europa occidental tenía un déficit de balanza comercial –y por tanto reexportaba mucha cantidad de plata y algo de oro– con el Báltico y Europa oriental, Asia occidental, la India –directamente y vía Asia occidental–, el sureste asiático –directamente y a través de la India–, así como con China a través de todas esas regiones así como vía Japón.

Una muestra del déficit estructural de la balanza comercial europea es que el oro y la plata no representaron nunca menos de dos tercios del total de las exportaciones (Cipolla, 1976, p. 216). Por ejemplo, en 1615 sólo el 6 por ciento del valor de todos los cargamentos exportados por la Compañía de las Indias Orientales holandesa fue en forma de bienes, y el 94 por ciento restante en lingotes (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 186). De hecho, en los sesenta años entre 1660 y 1720, los metales preciosos supusieron una media del 87 por ciento de las importaciones de la VOC en dirección a Asia (Prakash, 1994, pp. VI-20). Por razones similares, el estado británico, en representación también de las manufacturas y de otros interesados en «fomentar la exportación», forzó a la East India Company inglesa a incluir en sus cláusulas corporativas productos ingleses de exportación por al menos una décima parte del valor de todas sus exportaciones. Con todo, la compañía se enfrentaba constantemente a dificultades a la hora de encontrar mercados incluso para esta modesta cantidad de exportaciones, y la mayor parte de ellos sólo llegaban hasta el Asia occidental. Más tarde, se consiguió colocar una pequeña cantidad de textiles de lana tosca en la India no para usar como ropa sino

como tejidos de uso doméstico y militar, como mantas y monturas. La mayor parte de las exportaciones europeas eran de metales y productos derivados. Ante la incapacidad de cubrir siquiera el 10 por ciento de su cuota de exportaciones, la compañía tuvo que recurrir a facturar de más y de menos con el fin de reducir las exportaciones «totales», y aun así se hallaba bajo constante presión por encontrar financiación para sus importaciones asiáticas incluso en la misma Asia. De manera que terminó introduciéndose en el «comercio doméstico» intraasiático, que estaba mucho más desarrollado y era mucho más rentable que el comercio entre Asia y Europa.

En resumen, Europa mantuvo una posición marginal como agente en la economía mundial, y con un déficit permanente a pesar de su fácil y barato acceso en términos relativos al dinero procedente de América, sin el cual Europa hubiera permanecido casi completamente excluida de participación en la economía mundial. Las recién halladas fuentes de ingresos y riqueza generaron un cierto incremento de su producción propia, lo cual apoyó también un cierto aumento de su población. Eso ayudó a que comenzase a recuperarse del desastroso declive del siglo XIV durante el siglo XV, y durante los siguientes dos siglos y medio la población europea creció a una media de alrededor del 0,3 por ciento anual, hasta doblar su población total desde los 60 millones de 1500 hasta los 130 o 140 millones de 1750. Dentro de la media euroasiática, sin embargo, el crecimiento de la población de Europa fue relativamente lento, pues en Asia en general y en China e India en particular, la población creció de un modo señaladamente más rápido y para alcanzar totales muy superiores (véanse tablas 4.1 y 4.2).

Asia occidental

El Asia occidental (o por decirlo con mayor propiedad, las muy variadas regiones y ciudades diseminadas por todo lo largo de los imperios otomano y safávida y sus regiones contiguas) contaba con una serie de centros productivos y comerciales interconectados. La población del Imperio Otomano aumentó a lo largo del siglo XVI pero se estancó a partir de esta fecha, y desde los estándares eurasiáticos la población de Asia occidental en su totalidad parece haberse mantenido estabilizada alrededor de los 30 millones de habitantes (véase tabla 4.1).

Desde tiempo inmemorial la ubicación geográfica de Asia occidental la convirtió en una suerte de plataforma distribuidora que ponía en relación el Báltico, Rusia y Asia central al norte con Arabia, Egipto y África oriental al sur, y especialmente los centros económicos transatlántico, del África occidental, el Magreb, Europa y el Mediterráneo al oeste y toda el Asia meridional, del sureste y del este. Los centros productivos se hallaban muy diseminados en esta subregión, y el comercio entre ellos, así como entre ellos y el resto del mundo, era tanto marítimo como terrestre. Había también una combinación de comercio terrestre, marítimo y fluvial que tenía en las ciudades del Asia occidental sus nexos de intercambio. Durante siglos la ruta del Golfo Pérsico hacia y desde Asia había beneficiado a Bagdad como lugar de encuentro y transferencia del comercio de caravanas, rutas fluviales y marítimas de todas partes y en dirección a todas partes. De forma alternativa y en permanente competencia con ello, la ruta del Mar Rojo beneficiaba a El Cairo, la región de Suez y por supuesto Moca y Adén en las inmediaciones del Océano Índico. El comercio estaba sobre todo en manos de mercaderes árabes y persas y –al igual que en el resto de Asia– de comerciantes procedentes de la diáspora armenia, radicados sobre todo en Persia.

Los otomanos. La visión que tenían los europeos de que el Imperio Otomano era un mundo cerrado en sí mismo y «prácticamente una fortaleza» (Braudel, 1992, 467) es algo más ideológico que real. Más aún, el «tradicional» menosprecio eurocéntrico que concibe a los otomanos como burócratas militares musulmanes con pies de barro sólo refleja una realidad histórica en la medida en que es expresión de la muy real competencia comercial que suponían los otomanos para los intereses y las ambiciones comerciales europeos. Aunque el mismo Braudel denominó al Imperio Otomano «una encrucijada comercial», poseía un lugar y un papel en la economía mundial mucho más importante que europeos como Braudel estarían dispuestos a reconocer.

Los otomanos ocupaban en efecto un lugar de cruce de caminos económicos entre Europa y Asia y trataban de sacarle el máximo provecho. El comercio de especias y seda entre el este y el oeste se adentraba por tierra y por barco atravesando todo el territorio otomano. Constantinopla se había desarrollado y seguía viviendo de su función como principal punto de conexión entre el norte y el sur y el este y el oeste desde su fundación por los bizantinos un milenio atrás. Eso la convertía en pieza muy deseada para los conquistadores otomanos, que la rebautizaron con el nombre de Estambul. Con una población de entre 600.000 y 750.000 habitantes, era con creces la ciudad más poblada de Europa y del Asia occidental y prácticamente la ciudad más poblada del mundo. En total, el Imperio Otomano estaba más urbanizado que Europa (Inalcik y Quataert, 1994, pp. 493 y 646). Otros centros comerciales principales, que competían entre sí por las rutas de comercio, eran Bursa, Esmirna, Alepo y El Cairo. La fortuna de El Cairo había dependido siempre de la ruta del Mar Rojo como alternativa a la del Golfo Pérsico. A fines del siglo XVIII, la competencia entre el café del Caribe y el de Arabia hundió la prosperidad de El Cairo.

Sin duda los otomanos, al igual que hubiera sucedido a los demás, no querían acabar con la gallina que ponía (o al menos atraía) huevos de oro con el tránsito comercial. Particularmente importante era el comercio de tránsito de dinero aunque «los desarrollos económicos y monetarios a escala mundial tenían a menudo influencia sobre el sistema monetario otomano (...) [que] era en muchas ocasiones vulnerable y se veía afectado por los grandes des-

plazamientos de oro y plata» que pasaban a través de él desde el oeste hacia el este (Pamuk, 1994, p. 4). Más aún, los otomanos estaban conectados no sólo con Europa hacia el oeste sino también directamente con Rusia al norte y Persia al este:

> La interdependencia económica establecida compelía a ambas partes [los otomanos y persas] a mantener estrechas relaciones comerciales incluso en tiempos de guerra (...) No hay que subestimar el impacto de la expansión de los tejidos de seda y de la industria sedera en Europa. Constituyó la base estructural del desarrollo de las economías otomana e iraní. Ambos imperios obtenían una parte importante de sus ingresos públicos y sus reservas de plata del comercio de la seda con Europa. Las industrias de la seda del Imperio Otomano (...) dependían de la seda en bruto importada de Irán (...) Bursa se convirtió en un mercado mundial entre el este y el oeste no sólo de seda en bruto sino de otros productos asiáticos como resultado de una serie de cambios revolucionarios en la red de rutas de comercio internacional ocurridos en el siglo XIV [y siguió siéndolo al menos hasta el siglo XVI] (Inalcik y Quataert, 1994, pp. 188 y 219).

Sin embargo, la corte otomana y otras cortes adláteres contaban también con sus propios recursos –y conexiones comerciales transcontinentales– para importar grandes cantidades de productos de la distante China, de lo cual son testimonio las más de diez mil piezas de porcelana pertenecientes a una sola colección que se conserva hoy día.

La riqueza del Imperio Otomano derivaba también de la sustanciosa producción y comercialización, especialización interregional e internacional, y división del trabajo y comercio a escala local y regional. La economía otomana afectaba a la migración de fuerza de trabajo intersectorial, interregional e incluso internacional entre empresas privadas, públicas y varias empresas semipúblicas, sectores y regiones. La evidencia sobre estas cuestiones procede entre otras fuentes de los estudios de Huri Islamoglu-Inan (1987) y Suraiya Faroqhi (1984, 1986 y 1987) sobre producción de seda, algodón y sus derivados textiles, cuero y sus productos derivados, agricultura en general así como minería e industrial metalúrgicas. Por ejemplo, Faroqhi ofrece el siguiente resumen:

> En primer lugar, la hilatura de tejido de algodón sencillo era en muchas zonas una actividad rural. En segundo lugar, era llevada a cabo en estrecha conexión con el mercado. Las materias primas deben haber sido suministradas en bastantes casos por medio del intercambio comercial, así como aseguradas las conexiones con compradores distantes. Un documento revela de pasada (...) que esto constituía una oportunidad para la inversión productiva (Faroqhi, 1987, p. 270).

Más aún, los otomanos se extendieron tanto hacia el oeste como el este. Esta expansión estuvo motivada y basada no sólo en cuestiones políticas y

militares sino también, de hecho en primer lugar, por razones económicas. Como cualesquier otros, fueran venecianos, franceses, portugueses, persas, árabes o lo que fueran, los otomanos estaban siempre tratando de desviar y controlar las principales rutas de las que vivían y en especial su estado. Por consiguiente, los principales rivales de los otomanos eran las mismas potencias europeas situadas al oeste y sus vecinos persas en el este. Los musulmanes otomanos lucharon y de hecho trataron de desplazar a los cristianos europeos de los Balcanes y del Mediterráneo, donde podían conseguirse importantes joyas económicas, entre las que se incluía obviamente el control de las rutas comerciales a través del Mediterráneo. Sin embargo, los Balcanes eran también una importante fuente de madera y tintes extraídos de la madera, plata y otros metales, y la conquista de Egipto aseguró a los otomanos el suministro de oro procedente de fuentes sudanesas y de otras partes de África.

Un enfoque realista de esta problemática desde una perspectiva mundial más amplia lo ofrece Palmira Brummett (1994). Ella estudia la política naval y militar de los otomanos como pieza inseparable y ariete de sus primordiales intereses comerciales regionales y ambiciones económicas mundiales:

> Los otomanos participaban consciente y activamente en las redes comerciales del Mediterráneo oriental, de las cuales surgió su imperio. Su estado puede ser comparado a los europeos en cuanto a ambiciones, comportamientos económicos y reclamos de soberanía universal. El estado otomano se comportaba como un comerciante, buscaba el beneficio y aspiraba a crear, aumentar y expandir sus objetivos políticos. Estos objetivos incluían la adquisición y explotación de emporios comerciales y centros de producción (...) Los pachás y visires, lejos de desdeñar el comercio, estaban al tanto de las oportunidades comerciales y de la adquisición y la acumulación de riqueza a que esas oportunidades podían llevar (...) Hay evidencias de la participación directa de miembros de la dinastía otomana y de [la clase militar-administrativa de] los *askeri* en el comercio (...) en particular en la exportación de cereal, actividad de largo abolengo (...) También eran de importancia las inversiones otomanas en el comercio de bronce, madera, seda y especias. Es evidente que los otomanos se sentían atraídos por la posibilidad de hacerse con el comercio con oriente más que con la opción de la conquista militar, y que los agentes estatales instaban a los sultanes a conquistar fuentes de riqueza comercial. El desarrollo naval otomano estaba dirigido a adquirir y proteger dicha riqueza (Brummett, 1994, pp. 176 y 179).

Hacia el este, el primer obstáculo para las ambiciones de los otomanos de hacerse con una porción mayor del comercio del Asia meridional eran los comerciantes mamelucos de Egipto y Siria. Sin embargo, muchos mamelucos fueron rápidamente desplazados de sus negocios con ayuda de los portugueses. Los comerciantes árabes siguieron también haciendo negocios en el

Océano Índico bajo la soberanía de los otomanos, y había pocos turcos implicados en el comercio. El siguiente gran obstáculo, especialmente para el comercio realizado por turcos en el este, era el imperio de los safávidas radicados en Persia. Este obstáculo no fue nunca superado a pesar de las guerras entre ambos imperios y pese a la táctica alianza de conveniencia entre los otomanos y los portugueses contra los persas. Sin embargo, los portugueses tenían sus propias ambiciones en el Océano Índico. Competían tanto con los otomanos como con los persas por unas mismas fuentes de comercio. La intervención portuguesa contribuyó bastante a eliminar la posición de monopolio de los venecianos en el comercio de la seda y ayudó a los otomanos a establecer su propia posición monopolística de consideración, al menos en el comercio del Mediterráneo oriental (Attman, 1981, pp. 106-107, y Brummett, 1994, p. 25).

Por cierto que estas cambiantes alianzas tácticas y maniobras diplomáticas, políticas y militares, o incluso la guerra abierta en busca primero y ante todo de ventajas comerciales desmienten el mito de un supuesto frente común y unos intereses compartidos que habrían separado el Occidente cristiano de un lado y el Oriente musulmán de otro. Los musulmanes (mamelucos, otomanos, persas y musulmanes de la India) luchaban entre sí, y forjaron cambiantes alianzas con distintos estados cristianos europeos (por ejemplo con los príncipes portugueses, franceses, venecianos y habsburgo), los cuales también competían y pugnaban entre sí todos ellos en busca del mismo fin: el beneficio. El sha de la Persia musulmana Abbas I envió una y otra vez embajadas a la Europa cristiana para establecer alianzas contra el común enemigo otomano, y más tarde hizo concesiones comerciales a los ingleses en compensación por la ayuda por éstos prestada para expulsar a los portugueses de Ormuz. Antes de eso, sin embargo, los portugueses habían suministrado a los safávidas musulmanes armas procedentes de la India musulmana para sus guerras con los otomanos, también musulmanes.

De manera que sólo cuando era conveniente «el empleo de la retórica religiosa (...) pasaba a ser una estrategia practicada por todos los que pugnaban por el poder en la región eurasiática. Ésta servía para legitimar los reclamos de soberanía, las campañas militares y el apoyo popular, y para desmantelar las demandas concurrentes procedentes de otros estados» (Brummett, 1994, p. 180). Un ejemplo que viene al caso fue la alianza entre los musulmanes otomanos, los reyes de Gujarat en la India y los de Sumatra en Aceh, a quienes los otomanos enviaron una vasta escuadra de barcos para hacer frente común en su rivalidad comercial con los portugueses. Por cierto que también este «negocio» de alianzas en constante cambio y guerras de todos contra todos tiene otra implicación de interés: las supuestas diferencias entre las relaciones internacionales de los estados europeos y las de los de otras partes del mundo demuestran ser algo carente de todo fundamento. Esto destruye otra fábula más de la pretendida «excepcionalidad» europea.

En conclusión, por tanto, y en contra de lo que se cree, hemos de dar la razón a Faroqhi cuando resume que

> El comercio entre el imperio otomano y el subcontinente indio, así como el comercio otomano-iraní y el comercio interregional dentro del imperio mismo (...) [principalmente] se servía de las rutas terrestres por Asia, y el control de éstas por parte del estado otomano era un factor que impedía la penetración económica de Europa en toda esta zona (...) El imperio otomano y la India mogol han sido ambos clasificados como «imperios de pólvora». Pero ambos comparten un rasgo aún más característico: los dos eran imperios tributarios, y como tales no podían existir sin el aporte del comercio interior y exterior (Faroqhi, 1991, pp. 38 y 41).

La Persia safávida. Persia era menos vulnerable, tal vez porque su ubicación le otorgaba una posición comercial más sólida incluso y porque contaba con sus propios recursos de plata, con la cual acuñaba moneda que circulaba también entre los otomanos.

> Las rutas cruzaban la meseta de Irán conectando el este con el oeste: las estepas de Asia Central y las llanuras de la India con los puertos del Mediterráneo; el norte con el sur: desde los ríos de Rusia a las costas del Golfo Pérsico, llevando consigo mercancías de las Indias Orientales, la India y China en dirección a Europa. A lo largo de las rutas se ubicaban las principales ciudades, cuya localización venía determinada tanto por factores geográficos y económicos como políticos. Es destacable que las principales rutas comerciales, aunque fluctuaban en importancia, se mantuvieron casi constantemente en uso a lo largo de todo el periodo (Jackson y Lokhart, 1986, p. 412)

Más aún, el comercio por tierra y por mar de Persia era más complementario que competitivo, como sucedía también en el Sáhara y veremos que también era propio de la India. De hecho, el comercio por medio de caravanas entre la India y Persia floreció a lo largo del siglo XVIII y transportaba tanto volumen de mercancías como la ruta por mar. Los comerciantes también diversificaban los riesgos enviando algunos cargamentos a través de Kandahar y de otros centros del interior y otros a través de Ormuz y Bandar Abbas (Barendse, 1997, I).

En Ormuz, mucho antes de que llegasen allí los portugueses, un observador de mediados del siglo XV constató la llegada de «mercaderes de los siete climas» (Jackson y Lockhart, 1986, p. 422). Venían de Egipto, Siria, Anatolia, Turquestán, Rusia, China, Java, Bengala, Siam, Tenasserim, Socotra, Bijapur, las Maldivas, Malabar, Abisinia, Zanzíbar, Vijayanagara, Gulbarga, Gujarat, Cambay, Arabia, Adén, Jidda, Yemen y por supuesto de toda Persia. Se desplazaban a Ormuz para intercambiar sus mercancías o comprar y vender a cambio de moneda y en cierta medida sirviéndose del crédito. Los comer-

ciantes gozaban de buena posición económica. El comercio de Persia con la India y el este era particularmente boyante a fines del siglo XV. Persia se convirtió en el principal productor y exportador de seda del Asia occidental, con costes que eran inferiores incluso a los de China y posteriormente los de Bengala (Attman, 1981, p. 40). Los principales importadores eran Rusia, la región del Cáucaso, Armenia, Mesopotamia y los otomanos así como los europeos a través de los otomanos. Este comercio generaba a los productores persas importantes ganancias en plata y otras formas de ingresos procedentes de Rusia, Europa y los otomanos, pero también generaba ganancias para los intermediarios persas. El sha Abbas I (1588-1629) y sus sucesores hicieron todo lo que estuvo en sus manos para promover y proteger el comercio, como entrar en guerra con los otomanos, importar y proteger a los artesanos y comerciantes armenios que vivían en los territorios sometidos a presión militar por los otomanos, y recuperar Ormuz de manos de los portugueses. La guerra otomano-safávida de 1615-1618 y de hecho otros conflictos intermitentes entre Persia y los otomanos desarrollados entre 1578 y 1639 se debieron a las luchas por el control de la seda y sus rutas alternativas. Los persas trataban de evitar a los intermediarios otomanos, y éstos a su vez de consolidar su posición en ese negocio. El comercio persa giró a continuación cada vez más hacia el este a través del Océano Índico y, tras la caída de la monarquía safávida en 1723, la seda de Persia fue en buena medida reemplazada por la de Siria.

Primero los portugueses y después de ellos los holandeses comerciaban dentro de Persia y por sus alrededores. La seda y en menor medida la lana de Persia eran los principales productos que tenían demanda en Europa. Eran costeados por medio de especias de Asia, textiles de algodón, porcelana, bienes variados de otro tipo, y metales procedentes de Europa y oro. Los recurrentes y crónicos conflictos entre los europeos y el Shah así como con mercaderes particulares de Persia generaban frecuentes conflictos diplomáticos y en ocasiones enfrentamientos militares. Sin embargo, los europeos en general carecían de poder de negociación sobre comercio y de poder político y militar para imponerse.

> Decir, por ejemplo, que la Compañía de las Indias Orientales holandesa (VOC) convirtió a Persia en subsidiaria de su red de comercio a escala mundial es expresar una creencia que no hubiera sido compartida ni por los holandeses ni por los persas. Es por consiguiente necesario a veces mirar la realidad histórica, y admitir como eran probablemente las cosas (...) [Esto] muestra que los europeos no estaban en condiciones de dar órdenes a Persia, sino más bien al contrario (...) Puede que ante tal situación los europeos tomasen la iniciativa, y de hecho lo hicieron, pero se mostraron incapaces de lograr una mejora estructural de su situación a lo largo de los 140 años en que la VOC estuvo activa en Persia (Floor, 1988, p. I).

Por resumir, el comercio de Asia occidental en conjunto tenía un excedente en su balanza de comercio con Europa, pero un déficit en su balanza comercial con Asia meridional, el sureste asiático y Extremo Oriente (y probablemente también con Asia central, a través de la cual la plata cruzaba predominantemente en dirección al este, mientras el oro lo hacía hacia el oeste). El Asia occidental cubría sus déficits de balanza comercial con oriente a través de la reexportación de lingotes de metal para moneda que obtenía de sus excedentes en la balanza comercial con Europa, el Magreb y a través de él con el África occidental, y a través del oro procedente del África oriental, así como un poco por medio de su propia producción de oro y plata, especialmente en Anatolia y Persia. Un observador escribió en 1621:

> Los persas, moros e indios que comercian en Alepo, Moca y Alejandría con los turcos sedas en bruto, drogas, especias, índigo y calicós han hecho siempre y siguen haciendo sus compras en moneda contante; en relación con otros bienes, sólo hay unos pocos que desean lo que traen vendedores extranjeros (...) [los cuales] en total realizan unas ventas anuales no superiores a 40 o 50 mil libras esterlinas [es decir, sólo el 5 por ciento del coste de las importaciones arriba mencionadas que tenían que ser pagadas en especie] (citado en Masters, 1988, p. 147).

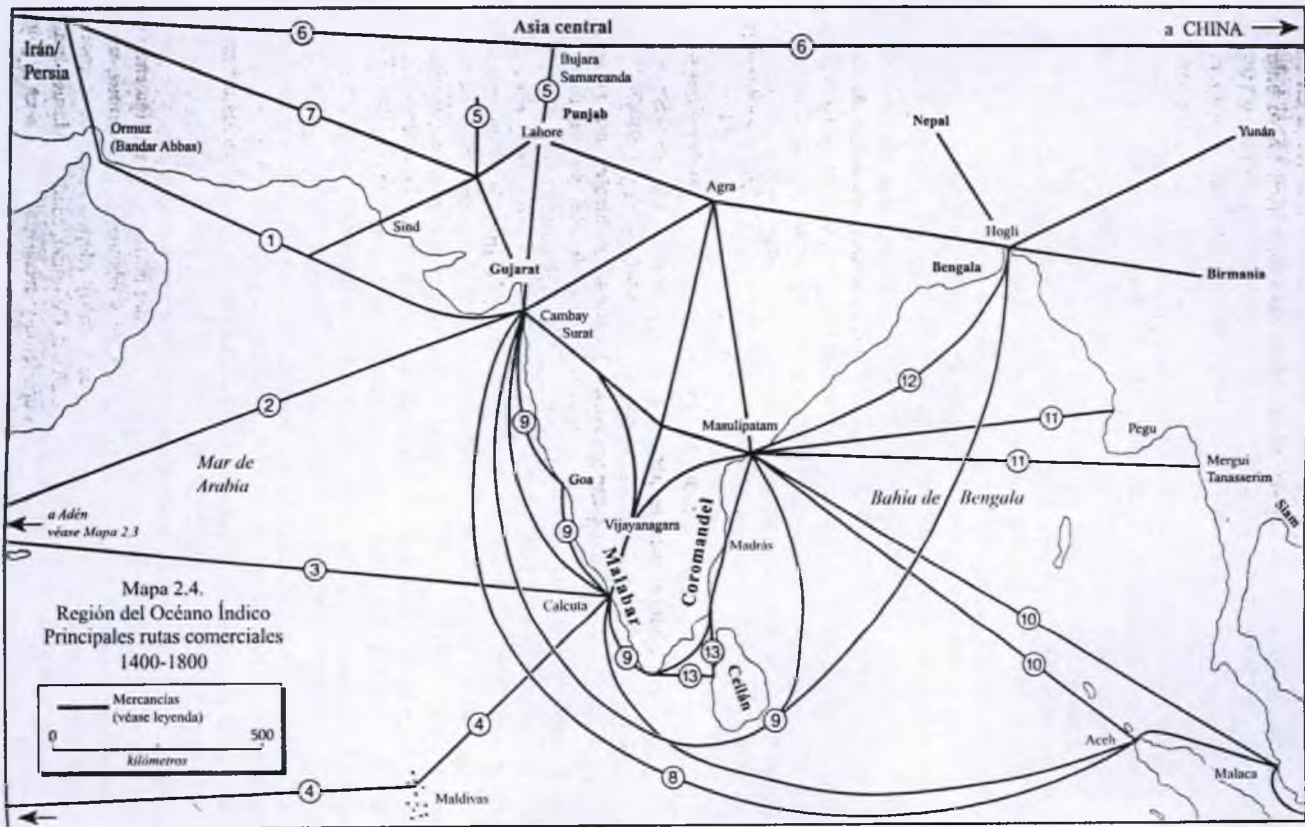
No obstante Chaudhuri escribe que

> Es discutible si el mundo islámico [del Asia occidental] sufría o no un déficit permanente en su balanza de comercio. Hay pocas dudas sobre que su comercio con la India, el archipiélago indonesio y China se equilibraba con la exportación de metales preciosos, oro y plata. [Sin embargo] el Oriente Medio parece haber disfrutado de un excedente financiero con el Occidente cristiano, el Asia central y las ciudades-estado de África oriental. Las balanzas favorables se materializaban en forma de tesoros, y lo que no se conservaba como reserva fluía de nuevo en dirección hacia el este (Chaudhuri, 1978, pp. 184-185).

La India y el Océano Índico

Podemos visualizar una especie de collar de emporios portuarios urbanos alrededor de Asia (véase mapa 2.4):

> Las más importantes entre estas ciudades portuarias eran, siguiendo el sentido de las agujas del reloj, Adén y después Moca, Ormuz, unas cuantas situadas en el Golfo de Cambay (dependiendo de la época, Diu, Cambay y Surat), Goa, Calcuta, Colombo, Madrás, Masulipatam, Malaca y Aceh. Todas ellas crecieron y decayeron sin duda en importancia durante ese tiempo, pero es posible identificar en todas ellas



Mapa 2.4.
Región del Océano Índico
Principales rutas comerciales
1400-1800

MAPA 2.4. REGIÓN DEL OCÉANO ÍNDICO
[véanse también las leyendas de los mapas 2.3 y 2.5]

RUTAS

Ruta	Hacia el oeste	Hacia el este
1. INDIA - ASIA OCCIDENTAL	Textiles de algodón, tintes, índigo, seda, textiles de seda, productos de hierro y acero, vajillas, productos de madera y vidrio, arroz, legumbres, cereales, aceite [especias, pimienta, cerámica] especias aromáticas, incienso, mantas, papel, salitre	maderas, sal, perlas, minerales, productos de metal, cobre, lumbre, caballos, alfombras, productos de lujo, frutos, dátiles, armas, coral, agua de rosas, PLATA
2. GUJARAT - GOLFO	Igual que el anterior	vino, opio, perlas, hierbas aromáticas, incienso, PLATA, ORO
3. MALABAR – GOLFO	Pimienta, arroz [especias]	ORO
4. MALABAR - ÁFRICA ORIENTAL	Arroz, cauris	marfil, esclavos, pescado, ORO
5. GUJARAT/PUNJAB - ASIA CENTRAL	(hacia el norte) textiles de algodón y seda, legumbres, arroz, trigo, índigo, tabaco	(hacia el sur) caballos, camellos, ovejas, algodón
6. ASIA OCCIDENTAL – CENTRAL- ORIENTAL	Seda, té	caballos

RUTAS

Ruta	Hacia el oeste	Hacia el este
7. GUJARAT - SIND – PUNJAB – ASIA OCCIDENTAL	Textiles de algodón, trigo, índigo	PLATA
8. GUJARAT - SURESTE ASIÁTICO	especias [azúcar, seda, cerámica] ORO	textiles de algodón, coral, cobre, vidrio, [reexportaciones procedentes de Adén/Golfo] PLATA
9. INTERREGIONAL DE LA INDIA [no del todo representado en el mapa]	Intercambios de la mayoría de los productos de la India por medio de rutas marítimas y terrestres entre el Punjab, Sind, Gujarat, Malabar, Vijayanagara, Coromandel y Bengala	
10. COROMANDEL-SURESTE ASIÁTICO	Latón, azúcar, metales, elefantes [cerámicas, seda] ORO	textiles de algodón, esclavos, arroz, diamantes, PLATA
11. COROMANDEL - BIRMANIA/SIAM	latón, elefantes, maderas PLATA	textiles de algodón
12. COROMANDEL - BENGALA	Seda, textiles de algodón Arroz, azúcar	
13. CEILÁN - INDIA	Elefantes, canela, joyas, perlas	arroz

> una serie de rasgos comunes. En todas ellas la población era extraordinariamente diversa, y contaban con representantes de todas las principales comunidades ribereñas del Océano Índico y en ocasiones de fuera de éste: chinos en Malaca, europeos en la mayoría de ellas (...) todas estas ciudades portuarias actuaban como centros de transferencia de mercancías y tránsito. En algunas de ellas que contaban con hinterlands improductivos, como Ormuz y Malaca, su único rol especializado era ése, pero incluso los puertos de exportación atraían bienes procedentes de todas partes. Políticamente hablando todas estas ciudades portuarias contaban con un elevado, o al menos suficiente, grado de autonomía. Algunas de ellas eran plenamente independientes (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 13).

El centro geográfico y económico de este mundo en torno del Océano Índico era el mismo subcontinente indio. Buena parte de él se hallaba altamente desarrollado y contaba ya con una posición dominante en la industria textil a escala mundial antes de la conquista por parte de los mogoles. Sin embargo, esta conquista unificó la India aún más, y la urbanizó y orientó hacia el mercado pese a la supuesta dependencia financiera del imperio mogol respecto de la agricultura y sus ingresos fiscales. De hecho a la altura del siglo XVII las principales capitales bajo control de los mogoles como Agra, Delhi y Lahore contaban cada una de ellas con poblaciones de alrededor de medio millón de habitantes y algunas de sus ciudades portuarias antes citadas tenían 200.000 habitantes cada una. La urbanización en ciudades por encima de 5.000 habitantes alcanzaba el 15 por ciento de la población. Esta proporción era bastante más elevada que la alcanzada por la urbanización de la India en el siglo XIX y deja en nada los 30.000 habitantes de los enclaves urbanos controlados por los europeos en Asia tales como Malaca, en manos de los portugueses y Batavia, controlada por los holandeses (Reid, 1990, p. 82). La población total del subcontinente asiático también se expandió más del doble en doscientos cincuenta años, pasando de entre 54 y 79 millones en 1500 a entre 130 y 200 en 1750 (véanse tablas 4.1 y 4.2). Otras estimaciones hablan de 100 millones en 1500, entre 140 y 150 en 1600 y entre 185 y 200 en 1800 (Richards, 1996).

Centrándonos en la India, Chaudhuri explica que

> observado como un todo, el comercio de caravanas y por mar se orientaba en la India más a la exportación que a la importación, y la favorable balanza comercial se expresaba en aportes de metales preciosos (...) El comercio de la India en dirección al Oriente Medio estaba dominado por la importación de moneda, de la misma manera que las exportaciones en dirección al sudeste asiático se equilibraban con importaciones de especias, hierbas aromáticas y bienes procedentes de China (...) Se daba también una importante actividad de reexportación desde el subcontinente en dirección a Java, Sumatra, Malasia y China (...) Grandes cantidades de textiles de algodón se exportaban a Manila y de ahí eran enviadas a la América española a través del comercio de galeones en dirección a Acapulco. Los beneficios de este comercio se hacían principalmente en plata (Chaudhuri, 1978, p. 185).

De manera que la India poseía un impresionante excedente en su balanza comercial con Europa y uno nada desdeñable con el Asia occidental, esencialmente basado en su producción de textiles de algodón a bajo coste y más eficiente y también por supuesto en la pimienta para exportación. Estas mercancías eran transportadas hacia el oeste a África, Asia occidental, Europa, y de ahí a través del Atlántico al Caribe y América. No obstante, la India exportaba también cosechas comerciales como arroz, legumbres y aceite vegetal tanto en dirección al oeste (como era ya el caso incluso en fecha tan temprana como el tercer milenio antes de Cristo, véase Frank, 1993) a los puertos comerciales del Golfo Pérsico y el Mar Rojo (que dependía también de Egipto para abastecerse de cereales), y en dirección al este hacia Malaca y otros destinos en el sudeste asiático. A cambio de ello, la India recibía enormes cantidades de plata y algo de oro de Occidente, directamente por mar bordeando el Cabo de Buena Esperanza o a través de Asia occidental, así como de la misma Asia occidental. Moca (que ha dado su nombre al café) era conocida como «el cofre del tesoro de los mogoles» por la cantidad de plata que almacenaba. Dado que la India producía poca plata por sí sola, empleaba la plata importada sobre todo para acuñar moneda o reexportarla, y el oro lo empleaba para hacer moneda (las llamadas monedas «de pagoda») y joyas y para atesorarlo.

La India exportaba también textiles de algodón al sureste asiático, de donde importaba especias. La misma ruta era empleada para intercambiar con China textiles de algodón por seda y porcelana y otras cerámicas. Sin embargo, al parecer la India tenía un déficit en su balanza comercial con el sureste asiático, o al menos la India reexportaba plata hacia esa región, especialmente en dirección a China. No obstante, la inmensa mayoría de este comercio estaba en manos de musulmanes o se hacía en barcos construidos en la India, si bien una parte de él estaba también en manos de árabes y mercaderes del sureste asiáticos, en cualquier caso musulmanes. Una parte exigua –aunque cada vez mayor a lo largo del siglo XVIII– se hacía en barcos de uno u otro país europeo, aunque éstos sin embargo eran pilotados por capitanes y tripulaciones asiáticas y se servían también de comerciantes asiáticos (Raychaudhuri y Habib, 1982, pp. 395-433 y Chaudhuri, 1978).

El comercio por tierra se efectuaba por ríos y rutas terrestres. Las omnipresentes y variadas embarcaciones ligeras surcaban en todas direcciones las costas de la India. Existían rutas fluviales en muchas zonas de la India, especialmente en el sur. Incluso en el norte se construían embarcaciones en muchas provincias, como Cachemira, Tata, Lahore, Allahabad, Bihar, Orissa y Bengala. Había caravanas que ponían en movimiento entre diez mil y cuarenta mil carros y animales de tiro de una sola vez. Combinaciones de aque-

llas embarcaciones cruzaban de lado a lado el subcontinente y se hallaban en conexión con el comercio marítimo de larga distancia. «Las relaciones entre actividades terrestres y marítimas eran asimétricas. La mayor parte de las veces las actividades marítimas tenían menos impacto sobre las terrestres que al revés» (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 5). Casi todas las ciudades portuarias se hallaban en simbosis orgánica con las rutas de caravanas que salían de sus respectivos hinterlands interiores o procedían de ellos, y también en ocasiones lo estaban con lejanas regiones situadas al otro lado de los mares, especialmente en el caso del Asia Central. De hecho Chaudhuri (1990 a, p. 140) sugiere que el comercio continental por tierra y el comercio marítimo por el Océano Índico deberían ser vistos como imágenes especulares el uno del otro.

En el sur de la India, la capital interior de Vijayanagara fue durante mucho tiempo el punto focal del comercio con Goa en el oeste, con Calcuta en el sur y con Masulipatam y Pulicat en la costa de Coromandel, al este. Estas y otras muchas ciudades portuarias, y por supuesto en especial las que tenían un hinterland improductivo o poco rico, eran muy dependientes de las importaciones de productos alimenticios de mercado. Éstos llegaban a través de otras ciudades portuarias situadas más arriba o más abajo en las costas, pero a menudo también de puertos que tenían acceso a áreas productoras de arroz y otros cereales situadas a miles de kilómetros de distancia. Más aún, las ciudades de Goa y Pulicat antes mencionadas, como la ciudad de Vijayanagara contaban con conexiones con el norte por vía terrestre, tanto con centros del interior como Hyderabad y Burhanpur como con el puerto de Surat (y en ocasiones el de Cambay) situados en la India occidental, los cuales a su vez eran emporios que interactuaban con el Punjab y el Asia central (más detalles sobre esto pueden encontrarse en Subrahmanyam, 1990). Sin embargo,

> el comercio con el Asia central no contaba con una conexión directa de este tipo con el mar, y con todo la región entera ejercía ella misma una influencia vital sobre las vidas de los pueblos que vivían más cerca de los cinturones del monzón alrededor del Océano Índico. En términos de relaciones directas, el comercio de caravanas del Asia central era complementario del comercio marítimo transcontinental con Eurasia (Chaudhuri, 1985, p. 172).

Más aún, estaba también el comercio entre la India y China a través de Nepal y el Tíbet, que venían desarrollándose desde más de mil años antes. Bengala y Asma exportaban textiles, índigo, especias, azúcar, cuero y otros bienes al Tíbet para venderlos allí a comerciantes que los transportaban para venderlos en China. El pago se efectuaba en productos chinos como té, y a menudo oro (Chakrabarti, 1990) (He planteado cuestiones de debate sobre estas rutas del Asia central y su historia de la «Ruta de la Seda» en Frank, 1992; el Asia central recibe atención en una sección específica más adelante en este capítulo.)

Las distintas regiones de la India comerciaban también entre sí y poseían balanzas de comercio excedentarias y deficitarias unas con otras. Las principales regiones costeras (Gujarat, Malabar, Coromandel y Bengala) comerciaban todas ellas entre sí, así como con Ceilán, y se servían también mutuamente como emporios en el comercio transoceánico y en el terrestre de caravanas. Asimismo competían unas con otras como «exportadoras» hacia el interior de la India, donde sus áreas de comercio se solapaban unas con otras. Sin embargo en general el interior contaba con un excedente de exportaciones con los puertos costeros, a cambio del cual recibía bienes de importación y moneda acuñada a partir de lingotes de metales preciosos importados (o fundida de moneda extranjera) que llegaban a los puertos. La plata tendía a moverse en dirección al norte hacia las regiones gobernadas por los mogoles, y el oro se dirigía hacia el sur, en especial hacia Malabar y Vijayanagara. A continuación voy a tratar en más detalle algunas de estas regiones de la India.

El norte de la India. El norte de la India se orientaba de forma activa al comercio interregional e inter-«nacional» con Asia central y occidental, como ya he señalado. B. R. Grover resume así esta actividad:

> El comercio de productos manufacturados se hallaba bien establecido en muchas regiones del norte de la India. La mayoría de las aldeas (...) producían una variedad de textiles en piezas (...) Las manufacturas de las zonas comerciales de muchas provincias del norte de la India se exportaban a otros lugares (Grover, 1994, p. 235).

Muchos de ellos son detallados en las leyendas de los mapas.

Gujarat y Malabar. La costa occidental de la India, en el Océano Índico y el Mar de Arabia era la sede de principales emporios de portuarios urbanos como Diu, Cambay (y más tarde Surat) en Gujarat, así como los de la costa de Malabar, entre los que se encontraba el emporio portugués de Goa. Se trataba de los principales puertos de reclamo para los barcos de cabotaje que aprovechaban los vientos del monzón procedentes del Mar Rojo y el Golfo Pérsico, así como de barcos de algunas rutas marítimas alrededor de África procedentes de Europa y de transporte marítimo regional en dirección al estuario del río Indo y hacia el noroeste en dirección al Sind. Cambay/Surat eran también puntos de destino e inicio para el comercio terrestre por caravana con Persia, Rusia, Asia central, el Punjab y las regiones interiores del sureste de la India; a la mayoría de ellas hacían llegar arroz y/o trigo. Más aún, los puertos de Gujarat y Malabar mantenían relaciones comerciales con Coromandel y Bengala en la zona este del subcontinente indio, y con el sudeste asiático, China y Japón. Sus industrias manufactureras estaban especializadas en la producción y exportación de textiles, en especial hacia el oeste y el norte. Además de las importaciones de caballos, metales, bienes de consu-

mo y otros productos (véanse las leyendas de los mapas 2.3 y 2.4) que realizaban desde estos lugares, cubrían el excedente que tenían en su balanza comercial a través del flujo de plata. Parte de ésta era, no obstante, reexportada con el fin de cubrir el deficitario comercio marítimo de importación con el este. De ahí que Gujarat fuera por un lado un importador para su propio consumo y el de su hinterland pero también un centro de intercambio en dirección al oeste hacia Asia occidental, el Mediterráneo y Europa, y de ahí a su vez a África y América. Con todo, la mayor parte de su comercio estaba en manos de nativos indios, aunque una parte de él estaba también en manos de árabes y persas. Incluso en un período tan tardío como el siglo XVIII sólo el 12 por ciento del comercio de Surat estaba en manos de europeos (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 136).

Coromandel. La costa de Coromandel, que mira hacia la Bahía de Bengala en el este de la India, poseía muchos centros de producción y exportación de importancia, aunque tal vez sólo alrededor de una décima parte de su producción se destinaba a la exportación. Uno de sus principales productos de exportación eran los textiles de algodón en dirección al este, hacia el sureste asiático y China, de donde se importaban especias, porcelana y oro. Otra de sus funciones era como emporio de intermediación, tanto en comercio con otras regiones de la India como con el resto del mundo, actividad mayoritariamente en manos de nativos. Sin embargo, los holandeses y más tarde otros europeos también se sirvieron de los centros y recursos de Coromandel para sus operaciones comerciales con la India y con otras partes del globo. El comercio «doméstico» de Coromandel con el resto de la India se realizaba especialmente con Bengala al noreste, de donde importaba cereales para consumo humano y seda, y con Gujarat hacia el noroeste, así como por supuesto con el interior del subcontinente. Sin embargo, su ubicación geográfica y su variedad de producciones, que incluía textiles, pimienta, índigo (para hacer tintes), arroz, hierro/acero, diamantes y otras mercancías demasiado variadas como para mencionarlas todas aquí (véanse las leyendas de los mapas 2.4 y 2.5, que ofrecen una lista incompleta) así como de esclavos, convertían a Coromandel en la principal estación del comercio internacional y de hecho del transcontinental tanto en dirección al este como al oeste. También importaba bienes de consumo de lujo de origen persa y árabe y caballos procedentes del oeste para ser reexportados hacia el este.

Del este Coromandel importaba especias, maderas, elefantes, plomo, cinc, estaño y especialmente cobre y oro, parte con destino a la reexportación hacia el oeste. Hacia el este su comercio era con el Asia continental y con el de las islas del sureste y en especial con Aceh y Malaca, China y Japón, así como con Manila y en dirección a Acapulco (y por supuesto con la cercana Ceilán tanto como socio comercial cuanto como estación de paso). Hacia el oeste, Coromandel era la principal área no sólo de reexportación sino también de reaprovisionamiento e intercambio de mercancías y metales preciosos para el comercio con las Islas Maldivas. De allí –y también directamente– se efectuaba comercio con África, con ciudades portuarias a lo largo del Golfo Pérsico y el Mar Rojo y de ahí en dirección al mediterráneo y/o alrededor de la costa de África del sur hacia Europa, y a su vez a continuación a través del Océano Atlántico hacia América. Coromandel comerciaba también con Goa y Cambay/Surat, tanto en forma de comercio interregional de la India como de estación de paso hacia las rutas del comercio mundial. Por supuesto, los puertos de Coromandel servían asimismo como emporios para el comercio interior pero en competencia con los puertos de otras partes de la costa de la India (Arasaratman, 1986).

Bengala. La región más productiva de todas pasó a ser Bengala. Exportaba textiles de algodón y seda y arroz a la mayoría de las restantes regiones de la India. Algunos productos se enviaban hacia el sur hacia Coromandel y su costa, y otros seguían adelante o eran directamente enviados hacia Cambay/Surat al oeste, así como a través del océano hacia el oeste en dirección a Asia central y Europa y hacia el este en dirección al sureste asiático y China. Por consiguiente, Bengala absorbía plata y oro procedente de todas direcciones, incluyendo por tierra desde el Tíbet, Yunán y Birmania y a través de la Bahía de Bengala procedente de Birmania. Bengala abastecía el 20 por ciento de todas las importaciones procedentes de la India y el 15 por ciento de todas las importaciones que movía en 1670 la East India Company (en adelante EIC) fundada por comerciantes ingleses, cifra que ascendía al 35 por ciento en 1700, y a un 80 por ciento de todos los productos de la India y el 66 por ciento de todos los productos importados por la EIC en los años 1738-1740. A la altura de 1758-1760, justo después de la batalla de Plassey, la proporción de productos de la India importados por la EIC era del 80 por ciento. El porcentaje respecto del total descendió a continuación hasta un 52 por ciento, conforme las importaciones procedentes de China aumentaron desde una proporción insignificante en el siglo anterior hasta un 12 por ciento en 1740 y un 34 por ciento en 1760. Sin embargo, para entonces parte de las exportaciones de Bengala eran en opio, con el que la EIC reemplazaba parte de su plata como medio de pago a China (Attman, 1981, p. 51).

Una observación interesante a la luz de las recurrentes hambrunas ocurridas en Bengala desde 1700 es la que ofrece Chaudhuri (1978, p. 207), según la cual hasta comienzos del siglo XVIII siempre se podía depender de Bengala para abastecerse de alimentos incluso cuando las cosechas se perdían en otras regiones. Otra interesante observación es la de Perlin (1983, p. 53) que habla de «la ausencia de monografías de investigación de ámbito regional suficientemente profundas que aborden el estudio de las industrias textiles [de Bengala u otras regiones] durante los siglos XVII y XVIII, del estilo [de las que] desde tiempo atrás [son ya] legión en la historiografía europea» (Ramaswamy, 1980 y más recientemente Chaudhuri, 1995 parecen ser las únicas excepciones).

El sureste asiático

El sureste asiático ha sido excesivamente ninguneado por los historiadores, que tienden a no prestarle sino escasa o incluso nula atención antes de 1500 y después de esta fecha se centran principalmente en las actividades de los europeos en la región. Por consiguiente, puede tener sentido echar la vista bastante más hacia atrás en la historia del sureste asiático y sus relaciones con otras partes del mundo. El cultivo del arroz data del 3000 antes de Cristo, los primeros hallazgos de la Edad de Bronce son del 1500 antes de Cristo y los primeros de la Edad del Hierro del 500 antes de la Era (Tarling, 1992, p. 185). Los lazos comerciales del sureste asiático con el mundo se retrotraen también varios milenios hacia atrás en el tiempo. A partir de su investigación sobre la producción de abalorios a mano (que sobreviven mejor que muchos otros enseres en forma de restos arqueológicos) Meter Francis (1989 y 1991, p. 40) muestra que Arikamedu en el este de la India era un «"centro de intercambio indo-romano" pero que miraba más en dirección al este que al oeste». La documentación de la dinastía Han en el este de China atestigua igualmente que existía un importante comercio con el sureste asiático en el siglo segundo de la era, y existen también evidencias de que éste se producía ya en el siglo segundo antes de Cristo.

> A comienzos de la era cristiana estas rutas comerciales se extendían hasta reunir los sistemas de intercambio del sureste asiáticos, antes bastante separados unos de otros, conectándolos entre sí en una vasta red que se extendía desde Europa occidental a través de la cuenca del Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el Mar Rojo, hasta la India, el sureste asiático y China (...) [en] lo que ha sido llamado el sistema mundial (Glover, 1991).

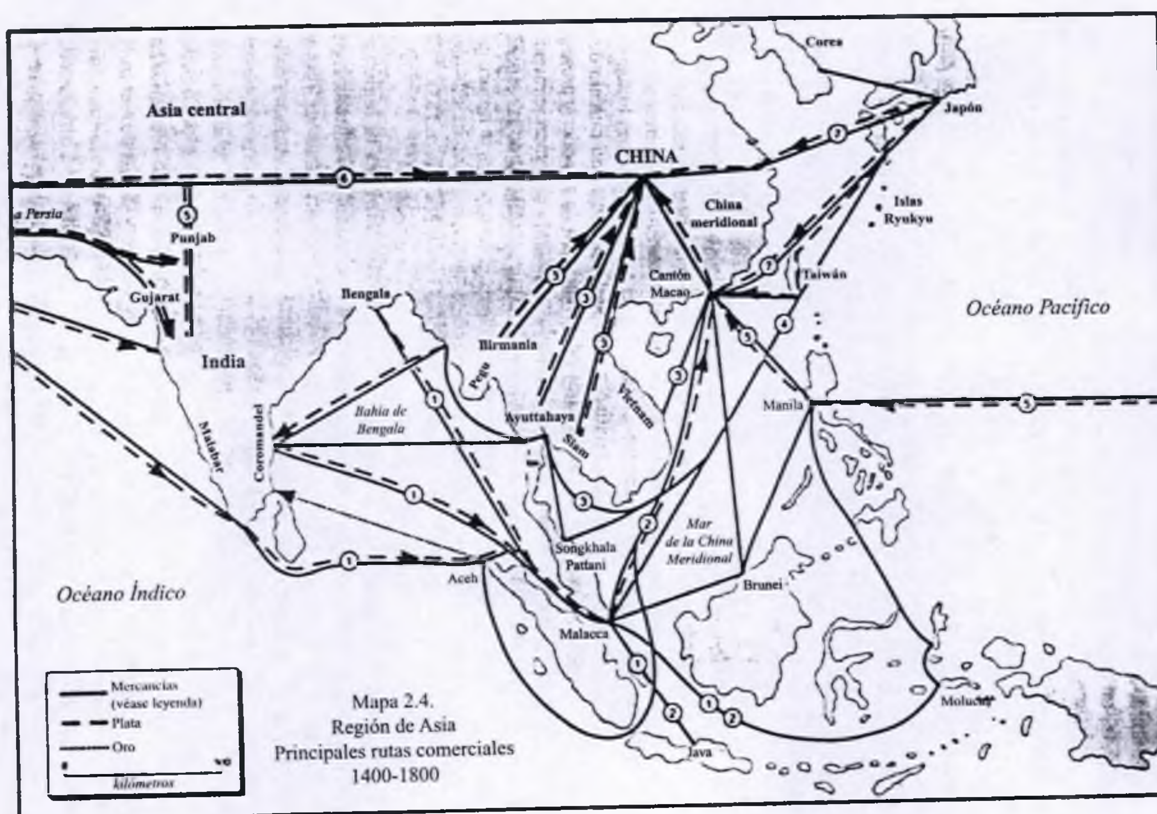
El sureste asiático era una de las regiones más ricas y más importantes del mundo en términos comerciales. De forma llamativa, sin embargo, la zona del sureste asiático más desarrollada en términos productivos y comerciales se situaba en el lado oriental de la península que los chinos llamaban Fu-nan en el Mar de la China Meridional y no en el lado del Istmo de Kra, en el Océano Índico. Sin embargo, desde la perspectiva de las «civilizaciones» china, hindú, árabe y europea, por no decir de la portuguesa, holandesa y de otros intereses europeos, el sureste asiático era sólo una estación de paso poblada por gentes poco conocidas y poco más. Ni siquiera Abu-Lughod (1989, pp. 282 y ss.) concede al sureste asiático la relevancia que le corresponde, tratándola como poco más que una región de emporios «periféricos» situada entre China y la India.

No obstante, la evidencia arqueológica e histórica habla de una enorme región del sureste de Asia poblada por pueblos altamente civilizados y productivos mucho antes y mucho después del nacimiento de Cristo. Sociedades, economías y culturas muy desarrolladas iban y venían por la tierra firme y las islas del sureste asiático. Los más notables entre estos pueblos eran los Viet y Champa en Vietnam, los Angkor en la Camboya jemer, los Pegu en Birmania, los Ayutthaya en Siam, los Srivijaya en Sumatra y, tras el declive de ésta, en Majapahit. Poseían extensivas relaciones económicas y culturales unos con otros y con la India y China. Los Srivajaya de Sumatra, y durante un tiempo su capital Palembang, dominaban sobre una enorme área insular y peninsular desde el siglo VII al XIII. Java tenía reputación de ser el lugar más rico de la tierra en el siglo XIII, y los mongoles invadieron el sureste asiático y trataron de hacerse con su riqueza, pero fracasaron. Tras el declive de los Srivajaya, el imperio de los Majapahit de Java controló prácticamente el total del área de la Indonesia central en los siglos XIV y XV. Competían por hacerse con el monopolio de la economía y el comercio del Mar de China.

La *Cambridge History of Southeast Asia* resume así la amplitud de sus logros:

> La región del sureste asiático tenía reputación de ser una tierra de inmensas riquezas; los desarrollos que se dieron en ella fueron de importancia crucial para la historia del mundo en su totalidad en el período anterior a 1600. Escritores, viajeros, marinos, mercaderes y funcionarios de todos los continentes del hemisferio oriental sabían de la riqueza del sureste asiático, y a la altura del segundo milenio de la era cristiana, la mayoría de ellos estaban al tanto de su poder y prestigio (...) Hasta el siglo XIX de la «era industrial», todo el comercio mundial estaba más o menos gobernado por los flujos y reflujos de las especias que llegaban y salían del sureste asiático (...) Pese a ello, la historia primitiva del sureste asiático y su relevancia internacional no ha sido objeto de atención en la época contemporánea (Tarling, 1992, p. 183).

La ubicación geográfica del sureste asiático convertía también la región en cruce natural de caminos y punto de encuentro para el comercio mundial, por no hablar de su posición para el intercambio cultural y migratorio. Esto se debe a que se encuentra situada entre China y Japón al norte, el Asia meridional al sur, y el Pacífico al este. A comienzos del siglo XV, la zona más estrecha de la Península de Malasia en el Istmo de Kra se usaba como puerto entre la Bahía de Bengala y el Mar de China (y hoy se habla de la posibilidad de construir un canal que las una por tierra). Fue con el tiempo reemplazada por una ruta marítima a través del estrecho de Malaca y Singapur entre el borde meridional de la Península de Malasia y la Isla de Sumatra. Ésta fue a su vez complementada con otra ruta marítima hacia el Mar de China alrededor del sur del Sumatra y a través del Estrecho de Sunda que la separa de Java (véase mapa 2.5). Durante siglos, la mayor parte del transporte por barco recalaba en los emporios del sureste asiático como puntos de embarque en los cuales los cargamentos se transferían hacia otras partes y eran intercambiados por otros procedentes de otros lugares.



Mapa 2.4.
Región de Asia
Principales rutas comerciales
1400-1800

MAPA 2.5. REGIÓN DE ASIA
[los corchetes indican reexportaciones o reenvios]

RUTAS
Norte-oeste — Sur-este

1. INDIA - SURESTE ASIÁTICO
   - Norte-oeste: Pimienta, especias, arroz, azúcar, elefantes, latón, cobre, otros metales, canela, teca, rubíes; ORO
   - Sur-este: textiles de algodón, textiles de seda, esclavos, diamantes, arroz, productos de hierro y acero, diamantes, servicios de transporte; [PLATA]

2. SURESTE ASIÁTICO INSULAR - CHINA
   - Norte-oeste: Pimienta, especias, latón, arroz, azúcar, pescado, sal, maderas aromáticas, resinas, laca, caparazones de tortuga, perlas, piedras preciosas, ámbar, jade, nidos de aves, dulces jaspe, [PLATA]
   - Sur-este: seda/textiles, cerámica, té, ropas, satén, terciopelo, papel, frutas, drogas, armas y pólvora, productos de cobre y hierro, hilos de oro y plata, cinc, cuproníquel

   Véase también la ruta 3 para la parcial duplicación/solapamiento de mercancías

3. SURESTE ASIÁTICO CONTINENTAL - CHINA
   - (norte): arroz, azúcar, algodón, rubíes, ámbar, jade, pieles de ciervo y tigre, madera, barcos, dulces, papel, frutos secos, nidos de aves, aletas de tiburón, tabaco, pimienta, madera de sappan, latón, plomo, salitre; PLATA
   - (sur): cerámica, laca, seda/textiles, ropas, armas y pólvora, moneda de cobre, productos de hierro y acero, plomo, cinc, cuproniquel, sal frutos, ruibarbo, té, raso, terciopelo, brocados, hilos,

RUTAS
Norte-oeste — Sur-este

3. SURESTE ASIÁTICO CONTINENTAL - CHINA
   - Sur-este: papel, tintes, alfombras, zapatos, calcetines, vajillas, mano de obra, servicios y transportes

4. SURESTE ASIÁTICO - JAPÓN [a través de TAIWÁN Y LAS ISLAS RYUKU]
   - (norte): especias, pimienta, latón, azúcar, medicinas [textiles de algodón]
   - (sur): cobre, sulfuros, alcanfor, espadas, transportes, PLATA

5. CHINA - GALEÓN DE MANILA - ACAPULCO/MÉXICO
   - Norte-oeste: PLATA
   - Sur-este: textiles/seda, cerámica

6. ASIA CENTRAL - CHINA
   - Norte-oeste: seda/textiles, té, armas, ropa, cerámica, medicinas, papel moneda
   - Sur-este: caballos, camellos, ovejas, jade, medicinas [PLATA]

7. JAPÓN - CHINA
   - Norte-oeste: PLATA; Cobre, sulfuros, alcanfor, espadas, hierro
   - Sur-este: sedas/textiles, textiles de algodón, azúcar, pieles, maderas, tintes, té, plomo, manufacturas.

Los puertos comerciales de la costa, los asentamientos ribereños y sus hinterlands agrarios se hallaban siempre interrelacionados unos con otros; y las entidades políticas portuarias y del interior se desarrollaban y decaían en función de los vaivenes de estas relaciones así como de las oscilaciones de las rutas comerciales.

«Cuando se mira con detenimiento a los factores primordiales de este sureste asiático durante la Edad Moderna, no obstante, [se descubre que] casi todos ellos están ya presentes antes de la llegada de las flotas europeas» (Reid, 1993, p. 10). La expansión del «largo siglo XVI» (1450-1640), bien conocida en Europa y América, comenzó seguramente antes en el sureste asiático (en 1400) como respuesta a la demanda creciente de especias y pimienta procedente del Extremo Oriente, especialmente de China, el Asia meridional y occidental y a continuación también de Europa. Varios miles de trabajadores se incorporaron a un «boom» de producción y comercio que –con tres décadas de paréntesis después de 1500– se prolongó al menos hasta 1630. Las importaciones de plata americana y de textiles de la India alcanzaron su cenit entre 1600 y 1640, cuando el sureste asiático era aún un socio comercial igualable a otros (Reid, 1993, pp. 11 y 17). El punto de máxima expansión del boom comercial asiático, que tuvo lugar entre 1580 y 1630, coincidió y fue a la vez consecuencia de las expansiones económicas simultáneas de Japón, China, la India y Europa, y de la demanda procedente de estas regiones. Había una serie de especias que eran exclusivas de algunas islas, y la pimienta del sureste asiático desplazó la de la India gracias a que sus costes de producción eran una tercera parte más bajos que los de la pimienta india. Con todo, el algodón era una cosecha comercial más extendida aún, parte de la cual se orientaba a la exportación. La producción de cosechas comerciales en el interior y la urbanización orientada a su comercialización motivaban también importaciones por mar de productos alimenticios a gran escala (Reid, 1993, pp. 7-16; véase también Tarling, 1992, pp. 463-468). A partir de 1662, Tonkín entró también en el mercado mundial como exportador de cerámica de primer orden.

A la altura de 1600 el sureste asiático contaba con una población de 23 millones de habitantes (Tarling, 1992, p. 463), es decir, alrededor de la quinta o la cuarta parte de la que poseía China, y el comercio entre estas dos regiones era importante, así como el que se realizaba con otras partes del mundo. Al menos media docena de ciudades dependientes del comercio –Thang-Long [actualmente Hanoi] en Vietnam, Ayutthaya en Siam, Aceh en Sumatra, Bantam y Mataram en Java y Makassar en las Islas Célebes– contaban con cerca de 100.000 habitantes cada una a los que hay que añadir una enorme cantidad de visitantes estacionales o anuales (Reid, 1990, p. 83). Otra media docena de ciudades contaban con al menos 50.000 habitantes. Malaca tenía también 100.000 habitantes, pero este número descendió en 25.000 o 30.000 tras la toma de la ciudad por los portugueses. De manera que a lo largo de

este período el sureste asiático se hallaba altamente urbanizado tanto en relación con otras partes del mundo, incluso en comparación con Europa, como en los siglos siguientes (Tarling, 1992, pp. 473-475).

El archipiélago y las islas. La división del trabajo y las pautas de comercio en Indonesia y las regiones adyacentes combinaban tres ejes interrelacionados de comercio entre islas y peninsular de cabotaje, comercio regional con la India y China, Japón y las Islas Ryuku, y comercio mundial con Asia occidental, Europa y América. Estos tres ejes dependían no sólo del intercambio de productos de larga distancia sino también de las capacidades productivas y las especializaciones internas a Indonesia y el sureste asiático. Siguiendo a B. Schrieke (1955), Ashin Das Gupta resume lo siguiente acerca del siglo XV:

> En esencia se trataba de una pauta de intercambio este-oeste de bienes dentro del archipiélago indonesio a través de la cual el arroz de Java se transportaba a todas partes. El hecho central del comercio indonesio era que dos productos principales –la pimienta y las especias– se hallaban localizados en los dos extremos del archipiélago. La pimienta se producía en Sumatra, Malaya, el oeste de Java y Borneo. Las especias –clavo, nuez moscada y macis– sólo se daban en los grupos de islas al este de las Malucas y las Islas Bandas. Java producía arroz, sal, pescados en salazón y toda una variedad de alimentos así como algodón, cuerdas y textiles (...) El arroz y otros productos de Java eran acarreados por comerciantes javaneses y regatones a Sumatra para intercambiarlos por pimienta y otros bienes extranjeros. La pimienta se llevaba entonces a Java y de ahí a Bali con el fin de recolectar a cambio hilaturas de algodón balinés que se hallaban en gran demanda en las islas de las especias. En el estadio final los javaneses navegaban hasta las islas Molucas y las Bandas llevando consigo arroz y otros productos de java, textiles de Bali así como textiles de la India y porcelana, seda y pequeñas monedas de China (...) Un rasgo marcado del comercio indonesio era el comercio interisleño e internacional (Das Gupta, 1987, p. 243).

El comercio internacional del sureste asiático es sintetizado así por Anthony Reid:

> La pauta de intercambio de esta época de comercio consistía en la importación por parte del sureste asiático de telas de la India, plata de América y Japón y cobre en moneda, seda, cerámica y otras manufacturas de China a cambio de sus exportaciones de pimienta, especias, maderas aromáticas, resinas, esmaltes, caparazones de tortugas, perlas, pieles de venado y azúcar que se exportaba por Vietnam y Camboya (Reid, 1993, p. 23).

A la altura del siglo XVII, Java exportaba también cantidades importantes de azúcar a Japón, Surat, Persia (donde expulsó del mercado el azúcar bengalí) y hasta Europa (Attman, 1981, p. 41).

Más aún, varios puertos del sureste asiático –así como también entonces las Islas Ryuku y en la actualidad Hong-Kong– se convirtieron en importantes emporios de comercio entre China, Japón y otras partes de Eurasia y América, especialmente cuando China y Japón tenían épocas de restricción de su comercio pero sin que éste llegase nunca a interrumpirse del todo. Incluso el emporio de entidad menor que era el puerto vietnamita de Hoi-an ilustra las conexiones existentes entre mercados solapados entre sí:

> Vietnam se encontraba en la confluencia del flujo mundial de metales preciosos (...) Los barcos procedentes de Japón llevaban consigo enormes cantidades de plata y moneda de cobre que iba a parar sobre todo a manos de mercaderes de seda, azúcar, maderas, pieles, chagrín y cerámica. Los comerciantes japoneses controlaban los mercados locales de seda y azúcar a través de prepagos con dinero importado. Los mercaderes chinos se reunían durante la «feria» del cuarto mes y comerciaban con seda, moneda de cobre y orfebrería a cambio de plata japonesa y bienes del sureste asiático. Los vietnamitas admitían [todas estas mercancias] (...) y obtenían ingresos de los intercambios que tenían lugar en su territorio. Los portugueses se mezclaban con los comerciantes chinos (...) [y] traían plata americana y persa vía Goa así como plata americana de Manila y plata japonesa. Los holandeses, que también traían plata americana, hacían contactos con los chinos en Hoi-an (Whitmore, 1983, pp. 380 y 388).

Los japoneses también establecieron una colonia de comerciantes en el emporio regional de Ayutthaya (cerca de la actual Bangkok) en Siam hasta que muchos de ellos fueron masacrados y otros expulsados en 1632. De hecho unos años antes un viajero portugués había informado, tal vez con cierta exageración, de que de las 400.000 casas de la ciudad de Ayutthaya, 100.000 estaban habitadas por extranjeros de todas partes (Lourido, 1996 a, p. 24). La ciudad era un emporio de comercio extensivo no sólo con Japón y por supuesto con Macao y Cantón sino también con los puertos del archipiélago del sureste asiático y con Pattani en la costa oriental de la Península de Malaya. Más aún, Ayutthaya mantenía conexiones por tierra con Mergui y Tenasserim en el lado oeste de la península y de ahí en dirección al norte hacia Pegu en Birmania y hacia el oeste a través de la bahía hacia Bengala, Coromandel y otras partes de la India (véase mapa 2.5). El muy citado viajero portugués Tomé Pires señaló que «más de cien mil chalupas partían en dirección a China, Ainam, Lequois, Camboya y Champa (...) Sunda, Palembang y otras islas, Cochinchina y Birmania y Jangoma [Chiangmai]. Por la parte de Tenasserim Siam también comerciaba con Pase, Pedir, Kedah, Pegu y Bengala; y todos los años llegaban a sus puertos comerciantes de Gujarat» (citado por Lourido, 1996 a, pp. 25-26). El propio Rui D'Avila Lourido (1996 a, p. 29) resume lo siguiente: «Siam era, en términos económicos, una "semiperiferia" del comercio de China pero era también al mismo tiempo el centro de su propia región económica, y todos los países del Golfo de Siam reconocían que constituían una región».

Sin embargo, el principal emporio era Malaca, cuyo control ofrecía la posibilidad de estrangular a los venecianos, según observó Pires. Malaca se fundó en 1403 con la expansión del poderío marítimo chino durante la dinastía Ming y tras los famosos siete viajes de Zeng He (Cheng Ho) (entre 1405 y 1433) con flotas de 300 embarcaciones que transportaban 27.000 hombres a la India, Arabia e incluso al África oriental. La mayoría de las embarcaciones chinas, sin embargo, usaban Malaca como punto de intercambio, si bien esto quedó temporalmente en suspenso en 1433, cuando el estado chino se cerró hacia dentro con el fin de contrarrestar la reaparición de la amenaza que representaban los mongoles en el norte. No obstante, Malaca siguió prosperando y trayendo más y más comerciantes de Gujarat, mil de los cuales se asentaron en la ciudad y varios miles más iban y venían cada año para comerciar con Cambay. A ellos se unieron turcos, armenios, árabes, persas y africanos que también se servían de Malaca como centro comercial con el sureste asiático y el Extremo Oriente. Se convirtió en el emporio de especias más importante del mundo, la mayor parte de las cuales iban a parar a China. Sin embargo, Malaca servía también como lugar de distribución de textiles de la India por todo el sureste asiático y a través de Manila en dirección a América. Su abastecimiento de alimentos procedía de Java y la India.

La captura de Malaca por los portugueses en 1511 tuvo enormes consecuencias. Aunque no llegaron nunca a superar los 600 habitantes y su media era de unos 200, los portugueses trataron sin éxito de monopolizar el comercio de Malaca y a través de él controlar otras rutas de comercio. Sin embargo, los portugueses sí consiguieron expulsar a muchos musulmanes de Malaca, que se reasentaron en Johore en Malaya, Brunei en Borneo, Bantam en Java y especialmente en Aceh en Sumatra. Todos estos centros competían por el comercio de Malaca y unos con otros. Un resultado de ello fue la apertura de una ruta alternativa a Java y el Mar de China alrededor del otro lado de Sumatra. Esto benefició a Bantam en Java, que se aprovechó del comercio con China, y especialmente benefició el desarrollo de Aceh en la punta occidental de Sumatra. Ésta pronto se impuso en el siglo XVI y atrajo el comercio de Gujarat, Coromandel y Bengala. Malaca se fue debilitando en consecuencia, y en 1641 los holandeses la ocuparon, desplazando a los portugueses, con ayuda de su rival, Johore.

Sin embargo, al poco los holandeses trataron de establecerse de modo más firme en las Malucas y en Java, islas conocidas por su reputación en la producción de especias, donde instalaron su cuartel general en Batavia en 1619. Al igual que los portugueses antes que ellos, los holandeses trataron de

monopolizar la producción de especias y su comercio. En el vano intento de lograrlo y de mantener al alza los precios, se dedicaron a destruir una y otra vez árboles productores de especias de las islas, y a destruir excedentes en Batavia e incluso en Amsterdam. De manera que la más ambiciosa y profunda presencia europea de larga duración en Asia tuvo lugar sin duda en el sureste asiático, o más exactamente en Malaysia e Indonesia. Pero incluso allí la producción local y el comercio se mantuvieron y ninguno de los grupos europeos tuvo éxito en sus reiterados intentos de controlarlo, menos aún de monopolizarlo.

J. C. van Leur (1955, p. 126) estima que a la altura de los siglos XV y XVI el transporte de mercancías en el sudeste asiático exigía el empleo de unos 480 barcos de tamaño medio, de entre 200 y 400 toneladas. De éstos, entre 330 y 340 barcos de tamaño mediano junto con bastantes más de tamaño menor se encargaban del comercio interinsular, y otros 115 del comercio con China y la India. En otro lugar ofrece una estimación de las toneladas de mercancías transportadas por mar en el año 1622: el comercio indonesio representaba unas 50.000 toneladas; el que se efectuaba con China y Siam, 18.000; con la isla de Aceh, 3.000; con Coromandel, 10.000; y el que efectuaban los holandeses, 14.000 (es decir, menos del 15 por ciento de las 95.000 toneladas en total) (Van Leur, 1955, p. 235). Otra estimación sin fecha arroja una cantidad de 98.000 toneladas, de las que 50.000 son de Indonesia y 48.000 pertenecen a otras regiones, que el autor distribuye de la siguiente manera: China, 18 por ciento; Siam, 8 por ciento; India occidental, 8 por ciento; noroeste de la India, 20 por ciento; Coromandel, 20 por ciento; Aceh, 0,6 por ciento; Pegu (en Birmania), 10 por ciento, y Portugal, 6 por ciento, además de otro 10 por ciento de comercio con Japón (Van Leur, 1955, p. 212).

Incluso en el siglo XVIII, el grueso de las exportaciones de especias iba dirigido a China, y era un comercio en su mayoría en manos de asiáticos. De forma destacada, en el sureste asiático estas «manos» –y sus correspondientes cabezas– incluían normalmente mujeres que viajaban de modo regular en barcos mercantes y se dedicaban al comercio al por mayor así como a otras transacciones comerciales domésticas y exteriores. Significativamente sin embargo, buena parte del comercio con China estaba en manos no de nativos del sureste asiático (y por supuesto no de europeos) sino de chinos. Manila y Batavia han sido bautizadas como «ciudades coloniales chinas» (Wills, 1993, pp. 99 y 100). Muchos chinos se asentaban también en ellas como artesanos y mercaderes hasta conformar la diáspora ultramarina aún hoy existente de chinos en el sureste asiático (Tarling, 1992, pp. 493-497).

Los juncos chinos procedentes de las provincias de Guangdong, Szechuán, Fujian, Chequián, y Kiannan comerciaban con Japón, las Islas Filipinas, las Islas Zulú, Sulawesi, Célebes, Molucas, Kalamatanon-Borneo, Java, Sumatra, Singapur, Rhio, la costa oriental de la península de Malaya, Siam, la Cochinchina, Camboya y Tonkín. La ruta costera oriental conectaba Fujián, situada frente a Taiwán, con las Islas Filipinas e Indonesia. La ruta occidental conectaba especialmente Guangdong a lo largo de la costa con el interior del sureste asiático. De las 222 embarcaciones pequeñas registradas en una ocasión (sin fecha exacta pero seguramente no mucho después del año 1800), un 20 por ciento fue a Japón, la Cochinchina y Tonkín; y alrededor de un 10 por ciento a las Filipinas, Borneo, Sumatra, Singapur y Camboya. Además muchas embarcaciones pequeñas partían en dirección a la isla de Hainan (Hamashita, 1994 a, p. 99).

Tierra firme. Este repaso al comercio entre el sureste asiático y otras regiones ha dado más protagonismo a las islas y las regiones del archipiélago que a las interiores al continente y más al transporte marítimo que al comercio terrestre. La razón no se debe a que el primero fuera mucho más activo e importante que el segundo, sino a que la evidencia es mucho más abundante en un caso que en otro. El comercio marítimo era mucho más interesante para los europeos, los cuales registraban datos relativos a él, y asimismo más recientemente la arqueología histórica, en especial la subacuática, se ha centrado también en estas regiones. Sin embargo, Birmania, Siam y Vietnam también mantenían entre sí relaciones de comercio de largo alcance de tipo marítimo, fluvial y terrestre por caravanas tanto entre sí como con los archipiélagos del sureste asiático, y con más vigor aún tal vez con la India y China (véase el mapa 2.5). Pero este comercio ha dejado menos huellas documentales, o al menos éstas no han sido sometidas suficientemente a análisis por los expertos académicos y cronistas de los siglos XIX y XX. Dado que la mayoría de estos registros documentales no se encuentran al alcance de mis posibilidades físicas y de conocimientos de idiomas, en este punto me remito a mencionar las investigaciones todavía en marcha y los análisis de la literatura que ofrecen Sun Laichen (1994 a y b) y Lourido (1996 a y b).

Sun (1994 a) registra tres períodos particularmente activos para el comercio entre Birmania y China, tras la conquista por los Yuan a fines del siglo XIII, otro a fines del siglo XIV y comienzos del XV (que se corresponde con mis propias observaciones sobre la expansión de la producción y el comercio desde el 1400 en muchos otros lugares), y una más que dio comienzo a fines del siglo XVIII. Aunque el comercio con China adoptó también la forma de misiones «tributarias» (que se analizan en el apartado sobre China un poco más adelante), Sun subraya que los contemporáneos así como otros observadores posteriores tenían bastante conciencia de sus motivaciones comerciales. Cualquier interrupción temporal de este comercio por razones políticas o climáticas hacía que en Birmania «la gente se quedase privada de lo necesario para la vida cotidiana». Esta región importaba seda, sal y utensilios de cobre y hierro, armas y pólvora así como telas, raso, terciopelos, brocados, cordajes, alfombras, papel, frutas, té y dinero en moneda de cobre procedente de China. A cambio, Birmania exportaba ámbar, rubíes y otras piedras preciosas, jade, marfil, pescado, nidos de aves, aletas de tiburón, azúcares, jaspe,

catechu, nueces de betel, tabaco y sin duda a la altura del siglo XVIII pero seguramente desde antes algodón en bruto de China.

Las fuentes que utiliza Sun registran la proliferación de largas caravanas de animales de carga, 30 barcos que surcaban el río Irrawaddy y entre 100 y 150 barcos que se dedicaban al comercio de Birmania con China. De manera que en términos de valor, el abundante comercio marítimo de Birmania era dos o tres veces el que constituía su más bien escaso comercio terrestre por caravana, parte del cual era también presumiblemente en forma de contrabando de importaciones de metales prohibidos y exportación de armas procedentes de China. Este comercio se hallaba a su vez unido a numerosas ferias de comercio de Birmania que se celebraban a diario por ejemplo en Mong Mit a pequeña escala y cada cinco días a mayor escala. Además de esto, las minas de Birmania atraían a emprendedores, mercaderes y trabajadores chinos por varias decenas de miles, los cuales producían metales tanto para el mercado doméstico como para su exportación a China. Esto permitía a Birmania cubrir lo que de lo contrario sería una balanza de comercio y de pagos desfavorable que, al igual que su comercio interno, se fue progresivamente monetarizando a través de moneda de cobre y caurís, pero también de plata convertida en moneda.

Relaciones de comercio y migraciones del mismo tipo florecieron también entre Vietnam y China. Vietnam importaba seda, azúcar, té, tejidos, zapatos, medias, papel, tintes, lámparas de aceite, nueces de betel, caramelos y medicinas así como la habitual moneda de cobre. Vietnam por su parte exportaba madera, bambú, sulfuros, medicamentos, tintes, sal, arroz y plomo. La minería estaba aún más extendida en Vietnam que en Birmania y de ella se extraía cobre, plomo y probablemente cinc y plata, parte de la cual se exportaba también a China. Los mineros y los artesanos relacionados con esta actividad supuestamente llegaban en Vietnam a ser varios cientos de miles, muchos de los cuales eran chinos expulsados por el creciente desempleo y la pobreza en sus lugares de origen que se veían atraídos por las oportunidades que ofrecía Vietnam y otras regiones del sureste asiático (Sun, 1994 a).

El comercio de Siam merece una especial consideración. No sólo se concentraba mayoritariamente en el mercado chino sino que se realizaba en embarcaciones pequeñas y juncos chinos o en barcos de Siam pero manejados por tripulaciones chinas y era considerado comercio «interior» incluso por las propias autoridades chinas (Cushman, 1993). La pauta de comercio era la habitual. Siam exportaba mercancías, en especial arroz, algodón, azúcar, latón, maderas de distintos tipos, pimienta, cárdamo y algunos bienes de lujo de gran valor como marfil, cuerno de rinoceronte, madera de sappan, benzoina y pieles de venado y tigre, pero también plomo y plata. El principal valor añadido era probablemente la producción y exportación de barcos de Siam. Jennifer Cushman (1993, p. 78) explica que «las exportaciones de Siam no deben ser vistas como una pequeña serie de productos de lujo marginales sino que estaba centrada en productos al por mayor dirigidos bien al

consumo popular o bien a la manufactura de productos de consumo por parte de los chinos». Las exportaciones chinas eran ante todo manufacturas como cerámicas, textiles, abanicos, papel y libros, objetos de bronce y cobre y frutas en conserva para consumo popular en Siam.

Los puertos de Siam y en especial el de Ayutthaya (fluvial, al norte de Bangkok) servían también de importantes emporios para el transporte interregional norte-sur y este-oeste. Sin embargo, al igual que en el resto del sureste asiático, otra «exportación» relevante desde China a Siam, especialmente procedente de la región de Fujian, eran personas: trabajadores, artesanos, empresarios y comerciantes (Viraphol, 1977; Cushman, 1993).

En resumen, por su posición en el comercio internacional, el sureste asiático exportaba especias y latón de producción propia a Europa, el Asia occidental y la India. También reexportaba importaciones procedentes de la India en dirección a China, su principal cliente, con un montante ocho veces mayor que Europa. De forma adicional, el sureste asiático exportaba productos del bosque, algodón y oro de producción propia a la India, China y Japón. A cambio recibía plata de la India, parte de la cual reexportaba a China vía Malaca. De manera que el sureste asiático contaba con un excedente en su balanza comercial con la India (y por supuesto con el Asia occidental y con Europa) pero en cambio un déficit de balanza comercial con China.

Las consecuencias económicas a escala «doméstica» de esta situación las sintetiza adecuadamente Reid:

> Todo el período 1400-1630 fue de rápida monetarización y comercialización de la economía, que asistió a la mayor expansión en el período entre 1570 y 1630. Desde cualquier estándar contemporáneo, una gran proporción de población se orientó a la producción y comercialización de productos para la economía mundial y vino a apoyarse en las importaciones de larga distancia de productos de consumo cotidiano como textiles, cerámica, utensilios y moneda. El comercio ocupaba una proporción relativamente elevada (de nuevo según los estándares europeos) del ingreso nacional del sureste asiático e hizo posible un grado de urbanización probablemente superior al que se alcanzaría más tarde de nuevo antes del siglo XX. Dentro de estas ciudades había comunidades plenamente dedicadas al comercio y el intercambio, e instituciones tales como préstamos al comercio por mayor, reparto de beneficios y préstamo con interés se hallaban bien establecidas. En una serie de áreas cruciales, sin embargo, China, la India y Japón estaban más avanzadas económicamente que el sureste asiático, si bien sus técnicas [incluida una embrionaria banca] eran bien conocidas para muchos habitantes urbanos de estas zonas (Reid, 1993, p. 129).

No obstante, el sureste asiático poseía también un sistema financiero con un «mercado de dinero sofisticado y fiable» en el que podían solicitarse préstamos a tasas de interés de alrededor del 2 por ciento mensual, una proporción similar a la de la media de los préstamos que se concedían en Europa en la

misma época (Reid, 1990, p. 89; Tarling, 1992, p. 479). (La «revolución real» de Europa había sido, como sugiere Cipolla [1976, pp. 211-212], la abrupta caída del precio del interés del dinero debida al gran aumento de la oferta de éste por la llegada de los metales de América.)

Las contribuciones productivas de la Manila de los españoles en Filipinas y de Vietnam y Taiwán así como de la Macao portuguesa en la costa del sur de China fueron mucho más modestas que otras zonas del sureste asiático. Sin embargo, aportaron importantes actividades en tanto que emporios comerciales, en especial en el comercio con China y Japón. Los navíos chinos que comerciaban con Manila alcanzaban ellos solos la cifra de entre 30 y 50 por año. Más del 60 por ciento de las importaciones de México a través del Pacífico eran de origen chino e incluían azogue, que era siempre escaso pero resultaba esencial para la minería y el refinado de la plata de América (parte de la cual regresaba después a China). Para promover este comercio a comienzos del siglo XVI Manila contaba con más de 27.000 (algunos hablan de 30.000) residentes del origen chino. Éstos fueron sin embargo víctimas de una serie de pogromos, y alrededor de 23.000 (algunos suben la cifra hasta 25.000) fueron masacrados en 1603 y de nuevo en 1640 (Yan, 1991; Quiason, 1991). Las funciones de estos emporios en la transferencia de dinero son analizadas en el capítulo 3.

Japón

Las investigaciones más recientes ofrecen

> evidencias de que en Japón ya en el siglo XIII se estaban produciendo importantes desarrollos económicos. Diversos académicos han mostrado que Japón se hallaba profundamente implicado en una red de comercio exterior con otras partes de Asia ya en esta época (...) El comercio con China y Corea pasó a ser una parte importante de la economía japonesa (...) Durante los siglos XV y XVI el comercio exterior creció con rapidez en intensidad y las operaciones mercantiles se extendieron a otras partes del Extremo Oriente, llegando incluso a los estrechos de Malaca (Sanderson, 1995, p. 153).

Corea, Japón y las islas Ryukyu, que se extienden unos 800 kilómetros al sur de Japón y frente a las costas de China, se hallaban dentro del primer círculo del sistema tributario de centro-periferia de China. Sin embargo, los japoneses eran también serios competidores potenciales de China y trataban de presionar a favor de todas sus ventajas comparativas, en particular cuando China experimentaba «tiempos revueltos» tales como los producidos por las invasiones mongolas o por otros problemas internos. Stephen Sanderson subraya también que «al parecer Japón se estaba insertando en un vigoroso comercio del Extremo Oriente esencialmente al mismo tiempo que la China de las dinastías Sung y comienzos de la Ming se estaba retirando del comercio mundial y asistiendo a una decadencia económica. Estos procesos se encuentran evidentemente interrelacionados. Se creó un enorme vacío económico, y Japón reaccionó con reflejos y vino a llenarlo. Japón cogió impulso cuando China se relajó» (Sanderson, 1995, p. 154).

A partir de 1560, Japón se convirtió en un productor y exportador de primer orden de plata y después cobre a China y al sudeste asiático, pero también de algo de oro y considerables cantidades de sulfuro, así como de bienes como alcanfor, hierro, espadas, esmaltes, muebles, sake, té y arroz de alta calidad en dirección a lugares tan alejados como la India y el Asia occidental. A cambio de esto, Japón recibía de Corea, China y el sureste asiático sedas chinas y textiles de algodón de la India así como toda una gama de otros bienes de producción y consumo como plomo, latón, maderas, tintes, azúcar, pieles y azogue (empleado para fundir su propia plata). Tal y como sugiere Satoshi Ikeda (1996) las posiciones geográficas de los japoneses y los europeos eran análogas con respecto a Asia y especialmente a China: importaban manufacturas de ésta y exportaban plata para pagarlas (si bien Japón producía domésticamente su plata, mientras que Europa la obtenía del saqueo de sus colonias americanas). El grueso de los cargamentos japoneses de plata se transportaba en barcos chinos y sólo una parte del total comenzó a ser primero transportada por portugueses y posteriormente por holandeses que vinieron a tratar de hacerse con la plata, el cobre y otras exportaciones de Japón. Los comerciantes radicados en las Ryuku y sus barcos funcionaban también como intermediarios tanto con China como con el sureste asiático. Japón estableció asimismo un negocio de producción doméstica y exportación de cerámica que competía con la producción china. Aprovechándose de la transición de la dinastía Ming a la Ching y de los disturbios temporales de la China meridional, Japón redujo desde 1675 sus importaciones de cerámica de China un 80 por ciento y desde 1658 se convirtió ella misma en una importante exportadora tanto hacia los mercados asiáticos y del Golfo Pérsico como hacia los europeos.

Reid (1993) llama la atención sobre que el los siglos XVII y XVIII los avances económicos de Japón estaban a la altura de los de los países europeos más avanzados.

> Para Japón el período 1570-1630 constituyó un tiempo muy singular en el que el país se unificó, las ciudades prosperaron como núcleos de un floreciente mercado interior y se extrajeron excepcionales cantidades de plata de las minas, que conformaron la base de un vigoroso comercio con el sureste asiático. Los navíos japoneses tenían aún prohibido comerciar directamente con China, de manera que el intercambio de plata japonesa por seda china y otros bienes tenía que realizarse en puertos del sureste asiático, especialmente Manila y Hoi-An (conocida en occidente como Fiafo, en el Vietnam central). A lo largo del período 1604-1635 alrededor de diez barcos japoneses por año

> recibían licencia para comerciar con el sur, la mayor parte de ellos en dirección a Vietnam (124 barcos en un periodo de treinta y un años), Filipinas (56) y Siam (56). En 1635 esta actividad se detuvo abruptamente (...) [pero] el comercio japonés se mantuvo en cuotas muy elevadas todo el siglo, si bien sometido al control estricto de los comerciantes holandeses y chinos que operaban en Nagasaki (Tarling, 1992, pp. 467-468).

No obstante, se estima que las exportaciones japonesas llegaron a alcanzar el 10 por ciento de su PIB (Howe, 1996, p. 40). Entre 1604 y 1635 los japoneses registraron oficialmente la salida de 355 barcos en dirección al sureste asiático, donde los japoneses controlaban el comercio en dirección a Siam (Klein, 1989, p. 76). En ese mismo período más o menos, las importaciones japonesas de seda china se cuadruplicaron hasta alcanzar 400.000 kilos, e incluso después de la crisis económica y política china de mediados de siglo, en la década de 1650, cada año llegaban a Nagasaki 200 barcos (Howe, 1996, pp. 37 y 24).

La población de Japón se duplicó, pasando de 16 millones en 1500 a entre 26 y 32 millones en 1750 (véanse las tablas 4.1 y 4.2). Sin embargo, Christopher Howe (1996) defiende que la población crecía a una tasa del 0,8 por ciento anual, lo que implica que se dobló con creces sólo entre 1600 y 1720. El estudio demográfico anterior a cargo de Susan Hanley y Kozo Yamamura (1977) cifró la población de 1721 en 26 millones. Las fuentes muestran en fin que la población se estabilizó en Japón.

El curso del desarrollo económico japonés en la segunda mitad del siglo XVII y durante el XVIII ha estado sometido a cierto debate. La investigación reciente ha revisado el consenso anterior que planteaba que el «aislamiento» dio como resultado el «estancamiento». Aunque la población se estabilizó en Japón (mientras que siguió creciendo en el resto de Asia), la producción agrícola y de otro tipo continuó creciendo. Por consiguiente, el ingreso per capita aumentó durante el siglo XVIII según los cálculos más recientes de Hanley y Yamamura (1977) y Howe (1996).

Howe (1996) sigue defendiendo la tesis de que el comercio internacional japonés decayó especialmente después de 1688 y se mantuvo en niveles bajos por todo el siglo XVIII. Sin embargo, Ikeda (1996) informa de los resultados de investigaciones japonesas más recientes que muestran que la política de aislamiento no tuvo en modo alguno como efecto un descenso del comercio exterior. Las importaciones de seda china se mantuvieron, y de hecho incluso aumentaron hasta 1660, y no dejaron de producirse hasta 1770. Más aún, las importaciones de seda a través de Corea y las Ryukyu llegaron en ocasiones a superar las que realizaban a través de Nagasaki, y el comercio no autorizado con el sur de China se mantuvo al margen del control oficial. También continuó floreciendo el comercio entre Japón y el sureste asiático, incluso con Birmania. Frente a lo que se pensaba antaño, parece ser que incluso las exportaciones de plata japonesa siguieron manteniéndose hasta mediados del siglo XVIII. Por supuesto, barcos extranjeros, especialmente procedentes de China, siguieron acercándose a Japón.

En conclusión, la población de Japón creció a gran velocidad y se estabilizó a continuación, y su economía se comercializó y urbanizó de forma extensa, tal y como atestiguan toda una serie de fuentes (por ejemplo, *The Cambridge History of Japan* editada por John Hall, 1991). Trataré el asunto del crecimiento de la población de Japón y algunas de sus instituciones en el capítulo 4. En este apartado sólo quiero subrayar la espectacular urbanización japonesa. En el siglo y medio posterior a 1550 el número de ciudades con más de 100.000 habitantes aumentó de uno a cinco. A la altura del siglo XVIII la población urbana de Japón era más elevada que en la China o la Europa de ese tiempo. Osaka/Kyoto y Edo (hoy Tokio) tenían ambas poblaciones de al menos un millón, y esta última llegaba hasta un millón trescientos mil habitantes (Howe, 1996, p. 55). A fines del siglo XVIII, entre un 15 y un 20 por ciento de la población vivía en ciudades (Howe, 1996, p. 55, véase también p. 66), y el 6 por ciento de la población –o hasta entre el 10 y el 13 por ciento según Sanderson (1995, p. 151 citando a Spencer)– vivía en ciudades de más de 100.000 habitantes, mientras que esa cifra era de sólo un 2 por ciento en Europa (Hall, 1991, p. 519). De hecho, con sólo un 3 por ciento del total de población mundial, Japón albergaba un 8 por ciento del total de habitantes en ciudades de más de 100.000 habitantes en todo el mundo. De manera que de acuerdo con la evidencia, la imagen del Japón Tokugawa e incluso del anterior como «estancado» y «cerrado», por no decir «feudal», debe ser rechazada. Deberíamos de hecho revisar incluso la idea de que la llegada del Comodoro Perry vino a «abrir» Japón en 1853 y que la Restauración Meiji de 1868 implicó una abrupta ruptura con el pasado Tokugawa. Al igual que la Roma antigua, el Japón moderno no se construyó en un día, ni siquiera en un siglo.

China

La China de las dinastías Ming y Ching experimentó impresionantes incrementos de producción, consumo y población que sólo fueron brevemente interrumpidos durante el tiempo que duró la transición entre dinastías a mediados del siglo XVII. Esta última cuestión se analiza en el capítulo 5 más adelante. En este apartado examino sólo algunos aspectos de la producción y el comercio de China y en especial el lugar que ocupaban y la función que desempeñaban en la economía mundial entendida como un todo. China había sido sin duda la región económicamente más avanzada del mundo bajo la dinastía Song en los siglos XI y XII. Hasta qué punto esto puede haber cambiado por causa de la invasión de los mongoles y durante la dinastía Yuan es algo que se encuentra más allá del ámbito de interés de este libro. La cues-

ción que hemos de plantearnos, sin embargo, es el lugar y el rol desempeñado a escala mundial por la economía china en las eras Ming y Ching, entre 1400 y 1800. La evidencia que se presenta a continuación cuestiona el supuesto extendido según el cual China era un universo económico encerrado en sí mismo, especialmente tras el abandono por parte de la dinastía Ming de su expansión naval en el siglo XV y tras la imposición por la dinastía Ching de restricciones al comercio marítimo en el siglo XVII.

Es cierto que la expansión marítima china, especialmente la promovida por Zheng He a partir de 1403, se detuvo en 1434. Las razones de este fenómeno han estado sujetas a mucha especulación, pero tanto la expansión anterior como el retroceso posterior estuvieron sin duda relacionadas con las relaciones de China con los mongoles y otros pueblos en la zona del noreste continental y al traslado por la dinastía Ming de la capital a Pekín, situada cerca de la frontera con el fin de controlar mejor la renovada amenaza de los mongoles. La apertura del Gran Canal de China en 1411 para abastecer de arroz desde los centros de producción y población del delta del Yangtze sobre todo a la distante Pekín y los puestos fronterizos disminuyó también la anterior dependencia de la ruta marítima costera y por tanto la marina mercante y la de guerra. Los conflictos de intereses económicos y políticos entre las orientaciones e intereses marítimos meridionales y septentrionales terrestres fueron resolviéndose crecientemente a favor de estos últimos. La amenaza simultánea y creciente de piratas japoneses pero también chinos y del contrabando por mar reforzó las opciones de quienes buscaban sus fortunas en tierra y llevó a la imposición de restricciones mayores sobre el comercio marítimo hasta que –dando reconocimiento a intereses del sur, especialmente en Fujián– fueron de nuevo suspendidas en 1567. Al mismo tiempo, en 1571 China se retiró de la confrontación con los mongoles del Asia interior, redujo el tamaño de su ejército en más de dos tercios y viró (de nuevo) hacia una política de apaciguamiento negociado con los nómadas de su frontera noroccidental.

Sin embargo el comercio marítimo suroriental no se detuvo jamás. De hecho, el comercio ilegal, que pronto se mezcló con la piratería «japonesa» (pero en realidad más bien china) prosperó tanto que su volumen excedía con mucho el comercio «tributario» oficial (Hall, 1991, p. 238). El comercio con y desde la costa del sudeste de China experimentó pequeñas explosiones periódicamente renovadas y revivió y prosperó entre alrededor de 1570 y alrededor de 1630, momento en el que la Hacienda china también cayó en picado (esto se analiza en el capítulo 5).

Población, producción y comercio. Las estimaciones sobre la población en la dinastía Ming son heterogéneas. El censo de 1393 habla de 60 millones de habitantes, pero la cantidad real era seguramente más elevada (Brook, 1998). Para 1500 William Atwell (1982) sugiere la cantidad de 100 millones. Otros ofrecen esa estimación para un siglo más tarde. Sin embargo, para esa fecha de 1600 John King Fairbank (1992, p. 168) habla de 150 millones, y Timothy Brook (1998) considera posible elevarla hasta 175 millones. El meticuloso estudio de Ho Ping-ti (1959) titulado *Studies on the Population of China* [Estudios sobre la población de China] sugiere que la población real en casi todos los casos superaba las cifras oficiales, y a la altura de 1470 lo hacía hasta en un 20 por ciento (Ho Ping-ti, 1959, p. 46). Todas las fuentes están de acuerdo en que la población se duplicó e incluso aumentó esta distancia durante el gobierno de los Ming, época en la que la economía china se expandió con rapidez. Tras la crisis de mediados del siglo XVII (analizada en el capítulo 5) se reanudó el crecimiento de la población, la urbanización y la producción. Las estimaciones de la población en conjunto que ofrece la tabla 4.1 son de 125 millones en 1500 (la estimación más baja, en la tabla 4.2, es de 100 millones), 270 (o 207) millones en 1750 y 345 (o 315) en 1800. De manera que en estos tres siglos la población china puede que llegara a triplicarse, lo cual implica un ritmo de crecimiento muy superior al de Europa. Había ciudades de gran tamaño (aunque no menores a las que proliferaron medio milenio antes, durante la dinastía Song), como Nanking con un millón de habitantes y Pekín con una cantidad superior a los 600.000 a fines de la dinastía Ming, a comienzos del siglo XVII. Hacia 1800 Cantón (hoy Guangzhou) y su vecina ciudad hermana Foshan contaban juntas con un millón y medio de habitantes (Marks, 1997 a), una cifra que equipara la población urbana agregada de toda Europa occidental.

Este crecimiento de la producción y la población en China fue activado por las importaciones de plata de la América hispánica y Japón, y se apoyó primero en la introducción de arroz de maduración temprana que permitía obtener dos cosechas al año y después por la expansión de la tierra cultivable y las cosechas de alimentos a través de la introducción del maíz y la patata de procedencia americana, que podían ser plantados donde el arroz no rendía buenas cosechas. Entre comienzos y mediados del siglo XVII, la economía y la política se encontraron sin embargo temporalmente ante problemas, en parte tal vez debido a este crecimiento demográfico pero también por razones climáticas (véase capítulo 5). La población y la producción disminuyeron e incluso temporalmente se contrajeron, pero volvieron a recuperarse hacia fines del siglo XVII y experimentaron una aceleración por todo el siglo XVIII, hasta alcanzar unos 300 millones hacia 1800, el triple que trescientos años antes (Eberhard, 1977, p. 274).

Un resumen adecuado de la expansión agrícola, comercial e industrial de China lo ofrece Bin Wong:

> Los rasgos generales de producción de cosechas comerciales, manufacturas y comercio son bien conocidos en la literatura china y japonesa (...) Los más reconocibles son la expansión de las industrias de algodón y seda de la rivera baja del Yangtze cerca de Shanghai, las dos industrias manufactureras principales que junto con el arroz y

otras cosechas comerciales crearon la más rica economía regional de China. Para alimentar a la población de esta área, el arroz cultivado en las provincias más al norte como Anhui, Jianzxi, Hubei y especialmente Hunán y Sichuán es transportado por el río Yangtze. Otras cosechas comerciales y productos artesanos como algodón, índigo, tabaco, cerámica y papel, emergen en partes de estas provincias conforme los mercados en expansión conectan cantidades cada vez mayores de localidades.

La expansión fue más destacada en el río Yangtze, pero no se circunscribía a esta área. En la China meridional y del sureste, las cosechas comerciales y la artesanía se expandieron por diversas zonas. El delta del río Perla en Guangdong producía caña de azúcar, frutas, seda, algodón, utillajes de hierro y aceite de sésamo y de planta de tung. A lo largo de la costa del sureste, en el siglo XVI los lazos del comercio estimulaban la producción de cosechas de té y azúcar para el comercio (Wong, 1997).

Lingnan, en la China meridional, y en particular las provincias de Guangdong y Guanxi, así como Fujian, fueron prosperando. El crecimiento económico de estas provincias se vio estimulado por el comercio internacional, especialmente por la exportación de seda y porcelana a cambio de plata. Puede que un gobernador provincial exagerase cuando dijo que había mil barcos que iban y venían desde Guangdong cada año, pero un capitán inglés hizo referencia a quinientos juncos y embarcaciones pequeñas en aguas de Guangzhou en 1703 (Marks, 1996, p. 62). Robert Marks analiza el impacto de este comercio exterior sobre el comercio interior, la comercialización de la agricultura y el medio ambiente durante el siglo XVI y a través del XVIII hasta el siglo XIX. En las últimas cuatro décadas del siglo XVI el número de mercados de alimentos aumentó en Guangdong un 75 por ciento, mucho más velozmente que la población (Marks, 1996, p. 61). Marks resume lo siguiente:

> La comercialización de la economía era una potente fuerza con impacto sobre el paisaje. Los campesinos agricultores no sólo se dedicaron a cubrir las terrazas de arroz en el río de las Perlas para dar paso a piscinas de pescado y de huertos de morera [que eran necesarios para alimentar los gusanos de seda de manera que se apoyaban entre sí en términos productivos, comerciales y hasta cierto punto ecológicos] sino que la consiguiente necesidad de alimentos convirtió buena parte de la tierra de orientación agrícola en el resto de Lingnan en una región de monocultivo y orientación hacia la exportación (...) Los campesinos del delta del río de las Perlas cultivaban cosechas comerciales que no eran de productos alimenticios, empujando la producción de arroz hacia los valles fluviales. Allí, los campesinos cultivadores subsistían gracias a la batata y el maíz cultivados en tierras más marginales sobre las colinas, transportando arroz cultivado en terrazas de inundación corriente abajo en dirección al delta del río de las Perlas (...) [Sin embargo] el sistema en conjunto no era sostenible sin inversiones cada vez mayores procedentes del exterior (Marks, 1996, p. 76).

Sin embargo, el arroz pasó en cualquier caso a ser una producción aquejada de escasez. La agricultura comercializada, si se incluye la caña de azúcar y durante un tiempo el algodón, ocupaba hasta la mitad de la superficie cultivable en Guangdong, región que a comienzos del siglo XVIII producía sólo la mitad del arroz que necesitaba. Por consiguiente, había que importar de otros lugares, entre ellos el sureste asiático, cantidades cada vez mayores de arroz. En respuesta a ello, el gobierno central de Pekín ofrecía más incentivos en forma de exenciones fiscales para promover la conversión de tierras cultivables y el desmonte. Esto llevó a una creciente deforestación, erosión de los suelos y otros daños de tipo ecológico.

China en la economía mundial. Dos factores interrelacionados, mencionados más arriba en la discusión sobre las pautas de comercio, fueron tal vez de la mayor importancia para la economía mundial. Uno era la preeminencia económica de China a escala mundial en la producción y la exportación. China carecía de rival en la producción de porcelana y tenía pocos rivales en la de seda, su principal producto de exportación, que iba dirigido a otros compradores dentro de Asia y secundariamente hacia el mercado de Manila y América (Flynn y Giráldez, 1996). El otro factor relevante, subrayado también por Dennis Flynn y Arturo Giráldez (1994, 1995 a y b) era la posición y función de China como «sumidero» último de la producción mundial de plata. Por supuesto, se trataba de factores interrelacionados en el sentido de que el permanente excedente de exportaciones de China (hasta mediados del siglo XIX) se apoyaba en primer término en el pago que los extranjeros hacían en plata de las importaciones chinas.

Sin embargo, la capacidad de atracción de plata por parte de China tenía otra fuente añadida: los Ming abandonaron la dependencia del papel moneda propia de los poderes en la era Yuan e incluso de la primera etapa de la era Song. En tiempos de crisis, la emisión de papel moneda había sido excesiva, dando lugar a tendencias inflacionarias. Los Ming no continuaron con la emisión y más tarde incluso acabaron con el papel moneda y se apoyaron en moneda de cobre y en lingotes de plata. Más aún, al principio una parte y con el tiempo todos los pagos al estado se transformaron en un solo impuesto «de una vez» en plata. Esta demanda pública china de plata y el mayor tamaño y la productividad de la economía china y su consiguiente excedente de exportaciones generaron una enorme demanda y un aumento del precio de la plata del resto del mundo.

Por consiguiente, Flynn y Giráldez (1994, p. 72) no exageran cuando escriben que «no hubiera tenido lugar una "revolución de los precios" como la que ocurrió en Europa y China ni se hubiera mantenido un imperio español [que vivía de sus ventas de plata] si no llega a producirse a principios de la Edad Moderna la transformación de la sociedad china en una sociedad basada en la plata». Esto es sin duda así, salvo que la producción de bienes en la propia China tuvo en general suficiente capacidad de respuesta como para mantener la inflación bajo control, según argumentaré en el capítulo 3.

Primero los portugueses y después los holandeses llegaron a los puertos del Extremo Oriente para beneficiarse de la expansión china (y japonesa) actuando de intermediarios en el comercio entre China y sus vecinos. Por supuesto, ellos y otros también introdujeron en China una serie de importantes cultivos americanos, algunos de los cuales como el maíz y el tabaco aumentarían considerablemente la producción y el consumo de productos agrícolas en China.

Podemos ahora preguntarnos dónde y cómo se insertaba la vasta y muy productiva economía china dentro de la economía mundial. Ya he llamado la atención sobre las exportaciones chinas de seda, porcelana y azogue y, a partir de 1600, de té. Sin embargo, China era también la fuente del cinc y el níquel, empleados ambos como aleación para la producción de monedas en todas partes. Botero, un observador de la época, señaló que «la cantidad de seda que sale de China es verdaderamente increíble. Mil quintales de seda al año llegan hasta las Indias portuguesas, y en dirección a Filipinas parten quince barcos. A Japón se transporta también una cantidad incalculable (...)» (citado por Adshead, 1988, p. 217).

La China Ming poseía un virtual monopolio de porcelana y otras cerámicas (que siguen hoy llamándose con el nombre de porcelana china) en el mercado mundial. No obstante, el 80 por ciento de la cerámica china se consumía en Asia, incluyendo un 20 por ciento que se exportaba a Japón, y un 16 por ciento en volumen –pero hasta un 50 por ciento en valor– de productos de alta calidad a Europa. Sin embargo, la transición entre las eras Ming y Ching generó un declive de más de dos tercios en las exportaciones de cerámica desde 1645. De forma excepcional durante los años 1645-1662, la familia Zheng establecida en Fujian, que se mantuvo aún leal a los Ming, tuvo un control casi absoluto sobre este comercio de exportación entonces mucho más reducido. La reducción en el comercio de exportación se mantuvo hasta 1682, después de lo cual se recuperó tanto en términos absolutos como en menor medida en términos relativos. Entretanto, Japón y a partir de 1662 la ciudad de Tonkín en Vietnam pasaron a ocupar una posición también central como exportadores principales (Ho Chuimei, 1994, pp. 36-47). Por resumirlo mucho, Tonkín también vendía excedentes de seda a los holandeses para ser vendidos en Japón a cambio de plata (Klein, 1989, p. 80). China transportaba también seda a Batavia para su reexportación a Japón, junto con seda que venía de Bengala. A cambio, China importaba textiles de algodón de la India (parte de los cuales eran para reexportación), especias, madera de sándalo y otras maderas para barcos o incluso barcos enteros ya construidos procedentes del sureste asiático, así como plata de todas partes. Al mismo tiempo, China producía también enormes cantidades de textiles de algodón para sí así como para exportación a Europa. Los jesuitas que visitaban Shanghai a fines del siglo XVII estimaban que ella sola contaba con 200.000 tejedores de algodón y 600.000 hiladores a los que se abastecía de hilo en bruto (Ho Chuimei, 1959, p. 201).

Takeshi Hamashita (1988 y 1994 b) ha propuesto recientemente en sus artículos «The Tribute Trade System and Modern Asia» [El sistema de comercio tributario y el Asia Moderna] y «Japan and China in the 19th and 20th Centuries» [Japón y China en los siglos XIX y XX] una interesante interpretación que plantea que China representaba una economía mundial separada dentro de Asia. Hamashita (1988, pp. 7-8) argumenta que hay que concebir «la historia de Asia [como] la historia de un sistema unificado caracterizado por relaciones tributarias y de tributación-comercio, cuyo centro estaba ocupado por China (...) [que era] un ente orgánico con relaciones centro-periferia hacia el Asia del sureste, del noreste, del centro y del noroeste (...) conectado con el área contigua del comercio de la India». Hamashita centra su análisis en el antiguo sistema «tributario» chino que sobrevivió hasta el siglo XIX:

> El ideal del sinocentrismo no era sólo una preocupación de China sino que se trataba de algo compartido a lo largo de toda la zona situada dentro del sistema tributario (...) Las zonas tributarias satélite que rodeaban la zona dominada por China poseían una existencia histórica propia que seguía en pie (...) De manera que todos estos países mantenían relaciones tributarias como satélites unos con otros formando nexos en una cadena continua. El otro rasgo fundamental del sistema que no hay que perder de vista es que estaba basado en transacciones comerciales. El sistema tributario se desarrollaba de hecho en paralelo o en simbiosis con la red de relaciones comerciales. Por ejemplo, el comercio entre Siam, Japón y el sur de China se había mantenido desde tiempo atrás sobre la base de los beneficios de las misiones tributarias, incluso aunque buena parte del comercio no tributario era escasamente rentable (...) La historia de la penetración comercial de los mercaderes chinos en el sureste asiático y la emigración de «chinos de ultramar» está históricamente entretejida con la construcción de esta red de comercio. La expansión comercial y la red de tributación y comercio se desarrollaron a la par. Las relaciones comerciales con el Extremo Oriente y el sureste asiático se expandieron conforme lo hicieron las relaciones comerciales. Habría que subrayar que este comercio de tributación funcionaba como un comercio intermedio entre los países europeos y los del sureste asiático (...) Las relaciones tributarias constituían de hecho una red de comercio tributario de tipo multilateral que absorbía mercancías procedentes de fuera de la red (...) Resumiendo, el conjunto de la zona tributaria y de comercio interregional poseía sus propias reglas estructurales que ejercían un control sistemático a través de la circulación de plata y tenían a China por centro del sistema tributario. Este sistema, que abarcaba el Asia oriental y del sureste se articulaba con otras zonas comerciales vecinas como la India, las regiones de dominación islámica y Europa (Hamashita, 1994 a, pp. 94, 92 y 97).

Podemos destacar especialmente que Hamashita (1988, p. 13) reconoce que «de hecho es bastante legítimo observar el intercambio tributario como una

transacción comercial (...) [que] en realidad abarcaba tanto relaciones inclusivas como competitivas extendidas en una red por una región muy amplia». De hecho, los mercaderes del Asia central tenían reputación de llevar consigo a menudo credenciales falsas como «emisarios políticos» que pagaban «tributo» como patente de corso para su comercio cotidiano. Los viajeros europeos como el jesuita Matteo Ricci habían ya señalado este asunto unos siglos antes, y los documentos de la era Ming admitían abiertamente lo mismo (Fletcher, 1968). De forma similar, los japoneses empleaban también formas tributarias de relación para disfrutar con China de un comercio rentable, y donde era posible, monopolístico. Otros autores insisten asimismo en que, fueran o no «tributarios», «los mercaderes chinos con Siam se movían siempre exclusivamente por motivaciones comerciales» (Viraphol, 1977, p. 8; véase también pp. 140 y ss.). Cushman (1993) realiza la misma observación.

Hamashita argumenta también que «los fundamentos de la compleja formación tributaria en su totalidad estaban determinados por la estructura de los precios de China y (...) la zona de comercio tributario formaba una zona integrada "basada en la plata" en la que ésta se usaba como medio de intercambio comercial» del permanente excedente comercial de China (Hamashita, 1988, p. 17).

La descripción del sistema tributario chino que hace Hamashita sigue de cerca la que aparece en los códigos institucionales de las eras Ming y Ching. En ellos se distinguía y jerarquizaba –y, en respuesta a circunstancias cambiantes, se modificaba– a distintos grupos geográficos de sujetos «tributadores» y se especificaban sus respectivos puertos permitidos de entrada. Éstos iban desde Corea a Japón en el norte pasando por distintas partes del sureste asiático en el sur y la India en el este, e incluían también Portugal y Holanda. Pese al intento ideológico de considerar el celestial Reino Medio como centro de la tierra, los chinos eran también suficientemente realistas y pragmáticos como para reconocer que el comercio y su quid pro quo eran una forma de lo que ellos gustaban denominar «tributo» y que otros les pagaban.

Por consiguiente, sin embargo, las cortes de China eran entonces (y Hamashita lo es ahora) esencialmente realistas: otros tenían preponderantemente que pagar a China por exportaciones disponibles que ésta consideraba de menor valor que las ingentes cantidades de plata, producto escaso para los chinos, transportada a China año tras año. Que estos pagos fuesen de forma ideológica etiquetados como «tributo» no alteraba su función esencial, que de hecho expresaba el «tributo» comercial en plata que otros, entre los que hay que incluir a los europeos, se veían obligados a pagar a los chinos para poder comerciar con ellos. Su clasificación de estos grupos tributadores en círculos concéntricos, con China ejerciendo de centro, puede parecernos una ordenación excesivamente ideológica, pero más bien expresaba de manera adecuada una realidad subyacente: todo el sistema de equilibrios y desequilibrios comerciales multilaterales, incluyendo los roles subsidiarios de la India y el sureste asiático frente a la superioridad industrial de China, actuaba como

un imán ¡que convertía a China en el «desagüe» último de la plata a escala mundial! Estos acuerdos de transacciones comerciales realizados en lingotes de metal (quien quiera puede llamarlos «tributo») y las relaciones centro-periferia con y entre Corea, Japón, el sureste asiático, la India, Asia occidental y Europa y sus colonias económicas desempeñaban un papel central en la economía mundial hasta el siglo XVIII. Hamashita lo denomina «cadena continua de relaciones tributarias satélite» entre estas regiones. La posición central de China probablemente permitía que su estructura interna de precios ejerciera una importante influencia –que merece más atención de la que hasta ahora ha recibido– aunque parece más dudoso que ella sola fuera capaz de «determinar» todos los precios del conjunto de Asia, y menos aún el del conjunto de la economía mundial, tal y como reclama Hamashita.

Por otra parte, Hamashita (1988, p. 18) está en lo cierto cuando insiste en que para poder entrar en cualquier forma de comercio, los europeos no tenían otra opción que participar en la previamente establecida «red de comercio tributario (...) que era la base de todas las relaciones de la región (...) [y establecer] una base dentro de él». Sin embargo, esto es decir poco más acerca del comercio de facto con China que lo que constituía la norma en todas partes dentro de Asia: la única opción que tenían los europeos era unir su vagón comercial al tren productivo y comercial asiático más grande, que venía avanzando en primera línea por una vía entonces ya bien establecida (o más bien en forma de una red de caravanas y transporte marítimo). Más aún, la «red de comercio tributario» china en el Extremo Oriente y el sureste asiático era –y lo venía siendo desde hacía ya dos mil años– parte integral de esta red económica afro-euroasiática más amplia de proporciones mundiales. Lo que hicieron los europeos fue incluir en ella también a América. Sin embargo, tal y como ha sido ya mencionado, hay también evidencia de que los chinos lo habían hecho ya ellos mismos en cierta medida –¡y precisamente con la misma finalidad de obtener medios de pago que eran escasos!– siglos antes de la llegada de Colón a América. Véase a este respecto por ejemplo el libro de Hans Breuer *Columbus was Chinese* [Colón era chino] (1972).

Los resultados económicos y financieros del «comercio chino» fueron que China contaba con un excedente en su balanza comercial con todas las demás partes del mundo, excedente basado en su imbatible superioridad productiva en la manufactura y la exportación de seda, porcelana y otras cerámicas. Por consiguiente, China, que al igual que la India padecía una permanente escasez de plata, era *el* principal importador neto de plata y equilibraba buena parte de sus necesidades de moneda corriente por medio de importaciones de plata americana, que llegaba a China a través de Europa, el Asia occidental, la India, el sureste asiático y por medio de los galeones de Manila directamente desde Acapulco. China recibía también enormes cantidades de plata y cobre desde Japón y algo también por medio del comercio terrestre de caravanas que cruzaban el Asia central (véase el capítulo 3). El oro era tanto importado como exportado desde China dependiendo de los fluctuantes ratios

de precios entre el oro, la plata y el cobre. En general a lo largo de los siglos, la plata se movía hacia el este (excepto hacia el oeste desde Japón y Acapulco vía Manila), y el oro se movía hacia el oeste (excepto hacia el este desde África) tanto por tierra como por vías marítimas. Parte del oro que se movía hacia el oeste llegaba incluso a Europa.

De manera que el orden internacional sinocéntrico absorbía también mercancías de fuera de la red «tributaria» del Asia oriental y del sureste con centro en China. Esto significa que esta red misma era parte del sistema y la economía *mundial*, y no un mundo separado y cerrado sobre sí mismo, como gustaría a Hamashita. Sin embargo, Hamashita está en lo esencial en lo cierto al igual que lo estaban los propios chinos en su perspectiva de un «orden internacional sinocéntrico (...) [que] de hecho constituía una red de comercio tributario de tipo multilateral que absorbía mercancías [en especial plata] de fuera de la red» (Hamashita, 1988, p. 14). La polémica es sólo sobre hasta dónde alcanzaba esta economía de la que China era el centro.

Ikeda (1996) apoya también buena parte de este «modelo» sinocéntrico del Extremo Oriente frente al heredado eurocentrismo y ofrece una perspectiva que se ajusta bien al resurgir de China en nuestro tiempo. Sin embargo, Ikeda se limita también a describir una segunda «economía mundial» sinocéntrica en el Extremo Oriente y el sureste asiático y apenas trata la «economía-mundo europea». Ikeda especula sobre el pasado, presente y puede que futuro glorioso de esta «economía-mundo» asiática, pero sigue siendo reticente o incapaz de ver que ambas y también otras «economías-mundo» eran todas ellas parte inseparable de una única economía-mundo global. Dicha economía global puede haber contado con varios «centros», pero si alguno de ellos (pre)dominaba sobre los otros en el sistema como un todo, éste era el centro que formaba China (¡y no el europeo!). «China, y no Europa, era el centro del mundo», escribe Brook (1998) en la introducción a su estudio sobre la economía y la sociedad en la era Ming.

Algunos otros observadores han señalado también la posibilidad de que China haya sido centro de la economía mundial en su conjunto: Frederic Wakeman (1986, pp. 4 y 17) escribe que «según Chaunu, la crisis interna de China [en el siglo XVII] puede de hecho haber contribuido a precipitar la crisis a escala global: "son los vaivenes del comercio con el continente chino los que gobiernan los vaivenes del comercio de galeones mismo" (...) La política china y la sociedad que gobernaba se mostraron por tanto capaces de recuperarse de la crisis del siglo XVII antes que cualesquier otras potencias del mundo». Dennis Flynn, que ciñe su estudio a la plata, termina también reconociendo la centralidad de China al menos en el mercado mundial de plata. Y así, Flynn y Giráldez (1995 c) reclaman que «se reserve un lugar central a China» y por extensión a su sistema tributario del Extremo Oriente, que incluía tal vez dos quintas partes de la población mundial, en el comercio mundial de plata. En otro trabajo Flynn y Giráldez (1995 b, pp. 16 y 3) continúan afirmando que «vemos la plata como una fuerza dinámica crucial subyacente a la emergencia del comercio global» y por consiguiente «nuestro argumento es que la emergencia de un nuevo régimen monetario y fiscal dentro de la China Ming fue la fuerza impulsora del comercio global durante la Edad Moderna (...) en el contexto de una economía mundial sinocéntrica». Esto era en gran medida así. Sin embargo, ni el hambre y la sed de plata de China –ni de los demás– se hubiera transformado entonces (ni hoy día) en una oferta efectiva de plata o dinero de no ser porque había (y hay) una oferta efectiva equivalente por venir, para la cual existe una demanda por parte de quienes pueden pagar el plata o en otra moneda. De manera que igualmente importante o incluso más es la circunstancia de que China producía de hecho esta oferta de bienes (entre los que hay que incluir algo de oro) gracias a la competitividad provocada por la elevada productividad y los bajos costes de sus manufacturas en el mercado mundial.

Por consiguiente, podemos y debemos ser más rotundos que Hamashita: el conjunto del orden económico mundial era literalmente sinocéntrico. Cristóbal Colón y después de él muchos otros europeos hasta Adam Smith lo sabían. Lo único que sucedió es que los europeos del siglo XIX literalmente reescribieron la historia desde su emergente perspectiva eurocéntrica. Tal y como observó Braudel, Europa inventó a los historiadores y éstos dieron un buen empleo a sus propios intereses, pero no a la precisión ni a la objetividad histórica.

Asia central

La historia del Asia central, mayoritariamente musulmana durante el período 1400 a 1800, apenas recibe atención en la *Cambridge History of Islam*:

> El Asia central se hallaba por tanto aislada desde comienzos del siglo XVI (...) y por tanto llevó una existencia marginal en la historia mundial (...) El descubrimiento de la ruta por mar al Asia oriental volvió la Ruta de la Seda cada vez más prescindible (...) Desde los umbrales de la Edad Moderna la historia del Asia central se convierte en historia provincial. Esto justifica que no se haga de ella más que un esbozo en los siglos siguientes (Holt, Lambton y Lewis, 1970, pp. 471 y 483).

Este desinterés resulta inaceptable tanto por principio como por razones de datos factuales. Para empezar, los pueblos musulmanes del Asia central e interior no se encontraban en absoluto «en los márgenes de la historia mundial» pues la dinastía Timurid descendía de Tamerlán, que estableció su capital en Samarcanda. Por otro lado, los principales estados y regímenes musulmanes de los otomanos en Turquía, los safávidas en Persia y los mogoles en la India estaban conformados por pueblos que procedían del Asia central. De hecho, los mogoles consideraban que su origen estaba en el Asia central, de donde importaban constantemente muchos burócratas de alto grado y otros

miembros de su *intelligentsia* (Foltz, 1996 y 1997). Más aún, los mongoles del Asia interior dieron origen a la dinastía «china» de los Yuan, mucha de cuya estructura administrativa fue heredada por los Ming, que fueron a su vez desplazados por los manchúes, que también procedían del Asia interior.

Al estudiar la economía y el comercio de caravanas del Asia central, Rossabi (1990, p. 352) hace referencia a su «declive» pero observa también su continuidad hasta comienzos del siglo XVII y añade que hay una «carencia de información precisa sobre este comercio». De hecho la evidencia no es tan escasa; los rusos y los habitantes del Asia central la compilaron durante la etapa soviética tal y como recoge Eli Weinerman (1993). El problema sin embargo es que la evidencia es difícil de interpretar desde el momento en que se usaba y malempleaba para debates de motivaciones generalmente ideológicas relacionados con los intereses políticos soviéticos. Para legitimar el poder soviético en el Asia central resultaba conveniente contrastarlo favorablemente con la influencia negativa del zarismo sobre «el declive del Asia central». Cuando el nacionalismo centroasiático desafió al gobierno de Moscú y éste quiso a su vez diluir aquél, los soviéticos argumentaron que incluso el gobierno zarista ruso había sido menos malo de lo que antes se había dicho. Se compiló así mucha evidencia dirigida a mostrar que el «declive» del Asia central en el siglo XVII terminó siendo superado y revertido durante el siglo XVIII. Otros debates relacionados con éste presentaban a rusos y asiáticos luchando entre sí sobre quiénes merecían ser reconocidos como agentes de la «recuperación» o/y si el «declive» anteriormente asumido no era sino ante todo un mito ruso.

De forma adicional, los debates sobre el declive y/o progreso en el Asia central eran también una función de la permanente disputa sobre los «modos de producción» y el «capitalismo». ¿Llegó el «capitalismo» a germinar y florecer por sí solo en el Asia central? ¿Fue ahogado o promovido por el colonialismo ruso? ¿Hasta qué punto el poder y/o la ideología soviéticas ha estado al servicio del anticolonialismo y del mundo «no capitalista» y posteriormente de la vía «socialista» en el «Tercer» Mundo y en el Asia central? He aquí otra ilustración más de lo erradas que resultan esas categorías como el «modo de producción»: tal y como se argumenta en los capítulos 1 y 7, son conceptos que desvían nuestra atención de lo que realmente sucedió. La motivación y connotaciones políticas e ideológicas de este debate que continúa aún activo hace que toda la «evidencia» reunida por cualquiera de las partes se muestre sospechosa de cara al empleo más «inocente» que nosotros queremos darle, aunque los que lean ruso pueden sentirse capaces de distinguir la paja del heno en ese montón de información deformada. Me veo sin embargo obligado a volver la mirada hacia otras fuentes.

Rossabi, al igual que Niels Steensgaard (1972), señala que el comercio internacional por caravanas *no* fue reemplazado por el comercio marítimo de circunnavegación por Asia. Una razón de esto es que la ruta marítima alrededor de África no disminuyó los costes de transporte, y otra es que estos costes

no eran en cualquier caso sino una parte proporcionalmente pequeña del precio final de venta de las mercancías transportadas (Menard, 1991, p. 249). Por consiguiente, el comercio portugués alrededor del Cabo de Buena Esperanza resultó breve y fue pronto reemplazado por la ruta transasiática a través del oeste y centro de ese continente. Steensgaard (1972, p. 168) estima que el consumo europeo de bienes asiáticos procedentes de caravanas alcanzaba el doble de cantidad que el que llegaba por barco dando la vuelta al cabo.

Ambos autores encuentran un declive en el comercio a través del Asia central en el siglo XVII. Rossabi atribuye este declive a dos factores principales: una profunda sequía (la llamada «pequeña Edad del Hielo») y los disturbios políticos, que incluían especialmente el que acabó con la dinastía Ming en 1644 y la reemplazó por la de los manchúes, la caída del imperio Timurid en el oeste del Asia central y los problemas de dominación de los mogoles en el norte de la India. Las misiones de comercio tributario de los chinos hacia los oasis de Tarim Basim decayeron a fines del siglo XVI y todavía más antes de 1640 durante las últimas décadas de la dominación Ming, cuando Turfan intentó también hacerse con el control de las rutas comerciales al norte de la cuenca del Tarim. Las relaciones entre mogoles y chinos se deterioraron de nuevo una vez más (Rossabi, 1975 y 1990). Sin embargo, un estudioso atribuye al menos parte de este declive también a problemas surgidos a más distancia, con los safávidas situados en el otro lado de la frontera, en Persia (Adshead, 1988, pp. 196-197).

Es fácil aceptar la observación apoyada empíricamente de Rossabi según la cual «el supuesto común de que el comercio por mar superó el comercio de caravanas merece ser matizado» (Rossabi, 1990, p. 367). Es más dudoso el reclamo que hace en la siguiente frase de que el declive del siglo XVII debe haber sido debido a «los desórdenes políticos que afectaron a la mayoría de las regiones de Asia por las que cruzaban las caravanas (...) En suma, el declive del comercio de caravanas del Asia central no puede ser atribuido solamente a consideraciones económicas». Puede que sea así, pero ¿acaso no puede ser que la relación causa-efecto se diera en sentido inverso, es decir, que la sequía y el declive económico generasen los desórdenes políticos? Esto es lo que ha sido en general el caso en otras partes y en otros tiempos, y ayudaría a explicar con bastante plausibilidad por qué «el comercio a través del noroeste de China decayó de forma considerable» (Rossabi, 1975, p. 264). En el Asia oriental y meridional, sin embargo, los problemas climáticos sólo fueron especialmente severos en la década de 1630. Tanto el inicio como el fin del siglo XVII fueron épocas de señalada expansión económica tanto en China como en la India. Esto vuelve dudosa la tesis de dicho «declive» también para el caso del Asia central. Y lo es aún más en la medida en que el comercio a través del Asia central revivió de nuevo de la mano de la expansión del comercio durante el siglo XVIII y de la «revolución comercial» que se produjo en todas partes. Steensgaard (1972) señaló que el comercio giró entonces hacia una ruta situada más al norte, entre Rusia y China.

De forma similar, Fletcher (1985) rechaza también el argumento (o más bien el supuesto) de que el comercio transcontinental fue reemplazado por el comercio marítimo, pero él encuentra un «declive económico de los nómadas» desde la década de 1660 en la Mongolia exterior. Al igual que también Steensgaard, señala el establecimiento de rutas comerciales más al norte por comerciantes rusos que abastecían también una población en aumento en Siberia. Desde 1670 los rusos fueron reemplazando progresivamente a los comerciantes «bujariots» (que no eran sólo de la ciudad de Bujara) que hasta entonces tenían bastante control sobre las rutas de larga distancia situadas más al sur a través del Asia central. Fletcher subraya tres factores adicionales: uno es el declive demográfico del siglo XVII, que fue común a buena parte de Eurasia (y que desempeña el papel principal en el análisis demográfico-estructural de la crisis de la década de 1640 y siguientes planteado por Jack Goldstone [1991 a] y que abordo más adelante). Otro factor fueron los avances en tecnología militar (es decir, en armamento), que convirtió la guerra en una actividad mucho más cara y situó a las tribus nómadas en una situación –en adelante ya permanente– de desventaja competitiva con los estados e imperios más grandes y más ricos, tal y como plantea Hess (1973).

Un tercer factor citado por Fletcher es que el comercio intrarregional se expandió en varias partes de Asia. Este regionalismo puede haber disminuido el mercado para el comercio a través del Asia central. Sin embargo, ello no privó a las distintas partes o regiones del Asia central de sus funciones económicas como abastecedores y mercados para regiones contiguas que estaban creciendo económica y comercialmente. Así, ya he señalado anteriormente que tanto el comercio de especias como el de seda hacían de hecho un empleo creciente de rutas comerciales de caravanas a través de partes de Asia central. Estas rutas eran paralelas y complementarias de las rutas por el Golfo Pérsico y el Mar Rojo entre Asia y Europa. De modo similar, la expansión de los mogoles a través del subcontinente indio generó una enorme demanda de caballos para uso militar o de otro tipo. Distintas regiones del Asia central eran los abastecedores «naturales» de caballos, tanto en el oeste a lo largo de Persia como más al este en el Tíbet y Yunnan. Viajeros como Marco Polo e Ibn Batuta habían ya llamado la atención sobre la muy rentable actividad del comercio de caballos de estas regiones del Asia central hacia el sur en la India, asunto que ha sido analizado para los siglos XIII y XIV por John Richards (1983). El comercio de caballos se mantuvo, sin embargo, en épocas posteriores. Al parecer se exportaban 100.000 caballos anuales desde el Asia central a comienzos del siglo XVII, de los cuales 12.000 eran exclusivamente para los establos de los mogoles (Burton, 1993, p. 28).

De modo similar, el comercio regional se mantuvo –de esta forma fluctuante que venía desde tiempo atrás– entre los mongoles y China, si bien la última amenaza militar seria de los mongoles parece haber sido repelida por los Ming. Para lograr frenarla, sin embargo, los Ming tuvieron que fijar su atención en el norte, e incluso trasladar la capital a Pekín y sacrificar muchas

oportunidades comerciales por mar en el sur tras decidirse a frenar misiones comerciales como la de Zheng He en 1433. Esta regionalización y estos nuevos métodos y costes militares que pueden ser la causa de los cambios operados en el comercio interior por Asia, son analizados por Isenbike Togan (1990):

> el propósito de este texto es matizar aún más la idea de un declive de las Rutas de la Seda demostrando que el comercio y los comerciantes no dejaron de existir [en el siglo XVII], y que, al contrario, las formaciones estatales que estaban desempeñando el papel de intermediarios a lo largo de las Rutas de la Seda fueron eliminados. Su eliminación se debió a la expansión de los imperios sedentarios en la Edad Moderna. En el momento [1698] en el que dos imperios, el chino y el ruso, alcanzaron el contacto directo entre sí (...) los intermediarios perdieron su razón de ser. Como resultado de ello, los mercaderes, en este caso los comerciantes musulmanes de las Rutas de la Seda [de Bujara] se convirtieron en comerciantes de unos imperios que se hallaban mucho más implicados con el comercio interno dentro de sus fronteras que del comercio transcontinental, que es el que había sido antes predominante (Togan, 1990, p. 2).

Adshead (1993, p. 179) sugiere sin embargo que estos desarrollos implicaban también que el declive en el siglo XVII del comercio este-oeste por caravana a través del Asia central fue complementado cuando no reemplazado por comercios regionales norte-sur, de manera que «el Asia central no decayó» (Adshead, 1993, p. 200). Rossabi (1975, pp. 139-165) cataloga el elenco de importaciones chinas procedentes de Asia central enumerando caballos, camellos, ovejas, pieles, espadas, jade, ginseng y otras medicinas, así como oro y plata. Enumera a su vez la exportación desde China de textiles, ropas, drogas, té, papel, porcelana y a partir de fines del siglo XV algo de plata en lugar del papel moneda que se exportaba anteriormente, y que sólo podía ser usado para compras en la propia China.

El comercio entre Rusia y el Asia central siguió también prosperando y de hecho aumentó en el siglo XVIII. En primer lugar, las caravanas de Asia central tenían que llevar también algo de oro y plata en compensación por sus adquisiciones de exportaciones rusas. Sin embargo, a fines del siglo XVIII el intercambio se volvió más equilibrado conforme los habitantes de Asia central empezaron a exportar más algodón y textiles a los rusos. La balanza de comercio se volvió entonces más favorable al Asia central, y la propia Rusia se vio obligada a exportar metales preciosos al Asia central y más tarde también a China (Attman, 1981, pp. 112-124). Consiguientemente, los zares publicaron uno tras otro edictos que prohibían la exportación de metales preciosos y moneda. Desde mediados del siglo XVII y más aún durante el siglo XVIII el estado ruso trató de reservar el comercio para sus súbditos y de excluir a la competencia de Bujara y otros lugares del Asia central (Burton, 1993).

En su recorrido por el comercio de Bujara entre 1559 y 1718, Burton (1993) incluye también el comercio en manos de comerciantes ajenos a Bujara. Sus mapas y el texto de su trabajo indican la existencia de rutas de comercio y una importante actividad comercial -y por tanto división del trabajo- de mercancías de uso suntuario así como cotidiano (ofrece una lista demasiado extensa para incluirla aquí). Particularmente dignos de mención, sin embargo, son los esclavos de todas partes (incluso de Alemania y Europa del este, pero especialmente «no cristianos» del oeste e hindúes «no musulmanes» del sur); caballos y otro ganado así como cueros, pieles y pellejos; fibras y textiles de todo tipo; índigo y otros tintes, metales y objetos de metal y especialmente armas pequeñas, porcelana y otras cerámicas, alimentos de todo tipo entre ellos azúcar, cereales, frutas y especialmente ruibarbo, medicinas, té y tabaco, piedras preciosas y por supuesto metales preciosos y monedas. Las rutas comerciales conectaban entre sí emporios del Asia central como Khiva, Bujara, Balkh, Samarcanda, Kabul y muchos otros. Al norte iban a través de Astracán y Orenburg hasta Moscú y de ahí hacia Europa oriental y occidental. Hacia el oeste iban a Persia, el Mediterráneo oriental y Anatolia y/o a través de la ruta del Mar Negro a Estambul y el Mediterráneo. Hacia el sur iban hasta la India. Hacia el este, seguían la vieja Ruta de la Seda hasta China y al noreste hasta Liberia y de ahí hasta China. Burton (1993, p. 84) concluye que «a lo largo del período analizado [los habitantes del Asia central] siguieron ejerciendo su comercio independientemente de los peligros y dificultades. Transportaban una variedad enorme de bienes, y estaban siempre en condiciones de adaptarse a las circunstancias. Siguieron comerciando con Moscú y Siberia incluso después de que los zares pusieran impedimentos».

Tras el rápido avance ruso a través de Siberia en la primera mitad del siglo XVII, la competencia entre rusos y chinos por el comercio y el territorio y el poder político del Asia central y Siberia decayó. Parece que los rusos se centraron más en el comercio (de larga distancia), y los chinos se hallaban al parecer más preocupados con el control político, que a menudo ofrecía la posibilidad de tributación y de comercio a escala regional y local. Por mutuo acuerdo, por tanto, el comercio ruso quedó a salvo pero su poder político en la región fue cedido a China por el Tratado de Nerchinsk de 1689 hasta que ésta volvió a perder el control de la zona en 1858-1860 (para sólo recuperarlo a mediados del siglo XX). De hecho, los mongoles occidentales se hicieron con el control de los oasis situados en la variante norte de la Ruta de la Seda que atravesaban la cuenca del Tarim (que los chinos habían controlado sólo en ocasiones desde tiempos de los Han). Otra pugna competitiva por esta vital área continuó activa hasta que el régimen Ching finalmente se anexionó la región entonces mayoritariamente musulmana de Xianjiang Uygur. (Este interés de los musulmanes por recuperar la independencia no ha sido sino incrementado por la separación de las repúblicas soviéticas del Asia central, de mayoría musulmana.)

Rusia y los territorios bálticos

Rusia y los países bálticos ocuparon en la estructura del comercio y los pagos internacionales posiciones análogas a las de los otomanos y persas en el Asia occidental. Es decir, Rusia y el Báltico exportaban con regularidad especialmente pieles, pero también madera, cáñamo, cereal y otras mercancías en dirección a Europa occidental en mayor abundancia que las importaciones que hacían de textiles y otras manufacturas. La balanza favorable de comercio se equilibraba con metales preciosos traídos principalmente de América. La misma pauta caracterizaba el comercio mismo entre Rusia y el Báltico y entre el Báltico y Europa occidental (que incluía importantes importaciones suecas de cobre, hierro y más adelante madera).

El Mar Báltico es una de las tres principales rutas de comercio este-oeste. Las otras rutas rusas eran la marítima situada más al norte a través del Ártico y la ruta terrestre a través de Europa central y oriental. Sin embargo, las rutas comerciales norte-sur también atravesaban Rusia, especialmente a lo largo de los ríos principales hacia los imperios otomano y persa. Astracán, en el delta del Volga en su desembocadura en el Mar Caspio, se convirtió en un importante centro de comercio internacional. Para promover este comercio y excluir más a los musulmanes, Rusia planeó -pero no llegó nunca a construir- el canal Volga-Don. Hacia el sur Rusia exportaba principalmente pieles, cuero y algunos productos de metal, e importaba principalmente seda, raso, algodón, índigo y otros tintes. La balanza de comercio era muy contraria a Rusia, que para equilibrar tenía que reexportar parte de la plata y del oro que recibía de su excedente comercial con el Báltico y Europa.

Con el fin de promover el comercio interno y competir mejor en el internacional, el zar dio apoyo a los comerciantes y permitió su autogobierno municipal. Envió asimismo cónsules a Europa y Asia y, por supuesto, trató de conseguir una posición relevante para Rusia en el comercio del Báltico. La construcción de San Petersburgo (llamada así en honor de San Pedro, no del zar) y la apertura de la ruta que llevaba hasta ella desde las marismas de Moscú en contra de la tenaz oposición de esta ciudad fueron sólo algunas de las medidas interrelacionadas ideadas para sustituir con comercio controlado por los rusos a través del Báltico el comercio controlado por extranjeros vía Arcángel (que consiguientemente decayó en un 90 por ciento). Sin embargo, Pedro trató también, pero fracasó en el intento, de edificar una combinación de sistemas de río y canal para conectar entre sí los mares Báltico, Negro, Blanco y Caspio. Más aún, «todo este énfasis en el comercio del Báltico tiende a oscurecer el desarrollo del comercio moscovita con el este (...) [en el que] Turquía, Persia, los janatos del Asia central y China desempeñaban también importantes papeles», eso sin mencionar el interés de Pedro por obtener beneficios del floreciente comercio con la India (Oliva, 1969, p. 129). Había asentamientos permanentes de alrededor de 300 mercaderes de la India en

Astracán, y otros de menor tamaño en Moscú, Narva y otras partes; y los textiles de la India se enviaban a Siberia y de ahí a lo que es hoy la ciudad china de Kashgar (Barendse, 1997, cap. 1).

A fines del reinado de Pedro el Grande, existían al menos 200 empresas industriales de gran tamaño en la región de Moscú, de las que 69 eran de metalurgia, 46 relacionadas con textiles y cuero y 17 de pólvora. La producción de hierro fundido era mayor que en Inglaterra y creció hasta superar a la de Europa en 1785 (Oliva, 1969, p. 124). Las políticas económicas de Pedro generaron también un excedente en la balanza comercial en su conjunto de 0,8 millones de rublos a partir de 2.4 millones en exportaciones y 1,6 millones de rublos en importaciones en 1725 (Oliva, 1969, p. 130).

Más aún, con el rápido inicio de la expansión rusa hacia y por Siberia en la primera mitad del siglo XVII, la exportación de pieles de Siberia fue crecientemente complementando la que procedía de la Rusia europea. Por consiguiente el dinero fluía más hacia el este y servía asimismo para el desarrollo de Siberia. En el extremo este de Siberia y Eurasia, los rusos se convirtieron en importantes clientes de seda y posteriormente de té de China. Los gobiernos zaristas buscaron obtener franquicias en el comercio regional de Rusia, Asia central y China para el estado ruso y para los comerciantes particulares.

He subrayado más arriba que a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII el comercio transcontinental fue desviado desde rutas situadas hacia el sur a través del Asia central hacia otras más al norte a través de Rusia. En parte, este cambio siguió o acompañó el asentamiento ruso en Siberia. En parte, a consecuencia de esto mismo tuvo lugar un aumento del comercio transfronterizo entre China y Rusia. Y en parte también, los gobernantes rusos desde Iván el Terrible a mediados del siglo XVI habían estado intentando redirigir o atraer la Ruta de la Seda para hacerla pasar por territorio ruso (Anisimov, 1993, p. 255). Los comerciantes de Bujara, tanto los itinerantes como los que residían en Siberia, recibieron al principio dispensas alentadoras y protección. Sin embargo, fueron quedando sometidos a más y más limitaciones y con el tiempo a prohibiciones conforme los comerciantes rusos comenzaron a reclamar a su estado que limitase y eventualmente eliminase esta competencia extranjera. Estas peticiones se volvieron particularmente insistentes a mediados del siglo XVII durante las crisis monetarias y de comercio (que se discuten en el capítulo 5; véase también Burton, 1993, p. 54). También fructificaron a fines del siglo XVII durante el reinado de Pedro el Grande.

El mercado estaba reservado a los rusos, los de Bujara fueron crecientemente eliminados tras la firma por Pedro el Grande del tratado sino-ruso de Nerchinsk en 1689 que concedía a los chinos privilegios políticos a cambio de privilegios para Rusia de comerciar en Siberia y con China. Los metales preciosos fluían en ambas direcciones al mismo tiempo, si bien los lingotes iban mayoritariamente hacia el oeste y las monedas hacia el este (Attman, 1981, pp. 114-124). Sin embargo, Pedro el Grande prohibió la exportación de metales preciosos y de cualesquier bienes que no fueran de origen ruso (Burton, 1993, pp. 76-81).

Pedro el Grande estaba comprometido con la protección y expansión del comercio ruso en el este y hacia el sur. Escribió a su embajador en Persia (la cita es de Anisimov, 1993, p. 255): «(...) ¿es posible poner algún obstáculo al comercio de Esmirna y Alepo? ¿Dónde y cómo?». Más aún, poseía otras ideas relacionadas con esta: la guerra contra Persia en 1722 (aprovechando la temporal debilidad de este imperio a causa de disturbios en el palacio de los safávidas) y a continuación con Turquía en 1723, con la cual intentó repartirse los territorios y las rutas de Persia, todo ello por razones comerciales. Cuando capturó Bakú en el Mar Caspio, fue «aclamado con júbilo» por haber «seguido la estela de Alejandro Magno» ¡camino de la India! (Anisimov, 1993, p. 259).

El imán eran las riquezas y el comercio de la India y se convirtió en una obsesión para Pedro el Grande dar con una ruta que llevase hasta ellas por medio del agua. Las buscó de una u otra forma a través del Mar Caspio, los ríos Oxus [hoy Amu Daria] y otros e hizo estudiar la posibilidad de desviar ríos y construir canales que los conectasen entre sí. Incluso se implicó en aventuras oceánicas hasta las costas de Madagascar. Y también vía Madagascar envió un embajador en una fallida misión dirigida a la India con instrucciones de atraerse a los mogoles y «por cualesquier medios (...) persuadirles de que permitieran hacer comercio con Rusia» (citado por Anisimov, 1993, p. 262). Artemy Volynsky, que fue su embajador en Persia, más tarde recordó que «según los designios de Su Majestad, su interés no estaba sólo en Persia. Pues, si los asuntos hubieran tenido éxito para nosotros en Persia y su exaltada vida hubiera continuado, por supuesto que hubiera tratado de llegar hasta la India, y de hecho albergaba intenciones incluso de llegar hasta el estado chino, todo lo cual tuve el honor de escuchar yo mismo de boca de Su Majestad Imperial» (Anisimov, 1993, p. 263). Más aún, el zar envió también al navegante danés Vitus Jonassen Bering (en cuyo nombre han sido bautizados el estrecho y el mar que separan Asia de América) a que buscase un paso entre el extremo oriente ruso y América. No obstante, todas estas políticas comerciales e imperiales, para llegar a beneficiarse de las riquezas de Asia, tenían que esperar a que se produjera un logro satisfactorio de las ambiciones del zar en el Báltico y en Europa, inspirado en cuya lógica había entre otras cosas edificado San Petersburgo. Y todavía hoy Rusia permanece dividida y puede llegar finalmente a partirse por el conflicto interno de intereses entre el este y el oeste.

Resumen de una economía mundial sinocéntrica

Este capítulo ha demostrado sin duda alguna que existían un sistema comercial y una división del trabajo mundiales de dimensiones globales. Éstas conectaban entre sí los hinterlands agrícolas y las periferias de sus respectivos centros provinciales y regionales metropolitanos y de sus puertos

marítimos y/o emporios interiores. Éstos se desarrollaron a su vez y mantenían relaciones internacionales interprovinciales, interregionales y sistemáticas a escala mundial de gran alcance. Éstas se hacían más visibles por medio de comerciantes y sus actividades, y de sus desequilibrios de comercio resultantes. Sin embargo, las primeras reflejan también complementariedades interregionales e intersectoriales generalizadas así como competencia en torno a la división del trabajo a escala global. Todas estas cuestiones a su vez reflejan también el peso relativo –y de hecho el peso en términos absolutos– y el predominio de las economías asiáticas, y de China en particular. Este comercio multilateral sinocéntrico de dimensión global se expansionó por medio de la inyección de dinero americano a manos de los europeos. De hecho esto es lo que permitió a los europeos aumentar su participación en la economía global que hasta el siglo XVIII y a lo largo de él siguió estando dominado por la producción, competitividad y comercio asiáticos.

La división internacional del trabajo y la relativa productividad regional y la competitividad regional en la economía mundial se manifiestan en los equilibrios de la pauta global del comercio y los flujos monetarios.

En la estructura de la economía mundial había cuatro regiones principales que poseían déficits en el comercio de mercancías: América, Japón, África y Europa. Los dos primeros equilibraban sus déficit produciendo plata en dinero para exportación. África exportaba moneda de oro y esclavos. En términos económicos, estas tres regiones producían «mercancías» para las que existía una demanda en otras partes de la economía mundial. La cuarta región deficitaria, Europa, apenas conseguía producir algo por sí sola para exportación con lo que equilibrar su permanente déficit comercial. Europa lo fue logrando en primer término a través de la «gestión» de las exportaciones de las otras tres regiones deficitarias, entre África a América, entre América a Asia, y entre Asia, África y América. Los europeos participaban también en cierta medida en el comercio interno de Asia, especialmente entre Japón y otras partes. Este «comercio nacional» intraasiático era marginal dentro de Asia pero, con todo, completamente vital para Europa que obtenía de él más que de su propio comercio con Asia.

El sureste asiático y el Asia occidental producían también algo de plata y oro en dinero, con lo que contribuían a equilibrar su comercio. A diferencia sin embargo de Europa, estas regiones eran asimismo capaces de producir algunas otras mercancías para las que existía una demanda de exportación. Tanto el sureste asiático como el Asia occidental efectuaban también ganancias «de exportación» de sus respectivas ubicaciones en los tableros del comercio del sureste y el suroeste de las economías centrales de Asia. Hasta cierto punto, lo mismo puede decirse del Asia central.

Las dos principales regiones que ocupaban una posición más «central» en la economía mundial eran la India y China. Dicha centralidad se apoyaba principalmente en su destacada productividad en la manufactura tanto en términos absolutos como relativos. En la India, éstas consistían primordialmente en sus textiles de algodón, que dominaban el mercado mundial, y en menor medida sus textiles de seda, en especial en Bengala, la región más productiva de la India. Por supuesto, esta competitividad de la manufactura se apoyaba asimismo en el comercio por tierra y por mar. Éstos suministraban los caudales necesarios para abastecer de materias primas a la industria, de alimentos a los trabajadores y de transporte y comercio a ambos, tanto para la exportación como la importación.

La otra economía, aún más central incluso, era la de China. Su preponderancia se basaba en su productividad absoluta y relativa aún mayores en industria, agricultura, transporte (marítimo) y comercio. Su productividad, competitividad y centralidad mayor, la más grande entre todas las economías del mundo, se reflejaba en una balanza de comercio que era la más favorable a escala mundial. Ésta se basaba en primer lugar en su liderazgo en exportaciones a nivel económico mundial en sedas y cerámicas así como también en su exportación de oro, cobre para dinero y posteriormente té. Estas exportaciones convertían a su vez a China en el «sumidero» final de la plata del mundo, que fluía hasta allí para equilibrar el casi permanente excedente de exportaciones de China. Sólo China estaba por descontado en condiciones de satisfacer su insaciable «demanda» de plata porque contaba con una oferta inagotable de exportaciones que se hallaban en permanente demanda en otras partes del mundo.

Volviendo al punto de partida del siglo XIV y en particular al «sistema mundial del siglo XIII» de Abu-Lughod (1989), es posible observar una serie de pautas «regionales» persistentes en la economía mundial hasta el siglo XVIII. Estas pautas regionales pueden resumirse de diversas maneras no excluyentes entre sí. Ninguna de ellas, sin embargo, se corresponde con la imagen heredada de una «economía-mundo capitalista» que habría dado comienzo en Europa y que sólo a partir de entonces habría comenzado a «incorporar» una tras otras las demás regiones del mundo hasta hacer que Occidente las dominase todas.

Dos regionalizaciones posibles de la economía mundial aparecen ilustradas por los títulos de los epígrafes y en buena parte del texto de este capítulo. Siguiendo la advertencia inicial, según la cual todas las regiones pueden ser definidas de manera arbitraria, los distintos epígrafes llevan títulos como «América», «África», «Europa», etc. Pero lo cierto es que la mayoría de las historias económicas «mundiales» apenas se han extendido más allá de las tres primeras. Este capítulo trata de mostrar que éstos no eran sino jugadores relativamente menores en la economía mundial, la cual se extendía también por otras muchas regiones situadas en Asia. Casa una de estas regiones puede a su vez por supuesto ser subdividida para otros propósitos en términos de centro-periferia, de continente o isla, tierras altas o tierras bajas, cálidas o frías, húmedas o secas o por otros criterios geográficos y ecológicos, así como por definiciones de tipo económico, político o cultural.

O también pueden ser aglutinadas en regiones más extensas como el Atlántico, el Océano Índico, el Mar de China, el Asia interior y otras, así como el Atlántico Norte y el del Sur, la China del norte y la del sur, etc. Sin duda ha sido la región atlántica la que ha recibido la mayor parte de la atención en la mayoría de los relatos hasta hoy día disponibles, aunque yo considero que las demás merecen mucho más reconocimiento y estudio, tanto en términos absolutos como relativos. De hecho el presente capítulo se ha centrado en estas regiones de dimensiones más extensas, dedicando más de la mitad de su espacio en cada una de las secciones a las relaciones económicas de cada región con sus regiones vecinas al este y oeste. Así por ejemplo, el estudio que se ofrece de «la India» hace mención de la división del trabajo y el comercio que se producía entre Gujarat, Coromandel, Bengala, Ceilán y otras, y subraya las estrechas relaciones económicas y la división del trabajo que esta región tenía establecidas respectivamente con África y el Asia central, occidental y oriental.

De esta manera es posible también constatar la continuidad a lo largo de siglos de los rasgos esenciales aislados por Abu-Lughod (1989) en su «sistema mundial del siglo XIII». Conviene recordar que en su análisis de la economía-mundo, Abu-Lughod distingue tres grandes regiones –y otras menores dentro de ellas– que conforman ocho elipses de ámbito regional y mutuamente solapadas que cubrían el conjunto de Eurasia. Estas elipses incluyen regiones –de oeste a este– centradas en Europa, el Mediterráneo, el Mar Rojo, el Golfo Pérsico, el Mar de Arabia, la Bahía de Bengala, el Mar de la China Meridional, así como el Asia interior. Hemos visto cómo todas estas regiones siguieron desempeñando un papel más o menos importante, pero no igual, en la división económica del trabajo y el sistema de comercio «internacional» pese al añadido de una elipse en el Atlántico en el siglo XVI.

Sin embargo, hemos visto también que entre estas regiones algunas eran sin duda más iguales que otras, y que sus posiciones relativas experimentaron también algunos cambios cíclicos y temporales. Aunque el Océano Atlántico desplazó al Mar Báltico y al Mediterráneo como espacio preponderante del comercio europeo en el siglo XVIII, no llegó aún a alcanzar la relevancia de las regiones del Océano Índico y del Mar de China en la economía mundial y su comercio. Hay toda una serie de trabajos realizados por historiadores principalmente asiáticos, ya citados y que reaparecerán en los siguientes capítulos, que están contribuyendo a situar la economía del Océano Índico en el lugar que le corresponde, reconociendo su importancia y su papel en la historia. La sección sobre China de este capítulo argumenta que existía un sistema en Asia oriental que tenía por centro China, cuyo peso económico en el mundo ha sido burdamente subestimado hasta la fecha, si es que acaso ha sido siquiera tenido en cuenta en casos muy excepcionales. El trabajo de Hamashita (1988 y 1994) y la investigación que él y Arrighi y Selden (1996) proponen están pensados para ayudar a remediar esta enorme deficiencia. El análisis aquí efectuado puede también contribuir a la elucidación de la estructura y la transformación de esta economía «regional» del Asia oriental. Por ejemplo, mi análisis subraya la importancia de las relaciones bilaterales largamente establecidas entre China y el Asia central, así como las de tipo trilateral con Corea y Japón, los importantes papeles desempeñados por las regiones costeras de China y por los emporios marítimos y otros puertos del Mar de la China Meridional y el sureste asiático y las islas Ryukyu, y especialmente además por las colonias de chinos de ultramar, que, no puede ser casualidad, todavía hoy continúan desempeñando un papel vital.

El énfasis que se ha dado aquí ha sido por supuesto en la economía global y sólo dentro de ella se ha dado relevancia a la posición preponderante de China y de Asia en la economía mundial. De manera que es posible plantear otra «regionalización» de la economía mundial que puede ser visualizada en forma de círculos concéntricos. Entre éstos, China (y dentro de ella el valle del Yangtze y/o la China meridional) conformaría el círculo más interior. El sistema de tributo y comercio del Asia oriental estudiado por Hamashita (1988 y 1994) formaría el círculo siguiente, que además de China incluía al menos partes del Asia central, Corea, Japón y el sureste asiático. He hecho ver sin embargo que los límites de este círculo eran a la vez porosos y poco definidos, y el propio Hamashita reconoce que se extendían hasta el Asia meridional. A su vez por supuesto el Asia meridional contaba con relaciones ya entonces milenarias establecidas con el Asia occidental y el África oriental, así como con el Asia central, que a su vez fueron incorporando a Rusia y más tarde a China en sus relaciones. Estas regiones podía decirse que formaban una nueva línea exterior que tal vez podemos identificar con un círculo regional asiático o afro-asiático. Lo que no ha sido estudiado (y este capítulo tampoco lo ha hecho) es hasta qué punto esta economía (afro)asiática poseía una estructura y una dinámica propias.

El centro de atención de este libro es la economía mundial como un todo, dentro de cuyo círculo más grande a escala global debemos situar también el círculo económico que incluía a Asia. Dentro de este círculo global, es posible identificar sucesivamente los círculos concéntricos asiático, del sureste asiático (¿y el Asia meridional?) y de China. Europa y, a través del Atlántico, América ocuparían así una posición en la parte exterior de estos círculos concéntricos, pues Asia poseía relaciones económicas con Europa y, por mediación de ellas, con América. Estas relaciones económicas incluían el comercio desde Asia directamente a través del Pacífico, que se analizan más extensamente en el capítulo 3 que trata sobre el dinero, y que hace referencia al comercio por medio del galeón de Manila entre Acapulco en México (o El Callao, cerca de Lima) y Manila en las Islas Filipinas. Aparte de centrarse en China, el sureste asiático y Asia respectivamente como las regiones económicas más importantes del mundo, esta cartografía de la economía global en forma de círculos concéntricos sitúa asimismo a Europa e incluso a la economía atlántica en un lugar más bien marginal dentro de aquella.

El capítulo 3 va a examinar el flujo en dirección a Asia y en especial a

China del nuevo dinero americano suministrado por los europeos y en qué medida dicho dinero afectó a la economía mundial en su conjunto. La estructura desigual y la dinámica también desigual de esta única economía mundial y la competencia intersectorial, interregional e internacional dentro de ella generaron también los incentivos para un proceso de «desarrollo» económico global a través del aumento de la producción a escala global. Estos desarrollos se examinan en el capítulo 4, donde además se analiza más evidencia sobre la primacía de Asia en la economía mundial. El capítulo 4 muestra también cómo los cambios tecnológicos e institucionales –en Asia tanto como en otras partes– hicieron posible este desarrollo mundial. Esta historia (económica) mundial debe ser también analizada y sólo puede ser comprendida de forma adecuada como un único proceso que exige ser estudiado de forma simultánea. El capítulo 5 comienza de esta manera a analizar varios de tales desarrollos simultáneos, que muestran que la expansión económica asiática se mantuvo hasta el siglo XVIII. El capítulo 6 explora a continuación las razones del subsiguiente declive de Asia y del auge de Europa, procesos que se encuentran interrelacionados.

CAPÍTULO 3

EL DINERO DABA LA VUELTA AL MUNDO Y HACÍA QUE EL MUNDO DIERA VUELTAS

> Desde el descubrimiento de América el mercado para el producto de sus minas de plata ha aumentado gradualmente, amplificándose cada vez más (...) [y] el mercado de Europa se ha ido ensanchando de una manera progresiva (...) [L]as Indias Orientales son otro mercado para el producto de las minas de plata de América, y un mercado que (...) ha absorbido continuamente cantidades cada vez más considerables de aquel metal (...) [E]l valor de los metales preciosos era mucho más elevado en las Indias Orientales (...) que en Europa, cuando los europeos comenzaron a traficar con esos países, y continúa siéndolo todavía (...) Esto nos explica por qué ha sido siempre muy ventajoso, y todavía lo es, llevar metales preciosos de Europa a la India. Apenas existe una mercancía que consiga allí un precio más alto (...) [porque] en China, y en la mayor parte de los otros mercados de la India, diez onzas de plata, o a más doce, compran una de oro, mientras que en Europa vale catorce o quince (...) De acuerdo con esto, la plata del Nuevo Mundo es, al parecer, una de las principales mercancías que se emplean en el comercio practicado entre los dos extremos del Antiguo, y es, en gran parte, este metal el que conecta regiones tan apartadas del globo.
>
> Adam Smith (1981 [1776]. pp. 195, 197, 198 y 199)

EL DINERO DEL MUNDO: SU PRODUCCIÓN E INTERCAMBIO

Desde tiempo inmemorial ha existido un mercado afro-euroasiático de oro y plata. El gran historiador del siglo XIV Ibn Jaldún señaló que «mientras que el dinero es escaso en el Magreb e Ifriquiya, no lo es en los países de los eslavos y los cristianos europeos. Mientras es escaso en Egipto y Siria, no lo es en la India y China (...) Mercancías de este tipo (...) han sido a menudo transferidas de una región a otra» (Ibn Jaldún, 1969, p. 303). El oro del Caribe se añadió a este cuadro a partir de los viajes de Colón y sus sucesores. Una importante inyección novedosa de plata americana dio comienzo con el descubrimiento de las minas de plata de Potosí en Perú (hoy en territorio de Bolivia) en 1545 y de Zacatecas en México en 1548. Esta nueva plata tuvo un

profundo impacto sobre la economía mundial, y desde 1600 si no antes en diversas partes de Asia. Por ejemplo, en 1621 un mercader portugués señaló en un tratado sobre la plata que ésta «deambula por todo el mundo en peregrinación antes de emigrar a China, donde permanece pues es su centro natural» (citado por von Glahn 1996 a. p. 433). Ese movimiento de la plata por el mundo ha sido también sintetizado recientemente:

> La pauta habitual de comercio con el Extremo Oriente consistía en transportar algo de la plata importada bien de Europa o desde México (...) en barcos en dirección a China e intercambiarla allí por oro o mercancías chinas que eran entonces transportadas de nuevo hacia la India y usadas allí para adquirir cargamentos de regreso a Europa (Chaudhuri, 1978, p. 182).

> De hecho la plata americana era tan ubicua que los comerciantes de Boston a La Habana, de Sevilla a Amberes, de Murmansk a Alejandría, de Constantinopla a Coromandel, de Macao a Cantón, de Nagasaki a Manila, todos empleaban el peso español o la pieza de a ocho (el *real*) como medio común de intercambio; los mismos mercaderes conocían incluso la relativa pureza de las monedas de plata acuñadas en Potosí, Lima, México y otros lugares de las Indias situadas a miles de kilómetros de distancia (TePaske, 1983, p. 425).

De manera que «nadie disputa la existencia de un mercado mundial para la plata. La cuestión es cómo modelarlo» (Flynn, 1991, p. 337). «El precio de la plata en el Perú (...) no puede por menos de tener alguna influencia en el precio de este mismo metal, no sólo en las minas de plata de Europa, sino en las de China», observó Adam Smith (1981, [1776], p. 163). Él consideraba este asunto de suficiente importancia como para dedicar sesenta páginas de su libro a una «Digresión sobre las variaciones del valor de la plata en el transcurso de los cuatro siglos precedentes» y de discutir sus efectos en muchas otras partes de su libro.

La existencia y el funcionamiento de un mercado mundial de dimensión global ha sido ya estudiado en el capítulo 2. El dinero y en especial el dinero de plata era la sangre que fluía por su sistema circulatorio y engrasaba las ruedas de la producción y el intercambio. Todo tipo de dinero actuaba como mecanismo de almacenamiento de valor y como medio de intercambio tanto entre otros tipos de dinero como con otras mercancías. La multiplicidad de tipos de moneda, diversas en su denominación y pureza, daba lugar a intercambios y arbitrajes entre ellas y frente a todos los restantes bienes. De manera que este arbitraje de dinero y su intercambio por mercancías por todo el mundo volvía el mercado mundial de hecho ¡funcional para la práctica totalidad de los bienes!

Micro y macroatracciones en el casino global

Tal vez sea necesario abordar en primer lugar la cuestión de *por qué* este dinero daba la vuelta al mundo, dónde y cuándo lo hacía, y por qué era de hecho en primer término producido. En otra sección más adelante se examinan las consecuencias a escala mundial de ese flujo monetario. En el capítulo 2, la principal «respuesta» a la pregunta de dónde y por qué se movía el dinero ha sido que se empleaba para «equilibrar las cuentas» del déficit comercial en cada uno de los eslabones de la cadena por parte de quienes querían importar desde el siguiente nexo de conexión pero no tenían suficientes bienes que exportar a cambio. Tenían por consiguiente que hacer cuadrar las cuentas con dinero. Sin embargo, esta interpretación deja al menos tres preguntas interrelacionadas sin respuesta: 1) ¿Por qué hay quienes quieren importar mercancías cuando carecen de suficientes mercancías de exportación con que pagarlas? 2) ¿Por qué otros quieren exportar mercancías que producen y recibir en pago de muchas de ellas dinero en lugar de preferir otras mercancías? Es decir, ¿por qué había una demanda de dinero? 3) ¿Por qué para empezar se producía este dinero? Después de todo, producir, transportar, custodiar, acuñar e intercambiar este dinero exigía un importante gasto en trabajo, materiales y también mismamente en dinero.

Lo más fácil es ofrecer una respuesta a la última de estas preguntas, y dicha respuesta servirá también como una guía para responder a las otras dos. Se producía dinero porque éste (en forma de plata, oro, cobre, monedas, conchas y otros objetos) era –y sigue siendo– una mercancía al igual que cualquier otra, cuya producción, venta y adquisición puede generar un beneficio al igual que sucede con cualquier otra, ¡sólo que más fácilmente y mejor! Por supuesto, para que resulte una actividad beneficiosa, los costes de producción, transporte y otros han de ser inferiores al del precio de venta anticipado. Y este era en general el caso, excepto en el supuesto de que la oferta de plata, por ejemplo, aumentase tanto o de forma tan rápida que motivara un descenso de su precio por debajo de los costes de producción. Esto sucedió en ocasiones a los productores hispanos en América así como a otros. Se veían entonces obligados a hallar medios tecnológicos o de otro tipo para reducir los costes de producción y/o reducir la cantidad producida y su oferta hasta que el precio volviera a subir lo suficiente como para cubrir los costes de producción. Lo mismo puede decirse del oro, el cobre, las conchas de cuari, los textiles, la comida y cualesquiera otras mercancías.

Una vez que el dinero era producido, podía ser vendido por un beneficio allí donde su precio fuera más elevado, en términos de alguna otra mercancía, fuera ésta otra modalidad de dinero u otra cosa. Dado que el precio del dinero se veía principalmente determinado por la oferta y la demanda, tanto a escala local como a escala mundial, el dinero viajaba de un sitio a otro siempre y cuando la oferta fuera allí elevada en relación con la oferta y la deman-

da en el lugar de origen. Eso hacía que el precio de la plata fuera más bajo donde la oferta era más elevada en relación con la demanda, y que el precio fuera más elevado donde la demanda era más alta en relación con la oferta, lo cual atraía la plata de un lugar a otro. Por consiguiente, el interés de cualquier empresa privada o productor público (o estatal) interesados en obtener beneficio era enviar el dinero desde el mercado de bajo precio al de precio elevado incluso y especialmente si el mercado de bajo precio era doméstico y el de elevado precio se hallaba en otro lugar, o en la otra punta del mundo.

Éste era un negocio, de hecho el *principal* negocio, de las principales compañías comerciales y estados, como lo era por supuesto también de los banqueros, prestamistas y a menudo comerciantes, consumidores y de hecho de quienquiera que fuera. La oferta de precio de plata era relativamente baja donde era abundante en la mina, especialmente en América, y era más elevado en términos relativos cuanto más lejos de esos lugares, en dirección a Asia. Así que esta es la razón de que el dinero basado en la plata se moviera de forma predominante hacia el este alrededor del mundo, aunque también se movía en dirección al oeste a través del Pacífico y desde Japón a través del Mar de China. Y este es el principal, desde hecho casi el exclusivo, negocio de los europeos, que no eran capaces de vender ninguna otra cosa –en especial procedente de su propia producción, pues ésta no era competitiva– en los fulgurantes mercados de Asia. Los asiáticos no compraban de Europa otra cosa que plata procedente de sus colonias en América.

Este arbitraje monetario tenía una larga historia y su práctica se extendió por todo el mundo no mucho después de la incorporación de América en la economía mundial, tal y como puede ser ilustrado de la siguiente manera. Desde el siglo XIII al XVI la dinastía Song, posteriormente bajo dominación mongola, y a lo largo de buena parte de dinastía Ming, el sentido predominante de las exportaciones de metal de uso monetario era en forma de plata o cobre de China a Japón y de oro de Japón a China. Este flujo, que fue reflejando cambios en la oferta y la demanda, revirtió su orientación conforme Japón se convirtió en principal exportador de plata y después cobre, y en importador de oro (Yamamura y Kamiki, 1983). En China, aumentó la ratio oro/plata (es decir, el oro aumentó y la plata decreció en valor relativo) desde 1:8 alrededor de 1600 a 1:10 tanto a mediados como al final del siglo y a continuación se duplicó hasta una ratio 1:20 hacia fines del siglo XVIII (Yang, 1952, p. 48). Sin embargo, la ratio oro/plata se mantuvo en general más baja y en ocasiones mucho más baja, y el precio de la plata mucho más elevado en China que en el resto del mundo. Según explicó Han-Sheng Chuan en su artículo de 1969 que trata sobre el flujo de plata americana hacia China,

> desde 1952 hasta comienzos del siglo XVII el oro era intercambiado por plata en Cantón a una ratio de entre 1:5.5 y 1:7, mientras que en España la ratio de cambio era de entre 1:12.5 y 1:14, indicando pues que el valor de la plata era el doble de alto en China que en España (citado por Flynn y Giráldez, 1994, p. 75).

Ratios similares fueron encontradas por el español Pedro de Baeza, quien también señaló que el arbitraje entre ellas permitía unos beneficios de entre el 75 y el 80 por ciento (Von Glahn, 1996 a, p. 435).

También en la década de 1590 la ratio oro/plata era de 1 a 10 en Japón y de 1:9 en la India de los mogoles (Flynn y Giráldez, 1994, p. 76). Dado que el precio relativo del oro era inferior y el de la plata dos veces más elevado en China, la plata era atraída a China e intercambiada por oro, que era a su vez exportado. Los portavoces de la compañía europea de comercio citados más adelante atestiguan que China era una de sus fuentes de oro. Es bien sabido que desde comienzos del siglo XVI en adelante, primero los intermediarios portugueses y después los holandeses estaban insertos en este comercio chino-japonés, y obtenían grandes beneficios –y cantidades de metales preciosos– de él. Un documento portugués de alrededor de 1600 señala un beneficio del 45 por ciento entre el Macao portugués en la costa de China y Japón (Von Glahn, 1996 a, p. 435).

Los europeos empleaban a continuación estos beneficios en apoyar su comercio entre distintas partes del sureste asiático, el Asia meridional y el Asia occidental, y Europa y América. Sus mercaderes y compañías de comercio, especialmente la Compañía de las Indias Orientales holandesa (VOC), y más tarde también la East India Company inglesa (EIC), se implicaron en el arbitraje con el oro, la plata y el cobre como parte esencial de sus negocios a escala mundial. Por supuesto arbitraban también con o a cambio de estos metales para comprar y vender todas las restantes mercancías con las que, al igual que los asiáticos, comerciaban en Asia y alrededor del mundo.

La de cobre era la moneda de uso corriente predominante y más extendida en la mayor parte de Asia, aunque fue gradual y parcialmente desplazada por la de plata. De manera que había al menos un mercado mundial trimetálico, que no obstante se apoyaba en un patrón plata de facto. O más bien, el aumento a una velocidad creciente de la oferta mundial de plata y el concomitante declive de su precio relativo respecto del oro y el cobre (así como respecto de otras mercancías de uso monetario) indujeron y permitieron que el patrón plata se impusiera de modo creciente en la economía de mercado a escala mundial.

El rápido incremento de la oferta mundial de plata producida sobre todo en América y Japón redujo su precio en relación con el del oro. Sin embargo, las ratios oro/plata variaban dependiendo de las distintas regiones, reflejando diferencias de oferta y demanda, como sucedía con las de plata y cobre, de más abundante uso para monedas de valor inferior. El arbitraje trimetálico entre oro, plata y cobre y de hecho el arbitraje multimetálico y de mercancías se extendió por todo el mundo y por todas las localidades. Este arbitraje incluía especialmente también las conchas de cauri, textiles y otros medios de intercambio, así como metales menos nobles como el plomo, el latón y el hierro.

Las conchas de cauri eran muy demandadas como moneda de uso corriente y para el comercio de esclavos en África; y el cauri y el badam (una

almendra no comestible) estaban también bastante difundidos a escala más popular en muchas partes de la India, donde competían con la moneda de cobre. Los elevados costes de extracción del cobre y también los de acuñación de moneda de cobre en relación con los de la plata e incluso los del oro, permitían al cauri, que no necesitaba ser acuñado, desplazar las monedas en los extremos inferiores del mercado cuando la escasez de cobre o los costes de acuñación las volvían demasiado caras en la India y en algunas partes de China. Cuando por otro lado el comercio de esclavos (y más tarde de aceite de palma) creció y vino a absorber más conchas de cauri en África, empezaron a salir en menor cantidad en dirección a la India, donde volvieron a ser reemplazadas por moneda de cobre en las transacciones de menor valor.

De hecho un seguimiento del circuito del cauri «de bajo coste» ilustra varios de los temas que aborda este libro. Éste se usaba ya en el África oriental cuando Ibn Batuta anotó sus valores de intercambio con el oro en el siglo XIV. A la altura del siglo XVII su valor de intercambio había decaído, seguramente debido al incremento producido en el entreacto en su oferta en relación con la del oro. Primero los portugueses y después también los holandeses e ingleses transportaban estas conchas en enormes cantidades al África occidental, donde ascendían o descendían de valor en función del comercio de esclavos. El cauri seguía dos rutas principales desde sus centros de producción en las Maldivas, donde era adquirido por mercaderes de la India y de Europa. Una de las rutas iba en dirección a Bengala y la otra se dirigía a Ceilán; en ambos casos era transportado y usado como contrapeso en barcos europeos que se dirigían primordialmente a Inglaterra y Holanda. Desde allí era reembarcado hacia las costas del África occidental y suroccidental para pagar esclavos. Un contemporáneo, John Bardot, observó en 1732 que

> dependiendo de la posibilidad de distintas naciones de Europa (...) de realizar su tráfico a la costa de Guinea y de Angola para adquirir esclavos u otros bienes de África (...) en proporción a la posibilidad que tienen los aventureros europeos en Guinea de hacerse con esas conchas de cauri, y la abundancia o escasez que haya de ellas, tanto en Inglaterra como en Holanda, su precio por peso aumenta o disminuye (citado por Hagendorn y Johnson, 1986, p. 47).

De manera que el precio de las conchas de cauri reflejaba los cambios en la oferta y la demanda tanto en Europa y en África así como los que se originaban en las islas productoras, las Maldivas, y en las regiones «consumidoras» del sur y el este de Asia.

Otro observador del siglo XVIII se quejaba de que «antes doce mil kilos de esas conchas al peso bastaban para comprar un cargamento de quinientos o seiscientos esclavos; pero esos tiempos ya no existen (...) [de manera que ahora] ya no es posible hacerse con un cargamento de doce o catorce toneladas de cauris» (citado por Hagendorn y Johnson, 1986, p. 111). De forma similar, un mercader en el África occidental se quejaba de que el precio de un esclavo se había incrementado de 100 a 136 libras de cauri, o de 12 a 16 rifles, o de 5 a 7 rollos de tabaco barsileño, o de 25 a 36 piezas de lino de Silesia, o de un anker [medida equivalente a 10 galones o 45 litros] de brandy francés a uno y medio, o de 15 a 150 libras de pólvora (Hagendorn y Johnson, 1986). No sólo tuvo lugar una inflación de cauri, sino que los precios relativos de las mercancías también fueron cambiando, y al parecer ¡los precios que más subieron fueron los del brandy y la pólvora!

En la época del apogeo del comercio de esclavos en el siglo XVIII, se registraron 26 millones de libras, o 10.000 millones de conchas individuales de cauri en importaciones, que alcanzaron una media anual de 2 a 3 millones de libras en total pero con oscilaciones de entre 1 y 5 millones de libras anuales (Hagendorn y Johnson, 1986, pp. 58-62). De manera que, según subraya Perlin (1993, p. 143), incluso la concha de cauri de tan bajo valor conectaba entre sí procesos y acontecimientos económicos, políticos y sociales de los océanos Índico y Atlántico y las tierras y pueblos que vivían en ellos. Pues todos ellos eran parte inseparable de un gran y único mercado global en el que la oferta y la demanda regulaban los precios relativos. Incluso estos precios mundiales diferenciales y fluctuantes eran arbitrados y «equilibrados» por medio de cauri y por el intercamio entre éstos y monedas metálicas (entre ellas la más importante era la de cobre) y otras monedas de uso corriente y entre éstas y todas las demás mercancías también.

Se paga con dinero, insiste asimismo Perlin, no más que con otras mercancías sólo para cubrir los déficits de comercio. Más aún, el dinero es también una mercancía en sí misma como cualquier otra, y es la demanda de dinero la que hace posible tanto la oferta comercial de bienes como el uso del dinero para adquirirlos. De manera que esta práctica universal de arbitraje refleja ya en sí misma –o ayudó a crear– un mercado mundial en el pleno sentido del término. Señalar, como hacen Flynn y Giráldez (1991, p. 341), que «el «mercado mundial» era en realidad una serie de mercados regionales interconectados diseminados y solapados entre sí alrededor del globo» no cambia nada esencial sobre este asunto precisamente porque estos «mercados» *estaban solapados e interconectados*.

Pero, ¿cómo conseguía este dinero hacer que el mundo se moviese y girase? ¿Por qué había quien quería –¡de hecho todo el mundo lo quería!– este dinero tanto como para hacer que su precio ascendiera, y en Asia y especialmente en China como para atesorar todo el que llegaba de otras partes del mundo? Pues porque las personas y las compañías y los gobiernos de esas regiones podían servirse de dinero para adquirir otras mercancías, entre ellas metales preciosos como el oro y la plata. A nivel micro-individual y empresarial y también en el plano local, regional, «nacional» y el de la macroeconomía mundial, el dinero literalmente engrasaba la maquinaria y las manos de quienes producían o accionaban esa maquinaria en la manufactura, la agricultura, el comercio, el gasto estatal o lo que fuera. Ni más ni menos en un

lugar que en otro, entonces y ahora. Es decir, el dinero apoyaba y generaba la demanda efectiva y la demanda tiraba de la oferta. Por supuesto, la demanda adicional sólo podía activar la oferta donde y cuando pudiera llegar a hacerlo, es decir, tenía que existir capacidad productiva y/o la posibilidad de expandirla a través de la inversión y el aumento de la productividad.

El argumento propuesto es que *esa* expansión era posible y de hecho tuvo lugar, en especial en muchas partes de Asia. De lo contrario los asiáticos no hubieran demandado y adquirido el dinero adicional de origen extranjero e interno bien por medio de la oferta de otras mercancías o por la oferta de otro dinero a cambio. Si la oferta de mercancías no hubiera sido capaz de expandirse, todo aumento de la demanda de éstas hubiera sólo incrementado el precio de las mercancías existentes por medio de lo que se conoce como inflación, y/o ¡no habría habido para empezar demanda para importar este nuevo dinero añadido! Es decir, que el dinero nuevo de plata y cobre, y mucho más aún el crédito adicional que éste a su vez permitía, iba de forma creciente monetarizando y estimulaba la producción en las economías mundial, regional, «nacional» y en muchas de las «economías» locales, es decir, a todos estos niveles dentro de una única economía global.

La parte macro de este argumento por el lado de la oferta ha sido ya ofrecida por todos los que han subrayado que la producción y/o la exportación de dinero era necesaria para cubrir los déficits en las balanzas de comercio. La parte macro por el lado de la demanda del argumento ha sido subrayada en particular por Perlin (1993 y 1994) y otros como yo mismo, para quienes este dinero realmente lubricaba las ruedas de la producción y el comercio y no estaba ahí simplemente para «ser extraído en América y de nuevo enterrado en Asia». El argumento relacionado y complementario de éste a escala micro y por el lado de la oferta y la demanda es que los productores individuales y las empresas e incluso los productores públicos y los comerciantes tenían que tener sus propios intereses lucrativos para dejarse inducir a tomar parte en ese engrase y monetarización de la oferta y la demanda a escala macro alrededor de todo el mundo. Este argumento ha sido subrayado en particular por Flynn (1986) y Flynn y Giráldez (1995 c), pero también por Perlin, que argumenta que «un marco centrado en la demanda incorpora la cuestión de la oferta, es decir, establece un conjunto de fenómenos empíricos más amplio, más inclusivo y también mucho más complejo que deben ser tenidos en consideración para ofrecer una explicación adecuada» (Perlin, 1994, p. 95).

La combinación de estos argumentos apoya mi tesis de que existía una *único sistema y economía mundial* y que éste poseía *su propia estructura y dinámica*. El dinero desempeñó un importante papel en el período de desarrollo global situado entre 1400 y 1800. El dinero daba la vuelta al mundo y hacía que el mundo diera vueltas en este casino global al que aportó e hizo incrementarse de forma gigantesca la sangre vital que engrasaba y movía las ruedas de la agricultura, la industria y el comercio.

Apostar y jugar en el casino global

Entre los principales exportadores de metales preciosos estaban las colonias españolas en América y Japón. Europa, los otomanos, Persia y la India eran también exportadores, pero éstos eran más bien aunque no exclusivamente reexportadores de metales preciosos que ellos a su vez importaban de otras partes.

África y el sureste asiático producían y exportaban oro. China producía moneda de cobre predominantemente para uso interno pero también para exportar al sureste asiático y otras partes del mundo. China también producía y exportaba oro que importaban Japón y otras regiones. Japón se convirtió probablemente en el principal exportador de cobre del mundo desde mediados del siglo XVII en adelante. La mayor parte de las transacciones cotidianas y menores del Extremo Oriente, el sureste asiático y el Asia meridional se realizaban en moneda de cobre. Los asiáticos no menos que los europeos dedicaban enormes cantidades de «energía» y atención económica, social, política, militar y de otro tipo a este negocio del dinero, que era a menudo más lucrativo que cualquier otro. En la tabla 3.1 se sintetizan las principales regiones del mundo y algunas de las menores productoras y exportadoras de plata, oro, cobre y latón para moneda que se intercambiaban y arbitraban unas con otras.

TABLA 3.1
Regiones productoras y exportadoras de metal para moneda

	Productores principales	*Productores menores*
Plata	México Perú Japón	Nordeste de Europa Persia Asia central Birmania/Siam/Vietnam
Oro	África occidental y del sureste América hispánica (en el siglo XVI) Brasil (en el siglo XVIII, desde 1690) Sureste asiático	Japón Persia China
Cobre*	Japón Suecia	
Latón*	Malaya	

* El cobre y el latón se fundían a veces en aleación; ambos se empleaban para hacer monedas de inferior valor.

Así, los principales productores y exportadores de plata eran la América hispánica y Japón; y en el caso del oro los principales productores era África, la América hispánica y el sureste asiático. En términos reales la economía mundial se apoyaba en un patrón plata, aunque el oro y el cobre, y en mucha menor medida el latón y las conchas de cauri eran asimismo mutuamente intercambiables. Los otomanos, la China Ming y la India empleaban enormes cantidades de plata para apoyar sus sistemas monetarios que en última instancia se apoyaban en la ingente y barata producción de las minas americanas, aunque también de las japonesas.

Tal y como había venido siendo desde hacía miles de años, el oro se movía predominantemente a través del Asia central hacia y alrededor del África meridional de este a oeste, en dirección contraria a la de la plata, que se movía del oeste hacia el este. En el subcontinente indio, el oro se movía hacia el sur y la plata hacia el norte. Ambas eran intercambiadas no sólo entre sí sino por supuesto también por otras mercancías, así como por moneda extranjera importada y por moneda local y otras formas de dinero de uso corriente. Este lucrativo arbitraje era un importante negocio no sólo para los venecianos y después los españoles, holandeses y otros europeos, sino también para otomanos, persas y comerciantes de todo el subcontinente indio, del sureste asiático, de Japón y de China. Los lingotes de metal dinerario y las monedas eran producidos y a menudo transportados a la otra parte del mundo, a distancias enormes. En ocasiones estos metales iban en un único cargamento pero era más habitual que fueran transportados por etapas más cortas a modo de eslabones de una cadena. Los metales preciosos y en menor medida otros de más bajo valor eran adquiridos en forma de lingotes y moneda como cualquier otra mercancía para generar beneficios. Estos a su vez eran convertidos o invertidos en otras mercancías, incluyendo otras monedas de uso corriente, y por supuesto en trabajo asalariado, esclavo y de cualquier otra «forma».

TePaske (1983) describe así el movimiento en cadena de la plata:

> Los lingotes salían de España en dirección a Inglaterra, Francia y los Países Bajos para adquirir bienes manufacturados que no se producían en Castilla. De los puertos ingleses, franceses, flamencos u holandeses los pesos españoles eran transportados a través del Báltico o Murmansk hacia Escandinavia o Rusia e intercambiados por pieles. En Rusia (...) [la plata] se dirigía hacia el sureste a lo largo del Volga hasta el Mar Caspio y en dirección a Persia, donde era enviado por tierra o mar a Asia. Los lingotes de la América hispánica salían también de España por el Mediterráneo hacia el este por las rutas marítimas y terrestres hacia el levante. La India conseguía su plata americana por medio del tráfico desde Suez a través del Mar Rojo y por el Océano Índico, por tierra desde el borde este del Mediterráneo a través de Turquía y Persia al Mar Negro y finalmente de ahí por el Océano Índico o directamente desde Europa en barcos que rodeaban el Cabo de Buena Esperanza siguiendo la ruta descubierta por Vasco de Gama. Esta última vía era también empleada por barcos portugueses, holandeses e ingleses que transportaban el tesoro de la América hispánica directamente a los puertos de Asia a cambio de bienes asiáticos. Por último –algo menos conocido durante mucho tiempo–, la plata encontró una vía a Oriente a través de la ruta del Pacífico desde Acapulco a Manila (TePaske, 1983, p. 433).

En la India, la plata americana comenzó a llegar desde comienzos del siglo XVII vía África occidental y alrededor del Cabo de Buena Esperanza. El imperio mogol se financiaba y se mantenía en pie gracias a la plata, y su acuñación y flujo eran por tanto muy dependientes de la inyección de plata procedente del extranjero. La mayor parte de ésta procedía en última instancia de América y llegaba por Europa o el Mediterráneo oriental y después seguía la ruta del Golfo Pérsico o el Mar Rojo, pero parte de ella procedía de tierras otomanas y la Persia safávida. La mayor parte de la plata llegaba, no por mar alrededor del Cabo de Buena Esperanza, sino por caravana y bien vía el Mar Rojo o el Golfo Pérsico desde Egipto, el Mediterráneo oriental, Turquía y Rusia (Brenning, 1983, pp. 479, 481 y 493). En Surat, que durante tiempo fue el puerto más importante de la India, las grandes compañías comerciales (que no eran en absoluto las principales abastecedoras) compraban alrededor de la mitad de la plata que llegaba del oeste. De ella, menos del 30 por ciento llegaba por vía marítima rodeando el Cabo de Buena Esperanza y la mayor parte llegaba a través del Mar Rojo, el Golfo Pérsico y por tierra, incluso desde Rusia. En 1643-1644, más de la mitad de la plata llegó por la vía del Mar Rojo y el Golfo Pérsico (Steensgaard, 1990 a, p. 353). Otro 20 por ciento vino por Japón via Taiwán, donde la holandesa VOC lo intercambiaba por oro. La plata fluía también hasta el Punjab desde Asia central y probablemente por el interior de Bengala desde el Tíbet, Sichuan, Yunán y Birmania. La británica EIC compraba también oro desde el este de la India y lo pagaba con plata. El oro llegaba hasta la India especialmente al sur del subcontinente desde el Asia occidental y desde Japón y China en el Oriente Extremo y especialmente desde el sureste asiático. Sin embargo, la India era sólo el penúltimo «desagüe» de la plata mundial, pero la propia India tenía que reexportar parte de su plata más hacia el este y remitirla sobre todo a China.

El capítulo 2 ofrece evidencia del continuo embarque de plata desde la India hacia el sureste asiático y China. Sin embargo, John Richards (1987, p. 3) plantea que la moneda de plata de la India gobernada por los mogoles retornaba pronto incrementada en forma de oro procedente del sureste asiático. Así, según Richards, a diferencia de los imperios turco otomano y persa safávida, el imperio mogol era capaz de exportar suficientes bienes como para pagar sus importaciones, de manera que no tenía necesidad de ninguna exportación neta de especias, las cuales en lugar de ello fluían para aumentar su propia oferta.

El aumento de los cargamentos de especias y de comercio inter e intra-asiático por parte de los comerciantes de la India y de otros comerciantes asiáticos redujo, sin embargo, a la mitad en 1640 la participación de los europeos en este comercio, y a una quinta parte a la altura de 1700. No obstante, en 1715, durante una prolongada «hambre de plata», una flota española cargada de tesoros se hundió a causa de un huracán desatado en el Caribe y «las oleadas de crisis económica reverberaron por todas partes hasta la India» (Day, 1987, p. 159). Los argumentos y la evidencia sobre esa importante «hambruna de plata» de la década de 1640 se examinan en el capítulo 5.

El juego de los números

La reserva y el flujo de dinero a nivel mundial así como su incremento han sido objeto de muchas estimaciones y revisiones desde Alexander von Humboldt y Earl Hamilton hasta la actualidad, y presumiblemente seguirán siendo objeto de nuevas reestimaciones en el futuro. Sería imposible analizar o revisar toda esa literatura, y más aún añadir nada a ella. Por suerte no es necesario hacerlo para investigar cómo una parte de ese dinero engrasaba las ruedas del comercio entre las principales regiones del mundo y afectaba a sus mutuas relaciones.

Braudel y Spooner (1967) han estimado las reservas disponibles de Europa en 1500 en alrededor de 3.600 toneladas de oro y 37.000 toneladas de plata. Raychaudhuri y Habib (1982, p. 368) han revisado estas estimaciones a la baja, hasta dejarlas en 3.600 toneladas de oro y 35.000 de plata en todo el Viejo Continente en 1500. La síntesis de Ward Barrett (1990) sobre los flujos de lingotes disponibles a escala mundial entre 1450 y 1800 revisa toda una serie de estimaciones anteriores (efectuadas por Alexander von Humboldt, Earl Hamilton, Adolf Soetbeer, Michael Morineau, B. H. Slichter van Bath y otros entre los que se incluyen Nef, Attman, TePaske, Kobata, Yamamura y Kamiki ya citados) y concluye que entre 1493 y 1800, el 85 por ciento de la plata mundial y el 70 por ciento del oro procedió de América.

Plata. Dejando de lado las variaciones en el tiempo y resumiendo las estimaciones de Barrett, en el siglo XVI la producción americana de plata fue de 17.000 toneladas o una media anual –aunque por supuesto en rápido crecimiento– de 170 toneladas. En el siglo XVII la producción media por año aumentó hasta 420 toneladas, o 42.000 toneladas en todo el siglo, de las que alrededor de 31.000 llegaron a Europa, una cuarta parte aproximadamente por vía pública y el resto por iniciativa privada (TePaske, 1983). Europa a su vez transportó un 40 por ciento de esta plata, es decir, más de 12.000 toneladas, a Asia, de las que entre 4.000 y 5.000 fueron transportadas directamente por la holandesa VOC y otras tantas por la inglesa EIC. De modo adicional, otras 6.000 toneladas se exportaron a y vía el Báltico, y 5.000 toneladas a y vía el Mediterráneo oriental, regiones que retuvieron ambas parte de ese metal pero otra parte la remitieron más hacia el este en dirección a Asia. En el siglo XVIII la producción media anual americana fue de 740 toneladas, lo que supuso alrededor de 74.000 en el conjunto del siglo. De éstas, 52.000 toneladas llegaron a Europa y más de 20.000, es decir, el 40 por ciento, fueron reenviadas hacia Asia.

Por consiguiente, de acuerdo con Barrett, en los siglos XVII y XVIII, a Europa llegó alrededor del 70 por ciento de la producción americana de plata, y un 40 por ciento de ella siguió camino hasta Asia. TePaske (1983) hace una estimación más elevada –en ocasiones mucho más elevada y en ascenso– de la plata retenida en la propia América. Desde un punto de vista monetario a escala mundial, esto sólo estaría queriendo decir que los costes efectivos de producción y su administración y defensa en América, así como la provisión de estos mercados, se estaban volviendo así de elevados. Sin embargo, Flynn y otros sugieren que la mayor parte de la plata que no llegó a Europa no fue retenida en América sino que en lugar de ello fue embarcada en dirección a Asia a través del Pacífico.

De manera que según las estimaciones de Barrett, de las 133.000 toneladas de plata producida en América desde 1545 hasta 1800, llegaron a Europa alrededor de 100.000, es decir, el 75 por ciento. De éstas a su vez 32.000 toneladas –el 32 por ciento de lo llegado a Europa y el 24 por ciento del total producido en América– llegó a Asia. Pero dado que este reenvío a Asia sólo empezó realmente alrededor de 1600, a partir de esta fecha vino a representar alrededor del 40 por ciento del total que llegó hasta Europa. Por medio de esta estimación, entonces, a lo largo del conjunto del periodo Europa retuvo 68.000 toneladas y América retuvo menos de 33.000 dado que parte de la plata se perdió al hundirse los barcos que la transportaban. Sin embargo, tal y como señalaré más adelante, parte de esta plata americana «retenida» fue también transportada a través del Pacífico directamente a Asia.

La producción americana aumentó así las reservas mundiales de plata en 17.000 toneladas, es decir, la mitad del total en el siglo XVI, en otras 42.000 toneladas, es decir, otro 80 por ciento del total a la altura de 1700, y otras 74.000 toneladas o de nuevo casi un 80 por ciento del total hacia 1800. Esto significa que la reserva mundial de plata aumentó de alrededor de 35.000 toneladas en 1500 a 168.000 toneladas en 1800, es decir, unas cinco veces. No obstante, esta cantidad sigue sin incluir el 15 por ciento del total de la plata mundial que según Barrett se producía en otras partes del mundo. La mayor parte de éste, o puede que más, se producía en Japón, como señalaré más adelante.

Artur Attman (1986 a, p. 78) reúne también estimaciones procedentes de muchas fuentes y obtiene cifras totales algo diferentes para los dos siglos últimos. Las cifras de Attman están en *riksdalers* [moneda de la Compañía de Ceilán sueca] cuyos equivalentes, según el apéndice que acompaña su obra, son 1 riksdaler por cada 25 gramos de plata, o un millón de riksdalers por 25

toneladas (25 millones de gramos) de plata. Attman estima la producción americana a una media de 13 millones de *rix-dollars* (equivalentes a 325 toneladas al año o 32.000 toneladas en todo el siglo) en el siglo XVII y 30 millones de riksdalers (750 toneladas al año o 75.000 toneladas en todo el siglo) en el siglo XVIII. De éstas, Attman estima traslados de alrededor del 75 por ciento a Europa, y reenvíos a su vez por encima del 60 por ciento (en contraste con apenas el 40 por ciento en el caso de Barrett) de estas cantidades llegadas a Europa. Si hacemos la media entre las dos estimaciones, al menos la mitad de la producción americana en constante aumento fue enviada hacia el este. De esta mitad de la producción americana, a su vez más de la mitad de esta proporción siempre en aumento fue embarcada directamente al sureste asiático y el Extremo Oriente, mientras que el 20 por ciento fue remitido al Báltico y otro 20 por ciento al oriente mediterráneo y el Asia occidental, desde donde a su vez sin embargo una cierta proporción tenía que ser también enviada más hacia el este (Attman, 1981, p. 77). Así, según las estimaciones de Attman, la cantidad y proporción de plata americana que terminaba en Asia fue incluso mayor, es decir, alcanzó las 48.000 toneladas en lugar de las aproximadamente 32.000 que obtenemos al agregar las cifras que ofrece Barrett (1990).

Sin embargo, al menos otro 15 por ciento de plata, es decir, 3.000 toneladas más al año, eran embarcadas en los galeones de Manila desde Acapulco en México y antes de esto también desde Perú directamente hasta Manila. Prácticamente toda esta plata era a continuación reembarcada en dirección a China. Sin embargo, los envíos transatlánticos de plata deben de haber sido mucho mayores. Los envíos transatlánticos eran de una media de 20 toneladas al año entre 1610 y 1640 y después descendieron a menos de 10 toneladas anuales en las siguientes dos décadas (Reid, 1993, p. 27). Atwell (1982, p. 74) menciona también el transporte anual entre Acapulco y Manila de 143 toneladas, y 345 de ellas en 1597. Pierre Chaunu estimó que hasta el 25 por ciento de la plata americana era transportada por barco directamente a través del Pacífico (citado por Adshead, 1988, p. 21). Han-Sheng Chuan a su vez estima la transferencia de hasta 50 toneladas de plata anualmente (la misma proporción que a través del Báltico) en el siglo XVII, que terminaba por supuesto toda ella en China (citado por Flynn y Giráldez, 1995 a, p. 204; 1995 b, p. 16, y Flynn, 1996).

Una enorme aunque desconocida proporción del comercio de plata transpacífico era de contrabando y por tanto no ha dejado registro documental. Para mantener en la misma España el control de su monopolio, la corona hispánica trataba de restringir el comercio directo con Manila a través del Pacífico, de manera que una proporción desconocida de éste se realizaba por medio de contrabando. También por esta razón, Flynn y Giráldez (1995 b y c) creen que la cantidad de plata que atravesaba el Pacífico desde América ha sido hasta el presente subestimada. Esto querría también decir que buena parte de la plata hispanoamericana que según TePaske no llegaba a cruzar el Atlántico no se quedaba de hecho en América sino que en lugar de ello era transportada a través del Pacífico. Por consiguiente, Flynn sugiere que el transporte de plata por el Pacífico puede haber llegado a veces a ser equivalente en cantidad a la plata que llegaba a China desde Europa. Flynn emplea sobre todo las estimaciones de Chuan de 2 millones de pesos, o 50 toneladas de plata al año, que supone ya una cantidad tres veces superior a las 15 toneladas mencionadas más arriba. Atwell (1982, p. 74), citando una fuente china, estima una cantidad entre 57 y 86 toneladas anuales. Sin embargo, Flynn se pregunta también si es «posible que más de 5 millones de pesos [125 toneladas] al año atravesasen el Pacífico. No hay evidencia en la que apoyar esas cifras», y a continuación sugiere que el comercio transpacífico puede no haber decaído en el siglo XVII como en cambio sí sucedió con el comercio transatlántico (Flynn y Giráldez, 1994, pp. 81-82).

El principal proveedor de plata en Asia era Japón. Produjo y suministró 50 toneladas al año entre 1650 y 1600, y entre 150 y 190 toneladas al año entre 1600 y 1640, alcanzando el pico de 200 toneladas en 1603 (Atwell, 1982, p. 71 y Reid, 1993, p. 27). Reid compara estimaciones procedentes de varias fuentes y obtiene la cantidad de 130 toneladas al año entre 1620 y 1640, con un descenso hasta 70 toneladas en la década de 1640, 50 toneladas anuales en la de 1650 y 40 toneladas al año en la de 1660. Von Glahn (1996 a, p. 439, tabla 3.1) calcula unas 4.000 toneladas, y cita las estimaciones de Yamamura y Kamiki de en torno a 8.000 toneladas para el periodo de casi un siglo entre 1550 y 1645. Japón había traído desde Corea ingenieros y tecnología para responder a la creciente demanda y precio de la plata. Japón se convirtió entonces en un gran productor mundial y exportador de plata durante los ochenta años entre 1560 y 1640. Después de esto la producción de plata japonesa se supone que decayó y en su lugar se incrementó la producción y exportación de cobre a China. Sin embargo, investigaciones recientes efectuadas en Japón y comentadas por Ikeda (1996) así como datos citados por von Glahn (1996 a) sugieren que las exportaciones japonesas de plata siguieron realizándose hasta al menos mediados del siglo XVIII.

Es también digno de señalar que las exportaciones de plata japonesa a China superaban entre tres y diez veces, con seis o siete como media, a las que llegaban a través del Pacífico desde América. En cualquier caso el total de puede que hasta 8.000 o 9.000 toneladas de exportaciones de plata japonesa entre 1560 y 1640 ha de ser comparado con las alrededor de 19.000 toneladas recibidas por Europa desde América (según la estimación de Barrett) junto con las más de 1.000 toneladas enviadas a través del Pacífico durante este mismo período. Esto es, Japón por sí solo contribuyó con 8.000 ó 9.000 a ese total de 28.000 toneladas, es decir, casi un 30 por ciento. Flynn y Giráldez (1995 a, p. 202) sugieren que en su momento de máxima producción llegó a ser entre un 30 y un 40 por ciento.

Un par de expertos en esa época (Flynn, 1991) han propuesto la hipótesis subjetiva de qué diferente hubiera sido el mundo –incluida Europa– sin esta

aportación relevante de Japón a la liquidez monetaria a escala mundial, en especial en relación con China. O de forma alternativa, sin la contribución americana y su competencia con la producción de Japón, ¿hubiera sido éste capaz de traducir su mucho más fuerte posición derivada en el mercado mundial de plata en una conquista económica y/o política de China y el sureste asiático? Los europeos –al carecer de medio alguno de pago– habrían quedado virtualmente excluidos del comercio mundial. Una de estas eventualidades –y a fortiori ambas– hubiera convertido toda la posterior historia mundial en algo muy diferente de lo que ha sido. Sea como fuere, hemos de estar de acuerdo con la afirmación que hacen Yamamura y Kamiki (1983, p. 356) de que «se necesita desde hace tiempo una seria revisión del papel desempeñado por Japón en el sistema monetario mundial durante este tiempo». Por consiguiente desde esta perspectiva monetaria mundial todas las aseveraciones acerca del aislamiento de China o de Japón respecto de la economía mundial son una vez más cuestionadas por las evidencias.

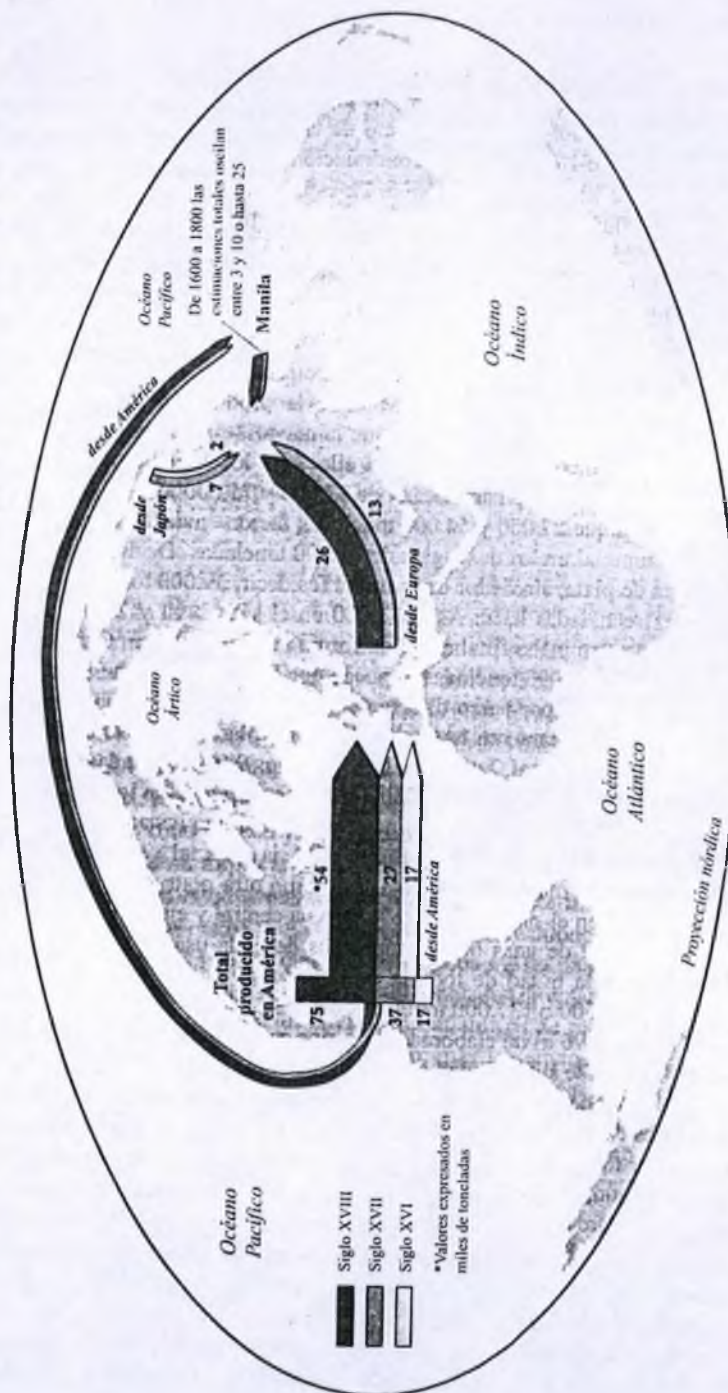
Ahora bien, la cantidad y proporción de la plata mundial que terminaba en China debe de haber sido incluso mayor que todas las estimaciones hasta el momento efectuadas, pues China recibía también una cantidad desconocida del resto de la oferta mundial de plata. Reid (1993, p. 27) elabora estimaciones de alrededor de 6.000 toneladas para el período 1601-1640, es decir, 150 toneladas al año, comerciadas en el sureste asiático, de las que 4.500 procedían de Japón; la práctica totalidad de ellas terminaba en China. Para el período 1641-1670 esta oferta total decreció hasta una media de 80 toneladas al año, hasta hacer un total de 2.400 toneladas de las que 53 cada año, o 1.600 en total, procedían de Japón.

Así, entre 1600 y 1800 y sirviéndonos de las estimaciones de Barrett, el Asia continental absorbió al menos 32.000 toneladas de plata de América a través de Europa, 3.000 toneladas vía Manila y tal vez 10.000 toneladas procedentes de Japón: en total, 45.000 toneladas. Sirviéndonos de las estimaciones de Attman, que plantea que Europa enviaba a Asia una proporción mayor de remesas, Asia habría recibido 52.000 toneladas directamente desde Europa, más una proporción de los envíos transatlánticos de plata remitidos a través del Báltico y el oriente mediterráneo, más los envíos a través del Pacífico. Esto supone una cantidad de 68.000 toneladas, es decir, la mitad de toda la producción de plata de la que se tiene constancia en el mundo entre 1500 y 1800. Sin embargo, Asia (sin contar Japón) producía también plata para su propio uso, en particular en Asia Menor, Persia y el Asia central, parte de la cual era también enviada a China. Más aún, parte de la plata se producía tamién en Yunnan y otras partes de China, que la empleaba en su propio uso.

De forma que China recibía y hacía uso de una parte muy destacada de la oferta mundial de plata. Buena parte de ella procedía de Japón, parte lo hacía a través del Pacífico vía Manila, y otra parte llegaba a China desde América a través de Europa, el Mediterráneo oriental y el Asia occidental, meridional y del sureste así como desde y a través del Asia central. Según las claramente incompletas estimaciones de Reid (1993, p. 27) los comerciantes europeos suministraron alrededor del 14 por ciento de las importaciones de plata por parte de China entre 1610 y 1630, a continuación el 10 por ciento hasta 1660 y el 40 por ciento en la década de 1660. La estimación más antigua ofrecida por Chaunu era que una tercera parte de la plata originariamente de América terminaba en China y otro tercio en la India y el Imperio Otomano (citado por Adshead, 1993). Frederic Wakeman (1986, p. 3) sugiere que puede que hasta la mitad de la plata americana terminase en China.

La producción y el flujo de plata alrededor del mundo se muestra de forma gráfica en el mapa 3.1, que está hecho principalmente con la media de las estimaciones de Barrett y Attman. Muestra la producción americana de 17.000 toneladas en el siglo XVI, de la que la mayoría fue transportada hasta Europa y en gran medida permaneció en ella. Para los siglos XVII y XVIII el mapa muestra la producción americana de 37.000 y 75.000 toneladas respectivamente, de las que 27.000 y 54.000 toneladas fueron enviadas a Europa, lo cual implica un total en los dos siglos de 81.000 toneladas. De estas remisiones a Europa de plata, alrededor de la mitad (es decir, 39.000 toneladas) fueron a su vez reenviadas hacia Asia, 13.000 en el siglo XVII y 26.000 en el XVIII. Esta plata terminaba finalmente de forma predominante en China. Más aún, entre 3.000 y 10.000 toneladas, o puede que hasta 25.000 toneladas, fueron también enviadas por barco directamente desde América a Asia a través del Pacífico, y prácticamente la totalidad de esta plata terminó también en China. De forma adicional, Japón produjo al menos 9.000 toneladas de plata, que fueron también absorbidas por China. Por consiguiente, en los doscientos cincuenta años anteriores a 1800, China recibió en última instancia alrededor de 48.000 toneladas de plata desde Europa y Asia, más tal vez otras 10.000 toneladas o incluso más desde Manila, así como otra plata producida en el Asia continental, en el sureste asiático y en Asia central y en la misma China. Esto suma un total de unas 60.000 toneladas de plata usadas por China, es decir, puede que la mitad de toda la producción mundial de unas 120.000 toneladas desde 1600 o 137.000 toneladas desde 1545.

Von Glahn (1996 a) ha elaborado de forma independiente nuevas estimaciones. Este autor se sirve de datos sobre cargamentos de plata donde los hay disponibles y donde no los estima a través de la conversión del 80 por ciento de los valores de las exportaciones totales de China en importaciones de plata calculadas en toneladas métricas. Su total procedente de todas las fuentes, incluyendo Japón, América vía Manila y el Océano Índico (pero sin incluir el transporte terrestre a través de Asia) es de alrededor de 2.200 toneladas entre 1550 y 1600 y 5.000 toneladas entre 1600 y 1645, es decir, un total de 7.200 toneladas para los casi cien años que separan 1550 de 1645. Las estimaciones para el segundo período y por lo tanto también para el conjunto son entre un 20 y un 30 por ciento inferiores a las de Yamamura y Kamiki, en parte probablemente porque Von Glahn emplea datos procedentes de exportaciones de



Mapa 3.1. Producción mundial de plata, exportaciones y recepciones

mercancías y los convierte en importaciones de plata a una tasa constante del 80 por ciento. La legitimidad de esta manera de elaborar estimaciones es cuestionable, sin embargo, en tanto que a lo largo del tiempo la oferta de plata fue en aumento, haciendo por consiguiente descender el valor de ésta en términos de otras mercancías. Visto así, el empleo de una ratio de conversión constante de mercancías respecto a la plata tendría como resultado una subestimación de la cantidad de plata que era pagada a China a cambio de sus mercancías y podría ayudar a explicar que las estimaciones de Von Glahn sean inferiores a las de otros autores. Más discusión sobre este asunto puede verse en mi crítica a su libro, en Frank (1998 b).

La combinación de algunas de las estimaciones arriba mencionadas de producción y envío de plata desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII sugiere la producción de unas 30.000 toneladas en América y de alrededor de 8.000 en Japón, hasta alcanzar un total de 38.000 toneladas. Si una vez más restamos la cantidad desconocida de la plata que se quedó en América o se perdió en el transporte a Europa, las entre 7.000 y 10.000 toneladas que terminaron en China representan sin duda una proporción muy apreciable. Es decir, incluso esta estimación muy a la baja efectuada por Von Glahn deja a China con entre una cuarta parte y una tercera parte del total de la producción de plata mundial. Esto es mucho más que la proporción dejada para uso interno por cualesquiera de las restantes regiones tomadas individualmente, tanto de Europa como del Asia occidental, meridional y del sureste, por no hablar de África y el Asia central. (Contamos aún con menos evidencia sobre estas dos últimas regiones, aunque de forma adicional llegó a China alguna plata procedente de esta última región.)

Oro. El oro llegaba al mercado mundial en el siglo XVI a través del Caribe, México y distintas regiones de los Andes, procedente de minas ya anteriormente en uso o de otras de nueva explotación. Minas Gerais en Brasil experimentó un importante *boom* de extracción de oro desde 1690 hasta mediados del siglo XVIII. Sin embargo, había también producción fuera de América, que llegaba a alcanzar hasta alrededor del 30 por ciento del total, según ha subrayado Barrett. Como había sido el caso en los siglos anteriores al año 1500, el grueso de este oro procedía de África, en su mayoría del África occidental, que exportaba unas 50 toneladas en el siglo XVI y alrededor de 100 toneladas, una por año, en el siglo XVII. Esta exportación de oro descendió hasta 60 toneladas en el siglo XVIII antes de cesar en las postrimerías del siglo (Barrett, 1983, p. 247 y Curtin, 1983, pp. 240 y 250).

Otros suministros de oro procedían de Nubia, que lo exportaba vía Egipto a Constantinopla/Estambul, y de Etiopía, que lo exportaba a Egipto, el Mar Rojo y la India. Zimbabue, que a lo largo de un milenio había sido una importante fuente de oro para el mundo, alcanzó su cénit de producción de una tonelada durante el siglo XV. Los otomanos también producían y/o recibían oro (pero aún más plata en términos absolutos si es que no relativos) de

los Balcanes, Rumelia, Crimea, Caucasia y los Urales. El oro era también producido y/o exportado desde distintas partes del sureste asiático, tales como Yunán, Birmania, Malaya, Tailandia, Champa (Vietnam) y en algunas islas, en especial en Sumatra. Parte de este oro del sureste asiático se encaminaba hacia el norte hasta el Extremo Oriente, y parte se dirigía hacia el oeste hacia el Asia meridional. China también producía oro y, durante buena parte del período entre 1400 y 1800, lo exportaba a cambio de plata.

Crédito. Tanto la disponibilidad como la escasez de moneda de metal estimuló una «expansión sin precedentes del crédito: préstamos, seguridades, títulos de deuda, transferencias de crédito, dinero bancario, papel moneda y obligaciones negociables: todas estas formas eran empleadas a creciente escala para evitar el uso de los metales preciosos» (Parker, 1974, p. 531). Sin embargo, es posible –al igual que en otros lugares y en otros tiempos– que la cantidad de crédito también se incrementase y redujese coincidiendo con la disponibilidad y escasez de la moneda metálica de uso corriente y de los lingotes de metales preciosos para respaldar sus fluctuaciones. En especial los políticos pueden haber querido reemplazar el dinero contante con crédito y papel moneda. Sin embargo, la misma escasez hizo o permitió a los prestamistas aumentar la tasa del precio de los intereses con los que cargaban su dinero y su crédito, y de esta manera limitó la cantidad efectiva de crédito. De hecho entonces como ahora hacía falta dinero real (en metálico) para hacer u obtener papel moneda y crédito.

> Los lingotes de metal precioso eran empleados como garantía de los préstamos de las compañías: el comercio de todas las Compañías y del *Estado* [*da India*] se mantenía sobre el crédito de los banqueros indios. Si la *Compagnie des Indes* no recibía metal para monedas su inseguro crédito caería en picado y no se podría comprar ni vender nada (...) Para obtener préstamos y dar crédito a sus monedas de cambio los mercaderes tenían por tanto que traer lingotes desde fuera. Los lingotes no sólo servían como garantía del tráfico en letras de cambio dentro de la India sino entre la India y el Oriente Medio también. Era habitual que los comerciantes que operaban en Kerala y Gujarat firmasen letras pagaderas en Moca y Adén; que los mercaderes de Surat extendieran letras pagaderas en Kung, que era el mayor centro bursátil del Golfo Pérsico. Pero este tráfico de papel dependía de un flujo continuo de monedas procedentes del Oriente Medio.
>
> La ausencia de lingotes de metal para moneda, por su parte, comprometía la recaudación de impuestos sobre la tierra en Gujarat; las tasas de crédito agrícola se dispararían y lo mismo haría la tasa de descuento de las letras de cambio otorgadas en Surat para ser cobradas en Burhanpur o Ahmedabad para transferir ingresos fiscales. Pues las rentas e ingresos que obtenían de sus *mansabs* los nobles eran abundantemente remitidos también en forma de letras (Barendse, 1997, cap. 6).

Dado lo difícil que resulta hacerse con estimaciones fiables sobre dinero en metálico u obtenerlas de algún modo, es bastante probable que no lleguemos nunca a conocer hasta qué punto las ruedas del comercio, la inversión y la producción eran también engrasadas por el crédito, o hasta qué punto estas mismas actividades generaban funciones crediticias en todas sus muy diversas maneras. El crédito debe no obstante haber sido una actividad bastante importante, incluso a pesar de que la evidencia sobre él sea en general escasa y para el período 1400 a 1800 un poco tardía, al menos en la literatura secundaria. Por ejemplo, entre 1740 y 1745, las letras de cambio supusieron un 20 por ciento (frente a un 80 por ciento de mercancías y metal precioso) de los pagos de las exportaciones de la East India Company inglesa y de la VOC holandesa a cambio de las importaciones que efectuaron (Steensgaard, 1990 c, p. 14). Muchas letras, incluidas las inglesas, se hacían efectivas en Amsterdam en el mercado financiero de la ciudad. Estas mismas compañías también pedían prestado abudantemente en mercados de dinero asiáticos que financiaban sus exportaciones. En la misma Asia, créditos-puente adelantados a productores de índigo o comerciantes de café eran normalmente otorgados para períodos de hasta doce meses de duración, y para el abastecimiento de textiles de tres o cuatro meses de duración (Chaudhuri, 1990 b, p. 8). En el capítulo 4 se discute el papel del crédito en el funcionamiento de las instituciones de mercado y las finanzas.

¿CÓMO EMPLEABAN SU DINERO LOS GANADORES?

Por plantearlo a las claras, ¿atesoraban su dinero (según cuenta la fábula) o lo gastaban?; y si es así, ¿en qué?

La tesis del atesoramiento

Para los lectores que han crecido en la tradición occidental que se retrotrae a David Hume y Adam Smith y llega a Immanuel Wallerstein en la actualidad, puede resultar de utilidad revisar la tesis de que «el dinero se extraía en el Oeste sólo para volver a ser enterrado de nuevo en el Este». Bajo el título *Spenders and Hoarders* [Dispendiadores y atesoradores], Charles Kindleberger escribe lo siguiente: «Esto nos lleva hasta la cuestión principal, si es correcta la visión tradicional según la cual el atesoramiento de dinero en la India y China era un reflejo de la falta de complejidad financiera de esas sociedades o si su empleo de metales preciosos era bastante similar al de Europa» (Kindleberger, 1989, p. 35).

Para afrontar esta cuestión, Kindleberger analiza una amplia variedad de fuentes, algunas de las cuales indican que también se producía cierto atesora-

miento en Europa y muchas otras que señalan que se producía también mucho «gasto» en Asia. Sin embargo, pese a todos los análisis que muestran lo contrario, Kindleberger se muestra reticente a abandonar la tesis tradicional:

> Dada esta fascinación por el oro, es difícil aceptar la opinión de los expertos –como Chaudhuri, Perlin, Richards...– según la cual la India no tenía una gran propensión a atesorar oro, mientras que necesitaba importaciones de plata para emplearla como dinero (...) Es difícil aceptar el argumento de los expertos de que el Este no era en esto diferente a Occidente (Kindleberger, 1989, pp. 63 y 64).

Me cuesta admitir el escepticismo de Kindleberger, que parece basarse en parte en su reivindicación de que el oro no se empleaba nunca como dinero en la India, algo que al menos para el sur del subcontinente es incorrecto. Más aún, a pesar de tener por referencia la moneda de cobre, el dinero poseía una «sorprendente velocidad y amplitud de circulación (...) [y] viajaba desde las provincias del imperio fronterizas con el exterior a sus zonas interiores en apenas un año desde su acuñación. Es este un rasgo realmente sorprendente del sistema de los mogoles», lo cual contradice la idea de «cualquier persona acostumbrada a pensar que la moneda ordinaria circulaba dentro de localidades y regiones determinadas» (Richards, 1987, pp. 6-7).

Kindleberger prosigue:

> Lo que hay que explicar es por qué la plata se detenía al llegar a China (...) Resulta difícil a la luz de esta supuestamente puntual y anecdótica evidencia [de empleo no monetario del oro en China] compartir la conclusión de los expertos según la cual el apetito de los chinos por la plata estaba dominado por la monetarización y la otra según la cual resulta cuestionable la idea de que los chinos atesoraban más que otros países. La monetarización era importante, especialmente en relación con el pago de impuestos (...) (Kindleberger, 1989, p. 71).

Pese a los esfuerzos de los expertos monetarios contemporáneos (incluidas numerosas referencias a anécdotas en los periódicos desde los años 30 a los 80 del siglo XX) de mantener viva la tradicional y vieja tesis del atesoramiento, Kindleberger se muestra incapaz de ofrecer o bien una teoría convincente o alguna evidencia persuasiva contra el «argumento de los expertos de que el Este no es en modo alguno distinto al Oeste».

Tal vez más alarmante es el reciente eco de la vetusta tesis del atesoramiento de Wallerstein (1980, pp. 108-109): él no sólo escribe (citando una fuente de 1962 para apoyar la frase que sigue) que «la moneda y los lingotes transportados hasta Asia (y Rusia) se empleaban principalmente "para atesorarlo o hacer joyas" y la "balanza comercial" [cuando uno se niega a pensar que la plata era una mercancía] fue *persistentemente* desfavorable y esencialmente bilateral durante mucho tiempo». Pero para poner aún peor las cosas

continúa en la frase siguiente de esta manera: «Estos dos hechos son precisamente evidencia de que las Indias Orientales se mantuvieron en una posición *externa* a la economía-mundo europea (...) [He aquí] la diferencia entre el comercio dentro de la economía-mundo capitalista y el comercio entre un sistema-mundo particular y su arena exterior [la cursiva es suya]». Digo «alarmante» en dos sentidos del término. Primero, esta cita de Wallerstein debería resultar en y por sí misma suficiente como para alarmarnos en relación con las limitaciones de su perspectiva y teoría *europea* del sistema y economía mundial, que le hace a él y a otros incapaces de dar cuenta del mundo real, según he argumentado ya en un extenso capítulo y con citas tomadas tanto de él como de Fernand Braudel (Frank, 1994 y 1995). Om Prakash (1995, pp. 8-9) también señala que carece de base empírica sólida la afirmación de Wallerstein de que el influjo de una misma plata servía y era necesario para la expansión de la inversión y el capitalismo en Europa mientras que en Asia no tenía otra función que la meramente decorativa para la aristocracia.

Sin embargo, también es alarmante que los europeos que han cegado a Wallerstein parecen obligarle a permanecer ciego tanto como a malinterpretar la evidencia misma que, de ser leída de otra manera, vendría a tirar de la manta de su propia teoría, poniéndola en evidencia. Pues, al contrario de lo que opina Wallerstein, el flujo mundial de dinero en dirección a Asia y Rusia es evidencia precisamente de que estas regiones *eran* parte de la misma economía mundial como lo eran Europa y América.

Inflación o producción en la teoría cuantitativa del dinero

La inyección de plata y cobre procedente de América (en este caso mayoritariamente plata) y también de Japón proporcionó una nueva capacidad de liquidez y de formación de crédito. Esto a su vez facilitó un importante, tal vez impresionante, aumento de la producción a escala mundial, que creció hasta ponerse a la altura de esta nueva demanda monetaria. Este factor de tipo «tirón» fomentó por consiguiente mayores logros industriales y desarrollo en China, el sureste asiático y el Asia occidental (incluida Persia). Tal y como observa Chaudhuri,

> las economías de los dos grandes imperios asiáticos se beneficiaron de la expansión de las relaciones económicas con el Oeste. El enorme influjo de lingotes (...) es sólo una indicación del crecimiento del ingreso y el empleo. La exportación de textiles convirtió a las provincias costeras de la India en importantes regiones industriales, y los metales importados por las Compañías pasaron directamente a la circulación como pagos de los bienes exportados (Chaudhuri, 1978, p. 462).

Una herramienta favorita de los economistas es la ecuación de Fisher DV = PT. Quiere decir que el (aumento de) la cantidad de Dinero multiplicado por la Velocidad de su circulación en uso equivale al (aumento de) los Precios de los bienes y servicios multiplicado por el (aumento de las) Transacciones de su producción y venta. La teoría cuantitativa del dinero plantea que si la cantidad de moneda en circulación aumenta mientras su velocidad y el número de transacciones se mantienen invariables, los precios de los bienes y servicios transaccionados deben incrementarse de forma proporcional al aumento del dinero disponible. Hamilton y otros observaron que en el siglo XVI el dinero recién llegado de América hizo que los precios aumentasen en Europa. Llamaron a esto la gran «revolución de los precios». Desde entonces se han producido incesantes debates sobre si la cantidad de dinero que llegó fue realmente la calculada por Hamilton, si su velocidad de circulación se alteró también, hasta qué punto la producción y las transacciones se incrementaron, qué secuencia de encadenamiento siguieron estos fenómenos, y en fin qué es lo que realmente explica el auge de los precios en Europa, así como cuánto aumentaron realmente éstos, y exactamente cuándo. Jack Goldstone (1991 a y b) revisa muchos de los argumentos de esta polémica y plantea de forma persuasiva que la inflación de precios en Europa (excepto en España) fue generada por incrementos de población y de la demanda y no tanto por las nuevas disponibilidades de dinero procedente de América.

El debate ha ido extendiendo hasta incluir Asia, primero debido a que parte del dinero americano salió a su vez de Europa, y segundo porque vino a llegar a Asia y por tanto aumentó también allí la oferta de dinero. De manera que la pregunta pasa a ser si el nuevo dinero americano y/o el aumento de la población generaron también inflación en Asia.

Los efectos del dinero nuevo sobre los precios en la India ha sido también objeto de disputa. Aziza Hasan (1994) argumenta que las importaciones de plata llevaron de hecho a una inflación en los precios. Sus estimaciones muestran que la plata en circulación se triplicó entre 1592 –fecha a partir de la cual los flujos de llegada se volvieron significativos– y 1639. Su razonamiento es que, dado que la producción no puede haber aumentado a este ritmo, los precios deben de haber crecido. Tras examinar también las oscilaciones en los precios para unas pocas mercancías, aunque «contamos con escasa información sobre los precios de las mercancías de gran consumo» (Hasan, 1994, p. 175), concluye que tuvo lugar una importante inflación de precios. Tal y como veremos más adelante, Irfan Habib y otros comparten esta tesis al menos parcialmente.

Sin embargo, Brenning (1983) desafía la tesis de que la India, al igual que antes de ella Europa, recibió la visita de una «revolución de precios» en el siglo XVII. Lo que argumenta él es más bien que, aunque se dieron períodos breves de aumento de precios en la década de 1620 y de nuevo a mediados de la de 1650 y en la de 1660, en conjunto los precios se mantuvieron bastante estables en otros períodos y visto en su totalidad sólo crecieron

moderadamente a lo largo del siglo XVII. De hecho tras el incremento que experimentaron a mediados del siglo XVII, los precios se estabilizaron en la década de 1670, justamente cuando las importaciones de plata volvieron a incrementarse. Brenning (1983, p. 493) apela a «potentes desarrollos locales que afectaron a la historia monetaria a nivel regional», pero no consigue describir en qué consistieron éstos. Sin embargo, incluso Habib (1987, pp. 138-139) yerra al plantearse si hubo realmente inflación y, si la hubo, cuándo tuvo lugar:

> El problema del impacto de la «inflación» producida por la plata en el siglo XVII sobre la estructura de la economía de la India de los mogoles no puede ser resuelto adecuadamente hasta que seamos capaces de establecer en qué metal monetario, y en qué períodos, se realizaban los pagos. Está además la cuestión más profunda de si las cantidades de plata que entraban en el país ocasionaron un aumento en el nivel de precios (o una depreciación en el valor de la plata) proporcional de manera aproximada a las adiciones que aquellas implicaban en las reservas existentes (Habib, 1987, p. 139).

El propio Habib se inclina por lo contrario. Los precios en términos de plata no aumentaron de forma proporcional al incremento de su oferta, y los precios y los salarios no aumentaron en modo alguno en términos de cobre, metal más usual de moneda. Conforme aumentó la disponibilidad de plata, el precio de ésta disminuyó en su valor relativo con respecto al cobre, y en el siglo XVII fue reemplazando a éste como medio de intercambio. Más aún, la demanda de cobre se incrementó con el creciente empleo de este metal en la construcción de cañones. Habib subraya que el flujo de plata redujo también su precio respecto del oro. El valor de la rupia ciertamente disminuyó en términos de plata y oro, y al principio aumentó para después disminuir en términos de cobre. «Resulta llamativa la concordancia entre las tendencias anteriores en la agricultura y los precios de la plata» (Habib, 1963 a, p. 89).

Esta evidencia y análisis debilita aún más la tesis de que la India sufrió inflación, pues los precios de los bienes eran reflejo más de la disminución del precio de la plata en tanto que mercancía ella misma (medida frente a la moneda corriente de oro y de cobre) que de un aumento inflacionario generalizado del precio de todas las mercancías. De hecho Prakash (1995, p. 13) señala que «un considerable volumen de trabajo realizado a lo largo de las últimas dos décadas (...) ha rechazado de forma consistente la posibilidad de un alza generalizada de los precios». El estudio de Rene Barendse (1997) sobre la VOC holandesa muestra también que no tuvo lugar un aumento inflacionario generalizado en los precios ni en los salarios de la India. La investigación más sistemática de los precios de los metales preciosos es la que ha hecho Sanjay Subrahmanyam (1994) a partir de los trabajos de autores anteriores y de la evidencia disponible en general y en particular para las regiones de Bengala, Surat, Masulipatam y Agra. Su conclusión es también que

> en conjunto entonces, la evidencia sobre la India sugiere que la inflación de los precios fue en el mejor de los casos esporádica y se limitó a regiones específicas y a mercancías concretas (...) El argumento de una Revolución de los Precios sigue sin haber sido probado (...) El material empírico no apoya semejante hipótesis (...) [De hecho] las tasas de interés (...) muestran una tendencia a la baja (Subrahmanyam, 1994, pp. 53-54).

Más aún, Subrahmanyam revisa también la discusión de este mismo asunto en relación con el Imperio Otomano y llega a la misma conclusión, clarificada por la tesis de Goldstone (1991) de que el crecimiento de la población es lo que elevó los precios. En otro trabajo Goldstone (1991 b) argumenta de forma parecida que la inflación se mantuvo en niveles bajos y que fue prácticamente imperceptible en China, excepto a mediados del siglo XVII. La razón se encuentra en que los aumentos de la producción y la velocidad de la circulación absorbieron el crecimiento en la oferta de dinero. Este autor sospecha asimismo que el atesoramiento, o al menos la esterilización de la plata, se produjo en Europa en forma de un consumo suntuario a través de objetos y cubertería de plata. Por supuesto, como es habitual en él, atribuye la inflación al aumento de la población. (Volveré sobre este asunto en el capítulo 5.)

En China también aumentaron la producción y la población, pero el dinero nuevo no forzó al alza los precios de un modo significativamente más rápido que el crecimiento de la población. Incluso en la altamente monetarizada China meridional, Marks (1997 a y 1996) y Marks y Chunscheng (1995) hallaron que, aparte de algunos breves períodos circunstanciales de rápida inflación en el precio del arroz, a lo largo de siglos el auge en el precio de este producto básico caminó a la par que el crecimiento de la población, y los precios de otras mercancías tendieron a descender. Más aún, estos autores citan los hallazgos de otros investigadores que muestran que «en la práctica todos los hogares respondían a los altos precios [de compra] reduciendo la fertilidad, y a los precios bajos aumentándola». Por consiguiente, «si todos los campesinos chinos controlaban su fertilidad en respuesta a las condiciones económicas, entonces el aumento de la población (...) puede haber sido una respuesta directa a los importantes avances del crecimiento económico». Aunque se refieren a los siglos XVIII y XIX, es posible sostener lo mismo también para siglos anteriores.

Para concluir esta revisión del debate sobre si hubo o no inflación en Asia en general, tenemos que dar la razón a Subrahmanyam:

> En ausencia de una extendida y rápida inflación de precios de mercancías en términos de grandes cantidades de metales de acuñación en el sur y el oeste de China (al menos en tasas comparables a la inflación en Europa occidental), es evidente que la tasa de incremento de la oferta de dinero puede en general ser descompuesta en términos de la tasa de cambio en la producción, y de la inversa de la velocidad-ingreso del dinero (Subrahmanyam, 1994, p. 218).

«El peso de la evidencia» sugiere también que no se produjo inflación en el área meridional de la India (Subrahmanyam, 1990 a, p. 349) ni en Bengala, según observa Richard Eaton (1993, pp. 204-206). Tampoco tuvo lugar una inflación continuada en China, algo sobre lo que volveré más adelante.

Es decir, que en términos de la ecuación de Fisher (DV = PT), la evidencia sugiere que a lo largo de la mayor parte de Asia la creciente llegada de dinero de América y Japón no incrementó los precios de forma sustancial, como en cambio sucedió en Europa. Frente a esto en Asia la inyección de dinero adicional generó un aumento de la producción y las transacciones así como un aumento de la velocidad de circulación del dinero a través de una mayor comercialización de la economía. Lo que puede argumentarse es que en proporción con el tamaño de la población y la economía, Europa no sólo recibió sino que incluso retuvo más dinero nuevo que circulaba alrededor de su economía de lo que tuvo lugar en la mucho mayor y más poblada Asia. Esto podría dar cuenta de algunas de las tasas de inflación en la economía europea, más elevadas en comparación con la asiática. No obstante, ni siquiera este razonamiento sería suficiente para socavar el argumento presente de que el dinero nuevo sirvió para aumentar la producción y también la población más en el caso de Asia, como argumento de nuevo en los capítulos 4 y 6.

Más aún, los precios deberían haber subido más en Asia, y Goldstone (1991 a y b) está en lo cierto al defender que el crecimiento de la población fuerza los precios al alza más que la oferta de dinero. Pero la población creció de modo señaladamente más rápido y en mayor volumen en Asia y en especial en China que en Europa, según hice notar ya en el capítulo 2 y documento con datos en el capítulo 4. Y aun así, la verdadera revolución de los precios quedó esencialmente circunscrita a Europa. Esta observación apoya todavía más nuestro argumento de que la masiva llegada de dinero nuevo de América y Japón estimuló la producción y la población más en Asia que en Europa. Sin embargo, existe también evidencia directa de que este dinero estimuló la expansión de la producción, el asentamiento y la población de Asia, así como de qué manera lo hizo.

El dinero expandió las fronteras del poblamiento humano y la producción

La evidencia y el razonamiento sobre los precios arriba debatidas dan apoyo a la tesis de que el flujo de dinero estimuló en Asia la expansión tanto de la demanda de consumo de bienes como de la oferta productiva de éstos. Voy a examinar alguna de la evidencia directa sobre este asunto.

En la India. En India la expansión de la producción fue más claramente evidente en Bengala y Bihar tras su conquista por los mogoles y su incorporación al imperio (Richards, 1987, p. 5). De hecho, dentro de los precios de la India, los de Bengala eran relativamente bajos y se mantuvieron estables

entre 1657 y 1714 a pesar de la enorme inyección de dinero de plata procedente de fuera (Prakash, 1994, pp. v-165). Prakash ofrece varias explicaciones posibles en términos de la teoría cuantitativa del dinero. Si el importante aumento de la oferta de dinero no provocó un correspondiente aumento de los precios, ello tiene que haberse debido a que la velocidad de circulación o reposición de la oferta de dinero aumentó con la progresiva monetarización de la economía y/o con el aumento de la cantidad de producción. Prakash concluye que aunque la reposición en aumento de dinero puede haber absorbido o esterilizado parte del incremento de su oferta, la producción debe haberse también incrementado a través de una mejor utilización de la capacidad instalada de producir y/o a través de una mejor distribución de recursos. Sin embargo, Prakash no parece considerar la probabilidad, ni siquiera la posibilidad, de que la producción creciera también por la movilización de más recursos y por el aumento de la capacidad productiva y la producción misma. No obstante, estima que el número de trabajadores en la industria textil de Bengala creció hasta alcanzar la cifra de un millón, de los que no más del 10 por ciento estaban implicados en la producción para la exportación a cargo de las compañías de las Indias Orientales de Inglaterra y Holanda (Prakash, 1994, pp. vii-175 y 197). De manera que el grueso de la expansión productiva debe haberse debido a una combinación de mercados internos gestionados por los asiáticos y mercados de exportación. Por hacerle la justicia que merece, Prakash (1995, p. 13) ha hecho más recientemente referencia a una población en aumento y «un sustancial incremento neto de la producción, el ingreso y el empleo. Una producción en aumento ocasionaría una creciente necesidad de dinero». Sin embargo considera estos fenómenos como el reflejo de un aumento de las exportaciones, e incluso en este pasaje continúa considerando la «necesidad de dinero» como un derivado del aumento de la producción.

Más aún, tras el declive de los mogoles y su reemplazo a nivel regional por la dominación Maharashtra, «el empleo del dinero, no la simple compra, se había extendido a todos los niveles de la sociedad en Maharashtra, y en segundo lugar (...) toda la población rural se hallaba vinculada a economías regionales y mundiales más amplias por una red de dinero, crédito y transacciones comerciales» (Richards, 1987, p. II). Richards hace esta afirmación al subrayar los hallazgos de Perlin (1987 y 1993), quien a su vez sintetiza que «en breve los documentos [tras una detallada y extendida investigación en archivos económicos privados y gubernamentales que contienen información sobre la vida económica a nivel muy local] revelan una sociedad en la que la monetarización se había desarrollado hasta un nivel bastante significativo [hasta hacerse accesible a un volumen importante de la población] y en marcado contraste con lo que sabemos que eran las condiciones a comienzos del período colonial» (Perlin, 1993, pp. 178-189). En otras obras Perlin (1983, p. 75) es aún más concreto:

> Los aldeanos (...) no sólo se implicaban en transacciones comerciales locales que se hacían en dinero, sino que recibían en dinero el pago de sus salarios diarios y mensuales por su trabajo agrícola, su producción artesanal, su actividad militar y su servicio doméstico. Yo defendería que la importación de cobre y cauri indica precisamente la existencia de centros comerciales locales activos y altamente monetarizados de este tipo (...) También es importante demostrar que estas «comunicaciones» monetarias integraban también áreas primordialmente orientadas a la producción agrícola para el resto del subcontinente y por tanto sensibles a acontecimientos y relaciones a escala internacional (...) Pero es igualmente importante subrayar el hecho de que existe documentación que puede permitir probarlo, aunque [ésta] sigue siendo soprendentemente ninguneada (Perlin, 1983, pp. 75 y 74).

Sin embargo, Perlin (1983, p. 78) observa también que «en contraste con esto, el primer período del gobierno colonial inglés llevó a una sustancial reducción en el nivel de monetarización de la vida económica». B. R. Grover (1994, p. 252) observa también que con el inicio del colonialismo británico, tiene lugar un «claro deterioro en la vida comercial de la India en comparación con las condiciones dominantes en el siglo XVII».

La cuestión es cómo conseguía este dinero fertilizar –de hecho abrir– los campos de la agricultura, engrasar las ruedas de la manufactura y por supuesto untar las manos del comercio hasta en los lugares más recónditos y entre los campesinos «de subsistencia». En términos keynesianos, los nuevos medios de pago generaban una nueva demanda efectiva y por consiguiente fomentaban un aumento de la producción también en el seno de los mercados domésticos de Asia.

Eaton (1993) analiza la expansión del Islam en paralelo con la deforestación dirigida a aumentar la superficie para plantar algodón –y arroz para alimentar a los trabajadores– destinado a la industria textil de Bengala. La frontera fue colonizada para abastecer la producción bengalí en expansión y la exportación de textiles en el siglo XVI y de nuevo a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. Sin embargo, todas estas actividades, incluyendo la tala inicial de la jungla (como en el Amazonas hoy), fueron financiadas por «numerosos intermediarios que eran, en la práctica, especuladores capitalistas o agricultores rentistas al estilo clásico» (Eaton, 1993, p. 221). Estos inversores canalizaron la creciente oferta de dinero, que a su vez derivaba de la inyección de plata desde el exterior hacia el interior e incluso hacia la frontera de Bengala al norte.

Bengala sólo era, con todo, la zona de frontera que más recientemente se había abierto y convertido en productiva con el nuevo dinero –¡por no decir en realidad gracias a él!–, y no era en absoluto la única zona de frontera que existía.

> Amplias zonas del campo se fueron poblando y en ellas se asentaron campesinos y poblaciones durante todo este período, no sólo en las

regiones más altas del Deccan, sino incluso en la cuenca misma del Ganges; en Gujarat, donde el campo se volvió más densamente poblado, se establecieron nuevas aldeas, y se llenaron los intersticios entre las viejas. Tal y como señala Hambly en *The Cambridge Economic History of India*, fue también un periodo de veloz crecimiento urbano a todos los niveles, desde las pequeñas ciudades que ejercían de mercado hasta las grandes concentraciones urbanas como Agra (...) El Punjab se convirtió en un importante centro de producción textil, sus productos se abrían camino hacia el Oriente Medio, Persia y el Asia central (...) Hambly ha señalado recientemente que el crecimiento urbano en los siglos XVII y XVIII estuvo estrechamente relacionado con el desarrollo de la industria textil (Perlin, 1983, pp. 67 y 71).

El desarrollo de la producción textil y el crecimiento, distribución y procesado de algodón y tintes para la producción textil, y por supuesto la producción y distribución de alimentos para los productores y comerciantes, fueron todos ellos estimulados e incluso se hicieron posible gracias a la masiva inyección de nuevo dinero. Este flujo de plata y la creciente demanda que generó no tuvieron efectos inflacionarios precisamente porque estimularon un incremento colateral de la oferta. La expansión cíclica del «largo siglo XVI» dio comienzo alrededor de 1400 y se prolongó hasta bien entrado el siglo XVIII. No tuvo lugar ninguna «crisis del siglo XVII», tal y como planteo en el capítulo 5.

En China. Más espectaculares aún fueron probablemente los efectos económicos expansivos de la inyección de plata en la economía china desde mediados del siglo XVI en adelante. La economía de la era Ming estaba crecientemente monetarizada sobre la base de la plata y se expandió velozmente al menos hasta la década de 1620. Esta expansión quedó sólo temporalmente interrumpida durante la crisis climatológica, demográfica, económica y política y el cambio de la dinastía Ming a la Ching a mediados del siglo XVII (que se analizan en el capítulo 5). Sin embargo, la economía se recuperó de nuevo y retomó su expansión desde fines del siglo XVII en adelante hasta el siglo XVIII.

Estos efectos estimuladores y expansivos de la plata y el comercio fueron más notablemente manifiestos en la China meridional. Es suficiente en estas páginas ofrecer una muestra de punta de iceberg sobre la comercialización y la elección racional en términos económicos en el sur de China: en el estudio de Marks (1997 a), se cita a un gobernador general de la época que al parecer afirmó que «todo el comercio se realiza en plata, y ésta circula por toda la provincia». Los mercaderes adelantaban capitales (seguramente también derivados directa o indirectamente de las exportaciones y de la importación de plata) a campesinos productores a cuenta de sus cosechas (Marks, 1997 a). Marks ofrece numerosos relatos breves entre los que se encuentran los dos siguientes, que resultan particularmente ilustrativos:

La plata retornaba a China [a cambio de las exportaciones de esta región] (...) A la altura de 1600, este comercio daba lugar a una inyección anual de tal vez 200.000 kilos de plata sobre las economías de la costa del sur y el sureste de China, desde Ningpo hacia el sur hasta Guangzhou. La creciente demanda de seda incentivó importantes cambios en las pautas de uso de la tierra (...) [y] a la altura de 1700 alrededor de la mitad de la capa de bosque había sido talada [para cultivar árboles de morera y alimento para los gusanos de seda, algodón, azúcar y arroz en las tierras bajas, y maíz y batata en las tierras más altas] (Marks, 1996, pp. 60 y 59).

La demanda procedente de Nanyang [en el Mar de China meridional] era principalmente de bienes manufacturados chinos producidos bien en zonas como Guangzhou [Cantón] o alrededor de ella, o que se daban cita en ellas procedentes de otras partes del imperio. El impacto del comercio de exportación en crecimiento sobre la economía agrícola de Lingnan [China meridional] fue indirecto, estando mediado por la necesidad de importar algodón en crudo: en lugar de cultivar algodón, los campesinos propietarios cultivaban caña de azúcar que, una vez refinada y procesada, era intercambiada por algodón procedente de la China del centro y del norte. Una vez hilado y tejido, buena parte del algodón era exportado entonces a Nanyang. La creciente demanda de textiles de algodón motivó así la sustitución de caña de azúcar por arroz [en los mismos campos irrigados, mientras que el cultivo de algodón hubiera implicado la roturación de otro tipo de tierra y aunque eso] (...) no dio por resultado [ni exigió] el desbroce de más tierra para cultivar caña de azúcar para su venta en el mercado, lo que sí hizo fue aumentar el arroz producido en el delta del Río de las Perlas y sus alrededores, incrementando así la demanda comercial de arroz. Una conversión similar de tierras dedicadas al cultivo de arroz a la producción de cosechas de productos sin uso alimenticio de salida comercial tuvo lugar cuando la demanda de seda se incrementó (Marks, 1997 a).

Es decir, era racional en términos económicos –y bastante realizable en términos de instituciones de mercado– que «los campesinos que respondían al impulso comercial lo hicieran convirtiendo los cultivos de arroz existentes en cultivos de caña de azúcar o sericultura en lugar de roturando esos campos u otros nuevos para cultivar en ellos cosechas con salida comercial [como el algodón]» (Marks, 1997 a). Los aspectos institucionales de este proceso son analizados con más detalle en el capítulo 4.

Así, en el sur de China el proceso fue análogo al de Bengala. Las fronteras de la agricultura y el asentamiento de población se vieron ampliadas con la comercialización, estimuladas por la demanda externa que generaba también demanda local –y oferta–, y fueron financiadas por la inyección de nuevo dinero procedente de fuera.

En otras partes de Asia. Un proceso análogo tuvo lugar también tanto en el continente como en las islas del sureste asiático, tal y como ha sido documentado y analizado por Reid (1993). Más aún, según escribe sobre los siglos XVI y XVII Victor Lieberman, un investigador que ha trabajado sobre todo la zona continental del sureste asiático,

> La mayor demanda agregada interna y la extensión de las zonas de asentamiento fronterizas dotadas de productos agrícolas y minerales singulares fomentaron el intercambio interno, tal y como refleja la proliferación de mercados locales, la creciente complementariedad interprovincial y la monetarización (...) [incluyendo la] difusión de las culturas del «capital» en el interior del campo, y la simultánea infiltración de algunas de las formas provinciales de empleo del capital. El comercio marítimo, las armas de fuego y la importación de lingotes de metales para moneda reforzaron y modificaron estos procesos de manera compleja (...)
>
> [El] siglo XVIII asistió o bien a una reanudación o a una aceleración del crecimiento de la población, la puesta en cultivo de tierras y el intercambio comercial en sectores clave de tierra adentro. Estos movimientos tomaron fuerza tanto de la demanda externa, de manera más evidente en Tailandia y el sur de Vietnam, cuanto (...) de una constelación de fuerzas internas parecidas a las que operaban antes de 1680 (Lieberman, 1996, pp. 800-801 y 802).

También en Japón la producción de plata y cobre se expandió con rapidez durante este período y apoyó el excepcional crecimiento de la producción agrícola y manufacturera, la construcción, la urbanización, el comercio y la comercialización (expecto en las décadas de 1630 y 1640 que asistieron a problemas climáticos y dificultades monetarias y económicas que se examinan en el capítulo 5). Un autor del siglo XVI señaló que para entonces no había nadie «ni siquiera entre los campesinos y rústicos (...) que no haya manejado oro y plata en abundancia» (citado en Atwell, 1990, p. 667). Puede que este observador exagerase, pero la tendencia se ve confirmada por otros autores de la época, cuyos relatos indican todos ellos que cuando estos autores escribían, la monetarización, la comercialización y el crecimiento económico habían crecido de forma significativa a niveles superiores en Japón, incluso a lo largo de sus propias vidas. Más aún, Ikeda (1996) cita también investigaciones a cargo de autores japoneses que muestran que el comercio europeo, que significa más que cualquier otra cosa el dinero que trajeron los europeos, aumentó la producción y la migración *dentro* de Asia y el comercio *intra*-asiático.

En relación con el Imperio Otomano y la economía mundial, una serie de autores que escriben en el libro editado por Huri Islamoglu-Inan (1987) hacen referencia al desarrollo de inflación, pero sólo uno de ellos, Murat Cizakca, lo convierte en objeto de investigación. Y los hallazgos a los que llega parecen desconfirmar las alegaciones planteadas por los otros acerca de la inflación y en lugar de ello ayudan a confirmar mi tesis general de que no fueron tanto los precios como la producción lo que creció en Asia. Cizakca muestra que también esta expansión «del lado de la oferta» de la producción y la población era en tierras otomanas visible durante los siglos XVI y XVII. Realiza un estudio detallado de los precios de la industria de la seda en Bursa entre 1550 y 1650. Observa de hecho precios que crecen abruptamente en la primera mitad de este período, pero éstos se limitan a la seda en bruto, y además se estabilizan de nuevo en el siglo XVII, aunque la plata europea siguió llegando en estos años. Con todo, los precios de la seda tejida se mantuvieron llamativamente estables durante un período incluso más largo que el que aquí tomo como referencia (Cizakca, 1987, pp. 249-251). La propia «interpretación de [las] evidencias» que ofrece Cizakca «[y su] conclusión» son que el mismo auge inicial del precio de la seda se debió en primer término a la demanda europea en aumento, a la que la nueva disponibilidad de plata permitió comprar también desde Turquía. Esta demanda europea puede haber decaído de nuevo durante la «crisis del siglo XVII» experimentada en Europa. Por otro lado, según explica Cizakca, «el auge relativamente pequeño de los precios de la seda tejida» se debe a que «el auge de los precios se retrasó por un considerable aumento en la oferta de tejidos (...) [en particular] la oferta interna de textiles puede haberse incrementado como resultado de desarrollos internos, tales como la expansión de industrias tradicionales urbanas o rurales» (Cizakca, 1987, p. 254).

En resumen, la evidencia sugiere que la creciente oferta de nuevo dinero procedente especialmente de América y Japón estimuló la producción y alentó el crecimiento de la producción en muchas partes de Asia. Mi sugerencia es que podemos y debemos de forma similar interpretar las expansiones económicas del Imperio Otomano (en especial en Anatolia y el oriente mediterráneo), del imperio safávida en Persia y por supuesto también la expansión y asentamiento ruso en Siberia. También merece ser tenida en consideración la observación de Steensgaard (1990 c, pp. 18 y ss.) de que los principales estados de Eurasia respondieron a presiones fiscales extraordinarias con reformas fiscales prácticamente simultáneas a fines del siglo XVI: Japón, China, la India, los otomanos, Francia, España... El único factor común que él encuentra para dar cuenta de esta «coincidencia» es el repentino auge de la oferta monetaria, aunque otros incrementos (¿interrelacionados?) en población y producción pueden haber sido también factores intervinientes. Por otra parte, en los capítulos 5 y 6 señalo que esta expansión económica se mantuvo durante todo el siglo XVII y buena parte del XVIII.

Otra observación se vuelve altamente relevante para cuestionar las perspectivas eurocéntricas heredadas y las interpretaciones de los desarrollos ocurridos en este tiempo. La evidencia sugiere que el dinero nuevo que los europeos trajeron de América probablemente estimuló la producción y alentó

el crecimiento demográfico en muchas partes de Asia *más* de lo que lo hizo en la propia Europa. Esta conclusión se apoya al menos en dos observaciones. Una es que el dinero nuevo tiró de los precios al alza más en Europa que en Asia, donde la producción en crecimiento fue capaz de mantenerse más al ritmo del aumento del poder de compra generado por el dinero adicional entonces disponible. La única objeción a esta observación es que el nuevo dinero llegó en mayor proporción a Europa que a Asia si se mide en términos per capita. Sin embargo, el examen comparado del desarrollo de la población, la producción, el comercio y la tecnología que ofrezco en el capítulo 4 puede ayudar a mitigar estas reservas.

Además, una segunda observación puede contribuir aquí a neutralizar estas reservas y por el contrario a fortalecer la reclamación para Asia de una continuada superioridad sobre Europa: como se verá en el capítulo 6, la población creció en Asia, donde aumentó alrededor de 6 puntos porcentuales del total mundial, *más* que lo que lo hizo en Europa, donde se mantuvo estable (alrededor del 20 por ciento del total mundial). No obstante, en 1750 la población de Asia, que era entonces aún inferior al 66 por ciento del total mundial, producía el 80 por ciento del PIB (véanse capítulos 4 y 6). Esto sugiere que los asiáticos deben de haber sido *más* productivos que los europeos, africanos y americanos. Esta idea es coherente con la tesis de este capítulo según la cual el dinero nuevo fue capaz de estimular más la producción en Asia que el Europa, precisamente porque las economías asiáticas eran *más* flexibles y productivas que las europeas. En el capítulo siguiente se aporta más evidencia en apoyo de esta tesis.

Capítulo 4

LA ECONOMÍA GLOBAL. COMPARACIONES Y RELACIONES

> Aunque resulta difícil «medir» la producción económica de Asia durante la Edad Moderna (...) cada retazo de información que sale a la luz confirma una escala mucho mayor de dimensiones de empresa y beneficios en el Este que en el Oeste. Así Japón era en la segunda mitad del siglo XVI el principal exportador de plata y cobre del mundo, y sus 55.000 mineros superaban la producción de la de Perú en el primer mineral y de Suecia en el segundo. Aunque las fuentes occidentales tienden a subrayar el papel de más o menos unos ocho barcos holandeses que atracaban en los puertos de Japón cada año, de hecho estos ochenta barcos o juncos que llegaban de China eran mucho más importantes. Lo mismo puede decirse del sureste asiático: los europeos (...) [y] sus barcos constituían una décima parte de los navíos chinos, y los cargamentos de los europeos eran en su mayoría, no de objetos occidentales sino de porcelana y seda.
>
> La producción de ambas mercancías era asombrosa. Sólo en Nankín los talleres de cerámica producían un millón de piezas de cerámica vidriada fina al año, buena parte de ella específicamente elaborada para la exportación; la que se enviaba a Europa tenía diseños dinásticos, mientras que la que iba a países musulmanes contenía motivos abstractos realizados con mucho estilo (...) En la India la ciudad de Kasimbazar en Bengala producía por sí sola más de dos millones de libras de seda en bruto al año en la década de 1680 mientras que los tejedores de algodón de Gujarat en el oeste elaboraban casi tres millones de piezas al año sólo para la exportación. A modo de comparación, la exportación anual de seda procedente de Mesina (...) principal productor de seda de Europa[.] era de apenas 250.000 libras (...) mientras que el mayor negocio textil de Europa, las «nuevas pañerías» de Leiden, producían menos de 100.000 piezas de tela al año. Asia, y no Europa, fue el centro de la industria mundial a lo largo de la Edad Moderna. También era asimismo el lugar de los grandes estados. Los monarcas más poderosos de aquel tiempo no eran Luis XIV o Pedro el Grande sino el emperador manchú K'ang-hsi (1662-1722) y el «Gran Mogol» Aurangzeb (1658-1707).
>
> *The Times Illustrated History of the World* (1995, p. 206)

LA CANTIDAD: POBLACIÓN, PRODUCCIÓN, PRODUCTIVIDAD, INGRESOS Y COMERCIO

La llamada hegemonía europea en el sistema mundial fue muy lenta en desarrollarse y fue bastante incompleta y nunca unipolar. En realidad, durante el período 1400-1800, que ha sido en ocasiones visto como el de la «expansión europea» y la «acumulación primitiva» que llevó al capitalismo pleno, la economía mundial se hallaba aún predominantemente bajo influencia asiática. Los imperios chino de las dinastías Ming y Ching, el otomano turco, de la India mogol y de la Persia safávida eran económica y políticamente muy poderosos y sólo declinaron frente a los europeos hacia fines de esta época y en la siguiente. Por consiguiente, si estaba dominado por alguien, el moderno sistema mundial se hallaba bajo hegemonía de Asia, no de Europa. Igualmente, buena parte del dinamismo real de la economía mundial se situó a lo largo de todo este período en Asia, no en Europa. Los asiáticos eran superiores en la economía y el sistema mundial no sólo en población y producción sino también en productividad, competitividad, comercio, y en una palabra en formación de capital hasta 1750 o 1800. Más aún, contrariamente a la posterior mitología europea, los asiáticos poseían la tecnología y desarrollaron las instituciones económicas y financieras adecuadas para ella. De manera que el «lugar» de la acumulación y el poder en el moderno sistema mundial no cambió mucho a lo largo de estos siglos. China, Japón y la India en particular se situaban a la cabeza por encima del resto, con el sureste asiático y el Asia occidental situados no muy por detrás. La deficitaria Europa era claramente menos relevante que Asia dentro de la economía mundial en muchos aspectos. Más aún, su economía se basaba en importaciones y no en las exportaciones que eran el *sine qua non* de la preponderancia industrial, entonces y ahora. Es también difícil detectar incluso algún cambio significativo en la posición relativa interna a los estados asiáticos, incluida Europa. Europa no emergió como una Nueva Economía Industrial (NEI) desafiando a Asia hasta fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Sólo entonces y no antes el centro de gravedad de la economía mundial comenzó a bascular hacia Europa.

La preponderancia de los agentes económicos de Asia y de la propia Asia en la economía mundial ha quedado enmascarada no sólo por la atención dada al «auge de Occidente» en el mundo sino también por el indebido foco en la penetración económica y política de Europa en Asia. Este capítulo se dedica a documentar y enfatizar lo muy desenfocada que está esta perspectiva sobre la expansión europea en relación con el mundo real. Sin embargo, el argumento no es ni puede quedar confinado a meras comparaciones entre Europa y Asia o sus principales economías, como las de China y la India. El énfasis analíticamente necesario debe ser orientado a las *relaciones* económicas a escala mundial en términos de productividad, tecnología y el garante y apoyo de sus instituciones económicas y financieras que se desarrollaron a

escala global y no sólo regional ni menos europea. Frente a lo que propone la perspectiva eurocéntrica, los europeos no «crearon» en modo alguno el sistema económico mundial como tal ni desarrollaron el «capitalismo» mundial.

Población, producción e ingresos

Los datos sobre el crecimiento de la población mundial y a escala regional antes del siglo XIX, o incluso en el siglo XX, son según suele admitirse especulativos. La investigación a partir de una variedad bastante abundante de fuentes y las relativamente pequeñas variaciones en las estimaciones que estas permiten elaborar ofrecen, con todo, un cuadro revelador sobre las tasas de crecimiento demográfico a escala mundial y en términos regionales comparados. Todavía se emplean las estimaciones que hizo para los siglos XVII y XVIII A. M. Carr-Saunders (1936) así como las revisiones de que fueron objeto por Walter Willcox (1931), quien a su vez revisó también sus propias estimaciones anteriores (véase Willcox, 1940). El trabajo de Carr-Saunders ha sido en parte modificado en varias publicaciones de la Population Division of the United Nations (1953, 1954 y posteriores). Sirviéndose de las fuentes anteriores y otras nueve más, Colin Clark (1977) elabora estimaciones; sus resultados se sintetizan en la tabla 4.2. M. K. Bennett (1954) se apoya en muchas de las mismas fuentes así como en otras para ofrecer sus propias estimaciones. Sus datos son los más comprehensivos y detallados y son la fuente para la tabla 4.1. Comparé estas estimaciones con otras y vi que eran muy similares a otras muchas que no se emplean aquí de forma específica y cuyas furentes no cito pero cuya única diferencia es que agrupan las regiones de modo diferente (por ejemplo incluyen la Rusia occidental en la categoría de «Europa»). Sin embargo, las estimaciones se comprueban para el año 1750 comparándolas con las evaluaciones efectuadas por John Durand (1967 y 1974) de muchas series de población así como contra las de Wolfgang Kollman (1965) reproducidas por Rainer Mackensen y Heinze Wewer (1973).

Todas estas estimaciones del crecimiento demográfico a escala mundial y regional revelan en esencia la misma historia significativa, de manera que no incurriré en mucho error si empleo las cifras de Brennett (1954). La población mundial (al igual que la europea) disminuyó en el siglo XIV y recuperó su tendencia al crecimiento desde 1400 en adelante. La población mundial creció alrededor de un 20 por ciento en el siglo XV y otro 10 por ciento en el siglo XVI (todas las cifras citadas están redondeadas en porcentajes respecto de las de la tabla 4.1). Sin embargo, restando el declive demográfico provocado por la llegada de los españoles a América (que estas tablas subestiman en comparación con el descenso de más de un 90 por ciento que se cita en el capítulo 2), en el resto del mundo la población mundial aumentó en un 16 por ciento en el siglo XVI. A continuación el crecimiento de la población mundial se aceleró hasta un 27 por ciento en el siglo XVII, o hasta un 29 por

ciento fuera de América. Mediados del siglo XVII parece haber sido un período de inflexión y de aceleración aún mayor, de manera que en el siglo que separa 1650 de 1750 el crecimiento de la población alcanzó el 45 por ciento. Estos incrementos significativos en el crecimiento de la población mundial fueron apoyados por aumentos concomitantes en producción que fueron disparados por aumentos en la oferta y distribución de dinero a escala mundial, tal y como se argumentó en el capítulo 3.

TABLA 4.1

Crecimiento de la población mundial y por regiones (en millones, cifras redondeadas)

		Año										
Región		*1000*	*1200*	*1300*	*1400*	*1500*	*1600*	*1650*	*1700*	*1750*	*1800*	*1850*
Europa		42	62	73	45	69	89	100	115	140	188	266
Asia entera		168	203	216	224	254	292	319	402	508	612	743
	Rusia asiática	3	7	8	9	11	13	14	15	16	17	19
	Asia suroccidental	32	34	33	27	29	30	30	31	32	33	34
	India	48	51	50	46	54	68	80	100	130	157	190
	China	70	89	99	112	125	140	150	205	270	345	430
	Japón	4	8	11	14	16	20	23	27	32	28	33
	Sureste asiático	11	14	15	16	19	21	22	24	28	32	37
África		50	61	67	74	82	90	90	90	90	90	95
América		13	23	28	30	41	15	9	10	11	29	59
TOTAL		275	348	384	373	446	486	518	617	749	919	1.163

Fuente: M. K. Bennett (1954, tabla 1).

La distribución y variación regional de este crecimiento de población es también significativa. En los siglos XV y XVI el crecimiento demográfico fue relativamente veloz en Europa, de un 53 por ciento y un 28 por ciento respectivamente, de manera que la proporción de toda la población mundial que habitaba en Europa aumentó del 12 por ciento en 1400 al 18 por ciento en 1600. Después de esta fecha, sin embargo, la porción de población mundial en Europa se mantuvo prácticamente estable en un 19 por ciento hasta 1750, fecha a partir de la cual empezó a aumentar hasta alcanzar el 20 por ciento del total mundial en 1800 y el 23 por ciento en 1850. No obstante al mismo tiempo desde 1600 en adelante la población creció más y a más velocidad en Asia. Tras representar alrededor del 60 por ciento de la población mundial en los siglos XV y XVI, la proporción que ocupaba Asia dentro del total de población mundial aumentó desde el 60 por ciento en 1600 al 65 por

ciento en 1700, elevándose hasta el 66 por ciento en 1750 y al 67 por ciento en 1800 según las cifras de Bennett. Esto se debe a que la población aumentó a una tasa del 0,8 por ciento anual en una región previamente ya muy densamente poblada, mientras que en Europa creció sólo a un 0,4 por ciento anual. De acuerdo con las cifras más recientes que ofrece Livi-Bacci (1992, p. 68), la tasa de crecimiento demográfico en Europa fue sólo de un 0,3 por ciento cada año. Es decir, que en términos relativos la población europea creció sólo la mitad o dos tercios de lo que creció Asia, cuyo crecimiento absoluto fue por supuesto aún mucho mayor. Este crecimiento de población más rápido experimentado por Asia es confirmado también por Clark (1977), cuyas estimaciones de la proporción ocupada por Asia dentro del total de población mundial son de alrededor del 54 por ciento en 1500, el 60 por ciento en 1600 y 1650, y del 66 por ciento en 1700, 1750 y 1800. Mackensen y Wewer (1973) y Durand (1967 y 1974) confirman también la cifra de 66 por ciento de proporción de Asia sobre el total de la población mundial en 1750.

Más aún, el crecimiento de la población fue incluso mayor en las economías y regiones más importantes de Asia: un 45 por ciento entre 1600 y 1700 y hasta un 90 por ciento en el siglo y medio que separa 1600 de 1750 en China y Japón, y un 47 por ciento y un 89 por ciento en la India en esos mismos períodos, que pueden compararse con un 38 por ciento y un 74 por ciento respectivamente para el conjunto de Asía y aún más con un 29 por ciento y un 57 por ciento en Europa. Las estimaciones de Clark (véase la tabla 4.2) sugieren un diferencial aún mayor en las tasas de crecimiento: un 100 por ciento en la India entre 1600 y 1750 y, tras superar su crisis de mediados del siglo XVII (véase capítulo 5), una misma tasa en el caso de China entre 1650 y 1750, que contrastan con apenas un 56 por ciento y un 44 por ciento durante los mismos períodos en el caso de Europa. Sólo en el resto de Asia, es decir, en el Asia central (que aparece parcialmente representada por la Rusia asiática en la tabla 4.1) y en el Asia occidental y del sureste, la población creció algo más despacio, a un 9 y un 19 por ciento en esos períodos. Para el caso del sureste asiático Bennett estima una población de 28 millones en 1750 y 32 millones en 1800, mientras que Clark sugiere la cantidad de 32 millones y 40 millones para las mismas fechas pero al parecer incluyendo en esa región la isla de Ceilán. Durand (1974) considera que incluso esta última estimación es demasiado baja. Así, para el período 1600-1750 el crecimiento de la población en el sureste asiático debería haber sido de un 33 por ciento según Bennett (tabla 4.1) y de un 100 por ciento según Clark (tabla 4.2) es decir, igual a la de China y la India, lo cual parece más razonable a partir de la evidencia de sus estrechas relaciones económicas revisadas en el capítulo 2. Según el planteamiento de Durand (1974) el crecimiento de población en el sureste de Asia era aún más elevado, y tendría pues que haber sido muy superior que en Europa durante ese mismo período 1600-1750/1800.

TABLA 4.2
Población mundial (en millones redondos)

Año	*1200*	*1500*	*1600*	*1650*	*1700*	*1750*	*1800*
Mundial	348	427	498	516	641	731	890
Europa	51	68	83	90	106	130	173
Asia	248	231	303	311	420	484	590
China	123	100	150	100	150	207	315
Japón	12	16	18	22	26	26	26
India	75	79	100	150	200	200	190
África	61	85	95	100	100	100	100
América	23	41	15	13	13	15	25
Oceanía	1	2	2	2	2	2	2

Fuente: Colin Clark (1977, tabla 3.1). La tabla de Clark incluye las estimaciones para los años 14, 350, 600, 800, 1000 y 1340 así como detalles adicionales desde el año 1500.

De manera que la población creció más lentamente sólo en Occidente y tal vez en el Asia central, así como en África: y su crecimiento fue por supuesto negativo en América. La población total de África se mantuvo estable con alrededor de 90 millones de habitantes (otras estimaciones, incluidas las de la tabla 4.2, sugieren que la estabilidad se mantuvo pero alrededor de unos 100 millones de habitantes) a lo largo de los tres siglos entre 1500 y 1800, y por consiguiente su proporción sobre el total de población mundial disminuyó. Como resultado del «encuentro» entre españoles e indígenas y por supuesto del subsiguiente «intercambio», la población descendió en América en términos absolutos alrededor de un 75 por ciento (pero hasta en un 90 por ciento según las estimaciones más detalladas que han aparecido ya en el capítulo 2). Por consiguiente descendió en relación con el crecimiento de la población a escala mundial entre 1500 y 1650, y a continuación aumentó pero a un ritmo lento hasta 1750.

En suma, y pese a todas las diferencias y dudas que despiertan las estimaciones sobre población, durante el período comprendido entre 1400 y 1750 o incluso 1800 la población creció mucho más velozmente en Asia, y en especial en China y en la India, que en Europa. Ahora bien, carecemos sin embargo de estimaciones sobre la producción total o regional para este mismo período, pero resulta más razonable pensar que este crecimiento demográfico mucho más rápido de Asia sólo puede haber sido posible si su producción creció también a más velocidad para dar apoyo a su incremento poblacional. La posibilidad teórica de que la producción o los ingresos per capita se mantuvieran pese a todo estables en Asia y/o incluso declinasen en relación con los de Europa no se muestra plausible a la vista de la revisión efectuada en el capítulo 2, y queda además desconfirmada empíricamente por las estimaciones que se ofrecen más adelante sobre la producción total y comparativa entre regiones medida en términos de PIB e ingresos per capita.

Datos duros sobre producción e ingresos a escala global son por supuesto también difíciles de obtener para este período, tanto debido a que son difíciles de encontrar o generar cuanto porque hay pocas personas interesadas en hacerse con ellos. Hay, sin embargo, una serie de académicos que se han tomado la molestia de elaborar estimaciones para parte del siglo XVIII porque buscaban servirse de ellos como dato de referencia para medir el crecimiento económico occidental y mundial de época posterior. Tanto mejor para mí, pues estas estimaciones ofrecen también indicaciones de la producción y el ingreso a escala mundial y regional al menos para la etapa final del período que interesa a este trabajo.

Braudel (1992) hace referencia a estimaciones de PIB mundiales y a nivel regional elaboradas por Paul Bairoch para el año 1750. El total del PIB mundial eran 155.000 millones de dólares (medidos en dólares de 1960), de los cuales 120.000 millones, es decir, el 77 por ciento se situaban en «Asia» y 35.000 millones en el conjunto de Occidente, que incluía Europa y América, pero también Rusia y Japón debido a la forma en que Bairoch organizó sus estimaciones (para subrayar el posterior crecimiento en «Occidente»). Si reubicamos a Japón y a Rusia en Asia, su proporción del PIB mundial se hallaba entonces por encima del 80 por ciento. De los 148.000 millones de dólares del PIB de 1750, el propio Bairoch sitúa 112.000 millones, es decir, el 76 por ciento en lo que es actualmente el «Tercer» Mundo, incluida América Latina, y 35.000 millones de dólares –el 24 por ciento– en países que son hoy considerados «desarrollados», entre ellos Japón. Para 1800, tras el comienzo de la revolución industrial en Inglaterra, las correspondientes cifras estimativas de Bairoch son un total de 183.000 millones de dólares, de los que 137.000 millones o el 75 por ciento se hallaban en la parte del mundo que se encuentra hoy subdesarrollada. Sólo 47.000 millones dólares –sólo el 33 por ciento– del PIB mundial se hallaba en lo que son hoy países industrializados (Bairoch y Levy-Leboyer, 1981, p. 5). Más de medio siglo más tarde, en 1860, el PIB total había aumentado hasta 280.000 millones de dólares, y las respectivas cantidades eran de 165.000, es decir, casi el 60 por ciento en lo que es hoy el «Tercer» Mundo y 115.000 millones de dólares, o aún apenas el 40 por ciento en los países hoy día desarrollados (recalculado a partir de Braudel, 1992, p. 534).

Así, en 1750 y en 1800 la producción de Asia era muy superior, y esta región era más productiva y competitiva que cualquier nivel que los europeos podían llegar a alcanzar incluso con la ayuda del oro y la plata que obtuvieron en América y África. Si Asia producía alrededor del 80 por ciento de la producción mundial a fines de nuestro período en el siglo XVIII, sólo es posible especular en qué proporción podía haberlo estado haciendo a comienzos

o mediados del período de cuatrocientos años que estudio. ¿Se mantuvo en la misma producción debido a que a lo largo de esos cuatrocientos años la producción en Afro-Asia y Europa junto con sus colonias americanas creció en la misma proporción, o era la proporción de Occidente antes de 1750 aún menor y la de Afro-Asia en cambio más elevada debido a que Europa creció más rápidamente y sus colonias americanas incluyeron su producción en la balanza? Las tasas comparadas de crecimiento de la población arriba aducidas nos obligan a rechazar cualquiera de estas dos hipótesis. Más bien al contrario, la proporción de Asia dentro del total mundial era inferior en el siglo XV y creció más tarde porque las economías asiáticas crecieron incluso más velozmente en los siglos siguientes de lo que lo hicieron los europeos. La evidencia acerca de las tasas relativas de crecimiento de población arriba mencionada, así como otra evidencia más dispersa mencionada en los capítulos 2 y 3, y nuestra argumentación acerca de la mayor inflación experimentada por Europa que por Asia, apoyan en conjunto esta última hipótesis: ¡que también la producción creció a más velocidad en Asia que en Europa! Más aún, si la inflación y los precios eran más elevados en Europa que en Asia, puede que tal vez hayan introducido un sesgo al alza en los cálculos de Bairoch sobre el PIB de Occidente en relación con el del Este. En ese caso, el diferencial en producción y consumo reales entre Asia y Europa con América puede haber sido incluso mayor que la proporción 80:20 citada más arriba.

Resulta particularmente significativa la comparación entre el 66 por ciento de proporción de población asiática sobre el total mundial, cifra confirmada por todas las estimaciones sobre el año 1750 citadas antes, y el 80 por ciento de proporción de producción sobre el total mundial. De manera que dos tercios de la población mundial, que era la población de Asia, producían cuatro quintas partes del producto total a escala mundial, mientras que una quinta parte de la población mundial que habitaba en Europa producía sólo una quinta parte restante del producto mundial, al que también contribuían africanos y americanos. Por consiguiente, por término medio los asiáticos ¡*deben* haber sido significativamente más productivos que los europeos a la altura de 1750! A fortiori, los asiáticos más productivos, habitantes de China y la India, que es donde la población creció más rápidamente, deben de haber sido aún más productivos que los europeos. En Japón entre 1600 y 1800, la población se incrementó sólo alrededor de un 45 por ciento, pero el producto agrario se duplicó, de manera que la productividad debe de haberse incrementado de forma sustancial (Jones, 1988, p. 155). A la altura de 1800 los salarios de los tejedores de algodón, la renta per capita, la esperanza de vida y la estatura y el peso de la población eran similares en Japón e Inglaterra, pero a comienzos del siglo XIX la calidad media de vida puede haber sido más elevada en Japón que en Gran Bretaña (Jones, 1988, pp. 160 y 158).

De hecho, la estimación del PIB per capita de China en 1800 que ofrece Bairoch es de 228 dólares de 1960, cifra bastante parecida a la de sus estimaciones para varios años del siglo XVIII en Inglaterra y Francia, que oscilan entre 150 y 200 dólares. A la altura de 1850 el PIB chino había descendido hasta 170 dólares per capita, y por supuesto el de la India también decayó en el siglo XIX y probablemente había comenzado a disminuir ya a fines del siglo XVIII (Braudel, 1992, p. 534).

En realidad, todas las estimaciones de renta per capita desconfirman también los prejuicios europeos de quienes desean argumentar que la mayor producción que se observa en Asia sólo refleja su mayor población en comparación con la pequeña Europa. Bairoch (1993) revisa las estimaciones de los diferenciales en renta per capita a escala mundial. Todavía entre 1700 y 1750 encuentra un diferencial máximo mundial de 1 a 2,5. Sin embargo cita también una estimación posterior de 1 a 1,24 a cargo de Simon Kuznets, estimaciones de 1 a 2,2 y 2,6 que toma de David Landes, y de 1 a 1,6 o 1,3 o incluso 1,1 procedentes de trabajos de Angus Maddison. Bairoch revisa también otras siete estimaciones que incluyen perspectivas del propio siglo XVIII y llega a sus propia estimación de 1 a 1,1, es decir, una virtual paridad de ingresos o niveles de vida en todo el mundo.

Tal vez el más importante «índice» de nivel de vida –la esperanza de vida– era similar entre las diversas regiones de Eurasia (Pomeranz, 1997, cap. 1 y pp. 8-12). No era ciertamente baja en China pues en ella eran habituales los octogenarios, y en 1726 casi un uno por ciento de la población tenía más de setenta años, entre los que había personas con más de cien años (Ho Ping-ti, 1959, p. 214).

Según las estimaciones de Maddison (1991, p. 10), en 1400 la producción o renta per capita era prácticamente igual en China y en la Europa occidental. Para el año 1750, sin embargo, Bairoch plantea para Europa niveles de vida *inferiores* a los del resto del mundo y en especial en China, tal y como sostiene de nuevo en otra de sus obras posteriores (Bairoch, 1997, citada en capítulo 1). De hecho, para 1800 estima una renta en el mundo «desarrollado» de 198 dólares per capita, y en el mundo «subdesarrollado» de 188 dólares, pero en China habla de 210 dólares (Bairoch y Levy-Leboyer, 1981, p. 14). Ya los estudios de población de Ho Ping-ti (1959, pp. 269 y 213) han sugerido que en el siglo XVIII los estándares de vida en China estaban creciendo y la renta de los campesinos no era inferior a la de los Francia y sin duda superior a la de los de Prusia y por supuesto a la de los de Japón. Gilbert Rozman (1981, p. 139) efectúa también «comparaciones internacionales» y concluye que los chinos satisfacían sus necesidades domésticas al menos tan bien como cualesquier otros pueblos durante la Edad Moderna. No deja de ser interesante que incluso el consumo per capita de azúcar parece haber sido más elevado en China, que debía usar sus propios recursos para producirla, que en Europa, que tenía la posibilidad de importarla a precio muy bajo gracias a sus plantaciones coloniales trabajadas por esclavos (Pomeranz, 1997, cap. 2, pp. 11-15). En relación con la India, Immanuel Wallerstein (1989, pp. 157-158) ofrece evidencia tomada de Ifran Habib, Percival Spear y Ashok V. Desai que muestran que en el siglo XVII el producto agrícola per capita y los niveles de consumo eran sin duda no inferiores y probablemente incluso superiores a los contemporáneos

en Europa y sin duda superiores a los de la propia India a comienzos y mediados del siglo XX. Ken Pomeranz (1997) sugiere sin embargo que los estándares europeos de consumo eran más elevados que los asiáticos.

De manera que todas las estimaciones disponibles sobre población, producción y renta a escala mundial y regional, así como la discusión sobre el comercio mundial efectuada más arriba, confirman que Asia y varias de sus economías regionales eran mucho más productivas y competitivas y poseían un peso e influencia muy superiores en la economía global que cualquiera de las regiones de «Occidente» o de este en su conjunto hasta al menos 1800. Si esto no se debía sólo a la mayor población de Asia, tal y como sus ratios entre población y producción y sus cifras de ingresos per capita muestran de modo indirecto y por inferencia, ¿cómo era entonces posible? Parte de la respuesta se halla en la abundante evidencia sobre la mayor productividad y competitividad de Asia en la economía mundial, que abordo a continuación. Más aún, la preeminencia asiática se hizo también posible por la tecnología y las instituciones económicas establecidas en sus regiones, que analizo en las dos secciones finales de este capítulo.

Productividad y competitividad

Poseemos alguna evidencia directa de la productividad y competitividad en términos absolutos y relativos de Asia, en especial en la producción industrial y el comercio mundial. K. N. Chaudhuri (1978) señala correctamente que

> La demanda de productos industriales, incluso en una era pre-maquinista, mide el grado de especialización y la división del trabajo alcanzada por una sociedad. No hay duda de que desde este punto de vista el subcontinente asiático y China poseían las economías más avanzadas y diversificadas de Asia en el período entre 1500 y 1750 (Chaudhuri, 1978, pp. 204-205).

No sólo poseía China la economía más avanzada dentro de Asia, ¡sino del mundo entero!

> Es claro que la capacidad de absorción de plata por parte de Asia y en menor medida de oro durante un cierto período del siglo XVII era primordialmente el resultado de una diferencia en términos relativos en costes de producción y precios a escala internacional. Hasta que con la aplicación a gran escala de maquinaria durante el siglo XIX no se alteró de forma radical la estructura de los costes de producción, Europa no fue capaz de superar el efecto de los diferenciales de precios (Chaudhuri, 1978, p. 456).

No obstante, también se ha argumentado que la competitividad de la India en el terreno de los textiles no se debía tanto a la posesión de un equipamiento

productivo de tipo mecánico más avanzado o sofisticado. Kanakalatha Mukund (1992) argumenta que la ventaja de los hindúes se halla en la altamente desarrollada destreza de sus trabajadores de la artesanía. Esta a su vez procedía en parte del alto nivel de especialización y subdivisión entre los diversos procesos productivos. Más aún, la competitividad india se basaba también en una estructura organizativa que permitía una rápida y flexible adaptación a las cambiantes demandas del mercado en materia de tipos y estilos de textiles para la producción y la exportación. De forma adicional, la India destacaba en cuanto a crecimiento y calidad de su algodón de fibra larga y en la tecnología química y la industria del tinte. Finalmente, los costes de producción eran bajos debido a que los salarios también lo eran, porque los alimentos para los trabajadores eran baratos y a su vez esto se debe a que la agricultura de la India los producía de modo eficiente a bajo coste.

Chaudhuri resume algunas de las producciones industriales de Asia:

> Las tres grandes manufacturas de las civilizaciones asiáticas eran por supuesto los textiles, de algodón y seda, los productos de metal entre los que hay que incluir la joyería, [y] la cerámica y el vidrio. Había además toda una serie de manufacturas artesanales subsidiarias que compartían todos los atributos de la tecnología y la organización industrial: papel, pólvora, fuegos artificiales, ladrillos, instrumentos musicales, mobiliario, cosméticos, perfumería; todos estos productos eran parte indispensable de la vida cotidiana en la mayor parte de Asia (...) El material histórico que ha sobrevivido, bien relativo al proceso de manufactura o al sistema de distribución, muestra con bastante claridad que la mayoría de las industrias artesanales asiáticas implicaban estadios intermedios de producción, y la separación de funciones era tanto social como técnica. En la industria textil, antes de que una sola pieza de chinz o muselina llegase a manos del público requería de los servicios de campesinos que cultivaban el algodón en bruto, cosechadores, abatanadotes de la fibra de algodón, cardadores, hiladores, tejedores, blanqueadores, impresores, pintores, glaseadores y reparadores (...) La lista de los objetos históricos producidos con metal sería demasiado larga. Las herramientas agrícolas y los aperos, broches de metal, puertas y cerraduras de edificaciones, utensilios de cocina, armamento pesado y refinado, artefactos religiosos, monedas y joyería (...) En todas partes de Asia se desarrollaba un activo y variado comercio de tejidos toscos, cerámica de barro, aperos de hierro y utensilios de latón. La gente ordinaria así como los adinerados adquirían estos bienes de uso cotidiano (...) (Chaudhuri, 1990 a, pp. 302, 319, 323, 305).

Tal y como cuenta un chiste, un oficial aduanero atónito se preguntaba por qué el chico no paraba de cruzar la frontera con barriles que parecían estar vacíos. Al oficial de frontera le costó bastante caer en la cuenta de lo que hacía el chico: ¡estaba haciendo contrabando de barriles vacíos! Pues

bien, no era una broma sino un negocio serio que la mayor parte del transporte, fuera de bienes de cualquier origen y en forma de comercio legal o de contrabando entre puertos asiáticos, se efectuaba en barcos asiáticos construidos con materiales asiáticos y fuerza de trabajo nacida en Asia occidental, meridional, oriental y del sureste de Asia y financiados con capital asiático. Así, el transporte, la construcción de navíos y puertos y su mantenimiento y financiación eran por y en sí mismos una industria «invisible» de primer orden, constante y en crecimiento por toda Asia que dejaba en nada a todos los intermediarios europeos probablemente hasta la llegada del barco de vapor ya en el siglo XIX.

Otra «industria invisible» parecida era la acuñación de moneda, así como la reacuñación, para su empleo a escala local, regional y nacional, y también en buena medida para la exportación. La producción, calibrado e intercambio de oro, plata, cobre, latón, hierro y otras monedas metálicas, en barras u otras formas de lingotes, así como de conchas de cauri, badam y otras monedas corrientes (incluidos los textiles) era un gran negocio para el estado y los intereses privados, al que Frank Perlin (1993) y otros han dedicado importantes estudios. En principio, las monedas podían ser aceptadas por su valor en peso o a primera vista, aunque no así del todo en el caso en que hubieran sido degradadas; los lingotes tenian que ser aquilatados por peso y pureza, lo cual implicaba un coste para el negocio pero proporcionaba también aún otra oportunidad de negocio estatal o privado.

En términos económicos mundiales era China y no la India el primero de la carrera, y exportaba enormes cantidades de mercancías valiosas e importaba enormes cantidades de plata. La India, sin embargo, no parece haberle ido muy a la zaga en este sentido, siendo como era sede de centros industriales muy importantes, en particular en los textiles de algodón, y dada su capacidad de importación de enormes cantidades de lingotes de metal monetario, particularmente de oro (metal del que la India era un verdadero «desagüe»). Ya he hablado en el capítulo 3 del mito eurocéntrico según el cual los asiáticos simplemente atesoraban el dinero que recibían de fuera. Al contrario, los asiáticos *ganaban* este dinero en primer lugar porque eran para empezar *más* industriosos y más productivos; y el dinero que generaban a su vez producía más demanda y producción.

El Asia occidental parece haber seguido prosperando por su propia base industrial, de textiles de algodón y seda por ejemplo, y también por sus transportes de mercancías entre Europa y el resto de Asia. Tanto el sureste asiático como el Asia central parecen haber prosperado en gran medida por el transporte de lingotes de metal y bienes de otras regiones, pero en el caso del sureste asiático, también gracias a la seda producida a nivel local, exportada en especial a Japón.

Los europeos apenas eran capaces de vender unas pocas manufacturas al Este, y en lugar de ello se beneficiaban en primer lugar de su inserción en el «comercio interno» de los países dentro de la economía asiática misma. La fuente de los beneficios para Europa derivaba mayoritariamente del transporte comercial y de la negociación de transacciones múltiples en lingotes de metal monetario, dinero y mercancías en múltiples mercados y, lo que es más importante, *a través del mundo entero*. Previamente, ninguna potencia ni sus mercaderes habían sido capaces de operar en *todos* los mercados de forma simultánea o sistemática hasta llegar a integrar sus actividades entre todas ellas en una lógica tan coherente de maximización del beneficio. La clave principal de la capacidad de los europeos de lograr esto fue su control sobre las enormes cantidades de lingotes de metales preciosos. Su potencia naval fue un factor mucho menor y bastante poco decisivo; y sus formas imperiales o privadas de organización comercial en compañías no eran muy diferentes de las de sus competidores, tal y como comentaré más adelante. Los europeos arbitraban las diferentes tasas de intercambio entre el oro y la plata entre los distintos países de Asia, y esto les situaba en una posición de intermediarios en algunos circuitos comerciales, en particular entre China y Japón en el siglo XVI y comienzos del XVII. No obstante, en términos económicos mundiales, durante al menos tres siglos desde 1500 a 1800 la mercancía más importante, y de hecho casi la única que Europa era capaz de producir era dinero, para lo cual se apoyaba en el suministro de sus colonias americanas.

Hay algo que está muy claro: Europa no era un centro industrial de consideración en términos de exportación para el resto de la economía mundial. Los capítulos 2 y 3 demuestran que en realidad la incapacidad de Europa de exportar otra cosa que no fuera dinero generó un déficit crónico en su balanza de pagos y una constante sangría de lingotes desde Europa en dirección a Asia. Sólo la esfera colonial de Europa en América explica la viabilidad de esta región en la economía mundial, sin la cual no podría haber hecho valer sus enormes déficits en el comercio de mercancías con Asia. Incluso así nunca contó con dinero suficiente como para hacerlo como lo hubieran deseado los depauperados europeos, pues tal y como informó un comerciante holandés en 1632, «no hemos fracasado en la búsqueda de bienes (...) sino en la producción de dinero para pagarlos» (Braudel, 1979, p. 221). Este problema no fue superado hasta fines del siglo XVIII y en especial en el siglo XIX, cuando la inyección de dinero fue finalmente revertida, cambiando su sentido del Este al Oeste.

El comercio mundial, 1400-1800

A la vista de la información presentada anteriormente sobre la población, producción, productividad, competitividad, comercio interior y regional en Asia y su continuo crecimiento, no debería ser una sorpresa que el comercio internacional fuera también predominantemente asiático. No obstante, la mitología que se ha impuesto es que el comercio fue una creación de los europeos y estuvo dominado por ellos, incluso en Asia. A continuación me enfrento con las variadas razones que han contribuido a erigir este mito.

Los portugueses y después de ellos los europeos en general han «encantado» a los historiadores llevándoles a prestar atención a ellos solamente y de un modo desproporcionado para su importancia real en el comercio asiático. Por hacer honor a la verdad, esta fascinación por los portugueses, holandeses y británicos se debe en parte al hecho de que ellos han dejado muchos más documentos sobre el comercio de Asia. Por supuesto estos documentos reflejan también su participación y sus intereses mucho más que los de sus colegas y competidores asiáticos.

La perspectiva eurocéntrica acerca de la participación asiática en el comercio asiático ha sido no obstante sometida a una creciente revisión. En su libro ahora ya clásico *A Short History of India* [Breve historia de la India], W. H. Moreland (1936, p. 201) defendió que «los efectos inmediatos producidos por los portugueses en la India no fueron grandes». El siguiente gran aldabonazo provino del antiguo oficial holandés en Indonesia J. C. van Leur (1955), quien desafió la entonces dominante perspectiva eurocéntrica en una serie de comentarios del tipo siguiente:

> el curso general del comercio internacional de Asia permaneció esencialmente igual (...) El régimen colonial portugués no introdujo por tanto un solo elemento económico novedoso en el comercio del Asia meridional (...) En términos cuantitativos el comercio portugués era superado con creces por el comercio realizado por chinos, japoneses, siameses, javaneses, indios (...) y árabes (...) El comercio siguió adelante en todas partes sin variaciones (...) Cualquier referencia a un Asia europea en el siglo XVIII [¡y a fortiori antes!] está fuera de lugar (Van Leur, 1955, pp. 193, 118, 165, 164, 165 y 274)

De hecho, Van Leur (1955, p. 75) afirma que «el Imperio portugués en el Extremo Oriente era de hecho más una idea que una realidad», e incluso ésta tenía que dejar paso a la realidad, tal y como observa una y otra vez M. A. P. Meilink-Roelofsz (1962) pese a su defensa de la postura europeísta. Esta autora a su vez cuestiona la tesis de van Leur en su detallado trabajo sobre la influencia europea en el comercio asiático, que según ella defiende explícitamente era mayor y se producía desde antes que lo que plantea Van Leur. No obstante, la propia evidencia por ella ofrecida y su reiterado cuestionamiento del impacto real de los portugueses parecen dar incluso mayor apoyo a la «tesis de Van Leur de que sólo a partir de 1800 Europa comenzó a tomar la delantera al Este» (Meilink-Roelofsz, 1962, p. 10). Su propia investigación se centra especialmente en el sureste asiático insular, región que experimentó el mayor impacto por parte de los europeos de toda Asia; y con todo, esta autora muestra que incluso allí el comercio indígena y chino resistió con éxito el empuje de los holandeses.

Desde entonces hasta hoy, cada vez más investigaciones –por ejemplo, Chaudhuri (1978), Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (1987), Sinnappah Arasaratnam (1986) y Tapan Raychaudhuri e Irfan Habib (1982)– han confirmado el mensaje de Van Leur de que el comercio de Asia era una actividad floreciente y en movimiento a la cual los europeos sólo se incorporaron como un agente añadido y relativamente secundario.

La producción asiática de pimienta se duplicó con creces sólo en el siglo XVI, y buena parte de ella se consumía en China (Pearson, 1989, p. 40). Frente a la relativamente pequeña proporción, sin duda menos de una tercera parte del total producido, que se exportaba a Europa, había en 1503 una cantidad dieciséis veces superior de otras especias que se transportaban por tierra y por parte de asiáticos a través del Asia occidental y no por mar alrededor del Cabo de Buena Esperanza y en barcos de portugueses, e incluso en 1585 casi cuatro veces más de las especias se transportaban a través de la ruta del Mar Rojo en lugar de a través de la ruta del Cabo (Das Gupta, 1979, p. 257). Aunque la navegación era su fuerte, los portugueses nunca transportaron a Europa más del 15 por ciento del clavo anualmente producido en las Molucas, y el grueso de la pimienta del sureste asiático y otras especias se transportaba a China. Más aún, algunos barcos que portaban bandera portuguesa eran en realidad propiedad de asiáticos, que para gestionarlos se servían de «banderas de conveniencia» para beneficiarse de los derechos arancelarios inferiores concedidos a Portugal en algunos puertos (Barendse, 1997, cap. 1). No obstante, pese a todos sus intentos de «monopolizar» el comercio por vía militar y política de mano dura y de imponer impuestos aduaneros a otros, la proporción empero pequeña del comercio interasiático proporcionaba a los portugueses el 80 por ciento de sus beneficios, y en cambio apenas un 20 por ciento de sus beneficios procedía del comercio alrededor de África que ellos habían abierto por primera vez (Das Gupta y Pearson, 1987, pp. 71, 78, 84 y 90, y Subrahmanyam, 1990 a, p. 361). Esto queda reflejado en la documentación detallada en un libro portugués publicado en 1580, que registra en *cruzados* portugueses lo rentables que resultaban las distintas rutas y viajes. Por los relativamente cortos trayectos entre Macao y Siam, Macao y Patane, y Macao y Timor, los beneficios eran de 1.000 cruzados por viaje; y por el trayecto Goa-Malaca-Macao-Japón, 35.000 cruzados. En contraste, por el viaje Lisboa-Goa en su totalidad a través del Cabo de Buena Esperanza el propietario recibía entre 10.000 y 12.000 cruzados y el capitán del barco 4.000 cruzados (citado por Lourido, 1996 a, pp. 18-19).

Aunque importante para los portugueses, la proporción de las exportaciones de plata de Japón por ellos controlada nunca superó el 10 por ciento del total entre 1600 y 1620 y sólo alcanzó brevemente el máximo de un 37 por ciento en la década de 1630 (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 76). También en la India, incluso en el punto más elevado de la «penetración» portuguesa en el siglo XVI, los portugueses sólo manejaban el 5 por ciento del comercio de Gujarat. Pese a contar con la base de Goa, la proporción del comercio de pimienta del suroeste de la India se mantuvo por debajo del 10 por ciento de la producción. El mantenimiento del *Estado da India* portugués costaba a la población que lo sufragaba y al estado más que los ingresos

directos que obtenía de la India aunque sus mercaderes particulares se beneficiaban desde luego de él al igual que otros «servidores» europeos hacían a través de sus compañías (Barendse, 1997, cap. 1).

El escaso comercio portugués con el Oriente Próximo y el sureste asiático fue reemplazado por los holandeses. Pero a pesar de los esfuerzos por éstos realizados de monopolizar el comercio del sureste asiático al menos en parte, los holandeses tampoco lo lograron jamás, según señalé en el capítulo 2. De hecho, incluso las incursiones que hicieron sobre todo a costa de los portugueses fueron de nuevo reemplazadas por los chinos y otros asiáticos, cuyo dominio de esos mares –por no hablar de sus áreas terrestres– no fue nunca amenazado seriamente. Desde fines del siglo XVII en adelante, «la penetración europea de hecho reinvirtió su signo» (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 67). Los europeos fueron derrotados por los chinos, cuya capacidad de transporte con Nagasaki se multiplicó por tres entre 1680 y 1720, llegando a ser entonces máxima en Batavia, hasta que tuvo lugar la masacre de chinos de 1740 (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 87). Por ejemplo, en los cuatro años a partir de 1684, que es cuando volvió a legalizarse el transporte marítimo con el exterior, Nagasaki acogió una media de cerca de 100 barcos chinos al año, es decir, dos por semana; a lo largo de un período más largo, hasta 1757, la media siguió siendo de más de 40 barcos anuales. En 1700, los barcos chinos transportaron más de 20.000 toneladas de bienes a la China del sur, mientras que los europeos transportaron 500 toneladas en el mismo año. En 1737 fueron 6.000 toneladas, y sólo en la década de 1770 los europeos llegaron a transportar 20.000 toneladas (Marks, 1997 a).

El comercio en los siglos XVI a XIX entre el Mar de la China Oriental, que baña las costas de Corea, Japón y las Ryukyu, y el Mar de la China Meridional alrededor del sureste asiático queda ilustrado en un ensayo de Klein (1989). Éste halla que los europeos no lograron nunca ningún control sobre él, y mucho menos llegaron a dominarlo o siquiera a monopolizarlo parcialmente. En el Mar de la China Oriental, el comercio estaba exclusivamente en manos de asiáticos; los europeos apenas habían entrado en él. En el Mar de la China Meridional, primero los portugueses y después los holandeses lograron en el mejor de los casos introducirse aprovechándose de los disturbios regionales hasta mediados del siglo XVII. Sin embargo, incluso en este caso su presencia se redujo a poco menos que un dedo del pie (incluyendo la entrada posterior a cargo de los británicos) debido a la recuperación económica y política del Extremo Oriente en la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII. Klein concluye que

> La penetración europea en el espacio marítimo de los mares de China durante los siglos XVI y XVII sólo había sido posible debido al peculiar desarrollo de las relaciones de poder internas y regionales en la propia área. Su influencia sobre la economía regional había sido marginal. Sus efectos comerciales sobre la economía mundial sólo habían sido temporales y se reducían a la más bien débil y limitada red comercial europea en Asia. Una vez que la región alcanzó un nuevo equilibrio de poder alrededor de 1680, su comercio marítimo interno experimentó una nueva era de crecimiento dentro de un bien establecido marco de instituciones tradicionales. Este comercio y sus instituciones fueron gradualmente erosionadas en los últimos años del siglo XVIII (...) [pero hay que incluir en él] el comercio europeo (...) [el cual] también fue presa de la desintegración. El establecimiento de la hegemonía europea en el siglo XIX no se apoyó en absoluto en lo que había sucedido en la época preindustrial (...) [sino que se basó] en condiciones y circunstancias enteramente nuevas (Klein, 1989, pp. 86-87).

Incluso en el otro extremo de Asia, el área occidental, donde el acceso al comercio era mucho más fácil para los europeos,

> los mares de Arabia eran parte de una red antigua y más grande de intercambio entre China, el sureste asiático, la India, el Oriente Medio (...) [donde] los europeos se veían sometidos a acuerdos preexistentes en relación con los comerciantes extranjeros (...) [los cuales] colaboraban con los asiáticos a regañadientes ya que el grado de confianza mutua no debe de haber sido muy elevado (Barendse, 1997, cap. 1).

Si nos fijamos en la importancia del comercio de Asia dentro del comercio mundial en conjunto, destaca la figura de Niels Steensgaard (1972), uno de los historiadores que después de Van Leur se ha mostrado más sensible a la historia de Asia. Él también considera que Portugal vino a cambiar pocas cosas en el Océano Índico y que mucho más importante –de hecho *el* acontecimiento del siglo XVI– fue la conquista de Bengala por Akbar en 1576 (Steensgaard, 1987, p. 137).

De manera que sorprende leer que Steensgaard (1990 d) considera el comercio asiático a través del Océano Índico como algo «marginal» y de escasa relevancia. «El planteamiento parece un poco recalcar lo evidente», añade, menospreciando el comercio asiático a través de las cifras de Moreland (1936) y Bal Krishna que estiman respectivamente unas cantidades anuales de entre 52.000 y 57.000 y 74.000 toneladas de comercio de larga distancia a comienzos del siglo XVI. El autor compara esta cifra con el medio millón o cerca de un millón de capacidad de transporte comercial de Europa. Sin embargo, el peso de los cargamentos frente a la capacidad de transporte son medidas difícilmente comparables entre sí. El propio Steensgaard subraya que estas cifras de comercio del Océano Índico excluyen el transporte marítimo costero o de cabotaje, que era al mismo tiempo mayor per se y parte integral del comercio de larga distancia que se apoyaba también en el comercio de relevos. No obstante, los barcos europeos navegaban principalmente por las costas del Báltico y Mediterráneo cubriendo distancias similares, y en su mayoría más cortas que las de los del Océano Índico o los de los

mares del sureste asiático. De manera que esta comparación difícilmente resulta adecuada para evaluar el peso relativo de la India (por no hablar de Asia en su conjunto) y el de Europa en el comercio mundial.

Más aún, como ya señalé en el capítulo 2, el comercio terrestre y marítimo de Asia era más complementario que competitivo, según observa también Barendse:

> La relación entre comercio por tierra y por mar es compleja: la elección entre uno u otro dependía en parte de los circuitos que cubrían y en parte de la «renta por la protección». El comercio por medio de caminos y caravanas no era un sustituto del comercio por mar. En algunos casos el comercio marítimo podía incluso estimular el comercio por caravana. En otros, el comercio en parte se trasladaba a las vías marítimas, en particular donde el comercio terrestre resultaba peligroso, como en la India a fines del siglo XVII (...) El comercio costero dependía del interior por tierra. Muchas ferias eran meros satélites costeros de las metrópolis del interior: así lo eran Barcelore respecto de Vijayanagara, Dabhul de Bijapur y –como su nombre indica– Lahawribandar de Lahore. Los centros tanto de manufactura como de poder estaban localizados en el hinterland; el grueso de la producción agrícola se redistribuía en éstos (Barendse, 1997, cap. 1).

Ya llamé la atención en el capítulo 2 sobre el hecho de que el comercio terrestre floreció y también creció. En la India y en dirección a Asia central y desde ella, las caravanas de bueyes, cada uno de ellos con una carga de entre 100 y 150 kilos y en cantidades de 10.000 a 20.000 animales no eran una rareza, y había caravanas de hasta 40.000 animales (Brenning, 1990, p. 69, y Burton, 1993, p. 26). Las caravanas podían incluir también más de mil carros cada uno de ellos tirado por diez o doce bueyes. Los *caravanserais*, lugares de descanso situados entre sí a una jornada de distancia, daban hospedaje hasta a 10.000 viajeros y sus animales (Burton, 1993, p. 25). En el siglo XVII, una comunidad de mercaderes, la de los Banjaras, transportaba ella sola al año una media de 821 millones de toneladas a lo largo de una distancia media de 900 kilómetros. A modo de comparación, doscientos años más tarde, en 1882, los ferrocarriles de la India transportaban en conjunto 2.500 toneladas (Habib, 1990, p. 377).

Desde todos los indicadores disponibles, el comercio de Asia con Europa, aunque fue creciendo a lo largo de estos siglos, apenas siguió significando más que una pequeña proporción del comercio asiático (incluyendo el comercio de larga distancia). Sir Joshua Childe, director de la East India Company británica, señaló en 1688 que sólo considerando algunos puertos de la India el comercio asiático era diez veces superior al de todos los europeos juntos (citado por Palat y Wallerstein, 1990, p. 26).

A la vista de esta revisión del comercio de Asia y en especial del análisis del comercio en los mares de China efectuado por Klein (1989), es curioso que Carl-Ludwig Holtfrerich (1989, p. 4) señale en su introducción al volumen por él editado en el que aparece el trabajo de Klein recién citado que «Europa fue dominante a lo largo de todo el período». Holtfrerich llega a proponer (1989, p. 5, tabla 1.2) que la proporción del total del comercio mundial en manos de Europa representaba un 69 por ciento y un 72 por ciento en 1720 y 1750 respectivamente, dejando apenas un 11 por ciento y un 7 por ciento para la India en esas dos fechas (y reclama otro 12 por ciento para Latinoamérica y un 8 por ciento para «otras áreas» en cada uno de los períodos que considera).

Este impenitente eurocentrismo queda desconfirmado por la evidencia que se viene discutiendo en este libro, así como en el análisis de Klein (1989) sobre el comercio chino y no europeo en los mares de China. Más aún, en el período 1752-1754 según las cifras de Steensgaard (1990 d, p. 150) las relativamente escasas exportaciones de Asia a Europa (que a su vez eran una proporción muy escasa del comercio asiático) se mantuvieron por encima de las importaciones de Europa desde América. (Las exportaciones europeas a América fueron más elevadas pero por supuesto los europeos eran aún incapaces de competir con éxito con sus exportaciones a otros lugares, es decir, en Asia.) De hecho incluso en 1626 un autor anónimo español escribió una «tesis doctoral» cuyo título anunciaba el intento de «Demostrar (...) la mayor Importancia de las Indias orientales que las Indias Occidentales en virtud de su comercio, y por consiguiente hallamos las causas de por qué el comercio oriental está perdido y España está reducida a la abyecta pobreza de que [ahora] somos testigos» (traducido de Lourido, 1996 b, p. 19).

Terry Boswell y Joya Misra (1995) ofrecen otra gráfica ilustración de en qué medida estas anteojeras no sólo ocultan de la vista (occidental) la mayor parte de la economía y el comercio mundiales sino que además distorsionan incluso la percepción de la «economía-mundo» europea. Primero escriben que, desde el punto de vista de Wallerstein y el suyo propio, «a pesar de las conexiones comerciales, África y Asia se mantuvieron fuera [del sistema-mundial]. No deberían ser estudiadas ni desde la logística ni a través de ondas largas». A continuación no obstante se distancian de Wallerstein: «Creemos que es razonable considerar el comercio del Extremo Oriente como un sector punta en el sistema-mundial, incluso aunque Asia se halle en conjunto fuera de él» (Boswell y Misra, 1995, pp. 466 y 471). De forma que incluyen el «comercio del Extremo Oriente» en sus cálculos del comercio «global», aunque sólo para dejar caer que «miles de barcos se hallaban implicados en el comercio por el Báltico frente a sólo unos cientos en el del Atlántico y el asiático». Dado que los viajes por estos últimos territorios eran más largos, les asignan un peso mayor en sus estimaciones del «comercio global» en su conjunto (Boswell y Misra, 1995, pp. 471-472). Pero he aquí que su miopía les hace incluir en su comercio «global» sólo los cientos de barcos implicados en el comercio Este-Oeste y en cambio no ven ni cuentan ninguno de los miles que se dedicaban al comercio intra-asiático, que Holtfrerich (1989) al

menos incluyó aunque fuera para subestimarlos enormemente. Sin embargo, Boswell y Misra caen también en otra trampa de su propia cosecha. Primero argumentan que la idea de que «el comercio del Extremo Oriente perfiló una pauta [cíclica] diferente a las del comercio atlántico y global, apoya la idea de que el primero se mantuvo fuera» del sistema-mundial (Boswell y Misra, 1995, p. 472). Ni siquiera tienen en consideración la posibilidad de que la divergencia entre «el comercio Este-Oeste» respecto al comercio Oeste-Este puede deberse a su carácter compensatorio, tal y como vimos. Esto volvería su observación una evidencia de lo contrario de lo que argumentan: ¡Asia y su comercio no serían «externos» sino internos al sistema! A continuación argumentan que su propia investigación posterior sobre los vaivenes cíclicos muestra casualmente precisamente eso: ¡«Estos hallazgos sugieren que el comercio de Asia es más central a la economía mundial capitalista de lo que podría esperarse» (Boswell y Misra, 1995, p. 478)! Por supuesto, lo que ellos «esperaban» es una función de sus propias anteojeras eurocéntricas, pero sucede que éstas distorsionan incluso su propio análisis del «sistema-mundo europeo» así como les vuelven por supuesto ciegos a la existencia de una economía y un comercio mundial mucho mayores en Asia.

En conclusión, la economía asiática y el comercio intra-asiático se mantuvieron a una escala enormemente superior a la del comercio europeo y sus incursiones en Asia hasta el siglo XIX. O en palabras de Das Gupta y Pearson en su *India and the Indian Ocean, 1500-1800* [La India y el Océano Índico, 1500-1800],

> un asunto crucial es que mientras los europeos estaban obviamente presentes en el área oceánica, su papel no era central en ella. Más bien participaban con variado éxito en una estructura ya existente (...) [En] el siglo XVI la continuidad es un rasgo más importante dentro de la historia del Océano Índico que las discontinuidades a que dio lugar el impacto de los portugueses (Das Gupta y Pearson, 1987, pp. 1 y 31).

Hasta el europeísta Braudel había insistido hace ya tiempo en que el centro de gravedad de la economía mundial no empezó siquiera a virar hacia occidente hasta *después* de fines del siglo XVI, y que no llegó a asentarse ahí hasta fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX. De hecho, «el cambio llega sólo a fines del siglo XVIII, y en cierta medida es un juego endogámico. Los europeos finalmente explotaron y modificaron esta estructura pero lo hicieron desde dentro de un contexto asiático» (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 20).

Así, pese a su acceso al dinero americano con el que comprar una entrada en la economía mundial ubicada en Asia, durante los tres siglos siguientes a 1500 los europeos se mantuvieron aún como jugadores de segunda fila que tenían que adaptarse en Asia a las reglas económicas mundiales de juego, ¡pero no estaban en condiciones de crearlas a su antojo! Más aún, los asiáticos siguieron compitiendo con éxito en la economía mundial. ¿Cómo consiguieron hacerlo si, según el «saber» eurocéntrico propone, los asiáticos carecían de ciencia, tecnología y base institucional para ello? La respuesta es que los asiáticos no «carecían» de ninguno de estos atributos e incluso al contrario, a menudo despuntaban en esas áreas. De manera que paso a continuación a examinar el desarrollo de la ciencia, la tecnología y las instituciones que funcionan en el mundo real y cómo ellas también difieren de lo que asume la mitología eurocéntrica.

LA CALIDAD: CIENCIA Y TECNOLOGÍA

El eurocentrismo en materia de ciencia y tecnología en Asia

La mitología eurocéntrica heredada consiste en afirmar que la tecnología europea fue superior a la de Asia a lo largo del período 1400-1800, o cuando menos desde 1500. Más aún, el sesgo eurocéntrico habitual en relación con la ciencia y la tecnología se extiende a las formas institucionales, que son analizadas en la sección siguiente. En ésta me centro en las cuestiones siguientes: 1) ¿Estaban la ciencia y la tecnología de forma equilibrada más avanzadas en Europa o en Asia, y hasta cuándo? 2) Tras la importación desde China del compás, la pólvora, la imprenta etc., ¿se desarrolló en adelante por su cuenta la tecnología en Europa y en cambio no en China o el resto de Asia? 3) La dirección adoptada por la difusión tecnológica, ¿fue a partir de 1500 de Europa a Asia? 4) ¿Fue el desarrollo tecnológico sólo un proceso local y regional en Europa o China o en cualquier otra parte, o se trató más bien de un proceso global movido por las fuerzas económicas mundiales debido al impacto de éstas a escala local? A modo de adelanto de las respuestas que se plantean más adelante, todas ellas contradicen o al menos arrojan serias dudas sobre el «saber» eurocéntrico heredado en materia de ciencia y tecnología.

La tecnología resulta no haber experimentado una evolución independiente en paralelo. Al contrario, la tecnología se difunde con rapidez o se adapta a circunstancias comunes y/o diversas. En particular, la elección, aplicación y «progreso» de la tecnología resultan ser el efecto de la respuesta racional a los costes de oportunidad que están a su vez determinados por las condiciones de la oferta y la demanda económica mundial y local. Es decir, el progreso tecnológico en unos lugares *y* otros, más aún que las formas institucionales, es una función del «desarrollo» económico mundial mucho más que de las especificidades regionales, nacionales o locales, y mucho más aún de las de tipo cultural.

Pese a tratarse de un estudioso a menudo citado sobre esta materia, J. D. Bernal (1969) atribuye el auge de la ciencia y la tecnología occidentales al auge a escala local del capitalismo en Occidente (del cual da cuenta en los mismos términos en que lo hicieron Marx y Weber). El discurso hoy ya clásico de Robert Merton de 1938 sobre «Science, Technology and Society» [Cien-

cia, Tecnología y Sociedad] es completamente weberiano e incluso se muestra deudor de la tesis de éste sobre la ética protestante y el «espíritu del capitalismo». Ya sólo esto debería volver sospechosa la tesis derivada de él sobre ciencia y tecnología, según he argumentado ya en el capítulo 1; otra discusión crítica al respecto es la que ofrece Stephen Sanderson (1995, pp. 324 y ss.). Por cerrar el círculo, la «tesis central» de Rostov (1975) sobre los orígenes de la economía moderna es bastante explícita: todo comenzó en la Europa moderna, con la revolución científica.

El estudio de la historia y el papel de esta revolución científica y técnica parece estar mucho más guiado por sesgos ideológicos que la ciencia y tecnología que supuestamente reivindica. Por ejemplo, Carlo Cipolla (1976, p. 207) hace una referencia favorable a uno de los «expertos» occidentales en historia de la tecnología, Lynn White Jr., quien afirma que «la Europa que logró el predominio global alrededor de 1500 poseía una capacidad y habilidad industrial muy superior a la de cualesquiera de las culturas asiáticas (…) a las que vino a desafiar». Hemos visto ya más arriba que Europa *no* logró el predominio a escala mundial en absoluto a la altura de 1500 porque precisamente lo correcto es lo contrario de lo que afirma White.

El segundo volumen de la *History of Technology* [Historia de la tecnología] editada por Charles Singer y otros (1957, vol. 2, p. 756) reconoce e incluso subraya que desde el año 500 al 1500 «tecnológicamente hablando, el occidente tuvo poco que aportar al este. El movimiento de la tecnología se producía en sentido inverso». Hay en ese libro una tabla que incorpora Joseph Needham (1954) que presenta el tiempo de retraso en varias docenas de inventos y descubrimientos de China entre su invención y su adopción por primera vez en Europa. En la mayor parte de los casos, la distancia es de entre diez y quince siglos (y hasta de veinticinco siglos en el caso del arado de vertedera de hierro); en otros casos el retraso es de entre tres y seis siglos, y el período más breve entre descubrimiento y adopción en Europa es de un siglo para la artillería proyectil y la de metal y móvil. «Fue esencialmente por imitación y, finalmente, en ocasiones por la mejora de [estas] técnicas y modelos (…) como llegaron en última instancia a despuntar en excelencia los productos del oeste» (Singer et al., 1957, vol. 2, p. 756).

Sin embargo, estas perspectivas siguen estando ellas mismas excesivamente focalizadas en Europa. Hubo de hecho mucha difusión tecnológica, pero a lo largo del milenio anterior a 1500 ésta se produjo en primer término de un lado a otro entre el Asia oriental, el sureste asiático y el Asia meridional y occidental, y en especial entre China y Persia. Antes que cualquier objeto de esta tecnología llegase a Europa, la mayoría de ellos tenía que pasar a través de tierras musulmanas, incluyendo de forma especial la España musulmana. La captura de Toledo por los cristianos y de sus sabios islámicos así como de su importante biblioteca en 1085 y posteriormente la de Córdoba, trasladó el conocimiento tecnológico de forma significativa más hacia el «Oeste», al interior de Europa. Los bizantinos y posteriormente los mongoles también transmitieron conocimiento del este al oeste.

El tercer volumen editado por Singer, y que cubre el período 1500-1750, se centra de forma explícita en Occidente. Sin el aporte de otras comparaciones ulteriores, se hacen aserciones como la que afirma que «es cierto, sin embargo» que el equilibrio se había roto a la altura de 1500, de manera que «dada la inmensa superioridad naval y militar europea, el control por parte de Europa del Extremo Oriente era en la práctica una consecuencia inevitable». Más aún, se reivindica en el volumen que existía un «nivel generalizadamente más elevado de habilidad técnica en Europa en el siglo XVII si se compara con el del resto del mundo», lo cual es atribuido a la existencia de un «sistema social liberal» en Europa y en especial en Gran Bretaña. También se menciona que nada de esto es «en modo alguno inconsistente con una inferioridad» en la producción de seda y cerámica, pero no se mencionan los textiles de algodón y otras industrias (Singer et al., 1957, vol. 3, pp. 709-710, 711, 716 y 711).

Esta referencia a una pretendida superioridad sociocultural no es sin embargo otra cosa que ese mismo prejuicio eurocéntrico que ya he cuestionado en el capítulo 1 y que tendré que volver a rechazar de nuevo tras el examen de las instituciones un poco más adelante. En principio, podría ciertamente haberse dado el caso que Europa estuviera atrasada en industrias de importancia como la cerámica, la seda y el algodón y sin embargo se hallara más avanzada en otras tecnologías. Sin embargo, la *History of Technology* no ofrece la más mínima evidencia comparativa de lo que se da por «supuesto», y más adelante haré ver que la evidencia procedente de otras fuentes *no* apoya las suposiciones que inundan esta historia recogida en varios volúmenes. De hecho apenas un cuarto de siglo más tarde, David Arnold (1983, p. 40) estaba ya en condiciones de plantear que «hoy día hay mucha más conciencia de la anterior cerrazón relativa en lo tocante al diferencial tecnológico entre Europa y China, la India y el mundo musulmán en los siglos XV y XVI».

El tratamiento en clave eurocéntrica de la historia de la ciencia es parecido, aunque hay serias dudas de que la ciencia, en tanto que algo distintivo de los inventores que trabajan por su cuenta, tuviera impacto alguno en la tecnología occidental antes de mediados del siglo XIX. El tratamiento heredado y eurocéntrico en exceso queda bien patente en varias historias de gran tamaño, formadas por varios volúmenes. La puesta al día que hizo A. C. Crombie (1959) de la ciencia en las épocas medieval y de la Edad Moderna entre los siglos XIII y XVII no hace siquiera mención de fuera de Europa occidental. El primer volumen de la obra de Bernal (1969) *Science in History* [La ciencia en la historia], dedicado a su emergencia hasta la Edad Media, hace alguna mención a China y menos al Asia occidental. Sin embargo, el segundo volumen de la obra, que da comienzo en 1440, no menciona ya nada sobre la ciencia fuera de Europa. Solamente en el volumen primero menciona, apoyándose en Needham (1954-), que «estamos empezando a ver la enorme relevancia de todo lo que representaban los desarrollos técnicos chinos» (Bernal, 1969, vol. 1, p. 311). Pero cuando Bernal escribió Needham apenas estaba

comenzando su ambicioso trabajo. De manera que en el siguiente párrafo Bernal reitera la misma vieja letanía, e incluso cita al propio Needham para apoyar que «este temprano avance de China, y en menor medida en la India y los países musulmanes, tras un prometedor comienzo, acabó en un parón total antes del siglo XV, y (...) dio por resultado (...) un elevado pero estancado nivel tecnológico» (Bernal, 1969, vol. 1, p. 312). Consecuentemente, Asia desaparece en el segundo volumen de Bernal. Más adelante muestro que la evidencia que nos llega del mundo real es muy distinta.

El más reciente estudio comprehensivo a cargo de H. Floris Cohen, *The Scientific Revolution. A Historical Inquiry* [La revolución científica. Una investigación histórica] (1994), parece a primera vista un trabajo más prometedor, pero una lectura más detallada lo vuelve en última instancia casi igual de decepcionante. Cohen realiza la importante tarea de distinguir entre ciencia y su empleo en forma de tecnología, y revisa el enorme cuerpo de literatura sobre «la Gran Cuestión» de por qué «la Revolución Científica» tuvo lugar en Europa y no en otros lugares. Buena parte de su revisión, por supuesto, aborda las mismas investigaciones ya mencionadas así como otras, desde las de Weber y Merton a las de Bernal y Needham. Sin embargo, Cohen trata a Needham con la seriedad suficiente como para dedicar sesenta y cuatro páginas a la discusión de sus trabajos y otras treinta y nueve a la «no emergencia» de la ciencia de la Edad Moderna en países islámicos «situados fuera de Europa» en una sección que ocupa una quinta parte de su texto.

No obstante, el hilo que atraviesa toda la revisión de Cohen de «la Gran Cuestión» es que había algo singular en el arraigo y la inserción social de la ciencia en Europa. Se trata, por supuesto, de la tesis de Weber aplicada a la ciencia y su resurrección en Merton. No es casual que este mismo sea el punto de partida original de Needham en su perspectiva marxista y weberiana. Conforme Needham fue hallando más y más evidencias sobre la ciencia y la tecnología en China, trató de librarse de su pecado original eurocéntrico, que había heredado directamente de Marx, tal y como señala también Cohen. Pero Needham no llegó a lograrlo nunca tal vez porque su foco sobre China le impidió revisar suficientemente su aún eurocéntrica visión de la propia Europa. Tampoco lo consigue Cohen.

Pues cuanto más se mira la ciencia y la tecnología como actividades económicas y sociales no sólo en Europa sino en el mundo entero, como Cohen acertadamente hace, menos apoyatura histórica existe para un enfoque eurocéntrico sobre el supuesto papel de la revolución científica (¡europea!) en el siglo XVII o en ningún otro siglo antes de la época contemporánea. Otro ejemplo interesante y útil es «Why the Scientific Revolution Did Not Take Place in China – Or Didn't It?» [¿Por qué la Revolución Científica no tuvo lugar en China, ¿o sí lo hizo?] escrito por Nathan Sivin (1982). Sivin examina y da la vuelta a los mismos supuestos eurocéntricos en que se apoya esta cuestión, pero es incapaz de plantear también la pregunta crucial del impacto que tuvo la revolución científica sobre el desarrollo de la tecnología, si es que tuvo alguno.

Tampoco lo hace Cohen, cuya revisión de esta «revolución» y su papel está aún lastrada por su punto de partida y por su conclusión. Para empezar, Cohen parece aceptar la proposición de que la ciencia emergió sólo en la Europa occidental y no en otras partes. Por consiguiente, rechaza la reivindicación de Needham de que a fines de la dinastía Ming en 1644 no había diferencias perceptibles en materia de ciencia entre China y Europa. No obstante, la propia discusión que ofrece Cohen de los libros de Needham y otros sobre áreas situadas fuera de Europa muestra que existía ciencia y siguió existiendo también en otros lugares. Esto por supuesto es algo razonable de pensar si las supuestas diferencias sociales e institucionales «Este-Oeste» eran mucho más mito que realidad, lo cual queda confirmado asimismo con evidencias que presento más adelante. Pero si también en otras partes había ciencia, entonces ¿cuál es el sentido de que Cohen se fije primordialmente en Europa?

Tal vez aún más significativo es, sin embargo, que Cohen nunca se molesta en preguntarse si la ciencia impactó sobre la tecnología y de qué manera, aunque él insiste en mantener la distinción entre ambas. La evidencia es, no obstante, que en la misma Europa la ciencia no contribuyó realmente a desarrollar la tecnología y la industria en modo alguno hasta dos siglos después de la afamada revolución científica del siglo XVII.

Para analizar la supuesta contribución de la ciencia europea a la tecnología en general y a su «revolución» industrial en particular, conviene parafrasear el aserto que abre el reciente estudio de Steven Shapin (1996) sobre el asunto: «No hubo algo así como una revolución científica en el siglo XVII, y [esta parte de] este libro trata sobre ello». Observadores autorizados desde Francis Bacon a Thomas Kuhn concluyen que, fueran o no «revolucionarios», estos avances científicos no parecen haber tenido un impacto inmediato sobre ninguna tecnología del tipo que fuera y desde luego ninguna sobre la «revolución» industrial, que por otro lado no dio comienzo hasta un siglo más tarde.

Bacon había ya señalado «el desmedido crédito que se ha concedido a autores de ciencia [por sus supuestas contribuciones] a las artes mecánicas [y sus] primeros creadores» (citado por Adams, 1996, p. 56). Tres siglos más tarde el autor de *The Structure of Scientific Revolutions* [La estructura de las revoluciones científicas] (1970) comentó que «Creo que la mitología es lo único que nos impide darnos cuenta de lo poco que el desarrollo de la necesidad intelectual tiene que ver con el de la tecnología durante el estadio más reciente de la historia de la humanidad» (Kuhn, 1969, citado por Adams, 1996, pp. 56-57). Todas las investigaciones serias en este asunto muestran que ese «estadio» no dio comienzo hasta la segunda mitad del siglo XIX y en realidad hasta después de 1870, es decir, dos siglos después de la «revolución» científica y uno después de la «revolución» industrial. El propio Shapin dedica un capítulo a la cuestión de «What was the [scientific] knowledge for?» [¿Para qué servía el conocimiento científico?]. Los subepígrafes de dicho capítulo refieren a la filosofía natural, el poder estatal, el servicio a la

religión, la naturaleza y Dios, el saber y la voluntad, pero no a la tecnología salvo para concluir que «Hoy parece improbable que la "alta teoría" de la Revolución Científica tuviera efecto sustancial alguno sobre la tecnología de utilidad para la economía tanto en el siglo XVII como en el XVIII» (Shapin, 1996, p. 140).

Igualmente *Paths of Fire: An... Inquiry into Western Technology* [Caminos de fuego: una investigación sobre la tecnología occidental] de Robert Adams (1996) revisa todas y cada una de las relaciones entre tecnología y ciencia, incluida la «revolución científica del siglo XVII». El autor cita a numerosos expertos en tecnologías particulares así como la tecnología y la revolución industrial en general. Sobre la base de las opiniones de estos expertos y las suyas propias, Adams concluye al menos en doce ocasiones (1996, pp. 56, 60, 62, 65, 67, 72, 98, 101, 103, 131, 137 y 256) que los científicos y su ciencia no hicieron ninguna contribución relevante a la creación de nueva tecnología hasta fines del siglo XIX. Adams escribe que «pocas si es que acaso alguna de las tecnologías más destacadas de la Revolución Industrial pueden concebirse como basadas en la ciencia en sentido directo alguno», y concluye que «las *teorías* científicas fueron relativamente irrelevantes en relación con la innovación tecnológica hasta bien entrado el siglo XIX» (Adams, 1996, pp. 131 y 101). La conclusión más generosa de Adams es que «hay que subrayar que el descubrimiento tecnológico no fue el único medio generador o instigador de las oleadas de innovación tecnológica, ni fue al parecer tampoco un factor necesario» (Adams, 1996, p. 256). A lo largo del siglo XVIII en Gran Bretaña sólo un 36 por ciento de un total de 680 científicos, un 18 por ciento de 240 ingenieros y tan sólo un 8 por ciento de «notables científicos aplicados e ingenieros» tuvieron alguna conexión con las universidades de Oxford o Cambridge; y lo que es más, por encima del 70 por ciento de estos últimos carecían de educación universitaria de ningún tipo (Adams, 1996, p. 72). Como alternativa, Adams y otros vinculan los avances tecnológicos principalmente con la producción artesanal, la organización empresarial e incluso la religión. De hecho, Adams concede a la tecnología más capacidad de contribución al avance de la ciencia que a la inversa.

Por último, incluso Nathan Rosenberg y L. E. Birdzell, que atribuyen la «riqueza» de Occidente a desarrollos exclusivamente europeos, reconocen que

> es evidente que las conexiones entre crecimiento económico y liderazgo en la ciencia no son directas ni simples. El avance científico y económico occidental están separados entre sí no sólo en el tiempo [por unos 150 a 200 años entre Galileo y la revolución industrial], sino también por el hecho de que hasta alrededor de 1875, o incluso más tarde, la tecnología empleada en las economías de Occidente era mucho más imputable a individuos que no eran científicos y que a menudo poseían escasa formación científica. La separación ocupacional entre ciencia e industria era bastante completa a excepción de los químicos (Rosenberg y Birdzell. 1986, p. 242).

En otro orden de cosas, Newton creía en la alquimia, y en un ejemplo que muestra el uso que se daba a las mediciones científicas en Europa, el veneciano Giovan Maria Bonardo escribió en su estudio de 1589 sobre *El tamaño y la distancia entre todas las esferas reducidos a nuestras millas* que «el infierno está a 3.758 millas y media de nosotros y tiene un diámetro de 2.505 millas y media [mientras que] el Cielo está a 1.799.995.500 millas de nosotros» (citado por Cipolla, 1976, p. 226).

De manera que de forma abrumadora la mayor parte de la evidencia muestra que la supuesta contribución de la ciencia de los siglos XVII y XVIII e incluso de comienzos del XIX a la tecnología o a la revolución industrial no es otra cosa que «mitología» tal y como adecuadamente la denominó Kuhn. De manera que ¿cuál es la relevancia de toda esta «Gran Cuestión» sobre la «revolución científica» del siglo XVII para nuestra otra «Grandiosa Cuestión» del «declive del Este» y «el (temporal) auge de Occidente»? No mucha, al menos no en lo relativo al marco temporal que nos ocupa, antes de 1800. Por consiguiente, es igual de acertado y doy la bienvenida a la pregunta que el propio Cohen (1994, p. 500) se termina haciendo: «¿Está (el concepto que ya cuenta con cincuenta años de antigüedad de) la «Revolución Científica» siguiendo el mismo trayecto que el resto de los conceptos históricos?». «Tal vez», se responde él, pues «el concepto ha realizado a estas alturas el servicio que se esperaba de él; ha llegado la hora de inhabilitarlo. Después de todo, los conceptos históricos no son otra cosa que metáforas que no deberíamos deificar». ¡Amén!

Eso sí, sin ir tan rápido: esta mitología eurocéntrica parece estar todavía viva y en buen estado también entre los asiáticos, los cuales al estudiar los desarrollos de la ciencia y la tecnología asumen unos distorsionados predicados que resultan incluso más alarmantes. Por ejemplo, Aniruddha Roy y S. K. Bagchi (1986, p. V) consideran a Irfan Habib un pionero en los estudios sobre tecnología medieval en la India. Sin embargo Ahsan Qaisar (1982) señala su enorme gratitud hacia Habib por sugerirle el tema de su propia investigación que dio lugar a su obra *The Indian Response to European Technology and Culture (AD 1498-1707)* [La respuesta de la India a la tecnología y la cultura europeas, 1498-1707]. De hecho el propio Habib contribuye con un capítulo en el libro editado por Roy y Bagchi. En otro lugar, el propio Habib (1969, p. 1) escribe que «sería estúpido, aunque no haya sido estudiado con detalle, negar que la India había sido a la altura del siglo XVII sobrepasada definitivamente por Europa occidental [en materia de tecnología]». Habib aporta de hecho alguna evidencia al respecto, que examino más adelante. Según planteé ya en el capítulo 3, Prakash (1994) cuestiona buena parte del razonamiento de Habib y rebate él mismo muchas de las supuestas diferencias entre Asia y Europa, y admite que Asia desempeñó un papel clave

aunque ampliamente subestimado en la economía mundial de la Edad Moderna. No obstante, el mismo Prakash (1995, p. 6) escribe que «Europa poseía una indudable superioridad general sobre Asia en el ámbito del conocimiento científico y técnico».

Roy McLeod y Deepak Kumar (1995) investigan también el tema de la tecnología occidental y su transferencia a la India desde 1700 hasta 1947; a pesar de que aparece la fecha de 1700 en el subtítulo de su obra, los autores explícitamente obvian atención alguna a la etapa precolonial, no obstante el hecho de que, como señalo más adelante, algunos de los autores que contribuyen a ella (Inkster, Sanpal) abordan este período. Con todo, los editores se permiten en la introducción al libro verter contra uno de los autores que contribuyen afirmaciones sin fundamento y que resultan cuestionables a partir de la evidencia disponible, a la que hago referencia más adelante. Los editores escriben así que «el cambio tecnológico» en la India pre-británica «sin duda no estaba a la altura de lo que estaba ocurriendo en Europa. El proceso técnico en su conjunto se orientaba hacia el trabajo cualificado y la producción artesanal [¿y acaso no en Europa, podemos preguntarnos?]; la producción era excelente (por ejemplo en acero y textiles), pero limitada a mercados locales [si es así, podemos preguntarnos por qué la India dominaba los mercados mundiales de estos productos]. Los viajeros europeos (...) se admiraban de algunos productos de la India, pero eran de forma invariable críticos con las costumbres del país» (McLeod y Kumar, 1995, pp. 11-12). No obstante, incluso el primero de los autores que contribuye a la obra, Ian Inkster, analiza y critica los argumentos que presentan a la India en situación de supuesta inferioridad en términos culturales. Los editores plantean que estas y otras «costumbres prefijadas» (¡mejor llamarlas prejuicios!) «apuntan a la debilidad de la economía de la India en comparación con la Europa protoindustrial, el Japón Tokugawa o incluso la China Ming» (McLeod y Kumar, 1995, p. 12). Y es que ven la realidad al revés, pues toda la evidencia que contiene el libro que editan permite una ordenación al contrario de la «debilidad» y la fortaleza económica, con China como región más fuerte, Europa en posición de mayor debilidad, y Japón y la India en medio.

Lo que resulta llamativo es que estos textos escritos por expertos asiáticos sólo investigan la difusión tecnológica desde Europa a la India y su adopción selectiva allí, y no analizan el fenómeno en sentido inverso. No obstante, según señalaré más adelante, la difusión se producía en *ambas* direcciones y la adopción y adaptación en *ambas* partes así como en cualesquiera otras respondía a un desarrollo económico mundial *común* mediado por circunstancias locales.

En el caso de China es bien conocido, aunque tal vez no suficientemenete bien analizado debido a su enorme tamaño y su minuciosidad, el monumental estudio en varios volúmenes de Joseph Needham (1954-) titulado *Science and Civilization in China* [Ciencia y civilización en China]. Colin Ronan (1986) ha editado una versión reducida en cuatro volúmenes, y el propio Needham (1964) ha escrito una síntesis bajo el título «Science and China's Influence on the World» [La ciencia y la influencia de China en el mundo]. En él desafía abiertamente lo que otros rechazan: «En influencia tecnológica antes y durante el Renacimiento China ocupa una posición bastante dominante (...) El mundo debe más a los descollantes artesanos de la China antigua y medieval que a los trabajadores mecánicos de Alejandría por muy expertos teóricos que fueran» (Needham, 1964, p. 238). Needham enumera no sólo las bien conocidas invenciones chinas, como la pólvora, el papel y la imprenta, así como el compás. También da cuenta de la tecnología de co-fusión y oxigenación del hierro y el acero, los relojes mecánicos y aparatos de ingeniería como las correas de dirección y transmisión capaces de convertir el movimiento rotatorio en rectilíneo, los puentes de suspensión de arcos segmentados y cadena de hierro, el equipamiento para perforación en profundidad y las embarcaciones de rueda de paleta, las velas de navegación frontal y trasera, los compartimientos herméticos y los timones situados en la popa del barco en navegación, así como muchos otros.

Más aún, Needham insiste en que la investigación científica se hallaba bien considerada y fomentada y que la innovación tecnológica y sus aplicaciones siguieron adelante a lo largo de la Edad Moderna asimismo en campos como la astronomía y la cosmología, y en los campos de la medicina tales como la anatomía, la inmunología y la farmacología. Needham niega explícitamente que la idea europea de que los chinos sólo inventaban las cosas pero no deseaban o no sabían cómo darles uso en la práctica. Aunque estudia algunos desarrollos supuestamente paralelos en Oriente y Occidente, también especula con los posibles canales entre una parte y otra del mundo y sobre el grado de influencia mutua e intercambio entre ellas.

Hay estudios y hallazgos similares para el caso de la India, si bien de una escala menor comparados con la monumental obra de Needham sobre China. Por ejemplo, G. Kuppuram y K. Kumudanami (1990) han publicado una historia de la ciencia y la tecnología en la India en doce volúmenes, y A. Rahman (1984) ha editado otra colección sobre el mismo tema. Ambos trabajos atestiguan el continuo desarrollo de la ciencia y la tecnología en la India no sólo antes de 1500 sino también después de esta fecha. Dharampal (1971) recopiló testimonios de europeos del siglo XVIII que muestran su interés por los avances de la ciencia y la tecnología de la India y el consiguiente aprovechamiento de ellos. Las matemáticas y la astronomía estaban lo suficientemente avanzadas en la India como para que los europeos se decidieran a importar tablas astronómicas y trabajos relacionados con ellas en los siglos XVII y XVIII. En medicina, la teoría y la práctica de la inoculación contra la viruela llegaron de la India. La exportación de ciencia y tecnología de la India en temas como la construcción de barcos, los textiles y la metalurgia se trata más adelante.

De forma similar, S. H. Nasr (1976) y Ahmand al-Hassan y Donald Hill (1986) han escrito y publicado historias que testifican el desarrollo y la difu-

sión de la ciencia y la tecnología islámicas desde tiempos muy tempranos hasta otros más recientes. George Saliba (1996) ofrece múltiples ejemplos importantes de influencias científicas árabes durante el Renacimiento, no sólo antes y en este periodo sino a lo largo del siglo XVII. Un ejemplo de entre los que ofrece Saliba es que Copérnico tenía conocimiento y poseía documentos sobre teorías de los árabes que aportaron ideas cruciales para su propia «revolución».

De manera que no es suficiente seguir «dando por hecha la inmensa superioridad naval y militar de Europa», como hace Singer, o aseverando que «sería estúpido, incluso aunque no haya sido estudiado con detenimiento, negar» la superioridad tecnológica europea en otros campos, como hace Habib. Es mejor examinar con un poco más de cuidado la evidencia acerca de la capacidad de Asia, como han empezado a hacer Goody (1996) y Blaut (1997) en especial en estos dos terrenos, el militar y el naval. Otra área de superioridad mencionada en la historia de la tecnología de Singer es la del carbón y el hierro, mientras Habib y otros hacen referencia también a la imprenta y los textiles. Si se analiza de cerca, no sólo se encuentra que la tecnología se hallaba muy «avanzada» en muchas partes de Europa sino que siguió desarrollándose en los siglos posteriores a 1400. Tal fue el caso en especial de las tecnologías militares y navales globalmente más competitivas. Más aún, el supuesto «declive de los otomanos» se ve contradicho cuando se efectúa un análisis comparado de las tecnologías precisamente en esas dos áreas (Grant, 1996), según muestran asimismo en otros terrenos los capítulos 5 y 6. Sin embargo, las tecnologías avanzadas existían también para otros terrenos más «locales» como la ingeniería hidráulica y otras obras públicas, la producción de hierro y otras actividades de metalurgia (incluido el armamento y en especial la fabricación de armas de acero), el papel y la impresión y por supuesto otras industrias de exportación como la cerámica y los textiles.

Armas. Hablo de «otras» industrias de exportación porque las armas y la construcción de embarcaciones *eran* industrias de exportación de importancia. No en balde los otomanos, mogoles y los chinos de las dinastías Ming y Ching han sido denominados «imperios de la pólvora» (McNeill, 1989). Ellos desarrollaron las armas más avanzadas y novedosas así como otras tecnologías militares que todas las elites dirigentes del mundo trataron de adquirir o imitar si podían hacer uso de ellas o se lo podían permitir (Pacey, 1990; véase también el capítulo 5). Con todo, tanto Cipolla (1976) en su *Guns and Sails* [Cañones y velas] como McNeill en su *The Age of Gunpowder Empires, 1450-1800* [La era de los imperios de la pólvora, 1450-1800] afirman una y otra vez que las armas de los europeos, en especial cuando se hallaban instaladas en barcos, fueron y siguieron siendo superiores a las de cualesquier otros poderes en el mundo.

Por otro lado, tanto Cipolla como McNeill ofrecen ellos mismos algunas evidencias en sentido contrario. Ambos discuten el veloz desarrollo de la tecnología y el poder militar de los otomanos. Los otomanos (pero también los Thais) destacaban en producción de armamento, tal y como reconocían europeos e hindúes, que también copiaban y reproducían tecnología otomana de tamaño grande y pequeño, adaptándola a sus propias necesidades y circunstancias. «Hasta alrededor de 1600, por consiguiente, el ejército otomano se mantuvo técnicamente hablando y en cualquier otro terreno a la vanguardia de la maestría militar», asevera McNeill (1989, p. 33). Cipolla (1967) reconoce el mismo alto grado de desarrollo de la tecnología militar otomana en el capítulo 2 de su libro, y el estudio comparado de Jonathan Grant (1996) lo confirma. Aunque estos tres autores señalan la debilidad militar del Imperio Otomano (y su derrota a manos de Rusia) en el siglo XVII, los dos primeros subrayan que el desarrollo de tecnología militar por parte de los europeos no podía comenzar a alterar el equilibrio del poder terrestre en ninguna parte de Asia antes de la segunda mitad del siglo XVIII.

En los mares y las costas, la artillería naval dio a los europeos algunas ventajas técnicas militares, pero éstos no llegaron a ser nunca suficientes como para imponer siquiera una pequeña parte del monopolio económico que aspiraban a establecer, como Cipolla y McNeill reconocen también. El sultán otomano dijo que incluso la victoria naval europea de Lepanto en 1571 apenas le chamuscó las barbas (citado por Cipolla, 1967, p. 101). Las incursiones de los portugueses en el siglo XVI por el Mar de Arabia, el Océano Índico y el Mar de China, sirviéndose de sus bases en Ormuz, Goa y Macao respectivamente, fueron más bien limitadas y de duración temporal. La ofensiva de los holandeses en el siglo XVII logró desplazar en buena medida a los portugueses pero fracasó al intentar imponer el monopolio que pretendían sobre las aguas de Asia, incluso en el sureste asiático «holandés», según ya planteé anteriormente.

Tampoco el armamento consiguió que los europeos dejasen un impacto de importancia en China y Japón, aunque se produjo alguna difusión inversa de tecnología de artillería. La fábula eurocéntrica que sostiene que China inventó la pólvora pero no sabía qué uso darle queda completamente desmentida por la evidencia que presenta Needham (1981). Éste detalla el generalizado uso de pólvora con fines militares en China tanto para lograr propulsión como en aparatos incendiarios y lanzadores de objetos incandescentes desde al menos el año 1000 de la era. Más aún, los chinos desarrollaron y emplearon asimismo cohetes con más de cincuenta proyectiles, incluidos cohetes de dos etapas cuya segunda propulsión se encendía una vez que el artefacto se encontraba ya en el aire. Originalmente los lanzadores de cohetes eran estáticos, pero con el tiempo llegaron a hacerlos móviles. Los europeos no aplicaron la pólvora a usos militares hasta fines del siglo XIII, y entonces sólo una vez que fueron ellos mismos víctimas de ella a manos de enemigos en el Mediterráneo oriental. De forma similar, los chinos y los japoneses rápidamente adoptaron y adaptaron tecnología armamentística extranjera avanzada, según describe Geoffrey Parker (1991):

> Las armas de fuego, las fortalezas, los ejércitos permanentes y los barcos de guerra habían sido desde tiempo atrás parte de la tradición militar de China, Corea y Japón. De hecho, la artillería de bronce y la de hierro estaban plenamente desarrolladas en China antes de su extensión por Europa alrededor del 1300. Sin embargo, (...) a la altura del año 1500 la artillería de hierro y bronce de manufactura europea –construida por turcos o fundadores europeos– demostró ser más potente y móvil que la del Este (...) y atrajo el interés por imitarla [cuando] llegó a China ya hacia la década de 1520, tal vez de la mano de alguna de las muchas misiones diplomáticas otomanas a la corte de los Ming (...) Para la mayoría de los chinos, las armas al estilo occidental fueron por primera vez vistas en manos de piratas que operaban entre Japón y Fukien en la década de 1540 (...) El armamento europeo fue adoptado en la frontera septentrional china antes de 1635 (Parker, 1991, pp. 185 y 186).

La «superioridad» europea, si existió, se limitó al armamento naval y en cualquier caso de forma temporal. Puede que sea cierto, según comentó el Gobernador general Coen en 1614, que «el comercio no puede ser mantenido sin la guerra, ni la guerra sin el comercio» (citado por Tracy, 1991, p. 180). Coen era sin embargo holandés y estaba intentando hacerse con el control de algunas pequeñas islas de Indonesia donde hacerlo parecía algo relativamente práctico. Y no obstante incluso allí, los holandeses –al igual que antes de ellos los portugueses– no lograron nunca imponer el control económico monopolístico sobre el comercio de especias. Si los europeos contaban con superioridad en tecnología militar terrestre, lo cierto es que ésta no fue ni podía ser empleada de modo efectivo en ninguna parte de Asia sin exponerse a ser inmediatamente copiada y adaptada. Uno de los motivos a veces aducidos para explicar lo relativamente limitado de las incursiones europeas en Asia ha sido que (frente a lo que sucedió en América y más tarde en África) se sentían militarmente incapaces de penetrar en el interior más allá del control de unos pocos puertos costeros. Puede que esto sea cierto. Sin embargo, aunque Tracy (1991) y quienes contribuyen en su obra colectiva, como Parker (1991), tratan de recuperar esta «explicación», ello deja injustificadamente sin analizar la realidad de la muy superior fortaleza de la mayoría de las economías asiáticas. Más aún, como sigue siendo cierto hoy día en que las armas nucleares están dejando de ser un monopolio, todas y cada una de las facetas de la tecnología militar se difundían entonces con velocidad hasta caer en manos de quien estuviera en condiciones de pagar por ella.

Barcos. La construcción de barcos se hallaba ciertamente entre las industrias «de alta tecnología» en la Europa del siglo XVI (Pacey, 1990, p. 72). No obstante, nadie cuestiona el hecho de que en siglos anteriores los barcos chinos eran más grandes, mejores y mucho más numerosos, y viajaban más lejos. Un caso ejemplificador son las flotas comerciales de Zheng He a África a comienzos de la década de 1400. Estas flotas empleaban muchos más barcos y de tamaño mucho mayor que los de Colón o Vasco de Gama (quien, casi un siglo más tarde, tuvo que contratar un marino árabe). Otro caso es la comparación entre la flota mongola-china que atacó Japón en 1274 y la Armada Invencible española enviada contra Inglaterra en 1588. Ambas fueron derrotadas más por la climatología que por sus enemigos, pero la china contaba con más de 2.000 barcos mientras la española apenas con 132.

¿Sobrepasaron los barcos europeos a los chinos, sobre todo después de que los Ming establecieran una política de dar la espalda al mar? La respuesta afirmativa habitual entre los europeos está lejos de ser correcta. Needham (1964) analiza la navegación en su cuarto volumen, que a su vez ha sido sintetizado por Ronan (1986). En esta obra se cita un autor europeo que argumentó en 1669 que «hay más barcos en China que en el resto del mundo conocido. Esto puede parecer increíble para muchos europeos», pero el autor pasa a explicar por qué sus cifras son correctas (Ronan, 1986, p. 89). También en la inmensa investigación de Needham y en la síntesis de Ronan se citan varios navegantes europeos de los siglos XVII y XVIII que señalan con asombro la calidad de los barcos chinos. Junto a esto aparecen catalogadas toda una serie de tecnologías náuticas chinas, sobre navegación, propulsión, manejo y equipamiento que estaban a la altura o por delante de las de sus contemporáneos *y* eran copiadas y adaptadas por ellos. Estas innovaciones incluyen la forma del casco, su compartimentación en secciones herméticamente cerradas al agua, y mecanismos de bombeo tanto para vaciar de agua los barcos como para apagar fuegos en cubierta ocasionados por las batallas navales. Needham resume lo siguiente:

> la conclusión que indica una clara superioridad técnica de la navegación china parece casi inevitable (...) Todo lo que nuestros análisis señalan es que la navegación china debe probablemente mucho más de lo que ha sido generalmente supuesto a las contribuciones de los pueblos marineros del Asia oriental y del sureste. Sería poco aconsejable infravalorarlas (Ronan, 1986, pp. 210 y 272).

De hecho los españoles compraban barcos en las islas Filipinas y los mantenían y reparaban allí empleando tecnología y mano de obra cuyas cualificaciones se daban por descontado antes de su llegada (Pacey, 1990, pp. 65-68 y 123-128). La East India Company inglesa y sus empleados hacían lo mismo aunque en menor medida (Barendse, 1997, cap. 1).

La evidencia insoslayable es que lo mismo puede decirse en relación con los armadores de barcos del Asia meridional. A diferencia de los armadores chinos y europeos, los de la India no empleaban clavos de hierro para asegurar las tablas en sus barcos. Tal vez debido a la escasez y precio del hierro, los marinos de la India sólo adoptaron esta tecnología en raras ocasiones, si bien adoptaron tecnología extranjera cuando parecía adecuado hacerlo (Sangwan,

1995, p. 139). En lugar de ello empleaban lazos de fibra y calafateado. Por esa y otras razones, los barcos construidos en atarazanas de la India eran mucho más duraderos y resistentes, tal y como confirmaban los propios europeos, que ensalzaban la calidad de los barcos indios (véanse por ejemplo las citas que aparecen en Qaisar (1982, p. 22) y Sangwan (1995, p. 140). Más aún, los europeos adquirían muchos barcos construidos en la India para usarlos ellos mismos tanto porque duraban más cuanto porque eran más baratos que los europeos, pagándose en 1619 un precio de aproximadamente 1.000 libras esterlinas más o menos por un navio de 500 toneladas (Qaisar, 1982, p. 22).

La East India Company inglesa también poseía sus propias atarazanas en Bombay (para las que contrataba carpinteros de ribera de Surat), en la que construyó embarcaciones de gran tonelaje así como en otros lugares de la India a partir de 1736. Los portugueses y holandeses habían ya hecho lo mismo antes que los ingleses; de hecho, Amsterdam protegió su propia industria naval prohibiendo a sus súbditos la adquisición de barcos de gran tamaño en la India. Los costes de construcción de barcos en la India eran entre un 30 y un 50 por ciento menores que en Portugal, Holanda y Gran Bretaña. Además, los barcos construidos en la India eran más adecuados para las aguas del Océano Índico, donde su vida útil era el doble o el triple que la de los barcos europeos (Barendse, 1997, cap. 1). En las dos últimas décadas del siglo XVIII, la EIC *y* la Royal Navy británicas encargaron al menos 70 barcos para construir allí y en las dos primeras del siglo XIX hasta 300 navíos. Un contemporáneo observó:

> Tenemos muchas razones que nos llevan a construir barcos en este país, en el que la madera, el trabajo del hierro y los carpinteros son muy baratos. La construcción [es] mucho más consistente que en Inglaterra, y más adecuada a esta parte del mundo, de manera que los barcos sólo necesitarán planchas y calafateado en la cubierta (citado por Barendse, 1997, cap. 1).

Satpal Sangwan (1995, p. 140) concluye que «los barcos construidos en la India en este período eran de igual calidad, si no mejores, que los construidos en cualesquiera otras partes del mundo». Edmund Gosse remata: «no es exagerado afirmar que ellos construyen los mejores barcos sin comparación del mundo» (citado por Barendse, 1997, cap. 1). Sin embargo, era menos probable que esos barcos estuvieran equipados con cañones, aunque este tipo de navíos también aumentó conforme lo fue demandando la competencia. Para desalentar a los piratas, algunos barcos indios se construían para aparentar estar armados más pesadamente que los europeos (Barendse, 1997, cap. 1). En resumen, según señala Pacey:

> Asia se caracterizaba pues por poseer tecnologías de manufactura superiores (...) Algunas técnicas [de construcción naval] de la India eran claramente mejores que sus homólogas europeas a comienzos del siglo XVIII (...) Resulta llamativo hasta qué punto los europeos y los indios aprendieron unos de otros (...) La dependencia de los europeos respecto de los constructores de la India o las Filipinas es así parte de una pauta de explotación de conocimientos y capacidades de los asiáticos por parte de los europeos (Pacey, 1990, pp. 67-69).

Pese a su escepticismo en relación con la tecnología de la India en general, incluso Habib (1969, pp. 15-16) admite que la India experimentó «algo que viene a ser prácticamente una revolución que ha pasado desapercibida» en construcción naval, que fue en algunos sentidos superior a la de Europa. Con todo, el autor insiste en que ésta no acabó con el retraso que según ella tenía la India respecto de Occidente.

Es indudable que los asiáticos también emplearon y adaptaron técnicas de construcción naval europeas así como conocimientos de navegación e incluso personal experto. Esto lo único que hace es mostrar que en la industria de navegación competitiva así como en otras muchas, los avances tecnológicos y desarrollos fueron de amplitud mundial y movidos mundialmente por la economía. Más aún, «mientras existieran técnicas autóctonas "alternativas" o "apropiadas" que pudieran servir de un modo razonable a los fines de los habitantes locales, las técnicas que aportaban las partes europeas quedaban comprensiblemente soslayadas» (Qaisar, 1982, p. 139).

Imprenta. La imprenta es de gran interés no sólo como industria per se sino también como industria de servicios para la transmisión de conocimientos, incluidas por supuesto la ciencia y la tecnología, así como el reflejo de un cierto grado de «racionalidad» cultural y «apertura» social. Es por tanto relevante que la imprenta de moldes de madera fuera inventada y empleada en China alrededor de medio milenio antes que en ninguna otra parte. La impresión en color surgió en China en 1340, y la pentacromática se usaba ya en la década de 1580 y se extendió (sin duda mucho más que en Occidente) tanto en China como en Japón en los siglos XVII y XVIII. Los tipos móviles de metal vinieron de Corea y pronto se introdujeron en todas partes, aunque no así en el mundo musulmán durante bastante tiempo. En China, tal y como sugiere Brooks (1998), es posible que la imprenta no cambiase mucho en el sentido estrictamente técnico del término. Sin embargo, en términos económicos y sociales, la impresión, edición y alfabetización se extendieron enormemente y sin duda tuvieron efectos mucho más extendidos que en Europa, incluso con la falsificación de papel moneda hasta que los Ming retiraron éste de la circulación.

Textiles. El eje central de la revolución industrial fue sin duda la industria textil. Hemos visto ya que la preeminencia económica a escala mundial de los chinos, persas y bengalíes giraba alrededor de la seda, y la de los de la India del algodón. Estos pueblos eran los productores mas cualificados y más

económicos en la producción manufacturera, capaces de competir a escala mundial con más éxito incluso que en el terreno del armamento y la construcción naval. Tal y como señalé más arriba, la producción textil contaba también con extensas conexiones con las industrias agrícola, de maquinaria, de transporte, de tintes vegetales y química derivada de metales, por no hablar de sus conexiones con el mundo financiero. Ser un productor de alta calidad y bajo coste y un vendedor de textiles, producción competitiva y coordinación entre todos estos sectores eran algo imprescindible en estas industrias auxiliares. La India descollaba en todos ellos.

Por otra parte, no podía hacerlo si se cruzaba de brazos sino sólo manteniendo su competitividad por medio del continuo avance tecnológico y la constante reducción de costes. Conservó un liderazgo competitivo durante al menos cuatrocientos años, entre 1400 y 1800. La India también importaba nuevas tecnologías, en particular para tintes, así como trabajadores especializados de origen otomano y persa. Un libro de la época del imperio mogol enumeraba setenta y siete procesos diferentes para producir cuarenta y cinco sombras de color. India intercambiaba también nueva tecnología para la industria de porcelana procedente de China y Persia. Los británicos por su parte copiaban sus técnicas de tintado fundamentalmente de la India (Chapman, 1972, p. 12).

Habib (1969) menosprecia la tecnología de la India y niega sus avances curiosamente incluso en los textiles, si bien concede que no existía una resistencia cerrada al cambio tecnológico. No obstante, Vijaya Ramaswamy (1980) analizó evidencias relacionadas con las técnicas de producción textil mencionadas por Habib e informó de que habían sido introducidas en el subcontinente mucho antes de lo que suponía Habib. Concluye Ramaswamy:

> Sería bastante erróneo hablar de que el desarrollo tecnológico, al menos en la industria textil [de la India], hubiera sido acelerado o inducido por agentes externos (...) o [importado] de Europa en los siglos XVI-XVII. La especialización de actividades y los bajos costes laborales estaban lejos de ser los únicos méritos de la industria de la India y, según ha sido abundantemente mostrado, tuvo lugar un desarrollo gradual en la tecnología textil indígena aunque ésta se entretejió con determinadas técnicas importadas (Ramaswamy, 1980, p. 241).

No hay o no debiera haber duda de que en la industria más competitiva a escala mundial, como eran los textiles, las opciones que se abrían a los consumidores así como la selección de técnicas de producción en cualquier parte del mundo eran adoptadas o modificadas por referencia a las del mundo entero. Los incentivos para la revolución industrial en Gran Bretaña, particularmente en la industria textil, se analizan en más detalle en el capítulo 6.

A este respecto, baste citar aquí a Pacey (quien a su vez cita a Braudel):

> El trabajo abundaba en las áreas de industria textil de la India y los salarios eran bajos. Los comerciantes indios tenían por consiguiente pocos incentivos para mecanizar la producción. Como plantea Braudel, el incentivo «funcionaba en sentido contrario». Se inventaron nuevas máquinas en Gran Bretaña para tratar de igualar los tejidos de la India tanto en baratura como en calidad, y se dieron transferencias de técnicas de tintado (...) Procesos que habían venido siendo empleados durante siglos en la India, Irán y Turquía se extendieron con bastante velocidad [por Gran Bretaña] en forma de muchas aplicaciones nuevas» (Pacey, 1990, pp. 121 y 120).

Volveré en el capítulo 6 al argumento del propio Braudel cuando plantee la discusión sobre la competición económica a escala mundial que subyacía a la revolución industrial de Gran Bretaña. Según veremos, al igual que cualquier Nueva Economía Industrial en el Extremo Oriente actual, Gran Bretaña comenzó su propia industrialización a través de la sustitución de importaciones por medio del proteccionismo de su mercado interno y de otros estímulos a su industria textil de algodón. A continuación, Gran Bretaña pasó a fomentar la exportación al mercado mundial. A la altura de 1800 cuatro de cada siete piezas de algodón producidas por Gran Bretaña eran para la exportación (Stearns, 1993, p. 24), y a su vez éstas suponían la cuarta parte de todas las exportaciones inglesas, y una quinta parte en 1850 (Braudel, 1992, p. 572).

Metalurgia, carbón y energía. La superioridad europea es ampliamente admitida en especial en la metalurgia y en la minería de carbón asociada a ella así como en su empleo como combustible y como energía mecánica (incluido el uso de energía mecánica en la extracción de carbón mineral). Para empezar, este desarrollo sólo se volvió esencialmente inseparable de la revolución industrial desde el siglo XIX. Hasta bien entrado el siglo XVIII, nadie empleaba mucho carbón. Mientras el carbón vegetal se mantuvo bastante asequible y barato, hubo pocos incentivos para reemplazarlo por el más costoso carbón mineral, y menos aún en las regiones, en especial del Asia meridional, en las que no era fácil obtener esta materia prima. En Gran Bretaña el precio del carbón vegetal aumentó de forma significativa durante la primera mitad del siglo XVIII mientras que el precio del carbón mineral se desplomó hasta que a mediados de siglo pasó a ser más barato fundir hierro con carbón que con carbón vegetal (Braudel, 1992, p. 569).

Los chinos también poseían carbón, y si lo extraían de las minas en menor cantidad, ello se debía seguramente a cálculos de coste y desde luego no a que carecieran de las técnicas extractivas adecuadas. Pues los chinos habían desarrollado desde tiempo atrás toda suerte de ingeniería hidráulica análoga a la de los europeos hasta descollar en ella, así como otras tecnologías empleadas en la construcción y mantenimiento de su extenso sistema de canalizaciones y de otras obras públicas. Por desgracia para los chinos y a diferencia en cambio de los británicos, en China sólo había grandes yaci-

mientos de carbón a mucha distancia de los centros que podían dar al mineral potencialmente un empleo industrial, según subraya Pomeranz (1997). Y lo que es más, su metalurgia de hierro con combustible de madera llevaba desde hacía siglos la delantera a todas las demás.

La fabricación de acero se hallaba también altamente desarrollada en Japón, la India y Persia en los siglos XVI y XVII. De hecho, hay varios recuentos del abanico de importaciones británicas de acero *wootz* de la India, que en 1790 los laboratorios especializados británicos estimaron de igual calidad que el sueco y superior a cualquiera del producido en Gran Bretaña. Más aún, entre los diez mil hornos que funcionaban en la India a fines del siglo XVIII muchos producían aún hierro y acero de parecida calidad a mayor velocidad (en dos horas y media en lugar de cuatro) y más barato que el que producían los ingleses en Sheffield (Dharampal, 1971 y Kuppuram y Kumudamani, 1990).

Los aparatos mecánicos, que contenían también piezas de metal, se desarrollaron y emplearon donde no abundaba la mano de obra barata. Los molinos de agua se usaban en China, la India y Persia, y suministraban energía a una serie de actividades de irrigación, agricultura, industria y otras. Muchas regiones de Asia destacaban en irrigación y otras mejoras así como en roturación y puesta en cultivo de tierra de uso agrícola. Particularmente llamativo para la productividad de la agricultura fue el temprano desarrollo del arado de perforación en la India, que alcanzó un extendido uso.

Más adelante defiendo que la productividad en la agricultura y por implicación el empleo de la tecnología apropiada estaban sin duda tan «avanzadas» en China y la India como en cualquier otra parte de Europa. Los asiáticos eran sin duda capaces de alimentar a más gente (por hectárea de tierra arada disponible) y mostraré evidencias de que la agricultura de la China meridional era más eficiente que la europea.

Transporte. Russel Menard (1991, p. 274) busca una posible «revolución europea de los transportes» entre los siglos XIV y XVIII y concluye que ésta no llegó a darse. Los costes de los fletes apenas disminuyeron, y fue más bien el descenso de los precios de los productos, incluyendo los que procedían de Asia, y no tanto la reducción de los costes de transporte lo que hizo más accesibles los bienes. Al mismo tiempo, el transporte tanto por mar como por tierra y también en relación con el uso de aparatos mecánicos se hallaba muy desarrollado en muchas partes de Asia. Pomeranz (1997) no encuentra ventajas de Europa sobre Asia en el transporte terrestre en general y específicamente encuentra que los miles de millas de carreteras estimados por Habib para la India superan las estimaciones de Werner Sombart (1967) para Alemania en más de cinco veces en total en cantidad y son posiblemente sólo un poco menores en número de millas de carretera per capita.

En 1776 Adam Smith (1937, pp. 637-638) comparó el transporte por canal y río de bajo coste en China y la India con el de Europa y declaró que el primero era mejor. El empleo en Asia de abundante cantidad de mano de obra en los transportes era, dada la disponibilidad de ésta, una actividad económica. Sin embargo, la inversión en infraestructuras portuarias, canales, carreteras, caravanserais y su mantenimiento y protección era también grande y a todas luces eficiente y competitiva dentro de China, la India, el Asia central, Persia y el Imperio Otomano. El transporte «internacional» que cruzaba Asia en todas direcciones se hallaba más desarrollado y era aún más competitivo, y según señalo una y otra vez más adelante, los europeos se aprovecharon y beneficiaron de este «desarrollo» a través de su participación en él.

En suma, está lejos de haber quedado consensuado, tal y como a menudo se supone, que la «superioridad tecnológica» europea pueda darse por establecida desde 1500 en adelante. La comparación entre la tecnología europea y la asiática en este período arroja más dudas aún sobre esta parcela de la tesis eurocéntrica.

El desarrollo tecnológico mundial

Sin embargo, esta tesis de la superioridad europea se vuelve aún más dudosa en otros dos terrenos de importancia. Uno es que, como ya he señalado, no podía existir dicha superioridad europea o de ninguna otra región debido a la muy sustancial difusión de la tecnología en una y otra dirección. Ésta se producía a través de la compra o el robo de aparatos que contenían tecnología, su imitación y adaptación, la transferencia de procesos productivos y organización, a través del desplazamiento voluntario o forzoso (por medio de la esclavitud) y la inserción de mano de obra en artesanía cualificado, y como ingenieros y personal de navegación, a través de la publicación de obras o por medio del espionaje industrial.

Más aún, para hacer posible el aumento de la producción y exportación también los asiáticos necesitaban el desarrollo tecnológico y de hecho lo fomentaban. Así, el siglo XV y los inicios del XVI asistieron no sólo a un aumento de la producción y la exportación en China sino también a importantes incrementos en la productividad y a progresos tecnológicos que apoyaban esa producción para la exportación. Esto sucedió en especial en la cerámica, la seda y las industrias del algodón, la impresión y la industria de la edición (en la que se desarrollaron aleaciones de cobre y plomo para fabricar moldes móviles), la fabricación de azúcar y la agricultura tanto de irrigación como de secano (incluido el procesado de productos agrícolas y la introducción de nuevas cosechas de América). Es indudable que también la India desarrolló tecnología mejorada y aumentó la productividad en los siglos XVI y XVII, especialmente en las industrias textil y de armamento, donde la competencia requería y estimulaba la adopción de cambios.

La otra y más importante razón que pone en duda la tesis de la superioridad tecnológica de Europa se deriva de las observaciones anteriores: ¡no

existía ninguna tecnología *europea*! En la división del trabajo en una economía competitiva a escala mundial, nacional, regional o sectorial la superioridad tecnológica no podía ser mantenida mientras al menos algunos otros competidores reales o potenciales tuvieran suficiente interés y capacidad para adquirir también semejante tecnología. Esto es, el desarrollo tecnológico era un *proceso económico mundial*, que tuvo lugar en y debido a la estructura del sistema y economía mundial mismo. Es cierto que este sistema y economía mundial era y es estructuralmente desigual y en el tiempo. Sin embargo, no es cierto que el «desarrollo» tecnológico o de otro tipo se hallara esencialmente determinado bien fuera localmente, regionalmente, a escala nacional o culturalmente; ni tampoco es cierto que ningún lugar o pueblo poseyera ningún «monopolio» esencial o siquiera «superioridad» alguna dentro de este sistema o economía. Menos aún era o es el caso que, como señalo más adelante, ¡dicha supuesta «superioridad» se basase en ningún carácter «excepcional» en materia de instituciones, cultura, civilización o raza!

MECANISMOS: INSTITUCIONES ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

Si el comercio y el consumo, basados en la producción, la productividad y la tecnología, se hallaban desarrollados tanto en términos absolutos como relativos en muchas partes de Asia, es razonable pensar que la «infraestructura» institucional necesaria para ello debe haber también existido en esos lugares de manera que garantizase y alentase el desarrollo económico. Esta afirmación arroja prima facie serias dudas sobre el «saber» eurocéntrico heredado de Marx, Weber y sus muchos discípulos según el cual el «modo de producción asiático» producía estancamiento y era literalmente inútil mientras que las instituciones europeas fomentaban el progreso. No obstante, voy a comparar algunas de estas instituciones económicas y financieras y analizar su pedigree y procedencia.

Primero, sin embargo, puede ser apropiado preguntarnos por el papel de las instituciones en general y de las políticas y estatales en particular. La historia, las ciencias sociales, la economía, por no hablar del público en general, cuentan con una larga tradición que se fija en instituciones a las que a veces de forma explícita si bien a menudo sólo de forma implícita atribuyen la determinación de todo tipo de comportamiento humano y de acontecimientos históricos. Existe incluso una «economía institucional» autodefinida así que se asocia a figuras como Thorstein Veblen entre otros, así como más recientemente el Premio Nobel Douglass North ha hecho carrera como analista de las instituciones en la historia económica en general y en particular en relación con «el auge de Occidente». Más aún, unos y otros dedican preferentemente su atención a las instituciones legales, políticas y –en suma– estatales.

La supuesta relevancia de estas instituciones para la «explicación» histórica, incluida la historia económica, el auge de Occidente y el capitalismo ha sido un asunto central en la economía política clásica y la marxista, la sociología weberiana y buena parte de la historiografía y la historia «política» en Occidente tal y como la reivindica Himmelfarb (1987). Por si esto fuera poco, muchos son los que han invocado que «el estado regrese al primer plano» (Skocpol, 1985). El estado europeo y sus instituciones legales y de otro tipo han dado a menudo mucho o todo el crédito a la idea del auge del capitalismo, de Occidente, de la revolución industrial, la modernización y todo eso. Quienes suscriben estas «explicaciones» encontrarán insuficiente o inadecuado el tratamiento que se hace en este libro de las instituciones y el estado.

No es suficiente con la referencia que los capítulos 2, 3 y partes del 4 han hecho ya a los estados y su intervención en la economía. Así, el estado en China, Japón, la India, Persia y el Imperio Otomano muestran haber realizado masivas inversiones en canales y otras infraestructuras de transporte y organizado su mantenimiento; de haber convertido en cultivables tierras y haber extendido su puesta en producción y asentado población en ella; de haber gestionado empresas económicas paraestatales, puesto en marcha políticas comerciales y económicas de otro tipo, por no hablar del constante apoyo militar y la promoción de los intereses económicos «nacionales». De manera que la supuesta incapacidad del estado «despótico oriental» de promover el desarrollo económico en Asia se muestra bastante inconsistente con la evidencia histórica disponible.

Otra versión de la «teoría» eurocéntrica refiere al *sistema* estatal internacional. Se supone que los «estados guerreros» de Europa (¡pero no así los de China!) y su «sistema internacional» a partir de la Paz de Westfalia de 1648 instituyeron alguna forma de cooperación competitiva que contribuyó a desarrollar las economías –o al menos las tecnologías militares– de Europa, pero que esto no sucedió en Asia. La evidencia, he aquí que, sin embargo, desconforma también esta proposición de un sistema estatal internacional. Por mucho que haya que aceptar que los estados Ming y Ching en China y el imperio mogol eran de mayor tamaño que los europeos, esto no los volvía menos activos y relevantes, de la misma manera que se hallaban también a menudo envueltos en conflictos. En el sureste asiático, como en Europa, las ciudades y los estados «nacionales» competían también entre sí. Y según ha sido ya expuesto en el capítulo 2, en el Asia occidental y entre los imperios otomano y safávida y entre éstos y los europeos la norma era la competencia económica, política y militar. Lo que es discutible es si el relato hasta ahora disponible dedica suficiente atención a estos factores políticos e institucionales.

El problema se halla no tanto sin embargo en si se ha dado suficiente atención a las instituciones como cuanto si se ha efectuado o no un análisis suficientemente económico de estas instituciones. Pues una de las principales tesis de este libro es precisamente que las instituciones *no* son excesivamente determinantes de los procesos económicos y sus exigencias, sino que son efecto de ellas, de manera que dichos procesos se encuentran sólo instrumen-

talmente institucionalizados más que determinados. Es decir, las instituciones son instrumentos derivados y adaptativos y no la causa o –contra Polanyi– el marco de inserción social de los procesos económicos. Y que el movimiento se demuestra andando lo corrobora no la presencia de las instituciones sino la práctica económica. El lector juzgará hasta qué punto el análisis económico mundial, regional y sectorial de este libro puede dar cuenta o resulta más o menos explicativo de los acontecimientos y del proceso histórico que las instituciones en cuyo marco tuvieron lugar. De acuerdo con el relato que aquí se ofrece, las instituciones tuvieron que adaptarse y de hecho se adaptaron a las exigencias económicas si es que acaso éstas no hicieron surgir estas instituciones en primer lugar.

En este sentido es agradable (al menos para el autor de este libro si acaso no para el lector) toparse tardíamente con otro autor, Graeme Snooks, que argumenta ahora que las instituciones

> no desempeñan un papel *causal* fundamental. El objetivo de mi libro es que la dinámica de la sociedad humana está guiada por fuerzas económicas fundamentales –el «mecanismo dinámico primario»– y que las instituciones responden a estas fuerzas –a través del «mecanismo secundario»– en lugar de dirigirlas (Snooks, 1996, p. 399; cursiva en el original).

A propósito del colapso de las sociedades humanas –y por extensión «el declive del Este», al que vuelvo más adelante, en el capítulo 6– Snooks escribe que éste es

> un resultado de los cambios en las fuerzas económicas fundamentales que operaban a través de estrategias dinámicas, y no el resultado de problemas institucionales surgidos de la complejidad social. Es cierto que los problemas institucionales refuerzan los problemas fundamentales, pero son esencialmente un reflejo de éstos (Snooks, 1996, p. 399).

Más aún, Snooks escribe también sobre la revolución industrial y «el auge de Occidente» y específicamente del análisis institucional que ha planteado Douglass North acerca de éste, el cual es

> diametralmente opuesto al mío en términos tanto de metodología como de interpretación (...) Él se centra en el papel de las instituciones en liderar los procesos de crecimiento, mientras que yo me fijo en el papel de las fuerzas económicas fundamentales que determinan tanto el progreso de la sociedad como sus cambios institucionales e ideológicos (Snooks, 1996, p. 131).

En la revolución industrial

> la razón de este cambio de paradigma [tecnológico] es la orientación continua de los agentes económicos en un medio altamente competitivo junto con el cambio fundamental que tuvo lugar en las dotaciones –los precios relativos de los factores– de los recursos naturales, humanos y físicos (Snooks, 1996, p. 403).

Ésta será también la base económica de mi análisis del «auge de Occidente» y su revolución industrial en el capítulo 6. En éste voy a examinar a continuación y a comparar algunas instituciones económicas y financieras anteriores para sugerir hasta qué punto éstas estaban moldeadas por el medio económico, en este caso por uno altamente competitivo dentro de la economía global. Trataré de mostrar cómo se adaptaron a ese medio facilitando así –pero sin determinar ni impedir– el crecimiento económico también en muchas partes de Asia o incluso más que en Europa antes de 1800.

Una comparación de las instituciones de Asia y Europa y sus mutuas relaciones

El apartado final de este capítulo no intenta ni pretende ser una historia o siquiera una revisión de las instituciones financieras y de comercio. Lo que me interesa es encarar la cuestión o más bien el presupuesto habitual de que el desarrollo institucional se hallaba más «avanzado» en Europa que en otras partes del globo, de que Europa «exportó» esas instituciones y que los demás tuvieron en última instancia que adoptarlas, cosa que también de hecho hicieron. Este es el mensaje que subyace a la práctica totalidad de la historiografía europea y occidental y a la teoría social, o más bien es el supuesto en que se funda toda esta cuestión. Llega al menos hasta Marx y Weber y a los historiadores económicos occidentales y alcanza hasta a los científicos sociales y publicistas que siguen todavía hoy reproduciendo sus principios. Buena parte de lo que se ha escrito al respecto es fruto de la pura ignorancia y/o del prejuicio acerca de las condiciones de vida fuera de Europa, o de la reflexión a partir de información de oídas, pese a los muchos estudios de Weber sobre la religión, la sociedad y las instituciones de Europa y Asia. Estas primeras autoridades han sido en general la base de la «autoridad» de otros autores posteriores y contemporáneos. Apenas alguno de ellos se ha tomado la molestia de analizar por su cuenta o siquiera de preguntarse si la «teoría» heredada es o puede ser plausible a la luz de otra evidencia en general conocida; y la respuesta es que no lo es.

Pero he aquí que la evidencia directa sobre estas instituciones de sociedades extraeuropeas es fragmentaria y hay bastantes pocos historiadores y teóricos sociales que se han molestado en buscarla donde se encuentra. No obstante, hay una serie de autores asiáticos que ofrecen evidencias sobre organización institucional, en la mayor parte de los casos como telón de fondo o al margen de sus estudios sobre hechos económicos. Los he citado ya abundantemente en este libro y podemos reclamar su testimonio sobre las instituciones que hicieron posibles tales acontecimientos y procesos económicos

micos. Otros pocos historiadores (europeos) que ofrecen una perspectiva más general han tratado de elaborar algunos resúmenes sintéticos de estos estudios junto con los suyos propios. Sin embargo éstos a su vez incorporan normalmente con ellos la perspectiva occidental eurocéntrica y sólo tratan de superarla en algunos casos. Me refiero principalmente a Van Leur (1955), Steensgaard (1972 y 1990 c), Braudel (1979 y 1992), Mark Elvin (1973) sobre China y recientemente en especial Perlin (1990, 1993 y 1994), que es el único que repudia completamente el eurocentrismo.

El argumento que sigue se basa en la autoridad de estos autores. Un repaso exhaustivo o siquiera fragmentario de este paisaje institucional se encuentra actualmente por encima de mi visión y capacidad. Sin embargo, los análisis institucionales eurocéntricos que hemos heredado así como las teorías del mismo sesgo se apoyan también en exceso en la «autoridad» del testimonio, si bien también del falso testimonio. Mi selección será por tanto también abiertamente parcial, pues según argumento, si la estructura productiva y comercial y el proceso fue realmente como la evidencia ya acumulada en este libro muestra, entonces hemos de preguntarnos qué tipo de organización institucional puede o debe de haber existido para hacerla posible.

La tarea que me propongo implica por tanto plantear entre otras preguntas como las que siguen y tratar de darles respuesta: ¿Qué actividad económica, productiva, comercial, mercantil y financiera se producía? Este libro es todo él un intento de esbozar y sintetizar dicha actividad. ¿Qué tipo de instituciones financieras y comerciales y económicas de otro tipo así como políticas hicieron esas actividades posibles en unos lugares y otros? Aportaré alguna evidencia al respecto, apoyándome principalmente en autoridades. ¿Qué historia describen estas instituciones?, y en especial. ¿se trata de instituciones «endógenas» o que al menos existían desde tiempo atrás en unas u otras regiones? Para responder a esta cuestión sólo puedo ofrecer evidencia parcial y circunstancial y es lo que voy a hacer. ¿En qué se parecen y diferencian estas instituciones en unos y otros lugares? Para dar respuesta a esta cuestión me apoyo tanto en autoridades como en argumentos plausibles.

Las relaciones institucionales globales

Más allá de esta dimensión «comparativa» existe otra de tipo relacional. ¿Fueron estos desarrollos institucionales esencialmente independientes unos de otros, reflejando así circunstancias e historias culturales diferentes o similares o de tipo regional, o eran estas instituciones respuestas comunes a problemas y desafíos comunes? Si es así, ¿se difundió esta interdependencia de un lugar a otro, y en particular de Europa al resto del mundo, o más bien fue el desarrollo institucional interdependiente a escala mundial inseparable de una estructura y proceso económico mundial interdependiente? He aquí la cuestión crucial, que se sitúa un peldaño más allá de la de Pomeranz (1997),

según la cual las propias instituciones europeas y occidentales evolucionaron en respuesta a las necesidades del comercio. Lo mismo hicieron no obstante las asiáticas, tal y como observa acertadamente Prakash (1995, p. 12): «No necesito apenas subrayar que existía una importante conexión orgánica entre el auge de la oferta de dinero y el crecimiento de las formas bancarias en la economía del imperio mogol». Pero la oferta, y por supuesto más aún la demanda, de dinero en la India asi como en el resto del mundo era ella misma por supuesto una función de las que rigen la economía global.

Puede resultar difícil ofrecer suficiente evidencia convincente para persuadir de la consiguiente transformación y adaptación de las instituciones y sus relaciones a escala mundial, pero entonces tal vez «plantear la pregunta adecuada es ya más que lograr la respuesta correcta». O en palabras de Perlin, «necesitamos plantearnos (...) el hacer preguntas acerca de la posible existencia, en el mismo momento concreto de la historia «mundial», de fuerzas similares e incluso idénticas que operaban en esos tipos de economía local particulares, y por tanto de la presencia de fuerzas estructurales mayores» (Perlin. 1990, p. 50). Continúa Perlin:

> Necesitamos ir más allá de la comparación e intentar llegar a conclusiones estructurales más amplias. Es posible así argumentar que el contexto del crecimiento societal y de las relaciones protocapitalistas en desarrollo [en la India] conformaban una precondición esencial de la creciente implicación europea en el subcontinente (...) junto con desarrollos similares que se estaban produciendo en otras partes de Asia (...) y que formaban parte de las precondiciones para el desarrollo de un sistema de intercambios y dependencias internacionales dentro del cual Europa estableció una hegemonía creciente (...) En una palabra, las manufacturas comerciales en Europa y en Asia formaban partes dependientes de desarrollos internacionales mayores. El auge del capital mercantil en diferentes partes del mundo, de manufacturas orientadas al mercado en Europa, Asia y Norteamérica, la incorporación de sistemas en expansión de producción campesina dentro de circuitos de mercancias internacionales, todo ello necesita ser tenido en cuenta en términos de un marco relevante que abarcaba el crecimiento del comercio internacional y la división del trabajo (Perlin, 1990, pp. 89-90).

Esto, por supuesto, resume el objetivo de este libro entero, y de hecho también el de Frank y Gills (1993), que cubre un período temporal mucho más extenso. He tratado de acercarme más adelante a dicho objetivo en lo tocante a las instituciones financieras y comerciales de la Edad Moderna.

Para explicar mi objetivo puede ser bueno comenzar apelando a algunas autoridades: bajo el epígrafe «El mundo de fuera de Europa», Braudel (1979, p. 114) escribió: «Preguntarse si Europa se hallaba o no en el mismo estadio de intercambio (...) es hacerse una pregunta crucial». Su respuesta es, como veremos, que Europa *sí* se hallaba en el mismo estadio, o más bien que «otras

regiones densamente pobladas del mundo, es decir, otras áreas privilegiadas» se encontraban también en el mismo estadio o nivel. Es decir, que Braudel sugiere que Marx, Weber y sus seguidores se equivocaron.

Hay una cosa cierta: los principales cambios estructurales o incluso institucionales de la economía mundial no se debieron a ninguna difusión de instituciones desde Europa. Por ejemplo,

> la llegada de comerciantes occidentales amplió el mercado a la cerámica asiática pero no transformó su pauta esencial (...) Puede que el negocio no haya quedado demasiado bien registrado, pues de lo contrario el desarrollo del mercado en los Mares de Sur habría permanecido bastante igual que antes. Según ya se ha mencionado, la demanda de vajillas normales en los Mares del Sur venía manteniéndose desde el siglo XIV (Ho Chuimei, 1994, p. 48).

Además, la organización comercial no era tampoco tan distinta:

> Fueron los Zheng [en la China meridional] quienes primero dieron con la idea de comerciar con vajillas japonesas [de cerámica] en el exterior desde 1658: la VOC [holandesa] reaccionó con rapidez suficiente e hizo lo mismo al año siguiente (...) Las redes de inteligencia comercial y política de los Zheng deben de haber sido al menos tan efectivas como las de sus principales enemigos, los manchúes y los holandeses (...) Es posible argumentar que la organización de la China Zheng tenía los mismos rasgos que la de la VOC (Ho Chuimei, 1994, p. 44).

Hemos así de dar la razón a Chaudhuri cuando insiste en que

> la división del trabajo, la producción industrial y el comercio de larga distancia eran parte de la comunidad social desde tiempos prehistóricos. Es difícil encontrar una sociedad en cualquier época o lugar que no haya tenido algunos de los caracteres de una economía de intercambio basada en la idea de valores relativos, uso del dinero y el mercado. Las comunidades que practicaban la agricultura de subsistencia y la producción industrial casi con seguridad coexistían con las que se hallaban sujetas a la influencia del mecanismo de mercado y el control del capital (...) El capitalismo comercial, a pesar de la ausencia de capital fijo, era un hecho de la vida cotidiana tanto para el artesano como para el campesino asiático (...) El capitalismo en tanto que actividad comercial era un hecho universal en el Océano Índico (...) Por supuesto, el comercio de larga distancia del Océano Índico era una actividad capitalista, se defina como se defina ésta (...) Tejedores, hiladores, cultivadores de gusanos de seda, herreros y dueños de plantaciones de especias, todos ellos recibían sus recompensas a través del mecanismo del mercado. La conexión entre el comercio de larga distancia, el capitalismo comercial y la producción para el mercado exterior se mantuvo firme (Chaudhuri, 1978, pp. 207, 220, 214 y 222).

Y dicha conexión económica se producía a escala mundial.

Para aportar otras evidencias, voy a citar la revisión que hace Chaudhuri de las formas institucionales y la organización de la producción manufacturera en diversas partes de Asia:

> En China y la India existía una fuerza de trabajo en expansión y flexible capaz de saltar de una ocupación en la agricultura a la industria (...) La historia de Asia está llena de ejemplos que revelan los constantes movimientos y migraciones de artesanos de una localidad a otra en busca de mejores oportunidades (...) La migración y los movimientos ofrecían remedios comunes contra los desastres naturales, la opresión política y la reducción de las oportunidades económicas (...) Hay abundantes referencias en nuestras fuentes que muestran que en partes de la India y China en un periodo de crisis comerciales, los trabajadores industriales sin empleo se dedicaban a tareas agrícolas tales como ayudar en las épocas de cosecha con el fin de ganarse su salario (...) Fuera en el Oriente Medio, la India o China, existía una clara conexión vertical entre comercialización y producción industrial (...) El dominio de los comerciantes sobre los artesanos era una realidad dondequiera que se debilitaba la fuerza de la competencia del lado de los compradores. Las fuentes históricas demuestran también que los mercaderes asiáticos, bien fuera los que operaban en la India, en el Oriente Medio o en China, intervenían directamente en la producción industrial como resultado de necesidades comerciales concretas (...) La verdadera explicación del desarrollo de determinadas áreas de productores para la exportación [se encuentra en que] la localización industrial incluso en la era de la producción no mecanizada se muestra fuertemente influida por los costes de mano de obra medidos en términos relativos, los bienes salariales y el capital que se distribuyen de forma desigual sobre el espacio (...) Existían regiones enteras en el Oriente Medio, la India y China que producían textiles para la exportación tanto dentro como fuera de sus fronteras nacionales (...) Muchas partes de Asia habían desarrollado industrias con todos los atributos de una demanda orientada a la exportación, y sólo a fines del siglo XVIII Europa estuvo en condiciones de desafiar [esta situación] (Chaudhuri, 1990 a, pp. 313, 306, 299, 318, 303, 309, 310-311 y 301).

Janet Abu-Lughod (1989, pp. 12 y ss.) también llamó la atención acerca de «las sorprendentes similitudes [que] superaban con creces la diferencias» en los niveles y las instituciones del desarrollo económico a lo largo de toda Asia en el siglo XIII. En la medida en que había diferencias, Europa se mantenía por detrás en dicho desarrollo. Y cita a Polanyi para plantear que desde la caída de Roma los europeos habían poblado un «área subdesarrollada (...) una tierra de bárbaros» y lo siguieron haciendo hasta los siglos XIII y XIV (Abu-Lughod, 1989, pp. 99; véase también Cipolla, 1976, p. 206). Extrañamente sin embargo, y sin ofrecer ninguna evidencia para el período situado más allá del marco temporal de su libro, Abu-Lughod afirma que Europa se

había situado a la cabeza a la altura del siglo XVI. La evidencia disponible apoya su argumento sobre los siglos primeros, pero no así los de los posteriores.

Incluso el europeo Braudel reconoció que

> En todas partes desde Egipto a Japón hallaremos genuinos capitalistas, mayoristas, rentistas del comercio y sus miles de auxiliares, agentes comisionistas, prestamistas, cambistas y banqueros. En cuanto a las técnicas, posibilidades o garantías de intercambio, cualquiera de estos grupos de mercaderes saldría bien parado de una comparación con sus equivalentes occidentales (Braudel, 1992, p. 486).

En el segundo volumen de su obra *Civilización y capitalismo*, Braudel (1979, p. 219) asevera que «la presencia europea no cambió nada esta situación. Los comerciantes portugueses, holandeses, ingleses y franceses todos ellos solicitaban préstamos a los musulmanes, a los comerciantes [de la India] o a los prestamistas de Kyoto [en Japón]». De hecho los europeos pedían prestado no sólo dinero para emplearlo en Asia sino también a través de las instituciones financieras existentes a escala local, cuyo funcionamiento vinieron a adoptar *ipso facto*. Braudel remite a Werner Sombart como el «principal defensor en público» de la tesis del excepcionalismo del racionalismo europeo, pero a continuación se pregunta si

> Finalmente cuando uno tiene en consideración los instrumentos racionales del capitalismo ¿no debería uno también dejar espacio para otros instrumentos además de la contabilidad de doble entrada: letras de cambio, banca, acciones de bolsa, mercados, endosos, descuentos, etc.? Pero por supuesto todas estas cosas se encontraban fuera del mundo occidental y su sacrosanta racionalidad (...) Más importante que el innovador espíritu emprendedor era el creciente volumen de comercio (...) Al igual que Europa, el resto del mundo contaba desde hacía siglos con la experiencia de las necesidades de la producción, las leyes del mercado y las oscilaciones monetarias (Braudel, 1979, pp. 575 y 581).

Fueron de hecho la producción, el comercio y las oscilaciones monetarias *a escala mundial* los procesos que para empezar ofrecieron a Europa la atracción y la posibilidad de expansión de su propia producción y comercio, y lo hicieron durante los tres siglos siguientes a que los europeos descubrieran el dinero americano gracias al cual lograron entrar a participar en la economía mundial. De forma que las instituciones económicas, productivas, comerciales, mercantiles y financieras necesarias debían de existir con anterioridad y a su vez entonces también debieron persistir para hacer posible que los europeos participasen del juego. De hecho, como Pomeranz (1997) señala repetidas veces, lo mismo puede decirse de los derechos de propiedad y las instituciones legales, que también se establecieron y desarrollaron en distintas partes de Asia.

En la India. En este caso, en lugar de tratar de detallar estas formas institucionales sería más legítimo apelar a una breve serie de autoridades, empezando por el Asia meridional y el sureste asiático:

> El sistema bancario [de la India] era eficiente y se hallaba bien organizado por todo el país, y los *hundis* [órdenes de pago sin condiciones típicas del subcontinente] y letras de cambio emitidas por los grandes negocios y casas financieras eran aceptadas en todas partes en la India, así como en Irán, y en Kabul [Afganistán] y en Herat y Taskent y otras partes del Asia central (...) Existía una compleja red de agentes, comisionados, prestamistas e intermediarios (...) que había evolucionado hasta dar lugar a un sistema muy ágil e ingenioso de comunicación de precios de mercado y sus novedades (Nehru, 1960, p. 192)

Puede que el primer ministro de la India moderna independiente se haya visto influido por alguna perspectiva parcial al tratar acerca de su propio país en su *Discovery of India* [El descubrimiento de la India], pero entonces lo mismo podría esperarse del portugués Tomé Pires, quien aconsejó que

> «quienes entre los nuestros quieren ser dependientes y comisionistas deberían ir (...) a aprender» de los habitantes de Gujarat en Cambay en la India porque allí «el negocio del comercio es una ciencia en sí» (Pires [¿1517?], 1942-1944, p. 42).

Otros dos autores más recientes hacen observaciones análogas:

> existe evidencia de una clase muy desarrollada de especialistas (los *shroff* o *sarafs*) [término derivado del árabe, véase Habib 1976, p. 392] que manejaban la moneda de uso corriente, el crédito comercial, los préstamos, los seguros de bienes, etc. (...) [que] se hallaban sin duda muy vinculados con la pequeña burguesía rural (...) [y que constituía] un importante nexo en la transmisión de una proporción específica del excedente agrario a las clases comerciales (...) No está claro si los portugueses introdujeron algún cambio organizativo en el comercio y la producción industrial de la India ni siquiera en áreas o sectores limitados (...) Todo parece indicar que hicieron uso de los mecanismos existentes [de producción y comercio] (Ganguli, 1964, pp. 57 y 68).

> Desde fines del siglo XVI en adelante, el abanico de actividades capitalistas –a manos de un empresario que arrendaba el cobro de impuestos, se hallaba implicado en el comercio agrícola local, contaba con recursos militares (animales adiestrados para la guerra, armas y fuerza de trabajo) así como en más de una ocasión probaba suerte en el Gran

> Juego del comercio del Océano Índico– era un rasgo característico de la economía política de la India (Bayly, 1990, p. 259).

Con el fin de aportar al menos una breve ilustración y un poco de color local, puede resultar útil citar a un importante viajero-partícipe de la época. Gerard Aungier, presidente de la factoría inglesa de Surat, informó a su oficina en Londres de la EIC en 1677 que

> Tomamos debida nota de lo que nos aconsejáis en relación con el bajo precio de la pimienta en Europa y de vuestras órdenes de bajarlo también aquí; en lo cual hemos puesto nuestros mejores esfuerzos, pero sin éxito. Pues hay tanto consumo de pimienta en estos países, y por ello tantos tratantes que la transportan a otros lugares extranjeros como Deccan y Malabar, que es imposible hacer disminuir su precio a los niveles que planteáis (citado por Chaudhuri, 1994, p. 275).

El estudio que hace B. R. Grover (1994, pp. 219-255) de la sociedad rural en el norte de la India en los siglos XVII y XVIII subraya que el comercio empapaba la India hasta sus lugares más recónditos, bien distantes de la costa, de los puertos y de los europeos. En un ejemplo sobre tasas de seguros, Habib (1969, p. 71) señala la eficiencia y la seguridad de este comercio y del transporte que lo acompañaba en la India occidental y oriental: las tasas por seguros a mediados del siglo XVII para distancias de 315, 550 y 675 millas (medidas según el vuelo de cuervos, de manera que eran algo inferiores que en tierra) eran de un 0,5, 2,5 y 1 por ciento respectivamente del valor de los bienes asegurados.

Las discusiones que hace Habib (1969, 1980 y 1990) de la economía de la India mogol y de las comunidades de comerciantes en la India precolonial no dejan dudas acerca del «desarrollo» del comercio y las finanzas. El mercado estaba abierto y era competitivo. Existían comerciantes de larga distancia así como «regatones» de poca monta. El crédito estaba generalizado. Los mercaderes de Ahmadabad hacían pagos y asentaban deudas casi enteramente en papel, y prácticamente cada orden o promesa de pago podía ser transferida a papel comercial sometido a tasa de descuento (Habib, 1969, p. 73). Otra indicación del «desarrollo» del mercado financiero es que las tasas de interés oscilaban entre el 0,5 y el 1 por ciento al mes, cifras que no eran significativamente distintas de las tasas inglesas y holandesas (Habib, 1990, p. 393).

Otro autor sintetiza lo siguiente:

> Los oficiales de las Compañías [europeas] registraban un paisaje complejo, cambiante y altamente diferenciado de producción comercial agraria en el sur de la India (...) Los expertos sostienen una línea argumental (...) [según la cual] la especialmente diferenciada pero extendida expansión comercial, la especialización laboral y la diversificación productiva generaron recursos comerciales para los ingresos estatales durante tres siglos hasta la llegada de la dominación británica (...) [y] produjeron la economía comercial sobre la que los estados intervinieron en busca de ingresos (Ludden, 1990, pp. 236 y 216-217)

Los productores locales y los distribuidores tanto de productos agrícolas como manufactureros estaban vinculados entre sí por un complejo sistema de pagos por adelantado sobre la base de créditos y/o mercancías. «De hecho», escribe Perlin (1983, p. 73), «el crédito y las finanzas funcionaban en forma de un complejo ordenamiento que implicaba a prestamistas a diversos niveles organizativos y sociales (...) [llegando a] abarcar una proporción relativamente elevada del producto agrícola», por no hablar de la producción manufacturera.

> Estos mecanismos e instituciones permitían elevadas tasas de apropiación al proporcionar medios para que grandes cantidades de productores sobrevivieran a fluctuaciones climáticas y de precios, allí donde la elevada presión fiscal y de las altas rentas junto con los bajos precios reales de las mercancías comercializables los volvían especialmente vulnerables (...) [al tiempo que] proporcionaban continuidad en el espacio y el tiempo, permitiendo la multiplicación de las transacciones comerciales (Perlin, 1983, p. 98)

Los grandes empresarios de la artesanía recibían materias primas y/o créditos para adquirirlas, daban empleo a aprendices y jornaleros y les pagaban salarios. Otros artesanos trabajaban para los monopolios estatales, también sobre la base de salarios, y otros por su parte trabajaban de forma independiente (Ganguli, 1964, pp. 47 y ss.). Todos ellos eran indistinguibles de un «sistema» organizado de finanzas, crédito, distribución, comercio y producción para el mercado local, regional y de exportación, que había por supuesto sido desde tiempo atrás y seguía siendo inseparable del mercado *mundial*. Cuando los europeos entraron en él, como por ejemplo hizo la VOC holandesa cerca de Agra, lo hicieron en el seno de una «red triangular que cubría largas distancias y en un marco de transferencias empresariales entre otros varios lugares [el cual] era meramente la punta del iceberg de una organización compleja de servicios de envío adelantado de créditos que incluía buena parte del subcontinente indio y se extendía incluso más allá» (Perlin, 1990, p. 268).

La revisión que ofrece Burton Stein (1989) de parte de esta misma evidencia sobre la economía de la India en la época precolonial confirma una vez más su extendida comercialización así como sus relaciones extensivas y densas de tipo productivo y comercial entre el campo y las ciudades y entre los ubicuos y variados centros comerciales urbanos de tamaño pequeño y los de mayor tamaño. En otro trabajo, Stein y Sanjay Subrahmanyam (1996) señalan en la introducción a una colección de artículos que lleva por título *Institutions and Economic Change in South Asia* [Instituciones y cambio eco-

nómico en el Asia meridional] que el hilo conductor que une entre sí los textos reunidos es que los agentes económicos y las estructuras institucionales se hallaban experimentando constantes cambios económicos en sus mutuas relaciones y en respuesta a cambiantes imperativos y circunstancias económicas. Stein (1989) llama también la atención sobre el hecho de que el bien armado sistema financiero de la India proporcionaba buena parte del capital empleado no sólo por los productores y comerciantes de la India mismos sino también para los comerciantes de la EIC y otros particulares europeos para sus operaciones en la India y otros lugares.

Una de las áreas de expansión del comercio de la India había sido durante siglos –de hecho, durante milenios (Frank, 1993 a)– hacia el oeste en dirección al Asia central, Persia, Mesopotamia, Anatolia, el Levante, Arabia, Egipto y el África oriental. Por supuesto en esas zonas existían también instituciones productivas, comerciales y financieras parecidas y relacionadas con las del subcontinente. El comercio árabe y musulmán había florecido durante la Alta Edad Media europea, y siguió haciéndolo en la Edad Moderna, aunque los propios comerciantes árabes se vieron sometidos a una creciente competencia tanto desde Oriente como desde Occidente. Ibn Jaldún, por ejemplo, que ha salido aquí ya a colación en relación con los mercaderes y el comercio en tierras no árabes, escribió también acerca del comercio musulmán y de otro origen en el siglo XIV:

> cuando los bienes son escasos y raros, sus precios se incrementan. Por otro lado, cuando (...) se los encuentra en grandes cantidades, los precios descienden (...) El comercio significa el intento de obtener un beneficio por el aumento del capital, por medio de la compra de bienes a un precio más bajo y de venderlos a un precio más elevado, ya sean dichos bienes esclavos, cereal, animales, armas o ropas. La cantidad obtenida se denomina beneficio (...) Se ha hecho así evidente que las ganancias y beneficios en su totalidad o en su mayor parte se obtienen del trabajo humano (...) Más aún, Dios creó dos minerales, el oro y la plata, como medida del valor de todas las acumulaciones de capital. Los habitantes del mundo por preferencia consideran éstos como tesoro y propiedad. Incluso si, en determinadas circunstancias, se adquieren otras cosas, ello es así sólo con el fin de obtener en última instancia (oro y plata). Todas las otras cosas están sujetas a fluctuaciones de mercado (...) El beneficio puede proceder de las mercancías y su empleo para el intercambio; los mercaderes pueden lograr tales beneficios bien sea desplazándose de un lugar a otros (con sus mercancías) o atesorándolas y siguiendo las fluctuaciones del mercado que les afectan. A esto se le llama comercio (...) El comercio es una forma natural de hacer beneficios. Sin embargo, la mayoría de las prácticas y los métodos son engañosos y están diseñados para obtener el margen (de beneficios) entre el precio de compra y el de venta. Este diferencial hace posible obtener beneficio. Por consiguiente, la ley permite apostar en el comercio, pues éste contiene un elemento de juego (Ibn Jaldún, 1969, pp. 298-300).

Abu-Lughod (1989, pp. 201-209) dedica una parte de su obra a la relación entre el Islam y los negocios en la cual analiza muchos instrumentos financieros e instituciones económicas. Las «técnicas comerciales» de los musulmanes han sido descritas entre otros por Abraham Udovitch (1970) y la compatibilidad del Islam con el capitalismo y el comercio ha sido el tema de estudio de Maxime Rodinson (1970 y 1972), aunque el hecho de que los musulmanes, y por supuesto el propio Mahoma, hayan sido comerciantes durante siglos debiera bastar como evidencia. Bruce Masters (1988) tiene dificultades para distinguir entre las políticas otomanas y las de los europeos en su estudio sobre la ciudad de Alepo. No obstante, su descripción del comercio de caravanas, mercaderes, instituciones comerciales, dinero, crédito e inversión atestiguan todos ellos la plena comercialización y monetarización de la economía otomana. Su análisis de los documentos judiciales relacionados con préstamos «nos ofrecen una visión dura y clara del ciclo de la deuda que ligaba las áreas rurales con diversos individuos ricos e influyentes de la ciudad» (Masters, 1988, pp. 156-167). Masters subraya también la activa e independiente participación de la mujer en la economía otomana.

En otras partes también, los musulmanes de la India dedicados al comercio y a otras actividades tenían posiciones sociales bien establecidas y cada vez mejores aún en todo el sureste asiático, donde los malayos y otros pueblos habían desarrollado sus propias estructuras institucionales de tipo comercial y financiero, dentro de las cuales permitían operar a árabes, persas e hindúes y más tarde a europeos procedentes de Occidente y a chinos del norte.

En China. No hay ninguna duda de que los chinos (al igual que los japoneses y otros pueblos) estaban conectados con esta división internacional del trabajo y el comercio, y una de las tesis de este libro es que ocupaban una posición de superioridad productiva. Ya he abordado anteriormente algunos rasgos del comercio exterior y de larga distancia de China. A este respecto, por supuesto, «el comercio marítimo de larga distancia no era para los chinos distinto al que practicaban otros pueblos», según señala Wang Gungwu (1990, pp. 402 y ss.). A pesar de las restricciones oficiales impuestas en la era Ming, el comercio marítimo desde la China meridional siguió practicándose, y en él participaban las comunidades de «chinos de ultramar» así como de extranjeros. Entre ellas destacan por su importancia las de los llamados Hokkiens que residían en Nagasaki, Manila y Batavia, todas ellas dedicadas a la gestión del comercio con China.

Sin embargo, los chinos deben haber contado en el continente con las instituciones productivas, comerciales y financieras adecuadas a este comercio. Curiosamente, la base institucional parece estar mejor definida y asentada en la época de las dinastías Song y Yuan más tempranas (Yang, 1952, Ma, 1971 y Elvin, 1973) que en las subsiguientes dinastías Ming y Ching. No obstante, Perlin (1990, p. 280) escribe que «todo mi estudio de las formas de circulación de China sugiere la existencia de una organización espacial de dineros

físicos y monedas de cuenta muy similar en sus principios a las de la India precolonial, el Oriente Próximo y Medio, la Europa de la Edad Moderna o la América hispánica». En un trabajo anterior Perlin (1983, p. 66) escribe que «el Asia meridional de la etapa precolonial tardía, al igual que China en el mismo período, se hallaba sujeta a un proceso fundamental de cambio que afectaba a la mayoría de sus principales rasgos sociales, económicos y políticos». Se trataba, por descontado, del mismo desarrollo de la misma economía global de la que todas esas regiones formaban parte, ¡incluida Europa! De forma que no debería parecer extraño que en su revisión de las «instituciones y prácticas empresariales» de China, Abu-Lughod (1989, pp. 309 y ss.) cite a Kato, el cual señala que las asociaciones de mercaderes «Hang» chinos se parecían a los gremios europeos.

Ya he señalado en el capítulo 2 que la economía china desde tiempos de la dinastía Song en los siglos XI y XII había alcanzado un grado de industrialización, comercialización, monetarización y urbanización muy superior a los de otras partes del mundo. Al observar desde la distancia este período hasta el siglo XVIII, Elvin (1973) ofrece el siguiente resumen:

> La economía china se hallaba altamente comercializada. Una señal de este desarrollo era la creciente complejidad de la estructura de sus negocios (...) [Otros signos eran] el crecimiento de las tiendas de dinero y los bancos de remisión, los gremios de comerciantes implicados en el comercio interregional (...) [y] la creciente densidad de la red de mercados locales (...) Tampoco estaba ausente el espíritu empresarial. He aquí una explicación de la reducción del precio de los combustibles (...) Podemos concluir pues que al menos durante tres siglos la historia de la China premoderna asistió a la creación de unidades de organización económica privada más grandes que nunca, y que el cambio que se produjo fue cualitativo tanto como cuantitativo. En particular, las industrias rurales se hallaban coordinadas a través de una red de comercio de densidad rápidamente en crecimiento, y la industria urbana, abastecida con materiales y consumidores a través del mercado, desarrolló nuevas estructuras para gestionar grandes cantidades de empleados (Elvin, 1973, pp. 172, 299 y 300).

Elvin por ejemplo describe los trabajos con el hierro en la región de Hubei/Shaanxi/Sichuán, en la que seis o siete grandes hornos daban empleo a miles de hombres e incluso cita un relato contemporáneo sobre Jingdezhen (Ching-te-chen), el gran centro de fabricación de porcelana de la provincia de Jiangxi (Kiangsi):

> Decenas de miles de martillos hacen vibrar la tierra con su ruido. Los cielos brillan por el resplandor de los fuegos y de noche no se puede dormir. El lugar ha sido denominado en broma «La Ciudad del Trueno y el Relámpago Perpetuos» (Elvin, 1973, p. 285).

Elvin concluye que

> El negocio económico parece por tanto haberse hallado en buen estado en los últimos tiempos de la China tradicional. Había sin duda conciencia de los costes comparativos, y esto podría evidentemente haber tenido efectos sobre el tipo de tecnología empleado [por ejemplo con el uso de técnicas de evaporación en lugar de ebullición para producir sal, ya que la madera se había vuelto cada vez más escasa y cara] (...) Es por consiguiente razonable asumir que detrás de muchas elecciones de técnicas se hallaban cálculos racionales de corto plazo (Elvin, 1973, p. 300)

La escasez de árboles de madera dura de calidad, que eran talados para construir barcos, elevó tanto el precio de la madera en la China meridional que las atarazanas se trasladaron a Siam y Malaya, donde dicha madera era mucho más abundante y barata (Marks, 1997 a).

En referencia a la China meridional, Marks (1996, p. 77) señala también que «a mediados del siglo XVIII el agroecosistema de Lingnan se hallaba tan comercializado en muchas de sus partes que una gran proporción de la comida se dirigía al mercado, y los mercados funcionaban de forma más eficiente que en Inglaterra, Francia o Estados Unidos en ese mismo tiempo». Ng Chin-Keong (1983) también encuentra una amplia comercialización durante el siglo XVIII, que es la época que interesa a este estudio, no sólo en Amoy (Xiamen) sino también en toda la provincia de Fujián. Además, el autor analiza las complejas relaciones comerciales y migratorias de Fujián con Taiwán a lo largo de los estrechos, con Cantón y Macao a lo largo de la costa y con las regiones del valle del Yangtze corriente arriba hasta lugares como Chongqing [Chungking] y más allá de Sichuán, así como con Manchuria. Además de analizar la intervención estatal en el mercado para estabilizar los precios a través de la venta de reservas de alimentos en cada temporada, señala que «el transporte de arroz dentro de la red costera había desbordado con creces el objetivo de asegurar el abastecimiento en épocas de escasez y se hallaba altamente comercializado» (Ng 1983, p. 130). Ya he hecho referencia al desarrollo comercial y las instituciones en la región del valle de Yangtze en el capítulo 2 siguiendo las aportaciones de Wong (1997).

Pomeranz (1997, cap. 1, pp. 30-31) señala que los agricultores chinos colocaban un porcentaje mayor de su producción en el mercado, que era más competitivo, que los de Europa occidental. Al mismo tiempo, los agricultores chinos eran más libres de implicarse en la producción de productos artesanos para el mercado. Pomeranz muestra también que los derechos de propiedad y venta eran mayores en China que en la Europa occidental.

Más aún, existía una creciente especialización en la agricultura (Gernet, 1982, pp. 427-428), así como en cosechas comerciales, especialmente en hoja de morera como alimento para los gusanos de la seda. La producción de ésta y de otras cosechas agrícolas se hallaba crecientemente comercializada

entre otras cosas para abastecer la economía industrial y de exportación. Por ejemplo el precio de las hojas de morera necesarias para alimentar los gusanos podían fluctuar entre la mañana, el mediodía y la tarde. La tierra se compraba y se vendía, sobre todo a comerciantes que buscaban el ascenso social hasta el punto que los terratenientes tradicionales les llamaban «señores de la plata» (Brook, 1998).

Una cita de 1609 de un contemporáneo chino, Zhang Tao, puede ser suficiente para dar un poco de color al tema:

> Los que salieron como comerciantes llegaron a ser muchos y la propiedad de la tierra dejó de recibir tanta estima. Los hombres lograban sus deseos empleando sus recursos y las fortunas ascendían y decaían de forma impredecible (...) Quienes se enriquecían a través del comercio se volvieron mayoría, y los que se enriquecían a través de la agricultura eran pocos. Los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres. Los que crecieron se hicieron con el poder y los que perdieron tuvieron que huir. El capital era lo que compraba el poder; la tierra no era una garantía permanente (...) Un hombre de cada cien es rico, mientras nueve de cada diez se empobrecen. Los pobres no pueden enfrentarse a los ricos, los cuales, aunque pocos en cantidad, son capaces de controlar a la mayoría. El señor de la plata domina los cielos y el dios del cobre reina sobre la tierra (citado por Brook, 1998)

No obstante, la estructura institucional de la agricultura y el mercado para sus productos era en China asombrosamente capaz de responder a las cambiantes circunstancias ecológicas y económicas y a las necesidades sociales, y al parecer mejor aún que en ese mismo tiempo en Inglaterra. Los precios de los cereales variaban de forma inversa a la oferta de cosechas en ambos países. Sin embargo, eran menos volátiles en la China meridional que en Inglaterra, y no porque el mercado funcionase menos o peor ¡sino porque funcionaba mejor! En la China meridional la producción aumentaba plantando dos cosechas al año, los rendimientos agrícolas se hallaban bastante estabilizados gracias a la creciente irrigación, y la oferta se regulaba a través del almacenamiento local y el comercio interregional. Las comparaciones que realiza Marks (1997 a) sugieren que «los agricultores, burócratas estatales y comerciantes de grano de la China meridional manejaban mejor que sus homónimos ingleses el universo de la producción y distribución agrícola, de forma que equilibraban los efectos del clima sobre sus respectivas economías agrarias». Marks atribuye esto a la «mejora tecnológica que representaban los trabajos de irrigación, el sistema de graneros estatales y el eficiente mecanismo de mercado [que] servía para suavizar el impacto de las oscilaciones climatológicas sobre los rendimientos de las cosechas y los precios del arroz en la China meridional» en comparación con la Inglaterra del siglo XVIII.

Tras muchas comparaciones entre las instituciones de mercado en China y en varias partes de la Europa occidental, Pomeranz concluye asimismo que:

> Cuando nos fijamos en los factores del mercado de la tierra y la fuerza de trabajo hallamos para nuestra sorpresa que China parecía adecuarse a las ideas europeas modernas de instituciones económicas eficientes al menos igual de bien que la Europa occidental anterior a 1800 (...) Así, parece probable que el empleo de la fuerza de trabajo en China, al igual que el de la tierra, se adecuaba a los principios de la «economía de mercado» al menos tanto como lo hacía Europa, y probablemente incluso mejor (...) Más aún, una vez examinadas detenidamente las muy denigradas pautas de empleo de la fuerza de trabajo de base familiar propias de China parecen haber sido igual de sensibles a los cambios en la oportunidades y las señales de los precios que las de Europa noroccidental. Lejos de toda singularidad, por tanto, la parte más desarrollada de Europa occidental parece haber compartido rasgos económicos cruciales –comercialización, mercantilización de bienes, de tierra y mano de obra, crecimiento impulsado por la producción para el mercado y ajuste en las unidades domésticas de la fertilidad y de la asignación de recursos a las tendencias económicas– con otras áreas centrales densamente pobladas de Eurasia (Pomeranz, 1997, cap. 1, pp. 51-52).

De hecho el estado proporcionaba incentivos fiscales, mercantiles y de otra índole no sólo para roturar y asentarse en nuevas tierras sino también para fomentar la emigración de decenas de millones de personas hacia áreas con escasez de mano de obra.

Más aún, Pomeranz también compara el transporte lejano de cereal en China y Europa, todo el cual tenía después que ser distribuido por instituciones de comercio a través de alguna suerte de red de mercado. En la China septentrional, en el siglo XVIII el comercio lejano de grano alimentaba al año entre 6 y 10 millones de varones adultos. Esto era entre diez y quince veces lo habitual en el norte de Europa, y en ocasiones hasta tres veces el máximo de la cantidad de cereal que se comercializaba a través del Báltico. De hecho, las importaciones de una sola provincia china alimentaban más personas que el comercio del Báltico en su conjunto (Pomeranz, 1997, cap. 1, p. 5).

Elvin (1973) señala que estos cambios generaban y fomentaban también urbanización (y viceversa), la cual era también mayor en términos absolutos y relativos en China que en ningún otro país, a excepción durante un tiempo de Japón. Dos ciudades de alrededor de cinco millones de habitantes cada una han sido documentadas para la época Song (Frank y Gills, 1993, p. 177, citando a Gernet, 1985). A comienzos de la Edad Moderna, Elvin señala la emergencia de una tasa de urbanización de entre el 6 y el 7,5 por ciento, con una población urbana de 6 millones de habitantes, lo cual «indudablemente subraya el peso de la población en las grandes ciudades». China era aún el país más urbanizado del mundo, si bien entonces cedió el puesto de honor a su vecina Japón. A la altura de 1900, no obstante, la población urbana de China había descendido hasta alrededor del 4 por ciento de la población total,

es decir, bastante menos de que lo había llegado a ser en el siglo XIII (Elvin, 1993, pp. 175 y 178).

En suma, debería estar claro que frente al mito eurocéntrico «todos los empresarios implicados en el comercio intercontinental [que incluía también mucho comercio regional y local] actuaban de forma racional y hacían el mejor empleo posible de sus recursos, y no sólo las East India Companies y los comerciantes de esclavos de Liverpool, sino también los productores de pimienta indonesios o de Malabar, los comerciantes de la India o los exportadores de esclavos de África» (Steensgaard, 1990 c, p. 16). Por consiguiente, carece de fundamento y de apoyatura en datos históricos el menosprecio eurocéntrico contemporáneo (así como la mitificación al estilo de Polanyi) de que son objeto asiáticos y africanos. Éstos no estaban atrapados en ningún estancado «modo de producción asiático» (Marx) ni en una «sociedad hidráulico/burocrática» (Wittfogel) ni por la ausencia de «racionalidad» ni tampoco por su irracionalidad (Weber, Sombart). Igualmente irrelevantes son las categorías de sociedad «redistributiva» (Polanyi) u otra forma de sociedad «tradicional» (como plantean Lerner, Rostow y todos los occidentales defensores de las teorías de la modernización).

La misma miopía eurocéntrica revela todavía el trabajo de quienes estudian el «moderno sistema-mundial». Por ejemplo, un número de la revista *Review* que dirige Wallerstein incluye un artículo por lo demás innovador de Tony Porter (1995). Siguiendo a Angus Cameron, Porter identifica y analiza ciclos «logísticos» largos que se extienden prácticamente por el período completo desde el año 1000 de la era hasta el presente, y relaciona la hegemonía y las finanzas a escala «global» dentro del contexto de estos ciclos que incorporan la «producción mundial». Por desgracia, sus datos sobre esta última están tomados de Joshua Goldstein (1988), para quien el «mundo» se limita a Europa. No hay problema, porque lo mismo sucede con las instituciones y «hegemonías» financieras de Porter. El hecho de que en la economía mundial exterior a Europa se dieron también importantes instituciones e innovaciones financieras así como ciclos económicos, pero no hegemonías, no parece interesar a Porter. No obstante las instituciones financieras holandesas y de otros lugares de Europa que analiza se hallaban íntimamente relacionadas con las de Asia y dependían de ellas, según he señalado en el capítulo 2. La casi total ceguera de Porter en lo relativo a Asia en su «modelo de innovación en las finanzas globales» distorsiona y vicia también el análisis de la historia misma de Europa «como realmente fue» y de su supuesta «economía mundial». Pero lo mismo puede decirse de *The Long Twentieth Century* [El largo siglo XX], la obra de Arrighi (1994), por lo demás magistral y premiada pero también demasiado eurocéntrica aún, que se centra (exclusivamente) en innovaciones financieras europeas (véase la discusión de este libro en el capítulo 6).

Las implicaciones de todo esto para la tesis de los supuestos orígenes europeos del capitalismo quedan por esclarecer para más adelante en el capítulo 7, una vez que haya tenido oportunidad de examinar más evidencia aún que pone en duda esta proposición tan poco rigurosa como extendida.

Por sintetizar, este capítulo ha examinado la población, la producción, los ingresos, la productividad, el comercio, la tecnología y las instituciones económicas y financieras por todo el globo, ha comparado todas estas variables entre las principales regiones y ha defendido que todas ellas estaban relacionadas y generadas en tanto que parte de la estructura de mercado y la dinámica de desarrollo de una economía global unificada. He señalado que, en términos comparados, el desarrollo en muchas partes de Asia no sólo se hallaba muy por delante del de Europa a comienzos del período que se estudia en 1400 sino que siguió estándolo hasta el final del período en 1750-1800. Más aún, hablando en términos históricos, nuestro recorrido muestra que contrariamente al «saber» recibido en y desde Europa, su «despegue» a partir de 1800 no se basó en ninguna «preparación» científica, tecnológica e institucional excepcional por parte de Europa. Menos aún se apoyaron los desarrollos de Europa en ninguna supuesta «ventaja inicial» ganada durante su «Renacimiento» por no hablar de la espuria «herencia» de racionalidad superior y ciencia desde Grecia y el judaísmo. Todo este «saber» heredado no es otra cosa que ideología eurocéntrica basada en pura mitología y no en historia real o en ciencia social. Por el contrario, cualquier reflexión mínimamente rigurosa debe hacer derivar «el auge de Occidente» del desarrollo anterior al «resto» del mundo y contemporáneo de éste. Esto es lo que voy a tratar de demostrar en los capítulos que siguen.

Para concluir este análisis comparado y antes de pasar a ofrecer uno de dimensión global, sin embargo, puede ser de utilidad presentar las conclusiones comparativas a las que llega otro estudioso de la cronología del «declive» de Asia y el «auge» de Europa. Rhoades Murphey intentó evaluar la «eficacia» relativa del Este y el Oeste a través de estimaciones a partir de una combinación de poderío militar, prosperidad o expansión económica, crecimiento tecnológico y cohesión política:

> En muchos aspectos Occidente alcanzó de hecho un nivel elevado de efectividad, que comienza tal vez a fines del siglo XVII o comienzos del XVIII, y esto tendió a coincidir en el tiempo con un decreciente nivel de efectividad de la mayor parte de los órdenes tradicionales [¡sic!] de Asia. Tanto el auge de Occidente como el declive de Oriente fueron absolutos, y su coincidencia en el tiempo definió la pauta de confrontación entre ellos (Murphey, 1977, p. 5)

Murphey dibujó una curva ascendente para el «Oeste» y una descendente para «Asia», y el punto de cruce se corresponde con la fecha de 1815. Para la India, el punto de encuentro sería algo anterior, alrededor de 1750 o incluso antes, y para China, algo posterior. Es decir, la estimación impresionista pero bastante independiente de Murphey sobre la «efectividad» de Asia y Europa viene también a apoyar la afirmación de este libro de que Asia fue predominante en el mundo hasta al menos 1800.

Estos hallazgos presentados hasta el momento forman la base del análisis que sigue a continuación: en el capítulo 5 analizo cómo las distintas partes de la economía mundial respondieron simultáneamente a unas mismas y a menudo cíclicas fuerzas económicas mundiales. Este análisis a su vez conforma la base para mi estudio en el capítulo 6 sobre cuándo y por qué decayeron las economías de Asia y lo hicieron de forma casi simultánea, así como el cómo y el por qué del «auge» de Occidente no sólo en *relación* con Asia sino hasta qué punto todo esto fue consecuencia de la estructura y dinámica de la economía mundial misma en su conjunto. El interés pasa ahora a centrarse en las fuerzas económicas mundiales estructurales y cíclicas, que vinieron a revertir las relaciones Este-Oeste sólo a la altura de los siglos XIX y XX y al parecer sólo durante ese lapso de tiempo.

CAPÍTULO 5

MACROHISTORIA HORIZONTAL INTEGRADORA

> El hecho sigue siendo, sin embargo, que el campo de la historia, tal y como se cultiva en la mayoría de las universidades europeas y americanas, produce una perspectiva microhistórica, incluso provinciana (...) Los historiadores están al tanto de las continuidades verticales (la persistencia de la tradición, etc.) pero son ciegos a las horizontales (...) Por hermoso que resulte el mosaico de estudios específicos que adornan la disciplina, en ausencia de una *macrohistoria*, un esquema tentativo general de las continuidades o al menos de los paralelismos en la historia, es imposible aprehender la plena relevancia de las peculiaridades históricas de una sociedad dada (...) La historia integradora es la búsqueda y la descripción y explicación de dichos fenómenos históricos interrelacionados unos con otros. Su metodología es conceptualmente amplia aunque no fácil de poner en práctica: primero se buscan los paralelismos históricos (desarrollos contemporáneos genéricamente similares entre las distintas sociedades del mundo), y a continuación se determina si se encuentran causalmente interrelacionados (...) Para hallar las interconexiones y continuidades horizontales de la historia durante la Edad Moderna uno debe mirar por debajo de la superficie de la historia política e institucional y analizar los desarrollos en las economías, sociedades y culturas de la Edad Moderna. Si se hace esto, puede parecer que en el siglo XVII por ejemplo, Japón, el Tíbet, Irán, Asia Menor y la Península Ibérica, zonas todas ellas aparentemente separadas entre sí, estaban respondiendo a algunas fuerzas demográficas, económicas e incluso sociales idénticas o al menos similares interrelacionadas.
>
> Joseph Fletcher (1985, pp. 39 y 38)

La estructura de la economía global y el sistema mundial ha sido ya delineada en los capítulos precedentes, pero la proposición de que posee su propia dinámica temporal sólo se ha planteado de manera implícita. Este capítulo emplea por tanto parte del aparato analítico para investigar acerca de esta dinámica temporal y con el fin de distinguir entre sus distintos tipos de movimientos temporales y posiblemente cíclicos. Pues si existía un solo sistema económico mundial que abarcaba todo el globo con su propia estructura de interconexiones entre sus distintas regiones y sectores, entonces es razonable

pensar que lo que le sucediera a una de éstas (y éstos) debería o al menos podría tener repercusiones también en otra u otros. Ya he señalado en el capítulo 3 cómo la circulación del dinero alrededor de la economía global afectaba a quienes participaban de ella hasta en sus lugares más recónditos. Más aún, he hecho ver en el capítulo 4 cómo esta estructura y procesos económicos globales contribuyeron a conformar y modificar incluso las instituciones «locales», así como a generar nuevas adaptaciones tecnológicas ante circunstancias cambiantes. De hecho, no sólo es que una parte del sistema puede afectar a otra u otras sino que la estructura y dinámica interconectada del sistema en su conjunto puede afectar a cualquiera de sus partes e incluso a todas ellas.

Por consiguiente, para comprender y dar cuenta de cualquier proceso local o regional, puede resultar necesario analizar también cómo esos procesos se ven afectados por y responden a los acontecimientos que suceden en un mismo tiempo en otros lugares y/o cómo los procesos simultáneos que tienen lugar en el sistema económico mundial en su conjunto. Por este motivo señalé ya hace tiempo que

> por útil que resulte relacionar una misma cosa a través de tiempos distintos, la contribución esencial (pues es a la vez la más necesaria y la menos lograda) del historiador a la comprensión histórica es sucesivamente relacionar cosas y lugares diferentes al mismo tiempo en el proceso histórico. El *intento* mismo de analizar y relacionar la simultaneidad de distintos acontecimientos en el proceso histórico como un todo o en la transformación del sistema en su totalidad –incluso si por carencias de información empírica o de adecuación teórica pueda estar lleno de vacíos en su cobertura factual de espacio y tiempo– es un paso importante en la dirección correcta (en particular en un tiempo en el que esta generación debe «rescribir la historia» para satisfacer su necesidad de perspectiva histórica y de comprensión del proceso histórico singular que se vive en el mundo hoy) (Frank, 1978 a, p. 21)

Después de yo escribir eso y antes de su temprana muerte, Joseph Fletcher hizo una apuesta aún más fuerte que es la que abre este capítulo. Hemos por tanto de empezar haciendo lo que él aconsejó pero que no fue capaz de llevar a efecto. Más aún, Joseph Schumpeter (1939) escribió que los ciclos económicos o de negocios no son como amígdalas que pueden ser extirpadas, sino que son más bien como los latidos del corazón del organismo mismo. Hay asimismo sustancial evidencia en las obras de Braudel y Wallerstein de que la economía-mundo emite latidos cíclicos por sí sola. Incluso la evidencia más dispersa sugiere que este latido cíclico ha sido compartido por áreas distantes del mundo –y supuestamente autónomas unas de otras–, lo cual constituye otra muestra de que eran verdaderamente inseparables de una sola economía mundial.

George Modelski ha sugerido que hemos de definir primero el sistema en el que queremos identificar y localizar los ciclos. Sin embargo, puede que de forma operativa resulte mejor hacerlo al revés: identificar la simultaneidad de los ciclos a través de áreas muy extensas puede también ofrecer prima facie evidencia de la extensión y de los límites del sistema, tal y como yo mismo he argumentado en el caso de los ciclos del sistema mundial de la Edad de Bronce (Frank, 1993 a). Hay mucha otra evidencia que a estos efectos debería y con seguridad podría ser traída a la luz y analizada en relación con el moderno sistema mundial. Desgraciadamente sólo unos pocos historiadores se han tomado la molestia de hallar y presentar evidencia de los ciclos y cómo coinciden entre sí por encima de supuestas fronteras entre economías-mundo. Sin embargo, Modelski y Thompson (1996) han adoptado ahora el mismo procedimiento para identificar conexiones y dimensiones sistémicas a escala mundial. Esto puede revelar mucho acerca de si las distintas economías-mundo realmente conformaban una sola economía mundial, ¡algo en lo que apenas ningún historiador ha llegado jamás siquiera a pensar! Voy no obstante a dar algunos golpes a ciegas e inquirir acerca de esa macrohistoria horizontalmente integradora, por emplear la terminología de Fletcher, y ver cuánta luz puede esto arrojar a las preocupaciones de este libro.

SIMULTANEIDAD NO ES LO MISMO QUE COINCIDENCIA

Por hacer una breve excursión por un tiempo que se sitúa en parte antes del período que investigo, voy a analizar brevemente el relato que hace Wallerstein (1992, p. 587) del declive cíclico de Europa en su conjunto entre 1250 y 1450, y que configura una pauta «claramente establecida y ampliamente aceptada entre quienes escriben sobre la Baja Edad Media y la Edad Moderna de Europa». En su propia revisión de este mismo período Fernand Braudel, al señalar el declive de las ferias de Champagne a fines del siglo XIII, dice:

> estas fechas coinciden también con las series de crisis de diversa duración y profundidad que afectaron a toda Europa al mismo tiempo, desde Florencia a Londres, augurando lo que iba a venir a continuación, en conjunción con la Peste Negra, es decir, la gran recesión del siglo XIV (Braudel, 1992, p. 114)

Pero, ¿quedó ese declive circunscrito sólo a Europa? ¡No! Janet Abu-Lughod (1989) y Barry Gills y yo (1992, también en Frank y Gills, 1993) debatimos acerca de sus repercusiones por toda Afro-Eurasia, que llegaron hasta el período que interesa a este libro. Más aún, el historiador de la India K. N. Chaudhuri hace referencia a un declive en los siglos XIII y XIV que Braudel imputa a cambios ecológicos, y señala que la agricultura de irrigación de Mesopotamia también se vio arruinada alrededor del mismo período. Se pregunta asimismo por el caso de

> Ceilán y su repentina y catastrófica destrucción alrededor de 1236. En primer lugar, quiero señalar que el colapso de Ceilán no fue algo excepcional. El periodo que se sitúa entre la década de 1220 y la de 1350 fue de profunda crisis para muchas sociedades en Asia (...) Que catástrofes demográficas casi totales (...) tuvieron lugar en todas las regiones del Océano Índico no es algo que requiera mucha discusión (...) ¿Fueron todos estos acontecimientos simple coincidencia? (Chaudhuri, 1990 a, pp. 246-268).

Si seguimos adelante y nos adentramos en el período que interesa a este libro, Linda Darling (1994, p. 96), al revisar los acontecimientos ocurridos en el Imperio Otomano y en otros lugares escribe que «deberíamos tomar la simultaneidad de estas tendencias en países tan distintos como el punto de partida de una nueva agenda de investigación y reconceptualización. Es posible que los acontecimientos (...) no fueran simplemente similares de manera superficial sino que se hallasen estructuralmente conectados entre sí».

De forma parecida, Niels Steensgaard señala en relación con Eurasia en su conjunto:

> Me cuesta creer que las turbulencias financieras que se produjeron por toda Eurasia en el siglo XVI eran pura coincidencia, y no encuentro otro nexo conector que el aumento de las reservas de metales preciosos y los desequilibrios relativos a los flujos de moneda a través de todo el continente euroasiático (Steensgaard, 1990 c, p. 20).

Más aún, Steensgaard subraya que C. A. Bayly halló también una notable «emergencia de pautas similares de historiografía en importantes áreas del hemisferio oriental, a menudo desconocidas por los estudiosos, que pueden ayudar a señalar algunos de los factores causales de esta crisis del siglo XVIII en los imperios extraeuropeos» (Steensgaard, 1990 c, p. 22, citando a Bayly pero sin añadir la referencia).

De forma más intrigante M. Athar Ali escribe:

> ¿Son estos fenómenos meras coincidencias? Me parece que choca contra el sentido de lo plausible aseverar que el mismo destino acaeciera a todo el Índico y el mundo musulmán precisamente al mismo tiempo pero por factores diferentes (o más bien misceláneos) en cada uno de los distintos casos. Incluso si la investigación resultase en última instancia fútil, conviene estudiar si es posible descubrir algún factor común capaz de ocasionar la desintegración de imperios más o menos estables (Ali, 1975, p. 386).

El capítulo 6 discute por qué Ali piensa que estos fenómenos no son coincidencias y cuál es la explicación que yo doy, y que es bastante distinta a la de Ali. La mía analiza también los «por qué» y «por consiguiente» relacionados con «el declive de Oriente» y «el auge de Occidente». Antes de proceder a abordar este problema fundamental, sin embargo, necesitamos construir una base para hacerlo y para ello conviene plantear la cuestión y aceptar la sugerencia que ofrecen al respecto Chaudhuri, Steensgaard, Darling y Ali. Ellos pueden además guiarnos de forma útil en nuestra investigación y análisis con ayuda de la macrohistoria horizontal integradora propuesta por Fletcher.

Varios estudiosos académicos han ofrecido recientemente algunos intentos innovadores en esa dirección de una historia integradora horizontal propugnada por Fletcher. Más adelante reviso brevemente algunas iniciativas al respecto a cargo de Jack Goldstone (1991 a y b), algunos estudiosos de una posible «crisis del siglo XVII», los ciclos de Kondratieff de George Modelski y William Thompson (1996), y los trabajos de Mark Metzler (1994) y Barry Gills y yo (Frank y Gills, 1993).

LA MACROHISTORIA HORIZONTAL INTEGRADORA EN LA PRÁCTICA

Análisis demográfico/estructural

Un innovador intento en esta dirección es el análisis «demográfico/estructural» de Goldstone (1991 a). Este autor analizó acontecimientos casi simultáneos en diversos períodos de la historia mundial en la Edad Moderna, en particular quiebras o situaciones cercanas a quiebras estatales en la China Ming, el Imperio Otomano e Inglaterra en la década de 1640. Goldstone demuestra la existencia de una simultaneidad extendida y reiterada de tipo cíclico a lo largo de Eurasia, pero su análisis demográfico/estructural deja poco espacio para los procesos internacionales en lugar de sólo los económicos y cíclicos de tipo «nacional», y además de modo enfático rechaza la relevancia de procesos monetarios a escala mundial. Goldstein explica que

> Mi conclusión principal es bastante clara por su parsimonia. Se trata de que las quiebras estatales periódicas de Europa, China y el Oriente Medio entre 1500 y 1800 fueron resultado de un solo proceso esencial (...) La tendencia principal fue el crecimiento de la población, en el contexto de estructuras económicas y sociales relativamente flexibles que llevaron a cambios en los precios, alteraciones de recursos, y aumentos de las demandas sociales a las que los estados burocráticos agrarios no pudieron hacer frente (Goldstone, 1991 a, p. 459).

A diferencia de otros críticos, considero que la explicación demográfico-estructural de largo plazo de Goldstone es bastante persuasiva o al menos merece un seguimiento y atención más serios y profundos, aunque como argumento más adelante la existencia de una generalizada «crisis del siglo XVII» es algo que resulta más cuestionable. Mi revisión favorable al planteamiento de Goldstone se encuentra en Frank (1993 b), y más adelante aporto

algunas críticas a su enfoque. Tengo dudas acerca de su rechazo de los factores monetarios a corto plazo, que para mí son perfectamente compatibles con sus factores estructural-demográficos de largo plazo y posiblemente vienen a reforzarlos.

¿Una «crisis del siglo XVII»?

Ha habido mucha especulación y discusión, y algo de análisis, sobre la llamada «crisis del siglo XVII». Una serie de libros y artículos se han dedicado a abordar su existencia u origen en Europa (Hobsbawm, 1954; Aston, 1970; De Vries, 1976; Frank, 1978 a y Wallerstein, 1980). Sigue siendo una cuestión debatida la cronología exacta de dicha «crisis», si se extendió o no más allá de la economía atlántica y en especial cómo puede relacionarse con una «Pequeña Glaciación». Pues la crisis incluyó disminuciones en las cosechas y hambrunas, enfermedades epidémicas y descensos de población junto con crisis económica y disturbios políticos. Hay evidencia de que se dieron crisis climáticas, demográficas, sociales, económicas y políticas en muchas partes de Eurasia, en especial en Japón, China, el sureste asiático, el Asia central y en el Imperio Otomano en diversas ocasiones –¡pero no siempre ni siempre a la vez!– a lo largo de tres cuartas partes del siglo XVII, entre 1620 y 1690.

Más aún, Goldstone (1991 a) ha argumentado con solidez que el rápido incremento de la población en el siglo XVI no vino acompañado de un aumento suficiente de la producción de alimentos y como resultado de ello se generaron crisis demográfico-estructurales y disturbios políticos o incluso la quiebra del orden político al menos en la China Ming en 1644, el Imperio Otomano e Inglaterra en 1640. En Europa, la región mediterránea al completo decayó, especialmente Portugal, España e Italia.

Es importante reexaminar aquí si la «crisis del siglo XVII» tuvo alcance mundial –incluyendo en especial a Asia– y si su duración fue realmente de un siglo o al menos de medio siglo. ¿O acaso se circunscribió la «crisis» esencialmente a Europa (donde, sin embargo, los Países Bajos vivieron su «época dorada» en este período) y tal vez a algunas otras regiones? Y si es así, ¿qué duración y tipo de crisis se vivió en Asia? Estas cuestiones y sus respuestas son importantes de investigar por las siguientes razones: toda historia horizontal integradora debe analizar este período, no sólo como un estudio de caso relevante, sino también porque puede revelar hasta qué punto fuerzas económicas –y de qué tipo– actuaron por todo el mundo de forma simultánea. Si la crisis fue realmente de alcance global, o bien estamos ante una fase cíclica depresiva tipo «B» a escala mundial (en términos de Kondratieff), y/o Europa era entonces ya –como muchos sostienen– suficientemente influyente en la economía mundial como para arrastrar consigo al resto del mundo. Si la evidencia no apoya el argumento de que semejante crisis se dio también en Asia, la implicación que esto tiene es que los acontecimientos que tuvieron lugar en Europa no poseen peso suficiente a escala mundial, de manera que no hubo algo así como una crisis *mundial* del siglo XVII.

Otra razón por la que en este caso la evidencia es importante para nuestra investigación es que me va a permitir en el capítulo siguiente dar respuesta a la pregunta de cuánto duró la fase ascendente de tipo «A» que dio comienzo en Asia en 1400 y en Europa en 1450. Esto a su vez me va a permitir plantear si los ciclos de medio milenio de duración estudiados por Gills y Frank (1992 y 1993 como Frank y Gills) se prolongaron durante la Edad Moderna. La evidencia y el argumento a este respecto desempeñará asimismo un importante papel en el análisis del capítulo 6 que trata sobre cómo y por qué «el declive de Oriente precedió al auge de Occidente» por citar una vez más a Abu-Lughod (1989, p. 388). Más aún, la evidencia acerca de la existencia o no de una «crisis del siglo XVII» puede proporcionarnos el telón de fondo y el contexto necesarios para estudiar la longitud, tipo y naturaleza de las crisis identificadas como propias del siglo XVII. Prestaré una atención particular a la crisis que tuvo lugar alrededor de la década de 1640, sobre la que vuelvo en la sección que sigue a ésta.

Esta cuestión de la existencia o no de una «crisis del siglo XVII» en el mundo o en buena parte de él ha sido ya objeto de cierto examen y debate, en especial en varios artículos en *Modern Asian Studies* (1990). La tesis de una crisis general durante el siglo XVII en China fue planteada por S. A. M. Adshead (1973, p. 272), quien sugirió que «la crisis europea fue en realidad mundial en sus repercusiones y (...) afectó no sólo a Europa, sino también al mundo islámico y el Extremo Oriente». Desde entonces una serie de preguntas relacionadas con ella han sido planteadas y examinadas: ¿fue la crisis del siglo XVII una crisis duradera y *general*? La respuesta breve parece ser no. Si la crisis que tuvo lugar fue bastante duradera, ¿a qué lugares afectó? ¿Existe evidencia de la misma en la mayor parte o al menos en muchas partes del mundo y/o de Asia? La respuesta corta parece de nuevo ser no. ¿Tuvo lugar de forma simultánea una crisis económica y política en diversas partes del mundo, incluida Asia? La respuesta parece ser que sí, en las décadas de 1630 y 1640. ¿Tienen alguna relación estas distintas crisis regionales y/o dentro de países? La respuesta parece ser también que sí. ¿Pueden atribuirse principalmente a causas demográficas como las aisladas por Goldstone? Esto es más dudoso. ¿Se dieron problemas comunes relacionados con el clima y por consiguiente con la producción agrícola? Es probable. ¿Se relacionaron también o fueron causados por problemas monetarios comunes? Esto está sujeto a una particular discusión y, como señalo más adelante, me inclino por dar mi apoyo a quienes plantean que sí.

Voy a revisar parte de la evidencia disponible. Anthony Reid (1990) argumenta que la región en la que está especializado, el sureste asiático, sufrió sin duda una «crisis del siglo XVII» y que se trató de un fenómeno «general» en toda Asia. Reid argumenta que alrededor de mediados de siglo y un poco más

tarde, el sureste asiático, siendo como era tan dependiente del comercio, sufrió en términos económicos por la caída de los precios de sus exportaciones, por el descenso de la producción y por el declive del comercio en Manila y en otras partes, tanto en términos absolutos como relativos dentro del comercio mundial en general. Reid da tal vez demasiada importancia a esa «crisis» de Manila, vinculada a su papel como intermediaria entre la América hispánica y Japón y China (algo sobre lo que después volveré), como símbolo de la de todo el sureste asiático. La destrucción de Pegu en Birmania en 1599 tuvo lugar demasiado temprano como para vincularla a una crisis a mediados del siglo XVII. Sin embargo, en el caso de la Java centro-oriental, Reid (1990, pp. 92-95) señala en especial las condiciones de sequía a lo largo de los primeros setenta y cinco años del siglo XVII y el régimen de lluvias inferior a lo normal año tras año entre 1645 y 1672. La sequía y el hambre se adentraron por Birmania e Indonesia en las décadas de 1630 y 1660, y las planicies de cultivo de arroz en Siam y Camboya se encontraron también ante problemas de escasez de agua. Esta depresión económica tuvo también efectos negativos en general sobre los comerciantes holandeses y europeos que operaban en el sureste asiático (Reid, 1990; Tarling, 1992, pp. 488-493). Reid señala también informes sobre descensos de población en algunos lugares bajo ocupación europea en el sureste asiático, pero añade que, por la misma razón de haber sido registrados, puede tratarse de hechos aislados y no representativos.

De hecho el sureste asiático insular y de la Península de Malaya en los que Reid se centra preferentemente pueden no ser ellos tampoco muy representativos del conjunto de la región. En una crítica a la obra de Reid, Lieberman (1996, pp. 802 y 801) plantea esta posibilidad explícitamente: «No hubo un colapso generalizado en el siglo XVII (...) La tesis de una divisoria ocurrida en el siglo XVII me parece esencialmente inaplicable a la parte continental [de la región]». Lieberman (1996, p. 800) se refiere específicamente al «largo siglo XVI» y documenta que en la zona continental del sureste asiático éste se prolongó hasta el siglo XVIII.

Incluso así Reid (1997), que amablemente me hizo llegar esta crítica de Lieberman, sigue insistiendo en la existencia de una crisis del siglo XVII en Asia en general y parece aferrarse también a su previa creencia en que la «crisis del siglo XVII» tuvo alcance mundial, afectando pues a toda Asia, aunque esto ha quedado desmentido por otros que han escrito en el mismo número (1991) de la revista *Modern Asian Studies* en la que Reid propuso su interpretación.

Sin embargo, la evidencia procedente de otras partes de Asia (y en realidad también de América) no da mucho soporte a Reid. En el mismo número de *Modern Asian Studies* John Richards (1990) analiza la documentación procedente de la India con esta misma cuestión en mente. Subraya que, a excepción de la hambruna de la década de 1630, no hay evidencia de que se produjera semejante crisis de larga duración y ni siquiera de duración más corta en la India de la dominación mogola. Al contrario, las variables población, urbanización, producción, productividad, ingresos estatales y reservas siguieron todas ellas aumentando como lo habían venido haciendo en los siglos anteriores. El comercio local, regional e internacional siguieron aumentando. La India prosperó durante el siglo XVII, según se muestra en el repaso que he hecho al comercio en la India y desde ella en el capítulo 2, así como en la discusión previa sobre la expansión de la agricultura, la urbanización y la manufactura en relación con el flujo monetario y los niveles de precios que estudié en el capítulo 3. Todos estos datos apuntan a la misma conclusión: una continua expansión económica en la India a lo largo del siglo XVII. Más aún, la evidencia de un comercio de ultramar en expansión desde y hacia la India y en especial realizado *por* habitantes del subcontinente es también abrumadora en todas las fuentes disponibles. Dado que buena parte de ese comercio de la India se realizaba con el sureste asiático, esto parece contradecir también la tesis de Reid de un marcado declive comercial en esta última región. Curiosamente, aunque Reid (1997, p. 4) documenta un declive en cuatro productos clave de exportación desde el sureste asiático, sobre todo en la zona del archipiélago, a partir de 1640, escribe que las «importaciones [de la India] *deben* haber disminuido abruptamente a partir de 1650, aunque sólo contamos con cifras de importaciones de textiles a cargo de la VOC, que descendieron más lentamente que las del resto». La cursiva que pongo en la frase de Reid es para llamar la atención en que no posee evidencia acerca de este declive y que el descenso de volumen comercial de la VOC es perfectamente compatible también con el desplazamiento arriba mencionado de los comerciantes europeos por otros procedentes de la India.

En el mismo número de *Modern Asian Studies* William Atwell analiza la cuestión de la «crisis general del XVII en el Extremo Oriente». La respuesta breve que da es que no consigue dar con ella para el siglo XVII en conjunto. Sin embargo, en este artículo y en otros que se citan más adelante, Atwell apunta hacia la existencia de problemas climáticos (como cenizas volcánicas y temperaturas más bajas) que parecen haber ocasionado en China y Japón declives significativos en la producción agrícola, en especial de arroz, durante las décadas de 1630 y 1640. Ambas regiones experimentaron un empeoramiento de las condiciones económicas y políticas, que incluyeron hambrunas severas, descensos en las transacciones y el comercio, bancarrotas, reducción de las importaciones y disminución de los precios de las exportaciones. Más aún, Atwell (1986 y 1990) subraya que las crisis económicas de corto plazo en China y Japón estaban relacionadas entre sí: se debían a problemas climatológicos comunes, eran regiones mutuamente dependientes en términos comerciales y se hallaban sujetas a problemas monetarios compartidos. Atwell es el principal defensor de una «crisis de la plata» como causa que contribuyó a la caída de la dinastía Ming en 1644 que se analiza en la sección siguiente.

Atwell no puede, con todo, demostrar que se dieran problemas concomitantes simultáneamente en Corea, que era otra región relacionada también

con China y Japón, pues Corea no se había recuperado aún de su conflicto armado ocurrido varias décadas antes. En cambio, en el capítulo 2 he señalado que hay evidencia de un cierto declive o al menos una alteración en la actividad económica y el comercio en y a través del Asia central, área que estaba por supuesto relacionada también con China. Por otra parte la expansión continuó en Rusia a lo largo del siglo XVII.

¿Hubo por tanto una «crisis del siglo XVII» de alcance general? Fletcher (1985, p. 54) se planteó esta misma cuestión. Todo indica que la respuesta es no. Atwell (1990, p. 681) asimismo escribe «en conclusión es difícil admitir la idea de que el Extremo Oriente *como región* experimentó una crisis de larga duración en el siglo XVII». Como ya he señalado anteriormente, éste parece ser todavía más el caso del Asia meridional, o Rusia/Siberia en el Asia septentrional, regiones ambas que experimentaron expansiones a gran escala en esa época. Steensgaard (1990 b, pp. 686 y 688) concluye igualmente que «los tres ensayos presentados aquí [de Atwell, Reid y Richards respectivamente en el mismo número monográfico de *Modern Asian Studies*], por brillantes y bien documentados que estén, no aportan una base firme para argumentar la existencia de una crisis del siglo XVII en Asia (...) Ni siquiera consiguen convencer al lector de que la crisis del siglo XVII es un concepto de utilidad para el estudio de la historia de Asia». Sobre la base de tanta evidencia, tenemos que estar de acuerdo con esta aseveración.

Tampoco tuvo lugar una generalizada «crisis del siglo XVII» ni siquiera un declive económico en el Asia occidental. La dominación safávida acabó en Persia en 1724, pero sería estirar demasiado los procesos adscribir esta alteración a una crisis en el siglo XVII. El Imperio Otomano experimentó ciertamente problemas, que han sido analizados por Goldstone (1991 a), pero sobrevivió a ellos; y según ha sido ya señalado en capítulos precedentes, Huri Islamoglu-Inan (1987) y Linda Darling (1992) desafían la tesis de que hubo un declive en el mundo otomano durante el siglo XVII. Para compensar, lo mismo hace Suraiya Faroqhi, que contribuyó con un capítulo sobre «Crisis y cambio, 1590-1699» a una historia económica y social del Imperio Otomano (Faroqhi, 1994). Esta autora evalúa con bastante detenimiento si hubo una «crisis del siglo XVII» y cómo de general fue entre los otomanos, y concluye que no llegó a producirse. Todo lo contrario. El comercio de productos textiles internos y de ultramar a través de Bursa decayó en efecto en respuesta a un descenso de los beneficios (Faroqhi, 1994, pp. 454-456). Sin embargo, otros centros textiles experimentaron un auge como parte de una regionalización y diversificación crecientes, y ciudades productivas y comerciales tales como Alepo y Esmirna [Izmir] intensificaron sus conexiones mercantiles con sus respectivos hinterlands, algo análogo a lo que yo mismo encontré en el caso de América Latina durante este mismo período (Frank, 1978 a).

> Por consiguiente parece claramente precipitado asumir que alrededor del 1600 la economía otomana quedase alterada de una vez por todas y convertida en un apéndice de la economía mundial europea. Más bien todo indica que tuvo lugar un período de «desconexión económica» del exterior [que duró desde comienzos del siglo XVII hasta mediados del XVIII] (...) Determinadas producciones manufactureras otomanas se recuperaron, y otras (...) se crearon de nuevo y florecieron (...) Por decirlo de otra manera, la economía otomana poseía un potencial propio, y no se hallaba inerte ni indefensa. Incluso en el siglo XVIII (...) Las afirmaciones a favor de un declive a escala global deberían ser tomadas como lo que son: supuestos sin comprobar (Faroqhi, 1994, pp. 525-526 y 469).

El artículo de Bruce McGowan en el libro de Inalcik y Quataert (1994, p. 710) describe «el ingente volumen de innovación fiscal impuesto por el gobierno otomano en el siglo XVIII [el cual] desacredita el mito del estancamiento hasta hace poco tan popular entre los historiadores».

En el capítulo dedicado a la «depresión del siglo XVII» en la economía europea de Frank (1978, a, pp. 89-91 y 94), subrayé que hubo expansión en la India, que no se produjo ningún «cambio cualitativo [en las relaciones con Europa] distinto a los que se habían producido ya en el siglo XVI» en el África occidental, y que se produjo una expansión en la actividad pesquera en el Atlántico Norte y en las colonias inglesas norteamericanas. Para América Latina señalé un declive en la producción y exportación de plata (que desde entonces ha sido en cierta medida cuestionado) pero un aumento general a escala regional en otras actividades económicas y un crecimiento del comercio interregional dentro del subcontinente.

En conclusión, no hubo aparentemente ninguna «crisis del siglo XVII» generalizada y de largo plazo. Ciertamente *no* es verdad que «la crisis europea fue en realidad de dimensión mundial en sus repercusiones» según sugirió Adshead (1973, p. 272) y ha reafirmado con especial referencia a Asia en general Reid (1990). En términos económicos mundiales y de Asia, las crisis regionales y/o estatales fueron relativamente localizadas y sólo de corta duración, entre dos y tres décadas. Japón se recuperó con rapidez después de mediados de siglo y a finales del siglo XVII lo mismo hizo China. Declives más generalizados se produjeron en Portugal, Italia y España en Europa, pero los Países Bajos y después Inglaterra se beneficiaron de ellos. En el próximo capítulo me planteo las implicaciones que para mi argumento principal tiene la continuidad a lo largo del siglo XVII de la expansión a lo largo de Asia. En éste, paso a analizar las crisis de corto plazo que se produjeron en ese siglo, una vez admitido que no existió algo así como una generalizada «crisis del siglo XVII».

Las crisis de la plata de la década de 1640

Crisis más cortas, de unas dos o tres décadas de duración, han sido identificadas para mediados del siglo XVII, en particular en China y Japón. Parecen deberse a causas principalmente climatológicas y monetarias, aunque pueden haber sido también parte de una fase económica mundial descendente de tipo

«B» dentro de un ciclo Kondratieff, que normalmente dura entre dos y tres décadas.

La historia monetaria y económica de China ha permanecido muy ignorada en general, al igual que la de Japón, por no decir la de Corea, en comparación con la de sus vecinos y la economía mundial. Cuando es tenida en cuenta, suele negarse su relevancia y resulta marginada. La producción de plata china durante el siglo XV sólo alcanzaba un total de 4.000 toneladas (Cartier, 1981, p. 459). Goldstone (1991 a, pp. 371-375) considera que el comercio de China con Europa no superó nunca la cifra de un 1 por ciento y que en general no llegó a representar ni la tercera parte de ese 1 por ciento de la «economía» de China, mientras que sus importaciones de plata de Japón eran insignificantes. Bajo la influencia de otra evidencia adicional así como de la de Dennis Flynn, Goldstone (en una información personal que me dio en 1996) ha revisado su punto de vista sobre esta cuestión.

Con todo, el autor rechaza explícitamente que haya causas monetarias de ningún tipo, e incluso titula uno de sus epígrafes sobre China con este nombre: «A Fiscal Crisis, Not a Monetary Crisis» [Una crisis fiscal, no monetaria] (1991 a, p. 371). Goldstone rechaza las sugerencias de Atwell (1977, 1982 y 1986) y de Adshead (1973) de que la disminución de la producción de plata en América y por consiguiente su exportación, así como la reducción de su importación desde Japón en la década de 1630, contribuyeron a la caída de la dinastía Ming. Reconoce, eso sí, las enormes dificultades de los Ming para recaudar impuestos y rentas y por consiguiente para pagar y poner a punto sus ejércitos alrededor de 1640. Pero Goldstone –y también Brian Molougheney y Xia Weizhong (1989) así como Richard von Glahn (1996 a), según señalo más adelante– desprecia la oferta de plata como factor causal relevante y discute la argumentación de Atwell según la cual

> [la] brusca caída de las importaciones de lingotes (...) tuvo desastrosas consecuencias para la economía en la última etapa de la dominación Ming (...) Mucha gente se mostraba incapaz de pagar impuestos o rentas, de devolver préstamos (...) [se volvió] imposible (...) pagar de forma adecuada o equipar las fuerzas militares, los Ming (...) perdieron el control (...) primero sobre los rebeldes interiores y después frente a los invasores manchúes (...) [los cuales] sin duda exacerbaron sus problemas y contribuyeron a socavar la estabilidad del régimen (Atwell, 1982, pp. 89 y 90).

En otro artículo Atwell escribe que

> Una serie de factores situados más allá del control imperial o burocrático afectaron también de modo adverso a la economía Ming en su etapa tardía. Entre ellos uno nada irrelevante era la naturaleza del sistema monetario imperial (...) La plata desempeñaba un papel cada vez más importante en la economía (...) Con la enorme inyección de lingotes de metal del extranjero a fines del siglo XVI, sin embargo, dicho control [sobre la oferta de dinero] se perdió (...) Las fluctuaciones de la producción de plata en Perú, México y Japón, las iniciativas proteccionistas de Madrid y Edo, la piratería y los hundimientos de barcos volvieron muy erráticas las relaciones de China con su comercio exterior. Éstas se hicieron especialmente caprichosas en el período que se estudia aquí [1620-1644]. Dichas fluctuaciones tuvieron repercusiones especialmente serias cuando vinieron a coincidir con un clima inestable, inundaciones, sequías y pérdidas de cosechas, que plagaron China y otras partes del Asia oriental durante la parte final de la década de 1630 y comienzos de la de 1640 (Atwell, 1988, pp. 589).

Dennis Flynn y Arturo Giráldez (1995 b y c) argumentan que las finanzas y el dominio de los Ming se hallaban debilitados a comienzos del siglo XVII por el aumento de la oferta de plata importada. Esto redujo su valor de mercado y por consiguiente el valor de las recaudaciones de impuestos, que eran fijas en plata. Puede que éste haya sido el caso, pero no hay por qué oponerlo al supuesto daño posteriormente infligido a las finanzas de los Ming por un súbito declive de la oferta de plata, incluso si las ratios del precio de la plata respecto del cobre y de la plata respecto del cereal se elevaron.

Molougheney y Xia (1989, pp. 61 y 67) rebaten completamente esta tesis. Ellos reivindican en cambio, en referencia a las décadas segunda y tercera del siglo XVII, que «los últimos años de la dinastía Ming asistieron al cenit de este comercio [de plata japonesa]» y que el «hundimiento del comercio de plata [en conjunto, incluida la que procedía de América] llegó después de la caída de los Ming, no antes». Sin embargo, la evidencia basada en su propio reexamen de todas las importaciones de plata por parte de China de las que hay referencia desde Japón, vía Manila, Taiwán y otros puertos intermedios sugiere un cuadro diferente. Según sus propios cálculos, las importaciones de plata desde Japón fluctuaron a la baja unas 120 toneladas en la primera mitad de la década de 1630, crecieron hasta el máximo histórico de 200 en 1637 y 170 en 1639, y después descendieron a una media de 105 toneladas anuales en la primera mitad de la década de 1640. Ellos argumentan que el declive observado en la llegada de plata transatlántica desde América a Sevilla no implicaba un descenso en la producción americana, pues los envíos a través del Pacífico, que representaban una media del 17 por ciento del total, aumentaron un 25 por ciento en las tres primeras décadas del siglo XVII y hasta más de un 40 por ciento en la de 1640. «Lo que fuera pérdida para España fue, en parte al menos, ganancia para China», dicen Molougheney y Xia (1989, p. 63).

No obstante, según la tabla 1 de su trabajo, la plata total remitida a Manila descendió de 9 millones de pesos (23 toneladas) en la década de 1621-1630 a 7 millones de pesos (18 toneladas) en la de 1631-1630, y hasta 4 millones de pesos (10 toneladas) en la de 1641-1650. «El único declive de importancia en el comercio [entre China y Manila] tuvo lugar en el período

1636-1641» (Molougheney y Xia, 1989, p. 64). Pero su rechazo de la tesis de Atwell y su afirmación de que los problemas de la dinastía Ming se debían sólo a «causas internas y no a las vicisitudes de los movimientos del metal monetario a escala internacional» (Molougheney y Xia, 1989, p. 67) no parecen corroborarse por sus propios datos: la plata transpacífica descendió en 13 toneladas (de 23 a 10) y la plata japonesa decayó de 105 toneladas en la primera mitad de la década de 1640 y hasta apenas 70 toneladas en 1643, el año anterior a la caída de los Ming. Y eso que la plata japonesa había llegado a representar hasta casi 180 toneladas en la década de 1620 y a alrededor de 120 a comienzos de la de 1630. De acuerdo con las estimaciones compuestas de Reid (1993, p. 27), la oferta total de plata desde todos los orígenes, prácticamente la totalidad de la cual iba a parar a China, era de 150 toneladas anuales en la década de 1610, 178 en la de 1620, y 162 en la de 1630. Dicha oferta descendió a continuación de modo abrupto hasta quedar en 89 toneladas al año en la década de 1640 y 68 toneladas en la de 1650, para a continuación elevarse de nuevo a 82 toneladas en la de 1660 (de las que alrededor del 40 por ciento sin embargo era abastecida por comerciantes europeos).

Otra indicación de escasez de plata puede ser la ratio plata/cobre como moneda. En su discusión del «colapso del mercado y la inestabilidad monetaria de los años 1628-1660», Endymion Wilkinson (1980, pp. 30 y 27-29) subraya el muy elevado aumento de los precios del arroz, en particular durante los años de malas cosechas y hambrunas, así como los cambios en la relación entre la moneda de plata y la de cobre. El precio del arroz se multiplicó diez veces entre 1628 y 1632 y alcanzó su valor máximo en 1642 y a continuación fluctuó hasta niveles aún elevados para descender a continuación de nuevo a dos veces su nivel en 1662 y por debajo de esta cifra en 1689, si se mide por su valor en moneda de cobre, más popular y de uso corriente. Al mismo tiempo, el precio del arroz se multiplicó sólo cinco veces hasta 1642 en términos de táleros de plata y recuperó su pecio de la década de 1630 en 1663. Según subraya también Wilkinson, al mismo tiempo la relación cobre/plata se elevó gradualmente a más del doble a la altura de 1642 y después se disparó hasta nueve veces su ratio anterior a la altura de 1647. Después descendió lentamente hasta su nivel anterior en 1662 y en adelante fluctuó hasta niveles más elevados o similares hasta la década de 1680.

Wilkinson, al igual que Molougheney y Xia, atribuye este declive en el precio de la plata en relación con el cobre a una brutal depreciación del cobre, algo que sin duda tuvo lugar. Wilkinson escribió su obra antes que Atwell la suya y por tanto antes de que se plantease la discusión sobre la escasez de plata. No obstante Molougheney escribió en medio de dicha discusión y no obstante sigue situando el motivo principal del declive en el precio del dinero de cobre en su enorme depreciación (según me transmitió en información privada en 1996, citando su tesis doctoral). Sin embargo, el aumento equivalente a dos y después a nueve veces el aumento del precio de la plata respecto al cobre puede también haberse debido, e incluso más aún, a una *escasez* de plata, que es lo que se discute aquí. La escasez simultánea de arroz causada en parte por el clima y las malas cosechas se vio agravada por el desorden económico, político y social, que se manifestaron también en unos precios de la tierra de uso agrícola en drástica caída. Esta situación, combinada con la misma escasez de plata y su aumento en valor relativo respecto del cobre, podría explicar también entonces por qué el precio del arroz creció dos veces y se mantuvo en ese nivel más tiempo en términos de su valor en cobre que en términos de una plata que había pasado a valer más. En una frase, los precios interiores de China tanto del arroz como del cobre en términos de plata parecen haber reflejado una escasez de plata, que es lo que aquí se debate. Esto sucedió en la década de 1630, más en particular en la de 1640 y en menor medida en la de 1650. Por consiguiente me veo en la obligación de dar la razón al argumento de Atwell de que la oferta de plata contribuyó en efecto a las causas y las consecuencias del cambio de dinastía y dominación en China, de los Ming a los Ching.

Otra evidencia añadida consiste en que los Ming se plantearon la posibilidad de volver a emitir papel moneda en 1643. La propuesta fue rechazada por debilidad política presumiblemente unida al miedo a repetir experiencias inflacionarias ya vividas en el pasado, que hubieran desembocado en una debilidad aún mayor. A la vista de la continua e incluso creciente escasez de plata, los sucesores de los Ming –la dinastía Ching– se vieron sin embargo forzados (y/o capacitados) a emitir una cierta cantidad, aunque limitada, de papel moneda entre 1650 y 1662. A continuación fue de nuevo retirada del mercado (Yang, 1952, pp. 67-68); ¿pudo esto deberse a que las remesas de plata volvieron a crecer?

Otro planteamiento crítico con la teoría de la crisis de la plata bajo la dinastía Ming, pero éste mejor apoyado empíricamente y más sofisticado en términos teóricos, es el que realiza von Glahn (1996 a). Al igual que Molougheney y Xia, este autor cuestiona tanto la evidencia como el tipo de razonamiento que subyace a la crisis de la plata bajo los Ming. «El volumen de exportaciones de plata procedente de Japón alcanzó cotas incluso más elevadas entre 1639 y 1639, y se mantuvo alta a comienzos de la década de 1640 pese a las restricciones a la exportación y a la expulsión de los portugueses» de Japón (von Glahn, 1996 a, p. 437). No se muestra convencido de que la oferta de plata vía Manila o vía India cambiase mucho para China de manera que «los datos sobre flujos de lingotes de metal monetario reunidos aquí no muestran un declive muy marcado de las importaciones chinas en los últimos años de la dinastía Ming (...) En general, la economía china no experimentó una reducción repentina de sus importaciones de plata en los últimos años de la dominación Ming» (von Glahn, 1996 a, p. 440).

Von Glahn pone también además objeciones de tipo teórico a la tesis de la crisis de la plata bajo los Ming. Argumenta que más importantes que las oscilaciones de la oferta de plata son sus reservas (y que éstas cayeron sólo un 4 por ciento en relación con las importaciones del siglo anterior). Más

aún, el descenso de la entrada de plata vino precedido de una caída de los precios en toda China, y asimismo discute los cambios en la relación de la plata con el cobre y la alteración de la moneda de cobre que ya he abordado antes. Yo también cuestiono al igual que él la tesis sobre la existencia de inflación en China, y los datos de von Glahn y su argumentación apoyan mi planteamiento en este asunto. De forma adicional él argumenta que la ratio plata/oro descendió cuando, ante una situación de escasez de plata, debería haber aumentado. Este argumento podría ser persuasivo, pero lo cierto es que él no ofrece evidencia de que se dieran cambios en la oferta de oro, algo que (según él mismo reconoce en una comunicación personal) no ha sido suficientemente estudiado.

Lo más curioso y revelador son sin embargo las tablas que ofrece von Glahn, en especial su tabla número 5, en la que presenta sus propias estimaciones de importación de plata a China (véase la discusión sobre ellas en el capítulo 3). Estas importaciones, según sus estimaciones abiertamente a la baja, fueron de 436 toneladas entre 1631 y 1635; 573 toneladas entre 1636 y 1640 (496 de ellas procedentes de Japón); 249 toneladas entre 1641 y 1645 (209 de ellas desde Japón) y 186 toneladas para el período 1646-1655, tras el cual las importaciones de plata volvieron a aumentar (von Glahn, 1996 a, p. 444). Es de destacar que contrariamente a su explícito rechazo, los datos de von Glahn (al igual que sucede con los de Molougheney y Xia contrariamente también a sus objeciones) muestran de hecho un descenso marcado de las importaciones de plata *en más de la mitad* justo antes y también después del fin de la dinastía Ming en 1644. Es decir, que las propias estimaciones que ofrece von Glahn contradicen también la cita reproducida más arriba según la cual las exportaciones de plata desde Japón «se mantuvieron en niveles elevados» y las importaciones chinas «no decayeron en los últimos años de la dinastía Ming». ¿Qué hemos entonces de hacer con el resto de su argumento. al igual que sucede con Molougheney y Xia? Una crítica a von Glahn se encuentra también en Frank, 1998 b.

Atwell (1982, p. 90), siguiendo con el asunto, señala también que los autores contemporáneos chinos eran conscientes ellos mismos de la conexión de la plata extranjera con los problemas de la dinastía. Y lo que es más, Japón y sus gobernantes padecieron una situación similar en esos mismos años. Al igual que en China, años de temperaturas más bajas (¿tal vez de nuevo la denominada «Pequeña Glaciación»?) habían generado escasez de alimentos y epidemias, y el descenso de la producción de plata produjo estrecheces monetarias y fiscales.

De hecho el mal tiempo, el aumento de las enfermedades, el estancamiento o incluso el descenso de la población, el parón del comercio y los problemas con la oferta de moneda metálica se produjeron en muchas partes de Eurasia en este período. El régimen Ming, que ya se hallaba de antemano debilitado, cayó presa de ellos debido al estancamiento económico, el resultante desorden político interno y la debilidad financiera y militar del régimen

a la hora de resistir y después repeler la invasión manchú desde el extranjero. En 1639 los japoneses limitaron el comercio desde la ciudad de Nagasaki, aunque el comercio chino siguió desarrollándose, llegando incluso a reemplazar el de otros países. No obstante, los comerciantes chinos fueron incapaces de hacer frente a sus compromisos financieros en Manila, lo cual llevó a la masacre de más de 22.000 de ellos en 1640. La oferta de plata en dirección a China descendió abruptamente y generó deflación y recesión en la China meridional al tiempo que el mal tiempo, las plagas de langosta, las inundaciones y las sequías descompusieron la producción agrícola por todas partes. Ante el descenso de ingresos, el gobierno aumentó la demanda de impuestos pero ahora la población, incapaz de hacerse con plata o cobre, no estuvo a la altura. Otro autor observó que

> a comienzos de 1644 los retrasos en las pagas de soldados [habían] ascendido a varios millones de táleros de plata mientras que los pagos de impuestos procedentes del sur llegaban sólo en pequeñas remesas de apenas decenas de miles (...) Cuando Pekín fue sitiada, la tropa acuartelada llevaba cinco meses sin haber recibido su paga (...) La moral y la disciplina estaban por los suelos (...) Es casi un milagro en realidad que [la dinastía] sobreviviera hasta entonces (Frederic Wakeman citado por Atwell, 1988, p. 637).

Atwell (1986, p. 235) señala que esta disminución de las exportaciones de plata desde Japón liberó una gran parte de la producción en declive para su uso doméstico, y que los japoneses tuvieron más éxito a la hora de gestionar su sistema monetario interno y externo que los chinos. Los japoneses prohibieron la exportación de plata, que aumentó de valor de manera que se volvió rentable de nuevo exportar oro; pero las exportaciones de plata japonesa no cesaron del todo aún (Ikeda, 1996; véase la discusión sobre esto en el capítulo 3). Lo que Atwell y otros no dicen pero de lo que nosotros podemos al menos sospechar es que fue la continua disponibilidad cada vez mayor de plata procedente de la producción interna lo que permitió a los gobernantes japoneses gestionar mejor su sistema monetario y capear el temporal, mientras que la dinastía Ming sucumbió ante este embate.

Los Ming cayeron primero debido a la rebelión interna del norte de China y a continuación por la conquista de los manchúes, que reemplazaron a los Ming con la dinastía Ching, que perduró hasta 1911. Pero la importante intervención de la escasez de plata parece algo ineludible, incluso teniendo en cuenta la evidencia que aportan autores como Molougheney y Xia y von Glahn, que niegan su relevancia. Tal y como resume Atwell «la dinastía Ming cayó, en parte, sencillamente porque carecía de fondos para continuar sus operaciones militares» (Atwell, 1986, p. 229). Pero incluso sus sucesores, los Ching, no obstante tuvieron que admitir –por ejemplo en un memorial dirigido al nuevo emperador en 1647 escrito por su virrey de la ciudad de Guangdong en la costa del sur– que «el comercio ha llegado a un punto de [virtual]

detenimiento (...) Es por consiguiente claro que cuando la población de Macao viene a comerciar, Kwantung prospera; y cuando no lo hacen, Kwantung sufre las consecuencias» porque los portugueses habían dejado de traer plata a la ciudad china (citado por Atwell, 1986, p. 233). El comercio entre Manila y Macao había sido de 43 toneladas de plata en la década de 1630, pero los comerciantes portugueses dejaron de comerciar con la Manila española en 1642 cuando Portugal se rebeló exitosamente contra la dominación de los Austrias en 1640 y recuperó su independencia (Atwell, 1982, p. 87), aunque también parcialmente en respuesta a la misma escasez de plata según sugiero más adelante. La recaudación de impuestos en plata exportada a Manila decayó en más de la mitad entre 1636 y 1640, y de ahí en adelante el número de barcos que llegaba a Manila desde China disminuyó de 123 a 83 en el período 1641-1645, a 58 entre 1646 y 1650 y a sólo 25 entre 1656 y 1660 (Adshead, 1988, p. 209).

La tesis de la escasez de la plata a corto plazo y de la crisis monetaria por ella desencadenada no tiene por qué ser incompatible con ninguna otra explicación estructural-demográfica y fiscal-política de más largo plazo como la que Goldstone (1991 a) ofrece sobre los acontecimientos que sucedieron en China, Inglaterra y el Imperio Otomano. Al contrario, la escasez de plata y la crisis monetaria pueden haber tenido de forma parecida consecuencias negativas en todas ellas y puede que también en otras partes del mundo. Es interesante señalar que en 1776 Adam Smith observó cambios en la oferta de plata en el mercado mundial y sus efectos precisamente durante este período:

> Entre los años de 1631 y 1640, o hacia 1636, parecen haberse ya mostrado en su integridad los efectos del descubrimiento de las minas de América en la disminución del valor de la plata, pues según los informes, nunca llegó a bajar más de lo que bajó en aquel tiempo en proporción al precio del grano. Asimismo se cree que subió algo en el curso del presente siglo [el XVIII, cuando la producción de plata volvió a crecer], aunque lo más probable es que ya hubiese comenzado a subir antes de que finalizase la pasada centuria (Smith, 1981 [1776], p. 185)

Es decir que Smith también señaló que el aumento de la oferta de plata en relación con la oferta de otros bienes, en especial el trigo, generó primero un aumento inflacionario en sus precios. Sin embargo, este aumento terminó parándose a mediados de la década de 1630 al parecer porque entonces la oferta de plata descendió, sólo para recuperarse de nuevo después de mediados de siglo.

La escasez de plata (¿y oro?) parece haber tenido repercusiones también en Rusia. Los zares rusos prohibían periódicamente la exportación de plata y oro, incluso en forma de moneda. Estas prohibiciones y su reiteración aumentaron sin embargo de modo particular a mediados del siglo XVII. Los impuestos tenían ahora que ser pagados en plata y oro. También en el intento de aumentar la oferta de metales preciosos en la década de 1660, el estado alentó a los extranjeros a que introdujeran en Rusia moneda, pero estableció tasas de intercambio artificialmente bajas entre la moneda extranjera y el rublo ruso una vez que el contenido en plata de éste disminuyera durante las anteriores dos o tres décadas (Burton, 1993, pp. 60-61).

Darling (1992) rebate en su totalidad el mito del declive del Imperio Otomano en el siglo XVII y propone a cambio unos «término[s] más neutral[es] como «descentralización» [y] «consolidación»». Goldstone define la crisis otomana como de tipo fiscal pero niega su relación con el comercio, y aún más con la oferta de moneda extranjera, que según él apenas disminuyó. Sin embargo no menciona que las cecas de acuñación otomanas fueron obligadas a ir a la quiebra por la competencia –desde la década de 1580– de la plata española, más barata, y por las monedas de origen persa. Esto mantuvo la economía otomana funcionando cada vez más con moneda extranjera hasta el punto que sus cecas dejaron completamente de funcionar a partir de 1640 (Sahillioglu, 1983; Brenning, 1983; Chaudhuri, 1978 y Pamuk, 1994). Las crisis fiscales estaban a la orden del día en el siglo XVII. Parte de la actividad económica urbana y rural se estancó (Pamuk, 1994), pero según señalaré más adelante, parte también se trasladó a otras zonas de Anatolia, y en conjunto no tuvo lugar un declive económico. Puede ser difícil decir cuál de estos acontecimientos «internos» fue causa y cuál de ellos efecto, pero unos y otros fueron sin duda también una función de la reducción de las inyecciones de plata, en particular en la década de 1630.

No obstante, Goldstone (1991 a, pp. 367 y 378-379) rebate también la idea de una conexión de las crisis otomanas y la Revolución Inglesa de 1640 con la cuestión de la plata e incluso rechaza que el comercio fuera un factor de importancia. Él por su parte atribuye la Revolución Inglesa a tres factores, el primero de los cuales eran las estrecheces fiscales del estado. El segundo era el conflicto intraclasista entre miembros de la elite, casi todos los cuales estaban implicados en actividades comerciales (Goldstone, 1991 a, pp. 80-81). Al igual que en cualquier otra parte, sin embargo, el estado inglés se encontraba en dificultades para encontrar dinero con el que pagar a sus tropas en 1640. Después de esta «revolución», los intereses comerciales pasaron a tener más peso político que nunca antes (Hill, 1967, pp. 99 y 129). E. E. Rich y C. H. Wilson subrayan por su parte además que 1639-1640 fue el primero de tres períodos de marcadas caídas de los precios en Inglaterra y en el resto de Europa (los otros fueron 1645-1646 y los primeros meses de 1657), y señalan que «la secuencia de tres ciclos entre 1640 y 1660 a través de Europa *en su conjunto* (...) trasciende las explicaciones locales (...) [y de hecho] el ritmo económico general (...) fue claramente europeo y tal vez alcanzó al mundo entero».

Volviendo a la plata española, las cifras concretas de envíos desde América a España han estado sometidas a constante controversia. Antonio García-Baquero (1994, p. 119) vuelve a revisarlas y tiene en consideración también

el contrabando no registrado de plata. Su conclusión es que en la primera mitad del siglo XVII, el volumen de toneladas transportadas de América a España descendió en una tercera parte y las importaciones de lingotes en dos tercios. El declive se aceleró alrededor de 1640.

De hecho, la separación de Portugal de la Corona de los Austrias en 1640 puede haber también tenido por detonante la disminución de la llegada de fletes de plata a España, y lo mismo puede haber sucedido en Cataluña ese mismo año. (Un amigo arqueólogo desenterró un cofre con moneda extranjera en el municipio de Castelldefels en Barcelona que había sido enterrado por su dueño en 1640 y 1643, al parecer para mantenerlo a buen recaudo durante los disturbios catalanes.) Al igual que los estados Ming e inglés, el estado de los Austrias españoles se topó con dificultades financieras para mantener unas fuerzas armadas de un tamaño suficiente cuando sus ingresos disminuyeron primero debido al declive del valor de la plata a causa de la sobreproducción y a continuación debido a la repentina escasez cuando las minas de plata de América redujeron drásticamente la producción y los envíos en la década de 1630 (Flynn, 1982). Al enfrentarse a amenazas procedentes unas de Portugal al oeste y otras de Cataluña al este, Madrid dio prioridad al desafío de los catalanes, que estaban siendo apoyados por sus vecinos franceses, lo cual llevó a sacrificar el dominio sobre Portugal. El reputado historiador hispanista J. H. Elliott en su muy citado artículo sobre «el declive de España» dio la fecha de «fines de la década de 1640» como momento a partir del cual «España y el poder internacional de España se estaban claramente desmoronando» (citado por Flynn y Giráldez, 1995 b, p. 33).

También la *Carreira da India*, que es como los portugueses llamaban a su comercio con Goa, alcanzó su «nadir» y comenzó a «desfallecer» en la década de 1640 (Ames, 1991, pp. 17 y 23). Más aún, Portugal firmó su primer tratado comercial en 1642. Era el primero de tres tratados (los otros se firmaron en 1654 y 1667) que anticiparon el Tratado de Methuen de 1703, el cual cimentó la protección que ahora Portugal buscaba y que consiguió –si bien a un precio– de Inglaterra. Portugal forzó al capital holandés a abandonar sus plantaciones de azúcar en el Brasil portugués a partir de 1640, de forma que los holandeses se trasladaron a la isla de Barbados, en manos de los ingleses, que a su vez convirtieron en una gran plantación de azúcar (Harlow, 1926; Frank, 1978 a y b). Las exportaciones de la VOC holandesa a Asia, en su mayoría de plata, fueron igualmente escasas en términos comparados en 1640 (Rich y Wilson, 1967, p. 309).

Según señalé más arriba, estos acontecimientos en la otra parte del mundo tuvieron también un efecto disolvente sobre China al dañar las relaciones de los comerciantes portugueses con la fuente de la plata transpacífica española en Manila. Por otro lado, los desarrollos acaecidos en China habían primero apoyado el auge de España y después habían acelerado su decadencia. Flynn y Giraldez (1995 a y b) han enfatizado una y otra vez hasta qué punto «el auge y la caída del Imperio Español se observa mejor en el contexto de

una economía mundial sinocéntrica». La razón es que la demanda china de plata en aumento incrementó el precio de ésta y por consiguiente las fortunas de los españoles pero más tarde, al aumentar excesivamente la oferta de plata, hundió de nuevo el precio de la plata para los españoles hasta el nivel de los costes de producción o por debajo de ellos. La Corona española quedó duramente tocada, pues incluso el aumento de las llegadas de remesas de plata americana generó un descenso del valor de la plata en España y redujo el poder de compra de los impuestos recaudados por la Corona. Al igual que los Ming en esa misma época y por el mismo motivo, el estado español trató de contrarrestar este declive de sus ingresos exigiendo mayor contribución al sector privado. Éste a su vez se hallaba ante una doble o triple desventaja por el aumento de la presión impositiva, la reducción de sus propios ingresos y a continuación la disminución de la producción y de las remesas de plata, pues la caída del precio de mercado de ésta ya no compensaba sus costes de producción en aumento. El repentino descenso de la producción de plata alrededor de 1640 que generaron estas fuerzas de mercado vino a tirar de la manta de la economía española en su conjunto.

En resumen, durante la «crisis del siglo XVII», la incesante expansión en forma de una prolongada fase «A» se vio salpicada en Asia por una *crisis monetaria a escala mundial* en la década de 1640. La producción a gran escala de plata había llevado a una caída del valor de la plata en relación con el oro. Este descenso en el precio de la plata y la inflación en términos del contenido de plata llevaron a una drástica caída de la rentabilidad y por tanto de la producción de plata para exportación en las regiones productoras de América Latina, Europa central, Persia y Japón. De hecho Japón finalmente reaccionó a esta crisis prohibiendo toda exportación (legal) de plata, tras haber sido un importante exportador durante el período anterior de *boom* económico basado en la plata. De hecho, la reacción de Japón a esta crisis, la famosa política de «aislamiento», puede también ser explicada en este contexto sistémico mundial, es decir, ante la posición económica de hallarse en déficit con todos los demás. Como ya se mencionó más arriba, sin embargo, esta política de aislamiento no implicó tanto una detención del comercio cuanto su regulación con el fin de gestionar el déficit exterior y favorecer algunos intereses internos frente a otros.

Japón y algunos estados europeos capearon la tormenta monetario-económica tal vez en buena parte gracias a la continuidad de sus fuentes y suministros de plata, que en cambio se paralizaron mucho más en el caso de la desafortunada China de los Ming. No obstante, tuvo lugar también un serio trastorno en parte del comercio del Extremo Oriente debido a la política de aislamiento de Japón, la revuelta de los portugueses contra los españoles, las rivalidades entre las compañías holandesa e inglesa en la zona y la guerra de los Ching contra las bases de los Ming en la China meridional y costera, fenómenos y políticas que pueden ser satisfactoriamente reinterpretados en el trasfondo de esta crisis monetaria por escasez de plata en un mundo que fun-

cionaba dentro del patrón de la plata. En particular, puede que si se presta más atención a esta crisis monetaria generada por la escasez de plata, mejore mucho la explicación sobre la decisión «política» de Japón de aislarse del mundo y dejar abierta sólo una puerta a los holandeses, quienes (a diferencia de los portugueses) ofrecieron a Japón la posibilidad de exportar todo tipo de bienes y no sólo plata. De hecho, la retirada parcial de los chinos del comercio marítimo debería ser también reanalizada en el trasfondo de consideraciones financieras del mismo tipo. Con todo, el crecimiento y la estabilidad finalmente retornaron, y una recién reorganizada economía mundial se recuperó de la «mini-crisis» de mediados del siglo XVII. En conjunto sigue habiendo abundante evidencia de crecimiento durante el siglo XVII, según ya se observó más arriba.

Esta discusión que he planteado en las páginas anteriores comenzó con la sugerencia por parte de Adshead (1973) de que la crisis china y la caída de los Ming se relacionaban con una escasez de plata. Pero sea esto cierto o no, él no puede sostener la reivindicación de una crisis «generalizada» ni siquiera en el caso de China. Ésta no fue desde luego equiparable y menos aún causada por «la prolongada contracción de la economía europea entre 1590 y 1680» a la que también hace referencia Adshead (1973, p. 272). Así es que, por encomiable que fuera la iniciativa de S. A. M. Adshead de considerar que China y Europa respondieron a las mismas fuerzas de alcance mundial, no es posible admitir sus conclusiones de que sus trayectorias «divergieron» en el siglo XVII (Adshead, 1973, pp. 278 y ss.). Este autor no sólo argumenta que tuvo lugar una «crisis del siglo XVII» de alcance general sino que sostiene también que China y Europa respondieron de modo diferente, China logrando su recuperación haciendo más de lo mismo que hacía antes, y Europa modificando su estructura institucional. No obstante, según planteé en los capítulos 2, 3 y 4, la estructura institucional de China se adaptó también y generó o al menos permitió un veloz crecimiento económico en el siglo XVIII. Adshead no sólo minimiza esta recuperación y crecimiento del siglo XVIII que él mismo admite que tuvo lugar en China sino que su eurocentrismo, que le hace errar en su análisis de la crisis monetaria mundial, le lleva también a reiterar la tesis de que el crecimiento europeo posterior se debió en cierta medida a la existencia de instituciones «excepcionales» en Europa, que él considera que se configuraron en respuesta a la «crisis del siglo XVII» en Europa, ¡pero no en China! De manera que estamos nuevamente ante una situación en la que se coloca el carro europeo delante de los bueyes de la economía mundial y de Asia. Menos aún es posible aceptar el razonamiento que llevó a Adshead equivocadamente a realizar esta aseveración: «Sevilla se hallaba situada en el centro de este sistema que precipitó las revoluciones del siglo XVII en la distante Asia (...) Se han ido acumulando evidencias de que la crisis europea fue de hecho mundial en sus repercusiones» (Adshead, 1973, p. 272). No, Sevilla *no* era el centro de ningún sistema mundial. Pese a su manejo de enormes cantidades de dinero, la aún marginal Europa era bastante incapaz de tener semejantes repercusiones profundas y de alcance mundial. Sean cuales fueren las repercusiones que el dinero pudiera haber tenido –y el argumento que aquí vengo defendiendo es que dichas repercusiones fueron variadas y profundas–, cualquier perspectiva eurocéntrica también perjudica y distorsiona el análisis y la interpretación de estas repercusiones ¡a escala mundial!

Ésta ha sido la gran limitación de la mayoría de los análisis sobre este período (incluido el mío propio), que han estado totalmente centrados en Europa. Algunos analistas (incluido Frank, 1978 a) han tratado de analizar el siglo XVII en términos de ciclos Kondratieff de cincuenta o sesenta años de duración jalonados de crisis de dos o tres décadas. Sin embargo, estos ciclos de Kondratieff se basaban exclusivamente en la economía europea y en especial atlántica. Yo me topé con que, como ya he señalado antes, por ejemplo la India y América Latina (por no hablar de Holanda) experimentaron un período de clara y simultánea expansión. Esto fue interpretado (¿o malinterpretado?) como si el ratón dependiente y periférico estuviera saliendo mejor parado que el gato central, que poseía o estaba inmerso en su propia crisis cíclica Kondratieff, según se propone en mi «Development of Underdevelopment» (Frank, 1966) y en *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (Frank, [1967]). Sin embargo, la presente aseveración, contra la opinión de Frank entonces y la de Wallerstein todavía hoy, es que Europa y/o la economía atlántica *no* eran el centro ni el núcleo de la economía mundial, afirmación que más bien ha estado viciando los análisis anteriores sobre el tema. Con todo, puede que ahora sea aún posible comprender –e incluso mejor– el período de mediados del siglo XVII como la manifestación de una crisis de fase «B» Kondratieff a escala económica mundial, la cual adoptó también formas monetarias de importancia incluso si no tuvo lugar una «crisis tan larga como todo el siglo XVII» y generalizada, según parece y he logrado mostrar más arriba.

Análisis de Kondratieff

En mi anterior libro sobre el período 1492-1789 traté de aislar ciclos Kondratieff desde el siglo XVII o antes, si bien en lo que entonces entendía que era una economía capitalista con centro en Europa (Frank, 1978 a). Desde entonces Wallerstein ha dado también cada vez más cuenta del auge y desarrollo de este «moderno sistema-mundo» con centro en Europa a través de ciclos largos de tipo Kondratieff. Él comenzó a hacerlo de forma titubeante en su primer volumen (1974), describiendo los orígenes de la economía mundial europea en el «largo siglo XVI» de naturaleza en general expansiva desde 1450 hasta 1640. Poco a poco fue introduciendo ciclos (¿de tipo Kondratieff?) más breves en su análisis, ya en su segundo volumen (1980) que trata sobre la «consolidación» del moderno sistema mundial entre 1600 y 1750; y en su tercer volumen (1989), sobre la «segunda gran era de expansión» desde

1730 a 1840. Joshua Goldstein (1988) ha organizado asimismo su estudio sobre la cronología de las grandes guerras en términos de ciclos «largos» Kondratieff, los cuales retrotrae hasta el siglo XVI sirviéndose de Braudel (1992) y Frank (1978 a) para los siglos primeros.

Más recientemente aún Modelski y Thompson (1996) han llevado el análisis por medio de ciclos Kondratieff a escala mundial un paso más adelante, tratando de aislar ciclos de alrededor de cincuenta años hacia atrás en el tiempo hasta el año 930 de la era. Esto convertiría el actual ciclo que hoy vivimos en el número diecinueve, y no el quinto ciclo Kondratieff (como asume la mayoría de sus seguidores) ni tampoco en el último de entre una docena, que es lo que representa para Frank (1978 a) y Goldstein (1988). Modelski y Thompson encuentran una serie de cuatro ciclos Kondratieff en la China Song entre el 930 y 1250. Desde ahí, sin embargo (y esta es desde mi punto de vista una importante limitación de su trabajo), ellos consideran que la fuerza motriz tecnológicamente innovadora y el centro económico mundial de sus ondas Kondratieff vira hacia Europa occidental. Para ellos la ubicación de las «innovaciones tecnológicas» que dirigen sus diecinueve ciclos Kondratieff salta de China a Europa, a partir del quinto ciclo que comienza en el año 1190: «A partir de la dinastía Song china, el liderazgo de los cambios pasó a Génova y Venecia antes de moverse aún más hacia el oeste hasta Portugal y otros líderes sistémicos a escala global más recientes» (Modelski y Thompson, 1996; donde se señale, la referencia de página es a la versión manuscrita, 1994 ms, p. 225 y tablas 7.2 y 8.3).

No obstante, según buena parte de la evidencia presentada más arriba, la economía mundial y sus centros punteros, si es que los había, permanecieron en Asia al menos hasta 1800. La resolución de esta aparente contradicción puede buscarse en parte analizando los sectores en los que Modelski y Thompson identifican estas innovaciones. Los primeros cuatro de ellos, empezando con la imprenta y el papel en el 930, se produjeron en China. Pero desde comienzos del quinto ciclo Kondratieff (K5) en 1190, se encuentran «en» Europa. Pero vamos a examinar hasta qué punto se trataba de innovaciones y hasta qué punto eran realmente europeas: la innovación del K5 que comienza en 1190 fueron las ferias de Champagne. A continuación vienen el comercio por el Mar Negro, las flotas de galeras de Venecia, la pimienta, el oro de Guinea, las especias de la India, el comercio Báltico/Atlántico, el comercio asiático, y así a través del K12 hasta comienzos de la década de 1580. A continuación en el siglo XVII, el K13 y K14 se centran en «[las plantaciones del] comercio americano-asiático y el comercio americano-asiático» respectivamente. Finalmente sólo después de 1740 llegan el algodón y el hierro (si bien esto parece demasiado temprano, pues las invenciones tecnológicas relacionadas con el algodón no comenzaron a aparecer hasta la década de 1760). En el siglo XIX las innovaciones son el vapor y los ferrocarriles así como el acero, la química y la electricidad; y en el siglo XX, el automóvil, la carrera aeroespacial, la electrónica y las industrias de la información.

Nótese sin embargo que todos los sectores innovadores desde el K6 (1250) hasta el K14 (de 1688 a 1740) menos dos están relacionados con el comercio *asiático*: el comercio en el Mar Negro, las galeras «venecianas», la pimienta, las especias y el «comercio asiático» (en este caso de forma específica). Las dos únicas excepciones son el oro de Guinea, que en cualquier caso servía para financiar este comercio asiático, y el comercio Báltico/Atlántico. Y lo que es más, ninguno de ellos se hallaba dentro de un sector industrial-manufacturero hasta el K15, que da comienzo (si bien un tanto temprano) en 1740. Parece que Modelski y Thompson también son presa del «error de especificidad» al que hice mención en el capítulo 1, al ubicar las «innovaciones» de la economía mundial en un supuesto «centro» europeo. Pues estas no eran sino reflejo de los intentos desde mucho tiempo atrás por parte de Europa de beneficiarse de los centros reales de actividad situados en Asia. Los propios Modelski y Thompson (1996 y 1994 ms, p. 217) reconocen que, entre el K5 y el K9 de su clasificación, «durante otros dos o tres siglos, hasta la época de Colón inclusive (...) el mercado de China funcionaba como imán del comercio mundial».

En la versión revisada de su texto (1996), los autores se muestran mucho más explícitos, pero también más contradictorios:

> Las ondas K que comienzan en el siglo XV estuvieron marcadas por su relación con intentos de descubrir nuevas rutas desde Europa a Asia (...) La Europa medieval actuaba como un subsistema regional dentro de un sistema económico que se extendía de Inglaterra a China (...) No obstante, afirmamos que cuatro ondas K (K5-K8), con centro en la actividad comercial de las ciudades-estado italianas (especialmente Génova y Venecia) mantuvieron la continuidad de la cadena de ondas K desde su inicial estimulación en la China Sung hasta la generalizada expansión de los agentes europeos por todo el globo (...) Con todo, a lo largo de todos estos cambios de ubicación, el foco último del comercio del sector líder dentro del subsistema europeo fue la reordenación del flujo de bienes de gran valor de Asia a Europa (Modelski y Thompson, 1996, pp. 177 y 191).

En efecto, pero están saltándose, por medio de un atajo de al menos otros tres siglos, el poder de atracción de los imanes que representaban China y otras partes de Asia, así como su continua atracción para Europa. Como ellos mismos subrayan en otra parte de su obra, «la ruta de Portugal a la India era un injerto en el tronco marítimo de lo que para entonces era una red ya tradicional de comercio mundial» y ello «debido a que el comercio asiático era un componente esencial de la red holandesa en su conjunto» y siguió siéndolo también para la red europea entera (Modelski y Thompson, 1996 y 1994 ms, pp. 154 y 113). Puede ser, según reclaman Modelski y Thompson (1996 y 1994 ms, p. 97) que «los poderes mundiales, en sus ciclos de aprendizaje, dan cuenta de la mayoría de las innovaciones económicas fundamentales».

En ese caso, los europeos fueron bastante lentos a la hora de aprender: ¡los poderes económicos y políticos mundiales siguieron estando en Asia al menos durante otros tres siglos desde que los europeos llegaron allí! Por consiguiente resultaría instructivo echar una mirada a otra evidencia asiática en materia de «sectores líder» e «innovaciones» alrededor de los cuales Modelski y Thompson centran sus Kondratieff económicos «de alcance mundial». Después de todo, como demuestra el capítulo 4, el supuesto «liderazgo» tecnológico europeo antes de fines del siglo XVIII hay que situarlo principalmente en la mitología eurocéntrica de los siglos XIX y XX.

Metzler (1994) extiende también horizontalmente la búsqueda de ciclos Kondratieff y argumenta que Japón y al parecer también China experimentaron ondas Kondratieff de cincuenta años de duración cuya cronología es la misma que los Kondratieff «clásicos» basados en Europa y América. Él sugiere que pueden haber estado relacionados entre sí de forma sistemática u horizontalmente, según la terminología de Fletcher, a lo largo del conjunto de la economía mundial. Esta sugerencia reclama que sean objeto de mayor estudio y atención de lo que han sido hasta ahora, en particular a la vista de nuestros hallazgos sobre la crisis monetaria y puede que de tipo Kondratieff en la década de 1640. Otros períodos en los que se experimentaron problemas monetarios, económicos y políticos, por ejemplo entre 1688 y 1690 (que pueden haber contribuido al declive de Surat en la costa occidental de la India y Masulipatam en la oriental) y después de 1720 puede aconsejar un estudio similar en términos de Kondratieff y cuestiones monetarias.

La fase «B» de tipo Kondratieff de los años 1762-1790: crisis y recesiones

Otra fase de declive o tipo «B» analizable en términos de Kondratieff es el período de 1762 a 1790. Durante estos años se dieron una serie de importantes levantamientos en Francia, Holanda, República Dominicana/Haití, las colonias británicas de Norteamérica y los Estados Unidos de América, la India y en otras partes así como los inicios en términos tecnológicos de lo que se conoce como la «revolución industrial». Este período ha sido ya analizado en términos de economía «mundial» europea y atlántica en Frank (1978 a) y Wallerstein (1989), y aquí voy a revisarla de nuevo dentro de una perspectiva y contexto de economía mundial.

Aunque la fecha tradicional de inicio de los ciclos Kondratieff era originariamente 1790 cuando yo elaboré mi tesis (1978 a), entonces argumenté que dieron comienzo mucho antes y analicé lo que yo consideraba una fase «B» Kondratieff de recesión que iba de 1762 a 1790. Más recientemente (en Frank 1994 y 1995) he comparado mis hallazgos sobre este período con los de Braudel (1992). Por un lado, Braudel reclama que la «economía mundial» *europea* «es la superficie vibrante de mayor tamaño posible (...) Es la economía mundial evidentemente la que crea la *uniformidad* de precios sobre una vasta área, al igual que un sistema de arterias distribuye la sangre por el interior de un organismo vivo» (Braudel, 1992, p. 83). Pero por el lado contrario, observa que «la influencia de la economía-mundo centrada en Europa debe haber bien pronto desbordado incluso las fronteras más ambiciosas que se le hayan podido atribuir», y a continuación deja caer que «lo realmente curioso es que los ritmos de la coyuntura europea trascienden las estrictas barreras de su propia economía-mundo» (Braudel, 1992, p. 76).

Por supuesto, con lo que estamos tratando aquí es con ciclos económicos *mundiales* en una *economía mundial*. Para comprender la diferencia entre la «economía-mundo» de Braudel y la de Wallerstein, con guión, y la de Gills y mi propia «economía mundial» sin guión. puede consultarse Frank (1995) y Frank y Gills (1993); este último incluye una crítica a Wallerstein. La evidencia se encuentra en el libro de Braudel, aunque él no lo reconoce. Braudel (1992, p. 76) reproduce un gráfico de las fluctuaciones anuales de las exportaciones rusas y su comercio entre 1742 y 1785. No realiza ningún comentario sobre él más que para señalar «dos caídas de breve duración en los excedentes [de la balanza comercial], en 1772 y 1782, probablemente como resultado de adquisiciones de armas» (Braudel, 1992, p. 463). De hecho, el gráfico muestra también una tercera gran caída en 1762-1763, y las tres coinciden con una abrupta caída en el gráfico de las exportaciones rusas, independientemente de lo que hubiera sucedido a las importaciones de armas y de otro tipo.

Sin embargo, estos tres breves períodos caen también en los mismos años que las tres recesiones económicas mundiales que Braudel (1992, pp. 267-273) discute con bastante detenimiento en otro capítulo de su libro dedicado a la ciudad de Amsterdam. No obstante, él no establece conexión alguna con los mismos períodos para el caso de Rusia. Todavía en otro capítulo, Braudel reproduce un gráfico sobre la balanza comercial de Inglaterra con sus colonias norteamericanas entre 1745 y 1776. Muestra una brusca caída de importaciones de Inglaterra y otras menos drásticas en las exportaciones en los mismos años 1760-1763 y 1772-1773 (el gráfico no llega hasta la década de 1780). De nuevo, sin embargo, Braudel no busca establecer conexiones ni entre los dos gráficos ni entre alguno de ellos (menos aún de los dos a la vez) y las recesiones que reflejan. Esta omisión es tanto más curiosa a la vista de los comentarios que hace sobre estas recesiones: sobre la primera, escribe que «con la escasez de moneda, la crisis se extendió, dejando a su paso un rastro de bancarrotas; ésta llegó no sólo a Amsterdam sino también a Berlín, Hamburgo, Altona, Bremen, Leipzig y Estocolmo y golpeó con fuerza en Londres» (Braudel, 1992, p. 269). En relación con la siguiente recesión, Braudel observa la proliferación de cosechas catastróficas por toda Europa durante los años 1771 y 1772 y la situación de hambruna en Noruega y Alemania. Y continúa diciendo:

> ¿Fue ésta la razón de las violentas crisis, posiblemente agravadas por las consecuencias de la desastrosa hambruna que golpeó a la India en los mismos años 1771-1772, llevando a una situación de caos las actividades de la East India Company? No hay duda de que todos estos factores estuvieron presentes, pero ¿no es una vez más la causa real el retorno cíclico de una crisis crediticia? (...) Los observadores de la época siempre relacionaron dichas crisis con alguna bancarrota bancaria (Braudel, 1992, p. 268)

Finalmente, en el capítulo sobre las colonias norteamericanas, Braudel hace referencia al

> «Boston Tea Party» cuando, el 16 de diciembre de 1774, una serie de rebeldes vestidos de indios abordaron tres barcos propiedad de la [East] India Company amarrados en el puerto de Boston y echaron al mar su cargamento. Ese incidente de entidad menor marcó no obstante el comienzo de la quiebra entre las colonias –los futuros Estados Unidos– e Inglaterra (Braudel, 1992, p. 419)

No obstante, de nuevo Braudel no establece conexión entre este acontecimiento en América y otros que analiza de otras partes del mundo en esos mismos años. ¿Por qué un historiador tan experto y excepcionalmente sensible al estudio de las coyunturas ni siquiera se plantea rastrear esas conexiones? Al menos Wallerstein (1979, pp. 198 y 228) refiere brevemente a una «depresión posbélica» secuela de la Guerra de los Siete Años en 1763, y más bien de pasada hace mención a «la inmediata depresión comercial posbélica» de la década de 1780, después de la guerra que acompañó a la Revolución Americana. Sin embargo, Wallerstein no hace tampoco mención alguna a la recesión intermedia de la década de 1770, que es la que desató la Revolución Americana misma.

Si hacemos lo que propone Fletcher, podemos en cambio observar que *todos* estos acontecimientos y otros más estaban relacionados entre sí a través de una serie de ciclos de negocios a escala del sistema y la economía mundial dentro de lo que puede haber sido una fase de crisis dentro de un ciclo Kondratieff largo que ya estudié hace dos décadas (Frank, 1978 a). Por resumir brevemente, la Paz de París de 1763 con la que concluyó la Guerra de los Siete Años fue firmada bajo la influencia de una recesión económica y una larga depresión que comenzó en 1761. Desde 1764 en adelante, se produjeron el Sugar Act, el Quartering Act, el Stamp Act y el Townsend Act, legislaciones impuestas por la metrópoli británica que tanta insatisfacción ocasionaron en las colonias norteamericanas, sólo superada por la prohibición de emisión de letras de crédito y papel moneda, lo cual agravó la deflación y las condiciones de pago de los deudores en las colonias. No obstante, los colonos americanos fueron capaces de poner todo esto a su favor, en particular durante las subsiguientes recuperaciones cíclicas, hasta que apareció otra recesión en 1773. Y en medio de esto, la hambruna de Bengala de 1770-1771 había disminuido la rentabilidad de la East India Company británica. Ésta exigió al parlamento que viniera en su alivio, recibiendo el respaldo parlamentario en forma del Tea Act de 1773, que concedía a la compañía el privilegio de inundar con su té el mercado norteamericano. Los norteamericanos por su parte inundaron el puerto de Boston en esa «fiesta del té» a la que hace mención Braudel. La reacción británica a través de las llamadas Québec e Intolerable Acts de 1774 elevaron el tono del conflicto económico llevándolo hasta la represión política, que a continuación logró suficiente apoyo para que se diera «el disparo que fue escuchado en el mundo entero» en Lexington y Concord el 19 de abril de 1776, produciéndose la Declaración de Independencia.

La recesión de la década de 1780 trajo consigo cambios no sólo en las balanzas comerciales de Gran Bretaña y Rusia, como señala Braudel, si bien efectuando un diagnóstico parcialmente erróneo. La misma recesión tuvo asimismo repercusiones importantes en Francia y en los recién creados Estados Unidos: hizo estallar la Revolución Francesa y llevó a la proclamación de la constitución americana. En la Confederación Americana, la crisis de comienzos de 1780 y el declive económico más agudo de los años 1785-1786 desataron movimientos populares masivos de tipo político, como la rebelión de Shays de 1786, y ambas crisis económicas renovaron y aumentaron el apoyo político a los federalistas y contra los Artículos de la Confederación. Esto permitió el reemplazo de estos últimos por la Constitución Americana de 1787 (Frank, 1978 a, pp. 206-208). Al otro lado del Atlántico, la misma recesión llevó a la revolución de mediados de 1780 en Holanda, la cual «no ha sido suficientemente reconocida como lo que fue, la primera revolución del continente europeo, precursora de la Revolución Francesa» (Braudel, 1992, p. 275). Esa misma recesión puso en el disparadero la Revolución Francesa (Frank, 1978 a).

Y lo que es más, el último tercio del siglo XVIII marcó también «el declive» acelerado de la India. La década de 1760 desencadenó asimismo una aguda inflexión negativa en la economía del Imperio Otomano que parece estar relacionada con la fase de crisis de tipo Kondratieff de las economías atlánticas, y esos mismos años señalaron también los comienzos del declive económico de China, todo lo cual será objeto de análisis más detallado en el capítulo 6.

¿Una macrohistoria horizontal más integrada?

De manera que, por seguir a Fletcher (1985), «buscamos primero paralelismos históricos (desarrollos similares genéricamente contemporáneos dentro de las distintas sociedades del mundo) y a continuación determinamos si se hallan causalmente interrelacionados». Al operar de esta manera, nos topa-

mos con que toda una serie de acontecimientos simultáneos en sentido horizontal dentro de la historia mundial *no* son simple coincidencia, tal y como sospechaba acertadamente Chaudhuri (1978), sino que se trata de los «fenómenos históricos interrelacionados» dentro de una «historia horizontal integradora», según planteó Fletcher. Frederick Teggart (1939) había ya recomendado y practicado este mismo tipo de enfoque en su *Rome and China: A Study of Correlations in Historical Events* [Roma y China: un estudio sobre correlaciones entre acontecimientos históricos], obra que muestra que hacer historia mundial integradora es posible (y según Teggart y Gills y yo, *necesario*) no sólo en el caso de la historia moderna sino también de la de la Antigüedad e incluso de la Prehistoria. Así, Gills y Frank (1992; también Frank y Gills, 1993) han estudiado el desarrollo de ciclos largos simultáneos de amplitud afro-euroasiática desde el año 1700 de nuestra era hasta el 1700 antes de Cristo, y yo por mi parte he rastreado estos ciclos hasta el 3000 antes de Cristo en mi «Bronze Age World System Cycles» [Ciclos sistémicos mundiales en la Edad del Bronce] (Frank, 1993 a).

Una perspectiva de tan larga duración nos permite también efectuar comparaciones entre períodos históricos diferentes. Éstos pueden ofrecernos la oportunidad de identificar posibles pautas de historia horizontal integradora. Éstas a su vez pueden arrojar luz sobre «propiedades» del sistema tales como la estructura espacial y sectorialmente desigual y el proceso y el desarrollo desigual en el tiempo del sistema y la economía mundial. Wallerstein (1974) y Frank (1978 a y b) entre otros han señalado estos rasgos «económicos» o, según los denominan Modelski y Thompson (1992), «políticos» en el «moderno sistema-mundial» de los últimos quinientos años. El estudio de estos caracteres aparentemente análogos fue ampliado por Gills y Frank hasta abarcar el «sistema económico mundial de cinco milenios» en una serie de artículos reunidos en Frank y Gills (1993), y es estudiado más profundamente por Modelski y Thompson (1996) y Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall (1997).

Un interés particular de todo lo anterior ha recaído en las características sistémicas estructurales y temporales –probablemente cíclicas– que dieron pie a «transiciones hegemónicas en el sistema mundial» (por emplear la terminología de Gills). Gills y Frank (1992; véase también Frank y Gills, 1993), entre otros, exploraron la relevancia del sistema mundial relacionado con el crecimiento del siglo XIII y el subsiguiente declive de los mongoles de Gengis Kan en términos de historia horizontal integradora en lugar de hacerlo en términos estrechos, internos al fenómeno de la expansión de los mongoles. Si se extiende esta perspectiva en clave comparativa, «el auge de Occidente» puede ser también instructivamente visto como una analogía de la de los mongoles, tal y como sugiere Albert Bergesen (en comunicación en privado en 1996).

La analogía estructural entre los mongoles y los europeos consiste en que ambos eran pueblos originariamente ubicados en áreas (semi)marginales o periféricas que se sintieron atraídos por las áreas y economías «centrales» –que eran principalmente el Extremo Oriente y en segundo término el Próximo Oriente– y realizaron incursiones en ellas. De hecho China era el principal foco de atracción y el objetivo primero de los «estados itinerantes» periféricos, según los denominan Chase-Dunn y Hall (1997), que tendían a ser fuente de la innovación a escala del sistema mundial. Los mongoles no sólo atacaron primero China y después el Próximo Oriente, sino que a continuación establecieron en el Oriente Próximo su propia dinastía Yuan y otros estados mongoles. Para los europeos el foco de atracción fue inicialmente ya y asimismo de forma constante «Catay». Éste era el destino al que se dirigían tanto Colón como Magallanes al navegar en dirección al oeste a través del Atlántico. Muchas generaciones después sus seguidores todavía perseguían la quimera del famoso «Paso del Noroeste» a través del Atlántico norte y el norte de Canadá (paso que no ha sido «abierto» hasta la llegada de los submarinos nucleares y los barcos rompehielos), y de hecho de un paso por el noreste desde Europa a través del Océano Ártico en dirección igualmente a China. En el entreacto, los europeos consiguieron con el tiempo hacerse con una «Puerta Abierta» semicolonial en algunos puertos del Mar de China y por el camino se situaron en una posición semicolonial en buena parte del Oriente Próximo y el Asia meridional. Al igual que los mongoles antes de ellos, los europeos hicieron también incursiones laterales en dirección a Japón y el sureste asiático. Las empresas navales de los mongoles fueron más imponentes, pero resultaron igualmente un fracaso. Las empresas navales de los europeos fueron de dimensiones más modestas, si bien en cierta medida tuvieron más éxito (aunque si acaso de forma sólo marginal en el caso de Japón).

En términos del análisis de Gills y Frank de los ciclos temporales largos de amplitud sistémica mundial, las incursiones de los pueblos periféricos mongoles y europeos hacia el Extremo Oriente y el Oriente Próximo resultaron ambas exitosas (¿en términos relativos o temporalmente hablando?) en períodos en los que esos codiciados «centros» económicos asiáticos se hallaban en situación de prolongado declive económico de tipo «B». Gills y Frank (1992; véase también Frank y Gills, 1993) han sugerido que el inicial éxito de las invasiones mongolas hay que adscribirlo en parte a la debilidad de las condiciones políticas de sus objetivos tanto en el Extremo Oriente como en el Oriente Próximo, que se hallaban además experimentando un declive económico ya antes de la llegada de los mongoles, como se demuestra en el caso de Bagdad antes de su caída a manos de los mongoles en 1258 (Frank, 1992).

De forma adicional Gills y Frank (1992) han señalado que el éxito de la Pax Mongolica resultó ser más bien un breve «instante» pese a la mejora de las condiciones que ofrecía para el desarrollo del comercio. La razón que subyace a esto es que esas condiciones económicas desfavorables que se venían experimentando desde tiempo atrás hicieron insostenible el poderío de los mongoles y generaron su fragmentación en poderes regionales más peque-

ños. Estas condiciones fueron más influyentes que el aumento de la seguridad del comercio o la supuesta debilidad política de los mongoles derivada de las rivalidades de unos clancs montaraces incapaces de mantener el orden (algo que por cierto los mongoles ni siquiera trataron de hacer). El poderío europeo y occidental y sus incursiones durante la siguiente fase «B» o recesiva parecen por el momento haber tenido más éxito gracias tanto a que vinieron acompañados de nuevas orientaciones económicas hacia la industrialización (interna de Europa y de forma simultánea a escala mundial), si bien ésta estuvo desde temprano marcada por diferencias a escala regional. La relevancia posicional y cíclica –de dimensiones sistémicas y económicas a escala mundial– de esta innovación a través de la industrialización ha sido sistemáticamente ignorada o malinterpretada, según planteo en el capítulo siguiente. Desde una perspectiva histórica de mayor duración –cuando se escribe este libro nos encontramos apenas a doscientos años de distancia de 1800– ¡no contamos con la evidencia final que confirme esta orientación «innovadora» occidental y sus consecuencias económicas a nivel mundial!

En conclusión, por muy hermoso que resulte observar las piezas del mosaico histórico por separado, para apreciarlas de forma más completa necesitamos también ubicarlas donde cuadran de forma adecuada en una macrohistoria integradora. Si no lo logramos, tal y como señaló acertadamente Fletcher, no conseguiremos apreciar la plena relevancia de las «peculiaridades» de sociedades o acontecimientos concretos. Esta ha de ser nuestra guía si aspiramos a comprender por qué el Oriente «decayó» y el Occidente «emergió». Por descontado, esto es algo más fácil de decir que de hacer: el capítulo que sigue es un paso preliminar para lograr «hacerlo». En él espero mostrar que, independientemente de lo instructivo que pueda resultar compararlo o no con los mongoles, el «auge de Occidente» requiere ser también analizado en términos sistémicos mundiales. Y éstos sugieren una vez más que estamos ante la emergencia de una región previamente marginal que fue con el tiempo capaz de aprovecharse (¿y temporalmente?) del declive económico y político del «centro» situado en Asia.

Capítulo 6

¿POR QUÉ TRIUNFÓ (TEMPORALMENTE) OCCIDENTE?

> Confrontar la historia mundial es confrontar las preguntas últimas sobre el destino humano (...) Hay que ver la historia, y en particular la historia mundial, como el reflejo de un futuro anhelado (...) Evitar el desafío de una perspectiva global es abdicar ante la tarea central del historiador, que consiste en descifrar el significado de la historia. Repudiar la historia mundial en un tiempo de crisis es renegar de la responsabilidad última del historiador de confrontar a la sociedad con su pasado de forma que tenga un sentido y resulte de utilidad (...) La historia mundial se ha convertido en una forma de tratar de alcanzar la unidad mundial.
>
> Paul Costello (1994, pp. 213, 8-9 y 215)

Este capítulo plantea la pregunta de *por qué* Occidente vino (temporalmente) a triunfar. Ofrece dos respuestas a esta pregunta e investiga acerca de las posibles relaciones entre ellas. Una respuesta es que los asiáticos se hallaban debilitados, y la otra respuesta es que los europeos se estaban fortaleciendo. Esto puede sonar algo perogrullesco, pero no lo es si tenemos en consideración lo que debilitaba a los asiáticos, lo que reforzaba a los europeos, y qué es lo que a su vez puede haber relacionado entre sí estos dos procesos. Más aún, esta combinación de pregunta y respuesta no es en sí misma perogrullesca: la práctica totalidad de las restantes «explicaciones» disponibles y que compiten entre sí se apoya en el supuesto o el aserto de que Asia era y supuestamente siguió siendo «tradicional». Asimismo estas explicaciones asumen que Europa se elevó primero a sí misma por sus propios medios hasta llegar a «modernizarse» y a continuación de forma graciosa ofreció esta «modernización» a los asiáticos y otros pueblos en otras partes del mundo. Según la perspectiva occidental y en virtud de su «efecto demostrativo», este ofrecimiento de «civilización» y «progreso» fue voluntariamente aceptado por algunos pueblos. A otros les tuvo que ser impuesto por la fuerza del colonialismo y el imperialismo. Supuestamente otros pueblos asiáticos, y por supuesto los africanos, latinoamericanos e incluso algunos de los europeos (y también bastantes de los norteamericanos) todavía hoy se consumen en su propio caldo tradicional.

La evidencia y el argumento de los capítulos anteriores muestran que los

asiáticos no eran más «tradicionales» que los europeos y de hecho lo eran bastante menos. Más aún, tal y como argumentaré más adelante, los europeos no hicieron nada por sí solos, y menos aún se modernizaron de modo independiente. Esta afirmación cambia los ejes de la historiografía y la ciencia social de los últimos doscientos años más o menos, y de hecho también de las humanidades que se basan en el supuesto de que «Oriente es Oriente, Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán el uno con el otro». Lo cierto es que *sí* que se encontraron, y en absoluto en los supuestos términos occidentales, y la pregunta es ¿por qué?

Este libro ha tratado de edificar, capítulo a capítulo, el andamiaje global que permitirá la elaboración al menos de respuestas preliminares derivadas de la estructura y la dinámica de la economía mundial en su conjunto. El capítulo 2 esbozó el marco productivo y de comercio y ofreció los términos del flujo que a modo de sangre en un cuerpo hacía que el mundo se moviera. El capítulo 4 ha examinado las magnitudes resultantes de población y actividad económica, las cualidades tecnológicas, y los mecanismos institucionales, y ha señalado que varias regiones de Asia conservaron e incluso incrementaron su preponderancia a escala global. El capítulo 5 ha propuesto un análisis macrohistórico de dimensión global con el cual podemos percibir cómo los acontecimientos y procesos a menudo se relacionan entre sí a lo largo del mundo.

Este capítulo se plantea si y cómo la ventaja económica mundial de Asia entre 1400 y 1800 puede haberse convertido en su propia desventaja y haber jugado a favor de Occidente en los siglos XIX y XX. Algunas conexiones económicas mundiales y un posible mecanismo que puede haber generado o al menos permitido este intercambio han sido ya explorados en el capítulo 5: el largo ciclo expansivo (o fase «A») que comenzó en 1400 parece haberse prolongado hasta el siglo XVIII pero después se convirtió en una fase recesiva de tipo «B», al menos para Asia. Los ciclos económicos mundiales y en especial las crisis generan a la vez situaciones de peligro y oportunidades, que es como los chinos entienden el significado de la palabra «crisis». Estas situaciones y oportunidades varían sin embargo de una región o sector a otro en función de su lugar y su papel en la economía mundial en su conjunto. De manera que podemos ahora servirnos de estas lecciones y del andamiaje que he ido aportando en los capítulos anteriores para preguntar acerca de los «por qué» y los «por consiguiente» del «declive de Oriente y el auge de Occidente». El presente capítulo se organiza en cuatro secciones principales: 1) ¿existió un ciclo económico mundial de varios siglos de duración, una especie de «montaña rusa», cuya fase expansiva de tipo «A» se transmutó en una fase recesiva de tipo «B» para Asia? 2) ¿Cuándo y cómo se hizo manifiesto el «declive» de Asia? 3) ¿Cómo tuvo lugar el «auge» de Europa y Occidente? 4) ¿Cómo se relacionan entre sí este declive y auge de la estructura de la economía mundial a través de dinámicas globales y regionales de tipo demográfico, económico y ecológico?

¿EXISTIÓ UN CICLO LARGO A MODO DE «MONTAÑA RUSA»?

En el capítulo 5 hemos visto que, en ausencia de una generalizada «crisis del siglo XVII», la larga expansión económica global se prolongó en Asia desde 1400 hasta al menos mediados del siglo XVIII. Este hallazgo permite extender los ciclos de medio milenio de duración aislados por Gills y Frank hacia el interior la Edad Moderna. Uno de los incentivos iniciales a la hora de escribir este libro para mí ha sido plantearme las implicaciones que tiene para el «moderno sistema-mundial» de Wallerstein posterior a 1500 el reconocimiento de la existencia de un viejo sistema mundial con sus ciclos A y B muy anterior a 1500 (Frank y Gills, 1993). Estos ciclos contaban con fases expansivas de tipo «A» seguidas de fases de contracción de tipo «B», cada una de las cuales se extendía a lo largo de entre dos y tres siglos. Gills y yo esbozamos, aislamos y situamos cronológicamente estos ciclos comunes a buena parte de Afro-Eurasia desde el 1700 antes de nuestra era (Gills y Frank, 1992; véase también Frank y Gills, 1993) y después hasta el 3000 antes de Cristo (Frank, 1993 a). La cuestión que surge es si estos ciclos largos continuaron hasta los inicios de la Edad Moderna y, si es así, con qué efectos.

Sin tratar de revisar una vez más aquí la historia completa de estos ciclos largos, puede señalarse que tuvo lugar un nuevo período grande de expansión entre los años 1000/1050 y 1250/1300. Fue éste el período en especial de mayor desarrollo tecnológico, productivo, comercial y económico general bajo la dinastía Song en China. William McNeill (1983) considera que China era el más importante «centro» del mundo en aquel tiempo. George Modelski y William Thompson (1996) sitúan en China los primeros cuatro ciclos Kondratieff de alrededor de cincuenta años de duración, que dan comienzo en torno al año 930 de la era. Asimismo, Wallerstein (1992, pp. 586-588) señala que «las pautas de expansión y contracción se hallan con claridad observadas y admitidas entre quienes escribían en torno a fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna en Europa (...) Así, el periodo 1050-1250 poco más o menos fue un tiempo de expansión en Europa (las Cruzadas, las colonizaciones agrarias) (...) La crisis y gran contracción del período 1250-1450 incluye la Peste Negra». Janet Abu-Lughod (1989) definió el primer siglo de esta última fase, entre 1250 y 1350, como inicialmente expansivo, pero después lo define como en contracción a partir de 1350. Hizo esto a partir de su análisis de un «sistema mundial del siglo XIII» para toda Afro-Eurasia. Gills y Frank (1992; véase también Frank y Gills, 1993) trataron de revisar ambos periodos como, primero una fase «A» de tipo expansivo hasta alrededor de 1250, y a continuación una fase «B» de crisis hasta alrededor de 1450, y lo hicieron de nuevo para el conjunto del sistema y la economía mundial de Afro-Eurasia.

Gills y Frank (1992) situaron cronológicamente el renovado período de

expansión de tipo «A» a partir de 1450, pero siguiendo tal vez demasiado de cerca a Wallerstein (1974) en su análisis de la economía-mundo europea. No dimos relevancia suficiente ni siquiera a Ravi Palat y Wallerstein (1990), que señalan el inicio de una importante expansión en la India ya en 1400. La revisión de la economía mundial que planteo aquí sugiere que esta expansión dio en efecto comienzo en 1400, y no sólo en la India sino también en el sureste asiático y probablemente en China.

En su marginal extremo occidental, las actividades de venecianos y genoveses en el Mar Negro y el Mediterráneo oriental y sus incursiones en el Atlántico eran fenómenos de relevancia menor dentro de esta expansión económica mundial. Lo mismo eran la «reconquista» en la Península Ibérica y todas las iniciativas de castellanos y portugueses en el Atlántico. Estos últimos fueron primero a las Azores y Madeira y los otros a las Islas Canarias, y a continuación ambos se aventuraron alrededor y a lo largo de las costas del África occidental. Esta expansión de los reinos ibéricos sentó a cambio las bases para la búsqueda y descubrimiento de un paso hacia el próspero y dorado Extremo Oriente. Los reinos ibéricos se incursionaron tanto hacia el oeste, alrededor del mundo a través del Atlántico y después adelante a través del Cabo de Hornos y Panamá y/o México a través del Pacífico, cuanto hacia el este alrededor de África doblando el Cabo de Buena Esperanza. Esta última hubiera sido no sólo la ruta más corta sino la que hubiera ofrecido más tempranos y mayores beneficios en relación con las riquezas de las regiones bañadas por el Océano Índico y el Mar de la China Meridional. Sólo el descubrimiento de América y sus riquezas monetarias de oro y plata volvieron en adelante rentable la ruta por el oeste. Ella ofreció a los europeos su primera oportunidad real de apostar con dinero contante y sonante en el casino global dominado por Asia. Más aún, de hecho ya antes la economía asiática se hallaba de nuevo abierta a los negocios y floreciente desde 1400.

La cuestión pasa entonces a ser la siguiente: ¿hasta cuándo perduró esta fase expansiva de tipo «A» dentro del ya mencionado ciclo largo? Cuando empezamos a rastrear este ciclo hasta el 1700 antes de Cristo, Gills y yo nos detuvimos en 1450 y «aceptamos de modo provisional los perfiles esenciales» planteados previamente por otros estudiosos de los ciclos para dibujar el perfil subsiguiente de la economía mundial (Gills y Frank, 1992; véase también Frank y Gills, 1993, p. 180).

En la revisión que hizo de este ciclo y sus fases y cronologías sobre la base de datos de crecimiento de la urbanización, Andrew Bosworth (1995, p. 224) escribió que «parece que Gills y Frank se precipitan un poco al anunciar la muerte de los ciclos de duración más larga (...) y al asumir en su lugar el desarrollo de ondas Kondratieff más breves (si es que esta es en realidad su postura al respecto). Los dos fenómenos (...) no son necesariamente incompatibles». Bueno, tal vez ésta haya sido nuestra postura pragmática *de facto*, pero *de iure* considerábamos también que en principio los dos tipos de ciclos podrían haber convivido unos dentro de otros. Tal es de hecho la tesis del capítulo 5 de este libro cuando se discute el «análisis monetario de las crisis de la década de 1640», si bien no he teorizado sobre cómo varios ciclos Kondratieff pueden ser albergados por una fase de ciclo largo (véase no obstante la discusión del enfoque de Modelski y Thompson en el capítulo 5).

Pero la cuestión más analizada es cuánto duró esta (posible) fase «A». La respuesta es que duró hasta al menos 1750. Bosworth se planteó una pregunta similar por medio de sus datos de crecimiento urbano, y su conclusión es que éstos «refuerzan» también la idea de una fase «A» más prolongada en el tiempo: las veinticinco ciudades más grandes del mundo no cuadran bien dentro del ciclo largo debido a un relativo declive por ellas experimentado en el siglo XVI. Sin embargo, «en el caso del Extremo Oriente (midiendo el crecimiento de sus ciudades de mayor tamaño dentro del conjunto de las veinticinco que estudia) la jerarquía urbana relativa se mantiene elevada hasta al menos 1650, momento tras el cual se equipara a la ratio propia del sistema urbano europeo/atlántico. Este «desequilibrio» se mantiene durante un siglo entero» (Bosworth, 1995, pp. 221-222). En la Figura 8.4 de su trabajo, las líneas de la jerarquía urbana relativa en las ciudades del Extremo Oriente no se cruzan con las del ámbito europeo-atlántico hasta alrededor de 1825, cuando la decadencia del poder económico y político asiático era ya evidente. Londres desplazó en 1850 a Pekín como capital más poblada del mundo. Según se ha señalado en el capítulo 4, Rhoades Murphey (1977) sitúa también la línea divisoria entre el declive de Oriente y el auge de Occidente alrededor de 1815.

Por consiguiente, una vez más parece que esta (hasta el momento última) prolongada fase de expansión económica mundial perduró –al menos en Asia– durante tres centurias, desde el siglo XV y durante todo el XVII, llegando hasta al menos la primera mitad –si es que no hasta finales– del siglo XVIII. La evidencia sobre el siglo XVII revisada anteriormente en este libro da también apoyo a la idea de una continuidad de la expansión del «largo siglo XVI» desde 1400/1450 hasta al menos comienzos del siglo XVIII. Más aún, la expansión de la producción y el crecimiento de la población siguieron produciéndose principalmente en Asia, tal y como ya se ha señalado en el capítulo 4, mientras que Europa sólo dejó de ir retrasada muy tardíamente. Ambas expansiones fueron alimentadas por el flujo de dinero americano traído por los españoles. En términos del desarrollo y la realidad histórica mundial, fue realmente (sólo) el dinero americano lo que permitió a los europeos aumentar su participación en esta expansión productiva de la economía mundial de base mayoritariamente asiática. Más aún, hay que concluir que las áreas más fuertes y dinámicas de la economía mundial siguieron estando en China y la India.

Mi argumento es por tanto que estas economías asiáticas y otras poseían entonces y siguieron poseyendo una pauta de crecimiento económico cíclico de larga duración que llegó al punto de inflexión más alto de una fase expansiva «A» para pasar a continuación a una fase contractiva «B». Más aún,

estas economías asiáticas se hallaban todas ellas bien conectadas unas con otras. Por consiguiente, esto no puede ser una mera «coincidencia», y no debería sorprender que se hallasen experimentando simultáneamente estas fases expansivas y contractivas, si es que es eso lo que estaba sucediendo. Estas economías asiáticas no sólo, sin embargo, estaban relacionadas entre sí sino que eran a su vez inseparables de una sola economía mundial que presumiblemente contaba con su propio ciclo largo de desarrollo. El argumento que planteo es que la fase ascendente «A» iniciada alrededor de 1400 dentro de ese ciclo largo llegó a su punto más alto de inflexión y dio paso a una subsiguiente fase «B» larga entre 1750 y 1800, en especial en el caso de estas economías centrales de Asia. Más aún, tal y como argumenté ya en Frank (1978 a) y de nuevo en el capítulo 5 de este libro, el ciclo largo Kondratieff de duración más corta tuvo lugar en una fase «B» que se produjo entre 1762 y 1790.

La fase larga de expansión «A» que se dio por finalizada para Asia en las postrimerías del siglo XVIII y su subsiguiente declive (¿cíclico?) permitieron a un Occidente aún entonces marginal tener su primera verdadera oportunidad de mejorar su posición absoluta y relativa dentro de la economía y el sistema mundial. Sólo entonces pudo Occidente seguir adelante hasta hacerse con un período (¿temporal?) de dominio. La analogía con el mundo contemporáneo es que la actual crisis económica permite el auge de lo que ahora se denominan «Nuevas Economías Industriales» (NEI) en el Extremo Oriente, en tiempos situadas en los «márgenes» de la economía mundial. Es posible señalar que al igual que estas NEI del Extremo Oriente hoy, Europa se implicó entonces en un proceso de sustitución de importaciones (en aquel tiempo en lo que era la industria «líder» del textil hasta entonces dominada por las importaciones de Asia) y de modo creciente en la promoción de las exportaciones, primero hacia sus mercados relativamente protegidos del África occidental y América y más tarde hacia el mercado mundial en su conjunto.

Hay otras analogías históricas anteriores entre este proceso y el que experimentaron algunos otros «estados itinerantes» marginales y periféricos –aunque no todos ellos– al desafiar de forma innovadora otras economías, sociedades y civilizaciones (o imperios) «centrales», tal y como argumentan Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall (1997). Las economías (semi)periféricas anteriores se beneficiaron de las oportunidades (y trataron de evitar los peligros) generadas por las crisis ocurridas en los centros de sus respectivas economías y sistemas mundiales (Gills y Frank, 1992; véase también Frank y Gills, 1993). Nunca estará de más decir que este cambio de posición tuvo en cada ocasión más que ver con las repentinas crisis sistémicas de sus respectivos centros que con ninguna «preparación» larga ni con un desde antes previsible «auge» de esas regiones previamente (semi)periféricas o de sus nuevos sectores «punta».

Así debemos investigar si a fines del siglo XVIII dio comienzo en Asia un declive económico y político mundial de fase «B» en beneficio de los europeos hasta entonces marginales y entonces en período de veloz ascenso. El ciclo sistémico mundial ya identificado anteriormente (Gills y Frank, 1992; véase también Frank y Gills, 1993) implica que la simultánea «caída» de tantos estados tan poderosos –los imperios otomano, mogol, safávida, Ching y Habsburgo– sería el proceso que acompañó a la crisis del sistema mundial y su correspondiente fase «B». Al final de este capítulo voy a especular un poco acerca de la continuidad histórica de este ciclo cuya fase «B» parece haber dado comienzo en Asia a fines del siglo XVIII. El tratamiento de los problemas teóricos a ello aparejados se deja para el capítulo 7.

Todavía queda por plantear la crucial pregunta histórica de cuándo, por no decir por qué, el declive económico y político dio comienzo en Asia y si fue o no parte de un ciclo largo de tipo «B». Estas preguntas relacionadas unas con otras conllevan profundas implicaciones teóricas e ideológicas: ¿fueron estos declives en Oriente iniciados o causados, o sólo si acaso acelerados, por «el auge de Occidente»?

EL DECLIVE DE ORIENTE PRECEDIÓ AL AUGE DE OCCIDENTE

Este encabezamiento está tomado del magistral libro de Janet Abu-Lughod *Before European Hegemony* (1989). Ella no rastreó sin embargo el tema más allá de 1350, en la Edad Media. He hecho ver que a «Oriente» le costó varios siglos más entrar en «declive», y que «Occidente» sólo llegó a estar en «auge» de forma muy tardía. De manera que es muy poco lo que puede decirse acerca de por qué decayeron las economías asiáticas y los imperios otomano, safávida, mogol y Ching. De hecho el debate sobre el siglo XVIII en Asia ha mantenido altas dosis de ambigüedad y confusión:

> Desde hace ya bastante tiempo, en la historiografía de Indonesia, la India y los países árabes, el siglo XVIII ha sido visto como un período de declive. Los ingleses vieron en este declive la justificación de su penetración imperial, los holandeses asistieron en el período a un eclipse de la noble Compañía [de las Indias Orientales, VOC], los árabes sólo lo vieron como un trasfondo de su propio período moderno. Más recientemente esta idea de declive ha sido puesta en tela de juicio por historiadores que trabajan sobre estas grandes regiones (...) [Algunos de ellos señalan] el peligro de tomar las muestras de fragmentación política como síntoma de decadencia (...) [No obstante] para la mayoría de los indicadores de la economía, la evidencia más abundante hasta hoy estudiada sugiere una continuidad más que un cambio radical (Das Gupta y Pearson, 1987, pp. 132-133).

Con todo, debemos seguir el consejo de Fletcher y buscar posibles procesos y causas sistémicos para ese eventual «declive» de Asia. Esto es precisamente lo que yo he venido haciendo en los últimos años, produciendo así algunos

resultados tentativos que están recogidos en Frank y Gills (1993) y Frank (1993 a). De manera que hemos de investigar también si han sido relacionados entre sí el declive de Oriente y el auge de Occidente, y con qué grado de sistematicidad.

Recientemente, M. Athar Ali se ha planteado esta misma cuestión. Ya sólo la manera como plantea la cuestión merece ser citada de forma literal, si bien su respuesta tentativa resulta menos satisfactoria. Este autor señala que la caída del imperio mogol ha sido atribuida a toda suerte de factores «internos», desde el exceso en la corte de mala influencia por parte de mujeres a las rémoras institucionales que volvían la explotación campesina ineficiente pero al mismo tiempo mucho más dura, y que dieron lugar al creciente desarrollo del nacionalismo. Athar Ali señala que está aún por hacer una síntesis de todos los factores relevantes, pero que antes incluso de intentarlo es necesario situarlos primero todos ellos en «el contexto adecuado». Y a este respecto observa que

> En la discusión académica que sigue sobre la quiebra del imperio Mogol he intentado plantear el hecho de que la discusión haya sido abordada en términos tan aislados. La primera mitad del siglo XVIII no asistió sólo al colapso del imperio mogol: también lo hizo el imperio safávida; el janato uzbeco se rompió en fragmentos; el imperio otomano comenzó su camino hacia el lento pero inexorable declive (Ali, 1975, p. 386).

Ali sugiere a continuación que sería forzar las cosas aseverar que fue pura coincidencia lo que hizo que todas estas grandes regiones sufrieran el mismo destino a un mismo tiempo. Por consiguiente, siguiendo también a Fletcher (1985) deberíamos plantearnos si es posible descubrir algún factor común que ocasionase estos acontecimientos tan simultáneos. Ali continúa:

> Hay también un punto importante que puede servir de guía en nuestra investigación. La quiebra de los imperios es directamente anterior al impacto del ataque militar de las potencias coloniales occidentales, sobre todo por parte de Gran Bretaña y Rusia. Pero el intervalo de tiempo entre ambos acontecimientos es tan breve que la cuestión que debe plantearse es si el auge de Occidente no estuvo subvirtiendo, en un sentido aún no comprendido de manera adecuada, la política y la sociedad de Oriente incluso antes de confrontar a los estados orientales con su poderío militar superior. Un lamentable vacío en nuestro estudio de la historia económica del Oriente Medio [¡sic!] y la India es que no se haya llevado a cabo ningún intento de estudio de los cambios en las pautas de comercio y de los mercados de estos países como resultado de un nuevo comercio entre Europa y Asia (Ali, 1975, p. 386).

El propio intento de Ali de ofrecer una respuesta no resulta sin embargo satisfactorio ya sólo por la forma con que comienza: «el principal acontecimiento entre 1500 y 1700 fue sin duda el auge de Europa como centro del comercio mundial» (Ali, 1975, p. 387). La evidencia reunida en este libro contradice este punto de partida y obliga a buscar otra explicación. Ali sigue adelante y sugiere que la influencia económica europea debe haber desestructurado y debilitado las economías asiáticas no sólo en términos relativos sino en términos absolutos (Ali, 1975, p. 388). Esta suposición entra también en contradicción con la evidencia disponible sobre el siglo XVI, más aún sobre el siglo XVII y también para parte de la del siglo XVIII, tiempo durante el cual las economías asiáticas se vieron, al contrario, fortalecidas.

A continuación Ali argumenta que el supuesto desvío de los ingresos de los asiáticos hacia los europeos y el deterioro de las rentas de sus clases dominantes obligó a éstas a aumentar la explotación agraria para mantenerse a flote, y que esto «por supuesto, implicó el fin de los grandes imperios» (Ali, 1975, p. 388). Sin embargo, el aumento de la explotación, en especial de los que trabajaban la tierra, no es en general tanto el resultado de caídas en los ingresos por parte de quienes los dominan como el resultado de un aumento y expansión de las oportunidades del comercio de generar ingresos en beneficio de quienes dominan a los que trabajan para ellos la tierra. Tal ha sido la experiencia común al mundo de la plantación esclavista y otras economías agrarias de exportación (Frank, 1967). Ello polariza la economía y la sociedad, volviendo a los ricos más ricos y a los pobres más pobres. Más adelante saco a colación abundante evidencia de esto para los siglos XVII y XVIII en la India y también en China.

En ese sentido, la expansión económica combinada con la polarización de los ingresos y el estatus dio también como resultado una atrofia en el proceso mismo de generación de riqueza. Por consiguiente, la estabilidad política de los imperios asiáticos puede no haber sido socavada tanto por la competencia de los europeos sobre sus economías, que es lo que sugiere Ali. Las crecientes tensiones económicas y políticas en Asia pueden en lugar de ello haber sido generadas más por la inyección de la plata de los europeos y por el consiguiente aumento del poder de compra, los ingresos y la demanda sobre los mercados internos y de exportación en la economía mundial y en especial en Asia. Ello a su vez presumiblemente distorsionó cada vez más la distribución de ingresos, lo cual pudo haber desembocado en constricciones sobre la demanda efectiva y en un aumento de las tensiones políticas, según planteo más adelante.

Sólo en la segunda mitad del siglo XVIII, en especial en el último tercio, las tendencias hacia la decadencia se aceleraron de hecho en los imperios otomano, safávida y chino. El declive se produjo primero y de forma más acelerada en Persia y a continuación en la India, con la gradual pérdida de ventajas competitivas en los textiles y la reversión en la orientación de los flujos de lingotes monetarios (de dentro hacia fuera) a partir de mediados del siglo XVIII.

De manera que, sin contar con los casos de la Persia safávida y de Timu-

rid y/o Bujara en el Asia central, el declive más temprano parece haber tenido lugar en la India, que es además el caso sobre el que se cuenta con la mayoría de los estudios hoy día disponibles. Voy a comenzar pues con la India para después pasar a examinar otras partes de Asia.

El declive de la India

La historiografía sobre la India viene debatiendo desde hace tiempo si, y hasta qué punto, en especial el colonialismo británico fue responsable de las hambrunas y la desindustrialización primero en Bengala y a continuación en el resto de la India. De forma irónica, los analistas alineados con Occidente y los nacionalistas indios están de acuerdo en que la victoria británica en la batalla de Plassey en 1757 en Bengala marcó un importante cambio de trayectoria. Los observadores pro-occidentales tendían a defender que Gran Bretaña introdujo la civilización y el desarrollo en la India. Algunos escritores nacionalistas indios del siglo XIX (analizados por Chandra, 1966) y ya en el siglo XX muchos soviéticos, de la India y otros «antiimperialistas» (entre ellos Frank, 1978 a) han visto el declive de la India como el resultado de la derrota en esa batalla, que abrió la puerta a la colonización británica. Con ella dio comienzo el «saqueo de Bengala» por la East India Company inglesa, la destrucción de la industria textil, la estructura de la propiedad basada en los *zamindari* o grandes latifundios y los *ryotwary* o pequeñas tenencias campesinas, el drenaje de capital de la India, etc.

Sin aspirar a entrar en esa discusión aquí, es obligado defender que existen sin embargo dudas legítimas sobre cuándo y dónde comenzó exactamente el declive de la India y otros lugares. Quienes argumentan que ésta comenzó sólo después de 1757 o, como es el caso de Amiya Bagchi, sólo a partir de 1800 o incluso realmente sólo después de 1830, como sugiere Burton Stein (1989), deben hacer frente a la evidencia existente de que el declive económico había comenzado ya antes de cualquiera de estas fechas. Contrariamente a las opiniones heredadas que hablan de un «estancamiento» económico de la India y otras partes de Asia antes ya de la llegada de los europeos, en los capítulos 2, 3 y 4, así como en el apartado que trata sobre la «crisis del siglo XVII» en el capítulo 5, he planteado que siguió produciéndose un importante crecimiento económico en la India hasta bien entrado el siglo XVIII. Tal es asimismo el juicio sumario que sobre la base de evidencia histórica ofrece para la India Stein (1989). Desde su punto de vista la política británica no ocasionó un daño de importancia en la India hasta alrededor de 1830.

Otros sin embargo han encontrado inicios de declive económico en la India ya un siglo antes. «Hay un claro declive de la producción *tanto* de seda *como* de algodón en Bengala desde comienzos de la década de 1730» (Rila Mukherjee, en comunicación privada en 1995). Mukherjee (1994) ofrece evidencia procedente de Kasimbazar, un importante centro productor de seda de Bengala en el que el número de mercaderes que abastecían de seda a la East India Company inglesa descendió desde una media de 55 comerciantes con inversiones de unas 17.000 rupias en el período 1733-1737 a 36 mercaderes y 7.000 rupias de inversiones entre 1748 y 1750. Después de una crisis en 1754 estos mercaderes desaparecen repentinamente de los registros de la fábrica. Los problemas de abastecimiento habían ido en aumento y el hinterland se estaba descomponiendo como en cualquier otra parte de la costa de la India. Sin embargo, Bengala estaba también padeciendo un descenso en la demanda de seda conforme la competencia de China fue aumentando en Bombay y Madrás. Mukherjee (1990/1991) ha estudiado también Jugdia, el área más importante de producción de algodón. También allí las cosas estaban en esos mismos años «desembocando en una crisis en la esfera productiva». Había problemas de abastecimiento tales como retrasos en las entregas de materia prima, escasez en la oferta, declive de la calidad, repentinos auges de precios y una desconfianza generalizada, de manera que «a la altura de mediados del siglo XVIII podemos realmente anticipar algunas de las señales de desindustrialización» (Mukherjee, 1990/1991, p. 128). Parece entonces extraño que el estudio efectuado por Richard Eaton (1993) sobre la frontera de Bengala no se tope antes de mediados del siglo XVIII apenas con señales de declive económico y todo lo más con un cambio en la actividad económica desde el oeste al este hacia Bengala y dentro de ella.

P. J. Marshall (1987, p. 290) observa también que «la estabilidad misma de Bengala, que había perdurado ya varias décadas, comenzó a romperse en la década de 1740. En un estudio reciente se ofrece un cuadro vistoso...». Y a continuación cita un texto de K. N. Chaudhuri (1978) que hace referencia a un «movimiento [de] la economía de Bengala en dirección a su colapso generalizado». El propio Chaudhuri (1978, p. 308) sigue adelante para hablar de «la desestructuración de la producción textil...». Es más, Chaudhuri (1978, pp. 309 y 294) señala que «la década de 1730 fue un mal período para la India» y que «las guerras anglo-francesas de mediados del siglo XVIII descompusieron aún más un comercio que se hallaba ya ante serias dificultades; Madrás en particular padeció de forma severa». Sinnappah Arasaratnam (1986, p. 211), preguntándose si el comercio en Coromandel experimentó estancamiento o declive, escribe que especialmente después de 1735 «no hay duda de que la región asistió a un declive de su actividad económica y por consiguiente de su comercio».

Tapan Raychaudhuri e Irfan Habib, en el volumen 1 de *The Cambridge Economic History of India* añaden que

> mucho más importante aún que el declive del transporte en Bengala fue la caída de la gran marina comercial de Gujarat a comienzos del siglo XVIII. Una vez más aquí conviene señalar que el declive del comercio marítimo de Gujarat, si bien acelerado por la creciente inseguridad política, había comenzado antes de que la quiebra de las insti-

> tuciones y el orden se hicieran realmente manifiestos (...) El declive del puerto de Surat bajo dominio mogol y la desaparición de la flota atracada en dicho puerto –con cifras de hecho en descenso desde 112 barcos en 1701 a 20 en 1750– son seguramente los dos cambios más importantes en el comercio del Océano Índico durante este período (Raychaudhuri y Habib, 1982, p. 433)

No obstante, Surat en el oeste y Masulipatam y otros centros de la costa de Coromandel y su hinterland en este habían comenzado a decaer ya en las primeras décadas del siglo XVIII como consecuencia del debilitamiento simultáneo de los imperios mogol, safávida y otomano (Das Gupta y Pearson, 1987, p. 140). Los europeos fueron capaces de aprovechar las ventajas competitivas comerciales abiertas por el declive asiático así como aprovecharse de las tensiones de sus competidores asiáticos de otras partes del continente. Marshall observa que estos

> habrían sido tiempos más difíciles para los barcos asiáticos aunque los ingleses no se hubieran dedicado a ofrecer sus servicios en competencia con ellos (...) Sólo cuando sus competidores de la India fueron profundamente debilitados (...) comenzó realmente a aumentar la influencia de los ingleses en el comercio de la India occidental (...) A comienzos del siglo XVIII todos los barcos asiáticos parecen haber estado perdiendo terreno en el sureste asiático y en China a manos de los barcos británicos de Madrás y Calcuta (Marshall, 1987, pp. 293 y 292)

Sin embargo, las dificultades económicas de la India parecen haberse extendido y/o intensificado en la tercera y cuarta década del siglo, y también parecen haber afectado profundamente a las regiones hasta entonces más competitivas, como Bengala. Más aún, la media anual de importaciones de Asia a cargo de las compañías comerciales holandesas y británicas (medidas a partir de valores facturados y valores de ventas) descendió en las décadas de 1730 y 1740 (pero se recuperó en la de 1750), «confirmando el supuesto de que este fue un período de marcada competencia en el comercio europeo-asiático» (Steensgaard, 1990 d, pp. 112-113). Los comerciantes chinos fueron masacrados en la Batavia holandesa en 1740. Fue este también un tiempo de «general recesión europea en el comercio colonial» (Steensgaard, 1990 d, p. 110) y un tiempo de guerra, desde la de Jenkin's Ear que comenzó en 1739, la de Sucesión austríaca de 1740, que ha sido caracterizada por Walter Dorn (1963, p. 164) como «en esencia una guerra comercial, una pugna de comerciantes rivales» entablada para hacerse con el comercio de ultramar (Frank, 1978 a, p. 110). Pero esta visión no es exclusiva de Dorn: «[l]a última guerra que fue en sí desencadenada por razón de las colonias [fue] la guerra española de 1739», señaló ya Adam Smith (1937, p. 899).

Volviendo a la India, parece importante examinar más profundamente si los problemas políticos y a continuación el colonialismo europeo pueden haberse sumado entre sí y acelerado tan sólo un declive económico constatable con anterioridad y que continuaba aún en distintas partes de la India, así como en otras partes. Al mismo tiempo es importante analizar si, cómo y hasta qué punto dicho declive se relacionaba o incluso en parte venía producido por el auge de Europa incluso *antes* de la intervención político-militar colonial europea en esta región en declive.

Arasaratnam (1995) aborda esta cuestión en relación con la costa de Coromandel. La intervención colonial holandesa en el sureste asiático y los esfuerzos de los británicos por obtener beneficios del comercio de China eran actividades que afectaban negativamente a la costa de Coromandel y a sus mercaderes indios. El aumento del control político y comercial por parte de la VOC holandesa en Indonesia y en especial en Java así como sus efectos de estrangulamiento sobre Malaca vinieron también a cortar los lazos largo tiempo establecidos entre Coromandel y el sureste asiático. Éstos habían sido lazos de tipo bilateral y multilateral dentro de la red comercial más amplia estudiada anteriormente, y todos ellos quedaron seriamente dañados. Los crecientes lazos directos de la East India Company británica con China sirvieron también para expulsar a Coromandel de negocios comerciales hasta entonces de enorme importancia. Arasaratnam sintetiza algunos cambios comerciales de comienzos y mediados del siglo XVIII y «el rasgo más decisivo y definitorio» de Coromandel, el declive de su comercio con el sureste asiático:

> En cuanto a Coromandel, el comercio europeo en sus nuevas formas y direcciones vino a cortar drásticamente el comercio que tradicionalmente se había realizado en esta región (...) Esta arteria [del sureste asiático] fue violentamente cortada por los holandeses en el trascurso del siglo XVII. Los lazos comerciales de la India fueron uno a uno desactivados con las Molucas, las Islas Macasar y las Célebes, Bantam y los puertos del norte de Java, [y la] costa occidental de Sumatra. En una serie de acciones militares y navales, estos puertos y mercados quedaron cerrados al comercio de la competencia. Ello supuso el abandono de un lucrativo comercio de exportación en textiles para los comerciantes de Coromandel. Ello supuso literalmente quitarles de las manos el comercio de importación de especias en dirección a Coromandel. Y acarreó la privación del acceso al mineral –oro y latón– que había constituido una rentable mercancía de importación a la India. Conviene subrayar que estos procesos tuvieron lugar empleando la fuerza bruta y no sirviéndose de mejores técnicas o experiencia comercial (...) El boom del comercio chino en la segunda mitad del siglo XVIII y los consiguientes cambios en el comercio interregional de Asia dieron el golpe final al comercio de Coromandel (...) Coromandel, al igual que Bengala, se vació de moneda para adquirir exportaciones de China, lo cual llevó a una escasez generalizada de capital. Los comerciantes de Coromandel no tenían apenas rol que desempeñar en esa nueva pauta emergente de comercio (...) La expansión del control directo de los ingleses sobre partes importantes del país acabó con su función como intermediarios (...) Conforme aumentó el poder

> adquirido por los europeos, lo fue haciendo asimismo la dependencia y el compromiso con aquél [de los poderes políticos indios intermediarios]. Éstos se pusieron abiertamente del lado de los europeos en su pelea con los comerciantes y contribuyeron a socavar los intereses de los comerciantes. Asimismo se pusieron del lado de sus señores europeos contra el poder de las áreas rurales alrededor de las ciudades y contribuyeron a hundirlas en aras de los intereses de los ingleses (Arasaratnam, 1995, pp. XIV-28, 29, 41 y 40).

En resumen, existe abundante evidencia de que el declive económico de la India y en particular en la industria textil de Bengala había dado comienzo antes de la batalla de Plassey en 1757. La subsiguiente desorganización política de los mogoles y otros poderes volvió a los asiáticos vulnerables al depredador poderío comercial, naval y, en última instancia, político, de los europeos. A mediados del siglo XVIII los europeos se hicieron a una escala hasta entonces inusitada con el comercio de transporte en aguas de la India, hasta entonces en manos de los comerciantes y transportistas indígenas. La India fue el primer poder económico y político de Asia en «sucumbir» ante la hegemonía europea.

El declive del resto de Asia

Las mismas cuestiones surgen en relación con otras regiones de Asia, en particular en el Asia occidental, el sureste asiático y el Extremo Oriente. En el Imperio Otomano la expansión económica parece haber tocado techo a fines del siglo XVII. La economía otomana se fue volviendo cada vez más débil en la primera mitad del siglo XVII y el declive se aceleró en el último tercio del siglo. El poderío económico otomano fue progresivamente socavado a finales del siglo XVIII por el auge de nuevos centros industriales y por el creciente predominio comercial de los europeos. El poder político comenzó a quedar eclipsado por los europeos en el cambio de siglo hacia el XIX, tras la expedición de Napoleón a Egipto.

En el siglo XVIII, el comercio exterior otomano se estancó en conjunto y por consiguiente disminuyó en proporción al comercio mundial en auge. En particular, el comercio con Europa disminuyó, y entre los europeos los franceses fueron crecientemente reemplazando a los británicos como socios del comercio otomano. Aún más, en el siglo XVIII las exportaciones otomanas e incluso los mercados internos comenzaron a sufrir la competencia extranjera y, al parecer, a través de la conexión francesa, en especial la competencia procedente de América. El algodón más barato procedente de Norteamérica comenzó a desplazar al de Anatolia, y el café del Caribe, también más barato, desplazó al café de Arabia que se exportaba a través de El Cairo. El azúcar caribeño invadió el mercado interno. Todos estos productos competitivos eran producidos por fuerza de trabajo esclava en América.

El «declive» económico otomano parece haberse acelerado a partir de 1760. Entre los indicadores de este proceso están los siguientes: la emigración de áreas rurales a las ciudades aumentó; cada vez más tierra agrícola, en términos relativos y absolutos y en manos de propietarios relativamente ricos, se hallaba exenta de impuestos; de forma concomitante, las rentas de la tierra aumentaron para el resto de la población del campo, realmente empobrecido. Esto a su vez incrementó aún más su pobreza, contribuyendo a expulsarlos de la tierra, y volvió la distribución de propiedad e ingresos cada vez más desigual. La producción y exportación de productos agrícolas y de otras materias primas sólo aumentó con lentitud. Sin embargo, la proporción que éstos ocupaban en el total de las exportaciones aumentó con rapidez, de la misma manera que las exportaciones de textiles y otros productos manufacturados disminuyeron. En especial a partir de 1760 el tejido y la exportación de algodón disminuyó, y parte del comercio extranjero fue reemplazado por comercio interregional dentro del Imperio Otomano. El control estatal se debilitó conforme sus instituciones centrales entraban en declive, y en su lugar se incrementó la descentralización regional. Los ingresos estatales derivados del comercio declinaron en Estambul y en otras varias ciudades. Los documentos de la época reunidos por Charles Issawi (1966, pp. 30-37) atestiguan también el aumento de la competencia de los franceses a costa de los otomanos en una ciudad portuaria tras otra.

La década de 1760 fue también una época de inflexión negativa y consiguiente declive según una serie de estudios sobre los textiles y otras industrias otomanas (véase Islamoglu-Inan, 1987), en especial los realizados por Mehmet Genc. En Alepo el comienzo de la decadencia era ya palpable en 1750 (Masters, 1988, pp. 33 y ss.). Halil Inalcik y Donald Quataert (1994, p. 703) resumen así el asunto: «[e]stas tendencias se apoyan en evidencia incompleta, pero se ajustan bien a la impresión generalizada de unas condiciones comerciales en declive en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siguiente». Huri Islamoglu-Inan (en comunicación privada en 1996) cuestiona incluso este «declive» de la economía otomana a la vista de su, hasta mediados del siglo XIX, parcialmente exitosa capacidad de competencia con los textiles ingleses tanto en su propio mercado como en el extranjero.

Lo que estos analistas no se han planteado pero que podemos tener en consideración es si, cómo y hasta qué punto estas «condiciones comerciales en declive» en la economía otomana fueron también parte de la fase Kondratieff de tipo «B» de la economía euro-atlántica declarada a partir de 1762, y que presumiblemente contribuyó a reducir los mercados otomanos en Occidente y tal vez a aumentar la competencia procedente de la producción esclavista en Occidente. Al parecer los otomanos no fueron capaces o al menos se sintieron menos capaces de beneficiarse de la renovada fase de recuperación de tipo «A» a fines de siglo, mientras que los europeos sí lo hicieron. Las exportaciones de textiles de algodón a que hace referencia Islamoglu-Inan

pueden haber aportado algunos beneficios dentro de esta recuperación. Sin embargo, a finales del siglo XIX los europeos destruyeron buena parte de la industria textil otomana e impidieron su establecimiento en Egipto por Mohammed Ali, a pesar de los desesperados esfuerzos de éste (Issawi, 1966).

En la China de la dinastía Ching el declive llegó más tarde. Está fuera de duda que China experimentó en el siglo XVIII un crecimiento económico y de población. Su recuperación de la crisis de mediados del siglo XVII, ya debatida en el capítulo 5, puede haber quedado «retrasada» por el paso de la dinastía Ming a la Ching y la consiguiente reorganización del pais hasta digamos 1683, cuando Taiwán fue reincorporada y se levantaron todas las restricciones al comercio. A continuación tuvo lugar un verdadero boom económico en China. Sin embargo, las importaciones de plata disminuyeron de forma drástica en la década de 1720 e incluso más aún a mediados de siglo, antes de volver a aumentar a partir de 1760 para alcanzar cotas realmente elevadas en la de 1780 (Lin, 1990). En 1793 el emperador Ch'ien-lung o Qianlong escribió al rey Jorge III a través del embajador de Gran Bretaña en China la a menudo citada carta en que le decía que «como vuestro embajador puede ver por sus propios ojos, poseemos todo tipo de cosas. No encuentro valor en los objetos extraños o ingeniosos y no tenemos interés en las manufacturas de su país (...) No hay por consiguiente necesidad de importar manufacturas de bárbaros extranjeros a cambio de nuestros propios productos» (Frank, 1978 a, p. 160).

Wolfram Eberhard (1977) sitúa el comienzo del declive interno de los Ching de China en la rebelión de Shantung de 1774 y el resurgimiento de la Sociedad del Loto Blanco en 1775 (que coinciden, hay que decir, con la Revolución Americana y otros acontecimientos de la fase «B» Kondratieff de 1762-1790 analizados ya anteriormente). Los europeos sólo reemplazaron a los comerciantes chinos en el Mar de China a fines del siglo XVIII y incluso entonces la balanza comercial siguió manteniéndose con claridad a favor de China (Marks, 1996, p. 64). Como es bien conocido, sólo el recurso al opio por ellos cultivado en la India permitió a los ingleses revertir esta situación en el siglo XIX.

Así es que en China la desestructuración económica sólo comenzó a producirse y acelerarse a comienzos del siglo XIX a través del comercio de opio y su drenaje subsiguiente de plata monetaria hacia fuera de China, lo cual vino a desestabilizar el sistema económico en su conjunto. Este proceso de debilitamiento culminó en las Guerras del Opio y la «caída» de China. Victor Lippit, en «The Development of Underdevelopment in China» [El desarrollo del subdesarrollo en China] (recogido en Huang, 1980), aborda de forma casi exclusiva el siglo XIX. Lippit consigue ciertamente rechazar con bastante solvencia el fundamento histórico o teórico de la mayoría de los intentos de dar cuenta del subdesarrollo de China. Estos intentos de explicación han sido realizados en términos del «sistema familiar» (Marion J. Levy), la «teoría del estadio preindustrial» (A. Eckstein, John King Fairbank, L. S. Yang) y el «círculo vicioso de la pobreza» (Ragnar Nurske), ninguno de los cuales puede explicar el éxito de China antes de 1800 ni buena parte de su ausencia a partir de 1800 (véase también Lippit, 1987).

Lippit concede sin embargo demasiada influencia causal al peso de la burocracia y de la estructura de clases de China. En realidad, como ya argumenté en mi contribución al libro de C. C. Huang (Frank, 1980), el artículo de Lippit tiene un título ambiguo por varias razones, y una de ellas es que él ve estancamiento en la economía china cuando su economía se hallaba aún en expansión hasta 1800. De hecho el propio Lippit ha rectificado más tarde este juicio (1987, pp. 40 y 42) cuando reconoce la existencia de una «renovada expansión económica» y una «floreciente actividad económica» entre los siglos XVI y XVIII. Sin embargo, en ambas obras atribuye el «subdesarrollo» del siglo XIX a las debilidades internas generadas por las divisorias de clase, y en la práctica rechaza toda influencia de la posición de China sobre la economía mundial.

Hay alguna evidencia de declive económico y crisis sociopolítica en relación con el área continental del sureste asiático en el último tercio del siglo XVIII (Tarling, 1992, pp. 572-595). No obstante, nuevas investigaciones a cargo de Anthony Reid (1997) y sus colegas han venido a complicar este cuadro. Su tesis revisionista plantea que «hay una expansión comercial distintiva en la región desde alrededor de 1760» acompañada de un declive de la mayoría de los índices de actividad de la VOC holandesa. La llegada de barcos a Malaca aumentó de 188 en 1761 a 539 en 1785, de los cuales respectivamente 54 y 242 tenían capitanes malayos, 55 y 170 chinos, y apenas 17 y 37 ingleses. Prácticamente la mitad de éstos y casi todo el aumento de embarcaciones tienen que ver con barcos procedentes de Siak, sólo 20 de China y alrededor de 40 de la India (Reid, 1997, tablas 1 y 2). No obstante, Reid halla también que las exportaciones de azúcar del sureste asiático alcanzaron un (temporal) punto máximo en 1760, y que las importaciones de textiles al sureste asiático insular por parte de la VOC holandesa descendió de 272.000 piezas a 102.000 (Reid, 1997, tabla 5). Y el comentario de Reid es que «la reunión de los datos relevantes sugiere que, para las importaciones de textiles así como para las exportaciones, el nuevo auge tuvo lugar precisamente en el período en el que la documentación es más difícil de reunir, a fines del siglo XVIII» (Reid, 1997). Estos hallazgos y/o su ausencia desembocan entonces en la siguiente cuestión: ¿tuvo realmente lugar ese nuevo auge precisamente a partir de 1760? No sólo es escasa la documentación sino que el descenso del comercio con la India por parte de la VOC holandesa puede no estar reflejando sólo el declive económico de ambas (tal vez en beneficio de la East India Company inglesa puesto que la llegada a los puertos de la India se mantuvo estable entre 1765 y 1785). También las llegadas procedentes de los relativamente florecientes puertos chinos se triplicaron de 7 a 21 barcos, pero se mantuvieron en cantidades relativamente modestas comparadas con las llegadas de barcos procedentes de los puertos internos de la región del sureste

asiático (Reid, 1997, tabla 2). Más aún, toda pretendida «expansión comercial distintiva» en el sureste asiático habría tenido lugar a contracorriente de la tendencia cíclica que se estaba produciendo en el resto del mundo. De hecho, según la tabla 4 de Reid, el valor de la media anual de las exportaciones de pimienta, café y azúcar del sureste asiático fue de 864 (en miles de dólares españoles) en la década de 1750, 1236 en la de 1760, 1043 en la de 1043 en la de 1770, 1076 en la de 1780 y 1310 en la de 1790. Esto implica un aumento de un cincuenta por ciento en un período de cincuenta años entre 1750 y 1800, que incluye un incremento de un 5 por ciento después de 1760 (¡incluso ante una situación de declive en términos absolutos en las décadas de 1770 y 1780!). Esto difícilmente suena a «expansión comercial distintiva», y si se analiza más pormenorizadamente parece más bien una tormenta en un vaso de agua en el caso del sureste asiático. De manera que también el sureste asiático puede haber caminado a la par que otras regiones.

Es necesario contar con confirmación empírica sobre el declive de las principales regiones y/o incluso a escala general de toda Asia, acompañado o seguido de un descenso en la tasa de crecimiento demográfico a mediados del siglo XVIII. Ello permitiría iluminar bajo una nueva luz y dentro de una perspectiva histórica diferente el auge de Europa de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX hasta una posición de predominio relativo. En ese caso, ni las interpretaciones eurocéntricas del expansionismo europeo ni las interpretaciones nacionalistas indias, chinas o de otros lugares en relación con este período demostrarían ser correctas. Tal vez de hecho *tuvo lugar* un ciclo económico de larga duración en cuya fase depresiva «B» todas las regiones e imperios de Asia entraron en declive unos tras otros. Y entonces los europeos y después los norteamericanos hasta entonces más bien marginales fueron capaces de beneficiarse de este declive asiático de fase «B» dentro del ciclo, al igual que están haciendo hoy día los NIE del Extremo Oriente: pues fue *entonces* cuando los europeos apostaron por el liderazgo y la hegemonía en la economía mundial, ¡aunque sólo de forma temporal! Sin embargo no sólo el «auge de Occidente» fue posterior al «declive de Oriente», sino que se trata de fenómenos estructural y cíclicamente dependientes uno de otro en tanto que partes inextricablemente unidas en una única economía global. Esto es lo que aspiro a demostrar en los apartados que siguen.

¿CÓMO EMERGIÓ OCCIDENTE?

¿Cómo entonces Occidente ascendió hasta ganar esta competición, aunque fuera temporalmente? La introducción de este libro rastreó ya una serie de teorías y respuestas heredadas, todas las cuales asumen un excepcionalismo europeo u otro o una combinación de excepcionalismos europeos y por extensión occidentales. La introducción planteó también que todas estas teorías, sean marxistas, weberianas o del tipo que sean, están esencialmente lastradas por su eurocentrismo. El libro de J. M. Blaut *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History* (1993 a) analiza al detalle una docena de estas respuestas y sus respectivos lastres. Nuestro primer capítulo cita a Goody, Said, Bernal, Amin, Hodgson, Tibetu y Lewis y Wigen como autores que también desmitifican este eurocentrismo. Estos autores se centran, sin embargo en críticas ideológicas de los enfoques abiertos y los prejuicios ocultos de las ideologías que analizan. También se cita allí mi propia crítica (Frank, 1994 y 1995) al «moderno sistema y economía-mundo capitalista» alternativo propuesto por Braudel y Wallerstein. Pero mi obra anterior se ciñe en su mayor parte a una crítica, aunque Frank y Gills (1993) ofrecen una interpretación alternativa de la historia del mundo en clave de sistema mundial antes de 1500.

Los apartados histórico-empíricos de este libro demuestran que el mundo real en el período comprendido entre 1400 y 1800, por no hablar de antes de estas fechas, era muy distinto a como asume la teoría que hemos heredado. La historia eurocéntrica y la teoría social «clásica», pero asimismo también el «moderno sistema mundial» de Wallerstein, suponen y/o asumen el predominio de Europa, algo que sencillamente no se dio. Hasta alrededor de 1800, la economía mundial no estaba ni por asomo centrada alrededor de Europa ni se hallaba en modo alguno definida o marcada por ningún «capitalismo» de origen europeo (y nacido en Europa) por no decir por ningún desarrollo impulsado desde Europa. Menos aún se había iniciado, generado o difundido «desarrollo capitalista» real alguno, ni en ningún otro sentido propagado o perpetrado por los europeos u Occidente. Esto tuvo lugar sólo en los confines de la *imaginación* eurocéntrica e incluso así sólo de forma muy tardía después del siglo XIX, según ha subrayado ya Bernal. Una cuestión relacionada con esto es si ha habido realmente alguna suerte de «[desarrollo del] subdesarrollo capitalista». Es posible que semejante argumento (Frank, 1966 y 1967) pueda aún sostenerse para el caso de América Latina y el Caribe, y tal vez también para las regiones del comercio de esclavos de África. El argumento era que en la India este proceso sólo dio comienzo después de la batalla de Plassey en 1757 (Frank, 1975 y 1978 a). Sin embargo, la revisión histórica que propongo pone en cierta medida en cuestión hasta qué punto el declive de la India y otras partes de Asia fue «impuesto» por Europa, y más aún si lo fue por el «capitalismo».

Pues los datos que se han ofrecido en los apartados anteriores muestran sin posibilidad de equivocación que la economía mundial era predominantemente asiática en su fundamento. Los europeos habían tratado por todos los medios a su alcance de imbricarse en ella durante siglos antes de Colón y Vasco de Gama, y esto es lo que les impulsó a buscar alguna manera de hacerlo por la puerta grande. Y sin embargo durante siglos y partiendo de los esfuerzos realizados por estos pioneros europeos (¡y no del mundo en sentido amplio!), otros europeos apenas sólo lograron subirse de forma tardía, lenta y marginal al tren de la economía asiática. Sólo en el siglo XIX consiguieron hacerse un hueco en la locomotora de esa economía.

Subiéndose a las espaldas de Asia

¿Cómo entonces se alzó Europa? La respuesta es, literalmente en una palabra, que los europeos *compraron* un asiento, y más adelante incluso todo un vagón, en el ferrocarril asiático. ¿Cómo pudieron los europeos, siendo como eran –literalmente– pobres, pagarse un pasaje siquiera de tercera clase para subirse al tren económico de Asia? Bien, los europeos de algún modo encontraron dinero y/o lo robaron, lo consiguieron a base de extorsión o lo ganaron. Pero de nuevo, ¿cómo hicieron esto?

La respuesta esencial es doble o triple. La más importante de ellas es que los europeos obtuvieron dinero de las minas de oro y plata que hallaron en América. La respuesta secundaria es que «hicieron» más dinero a través del buen negocio que implicaba extraer esa plata o, por ser más preciso, el negocio de obligar a los pueblos indígenas de América a extraerlo de la tierra para ellos. Los europeos se implicaron también en otros negocios rentables que pusieron en marcha en América y desde América. Entre éstos estaban en primer lugar y ante todo las haciendas de Brasil, el Caribe y el sur de Norteamérica que empleaban esclavos; y, por supuesto, el mercado mismo de esclavos creado para abastecer y hacer funcionar dichas haciendas. Los europeos emplearon y explotaron tal vez hasta un millón de trabajadores a la vez en este rentable negocio, según las estimaciones que ofrece Blaut (1993 a, p. 195). Los europeos fueron capaces de hacer aún más dinero vendiendo sus propios productos hechos en Europa a estos y a otros pueblos de América, productos para los que de otra manera los europeos no hubieran hallado mercado pues no eran mercancías vendibles de forma competitiva en Asia.

El multiplicador keynesiano funcionó sin embargo también en Europa, primero a través de la inyección del dinero mismo procedente de América, y a continuación también a través de la repatriación e inversión en Europa de los beneficios procedentes de América, África y el comercio «triangular» –que incluía muy especialmente el de esclavos– que se efectuaba entre las tres regiones. Los europeos obtuvieron por supuesto beneficios de la producción europea antes mencionada y de la exportación de sus bienes a América y África. Todas estas fuentes y mecanismos para hallar y hacer dinero han sido ya mencionados en los apartados anteriores de este libro en los que se ofrecen datos empíricos. No hace falta elaborarlos de nuevo aquí porque han sido ya objeto de investigación y demostración innumerables veces aunque sin llegar a vislumbrar sus implicaciones ni extraer de ellos las conclusiones necesarias, que se esbozan más adelante.

Con el fin de evitar el tedioso recuento o, en palabras de Marx, el «goteo de capital a base de sangre y sudor», sería suficiente aludir al observador favorito de todo el mundo, es decir, Adam Smith:

> Desde el descubrimiento de América el mercado para el producto de sus minas de plata ha aumentado gradualmente, amplificándose cada

> vez más. En primer lugar, el mercado de Europa se ha ido ensanchando de manera progresiva. A partir del descubrimiento de América, la mayor parte de las naciones de este continente han progresado de una manera considerable. Inglaterra, Holanda, Francia y Alemania, y aún Suecia, Dinamarca y Rusia han perfeccionado continuamente la agricultura y la manufactura (...) En segundo lugar, América misma se convierte en un nuevo mercado para los productos de sus propias minas de plata, y (...) [con] sus progresos en agricultura, industria y población (...) la demanda ha de aumentar con mayor rapidez en aquel continente. Las colonias inglesas son (...) un nuevo mercado (...) Sin embargo, el descubrimiento de América dio origen a [otros] cambios esenciales. Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercancías de Europa, promovió en los oficios una ulterior división del trabajo e hizo posibles adelantos que de otra manera nunca hubieran podido tener lugar, por falta de mercado donde colocar una cantidad tan grande de sus productos en el ámbito limitado del comercio antiguo. Las facultades productivas del trabajo se perfeccionaron y fortalecieron; se incrementó el producto de ellas en todos los países de Europa y creció con él la renta y la riqueza real de todos sus habitantes (Smith, 1981, [1776], pp. 195 y 395)

Como Smith sabía, fue (en una palabra) América la responsable del aumento de la renta real y la riqueza de los habitantes de Europa. Aún más, Smith argumenta repetidas veces que incluso Polonia, Hungría y otras partes de Europa que no comerciaban directamente con América, obtuvieron no obstante de ese mismo proceso beneficios indirectos para sus propias industrias. Y lo que es más, por supuesto, como Ken Pomeranz (1997) subraya y analiza, la explotación por parte de Europa de la fuerza de trabajo nativa forzada, y la fuerza de trabajo esclava importada de África en combinación con los recursos de América, no sólo proporcionaron a Europa recursos adicionales para su propio consumo e inversión sino que además aliviaron la presión sobre los recursos escasos en la misma Europa.

Smith reconocía también que Asia se hallaba mucho más avanzada y era mucho más rica que Europa. «Los adelantos de la agricultura y de las manufacturas parecen haber alcanzado también una gran antigüedad en las provincias de Bengala, en la India oriental, así como en otras situadas al este de la China (...) [China, Egipto y el Indostán], a pesar de no tener minas de oro y plata, eran por otros respectos mucho más ricas, se encontraban mejor cultivadas y había hecho mayores adelantos en las artes y manufacturas (...) [Ahora, en 1776], China es un país mucho más rico que cualquier parte de Europa» (Smith, 1981 [1776], pp. 23, 395 y 182).

Smith entendió además también *cómo* los pobres europeos fueron capaces de emplear su nuevo dinero y su riqueza en aumento para comprar billetes en el tren asiático. Siguiendo con el tercer punto en su discusión extractada más arriba, Smith escribe:

> En tercer lugar, las Indias Orientales son otro mercado para el producto de las minas de plata de América, y un mercado que, desde el primer descubrimiento de aquellas minas, ha absorbido continuamente cantidades cada vez más considerables de aquel metal (...) Esto nos explica por qué ha sido siempre muy ventajoso, y todavía lo es, llevar metales preciosos de Europa a la India. Apenas existe una mercancía que consiga allí un precio más alto [y es incluso más beneficioso llevar plata a China] (...) De acuerdo con esto, la plata del Nuevo Mundo es, al parecer, una de las principales mercancías que se emplean en el comercio practicado entre los dos extremos del Antiguo, y es, en gran parte, este metal el que conecta regiones tan apartadas del globo (...) El comercio con las Indias orientales, por el hecho solo de abrir un mercado tan extenso a las mercancías de Europa, *o para el oro y la plata que con estas mercancías se compra para remitirlo a ellas*, forzosamente ha estimulado una tendencia favorable al aumento del producto anual de las manufacturas y producciones europeas (...) Como consecuencia de aquellos descubrimientos las ciudades comerciales de Europa, en lugar de ser los fabricantes y transportistas de una pequeña parte del mundo (...) se han convertido en los manufactureros y comerciantes de los numerosos y prósperos colonos de América, y también, en ciertos aspectos, de casi todas las naciones de Asia, África y América (Smith, 1937, pp. 197, 199, 396 y 557; la cursiva es mía).

El mercado asiático para los europeos equivalía a su plata, según señalaba Smith, por dos razones relacionadas entre sí: en primer lugar porque la plata era su única forma de pago. En segundo lugar porque por consiguiente el principal negocio de los europeos era la producción y comercio de plata como mercancía misma. Era esa la primera fuente de beneficios que los europeos obtenían de su comercio tanto dentro de Asia como entre Asia y Europa.

Braudel se muestra personalmente «asombrado» «como historiador del Mediterráneo» de hallar que el comercio por el Mar Rojo a fines del siglo XVIII seguía siendo el mismo «canal vital» para la salida de plata de la América hispánica en dirección a la India y otras partes que en el siglo XVI. «Esta inyección de metal precioso era vital para los movimientos del sector más activo de la economía de la India e indudablemente también de China» (Braudel, 1992, p. 491). La India «había estado de hecho durante siglos sujeta a una economía monetaria, en parte a través de sus conexiones con el mundo mediterráneo» (Braudel, 1992, p. 498). «Cambay (otra forma de llamar a Gujarat) sólo podía sobrevivir, se decía, extendiendo uno de sus miembros hacia Adén y el otro hacia Malaca» (Braudel, 1992, p. 528). El oro y la plata «eran también mecanismos esenciales que hacían funcionar toda la gran maquinaria, desde su base campesina a lo más alto de la sociedad y el mundo de los negocios» (Braudel, 1992, p. 500). El propio Braudel concluye que «al final, los europeos tenían que recurrir a los metales preciosos, en particular a la plata americana, que era el «ábrete sésamo» para entrar en estos mercados» (Braudel, 1992, p. 217). «Desde el principio, la América hispánica había sido inevitablemente un elemento decisivo en la historia mundial» (Braudel, 1992, p. 414). «¿No es acaso América (...) tal vez la verdadera explicación de la grandeza de Europa?» (Braudel, 1992, p. 387).

Esta es precisamente también la explicación de Blaut (1977, 1992 y 1993 a), que en todo este asunto parece ser el moderno *alter ego* de Adam Smith. Ambos comprenden y explican las primeras dos respuestas a la pregunta de cómo los pobres europeos consiguieron entrar en el floreciente mercado asiático: 1) se sirvieron de su dinero americano, y 2) hicieron uso de los beneficios de su producción e importaciones de América y África y de sus exportaciones a estas regiones, y de la inversión de los beneficios de todo ello en la propia Europa.

Sin embargo, la tercera respuesta expuesta más arriba es que los europeos se sirvieron también tanto del dinero americano en forma de plata como de sus beneficios para *pagar su entrada* en la riqueza de la propia Asia. Tal y como señaló Smith, y según muestra toda la evidencia utilizada en este libro, Europa se sirvió de sus mercancías, o lo que viene a ser lo mismo, de las *únicas* mercancías que podía vender en Asia, es decir, del oro y la plata de América, para adquirir productos asiáticos. Más aún, como ha sido también anteriormente documentado en este libro, Europa empleó el poder de compra de su plata para forzar su entrada en el mercado intraasiático, que los europeos denominaban «comercio del país». Según se señaló antes, era el comercio mismo de plata –y de oro– lo que constituía el puntal de las compañías europeas. Considérese por ejemplo este resumen de la estrategia de la VOC holandesa:

> Los metales preciosos europeos, la plata japonesa obtenida principalmente a cambio de seda china y otros bienes, y el oro obtenido en Taiwán principalmente a cambio de plata japonesa y pimienta de Indonesia, eran prioritariamente invertidos en textiles de la India. Estos textiles eran intercambiados mayoritariamente por pimienta de Indonesia y otras especias pero eran también enviados a Europa y a distintas factorías asiáticas. El grueso de la pimienta y otras especias eran transportadas a Europa pero una determinada cantidad [era] empleada para invertirla en diversas factorías asiáticas tales como en la India, Persia, Taiwán y Japón. La seda en bruto procedente de Persia y China también hallaba su camino hacia Europa (...) La pauta de la participación de los holandeses en el comercio intraasiático estaba en parte determinada por las exigencias del comercio con Japón que era con distancia la fuente más importante de metales preciosos para la Compañía durante el siglo XVII (...) En determinados años los metales preciosos obtenidos en Japón eran de mayor valor que los que llegaban a Batavia procedentes de Holanda (Prakesh, 1994, pp. 1-192 y 193).

Más gráfica todavía es una descripción a menudo citada del comercio holandés en 1619 escrita por el propio director de la VOC, Jan Pieterszon Coen:

> Podemos cambiar bienes al detall de Gujarat por pimienta y oro en la costa de Sumatra; riales y algodones de la costa [de Coromandel] por pimienta en Bantam; madera de sándalo, pimienta y riales podemos intercambiarlos por bienes y oro de China; podemos cambiar plata de Japón por productos chinos; bienes al por menor de la costa de Coromandel a cambio de especias, otros productos y oro de China; productos de valor de Surat por especias; otros bienes y riales de Arabia por especias y otros varios objetos de venta, y una cosa lleva a la otra. Y todo esto puede hacerse sin dinero procedente de Holanda y empleando sólo barcos. Poseemos ya las más importantes especias. ¿Qué es lo que nos falta? Sólo más barcos y un poco de agua para poner en marcha la bomba (...) (Con esto quiero decir medios suficientes [dinero] para poder establecer el comercio con la rica Asia.) Por consiguiente, caballeros y honorables administradores, nada puede impedir que la Compañía se establezca en el comercio más rico del mundo (citado por Steensgaard, 1987, p. 139 y por Kindleberger, 1989, quien a su vez cita a Steensgaard. 1973 [misma obra que 1992] pero que incluye el término «dinero suficiente» ¡pero en cambio omite la última –y para la discusión presente más importante– frase!).

Es decir que los europeos trataron de forzar su entrada en *«el comercio más rico del mundo»*, si bien ello obligó a los holandeses a emplear algo más que «un poco de agua [*es decir* dinero]» para poner en funcionamiento la bomba para extraer del pozo de los tesoros y el capital de Asia, y *ese* dinero procedía por supuesto de América. Así es que los europeos obtenían *más beneficios* de su participación en el «comercio del país» intraasiático que de sus importaciones de Asia a Europa, aunque muchas de éstas a su vez generaban más beneficios para ellos en forma de reexportaciones a África y América. De manera que los europeos consiguieron beneficiarse de las mucho más productivas y ricas economías asiáticas entrando a participar en el comercio intraasiático, y *esto* a su vez pudieron hacerlo en última instancia sólo gracias a su plata americana.

Sin el concurso de esta plata –y, en segundo lugar, sin la división del trabajo y los beneficios que ésta generaba en la misma Europa– los europeos no hubieran podido mantener una pierna, ni siquiera un dedo del pie, con los que sostenerse para competir en el mercado asiático. Sólo su dinero americano, y no así ninguna de las «cualidades excepcionales» de Europa, las cuales, como Smith comprendió incluso ya en 1776, se hallaban en modo alguno ni remotamente a la altura de las de Asia, permitió a los europeos adquirir su pasaje en el tren de la economía asiática y/o hacerse siquiera con un billete de tercera clase en él. Esto es contemplar este «negocio» europeo en Asia desde el lado de la demanda. El lado concomitante de la oferta, enfatizado por Pomeranz (1997), es por supuesto que su dinero americano permitió a los europeos adquirir bienes reales en Asia producidos con fuerza real de trabajo y recursos reales autóctonos. Estos bienes no sólo aumentaron el consumo y la inversión más allá de lo que de lo contrario podría o habría sido posible en Europa, sino que también disminuyeron la presión por los recursos escasos en la propia Europa.

Por mencionar otra analogía, su apuesta apoyada en el suministro de América permitió a los europeos hacer su entrada en el casino de la economía asiática. ¿Por qué consiguieron en última instancia tener éxito en él? Sólo a causa de su inagotable, si bien fluctuante, flujo de plata y oro de América. Esto es lo que proporcionó a los europeos su única ventaja competitiva entre sus competidores asiáticos, pues éstos carecían del dinero que crecía en los árboles de América. Sin embargo, incluso con el aporte de estos recursos y con esta ventaja, los europeos no eran sino un apostador de entidad menor en la mesa de juego de Asia, y de hecho en la del mundo. No obstante, los europeos apostaron sus recursos americanos que poseían en Asia y se mantuvieron en el juego durante *tres* siglos. Aunque los europeos reinvirtieron parte de sus ganancias de Asia para adquirir más y mejores posiciones en la mesa de juego de la economía asiática, sólo pudieron seguir jugando gracias a que el suministro de dinero contante era una y otra vez repuesto desde América. Incluso en el siglo XVIII los europeos no tenían otra cosa que ofrecer a los asiáticos, pues las manufacturas europeas seguían sir ser aún competitivas. Sin embargo, Smith exageró la capacidad de venta de las manufacturas europeas, a menos que leamos la calificación que hizo de ellas como «en cierta medida [competitivas]» como sinónimo de que apenas lo eran.

Desde luego los europeos carecían de ventajas excepcionales –menos aún superiores en términos étnicos, organizativos o propias del espíritu del capitalismo– que ofrecer, difundir o con las que hacer ninguna otra cosa en Asia. Lo que los europeos pueden haber tenido, según tengo en consideración más adelante y en las conclusiones, es algo de lo que Alexander Gerschenkron (1962) denominó ventajas del «atraso», y que también señalan Chase-Dunn y Hall (1997), ¡pero que se derivaban de su posición en la (semi)periferia de la economía mundial!

De forma que, ¿cómo es posible que estos por lo demás aparentemente incapaces europeos pudieran apostar en Asia para finalmente llevarse el premio? Sólo debido a que, mientras los europeos estaban ganando fuerza a partir de sus posiciones en América y África, así como en la propia Asia, las economías y formaciones políticas asiáticas estaban volviéndose más débiles a lo largo del siglo XVIII, hasta el punto que sus caminos finalmente se cruzaron a la altura de 1815, como muestra el diagrama de Rhoades Murphey (1977). Sin embargo, en el medio siglo anterior a esta fecha, otro elemento –el cuarto– hizo su entrada en la ecuación Europa/Asia. Adam Smith es también reconocido por su argumentación de que las colonias no eran rentables, si bien escribió un capítulo «Sobre las colonias» y argumentó ante todo en contra de los monopolios coloniales. Más aún, Smith escribió justo antes de

que surgieran las principales innovaciones tecnológicas y las innovaciones de la revolución industrial en Gran Bretaña y Europa. No es este el lugar para entrar a debatir sobre si tuvo realmente lugar tal «revolución» y si las tasas europeas de acumulación de capital realmente efectuaron un «despegue», como W. W. Rostow (1962) y otros han planteado.

La oferta y la demanda de cambio tecnológico

R. M. Hartwell, que fue uno de los principales analistas de la revolución industrial, señaló que

> J. H. Clapham escribió en 1910 que «Incluso si (...) la historia de "la" revolución industrial es ya una "naranja tres veces exprimida", sigue quedando en ella una cantidad impresionante de jugo». De hecho, medio siglo después el interés por la revolución industrial va en aumento (...) Sobre las causas de la revolución industrial, por ejemplo, lo que hay es silencio, simpleza y confusión. ¿Cuál fue el motor primero, o qué complejo de motores fueron responsables de ella? ¿La revolución agrícola? ¿El crecimiento de la población? ¿La mejora tecnológica? ¿El aumento del comercio? ¿La acumulación de capital? Todas estas explicaciones tienen sus seguidores. ¿O acaso hay que buscar su explicación en fuerzas no económicas? ¿Los cambios en la religión, la estructura social, la ciencia, la filosofía y el derecho? (...) Aparentemente existe bastante poco acuerdo (...) El problema más difícil es determinar hasta qué punto este estímulo fue *exógeno* (es decir, independiente de la economía) –por ejemplo un aumento de la demanda a través del comercio internacional (...) y hasta qué punto fue *endógeno* (es decir, generado dentro de la economía) (...) (Hartwell, 1971, pp. 131, 110 y 115).

El problema real es, sin embargo, ¿de qué economía hablamos? Mi argumento es que la clave de la confusión hay que buscarla en la frase final de Hartwell: la naranja de Clapham que había sido ya exprimida tres veces hace casi un siglo y en innumerables ocasiones desde entonces ha sido vista como una fruta solamente británica, europea o a lo más «occidental». Graeme Snooks (1994, pp. 1-2), no obstante, escribe: «apenas acabamos de empezar a arañar la superficie de un campo que necesita ser arado mucho y en profundidad (...) [y] necesitamos una visión de la Revolución Industrial desde un punto de vista completamente distinto al de los que han sido tradicionalmente adoptados». Snooks y quienes escriben en la obra que edita proponen varios puntos de vista diferentes, pero todos ellos siguen buscando las raíces y las causas sólo en Europa, en la «capacidad dinámica de Inglaterra (y de Europa occidental en general) a lo largo del periodo de la Edad Moderna» y por encima del conjunto del milenio pasado (Snooks, 1994, pp. 11 y 43 y ss.). De manera que, a pesar de su punto de vista «completamente diferente», en todo

este tiempo y todavía hoy, nadie ha intentado realmente ofrecer una explicación holística sistémico-económica de todo el naranjo en su conjunto capaz de satisfacer la máxima de Leopold von Ranke con la que se abre este libro: «No hay historia que no sea historia universal ... de las cosas –¡tal y como realmente fueron!»

La pregunta es cómo y por qué desde alrededor de 1800 Europa y posteriormente los Estados Unidos, tras ir durante largo tiempo rezagados, «súbitamente» alcanzaron y después adelantaron a Asia en términos económicos y políticos en el sistema y la economía mundiales. Es importante ver que este empeño y este triunfo era parte de una carrera competitiva en la única economía global entonces existente, cuya misma estructura y funcionamiento generaron este desarrollo. Es decir, hubo una serie de conocidos avances tecnológicos y de otro tipo e inversiones en nuevos procesos productivos que tuvieron lugar en Europa (occidental) y después en Estados Unidos. Pero para intentar dar cuenta de estos cambios sencillamente no es suficiente buscar sus raíces sólo o siquiera en primer lugar en mil años de historia sólo de Europa, que es lo que sigue proponiendo Snooks (1994 y 1996) en sus «nuevas perspectivas sobre la revolución industrial» o, como hace Robert Adams (1996) en su «investigación sobre la tecnología occidental», que igualmente sólo analiza Europa, excepto cuando se retrotrae a las edades del Hierro y el Bronce en el Mediterráneo oriental y el Asia occidental.

Estos desarrollos tecnológicos de la revolución industrial no deberían empero ser vistos como realizaciones solamente europeas. En lugar de ello, han de ser entendidos más adecuadamente como desarrollos mundiales cuyo lugar en el espacio se fue moviendo hacia y a lo largo de Occidente en ese tiempo después de haber estado moviéndose hacia el Oriente. La cuestión relevante no es tanto cuáles son los rasgos o factores «distintivos» europeos de la revolución industrial sino cómo y por qué esta transformación industrial tuvo lugar siguiendo un sentido de Oriente a Occidente.

He señalado ya más arriba que las respuestas a las causas de este cambio deben ser buscadas a un mismo tiempo en el declive de Oriente y en el auge de Occidente. Las «respuestas» hasta hoy transmitidas a la pregunta «¿por qué/cómo?» son doble o triplemente problemáticas. Sufren en primer lugar de una errónea atribución de las causas a unos supuestos excepcionalismos de superioridad de origen europeo, que Blaut y otros han hecho ver ya que carecen de fundamento sobre la base de hechos históricos. Más aún, sufren del espejismo de analizar las razones del auge de Europa en el interior de la Europa misma en primer término, y por consiguiente de negar todo valor al análisis del declive de los (diversos) Orientes relacionados con aquél. Sin embargo, estos dos casos de error de especificidad implican también un tercer fracaso: estas perspectivas se muestran incapaces de buscar las causas del «auge de Occidente» y el «declive de Oriente» en la estructura y funcionamiento de la economía mundial como tal en su conjunto. Ya he señalado cómo y por qué Europa se hallaba en buena medida rezagada en la carrera

económica hasta bien entrado el siglo XVIII y cómo mejoró su posición adquiriendo un asiento en el tren asiático y desplazando a continuación a algunos de sus pasajeros, ante todo a través del acceso de los europeos al dinero americano y a través de su empleo.

La cuestión sigue siendo, sin embargo, por qué y cómo los europeos occidentales y los norteamericanos después derrotaron a los asiáticos en su propio juego a través del recurso a los avances tecnológicos de la revolución industrial. ¿Cómo y por qué se produjeron éstos entonces y en esa región? Puede que una respuesta plenamente satisfactoria siga estando fuera de mi alcance, pero sin duda no más de lo que lo está en el caso de las respuestas erróneas de la ideología eurocéntrica dadas desde Marx y Weber hasta sus seguidores posteriores en la actualidad. Un análisis económico mundial puede sin duda hacerlo fácilmente mejor que eso incluso sobre la base de elementos, hipótesis y evidencia aún limitados como los que se ofrecen de una forma aún muy preliminar más adelante.

El progreso tecnológico a través de las invenciones y la aplicación de maquinaria ahorradora de fuerza de trabajo ha sido a menudo atribuido a la rentabilidad de ésta en una economía de mano de obra de elevado precio, en particular en Norteamérica. Los salarios elevados crean un incentivo de reducción de costes de producción por medio del reemplazo de esta fuerza de trabajo de salarios elevados por la maquinaria ahorradora de fuerza de trabajo. Y de hecho los salarios en Norteamérica eran relativamente elevados desde tiempo antes, como tantos observadores, entre ellos Marx, ya señalaron, porque la ratio población/recurso-tierra era baja y la frontera en expansión ofrecía una válvula de escape a la dependencia de los salarios bajos. Por consiguiente, se ha argumentado que en los siglos XIX y XX los incentivos para invertir, innovar y emplear maquinaria ahorradora de mano de obra fueron crecientemente cruzando el Atlántico desde Europa a América dentro de la competencia del mercado mundial por reducir costes de producción y mantener o aumentar la cuota de mercado.

Podemos y debemos aplicar el mismo tipo de análisis y argumento a la invención, innovación y aplicación de maquinaria ahorradora de fuerza de trabajo durante la revolución industrial en Europa. Hasta un 80 por ciento –y el 30 por ciento del crecimiento total entre 1740 y 1780– de todo el incremento de la tasa de crecimiento de Gran Bretaña en el siglo XVIII ha sido atribuido al aumento de la productividad (Inkster, 1991, p. 67). Los europeos se hallaban también, incluso más aún que los americanos, en una competición y pugna dentro de la economía mundial en la que tenían que competir por sus mercados con los asiáticos por encima de todo. Sin embargo, los europeos eran también productores en un escenario de elevados salarios y altos costes de producción. Es precisamente por esto por lo que, como he señalado antes, los europeos se veían incapaces de vender prácticamente nada a los asiáticos, que eran mucho más productivos y competitivos gracias a sus costes mucho más bajos. ¿Por qué y cómo tenía lugar esto? Bien, pues porque también la

ratio población/recurso-tierra era relativamente más elevada en muchas partes de Asia, y sin duda en China y la India, de lo que lo era en una Europa mucho menos densamente poblada.

Más aún, Europa tenía también una frontera, en América y más tarde también en Australia, como ha señalado Benjamin Higgins (1991). Sin duda durante buena parte del siglo XIX, la emigración europea a través del Atlántico en dirección a América sirvió para disminuir también la ratio población/recurso-tierra mucho más allá de lo que de otra manera habría tenido lugar. De esta manera, la población europea, que ya era más baja, y su válvula de escape en la emigración a América sirvieron ambas para generar incentivos a favor de la maquinaria ahorradora de fuerza de trabajo en Europa de un modo muy superior a como lo hizo Asia a partir de su más elevada ratio población/recursos.

Adam Smith escribió justo cuando las invenciones de la revolución industrial estaban empezando a aparecer; él observó al final de su capítulo sobre «Los salarios del trabajo» que

> La recompensa liberal del trabajo fomenta la propagación de la clase baja y, con ella, la laboriosidad del pueblo. Los salarios del trabajo son un estimulante de la actividad productiva, la cual, como cualquier otra cualidad humana, mejora proporcionalmente al estímulo que recibe (...) allí donde los salarios del trabajo son crecidos, los obreros son más activos, diligentes y expeditivos que donde son bajos (...) el alto precio de las provisiones hace disminuir el fondo destinado a mantener [a los sirvientes y por tanto] los amos más bien tratan de disminuir que de aumentar aquel número (...) [Cuando se produce un] alza de los salarios del trabajo (...) el dueño del capital, que emplea un gran número de obreros, procura por su propia ventaja hacer una distribución y división de ocupaciones que le procure la mayor cantidad de obra posible. Por la misma razón, procura adquirir la mejor maquinaria que tanto él como los operarios consideran necesaria. Mas este fenómeno, que se advierte entre los trabajadores de una manufactura se extiende, por la misma razón, a cuantos forman parte de una sociedad. Cuanto mayor es su número, tanto más ampliamente se distribuye, de una manera natural, entre las diferentes clases y categorías de empleos. A medida que sea mayor el número de cerebros ocupados en inventar la maquinaria más útil a cada cual para efectuar la tarea, más perfecto será el resultado del invento. Hay, pues, muchos artículos que, debido a esos adelantos, se producen con menos trabajo que antes, de tal suerte que la subida del precio de éste se compensa con creces por la disminución en la cantidad de obreros necesarios (Smith, 1937, pp. 79, 81 y 84)

En un apartado posterior sobre los «efectos del progreso de las mejoras sobre el precio real de las manufacturas» Smith señala que hasta entonces en su siglo y en el anterior el coste de producción se había ya reducido, y que en el

futuro podía disminuir de forma más señalada en las manufacturas de metales más bastos. Por otra parte, informa de que en la manufactura de textiles no había tenido lugar «ninguna reducción sensible del precio» (o del coste de producción). Sin embargo, Smith hace referencia a tres innovaciones capitales y muchas otras de menor entidad en la manufactura de algodón basto y refinado, ¡pero a la altura de 1776 no hace mención alguna a ningún progreso tecnológico o «revolución industrial» en la industria textil del algodón!

Según señala A. E. Musson (1972) en la introducción a su libro *Science, Technology and Economic Growth in the Eighteenth Century* [Ciencia, tecnología y crecimiento económico en el siglo XVIII]

> No parece haber duda, sin embargo, de que –cualesquiera que fueran las motivaciones de los inventores– los innovadores y emprendedores estaban sin duda muy influidos por los factores económicos, como los precios relativos, las posibilidades de los mercados y las expectativas de ganancias. Sobre esto hay innumerables evidencias en estudios históricos especializados sobre compañías particulares, todas ellas bien conocidas y demasiado abundantes como para citarlas aquí (Musson, 1972, p. 53)

Sin embargo estos precios relativos y expectativas de beneficios eran relativas a las posibilidades del mercado *mundial*, en especial en industrias competitivas como los textiles, que son las que comenzaron la revolución industrial en Gran Bretaña.

De hecho el propio Smith había ya comparado Europa, la India y China a este respecto en 1776. Al discutir acerca de los costes de transporte en términos relativos, señaló que, en comparación con el gasto de transporte por carruaje en Europa, la disponibilidad de la navegación interna por China y la India era ya un medio ahorrador de fuerza de trabajo que reducía el precio real y nominal de muchas manufacturas.

De forma análoga, existía una cierta racionalidad en el hecho de que, frente al método anterior de exponerlos al sol, la clorina empleada para decolorar los textiles fue inventada e introducida donde había escaso acceso a la fuente solar, es decir, en Gran Bretaña. De forma similar, el empleo del carbón como fuente de energía para la revolución industrial fue sin duda inducido y convertido en método económico debido a la creciente escasez de madera para hacer carbón vegetal (dicha escasez se daba también en China, pero allí el capital era aún más escaso y el carbón más caro).

Hartwell (1971, p. 268) señaló que «existe un acuerdo general de que no había escasez de capital [en Gran Bretaña] en el siglo XVIII, aunque las implicaciones de admitir esta hipótesis no siempre son tenidas en consideración». La mayor de estas implicaciones que no siempre es apreciada –de hecho al parecer nunca lo ha sido y tampoco por el propio Hartwell– es que Gran Bretaña y todas las otras «economías» estaban conectadas entre sí en una sola división del trabajo y circulación de bienes y dinero de dimensiones mundiales. Es decir que el análisis combinado de demanda y oferta, y por los dos lados de la moneda, ha de ser también extendido a la economía global unificada vista como un todo. De hecho el propio Smith comenzó a hacer esto en su comparación antes citada sobre el trabajo y otros costes de transporte en Europa y Asia. Es difícil por tanto comprender, por no hablar de aceptar, que aunque Snooks (1996) también subraya la influencia de los precios relativos de los factores, otros como E. A. Wrigley (que contribuyen al libro de Snooks, 1994) limitan su análisis sobre la competencia a Gran Bretaña y Europa. Wrigley de hecho reexamina los escritos de los economistas clásicos desde Adam Smith a David Ricardo en relación con los precios relativos del trabajo, el capital, la tierra y otros recursos naturales, pero a diferencia de ellos (por ejemplo, de la ley ricardiana de la ventaja comparativa internacional), el centro de atención de Wrigley es sólo Gran Bretaña. Snooks va más allá pero escribe que «la Revolución Industrial emergió tras un milenio de fiera competición entre un gran número de pequeños y análogamente dotados reinos europeos occidentales» (Snooks, 1994, p. 15).

No obstante, en el mercado de textiles, que fue el primer escenario de la revolución industrial, Gran Bretaña y Europa occidental tenían sin lugar a dudas que competir en primer lugar con la India y China, así como con el Asia occidental. De manera que las diferencias relativas entre oferta y demanda generaron costes comparativos diferenciales a escala regional y sectorial y ventajas comparativas de unos respecto de otros a lo largo de todo el mundo. Estas diferencias estructurales podían ser entonces la base para respuestas diferenciales a escala macroeconómica de trabajo, tierra, capital y tecnología ahorradora de fuerza de trabajo por parte de las diversas empresas, sectores y regiones de la economía global unificada. El argumento que defiendo es que es aquí (y no tanto en las circunstancias europeas «internas») donde debemos buscar la explicación real del incentivo y la opción de inversión y aplicación de avances tecnológicos en algunas partes de la economía mundial. El argumento no es que las circunstancias «internas» de Europa fueran irrelevantes en este contexto para el proceso de toma de decisiones económicas. El argumento es que las circunstancias «internas» de Europa (o de Manchester, o del taller de la máquina de vapor de Watt) fueron creadas debido a su inserción en la economía mundial. Es decir, la estructura y la dinámica mismas del sistema y la economía mundial generan los costes, ventajas y respuestas racionales de tipo comparativo diferencial a dichas circunstancias por todo el mundo y en todas partes.

Resulta gratificante toparse con el mismo argumento, si bien más limitado, de la pluma de Giovanni Arrighi:

> Nuestra tesis ha sido que la principal conexión histórica entre los tres momentos de la expansión industrial [en los siglos XIV, XVI/comienzos del XVII y a fines del XVIII] en Inglaterra era inseparable de una continuada expansión, reestructuración y reorganización financiera de la

> economía-mundo capitalista a la que Inglaterra estaba incorporada desde el inicio mismo del período. Períodos de expansión financiera eran de forma invariable momentos de presiones competitivas cada vez más intensas sobre las instituciones gubernamentales y de negocios dentro del comercio europeo y del sistema de acumulación. Bajo estas presiones, la producción agro-industrial decayó en algunas localidades y creció en otras en primer término en respuesta a las desventajas posicionales y a las ventajas de las localidades dentro de la cambiante estructura de la economía-mundo (Arrighi, 1994, p. 209).

En efecto, salvo por el hecho de que la estructura y el proceso económico mundial en cuestión no se circunscribían a Europa sino que abarcaban el mundo en su totalidad. También resulta interesante abundar en el periodo, la industria y el alcance de la reestructuración que tuvo entonces lugar: Arrighi, siguiendo a Nef (1934), Wallerstein y otros, define el fenómeno como de «expansión» industrial de siglos de duración, no como «revolución». En cada uno de los momentos del ciclo, el locus sectorial esencial fue siempre el de los textiles, que era probablemente la industria productiva (distintiva respecto del sector de los servicios financieros) en la que la competencia estaba más extendida. Sin embargo, este primer ajuste sólo mejoró la posición competitiva de Inglaterra frente a Flandes, y el siguiente lo hizo sólo en relación con la Europa del norte y la del sur. Solamente el tercer ajuste consiguió alterar de forma significativa la posición competitiva de Gran Bretaña a escala mundial. E incluso esto exigió más de un siglo para completarse, pues las importaciones netas de textiles procedentes del hasta entonces líder competitivo, la India, sólo fueron superadas por las exportaciones a esa región a partir de 1816.

No es posible detenernos en este instante a examinar este desarrollo mundial, pero podemos al menos ilustrar el proceso citando un par de testimonios de comienzos de los siglos XVIII y XIX. Ya en el capítulo 5 he hecho referencia al Tratado de Methuen entre ingleses y portugueses en 1703, que consolidó el acceso de Gran Bretaña al mercado portugués, el cual ya había sido abierto por otros tres tratados anteriores desde 1642. El estadista británico J. Methuen lo dejó bien claro en diciembre de 1702: «Este acuerdo tendrá como consecuencia para Portugal que todas sus manufacturas, que en este momento producen una enorme cantidad de tejido de mala calidad y caro, serán inmediatamente abandonadas y totalmente paralizadas, y ni la ropa ni los tejidos de ninguna otra nación podrán entrar a competir con los de Inglaterra» en el mercado portugués. Luis da Cunha, por su parte, que criticó desde Portugal el tratado, estaba al menos de acuerdo en que «lo que los ingleses quieren es mejorar sus manufacturas, y arruinar las que se habían establecido en Portugal» (citado por Sideri, 1970, pp. 57 y 59). Y así resultó ser, según relata Frank (1978 a y b), lo cual supone de paso la ironía de que ¡un siglo después Ricardo defendería la industria británica poniendo precisamente el ejemplo para su «ley de ventajas y costes comparativos» del intercambio de textiles británicos por vino portugués!

En relación con la competencia en el mercado textil a escala mundial, podemos volver una vez más a Braudel:

> El incentivo operaba al contrario, estimulando la industria de Europa amenazada [por las exportaciones de la India]. El primer paso de Inglaterra fue cerrar sus propias fronteras a los textiles de la India durante buena parte del siglo XVIII, los cuales reexportaba a Europa y América. Después trató de hacerse con este rentable mercado, algo que sólo podía hacerse efectuando drásticas reducciones en mano de obra. Seguramente no es una coincidencia que la revolución de las máquinas dio comienzo en la industria del algodón (...) Inglaterra, frenada por los elevados precios y los costes laborales internos que la convertían en el país más caro de Europa, no podía ya por más tiempo hacer frente a la competencia de los franceses y los holandeses en los mercados más cercanos. Estaba siendo golpeada en el Mediterráneo, en el Levante, en Italia y en España (...) [pero] se mantuvo por delante en Portugal, que era una de sus más antiguas y sólidas conquistas (...) y en Rusia (Braudel, 1992, pp. 522 y 575).

En 1776, Adam Smith señaló que «la perfección de la industria manufacturera, conviene recordar, depende en conjunto de la división del trabajo (...) [la cual] se encuentra necesariamente regulada, como ya ha sido mostrado, por el tamaño del mercado»; a continuación Smith añadió en el mismo párrafo que «sin un gran mercado exterior, no podría florecer adecuadamente» (Smith, 1937, p. 589). Tal vez Smith había leído la carta de Matthew Bolton de 1769 a su socio James Watt: «No merece la pena producir [vuestra máquina] sólo para tres países; pero le veo todo el sentido a producirla para el mundo entero» (citado por Mokyr, 1990, p. 245). ¿Por qué entonces en sus análisis de los factores que dan cuenta de la revolución industrial Mokyr, Snooks y otros tienen en consideración la competencia por el precio y la producción ante todo para Gran Bretaña y todo lo más para Europa occidental? A la altura de 1800, cuatro de cada siete piezas de tejido de algodón producidas en Gran Bretaña iban destinadas a la exportación (Stearns, 1993, p. 24); y éstas a su vez suponían la cuarta parte de todas las exportaciones británicas, y la mitad a la altura de 1850 (Braudel, 1992, p. 572). A la altura de 1839, el belga Natalis Briavoinne fue capaz de señalar al observar en perspectiva que:

> Europa dependía durante siglos de la India para sus productos más valiosos y para los de mayor consumo: muselinas, calicós pintados, nanquines, cachemiras (...) por los que sólo podía pagar en especie (...) Tenía lugar por consiguiente un empobrecimiento en Europa. La India poseía la ventaja de una fuerza de trabajo menos cara y más cualificada. Debido al cambio producido en el modo de fabricación (...) los trabajadores de la India no pueden competir (...) [y] la balanza comercial es desde entonces favorable a nosotros (citado por Wallerstein, 1989, p. 24).

La siguiente pugna competitiva (o la lucha desde muy atrás entablada pero ahora alterada) era por el transporte, en lo que las economías asiáticas habían también descollado. Los ferrocarriles y barcos de vapor europeos finalmente permitieron incursiones de grandes consecuencias en el comercio mundial, pero ya a la altura del siglo XIX, después de haber sido incapaces de reducir los costes de transporte de modo significativo durante los tres siglos anteriores, según he señalado en el capítulo 4.

Los millones de decisiones microeconómicas del mercado mundial tienen también efectos macroeconómicos, así como causas macroeconómicas. Estas relaciones macroeconómicas han dado pie al surgimiento de análisis a cargo de economistas marxistas y no marxistas del «lado de la oferta», así como de economistas keynesianos y otros que analizan el «lado de la demanda». Ambos enfoques han tratado de ser combinados, si bien hasta el momento de forma bastante poco adecuada, por ejemplo por L. Pasinetti (1981) y otros que buscan entender el progreso tecnológico así como por Joseph Schumpeter (1939) y otros que buscan analizar sus vaivenes cíclicos. No puedo evaluar ni revisar estos análisis en estas páginas; lo único que puedo hacer es señalar que para la economía sigue siendo una asignatura pendiente esencial efectuar una «revolución» que sea capaz de lograr un matrimonio doble, triple o de hecho séxtuple entre macro y microanálisis, análisis del lado de la oferta y de la demanda, y análisis cíclico y en términos de «desarrollo», lo cual daría finalmente paso a una «familia extensa» en el análisis económico de dimensión económico-demográfico-ecológico a escala mundial. Un enfoque crítico y una sugerencia muy general sobre dónde y cómo lograr semejante análisis económico en Frank (1991 c y 1996).

Lo que por el momento podemos y debemos hacer es, sin embargo, plantear al menos la cuestión de cómo y dónde los avances tecnológicos de la revolución industrial pueden haber sido inseparables de opciones microeconómicas –que por tanto exigen que se dé cuenta de ellos y explicarlos por estas opciones– en contextos macroeconómicos, y viceversa, dentro de ciclos largos Kondratieff y tal vez de ciclos económicos mundiales más largos.

Por consiguiente, tal vez las condiciones económicas mundiales estaban maduras para que algunas empresas, sectores y regiones mejorasen sus posiciones a escala micro y macroeconómica a través de medidas del tipo de las que ponen hoy en marcha las «Nuevas Economías Industriales» (NEI). Más aún, estas medidas sólo podrían ser aplicadas cuando las condiciones económicas mundiales estuvieran maduras para que se dieran esas mejoras, y esto es algo que resulta más determinante que ninguna larga «preparación» anterior por parte de quienes las invocaron.

He hecho ver que esta ausencia de competitividad de Europa en la economía mundial y en los mercados asiáticos en particular se veía compensada, e incluso entonces sólo parcialmente, por el acceso que los europeos tenían a las fuentes del dinero metálico. Y aún más, he planteado que este flujo y oferta de dinero tenía que ser reabastecido constantemente. Pero incluso un fallo temporal en la oferta o un declive del suministro del dinero americano, como sucedió en parte en el siglo XVII, dejaba a fortiori a los europeos fuera del trato comercial en Asia. Este problema del suministro de dinero americano generaba por consiguiente entre los europeos incentivos temporales y/o en aumento para competir en el mercado mundial por medio de una reducción de sus costes de producción. La alternativa hubiera sido seguir en condiciones de mantener o incluso aumentar su acceso y su dependencia respecto de la plata de América, así como del crédito asiático que garantizaba este dinero basado en la plata. ¿Es posible mostrar que a partir del mediados del siglo XVIII la disponibilidad de dinero americano para los europeos comenzó un declive relativo que amenazaba su (proporción) de penetración del mercado de Europa? Pues ello habría entonces generado incentivos para que los europeos protegieran y aumentaran su competitividad en el mercado mundial por medio de la disminución de sus costes de producción por el lado de la fuerza de trabajo.

He argumentado suficientemente que el período posterior a 1762 fue una fase «B» de Kondratieff en la que los beneficios decrecieron para los europeos en el interior de su región y en el extranjero, especialmente en los ingenios azucareros del Caribe y en el comercio de esclavos, si bien el suministro de plata procedente de México volvió a aumentar (aunque en cambio la oferta de oro de Brasil se hundió) (Frank, 1978 a). He argumentado también que fue esta fase «B» de Kondratieff la que en el último tercio del siglo XVIII generó las invenciones de la revolución industrial (así como las revoluciones políticas americana y francesa). El simultáneo debilitamiento progresivo (¿como parte de un ciclo largo?) de las economías y los imperios asiáticos –por las razones que fueran– y la fase «B» de Kondratieff europea ofrecían las oportunidades e incentivos típicos para que algunas economías y sectores hasta entonces bastante marginales pugnasen por una posición más competitiva en la economía mundial. Algunas regiones y sectores en Europa aprovecharon esta oportunidad para volverse en la práctica NEI (al igual que algunas regiones del Asia oriental hoy día). Redujeron sus costes de producción a través de la mecanización ahorradora de mano de obra y productora de energía que ofrecía nuevas posibilidades de aumentar la cuota de mercado en el comercio mundial, primero por medio de la sustitución de importaciones en los mercados europeos, y a continuación por medio de una promoción de exportaciones para el mercado mundial. Los más elevados salarios y factores de producción de Europa generaron la oportunidad y los incentivos para hacerlo.

Al menos otras dos –mutuamente relacionadas– circunstancias echaron una mano a estos efectos. Una fueron las ya mencionadas dificultades económicas y políticas de sus mercados en Europa y en otras regiones competidoras en Asia.

Sin embargo, el debilitamiento económico y político de sus competidores asiáticos a causa de su respectivo y común declive (¿cíclico?) facilitó tam-

bién una mayor incursión de los europeos en Asia. Allí, el acceso al mercado interno, y más aún la exportación desde esos territorios, fueron también suprimidos por medio de la opresión político-militar. A esta lógica subyacían tanto el «saqueo de Bengala», en lo que había sido la región más rica de Asia, como la extensión de éste por medio de la conquista y la colonización de otras partes de la India por parte de los británicos, y la semicolonización de China a través de la «apertura de puertas» al capital europeo en el siglo XIX. Esta y otras empresas coloniales abrieron de forma simultánea los mercados coloniales para la producción industrial y suministraron capital para apoyar las inversiones británicas en su propia industria. En el cambio de siglo, la productividad en China se mantenía aún elevada, de hecho aún a lo largo del siglo XIX ésta siguió siendo más elevada que la de Japón (Inkster, 1991, p. 233). De manera que, aunque China era económicamente hablando aún demasiado productiva y políticamente todavía demasiado fuerte como para ser penetrada, los británicos tenían acceso al opio cultivado en la India para forzar la «apertura de puertas» con el fin de asaltar la economía china, algo que pese a todos los intentos desarrollados a lo largo del siglo XIX nunca llegó a consumarse.

Aunque no contamos a estas alturas con una «explicación» plenamente adecuada sobre todas estas dificultades económicas y políticas, la sugerencia que ofrezco en este punto es que ésta habría que buscarla en el contexto de las condiciones macroeconómicas de oferta y demanda analizadas por Adam Smith para el caso de Europa y para China por Mark Elvin (1973). Pero hemos de extenderla al conjunto de la economía mundial. La otra condición contextual, la de la oferta y fuentes de capital, es analizada en el apartado que sigue.

Oferta y fuentes de capital

La otra condición que fomentó un aumento de la penetración europea es la oferta y fuentes de capital, especialmente de procedencia británica. En lo que respecta a la oferta de capitales, Hartwell (1971, p. 268) revisa los trabajos de una serie de expertos y se muestra muy explícito al respecto: «Existe un acuerdo generalizado de que no se produjo escasez alguna de capital [en Gran Bretaña] en el siglo XVIII». Una implicación de esto que Hartwell discute (citando a Hill, 1967) es que el capital procedente de la agricultura y el comercio fue el efecto de «las espectacularmente grandes sumas que fluían a Inglaterra desde el extranjero, procedentes del comercio de esclavos y, sobre todo a partir de la década de 1760, del saqueo organizado de la India» (Hartwell, 1971, p. 269). Esto es lo que Marx denominó la acumulación «primitiva» de capital por medio de la explotación colonial.

La cuestión de si las colonias eran o no rentables ha dado pie a un prolongado debate. Adam Smith escribió que

> Los beneficios de las plantaciones de azúcar, en cualquiera de las colonias americanas de Inglaterra, son generalmente mayores que los de otra clase de cultivo conocido en América o Europa, y las ganancias de las plantaciones de tabaco, aunque no son tan grandes como las de las plantaciones de azúcar, son muy superiores a las del cultivo de grano (Smith, 1937, pp. 348-349)

No obstante, al igual que Paul Bairoch entre otros, Patrick O'Brien (1982 y 1990) ha rechazado en diversas ocasiones que el comercio de ultramar y la explotación colonial haya contribuido de modo significativo alguno a la acumulación de capital y la industrialización en Europa. No podría haber habido contribución alguna desde el momento en que, por sus cálculos, este comercio no superaba el 2 por ciento del PIB europeo a fines del siglo XVIII, y los beneficios representaban una proporción aún menor. Con todo, pasa a argumentar que «ninguna cuantificación ni más estudios históricos zanjarán los debates sobre la importancia del comercio ultramarino para la Revolución Industrial (...) Para la historia de la industrialización europea (e incluso para la británica) la "perspectiva del mundo" [en referencia al título de la obra de Braudel] se muestra para Europa menos relevante que la "perspectiva de Europa" para el mundo» (O'Brien, 1990, p. 177). Pues bien, O'Brien y tantos otros no pueden andar más errados. Pues como Braudel planteó acertadamente, Europa era capaz de consumir por encima de sus posibilidades y de invertir por encima de su capacidad de ahorro. Lo hizo, sin embargo, y fue capaz de hacerlo como una función de la estructura y el desarrollo de la economía mundial como un todo.

Aunque Bairoch, O'Brien y otros niegan estas aportaciones exteriores, José Arruda vuelve una vez más sobre el debate sobre las fuentes coloniales de capital y de mercados y concluye que

> En resumen, las inversiones comerciales realizadas en las colonias, integradas dentro del circuito de capital mercantil y ligadas a los lazos de las políticas comerciales, contribuyeron de forma sustancial y estratégica al crecimiento económico de Europa occidental. Ellas abrieron nuevas áreas para la inversión, áreas esenciales para el crecimiento y la movilidad y circulación de capitales (...) LAS COLONIAS ERAN RENTABLES (Arruda, 1991, p. 420, mayúsculas en el original)

Las colonias, en efecto, eran rentables. Ofrecían no sólo dinero prácticamente gratuito sino también trabajo servil y azúcar, tabaco, madera, algodón y otros bienes a precios baratos producidos en América para el consumo de los europeos. Más aún, fue su dinero americano lo que permitió a los europeos el acceso a la seda, los textiles de algodón y las especias que podían adquirir en Asia, así como al dinero añadido que pudieron hacer por medio de su participación en el «comercio del país» interno a Asia.

Por consiguiente, resulta relevante para los objetivos de este libro presentar un recuento de los beneficios que Europa extrajo de forma directa de sus colonias (incluyendo también las que obtuvo de la India después de la batalla de Plassey) antes de la fecha divisoria de 1815 que separa la historia de Asia y Europa en términos de «efectividad». Ernest Mandel (1968, pp. 119-120) estimó que el botín colonial europeo alcanzó entre 1500 y 1800 los mil millones de libras esterlinas, de las que sólo entre 1750 y 1800 llegaron a Gran Bretaña procedentes de la India entre 100 y 150 millones. Esta inyección de capital facilitó cuando no financió las inversiones británicas en la nueva revolución industrial, en especial de la máquina de vapor y la tecnología textil. Por ejemplo, tal y como recordó Eric Williams (1966, pp. 102-103) «fue la acumulación de capital de las Indias occidentales lo que financió la máquina de vapor de Watt. Boulton y Watt pudieron recibir adelantos de dinero (...). Sin embargo a la altura de 1800 el capital invertido en la industria movida por el vapor seguía en toda Europa siendo inferior a lo que habían llegado a ser los beneficios coloniales. El estudioso más escrupuloso de la economía británica para este período, Phyllis Deane (1965), enumeró «seis maneras principales por las que el comercio exterior puede haber contribuido a precipitar la revolución industrial» (citado en detalle en Frank, 1978 a, p. 227).

Tal vez, según señala Robert Denemark, otro «test» sobre si este flujo de dinero de las colonias resultaba rentable y cuánto de rentable, es preguntarse si llevó al descenso de los tipos de interés y por consiguiente volvió más baratas las inversiones y por tanto hizo que fuera más probable su producción en Gran Bretaña y en otras partes de Europa. El historiador monetario John Munro (en comunicación privada en 1996) respondió a mi pregunta que en Gran Bretaña los tipos de interés disminuyeron desde el 12 por ciento a comienzos de la década de 1690 a un 8 por ciento con posterioridad al establecimiento del Banco de Inglaterra en 1694, y hasta un 3 por ciento en 1752. Para entonces, la tasa de interés en Gran Bretaña se había vuelto competitiva en relación con el mercado de dinero de Ámsterdam, que había estado enviando capital a Gran Bretaña, donde el Banco de Inglaterra se encargaba cada vez más de «gestionarlo».

Esta tendencia, que sólo se vio interrumpida por aumentos temporales en las tasas de interés en período de actividad bélica, es confirmada por P. G. M. Dickinson (1967, p. 470 y passim), quien registra tasas de interés sobre la deuda pública británica de entre el 7 y el 14 por ciento en la década de 1690, entre el 6 y el 7 por ciento entre 1707 y 1714, y del 5 por ciento a continuación hasta la década de 1730, fecha a partir de la cual descendieron hasta entre el 3 y el 4 por ciento y posteriormente hasta el 3 por ciento en 1750. Más aún, Dickinson encuentra que las tasas de interés sobre la deuda privada siguieron de cerca las de la deuda pública, sobre todo conforme cantidades masivas de fondos holandeses fueron fluyendo hacia el mercado británico. Aunque buena parte de este dinero era gestionado por el Banco de Inglaterra para respaldar la deuda pública, parte de ese capital se transfería también a la inversión privada, y la deuda pública misma liberó a su vez al capital privado de ser invertido en otros terrenos de la economía.

Los contemporáneos británicos estaban bien al tanto de este descenso en las tasas de interés y lo recibieron gustosamente, sometiendo a discusión montones de cuestiones internas sobre las «instituciones inglesas» con el fin de promoverlas y extenderlas hasta los últimos confines de las Islas Británicas (Dickinson, 1967). Adam Smith (1937, p. 35) señaló que rey tras rey fueron poco a poco reduciendo la tasa legal máxima de interés del 10 al 5 por ciento, pero que «éstos parecen haber seguido la tasa de interés del mercado y no haberse adelantado a ella», lo cual a su vez para él se relacionaba con la demanda, e inversamente con la oferta, de capital.

Además del Banco de Inglaterra, las otras dos de las «tres hermanas», las compañías comerciales East India Company y la South Sea Company británica, hicieron también importantes contribuciones al flujo y la gestión de las reservas de capital en Gran Bretaña.

Todas estas fuentes de capital y otras, entre las que se incluyen las transferencias desde Ámsterdam, derivaban obviamente de las coloniales. Sin embargo, éstas ejercían también otras influencias que aunque eran indirectas no dejaban de ser igualmente destacables, pues este declive en el precio del interés del dinero en Londres y Ámsterdam se originaba en su participación en la estructura y el funcionamiento a escala mundial de la economía global en su conjunto.

Por consiguiente, mientras no se muestre que cualquiera de todas estas consideraciones institucionales internas haya sido más importante que el flujo y las reservas de capital y sus fuentes a escala mundial, la hipótesis de Denemark queda ampliamente confirmada. No obstante, la posesión de capital era sólo una razón necesaria pero no suficiente para invertirlo. Como subraya Hartwell, la mera disponibilidad de una oferta de capital potencialmente invertible, cuya fuente era la explotación colonial en particular y en general el comercio internacional, no hubiera bastado para inducir su inversión efectiva o para dar cuenta de su inversión en maquinaria propia de la revolución industrial capaz de reducir costes, de ahorrar trabajo y de generar energía. Esto requería de incentivos macro y microeconómicos.

En la economía global, sin embargo, incluso semejantes incentivos microeconómicos locales y sectoriales se hallaban vinculados y de hecho derivaban de la participación de forma competitiva en la estructura y la dinámica macroeconómica mundial como un todo. En esto consiste mi tercer y principal argumento: en ese sistema y economía global unificada, el «declive de Oriente» y el «auge de Occidente» tienen que haber estado relacionados entre sí. La cuestión es ¿de qué manera?

UNA EXPLICACIÓN ECONÓMICO-DEMOGRÁFICA GLOBAL

Volvamos a recorrer de nuevo todo este proceso de declive asiático y auge europeo pero ahora en términos demográficos y económicos. La paradoja que surge al hacerlo es que la expansión misma de la producción y la población en Asia en los siglos anteriores puede haber actuado contra su propia prolongación en el tiempo más allá de 1800: los capítulos anteriores han observado la prolongada expansión económica global, en particular en Asia, la cual fue impelida –pero no iniciada– por el dinero americano suministrado por los europeos. He hecho notar también que esta expansión fue incluso mayor en Asia que en Europa. El dinero nuevo parece haber generado en Europa inflación y una expansión de la producción, el poblamiento y la población relativamente aún mayores en Asia que en Europa, según se señaló en los capítulos 3 y 4. Sin embargo, esta ratio población/recurso-tierra venía siendo ya para empezar más elevada en Asia, y esta expansión aumentó significativamente la presión sobre los recursos en buena parte de Asia. Si ello sucedió en menor medida en Europa (o, según se plantea más adelante, ésta contaba con más válvulas de escape), la expansión a escala global puede haber estado detrás del incremento del diferencial relativo y absoluto entre población y recursos entre Oriente y Occidente.

Un modelo económico-demográfico

Las relaciones entre población y crecimiento económico en general e incluyendo en particular el desarrollo tecnológico han sido objeto de largos debates al menos desde Adam Smith, David Ricardo y Thomas Malthus. El desacuerdo y/o la incertidumbre continúan aún hoy entre la mayoría de los expertos demógrafos y los economistas del desarrollo. Dominick Salvatore (1988, p. xiii) hace por ejemplo notar que incluso hoy día las conclusiones de los últimos informes procedentes de Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Working Group on Population Growth and Economic Development [Grupo de trabajo sobre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico] del US National Research Council (1986), resultan contradictorias y contrapuestas. Este último y tan citado informe revisó una ingente literatura sobre el asunto, planteó nueve preguntas sumarias diferentes y sólo llegó a conclusiones muy tentativas.

De manera que puede resultar un esfuerzo vano para alguien tan inexperto como yo entrar al trapo. Pues, en relación incluso con la explicación de la aceleración del crecimiento de la producción desde mediados del siglo XVIII en adelante y sólo para Europa, el peso de la opinión de los expertos ha ido virando desde su atribución al descenso de la mortalidad hasta el aumento de la fertilidad. No obstante, el juicio reciente del eminente historiador William

Langer (1985, p. 5) es que el asunto «no podrá nunca ser explicado con un grado muy elevado de seguridad o de forma definitiva». Mucho más aventurada resulta por tanto cualquier especulación sobre las posibles relaciones entre crecimiento demográfico, económico y tecnológico a escala del mundo entero y en relación con su diferenciación regional. De hecho, según escribe Ronald Lee (1986, pp. 96-97) en relación con sus propios intentos de análisis y modelización experta, «¿podemos acaso explicar la actuación relativa de África, China y Europa en este ámbito tecnológico dentro de un marco de estas características? (...) Existen por supuesto grandes dificultades, tal vez resulta absurdo incluso afrontar estas cuestiones a un nivel de abstracción tan elevado y en tal nivel de generalización. Pese a todo, creo que se trata de cuestiones tan interesantes que merecen ser exploradas». Estoy de acuerdo con él; no sólo se trata de cuestiones interesantes sino que hacerles frente resulta vital para todo intento de comprensión de lo que realmente sucedió en el mundo. Sin embargo, tal y como este libro ha venido argumentando, ello exige hacer frente a las cuestiones a un nivel aún mayor –global– de generalidad. Puesto que hasta los expertos temen llegar hasta ahí si bien sólo por miedo a ver sus esfuerzos tachados de absurdos, un loco inexperto como yo se arriesga a caer aún en mayor absurdo.

Lee (1986) retoma él mismo el «debate» entre Thomas Malthus y Esther Boserup (1981), y propone una «síntesis dinámica». Malthus, conviene recordar, argumentó que a través de la ley de rendimientos decrecientes, el aumento de la presión sobre los recursos limitará por sí sola el crecimiento de la población. Antes del más reciente «revival» del maltusianismo, Malthus parece haber sido puesto en entredicho por el veloz y masivo aumento de la población en el mundo, que fue posible al superar la ley de rendimientos decrecientes a través del desarrollo tecnológico, el cual aumenta la oferta de recursos y/o de sus retornos. Boserup (1981), en su estudio sobre las tendencias de largo plazo del cambio de población y tecnológico, fue un paso más allá, o más bien retornó a Smith, para quien el crecimiento de la población generaba retornos crecientes. Boserup propuso que el crecimiento de la población y su consiguiente presión sobre los recursos puede a su vez generar avance tecnológico, el cual a su vez acaba con los rendimientos decrecientes. Lee, siguiendo a F. L. Pryor y S. B. Maurer (1983), a quienes considera pioneros, busca una «síntesis» de la tesis de Malthus y la antítesis de Boserup. Por el camino, construye al menos seis modelos diferentes relativos a cómo los cambios o la ausencia de cambios en la población y la tecnología pueden de forma hipotética actuar.

La «explicación» micro y macroeconómica del rápido cambio tecnológico alrededor del 1800 en Europa antes que en Asia que yo por mi parte propongo resulta ser una variante de uno de los modelos hipotéticos de Lee. Mi explicación no es maltusiana, pues ésta no tiene en consideración el cambio tecnológico, pero tampoco es boserupiana, pues ésta atribuye dicho desarrollo tecnológico al crecimiento de la población en sí. Por consiguiente y a

diferencia de Lee, mi propuesta no es una síntesis de su tesis/antítesis. Es más bien una negación de ambas. De hecho, mi propuesta es una antítesis a su vez de la de Boserup, pero no de la de Malthus. Mi propuesta, aún más «abstracta y general» que la de Lee, es que un crecimiento de la población más elevado en Asia impidió un avance tecnológico generado y basado en la demanda y la oferta de maquinaria ahorradora de trabajo y generadora de energía, y que el menor crecimiento demográfico de Europa generó los incentivos para dicho avance, ¡y en competencia con Asia! Uno o dos de los «modelos hipotéticos» de Lee contempla esta posibilidad, pero Lee no parece desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias. Mi razonamiento es mucho menos sofisticado que los modelos, gráficos y ecuaciones de Lee, pero mi forma de proceder puede ser mucho más realista porque yo añado tres variables adicionales para complejizar los modelos de Lee, aunque eventualmente para hacer más sencilla una explicación sobre el mundo real. Estos tres añadidos son: 1) sitúo a Asia, África y Europa en el mismo saco de una economía mundial competitiva a escala global, lo cual es la principal tesis y enfoque de este libro; 2) diferencio las distribuciones de ingresos, de oferta de trabajo y su precio, y demanda de productos dentro de estas regiones económicas, y por consiguiente en términos relativos entre estas mismas partes económicas regionales dentro de la economía mundial competitiva en su totalidad (como hago con el primer añadido); y 3) permito que la oferta de capital potencialmente invertible y las fuentes de dicho capital –y de hecho también su ausencia o escasez– desde regiones distintas a aquellas en las que se invierte dicho capital produzcan equipo y material reductor de fuerza de trabajo y generador de energía.

Puedo anticipar brevemente la «dinámica» resultante, a cuya plausibilidad Lee dedica escasa atención aunque sólo sea porque no concede a estas tres variables la atención que en realidad merecen: alrededor de 1800, el avance tecnológico tiene lugar en Europa, pero no así en Asia, que contaba con un mayor crecimiento de población pero también con una mayor polarización en su distribución de ingresos y una mayor escasez de capital. No obstante, tampoco tiene lugar en África, donde la ratio población/recursos era aún más baja que en Europa; África no obtiene acceso a capital invertible desde fuera, cosa con la que en cambio sí cuenta Europa.

¿Una trampa de equilibrio de alto nivel?

Volvamos una vez más sobre esta larga fase de expansión de tipo «A» que arranca en 1400 para plantearnos por qué y cómo las economías y sociedades de Asia y Europa pueden haberse ido diferenciando entre sí. La expansión económica mundial desde 1400 vino acompañada por grandes aumentos en la producción, según he señalado en los capítulos 2, 3 y 4. Esto permitió también un importante aumento de la población en las principales economías

de Asia, en especial desde mediados del siglo XVII, según he señalado en los capítulos 2 y 4. De esta manera, fue la expansión económica mundial la que produjo estos efectos en las principales economías y sociedades centrales de Asia, y lo hizo en ellas más que en la marginal Europa. Y es que las economías asiáticas más productivas respondieron «mejor» a la inyección del nuevo dinero americano.

Las economías de Europa, América y Asia menos productivas y más marginales no fueron capaces de responder con tanta velocidad o fuerza a través de un aumento de la producción (como hice ver en el capítulo 4), y al menos Europa lo que experimentó fue más bien un aumento de la inflación (según señalé en el capítulo 3). Más aún, el crecimiento de la población se mantuvo además bajo en Europa hasta 1750, según se vio en el capítulo 4. Entre 1600 y 1700 la tasa de crecimiento era sólo de una cuarta parte de lo que vendría a ser en el siglo siguiente (Livi-Bacci, 1992, p. 68). Por tanto, los salarios se mantuvieron más elevados en Europa que en Asia.

En las principales economías de Asia, por otra parte, el crecimiento económico mundial y regional aumentó la producción y la presión productiva sobre la base de los recursos disponibles, polarizó la distribución del ingreso y de esta forma constriñó la demanda interna efectiva de bienes de consumo masivos. La misma estructura y proceso hicieron descender los costes salariales de la producción sin incrementar los incentivos de los precios para invertir capital en técnicas de producción ahorradoras de fuerza de trabajo y generadoras de energía, tal y como volveré a aumentar más adelante. Adam Smith (1937, p. 70) señaló que, en comparación con Europa, la mayor oferta de mano de obra y en especial la mayor pobreza de los trabajadores «de las clases bajas de la población en China» sitúa en umbrales muy bajos los salarios por los que están dispuestos a trabajar. Más aún, Marks (1997 a) sugiere que en China el más veloz crecimiento en la producción de arroz y los aumentos de su precio a menor velocidad que la población frenaron los incentivos para invertir en ulteriores mejoras de la productividad, en especial a través de máquinas ahorradoras de mano de obra. De hecho, tal y como se señaló en el capítulo 4, las mejoras en la agricultura en China y tal vez en el resto de Asia (y probablemente también la fertilidad en aumento y la mortalidad en descenso) superaron a las de Europa. «Pero la ironía es, por supuesto, que el subsiguiente crecimiento de la población de China puede haber impedido el surgimiento de un crecimiento económico sostenido basado en el desarrollo industrial» (Marks, 1997 a).

Elvin cita a Smith a estos efectos como parte de su propio y bien conocido argumento (1973) sobre la «trampa del equilibrio de alto nivel». Él trata de explicar la ausencia de una revolución industrial en China pese a que el resto de las condiciones y «prerrequisitos» eran aparentemente abundantes, según he hecho ver en la revisión que he efectuado de la producción, el comercio, las instituciones y la tecnología. La esencia de la tesis de Elvis es que China había «llegado hasta donde podía llegar» (por citar la

afirmación que se aplica a Kansas City en el musical *Oklahoma*) con las técnicas agrícolas, de transporte y de manufacturas desarrolladas en los siglos precedentes, basadas en la abundancia de mano de obra combinada con la escasez de tierra y otros recursos. Por ejemplo, las tierras para pastos eran particularmente escasas debido a que toda la tierra agrícola es escasa donde hay una población elevada y en crecimiento; sin embargo, ello volvía barata la fuerza de trabajo. Por consiguiente, los bajos costes del transporte por agua y los elevados costes del forraje para los animales hacían que la dependencia del transporte realizado por humanos resultase una elección racional. Por ejemplo, una referencia de 1742 a una bomba de agua argumentaba que podía ahorrar hasta cuatro quintas partes del trabajo que se necesitaba para irrigar la tierra de uso agrícola. Sin embargo, la construcción de la maquinaria adecuada para hacer la bomba exigía el empleo de cobre, que era demasiado caro hasta el punto que era de hecho como sacrificar dinero, pues la moneda metálica en circulación se hacía con bronce. Por consiguiente, la inversión para construir dichas bombas no era económica ni racional.

Elvin argumenta que no fue ningún fallo institucional ni de ningún otro tipo de fracaso a la hora de «desarrollarse» sino justamente lo contrario, el veloz crecimiento de la producción, de empleo de recursos y de población lo que volvió todos los recursos escasos, a excepción de la mano de obra:

> Claramente la escasez de muchos recursos se volvió más aguda. En muchas zonas había falta de madera para edificar casas y barcos y hasta para maquinaria. Había escasez de combustibles (...) de fibras para textiles (...) de animales de carga (...) Los metales contaban con escasa oferta, en particular el cobre (...) pero igualmente el hierro y la plata. Por encima de todo, se daba una escasez de tierra de calidad para el ganado y la agricultura: la calidad de la tierra que se araba por primera vez en este período descendió bruscamente. Una razón importante de esta escasez generalizada era por supuesto el continuo crecimiento de la población en condiciones de relativo estancamiento tecnológico (...) [que] habían llegado a un punto de rendimientos decrecientes a fines del siglo XVIII (Elvin, 1973, p. 314)

No obstante, Elvin argumenta que fueron estos mismos avances los que

> volvieron más y más difícil interesarse por invenciones rentables. En una situación de excedentes agrícolas en declive, y unos ingresos per capita también decrecientes así como de demanda per capita, con una fuerza de trabajo cada vez más barata pero en cambio unos recursos y un capital cada vez más caros (...) la estrategia racional para los campesinos y mercaderes por igual iba en la dirección no tanto de la maquinaria que ahorra trabajo cuanto de economizar en recursos y capital fijo (...) Cuando la escasez temporal aumentó, la versatilidad mercantil basada en el transporte barato fue más rápida y más seguro remedio que la aportación que podía ofrecer la maquinaria. Esta situación puede ser descrita como una «trampa de equilibrio de alto nivel» (Elvin, 1973, p. 314).

Lee (1986, p. 124), siguiendo a Boserup, sugiere también que China poseía una densidad de población demasiado elevada como «para apoyar mayores inversiones colectivas (...) [con vistas a un] salto tecnológico (...) China puede haberse quedado atrapada en una situación de atractivo equilibrio entre alta población y tecnología de nivel mediano», análogo a la «trampa de equilibrio de alto nivel» de Elvin a la que acabo de hacer referencia. En dicha trampa, el trabajo barato originado en la elevada población, los recursos caros y la escasez de capital hacen que la inversión en tecnología ahorradora de trabajo no sea ni racional ni económica. Lo mismo habría sucedido en la India, de la cual Stein (1989, p. 11) señala que el consumo en aumento por parte de las elites y la demanda estatal de gasto militar «impusieron exigencias más duras a los trabajadores, reduciendo su consumo y las expectativas de su propia supervivencia, en especial durante los últimos años del siglo XVIII», según señalé ya en la revisión que he hecho del declive de la India y del resto de Asia.

Intercambios determinados por ofertas y demandas análogas a éstas subyacen a las opciones y desarrollos en el suministro de combustible y otras fuentes de energía. La variedad de sus ofertas puede haber quedado más restringida a escala local o regional por los costes del transporte de sus materias primas al por mayor, aunque la madera haya sido una materia prima que ha viajado largas distancias a lo largo de milenios. Sin embargo, la demanda de estos inputs para generar energía para la producción se vio seriamente afectada por consideraciones relacionadas con los costes, que derivaban asimismo de los precios de mercado competitivos y/o protegidos para productos como los textiles, en cuya producción estos combustibles entraban como inputs.

La crítica de Lippit (1987) al argumento de Elvin, planteando que los excedentes chinos eran más elevados, resulta inaceptable porque está mal aplicada. Los excedentes invertibles y el capital no son sólo condiciones necesarias sino insuficientes de cara a su inversión. Ya he argumentado que la cuestión no es sólo si existía o no un excedente invertible, sino hasta qué punto era racional o no invertirlo en tecnología ahorradora de fuerza de trabajo y generadora de energía. Al fin y al cabo los chinos realizaron inmensas inversiones en canales interregionales y otras infraestructuras dentro de China. Elvin argumenta correctamente que los chinos eran racionales en términos económicos, y que esto es lo que explica entonces que rehuyeran la inversión desde una perspectiva y cálculos de oferta y demanda de amplitud económica regional/local. Esto de paso refuerza mi argumento de que, en relación sobre todo con las industrias de exportación, esta racionalidad económica debe ser extendida al mundo entero, no sólo al caso de China.

Es decir que el mismo argumento puede y debe ser aplicado tanto a cual-

quier otra parte como al mundo entero. Buena parte de la producción y exportación asiática, y desde luego la seda china, era para su producción altamente intensiva en trabajo en condiciones de elevada oferta de trabajo y bajos costes de producción. También en la India los siglos anteriores de crecimiento económico y expansión habían generado análogas relaciones de oferta y demanda. Allí también, no el «estancamiento» sino más bien su opuesto –la expansión económica, el crecimiento de la población e incluso el cambio institucional, en una palabra el proceso (¿normal?) de acumulación de capital– debe de haber llevado a un punto de rendimientos decrecientes.

En la *Cambridge Economic History of India* se dice que «la llamativa baratura de la mano de obra (...) volvía prescindibles los artefactos que ahorraban fuerza de trabajo» en la India (Raychaudhuri y Habib, 1982, p. 295). Habib argumenta también en otro lugar (en Roy y Bagchi, 1986, pp. 6-7) que en la India la abundancia de mano de obra cualificada y de «compensación por la cualificación» volvía ineconómica allí la adopción de herramientas ahorradoras de fuerza de trabajo (aunque Amiya Bagchi aparece en la página 143 del apéndice de la obra citado por su desacuerdo en este punto).

En resumidas cuentas, el enfoque y el análisis de Elvin puede ser aplicado no sólo a China sino también al sureste asiático, la India, Persia y el Imperio Otomano o a cualquier otra parte del mundo, y a cualquiera de ellas desde una perspectiva económica mundial. Esto incluye también a Europa. Allí el argumento de la abundancia de mano de obra y la escasez de capital que Elvin aplica a China (o su aplicación a cualquier otro lugar de Asia) viene a ser como el reverso de la moneda, en forma de escasez de mano de obra y por consiguiente excedente relativo de capital según el argumento que Adam Smith hizo para el caso de Gran Bretaña y otros más recientemente han hecho para Norteamérica.

En Europa los salarios más elevados y la superior demanda, así como la disponibilidad de capital incluyendo la que venía desde el extranjero, volvieron entonces racional tanto como posible la inversión en tecnología ahorradora de costes de trabajo. El mismo argumento sirve para el equipamiento generador de energía. Los precios relativamente elevados del carbón y la mano de obra en Gran Bretaña proporcionaron incentivos para los procesos de rápida adopción del carbón y de la producción movida mecánicamente antes de que éstas se volvieran más económicas en áreas que poseían más excedentes incluso de mano de obra y/o escasez de energía no mecánica, de combustible y de capital con que desarrollar dichos procesos. El argumento adicional aquí es que la competencia económica del mercado a escala mundial entre Europa y China, la India y otras partes de Asia volvió por supuesto para los europeos racional dicha tecnología ahorradora de fuerza de trabajo y productora de energía, pero no para los asiáticos.

Este es todavía más el caso si la distribución del ingreso se muestra muy desigual. En este caso, la parte superior de la pirámide de los ingresos no genera demanda suficiente para la producción que puede derivar de unos costes laborales más bajos, mientras que los bajos ingresos en la parte inferior de la pirámide mantienen en niveles bajos los salarios o incluso vienen a disminuirlos. De forma que una distribución desigual del ingreso actúa también contra la innovación tecnológica en maquinaria ahorradora de fuerza de trabajo, así como contra la inversión en procesos generadores de energía. ¿Qué podemos entonces decir de la distribución del ingreso?

Jack Goldstone (1991 a) argumenta que, independientemente de cómo se organice el empleo de la fuerza de trabajo, el crecimiento de la población en las sociedades agrarias concentra los ingresos y la riqueza y reduce los salarios y la demanda efectiva. No obstante, he argumentado más arriba que más dinero y una mayor población se refuerzan también mutuamente. Todas estas causas habituales podían haber socavado la viabilidad económica y la estabilidad política. ¿Hay evidencia de procesos de este tipo en Asia durante los siglos XVII y XVIII? ¡Sí la hay!

Hay de hecho razones para creer que fue el mismo auge muy prolongado de la producción y la población lo que contribuyó al subsiguiente declive en las tasas de crecimiento de ambas. La evidencia disponible sobre Asia sugiere que su crecimiento en producción y población presionó sobre la base de los recursos y polarizó tanto la economía como la sociedad: la distribución del ingreso se volvió crecientemente desigual.

La cambiante distancia entre ricos y pobres modificó la parte «superior» de la pirámide social. La movilidad ascendente y el consumo suntuario, en especial por parte de comerciantes y especuladores aumentaron, tal y como se documenta para la economía y la sociedad de la China Ming en el relato de Timothy Brook *The Confusions of Pleasure* [Las confusiones del placer] (1998). Lippit (1987, p. 90) estima que el tamaño del excedente económico con el que se hacían la pequeña nobleza y otros grupos era en el siglo XIX de al menos el 30 por ciento de los ingresos nacionales. Las condiciones económicas expansivas de épocas anteriores pueden haber dado lugar a excedentes más elevados en términos relativos y absolutos. Procesos análogos han sido igualmente descritos para la India como resultado de la expansión económica antes de su declive en el siglo XIX. De hecho, su intento de comparar la evidencia disponible sobre la India y China (y Europa) a este respecto, llevó a Pomeranz (en una comunicación privada en 1996) a creer que la distribución de la riqueza se hallaba en la India todavía más desigualmente repartida que en ningún otro lugar. Esa demanda creciente de objetos de lujo y bienes importados procedente de la parte superior de la pirámide desvió el poder de compra fuera del mercado de bienes de consumo producidos a nivel y regional.

En la parte inferior de la pirámide social algunas personas eran empujadas «hacia abajo y afuera» hasta caer en la marginalidad. Un grupo mayor de campesinos desplazados se convirtieron en jornaleros de bajos salarios que formaban una reserva cada vez más grande de mano de obra barata. Dentro de este gran y tal vez en aumento segmento de gente situada en la parte infe-

rior de la sociedad, los bajos ingresos reducían al mismo tiempo su demanda efectiva sobre ese mercado de bienes, y aumentaban la oferta de su mano de obra barata de producir bienes, en parte también para la exportación.

En relación con la India, Habib (1963 a, p. 351) explica cómo «el imperio mogol fue su propio enterrador». Su clase gobernante obtuvo buena parte de su riqueza a través de la expropiación del excedente producido por el campesinado. Habib (1963 a, p. 320) cita dos contemporáneos que señalaron que pocas veces antes, si es que alguna vez, había sido mayor el contraste entre «los ricos en su gran abundancia y el total sometimiento y pobreza de la gente común», y que «el país está arruinado por la necesidad de costear las enormes cargas que exige mantener el esplendor de una nutrida corte, y pagar el copioso ejército erigido para mantener sometida a la población». Esto debe de haber reducido los ingresos y la demanda efectiva de bienes de gran consumo interno, y debe de haber impuesto un bajo precio de oferta al trabajo asalariado. De hecho, Habib (1963 a, pp. 324-329) constata con el paso del tiempo una creciente explotación de los campesinos que tuvo por efecto el abandono de la tierra, que a su vez aumentó la oferta de fuerza de trabajo urbana y de otro tipo, presumiblemente a cambio de salarios más bajos. Esta condición contribuyó también de forma importante a la caída de los mogoles y su reemplazo por los marajás, los cuales no sólo continuaron sino que incluso aumentaron la explotación del campesinado. Ali (1975) cita también a Habib situándole entre los que argumentan precisamente que había una explotación cada vez mayor en la agricultura y que esto llevó a la revuelta campesina tanto como a la del *zamindar*. (El aumento de oportunidades de ganancia incrementó también la explotación de los trabajadores en la industria británica durante la revolución industrial, como señaló ya Friedrich Engels y más tarde Eric Hobsbawm.)

De manera que, ¿cómo actuó la distribución de los ingresos en Asia en comparación con la de Europa y en especial la de Gran Bretaña? En relación con China, Adam Smith (1981, p. 72) observó que la pobreza de los más pobres era allí mucho mayor que en Europa, de manera que los ingresos más bajos entre los europeos eran con todo más elevados que los más bajos entre los chinos y tal vez entre otros pueblos de Asia. Más aún, Smith (1981, p. 206) observó también que tanto el salario real de la mano de obra como las cantidades reales de bienes de primera necesidad que los trabajadores podían adquirir con sus salarios eran en China y en la India inferiores a los de la mayoría de Europa.

Con todo, Pomeranz (1997, y en comunicación privada en 1996) insiste en que mientras la distribución de los ingresos era de hecho más desigual en la India, en China lo era menos y por tanto más parecida a la de Europa. Sin embargo, sugiere también que en China los jornaleros todavía eran capaces de apoyarse en la ayuda familiar procedente del campo para cubrir parte de su subsistencia, algo que ya no estaba al alcance de los trabajadores urbanos en Europa, y menos en Gran Bretaña. Pomeranz sugiere que, por consiguiente, los trabajadores en China habrían estado aún en condiciones de sobrevivir –y los empresarios de pagar– con salarios más bajos que los de Gran Bretaña o Europa occidental incluso si la distribución de ingresos en China no era más desigual que en Europa. De manera que en este sentido el apoyo procedente de la familia puede ser considerado en el caso de China como el «equivalente funcional» de una distribución más desigual de los ingresos, como en la India.

De forma más significativa, la sugerencia de Pomeranz puede ser traducida a esta otra: fuera cual fuese la distribución del ingreso en China, los bienes salariales eran aún y con todo más baratos en términos relativos e incluso puede que en términos absolutos que lo eran en Europa, y en especial que en Gran Bretaña dados sus salarios relativamente más elevados. Es decir, que en relación con los costes de inputs mecánicos alternativos y otras fuentes de energía, la disponibilidad de bienes baratos a partir de salarios habría aun así todavía hecho más económico y racional emplear más mano de obra y menos capital en China que en Gran Bretaña incluso en el caso de una similar distribución de los ingresos. Sin embargo, fueran los que fueran los mecanismos institucionales a través de los cuales se distribuyeran estos baratos bienes salariales de subsistencia, sólo podrían haber sido puestos al alcance de la gente por medio de una agricultura que era más productiva y por consiguiente más capaz de producir estos bienes salariales más baratos en China que en Gran Bretaña y Europa. Estas observaciones a su vez confirman, o al menos resultan consistentes con otras dos: la agricultura era más eficiente en China, como afirma Marks (1997 a) (véase el capítulo 4). Y era la eficiencia productiva relativa de la agricultura china lo que frenaba la innovación ahorradora de trabajo y la inversión empleadora de capital en otros sectores de la economía, como Elvin (1973) y yo afirmamos.

Es posible buscar otra respuesta en las concomitantes diferencias en los niveles de precios. Puede que la teoría cuantitativa del dinero (según la cual los precios se incrementan de forma proporcional a la cantidad de dinero) no sea infalible. Con todo, la evidencia es que en general, cuanto más próxima se encuentra la fuente y por tanto la disponibilidad de plata/dinero, mayor el nivel de precios; y cuanto más distante la fuente de dinero y menor su disponibilidad, menor el nivel de precios. Como hemos visto, Europa se hallaba sin duda más cerca de las minas de América y recibía una mayor cantidad de plata y desde más temprano que lo que lo hacían por su parte el Asia occidental, meridional y oriental. ¿Es posible mostrar que la combinación entre salarios más altos y precios más elevados en Europa, por no hablar de en Norteamérica, no dejaba a los europeos mejor sino puede que incluso peor que la mayoría de los asiáticos por mucho que éstos se hallasen ante una mayor oferta de mano de obra de bajos salarios en el nivel más bajo de la escala social? En ese caso los niveles altos de salarios en Europa y los bajos en Asia habrían sido compatibles con los menos ciertos pero probablemente equiparables niveles de vida, así como de los posiblemente incluso más bajos

en Europa, tal y como Bairoch, Maddison y otros sugieren. Esto habría sido en especial el caso si la distribución de esos ingresos era más desigual en Asia y/o si China e incluso la India poseían también esos bienes salariales baratos a modo de «equivalentes funcionales» arriba mencionados. Estas circunstancias habrían también hecho que los bienes europeos fueran menos competitivos que los asiáticos en los mercados de todo el mundo, y en particular en los de Asia e incluso en los de Europa.

¿Hay evidencias que apoyen, nieguen o modifiquen esta propuesta? Sí las hay. Contamos con evidencia tanto sobre las ratios relativas población/recurso-tierra a fines del período 1400-1800, y evidencia de tipo inferencial sobre cambios más tempranos dentro de este mismo período, basadas en tasas anteriores de crecimiento. Más aún, poseemos también evidencia sobre tasas comparadas de crecimiento demográfico entre las principales regiones del mundo y de Eurasia, que fueron ya presentadas en el capítulo 4.

La evidencia: 1500-1750

¿Podemos por consiguiente comprobar esta microhipótesis sobre el nivel de los salarios y la macrohipótesis relacionada con ella sobre el ciclo largo para contribuir a elaborar una mejor teoría económica mundial con la que dar cuenta de la revolución industrial que tuvo lugar en Europa y América, pero no en Asia ni en África?

Hay sin duda evidencia abundante, y parte de ella ya ha sido citada, que muestra que los salarios eran muy inferiores en Asia respecto de Europa, y que por esta razón la producción europea no era competitiva. En lo tocante a la ratio población/recurso-tierra, Bairoch analizó las relaciones entre población y hectáreas de tierra cultivada y las proyectó hasta aproximadamente el año 1800 en el caso de Asia. Halló que las ratios asiáticas eran entonces tres o cuatro veces superiores a las europeas, con 3,6 y 3,8 personas por hectárea en China y la India respectivamente, y tan sólo 1,1 en Francia y 1,5 en Inglaterra a la altura de 1700 (sin embargo la ratio era para el caso de Japón de 5 personas por hectárea, si bien para el año 1880).

Por supuesto, los datos de población y su crecimiento son dispersos e inciertos, y en el caso del crecimiento económico, por no hablar de su presión sobre los recursos, todavía más. Sin embargo, las tablas 4.1 y 4.2 sintetizan los datos sobre población mundial y regional procedentes de una enorme variedad de fuentes, datos que revelan una pauta significativa. He señalado que el crecimiento de la población mundial se recuperó después de 1400 y experimentó un perfil ascendente a partir de 1600 y en especial desde mediados del siglo XVII en adelante, probablemente debido a las razones económicas y nutricionales resumidas en los capítulos 2 y 4. No obstante, según señalé en el capítulo 4, entre 1600 y 1750 Europa siguió acogiendo de forma invariable entre un 18 y un 19 por ciento de la población mundial. A lo largo de ese mismo período, la proporción de la población del mundo que vivía en Asia pasó del 60 al 66 por ciento. Esto fue así porque, en la ya entonces más densamente poblada Asia, aumentó a razón de un 0,6 por ciento anual, mientras que en Europa lo hizo sólo en un 0,4 por ciento anual. Según unas cifras posteriores de Livi-Bacci (1992, p. 68) la tasa de crecimiento de la población en Europa era sólo de 0,3 por ciento, es decir, entre la mitad y dos tercios de la de Asia. Como resultado de ello, según las tablas 4.1 y 4.2, mientras que entre 1600 y 1750 la población creció un 57 por ciento en Europa, aumentó un 87 por ciento en el conjunto de Asia y en un 90 por ciento sólo en China y la India. Más aún, el incremento absoluto fue cuatro veces superior en Asia y sobre la base de unos recursos que ya entonces eran más escasos, pasando de 110 millones en 1600 a 216 millones en 1750, cifras que hay que comparar con el paso de 26 millones a apenas 51 millones respectivamente en el caso de Europa.

De manera que la ratio población/recurso-tierra aumentó más en Asia que en Europa. Esta diferencia sugiere por ella misma que la disponibilidad de mano de obra barata aumentó también mucho más en Asia que en Europa. Ello sería aún más así si la desigualdad en la distribución de los ingresos fuera también mayor en Asia que en Europa. Esto, según ha sido ya sugerido más arriba, fue debido tanto al mismo aumento más veloz de la población cuanto al mayor aumento de la producción y los ingresos en Asia. En África la población se mantuvo estable o disminuyó, pero no sabemos qué impacto tuvo esto sobre la distribución del ingreso. Sin embargo, sí es sabido que a diferencia de Europa, África no tuvo ningún flujo significativo observable de capital de inversión inyectado desde fuera, y además carecía del nivel de competencia que tenía Europa con Asia en los mercados mundiales. Por consiguiente, no se puede esperar en África ningún proceso de cambio en los incentivos en dirección hacia la tecnología innovadora ahorradora de mano de obra. Lee no menciona este motivo en concreto, pero sugiere que África puede haber quedado por otros motivos igualmente atrapada en una «trampa de equilibrio de alto nivel».

El punto de inflexión de 1750

¿Cómo y por qué tuvo lugar un cambio demográfico en especial en la segunda mitad del siglo XVIII? Los historiadores y demógrafos han señalado que se produjo una inflexión en las tasas de crecimiento de población a partir de comienzos de 1750 que nunca ha sido explicada. La tabla 4.1 muestra que el aumento de la población a escala mundial durante el medio entre 1650 y 1700 fue de un 20 por ciento, y de nuevo de la misma proporción hasta 1750, pero que fue aún más elevado, de un 23 por ciento, entre 1750 y 1800. En Asia, sin embargo, las tasas correspondientes fueron de un 26 por ciento antes de 1750 y de sólo un 20 por ciento entre 1750 y 1800, y en India caye-

ron desde un 30 por ciento en el medio siglo anterior a 1750 hasta un 20 por ciento en el medio siglo posterior a esta fecha. Para este período, Clark (1977) ofrece tasas de crecimiento bastante distintas, y que quedan sintetizadas en la tabla 4.2. El total de la población mundial aumentó un 24 por ciento en la primera mitad del siglo, pero sólo en un 14 por ciento en la segunda mitad, para después recuperarse hasta un 21 por ciento entre 1750 y 1800. En China, las tasas de crecimiento de población fueron de alrededor del 50 por ciento en las dos segundas mitades de los siglos XVII y XVIII, pero inexplicablemente sólo de un 40 por ciento en el período situado en medio, entre 1700 y 1750. Sin embargo, Clark muestra un significativo declive en la tasa de crecimiento de la población de la India, que pasó en sus cifras de un 33 por ciento en el medio siglo anterior a 1700 a crecimiento cero en el medio siglo posterior a 1750, y a un descenso en términos absolutos de un 0,5 por ciento entre 1750 y 1800 (después de la batalla de Plassey de 1757).

Otros datos sugieren descensos relativos aún mayores en el crecimiento de la población de Asia y un aumento en Europa. Según las estimaciones de Carr-Saunders (1936) que se siguen empleando aún hoy en las Naciones Unidas, la tasa de crecimiento de la población mundial descendió de alrededor del 0,3 por ciento anual en el siglo anterior a 1750 a un 0,2 o hasta a un 0,1 por ciento en el medio siglo anterior a 1800. La mayor parte de este fenómeno se debe al descenso aún más rápido en el caso concreto de Asia, que pasó de un 0,6 por ciento anual a entre 0,13 y 0,14 por ciento al año entre 1750 y 1800. Dentro de Asia, la tasa de crecimiento fue según las investigaciones más recientes de un 1 por ciento en China, pero de sólo un 0,1 en la India, en el período de su declive económico, conquista y colonización por parte de los ingleses (Nam y Gustavus, 1976, p. 11). De manera que sobre la base de todas estas estimaciones, y pese a algunas diferencias entre ellas, surge con claridad la imagen de un cambio de orientación en las tasas de crecimiento en Asia durante el siglo XVIII, que pasan de altas a más bajas.

En Europa, por otro lado, según la tabla 4.1 el crecimiento de la población se aceleró pasando del 15 por ciento entre 1650 y 1700 al 22 por ciento entre 1700 y 1750, y al 34 por ciento en el medio siglo entre 1750 y 1800 y al 41 por ciento entre 1800 y 1850. En la tabla 4.2 las tasas de crecimiento para Europa son similares, pasando del 17 por ciento en la primera de estas mitades de siglo al 23 por ciento en la segunda y al 33 por ciento en la tercera, entre 1750 y 1800. Es decir que en Europa la tasa de crecimiento de la población súbitamente despegó pasando de las tasas anuales previas de 0,3 ó 0,4 a 1,6 por ciento anual de incremento entre 1750 y 1800. Las cifras más recientes de Livi-Bacci (1992, p. 68) son para el caso de Europa de un 0,15 por ciento entre 1600 y 1750 y un 0,63 por ciento entre 1750 y 1800 (que las volvería incluso más bajas en relación con las de Asia en el período anterior). Pese a las diferencias entre estas estimaciones, nadie cuestiona que las tasas de crecimiento demográfico despegaron en Europa, mientras que no lo hicieron en Asia, y de hecho pueden haberse incluso tornado negativas en la India.

Más aún, estas mismas tendencias continuaron y de hecho se aceleraron en la primera mitad del siglo XIX.

La sugerencia en su momento planteada –de que fue la fertilidad más que la mortalidad la que generó este incremento en el crecimiento de la población a causa de un aumento del trabajo infantil de la propia revolución industrial– se torna fácil de desconfirmar. Pues el aumento de la población no se limitó a la Gran Bretaña en proceso de industrialización ni siquiera a la Europa noroccidental, sino que fue aún mayor en la Europa oriental y Rusia. La expansión de esta última por Siberia apoyó y canalizó su crecimiento demográfico, pero su industrialización fue en general más lenta que en la Europa occidental. Según sugiere Langer (1985), puede que no sepamos nunca por qué exactamente la población despegó en Europa; pero al menos sabemos que lo hizo, y que en Asia, en cambio, no.

¿Desconfirma esta evidencia sobre la reversión de las tendencias demográficas asiáticas y europeas desde 1750 la explicación que he sugerido de una caída también en la evolución general de Asia y Europa, y en el hecho de que la revolución industrial tuviera lugar primero en Europa? No. ¿Es posible que se diera un movimiento de ida y vuelta? Sí.

Los cambios absolutos y relativos en las tasas de crecimiento de la población en Asia y Europa después de 1750 no se alejan necesariamente de esta explicación, y tal vez vienen incluso a apoyarla de forma adicional. Para empezar, las tasas inferiores de crecimiento de la población en el caso de Asia son una manifestación y confirmación del declive de Asia, lo cual es algo central en mi explicación. De forma similar, sin embargo, es posible argumentar que ¡en estas circunstancias tuvo lugar de hecho un efecto Boserup! La propia Boserup (1981) sugiere que en Europa la ratio población/recurso-tierra no favorecía la innovación tecnológica en la agricultura y la industria antes de mediados del siglo XVIII. La autora subraya que el crecimiento demográfico europeo ofreció un estímulo sólo después de ese período, y que Europa no experimentó en el período inmediatamente anterior ningún incremento en la productividad agrícola. Sin embargo, en especial después de 1800, el crecimiento incluso superior de la población en Europa pudo perfectamente haber favorecido la innovación en tecnología ahorradora de fuerza de trabajo y en generación de energía más barata y menos dependiente de la mano de obra así como el empleo y manejo de materias primas, según afirma Boserup. Pero para que eso se hiciera realidad debía, sin embargo, tener lugar una expansión del mercado para los productos europeos no sólo en los mercados interiores sino también en los exteriores.

Europa debía empero contar con una fuente de capital suficiente para hacer posibles y costeables estas inversiones tecnológicas, así como contar con el mercado en expansión necesario para convertir en beneficiosas las inversiones. Desde después de la batalla de Plassey en 1757 y desde 1800 en adelante, estas condiciones fueron alcanzadas por y en la economía mundial. El declive mismo de Asia, y más aún el colonialismo europeo, ofrecieron

simultáneamente a los europeos el necesario desarrollo de los mercados y aumento en la cuota de mercado, así como un flujo añadido de capital invertible. Más aún, la emigración a América hizo posible aligerar a Europa de buena parte del nuevo excedente de población. Esta población trasladada a la frontera de Occidente, en combinación con los nuevos recursos adicionales disponibles en el Nuevo Mundo, expandieron aún más el mercado mundial para la producción y las exportaciones europeas. Nada de esto hubiera sido posible sin la estructura y la coyuntura de la economía mundial a la altura de 1800, sobre las que he venido insistiendo en este libro.

Otro aspecto importante de esta estructura y coyuntura es analizado por Pomeranz (1997). Él argumenta que el largo período anterior de crecimiento económico y demográfico –nuestra fase larga «A» que también para él predomina en China– impuso demandas y oportunidades ecológicas diferenciales sobre la base de recursos entre las distintas regiones del mundo. Según su análisis, a la altura de fines del siglo XVIII, estas presiones ecológicas a su vez estimularon y favorecieron la conversión de nuevas fuentes de energía en Gran Bretaña y Europa occidental, en especial procedentes del carbón en lugar de la madera, y por medio del vapor en lugar de la tracción mecánica y animal. Este incentivo ecológico/económico y la estructura y coyuntura demográfica/económica se hallaban por supuesto relacionadas entre sí, y demandan un análisis ulterior unos en relación con los otros.

Crítica y reformulación de la explicación

Esta explicación demográfica y macro y microeconómica a escala mundial del cambio tecnológico ocurrido alrededor de 1800 puede ser criticada y desafiada sobre algunas bases empíricas y algunas reticencias de tipo analítico. Sin embargo, esto mismo permitirá también reformular y reforzar el argumento. La evidencia y el razonamiento que sigue surge de una discusión tripartita por e-mail que se desarrolló entre agosto y octubre de 1996 entre Ken Pomeranz, Jack Goldstone y yo. Intenta ofrecer una síntesis más potente de nuestros argumentos que nos resulte a todos más aceptable empírica y analíticamente y mejor transmisible al lector. La cuestión principal es cómo dar cuenta del cambio tecnológico de alrededor de 1800, y si merecía la pena invertir, y dónde, para reducir los costes comparativos de producción y para extender los mercados en términos de competencia de mercados a escala mundial.

1. La crítica principal a la hipótesis simple de la oferta y demanda es que las innovaciones tecnológicas de la revolución industrial fueron menos «ahorradoras» de fuerza de trabajo que realmente «aumentadoras» de fuerza de trabajo e incrementaron la productividad tanto del trabajo como del capital.

2. Las tasas o costes salariales directos pueden haber sido tan elevados (e incluso más elevados) en algunas partes de China (por ejemplo en el valle del Yangtze y en el sur), aunque probablemente no en todas partes en la India, y en algunas partes de Europa, en especial en Inglaterra.
3. Esta distribución del ingreso puede haber sido similar –o no más desigual, según yo plantée– en China y en Europa, aunque fue probablemente más desigual en la India.
4. El problema de los costes comparativos absolutos, relativos y a escala mundial –en la contabilidad empresarial tanto como en nuestro análisis de los mismos– se relaciona también con problemas locales y regionales de asignación de la fuerza de trabajo.
5. Existían algunas diferencias económicas en la asignación de fuerza de trabajo en especial entre la agricultura y la industria que se relacionan con algunas diferencias institucionales. Sin embargo, está menos claro hasta qué punto estas diferencias eran causas subyacentes a esa asignación de fuerza de trabajo observable o eran sólo mecanismos institucionales diferentes a través de los cuales se organizaba la asignación de fuerza de trabajo. Diferencias particularmente importantes eran: a) que la fuerza de trabajo en la India estaba sometida a dependencia personal; b) que las mujeres en China estaban sujetas a la aldea y su fuerza de trabajo estaba circunscrita al trabajo en la agricultura y la industria domiciliaria, como el hilado; c) algunos trabajadores industriales de China podían aún apoyarse en los bienes de subsistencia producidos por las mujeres atadas a la aldea y a la agricultura, algo que era menos cierto en Inglaterra, donde los bienes de subsistencia tenían que ser a menudo adquiridos en el mercado; y d) los cercamientos de más tierras para producir más lana y más barata para textiles –el dicho de que «las ovejas se comen a los hombres»– expulsó a varones y mujeres de la tierra hacia el empleo (y el desempleo) urbano en Inglaterra y tal vez en el resto de Europa.
6. La revolución industrial dio comienzo en los textiles de algodón, pero éstos reclamaban tanto una creciente oferta «externa» de algodón (en el caso de Europa provenía de sus colonias) como un mercado «mundial» para todos en el que todo el mundo pudiera competir (a excepción de China, que todavía contaba con un mercado interno y regional en auge y protegido).
7. La revolución industrial demandaba también y tuvo lugar en torno de la oferta y la producción de más energía y más barata, en especial a través del carbón y de su empleo para producir y utilizar maquinaria para generar energía del vapor, primero en un lugar fijo y más tarde también móvil. El papel crucial del carbón y el consiguiente desplazamiento de la madera como fuente de combustible en Gran Bretaña ha sido demostrado por Wrigley (1994).

8. Estas fuentes de energía necesitan, técnica y económicamente hablando (y permitían), la concentración de la fuerza de trabajo y el capital primero en la minería, el transporte y la producción. Más tarde permitieron también un transporte más veloz y más barato por medio del ferrocarril y las embarcaciones movidas por vapor.
9. La inversión en semejante energía, equipamiento y organización industrial «revolucionaria», y en la fuerza de trabajo necesaria para hacer funcionar todo ello, fue realizada sólo donde era racional económicamente y posible hacerlo, en función de: a) las alternativas en la asignación de la fuerza de trabajo y en los costes; b) los costes de localización y los costes comparativos de otros inputs productivos (por ejemplo, las fuentes de energía y el transporte basados en la madera, el carbón, animales o la fuerza humana, así como materias primas como el algodón y el hierro), cuya disponibilidad estaba relacionada con la localización geográfica de estos recursos y con cambios ecológicos; c) disponibilidad de capitales y usos lucrativos alternativos; y d) la penetración y el potencial del mercado.

Las transformaciones operadas en la India, China, Europa y el mundo

A comienzos del siglo XIX, estos nueve factores produjeron en la economía mundial las transformaciones siguientes:

En la India. El predominio competitivo de la India en el mercado mundial de textiles se vio amenazado a pesar de la disponibilidad de trabajo barato y además dependiente. La oferta interior de algodón, alimentos y otros bienes salariales siguió siendo abundante y barata, y la organización productiva, comercial y financiera y el transporte se mantuvieron en niveles de relativa eficiencia a pesar de experimentar dificultades económicas y políticas cada vez mayores. Sin embargo, la oferta de energías y materias primas alternativas, en particular carbón y hierro/acero era escasa y cara en términos relativos. Por consiguiente, los habitantes de la India contaban con pocos incentivos económicamente racionales para invertir en innovaciones en este período. Se veían además impedidos de hacerlo, primero al iniciarse el declive económico en la segundo cuarto del siglo XVIII o antes, y a continuación por el subsiguiente (¿o resultante?) declive en el crecimiento demográfico y desde la irrupción del colonialismo británico en el tercer cuarto del siglo y en adelante; y finalmente por una combinación de declive y colonialismo así como debido al «drenaje» de capital desde la India hacia Gran Bretaña. India dejó de ser un exportador neto y pasó a ser importador neto de textiles de algodón en 1816. Sin embargo, el subcontinente siguió luchando en el mercado de textiles y comenzó de nuevo a aumentar la producción textil –entonces ya en fábricas– y las exportaciones en el último tercio del siglo XIX.

En China. China mantuvo aún su predominio en el mercado mundial de cerámica, en parte en el de seda, cada vez más en el de té, y siguió siendo sustancialmente autosuficiente en el de textiles. La balanza comercial y de pagos de China siguió siendo excedentaria durante la primera mitad del siglo XIX. Por consiguiente, China contaba con disponibilidad y concentración de capital tanto de fuentes internas como externas. Sin embargo, los depósitos naturales de carbón de China se hallaban a distancia de los lugares de su posible utilización para la generación y el empleo industrial de energía, de manera que la creciente deforestación siguió sin permitir que resultase económico pasar de la madera al carbón como combustible. Más aún, el transporte a través de canales interiores y embarcaciones costeras, así como por camino terrestre, siguió siendo eficiente y barato (pero no así en la extracción de los depósitos de carbón).

Esta eficiencia y competitividad económica tanto en los mercados internos como en el mundial se basaba también en unos costes de la mano de obra bajos tanto en términos absolutos como relativos. Incluso si los ingresos per capita eran superiores que en otras partes, como señala Bairoch, y su distribución no era más desigual que en otros lugares (como defienden Pomeranz y Goldstone), el coste de producción de bienes a cambio de salarios era bajo, tanto en términos absolutos como relativos. La mano de obra era abundante para la agricultura y la industria, y los productos agrícolas eran más baratos de conseguir para los trabajadores industriales y por consiguiente para sus empleadores, que podían pagar así a sus trabajadores salarios de subsistencia. Goldstone (1996) subraya la importancia de un factor: las mujeres se hallaban vinculadas por lazos personales a las aldeas, y por consiguiente estaban disponibles para la producción agrícola a un precio bajo. Pomeranz (1997) subraya un factor relacionado con éste: los trabajadores industriales urbanos se hallaban aún en condiciones de obtener parte de su subsistencia de «sus» aldeas (al igual que en Yugoslavia durante la Segunda Guerra Mundial), la cual era producida además de forma barata en parte por esas mujeres a las que hace referencia Goldstone. En otras palabras, desde la perspectiva del empleador industrial con mentalidad empresarial y desde la perspectiva del mercado, los bienes salariales eran baratos en términos absolutos y relativos debido a que la agricultura los producía de forma eficiente y barata gracias al empleo del trabajo femenino. La distribución «institucional» de alimentos a bajo precio entre los trabajadores urbanos y de otros sectores de la industria, el transporte, el comercio y otros servicios era equivalente en términos funcionales a como hubiera sido si la distribución funcional del ingreso hubiera sido más desigual de lo que fue. La disponibilidad de fuerza de trabajo era elevada, su precio de oferta bajo, su demanda de bienes de consumo se hallaba atenuada, y había pocos incentivos para invertir en producción o transporte orientados al ahorro de fuerza de trabajo o al empleo de fuentes de energía alternativas. Elvin (1973) trató de resumir estas características en su «trampa del equilibrio». Incluso así, China siguió siendo competitiva en el

mercado mundial, y mantuvo su excedente de exportaciones. Tal y como explicó el emperador Ch'ien-lung al rey Jorge III de Inglaterra, China no tenía «necesidad de las manufacturas de vuestro país».

En la Europa occidental. Europa occidental y en particular Gran Bretaña se esforzaron con denuedo en competir en especial con la India y China. Europa dependía aún de la India en textiles de algodón, y de China en cerámica y sedas que Europa reexportaba con buenos beneficios a sus colonias en África y América. Más aún, Europa siguió siendo dependiente de sus colonias para la mayor parte del dinero que necesitaba para pagar estas importaciones, tanto con destino a la reexportación como para su propio consumo, producción y exportación. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, tuvo lugar un declive en el flujo marginal, si es que no en el flujo absoluto, de metales preciosos, así como en los beneficios de otros mercados como el de esclavos y las plantaciones de las colonias europeas en América y África. Con el fin de recuperar e incluso de mantener su participación en el comercio mundial e interno –dejando de lado la posibilidad de aumentarlo–, los europeos tuvieron que intentar de forma colectiva, y sus empresarios de forma individual, incrementar su penetración al menos en algunos mercados, y de hacerlo bien fuera eliminando la competencia por medios políticos y militares, o de reducirla a través de la reducción de sus propios costes de producción (o en ocasiones a través de ambas estrategias).

La oportunidad para lograr hacer esto vino cuando dio comienzo el «declive» de la India y el Asia occidental, si bien aún no el de China. Los salarios y otros costes de producción y transporte eran aún elevados en Gran Bretaña, hasta el punto de que no resultaban competitivos, al igual que sucedía en otras partes de Europa. Sin embargo, en especial desde 1750, los ingresos en ascenso y las tasas de mortalidad descendentes aumentaron drásticamente la tasa y el volumen de crecimiento de la población. Más aún, el desplazamiento de la fuerza de trabajo excedentaria desde la agricultura aumentó su oferta potencial para la industria. Al mismo tiempo, la imposición del colonialismo en la India por parte Gran Bretaña dio la vuelta a la constante salida de capital en dirección al subcontinente. Y lo que es más, una combinación de medidas comerciales y coloniales permitió la importación de mucho más algodón en bruto a Gran Bretaña y Europa occidental. La deforestación y la escasez cada vez mayor de madera y carbón vegetal hicieron estas fuentes de energía aún más caras. Desde el segundo tercio del siglo XVIII el declive primero relativo y después absoluto del coste del carbón hizo que la sustitución del carbón vegetal (y la turba) por carbón mineral se volviera cada vez más económica y enseguida su consumo se hizo habitual en Inglaterra. La fase «B» Kondratieff del último tercio del siglo XVIII dio pie a innovaciones tecnológicas y mejoras en la manufactura de textiles (primero para bombear agua de las vetas de carbón y después también para suministrar energía motriz a la industria textil). A comienzos del siglo XIX, una fase «A» (la primera que fue identificada por el propio Kondratieff) y las guerras napoleónicas generaron un aumento de las inversiones y una expansión general de estas nuevas tecnologías, incluso en el transporte de equipamientos, y llevaron también a la incorporación de fuerza de trabajo –ahora más disponible aunque aún con costes relativamente elevados– al «sistema fabril». La producción se incrementó con rapidez; los salarios reales y los ingresos descendieron, y la «fábrica del mundo» conquistó los mercados internacionales a través del «libre mercado». No obstante, incluso entonces el colonialismo británico tuvo que prohibir el comercio libre con la India y se orientó hacia la exportación de opio desde allí con el objetivo de forzar una «apertura de puertas» por parte de China.

En el resto del mundo. La mayor parte de las restantes áreas del mundo todavía se pierden entre los agujeros de nuestro análisis económico mundial. Pero muy resumidamente, es posible observar que la mayor parte de África puede haber contado con ratios población/recurso-tierra al menos tan favorables a la inversión ahorradora de fuerza de trabajo como Europa. Sin embargo, África no poseía una base de recursos análoga (a excepción de la entonces aún subdesarrollada Sudáfrica) y, lejos de experimentar una inyección de capitales, África sufrió una sangría de capital. Lo mismo puede decirse del Caribe. América Latina poseía recursos y fuerza de trabajo, pero sufrió la salida de capital colonial y neocolonial, así como una especialización en exportación de materias primas, mientras sus mercados internos fueron acaparados por las exportaciones europeas. El Asia occidental, central y del sureste se convirtieron en mercados crecientemente cautivos para Europa (cuando no en colonias de ella) y su industria, a la que abastecían de materias primas que habían ellas a su vez previamente procesado para el consumo interno y la exportación. En el siglo XIX, sólo las «colonias de asentamiento» europeas en Norteamérica, Asia austral, Argentina y Sudáfrica fueron capaces de cambiar de posición en la división internacional del trabajo, y China y Japón lograron seguir ofreciendo una resistencia de importancia. Pero esa es otra historia –posterior– que lleva a la reemergencia del Extremo Oriente en la economía mundial de nuestros días.

En resumen, las cambiantes circunstancias demográficas, económicas y ecológicas hicieron que súbitamente –y de forma inesperada para la mayoría de las personas, incluido Adam Smith–, una serie de inversiones relacionadas entre sí pasasen a ser racionales y rentables en términos económicos: en la maquinaria y en los procesos que ahorraban fuerza de trabajo por unidad de producción, aumentando así la productividad y el empleo de fuerza de trabajo y de su output total; en la generación de energía para la producción y en el empleo productivo y la productividad del capital. Esta transformación del proceso productivo se concentraba originariamente en servicios industriales, agrícolas y de servicios más bien selectivos en esas partes de la economía

mundial, cuya posición competitiva en términos comparativos hizo –y a partir de entonces rehízo constantemente– que las medidas promotoras de la exportación de dichas Nuevas Economías Industriales pasasen a ser económicamente y políticamente racionales. De manera que dicha transformación fue y sigue siendo una manifestación sólo temporalmente localizada, y en constante cambio hasta la actualidad. de un proceso económico mundial a pesar de no extenderse de modo uniforme por todo el mundo, algo que ningún proceso económico ha sido nunca ni parece que vaya a serlo en el futuro. La sugerencia es que no fue la pobreza generalizada y menos aún el peso de la tradición o el fracaso lo que marginó a Asia en la competencia económica mundial en relación con Europa en los años en torno a 1800. Más bien, en términos marxistas y schumpeterianos, fue su éxito mismo lo que dio lugar al fracaso. Pues las limitaciones de Asia de cara a la competencia fueron generadas por su anterior éxito en términos absolutos y relativos a la hora de responder a los incentivos económicos de la fase larga de expansión de tipo «A», que fue financiada por el dinero americano, y que perduró a lo largo de buena parte del siglo XVIII. Esto pone patas arriba toda la teoría heredada sobre el asunto.

CONCLUSIONES ACERCA DEL PASADO E IMPLICACIONES DE CARA AL FUTURO

Para concluir es posible resumir mis hallazgos y mi argumento una vez más, y analizar sus implicaciones con vistas al futuro antes de pasar al capítulo siguiente para reflexionar sobre lo que todo esto implica para la teoría social y económica, así como para la historia mundial en el pasado, el presente y el futuro. El argumento –y la evidencia– es que el desarrollo mundial entre 1400 y 1800 no refleja la debilidad de Asia sino su fortaleza, y no la inexistente fortaleza de Europa sino más bien su relativa debilidad dentro de la economía global. Pues fue la participación conjunta de todas estas regiones y su ubicación en una economía global única aunque desigualmente estructurada y de cambios oscilantes la que tuvo como resultado también cambios en sus respectivas posiciones relativas en el mundo. La común expansión económica de dimensión global desde 1400 benefició a los centros asiáticos antes y más que a las marginales Europa, África y América. Sin embargo, este mismo beneficio económico se trastocó en una creciente desventaja absoluta y relativa en una región asiática tras otra a fines del siglo XVIII. La producción y el comercio comenzaron a atrofiarse en Asia conforme el aumento de la población y de los ingresos, así como su polarización económica y social, vinieron a presionar sobre los recursos, constriñeron la demanda efectiva en los estratos más bajos de la sociedad y aumentaron la disponibilidad de mano de obra barata más que en otras partes del mundo.

Europa y después también Norteamérica (y si queremos separarlo del resto, también Japón en el otro extremo de Eurasia) fueron capaces de aprovechar esta crisis panasiática en los siglos XIX y XX. Consiguieron convertirse en Nuevas Economías Industriales, primero por medio de la sustitución de importaciones y cada vez más también por medio de la promoción de la exportación hacia y dentro del mercado mundial de dimensión global. No obstante, este éxito, que estaba basado en su anterior marginalidad y su relativo «atraso» en la economía global, puede resultar ser de corta duración. Estos nuevos, pero también tal vez temporales. centros económicos mundiales están ahora experimentando una relativa atrofia social y económica análoga a la de las antaño centrales economías asiáticas, mientras que algunas de éstas parecen estar recuperando su impulso económico y social.

De manera que, de forma análoga a otros períodos cíclicos de declive y transición, el de fines del siglo XVIII era aún uno de poderes económicos y políticos competitivos y «compartidos» entre las regiones de Asia en declive y la Europa en ascenso. Sólo después de esta fase se edificó un nuevo orden «hegemónico», que tenía por centro el poder europeo, en el cual tuvo lugar un nuevo período de expansión industrial y económica, esta vez con una rápida acumulación de capital en la Europa misma. Este sistema hegemónico mundial del siglo XIX fue eventualmente seguido de una creciente rivalidad intraeuropea y de una rivalidad con Estados Unidos y Japón. Estas rivalidades culminaron en una crisis general y guerras entre 1914 y 1945, lo cual llevó a la edificación de un nuevo orden hegemónico y un renovado crecimiento a escala mundial bajo liderazgo norteamericano. Sin embargo, el «siglo americano» duró sólo veinte años. La expansión económica coetánea en el Extremo Oriente, empezando por Japón, siguiendo con las NEI del Asia oriental y ahora aparentemente también en la costa de China, puede estar señalando el regreso en el futuro de Asia a una posición de liderazgo en la economía mundial semejante a la que tuvo en un pasado no muy distante.

Es posible especular un poco sobre la continuidad de este ciclo largo, cuya fase «B» parece haber dado comienzo en Asia alrededor de 1800. Desde una perspectiva asiática de larga duración y también puede que más global, el final de esta larga fase «B» de los siglos XIX y XX puede haber estado marcado desde mediados del siglo XX por la aceleración de la «descolonización» política en el «Tercer Mundo», en la que hay que incluir la liberación de China y de Vietnam. Estos acontecimientos políticos fueron por supuesto reflejo de cambios políticos y económicos de larga duración que tuvieron lugar en Occidente y en el mundo que éste dominaba, entre los que hay que incluir el salto en la hegemonía desde Europa occidental a los Estados Unidos.

Al menos dos principales tendencias simultáneas e interrelacionadas se han hecho sentir desde comienzos de la década de 1970 en adelante. Una es la acusada y aún no explicada disminución del crecimiento de la productividad por todo el mundo occidental desde la primera gran recesión postbélica que comenzó en 1973. Ésta ha estado también acompañada de un declive en

los salarios reales medios, y también de una rampante polarización sin precedentes en la economía de Estados Unidos. Esto y la subsiguiente recesión de los años 1979-1982 pueden haber sido erróneamente atribuidos a los «shocks del petróleo» de 1973 y 1979 (Frank, 1980). Resulta descatable, sin embargo, que los exportadores de petróleo representaron otro desafío económico y político para Occidente, y que todo este desbarajuste económico, incluida la «relocalización» y la «disminución» de las operaciones productivas, así como la «debacle» económica y política de la Europa oriental socialista, han tenido lugar dentro de la fase larga Kondratieff de tipo «B» de Occidente que comenzó en 1967.

Otra tendencia simultánea y relacionada con la anterior es el marcado resurgir económico en el Extremo Oriente y su impacto a nivel mundial. Éste dio comienzo en Japón y a continuación en sus antiguas colonias Corea y Taiwán, pero incluyó también a Hong Kong y Singapur entre el primer grupo de «tigres asiáticos». Desde entonces, el crecimiento económico reactivado se ha ido extendiendo también a otros «tigres» o «pequeños dragones» situados en la costa de China. Esta región del Mar de la China Meridional (y del este), con su diáspora de «chinos de ultramar», es la misma que había sido tan prominente dentro de la economía mundial en la anterior fase «A» desde el siglo XV hasta el XVIII. ¿Presagia esto una reactivación en el siglo XXI de una fase «A» allí, que tal vez se extienda al Asia meridional y occidental?

Por consiguiente, es concebible que Occidente y Oriente vuelvan a cambiar sus posiciones relativas en la economía global y en la sociedad mundial en un futuro no muy distante y que ya puede ser atisbado o anticipado. Esta investigación y reflexión sobre los altibajos cíclicos largos durante las últimas siete centurias plantea también un problema teórico serio sobre cómo las fases se suceden unas a otras en nuestros ciclos largos. Es mejor tal vez posponer el asunto hasta la discusión de los ciclos en el capítulo de conclusiones «teóricas».

Estos desarrollos contemporáneos y perspectivas de futuro, para ser comprendidos, exigen una teoría nueva y de más calidad y con la que ofrecer al menos una modesta guía para la política social y la acción. Mi esperanza es que la perspectiva algo diferente que ofrece este libro en relación con el pasado pueda arrojar más luz sobre el presente y el futuro, que dicho pasado todavía contribuye a generar y constreñir. Por consiguiente, el capitulo final se dedica a delinear las implicaciones de este relato histórico para aislar qué errores debería evitar nuestra historiografía y en cuáles debería nuestra teoría social evitar caer, y para reflexionar sobre cómo ambas podrían ser mejoradas.

CAPÍTULO 7

CONCLUSIONES HISTORIOGRÁFICAS E IMPLICACIONES TEÓRICAS

> Los macrohistoriadores (...) centran su atención en cambios a gran escala en las vidas de millones y centenares de millones de personas, algunos de los cuales no quedaron registrados de manera alguna en las fuentes de la época. Las preguntas planteadas y las respuestas a ellas dadas orientan los descubrimientos de los macrohistoriadores (...) [y] dan su significado a la macrohistoria (...) Por medio del planteamiento de preguntas adecuadas a la escala geográfica real de la interacción humana (...) emergen pautas reales sobre el pasado que escapan a los historiadores que se interesan sólo por una parte del mundo. Ello es así porque al cambiar la escala de la observación histórica aparecen aspectos distintos sobre las realidades pasadas.
>
> William McNeill (1996, pp. 20-21)

Ha llegado el momento de ofrecer algunas conclusiones y sugerir algunas implicaciones que surgen de este estudio. Es bastante fácil concluir a partir de la evidencia presentada en este libro que hay toda una serie de proposiciones, o más bien suposiciones teóricas ampliamente aceptadas, que *no* se sostienen empíricamente. Más difícil va a ser comenzar a aislar las implicaciones de esta evidencia de cara a ofrecer proposiciones teóricas alternativas.

Las conclusiones resultan doblemente perturbadoras: la evidencia histórica que cuestiona estas proposiciones teóricas ampliamente aceptadas es tan abundante y sistemática que las invalida empíricamente todas a la vez. Sin embargo, estas proposiciones conforman la base y el corazón de la teoría social de los siglos XIX y XX. Por consiguiente, el hecho de que estas proposiciones sean ya de por sí bastante insostenibles acaba con los fundamentos históricos y empíricos sobre los que se apoya la teoría en sí. De manera que esta «teoría» resulta ser poco más que ideología eurocéntrica. Desde el momento en que dicha ideología ha sido empleada para «legitimar» y apoyar el colonialismo y el imperialismo, la falsedad de las proposiciones elaboradas en su estela pone también en evidencia que el Emperador eurocéntrico está desnudo de ropa. En este capítulo de conclusiones voy a ir quitándole una pieza de ropa tras otra a este emperador ideológico.

También son cuando menos dobles las implicaciones: una de ellas es que

necesitamos producir una nueva teoría social para dar cuenta de mejor manera de esta evidencia empírica. La otra, relacionada con la anterior, es que hemos de edificar dicha teoría de forma al menos en parte inductiva, por medio de un análisis de la evidencia histórica misma. Por consiguiente necesitamos también preguntarnos qué implicaciones puede tener la evidencia de cara a la gestación de una teoría social alternativa y más realista. En este punto, sin embargo, sólo podemos empezar a reflexionar sobre las implicaciones para la construcción de una teoría social más holística. Los que rechazan cualquiera de estos dos procedimientos, o ambos, es posible que me acusen de no hacer otra cosa que razonamiento circular. Pues sea.

CONCLUSIONES HISTORIOGRÁFICAS: EL EMPERADOR EUROCÉNTRICO ESTÁ DESNUDO

El modo de producción asiático

Perry Anderson (1974, p. 548) reclamó que la noción de Modo de Producción Asiático (MPA) recibiese «el entierro decente que merece». Esto es todo un acto de decencia por su parte, pues el MPA casi no merece ni siquiera eso. Es necesario adentrarse en la polémica y en la controvertida historia de este «concepto» para ver a partir de la evidencia que éste careció para empezar de base alguna en los hechos. Digo «para empezar» porque antes de que el MPA se inventase como categoría, el mundo sabía ya que la realidad mundial no era en modo alguno como el concepto plantea que es. Diversas citas presentadas en este libro atestiguan que, incluso en Europa, existía conciencia de los logros y desarrollos económicos, políticos, sociales y culturales que se produjeron a lo largo de la historia en Egipto y en el Asia occidental, meridional y oriental. En 1776, Adam Smith afirmó que desde todos los puntos de vista, incluso en tecnología, China y la India se situaban por delante de Europa. ¿Por qué añadió entonces que China no parecía haber cambiado nada en cinco siglos? Obviamente esto no era cierto, pero si lo hubiera sido, habría significado que China se hallaba tan avanzada desde tan temprano, que Europa había sido incapaz de alcanzarla ni siquiera en cinco siglos de desarrollo. De hecho, como hemos visto, China se hallaba mucho más desarrollada, y su economía siguió expandiéndose y desarrollándose. He señalado que, lejos de estar «estancadas», la población, la producción y el comercio de Asia se expandieron velozmente, y que las instituciones económicas y financieras generaron o al menos permitieron esta expansión.

Por consiguiente, la descripción de Marx de que China es como «una momia preservada en un sepulcro herméticamente cerrado (...) que vegeta contra el paso del tiempo» carece de base factual alguna. Como tampoco la tiene la idea que suponía que el MPA se enseñoreaba por toda la India, Persia, Egipto o en cualquier otro lugar. Esto no era otra cosa que «orientalismo pintado de rojo», según ha señalado acertadamente Tibebu (1990). La afirmación de Marx de que «a grandes pinceladas, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como épocas que marcan el progreso en el desarrollo económico de la sociedad» era pura ficción ideológica y carecía de base en los hechos o la ciencia (las citas de Marx proceden de Brook, 1989, pp. II y 6). Nunca han existido semejantes épocas, y la idea misma de transiciones unilineales de un «modo de producción» a otro, sean a escala «societal» o del mundo entero, sólo sirven para desviar la atención respecto de los procesos históricos reales, los cuales se han producido a escala mundial pero también de forma horizontalmente integrada y cíclica.

Ahora bien, «la relevancia del análisis de Marx es (...) que funcionaba como una parte integral del proceso por medio del cual el capitalismo edificó su teoría» (Brook, 1989, p. 6). «La relevancia del análisis del orientalismo para el estudio del marxismo se encuentra (...) [en] la idea de que, en contraste con la sociedad occidental, la civilización islámica [y otras del oriente] es estática y está atrapada en sus costumbres sagradas, su código moral formal y su ley religiosa» (Turner, 1986, p. 6). En ese sentido, toda la «teoría del capitalismo» de Marx se hallaba viciada tanto por la falta de rigor de esa pierna eurocéntrica en que se apoyaban sus fábulas sobre un supuesto MPA *y* por su igualmente eurocéntrico supuesto de que Europa era diferente y que el capitalismo tenía que haberse producido y surgido originariamente allí. Ya he hecho ver que no se produjo nada de todo esto *en* Europa, y menos aún ninguna supuesta transición del feudalismo al capitalismo. El proceso histórico tuvo lugar en todo el mundo y fue de alcance mundial, lo cual incluía a Europa.

Otra dura crítica teórica y empírica de la idea de un MPA es la que ofrecen Islamoglu-Inan (1987) y varios otros autores que participan en el libro que sobre el Imperio Otomano editó esta autora. La obra ilustra lo fútiles que han resultado ser los intentos de hacer casar la evidencia con esta categoría tan estrecha, y cómo los intentos de rebelarse y escapar de ella, en lugar de contribuir positivamente y extender el análisis, vienen a coartar y retorcer la propia evidencia que ofrecen los autores reunidos en la obra. Su libro ilustra también con claridad lo limitadora que resulta no sólo la categoría de MPA sino también la de un «modo de producción capitalista», así como el «moderno sistema-mundo» de Wallerstein de base europea y la idea de que los otomanos o cualquier otro pueblo o región de Asia fueron «incorporados» a él, algo sobre lo cual volveré más adelante.

La excepcionalidad europea

Es posible poner objeciones a esa supuesta excepcionalidad europea en seis terrenos relacionados entre sí.

Primero, las tesis del orientalismo afro-asiático y la excepcionalidad europeo distorsionan empírica y descriptivamente el perfil y la dinámica de

las economías y sociedades asiáticas. El supuesto MPA y el despotismo oriental, de igual manera que las alegaciones sobre su carácter no racional y contrario a la búsqueda de beneficio, así como otros caracteres supuestamente pre o anticomerciales, productivos y capitalistas de Asia, son ideas claramente alejadas de la realidad, según queda demostrado en la revisión que he ofrecido sobre la participación de Asia en la economía mundial. De hecho, el desarrollo y las instituciones económicas y financieras de Asia no sólo se hallaban por encima de la media europea sino que incluso las superaban con creces en 1400 y seguían haciéndolo aún a la altura de 1750 e incluso de 1800.

Segundo, durante los siglos situados entre 1400 y al menos 1750 así como antes de este periodo, no había nada de «excepcional» en Europa salvo el hecho de que Europa era excepcionalmente marginal, con una posición de península lejana dentro del mapa y un correspondiente papel menor en la economía mundial. Esto puede haberle granjeado alguna «ventaja del atraso» (Gerschenkron, 1962). Ninguna de las excepcionalidades de «superioridad» de Europa se apoya en la evidencia histórica, ni en la que procede de Europa ni en la de otras partes del mundo, tal y como ya advirtió Hogdson (1993) hace cuatro décadas y Blaut (1993 a y 1997) ha demostrado de forma inequívoca más recientemente. Por consiguiente, los factores verdaderamente críticos en el terreno empírico y en el teórico para dar cuenta de la participación y el desarrollo europeos han sido eludidos por la práctica totalidad de la historiografía y la teoría social desde Marx y Weber a Braudel y Wallerstein. No importa el color político o la orientación, el hecho es que su historiografía y su teoría social –al igual que la de Tawney o Toynbee, la de Polanyi o Parsons o Rostov– está desprovista de la base histórica de la que sus autores aseguraban hacerla derivar. Así como Asia no se hallaba atrapada en el barro, tampoco Europa se elevó por sus propios pies.

Tercero, este método comparativo padece en sí mismo de un holismo inadecuado y de errores de especificación. En el peor de los casos, y el propio Marx estaba entre los que ofrecieron un análisis más errado a este respecto, le fueron imputados de forma más bien arbitraria algunos «rasgos» a modo de caracteres esenciales (¿de qué?) que se consideraba que no podían hallarse en ninguna otra parte excepto en Europa. En el mejor de los casos, los observadores (si bien incluyendo también algunos de Asia y de otras partes del mundo) comparan los «rasgos» «occidentales» de tipo civilizatorio, cultural, social, político, económico, tecnológico, militar, geográfico, climático, en una palabra, de corte *racial*, con los «orientales», y encuentran éstos imperfectos o desprovistos de este o aquel criterio (eurocéntrico). Entre los autores clásicos, Weber dedicó su más ambicioso estudio a la comparación de estos factores, y en especial se dedicó a maquillar las ideas marxistas sobre las «costumbres sagradas, el código moral y la ley religiosa» del mundo oriental. Sus muchos seguidores han dado aún más lustre a este enfoque comparativo señalando rasgos aún más peculiares. Incluso cuando eran precisas y rigurosas en términos empíricos, cosa que he mostrado que no es el caso en la práctica totalidad de ellas, estas comparaciones tenían y siguen teniendo dos importantes limitaciones: una de ellas es cómo dar cuenta de los supuestamente importantes factores que se comparan, y la otra es la opción de comparar en primer –y último– lugar estos rasgos o factores. No obstante, la opción de qué rasgos o factores comparar está basada en la decisión explícita o implícita previa de que las características de Europa son significativas, distintivas y por consiguiente merecedoras de comparación con otras. Voy a analizar por orden estas decisiones y elecciones implícitas.

Cuarto, la suposición a veces explícita pero casi siempre implícita es que la base institucional y los mecanismos de producción y acumulación, intercambio y distribución, así como su actuación funcional, están determinados por la herencia histórica «tradicional» y/o por otros desarrollos locales, nacionales o a escala de grandes regiones. Este tipo de «análisis» no tiene siquiera en consideración la posibilidad de que los factores que se analizan fueran *respuestas* locales, nacionales o regionales a la participación en un mismo y único sistema y proceso económico de dimensión mundial. Según he argumentado y demostrado, no obstante, la acumulación, producción, distribución y sus formas institucionales a lo largo de toda Asia, África, Europa y América de hecho se adaptaron, poniendo de manifiesto su común interdependencia. Ciertamente, la forma institucional y la misma sangre vital de emporios como Ormuz y Malaca, así como los de la mayoría de los otros puertos y cruces de caravanas, eran una función de su creciente o decreciente participación en la economía mundial. Pero lo mismo puede decirse de sus hinterlands productivos y comerciales. Mi estudio sobre la agricultura mexicana entre 1520 y 1630 mostró ya cómo las sucesivas formas de contratación y organización de la fuerza de trabajo fueron respuestas locales a exigencias económicas mundiales y de tipo cíclico (Frank, 1979). En los capítulos 2, 3 y 4 señalé procesos de adaptación institucional y desarrollos análogos en la frontera de Bengala (Eaton, 1993), la China meridional (Marks, 1997 a), el sureste asiático (Lieberman, 1995) y el Imperio Otomano (Islamoglu-Inan, 1987). Ni siquiera las variables «civilizacional» o «cultural» relacionadas con ello son determinantes o independientes sino más bien derivadas y dependientes de la estructura y el proceso económico a escala mundial. Todos los intentos de dar cuenta o explicar las ondas de desarrollo a escala local, nacional o regional por encima de todo en términos de sus respectivos determinantes supuestamente culturales o de clase resultan excesivamente limitados en su planteamiento. Niegan el cambio fundamental del gran mar económico de amplitud mundial, respecto del cual los cambios a escala local no son sino olas y manifestaciones superficiales. En resumen, todos los intentos de dar cuenta de los rasgos o los factores del desarrollo sobre la base sólo o primordialmente de antecedentes locales, y sin tener en cuenta su función dentro del sistema y la economía mundiales, sólo pueden dar por resultado la negación de los factores *esenciales* de toda explicación que aspire a ser satisfactoria.

Por consiguiente, mi quinta objeción es que incluso los mejores estudios comparativos violan el canon del holismo, pues no estudian el todo global y el sistema y la economía mundiales a partir de los cuales los factores pueden ser comparados o derivados. Es decir que necesitamos construir una teoría y un análisis holísticos de esta economía global y este sistema mundial, así como de su funcionamiento y transformación, pues éstos generan y conforman también las formas institucionales mismas. Una viva ilustración de que necesitamos un enfoque de estas caracteristicas y completamente diferente del habitual es el número especial sobre nuevas aproximaciones a la historia de Europa publicado en 1995 por la revista turca *Metu*. El número ofrece una «Teoría del auge de Occidente» de la pluma de John A. Hall y una discusión por parte de varios colegas turcos. Hall (1995, pp. 231-232) admite que hay «algo más que un toque de megalomanía» en «la pretensión de ofrecer un relato completamente diferente» del auge de Occidente con el cual él «va a resolver el problema de Max Weber en unos términos completamente distintos». Comienza efectuando su propio examen de China y ofrece unas pocas pinceladas sobre el Islam y sobre la India hindú y budista, regiones que compara de forma desfavorable con Europa, algo que ya había hecho anteriormente (1985). El desarrollo económico era supuestamente inviable en China a causa de la influencia del estado imperial, en la India por causa del sistema de castas hindú y bajo el Islam debido al tribalismo de los pueblos pastores nómadas. Todas estas regiones supuestamente carecían del singular sistema de estados y de relaciones entre estados propio de Europa. De manera que Hall recupera una vez más el viejo argumento de la excepcionalidad europea, la única diferencia es que le da un pequeño giro. Uno de los autores turcos que comentan su obra hace incluso «más bien una defensa de Hall. Creo que la mayoría de los argumentos en su contra se basan en ciertas malinterpretaciones» (*Metu*, 1995, p. 251). Y así los «argumentos en su contra» de sus colegas turcos se limitan a mostrarse ofendidos por algunas de las excepcionalidades y comparaciones que Hall ofrece sobre Europa. Estos autores carecen por su parte de una explicación alternativa e incluso de una perspectiva propia desde la que argumentar, y menos aún de una perspectiva holística que no sólo compararía sino que relacionaría a los europeos y a los otomanos entre sí dentro del mismo sistema mundial. ¡Esta es la tarea que he iniciado en estas páginas!

Por último, los estudios que comparan las sociedades «occidentales» y las «orientales» están por consiguiente viciados de partida por la elección que hacen para su comparación de algunos rasgos o factores, salvo cuando se trata para empezar de una elección derivada del estudio del sistema y la economía mundial en su conjunto. Y esto no es desde luego lo habitual. De hecho, la elección de los rasgos y factores de comparación mismos se deriva del enfoque centrado en una sola parte del mundo, sea ésta Gran Bretaña, Europa, Occidente o cualquier otro lugar. Es decir que el diseño mismo de la investigación, desde Marx y Weber a Braudel y Wallerstein, sufre del mismo

fenómeno de error de especificidad que consiste en buscar el explanandum a través de un cristal de aumento o incluso de un microscopio pero que sólo es iluminado por las farolas de las calles de Occidente. La tarea verdaderamente útil consiste en primer lugar en coger un telescopio para alcanzar una visión holística del todo global y de su sistema y economia mundiales. Sólo esta actitud puede revelar qué rasgos pasivos o más probablemente qué rasgos activos es necesario observar entonces ya con mayor detenimiento por medio de un cristal de aumento. A esa tarea trato de contribuir en la discusión sobre las implicaciones de este libro en la segunda mitad del capítulo. Pero primero, se derivan una serie de conclusiones sobre lo que *no* debemos hacer porque si lo hacemos seguiremos impidiendo ver la historia «tal cual fue» en el todo global.

¿Un sistema-mundo europeo o una economía global?

Al contrario de las erróneas afirmaciones de Braudel y Wallerstein entre otros muchos, este estudio lleva también a la inevitable conclusión de que la historia de la Edad Moderna fue conformada por una economía mundial desde tiempo atrás activa, y no simplemente por la expansión de un sistema-mundo con centro en Europa. Ya he demostrado en otra parte hasta qué punto el modelo y la teoría de Braudel y Wallerstein se contradicen con su propia evidencia y análisis (Frank, 1994 y 1995). Más abrumadora es aún la evidencia histórica revisada a lo largo de este libro: el capítulo 2 muestra cómo la división mundial del trabajo fue activada a través de relaciones y (des)equilibrios comerciales encadenados entre sí. El capítulo 3 muestra cómo el dinero era la savia vital que circulaba a lo largo y ancho del mundo y hacía que éste girara. El capítulo 4 muestra que Asia no sólo dominaba en esta economía global sino que también argumenta que su tecnología e instituciones y procesos económicos se derivaban de la economía mundial misma, a la cual se adaptaban. El capítulo 5 muestra cómo unos procesos cíclicos comunes y otros procesos conformaron de forma simultánea las fortunas y adversidades de unas economías, regiones y organizaciones políticas distantes en el espacio pero interconectadas a lo largo de todo el mundo. El capítulo 6 trata de analizar cómo la estructura y la transformación de estas conexiones generaron por ellas mismas el proceso interrelacionado de «declive de Oriente» y de «auge de Occidente». Por consiguiente, no sólo resulta ser vano eurocentrismo tratar de dar cuenta de cualquiera de estos acontecimientos, procesos y sus relaciones o aspirar a explicarlos, bien en el marco de economías y sociedades «nacionales», o bien incluso como parte de la expansión de un «sistema-mundial europeo».

Por tanto, el sistema y la economía mundial real no puede tampoco ser forzado a entrar en la estrecha estructura del «sistema mundial europeo» con centro en Europa de Wallerstein, pues el sistema y la economía mundial de

amplitud global no poseía un único centro sino en el mejor de los casos una jerarquía de centros, probablemente con China ocupando la posición cenital. Por consiguiente, sería también difícil establecer la existencia de una estructura de relaciones centro-periferia compuesta por un solo centro, aunque existe evidencia de la existencia de relaciones de este tipo sobre bases intrarregionales y tal vez en algunas relaciones interregionales. Resulta dudoso que existieran «semiperiferias» en el sentido que les da Wallerstein, pero nunca ha estado muy claro qué es lo que se supone que son estas semiperiferias.

No obstante, el contraargumento posible de que entonces por consiguiente no existía semejante sistema y economía mundial (de dimensión global y unificada) no resulta aceptable. Al contrario, existía claramente un sistema y economía mundiales, y de hecho uno solo en singular. Poseía éste una división mundial del trabajo y conexiones comerciales y financieras, en especial a través del mercado de dinero de amplitud mundial. Más aún, este sistema y economía mundial parece haber tenido también una estructura global y una dinámica propia que aún reclama más estudio. De manera que esta tercera conclusión sobre la economía global resulta plenamente consistente no sólo con la evidencia histórica sino también con las dos primeras conclusiones.

1500: ¿continuidad o ruptura?

Otra conclusión que se deriva de la anterior y resulta ineludible es que la supuesta ruptura anterior o justamente posterior a 1500 nunca tuvo de hecho lugar. Los historiadores señalan a menudo una línea divisoria en la historia «mundial» en el año 1500 (véase por ejemplo Stavarianos, 1966 y Reilly, 1989). Incluso las innovadoras propuestas de Bentley (1996) de elaborar «periodizaciones» de la historia mundial no sólo de procesos europeos sino también de otros de dimensión mundial siguen marcando el año 1500 como el comienzo del último período. Los historiadores y teóricos sociales europeos, tanto de generaciones anteriores como contemporáneos y de la actualidad, subrayan la misma cesura. Lo mismo hacen los teóricos del sistema mundial como Wallerstein (1974), Sanderson (1995) y Chase-Dunn y Hall (1997). El supuesto de que se dio una profunda ruptura alrededor de 1500 se reflejaba ya en las opiniones de Adam Smith y Marx, según las cuales 1492 y 1498 eran los años más importantes en la historia de la humanidad. Tal vez lo fueron directamente para los pueblos del Nuevo Mundo e indirectamente para los de Europa. Sin embargo, Braudel (1992, p. 57) pone en duda las alegaciones de Wallerstein de que se haya producido esta ruptura en Europa, frente a lo cual él habla de continuidad desde al menos 1300 e incluso desde el año 1100.

De hecho Wallerstein (1992) se hace eco del acuerdo generalizado de que existió una larga fase expansiva tipo «A» desde 1050 a 1250 seguida de una fase de contracción tipo «B» desde 1250 hasta 1450, después de lo cual se inició otra fase expansiva «A» en el «largo siglo XVI» desde 1450 hasta 1640. La evidencia anteriormente expuesta muestra sin embargo que esta larga fase expansiva había dado comienzo ya en buena parte de Asia alrededor de 1400, y perduró en esta zona al menos hasta 1750. El «largo siglo XVI» europeo de Wallerstein fue probablemente una expresión tardía y temporal de esta expansión económica mundial. De hecho, los viajes de Colón y Vasco de Gama deberían tal vez ser vistos como expresiones de esta expansión económica *mundial* a la que los europeos querían sumarse en Asia. Por consiguiente, la continuidad desde 1500 en adelante fue de hecho más importante y es teóricamente mucho más significativa que ninguna supuesta ruptura o nueva orientación.

Mi sugerencia entonces es que no resulta adecuado, ni siquiera necesario, según sostiene la visión habitual, considerar la historia de la Edad Moderna y la Edad Contemporánea como el resultado y/o caldo de cultivo de una gran ruptura histórica. Las aceptadas tesis de la discontinuidad son mucho menos una contribución, menos aún una necesidad, y mucho más un impedimento para la comprensión del proceso histórico mundial real y de la realidad de aquel tiempo. Estas erróneas tesis de la discontinuidad han sido presentadas en formas muy diversas, entre las que se incluyen «el nacimiento del capitalismo», «el auge de Occidente», «la incorporación de Asia a la economía-mundo europea», por no hablar del supuesto «racionalismo» y la «misión civilizadora» de Occidente. Prefiero dejar a otros las consideraciones filosóficas sobre si la historia moderna y contemporánea es un vehículo y una manifestación de «progreso» unilineal, o si es más bien lo contrario.

En estas páginas prefiero reconsiderar y cuestionar la validez teórica y la utilidad analítica aquí en Europa y allá en Asia de estos conceptos y términos relativos al tiempo, tales como «protocapitalismo» o «protoindustrialización», o bien «pequeño capitalismo», «semifeudalismo» o «protosocialismo», con respecto a lo «cuantitativo». Las in-terminables disputas sobre las supuestas transiciones de una a otra de estas categorías en momentos particulares pero diferentes en cualquier parte del mundo es literalmente un callejón sin salida que no puede de modo alguno ofrecer la más mínima iluminación intelectual. Pues sólo el estudio de la estructura y la dinámica continuas del único sistema mundial existente puede iluminar los cómo, por qué y por consiguiente del «desarrollo», el «auge» o la «caída» de cualquiera de las partes del mundo (en cuanto que sistema), sea esto en Europa, América, África, Asia, Oceanía y/o en cualquier otra parte.

¿Capitalismo?

Desde tiempo atrás (es decir, desde Marx) la «fascinación», como la definió Braudel (1982, p. 54), con el año 1500 como fecha de una nueva orientación que efectúa una supuesta ruptura con el pasado es primordialmente una función de la afirmación de que dicho año dio paso a un nuevo, previamente desconocido o al menos nunca antes dominante, «modo de producción capitalista». Tal fue por supuesto la postura de Marx y Sombart, y Weber y Tawney, y sigue siendo compartida por muchos de sus seguidores actuales. Es también aún la posición de los teóricos del sistema-mundo desde Wallerstein (1974) y Frank (1978) a Sanderson (1995) y Chase-Dunn y Hall (1997). Incluso las duras críticas al eurocentrismo formuladas por Amin (1991 y 1993) y Blaut (1993 a y 1997) no llegan a abandonar el año 1500 como el alba de una nueva era de capitalismo nacido en Europa (y exportado por los europeos). Todos estos marxistas, weberianos, polanyianos, defensores del sistema-mundo, por no hablar de la mayoría de los historiadores «económicos» y de otro tipo, obstruyen los intentos de reunir la evidencia y generar las argumentaciones que sirven para analizar la vaca sagrada del capitalismo y su supuesta excepcionalidad, peculiaridad o su peculiarmente excepcional «modo de producción».

Por consiguiente, la mera sugerencia de que tal vez esta convicción puede o debería ser cuestionada es incluso ya ella misma como si fuera una herejía inaceptable. Una vez he reducido esta herejía a su mínima expresión en otras obras (Frank, 1991 a y b y Frank y Gills, 1993), no tiene mucho sentido tratar de llevar el argumento más lejos aquí. Puede resultar suficiente señalar que la misma evidencia y el mismo argumento que apoyan las cuatro primeras conclusiones sintetizadas más arriba tienen también implicaciones para la idea de «capitalismo». Estas conclusiones niegan el MPA y la excepcionalidad europea, y en su lugar afirman la existencia de una economía mundial y su continuidad más allá de 1500. No obstante, los teóricos del sistema-mundo y Blaut aceptan las primeras dos conclusiones acerca del MPA y la excepcionalidad europea, pero rechazan las dos siguientes (que afirman la continuidad de la economía global y niegan la ruptura del año 1500). Braudel por su parte niega también la ruptura de 1500, y de hecho reconoce la existencia de una economía global, incluso aunque no lo inserte en su modelo de «economía-mundo europea». No obstante, estas cuatro conclusiones vuelven por necesidad cuando menos cuestionable el concepto mismo de «modo de producción capitalista» y la supuesta relevancia de su pretendida difusión al resto del mundo a partir de Europa. De hecho, estas cuatro conclusiones cuestionan la importancia misma atribuida a diversos «modos de producción», entre los que por supuesto se incluyen el «feudalismo» y el «capitalismo», lo cual obviamente cuestiona asimismo todas las supuestas «transiciones» entre unos y otros. Para empezar, estas categorías fueron derivadas de estrechas anteojeras «societales» o incluso nacionales. Desde entonces, esta conceptualización ha seguido desviando nuestra atención de las mucho más relevantes estructuras y procesos sistémicos mundiales, que fueron las que por sí mismas generaron las formas organizativas que fueron después equivocadamente definidas como «feudales» o «capitalistas», y como partes de «modos de producción».

Tal y como he señalado, no sólo no hubo «progresión» unilineal desde un modo de producción a otro, sino que todas las relaciones de producción de todo tipo se hallaban y siguen estando ampliamente entremezcladas incluso en el interior de una misma «sociedad», por no hablar de a escala de la sociedad mundial en su conjunto. Muchas relaciones de producción muy distintas han «producido» cosas que han sido competitivas en el mercado mundial. Sin embargo, no ha sido tanto una u otra relación y menos aún un «modo» de producción lo que ha determinado el éxito y el fracaso de unos u otros productores. En lugar de ello, las presiones competitivas y las exigencias sobre el mercado mundial han sido y continúan siendo mucho más determinantes de la elección y adaptación de las relaciones de producción mismas.

Las incesantes discusiones sobre lo no-capitalista, o pre-capitalista, o proto-capitalista, o capitalista floreciente o desarrollado o en declive o post-capitalista o cualquier otro «estadio» y cantidad o calidad de capitalismo o su ausencia nos han llevado por una sola parte del jardín y nos han alejado de la posibilidad de analizar el mundo en su realidad. Un simple ejemplo se mencionó ya en el capítulo 1: en su *China's Motor* [El motor de China] (1996) Gates examina con rigor las relaciones entre espíritu comercial y patriarcado a lo largo de un período de mil años. Sin embargo, su constante insistencia en emplear las categorías de «los modos de producción tributario y del capitalismo pequeño» y sus poco fluidas relaciones limita la posibilidad de que su estudio arroje verdadera luz sobre el análisis que realiza de cuestiones reales de la historia mundial.

La revisión en el capítulo 1 del concepto de «capitalismo mercantil» de Van Zanden acaba también con la argumentación de que éste representó una distintiva «articulación de modos de producción» entre modos de reproducción «no capitalistas» y de empleo de fuerza de trabajo «de fuera del sistema» y otros internos al «mercado mundial» de la «economía-mundo». Sin embargo, el aspecto oculto pero más revelador de esta discusión es que, independientemente de la posición que adopten quienes discuten sobre esta cuestión, todos ellos recurren una y otra vez a esos términos mencionados más arriba. Pero todos ellos los emplean sin comillas debido a que están bastante de acuerdo en el significado y los referentes que supuestamente quedan excluidos al hacer uso de estos términos. De hecho Van Zanden y otros llegan a nombrar algunos de ellos: esclavos, campesinos, los que trabajan en la industria casera, en el África occidental y en el Asia oriental (Van Zanden, 1997, p. 260). En esta discusión y en la literatura relacionada con ella, todos estos productores e incluso comerciantes permanecen fuera del universo del discurso

en el que «según se admite, la República de Holanda se convirtió en el mercado más grande jamás conocido hasta entonces de cosechas comerciales del mundo» de la misma manera que «Ámsterdam era el almacén central del comercio mundial y el mercado pivotal de dinero y capital de la garita de control de la economía-mundo europea» (Lis y Soly, 1997, pp. 233, 211 y 222). Por supuesto que, en la economía mundial real, Ámsterdam y los Países Bajos no eran nada de lo que dicen esos autores. Pero para todos esos autores que abordan el tópico de los «modos de producción», la economía mundial real –de la que Amsterdam no era sino uno de los muchos emporios– no existe.

De hecho Wallerstein (1997, p. 244) interviene en estas cuestiones para plantear que ¡«no discutamos por el problema de la unidad de análisis»! Pero resulta que la cuestión más relevante en toda esta discusión es precisamente la unidad de análisis, asunto que todos estos participantes en la discusión sistemáticamente ningunean: es decir, la economía mundial y no la de esa pequeña región llamada Europa. En el momento en que reconocemos esto así, toda la discusión sobre los «modos de producción» queda reducida a insignificancia e irrelevancia, y se convierte en poco más que una distracción que aleja de la verdadera cuestión en juego, que es el análisis en clave holista de ese todo, algo que todos estos autores tratan de forma tan intensa de evitar.

Por consiguiente, es mucho mejor cortar el nudo gordiano del «capitalismo» de una vez. Tal es mi argumento ya en Frank (1991 a y b), en Frank y Gills (1992 y 1993) y en Frank (1994 y 1995), y es algo también reivindicado por Chaudhuri (1990 a, p. 84), quien escribe en su *Asia before Europe*: «la incesante búsqueda por parte de los historiadores de la Edad Moderna que van tras los "orígenes" y raíces del capitalismo no es algo muy diferente de la búsqueda por parte del alquimista de la piedra filosofal que transforma los metales en oro». De hecho esto es así no sólo en relación con los orígenes y las raíces sino la existencia misma y el significado de «capitalismo». De manera que lo mejor es simplemente olvidarlo y seguir adelante en la investigación sobre la realidad de la historia universal.

¿Hegemonía?

La idea de una «hegemonía» europea y después occidental sobre el resto del mundo está implícita en la mayoría de la literatura así como en la percepción histórica, la de los científicos «sociales» y la popular. La hegemonía política es explícita en la mayoría de la literatura reciente sobre las relaciones internacionales, desde Krasner (1983) y Keohene (1983) hasta Modelski y Thompson (1988 y 1996). La hegemonía económica aparece de forma explícita en Wallerstein y sus seguidores. He expresado mis dudas sobre el cuestionable estatus teórico de dicho concepto de hegemonía en otras obras anteriores (Frank y Gills, 1992, y Frank, 1994 y 1995). La evidencia presentada en los capítulos 2, 3 y 4 es suficiente para enterrar cualquier reclamación de

veracidad histórica por parte de cualquiera de esas supuestas hegemonías de tipo político, económico o político-económico o asimismo cultural y de amplitud mundial imputables a cualquier parte o incluso al conjunto de Europa antes de 1800. En ningún momento durante los cuatro siglos que se estudian en este libro hubo ninguna economía o ningún estado capaz de ejercer ningún grado significativo de hegemonía, o siquiera de liderazgo sobre la economía, las relaciones políticas, la cultura o la historia del mundo en su conjunto. Si la economía mundial tenía alguna base regional productiva y comercial, ésta se encontraba en Asia y estaba si acaso centrada en China. Europa era a todos los efectos y propósitos completamente marginal.

Menos aún estaba ninguna parte de Europa en condiciones de ejercer un poderío hegemónico o siquiera un liderazgo económico en el mundo o sobre él. Esto es desde luego así en el caso de la Península Ibérica o el pequeño Reino de Portugal, que apenas contaba con un millón de habitantes en el siglo XVI, pero lo es asimismo en el siglo XVII para los Países Bajos, otro territorio diminuto, e incluso para la «Gran» Bretaña en el XVIII. La noción misma de liderazgo económico o poderío político o incluso equilibrio de poderes (como por ejemplo el alcanzado tras la Paz de Westfalia en 1648) es en sí mismo sólo el efecto de una ilusión óptica derivada de la perspectiva miope de un «sistema y economía-mundo europeos». No es otra cosa que puro eurocentrismo. Es posible argumentar que las economías y/o estados antes mencionados pudieron con el tiempo convertirse en peces grandes dentro del estanque más bien pequeño que era Europa o la región económica del Atlántico si descontamos los imperios Habsburgo y ruso. Sin embargo, sobre la base de la evidencia, la economía europea o incluso la atlántica, por no mencionar sus sistemas políticos, no eran sino aguas estancadas dentro de la economía mundial. Ni siquiera poseían un liderazgo tecnológico relevante. Los estados europeos eran todos ellos jugadores de segunda fila en el tablero político de los imperios de los Ming y Ching, del de los mogoles, otomanos e incluso de los safávidas. Ante toda esta evidencia, ¿no deberíamos reinterpretar y revisar el concepto mismo de «hegemonía»?

El auge de Occidente y la revolución industrial

¿Cómo entonces emergió Occidente, si no había nada de excepcional en él o en su modo de producción y si no pudo siquiera albergar esperanzas de hacerse con la hegemonía antes de 1800? La ineludible conclusión es que debe haber habido otros factores en juego o que otras circunstancias aún no aisladas permitieron o hicieron que esos factores operasen dentro de él. He señalado que la mayoría de los intentos de hacer frente a esta cuestión han sufrido hasta el presente de un error de especificación, ya que buscaban estos factores sólo en el halo de las farolas de lo europeo. Pero desde el momento en que Occidente resultaba inseparable de la economía mundial de ámbito

global, Occidente no pudo emerger por sí solo o por sí mismo. En lugar de ello, dicho auge occidental ha tenido que tener lugar *dentro* de la propia economía mundial. Es por consiguiente inútil buscar las causas de su auge sólo o siquiera en primer término en Occidente o en cualquiera de sus partes a menos que la «utilidad» de hacer algo así sea sólo de corte ideológico, es decir, para ponerse por encima de los demás y denigrar al resto como incompetentes.

Las implicaciones de las seis conclusiones precedentes y la evidencia de las que se han obtenido es que toda la cuestión del «auge de Occidente» necesita ser reconceptualizada y reformulada. La evidencia sugiere que la cuestión debe ser abordada desde el ámbito del conjunto mismo de la economía y el sistema mundiales, y no sólo en clave de ninguna de sus partes, sea ésta Gran Bretaña, Europa y/o ahora la parte que se sitúa en Asia. Sé que me expongo a ser acusado de razonamiento circular si señalo también que la evidencia histórica no es compatible con ninguna de las muchas «causas» europeas u occidentales singulares o múltiples de su auge. No obstante, no es casual que la revolución industrial fuera ya una naranja tres veces exprimida hace menos de un siglo, y que siga sin embargo manando zumo en forma de debates interminables, algo que sólo es posible porque esos debates se mantienen dentro del estrecho paradigma que observa el proceso o acontecimiento como algo estrictamente europeo o británico.

Por consiguiente, en Europa el «auge de Occidente» no fue un caso de una región que se puso en pie por sus propios medios. Más propiamente «el auge de Occidente» ha de ser visto como algo que ocurrió en aquel tiempo dentro de la economía y sistema mundial, al implicarse esta región en estrategias de sustitución de importaciones y en la promoción de la exportación (al estilo de las Nuevas Economías Industriales) en el afán de subirse a hombros de las economías asiáticas. El declive (¿cíclico?) de las economías asiáticas y de las hegemonías regionales facilitó este ascenso de Europa. La tesis de Rostow y otros de que tuvo lugar un súbito salto en la tasa de acumulación de capital de Gran Bretaña ha sido hace ya tiempo rebatida.

La única solución es cortar el nudo gordiano del eurocentrismo y abordar toda la cuestión desde una perspectiva paradigmática diferente. Tal es a fortiori el caso si tenemos en consideración la polémica sobre si tuvo incluso lugar una «revolución» industrial o sólo se trató de una «evolución» y expansión económica de dimensiones *mundiales*.

Categorías vacías y estrechas

Espero que se me permita añadir que tanto la evidencia revisada anteriormente como el enfoque más holístico reclamado al analizarla sugieren otras conclusiones adicionales acerca de lo que *no* habría que hacer. Tanto la historiografía como la teoría sosical y por supuesto aún más el buen sentido común han sufrido ya demasiado los intentos más esotéricos de hacer que cuadre la evidencia asiática en el estrecho marco de las teorías y métodos (eurocéntricos) heredados. Como hemos visto, éstos en general han carecido incluso en sus orígenes europeos de contenido empírico y sentido científico. Los intentos de extenderlos a otros lugares han sido más viles todavía. Así por ejemplo, ha habido extensos debates acerca de las pruebas a favor o en contra del MPA, entre los que hay que incluir una serie de contribuciones muy recientes a cargo de estudiosos chinos en la obra editada por Brooks (1989) con el título *The Asiatic Mode of Production in China* [El modo de producción asiático en China]. De forma parecida ha habido incesantes debates sobre el feudalismo en este o aquel lugar en un tiempo u otro, que sería prolijo referir en estas páginas. La otra cara de la misma moneda fue el continuo debate sobre el capitalismo y si se trataba de un fenómeno autóctono o importado, o promovido, constreñido o incluso erradicado en Asia para cuando llegaron el colonialismo y el imperialismo europeos. Ya he señalado en el capítulo 2 en qué medida la adhesión a estas categorías vacuas y sus estrechos marcos analíticos vició la investigación soviética sobre sus regiones del Asia central.

Otras analogías posteriores traen preguntas sobre si y cuándo el «moderno sistema y economía-mundo europeo» incorporó, marginó y/o evitó esta o aquella parte de Asia y África. Por ejemplo, recientemente Pearson (1989) dedicó un libro entero a intentar forzar que la India cupiera en el estrecho marco de la economía-mundo europea de Wallerstein. Esto lleva a Pearson a plantearse cómo esa «economía-mundo» se hallaba o no limitada por el comercio de productos de «necesidad» y/o «suntuarios», y qué mercancías entran o no entran en dichas denominaciones. Esto a su vez define las fronteras de la economía-mundo europea, cuáles eran o dejaban de ser dichas fronteras en momentos diferentes y si el Océano Índico mismo está a la altura de haber sido o no una «economía-mundo» de por sí. La discusión sobre los «artículos de primera necesidad» y los «suntuarios» es una pérdida de tiempo generada por una distinción peor que mala, que ha sido ya abandonada por arqueólogos como Schneider (1977) para tiempos anteriores (sobre esta literatura véase Frank y Gills (1993) y Frank (1993 a)). También resultan inútiles las distinciones entre sistemas-mundo e imperios-mundo, así como los intentos de forzar parcelas del mundo real para que quepan en estas categorías (Frank, 1993 a).

Es completamente alarmante la pregunta que hacen Pearson, y también Palat y Wallerstein (1990) sobre cuándo «incorporó» la «economía-mundo europea» en su seno a la India y el Océano Índico y sobre su posible «economía-mundo» propia. Esta pregunta es parecida a la de «¿Cuándo dejaste de maltratar a tu mujer?» (la respuesta es: «Yo no estoy casado»). Es absurdo plantear la cuestión de si ocurrió aquí o allá, pues no existía una «economía-mundo europea» separada de una «economía-mundo del Océano Índico». Y si acaso, fue esta última la que «incorporó» a la otra, y no al revés (Frank, 1994 y 1995). Pearson y otros siguen buscando alrededor de la faro-

la europea cuando deberían estar buscando luz que ilumine las partes asiáticas de la economía mundial. La única «respuesta» es comprender que Europa y Asia, y por supuesto otras partes del mundo también, han estado inextricablemente unidas a la misma y única economía mundial desde hace siglos, y que fue su común participación en ella lo que conformó sus «variadas» fortunas.

Todos y cada uno de estos debates tienen sentido sólo en términos de categorías como «MPA», dicotomías como «feudalismo/capitalismo» y conceptos como «sistema mundial» de las teorías heredadas. Estas categorías son ellas mismas algo más que marcos estrechos de pensamiento. Son además inútiles para el análisis y la comprensión de la historia mundial. Su verdadera utilidad real ha sido estrictamente ideológica. Los debates a que dieron pie son análogos a los del sexo de los ángeles. Una respuesta equivocada llevó a veces a la hoguera a quienes la propusieron, y otras a llamar a los bomberos. Pero la respuesta «correcta» no existe, el menos desde bases científicas. Estas categorías son de hecho algo peor que inútiles científicamente hablando, pues su simple uso desvía de cualquier análisis verdadero sobre la realidad del mundo, así como de la comprensión de ésta. La única solución es cortar del todo el nudo gordiano y librarnos de todas estas inútiles categorías eurocéntricas que sólo llevan a debates esotéricos que nos ciegan ante los procesos históricos reales.

A la vista de mi obra anterior, me resultan de especial interés, y tal vez a muchos de mis lectores, las nociones de «desarrollo», «modernización», «capitalismo» e incluso «dependencia», o como se le quiera llamar. Son todas ellas categorías estrechas y vacías, porque el pecado original de Marx, Weber y sus seguidores fue buscar el «origen», la «causa», la «naturaleza», el «mecanismo», la «esencia» en fin de todo ello esencialmente en el excepcionalismo europeo en lugar de hacerlo en el sistema y la economía mundial reales. Todas estas supuestas excepcionalidades, cualesquiera que sean sus nombres, derivan uno por uno de la misma perspectiva eurocéntrica que, sobre la base de la evidencia presentada en este libro, carece de fundamento alguno en la realidad histórica, es decir, en la historia «universal» «tal cual fue». Son todas pura derivación del etnocentrismo europeo y occidental que se ha propagado al resto del mundo, hacia el oeste y el este, el norte y el sur, de modo inseparable al colonialismo y el imperialismo cultural.

La versión occidental puede quedar ilustrada en una selección o combinación de etiquetas tomadas de la teoría heredada tales como «las etapas del crecimiento económico» o el «paso de la sociedad tradicional» a «la sociedad del éxito» (Rostow, 1962, Lerner, 1958 y McClelland, 1961). El «desarrollo» a través de la «modernización» era una forma de obligar a hacer las cosas «a mi manera», como en la canción de Frank Sinatra. La «dependencia» fue una reacción a esto que negaba la eficacia de *semejante* manera pero sólo para afirmar que «desconectarse» podía ofrecer otra manera, pero para hacer esencialmente lo mismo, algo que yo mismo hace muy poco he reconocido y admitido que hacía cuando escribía sobre «el desarrollo del subdesarrollo» (Frank, 1991 c, 1996).

La versión «oriental» –y por cierto también la versión marxista occidental– fue debatir esencialmente lo mismo bajo la terminología de «la transición del feudalismo al capitalismo». Ese debate fue incluso más estéril que el occidental ya que implicó discusiones (literalmente) interminables sobre categorías como «capitalismo», «feudalismo», «socialismo» etc., y sobre si este o aquel aspecto local, regional, nacional, sectorial o lo que fuera de la «realidad» se adecua o no a determinada categoría estrecha. Dado que estas categorías están en realidad vacías –es decir, privadas de significado real alguno–, estos debates seguirán siendo por descontado interminables hasta que no nos alejemos de las categorías mismas. Esto es algo que debiera haber sido evidente si no fuera porque las categorías mismas a menudo impedían a quienes debatían sobre ellas ver la realidad como realmente era. Y cuando lo hacían, se dedicaban a tratar de expandirlas, moldearlas o combinarlas para acomodar en ellas la realidad. Se inventaron toda suerte de variaciones y combinaciones de «articulaciones de modos de producción» «semifeudales», «precapitalistas» o «no capitalistas» o «protosocialistas» para ofrecer una versión «no alineada», «tercera» o de otro tipo con la que replicar o dejar de replicar qué es lo que Occidente hizo o cómo lo hizo. (Las mismas categorías a su vez constreñían a los teóricos marxistas, «neomarxistas» y a los de la dependencia a debatir si el «capitalismo» es la manera «derecha» –o «izquierda»– de enfocar el asunto.) Bergesen (1995) argumenta acertadamente que resulta igualmente fútil expandir la estrecha categoría de un «moderno sistema mundial capitalista» eurocéntrico u occidental, así como intentar manipular la realidad para hacerla encajar en el estrecho marco conceptual de Wallerstein. Sobre la base de la evidencia presentada aquí, hemos de darle la razón.

Todo este debate sobre «el sexo de los ángeles» deriva del pecado original del etnocentrismo europeo. Éste fue entronizado en la ciencia social y como ciencia social por Marx, Weber, y por todo el tropel de seguidores que se adentraron por el angosto y lineal camino del «desarrollo», así como por todos los que se rebelaron contra él y aberraron de él. Pues toda su visión quedó –y por cierto sigue estando– sin embargo atrapada por las mismas anteojeras eurocéntricas que les impiden ver el mundo real que hay ahí afuera. Por desgracia y peor aún, los no occidentales se han imbuido y en ocasiones han profundizado en gran parte incluso en esa misma distorsionada lectura eurocéntrica y (a)«científica» tanto del mundo como de su propia historia. Esto ha sido tal vez lo más visible dentro de los debates –y las persecuciones– surgidos alrededor de la ortodoxia «marxista» en Rusia y en el Asia central por ella colonizada (véase el capítulo 2), en China (con el maoísmo, la Revolución Cultural, la Banda de los Cuatro y «los gatos blancos y negros»), la India (con su saga de variopintos partidos e intelectuales comunistas), el mundo «árabe», África y América Latina.

Éstos tampoco están libres de sus propios etnocentrismos. Paradójicamente, el etnocentrismo mismo se muestra como un hecho universal y que aparece de forma universal, o al menos parece verse universalmente exacerbado por las crisis políticas y económicas. Lo que sucede es que la mayoría de estos otros etnocentrismos no han tenido en los últimos tiempos las mismas oportunidades de expandirse, y menos aún de imponerse sobre otros. Los occidentales lo han hecho por la fuerza de las armas. Los marxistas se han propagado, con el apoyo del poder soviético y chino comunista, como reacción a esos anteriores etnocentrismos. En reacción contra ambos y ante la crisis política y económica, otros etnocentrismos en África, la India, el Islam y, sí, de nuevo Rusia y China se están hoy día extendiendo y ofrecen salvación a través de la doctrina «Sinatra»: «hazlo a mi manera» o «a cada cual lo suyo». Muchos darán la bienvenida a algunos de estos etnocentrismos como una suerte de antídoto contra el veneno del eurocentrismo occidental. No son sin embargo remedio para la enfermedad, ¡el remedio está en la unidad en la diversidad!

No hay forma de ver qué está sucediendo a distancia en ninguna otra parte del mundo –y menos aún en éste en su conjunto– sirviéndonos de una perspectiva europea o china o de cualquier otra perspectiva microscópica. Cualquiera de estas perspectivas es por el contrario posible sólo con una perspectiva telescópica capaz de abarcar el mundo entero y todas sus partes, incluso si los detalles de éstas pueden verse poco claros desde la distancia. No es sólo que todas las perspectivas en términos de la «excepcionalidad» europea o de otro tipo están condenadas a la ceguera. También lo está el empleo de la perspectiva de un sistema y economía mundial basado en Europa (o en cualesquiera de sus partes análogas, sea ésta sinocéntrica, islámocéntrica o afrocéntrica). El intento mismo de dar con el «desarrollo del capitalismo», el «auge de Occidente» o «la edad dorada del Islam» bajo la luz que arroja la farola europea (o china o musulmana) sólo sirve para cegar al que se presta a ello.

Para la historia y la teoría social la tarea por consiguiente más importante y menos trabajada es dar testimonio de la solicitud póstuma de Joseph Fletcher de hacer macrohistoria y análisis «horizontal». Su ruego es un modesto intento de ayudar a remediar este vacío en relación con el periodo entre 1500 y 1800. Recuérdese que el célebre historiador Leopold von Ranke pedía un estudio de la historia «como realmente fue». Pero Ranke también dijo que «no hay historia que no sea historia universal». Pero no hay forma de entender la historia mundial –ni siquiera una parte de ella– si no se abandonan las anteojeras de la visión eurocéntrica que, como si se tratase de un túnel, nos sigue confinando en la oscuridad, pues no hay ninguna luz al final de ese túnel eurocéntrico. El chiste proverbial viene a decir que no es posible encontrar el reloj que se ha perdido sólo porque la farola bajo la cual se mira ilumine una parte del suelo. En este caso, sin embargo, no es sólo que el reloj se perdió en otra parte sino que la luz que más brilla y con la que se puede dar con él está en otro lugar. Y eso no es ningún chiste.

Concluyendo, lo que necesitamos es una perspectiva y una teoría mucho más globales, holísticas y económico-sistémicas de ámbito mundial. Esto puede permitir ver primero que «el declive de Oriente precedió al auge de Occidente», a continuación cómo se relacionaron estos dos procesos y finalmente por qué tuvo lugar el cambio sistémico-económico a escala mundial. Este último ha sido mal enfocado debido a que una perspectiva microscópica lo ha concebido como un proceso «interno» a Occidente cuando debería ser visto de forma telescópica como un proceso de dimensión mundial. De manera que este catálogo de ocho conclusiones historiográficas y teóricas relativamente fáciles de plantear sobre qué proposiciones heredadas carecen de base desde la evidencia nos lleva a la tarea mucho más complicada de extraer implicaciones para la construcción de una teoría y análisis que es o al menos podría ser compatible con la evidencia.

IMPLICACIONES TEÓRICAS: A TRAVÉS DEL ESPEJO GLOBAL

Si la teoría social heredada es insatisfactoria porque se basa en una mala historiografía eurocéntrica, entonces ¿qué se puede hacer? La respuesta obvia es empezar a hacer una historia mejor y no eurocéntrica. Pero para hacer esto todo indica que necesitamos una perspectiva mejor, más holística, incluso una teoría. El «sistema y economía mundial» de Braudel y Wallerstein, y el de Frank (1978 a), fue un paso en la dirección adecuada al mostrar una parte más grande del todo frente a lo que hacían las historias y teorías «nacionales» «societales». Sin embargo, como he mostrado, no fueron suficientemente lejos, y con el tiempo se han convertido en un obstáculo para seguir adelante. El artículo de John Voll (1994) sobre un sistema mundial con centro en el Islam puede parecer un paso adelante en la dirección adecuada; sin embargo es sólo un paso muy pequeño, y es además en sí un planteamiento excesivamente ideológico y circunscrito a la ideología musulmana. El afrocentrismo no es por cierto otra cosa que ideología. El sistema de comercio con centro en China planteado por Hamashita (1988) puede parecer otro paso en la dirección correcta. También puede decirse de Chaudhuri y otros en relación con la economía-mundo del Océano Índico, y del trabajo de Reid sobre el mundo del sureste asiático. No obstante, como han mostrado los capítulos anteriores, todas estas iniciativas que resultan bienvenidas siguen siendo demasiado limitadas porque son excesivamente limitadoras. Todas estas piezas de un rompecabezas son componentes necesarios del cuadro completo. Sin embargo ninguno de ellos ni por separado y reunidos pueden llegar nunca a hacer visible el todo, pues el todo es *más* que la suma de sus partes, ¡y conforma de hecho las distintas partes!

Sólo una historia mundial holística, universal, global –«tal cual fue»– puede ofrecer la base historiográfica para una mejor teoría social. Tal vez dicha historia holística necesita ella misma estar conformada por elementos de una teoría social alternativa de tipo holístico. Ambas tendrán que enfren-

tarse mejor con los problemas historiográficos y teóricos delineados más adelante, los cuales, entre otros, siguen estando sometidos a discusión.

Holismo contra parcialismo

La tesis de la «globalización», actualmente de moda, plantea que la década de 1990 marca una nueva orientación en este proceso de alcance mundial. A regañadientes algunos autores plantean lo mismo para el año 1945, incluso algunos consideran que la globalización se produce a lo largo de todo el siglo XX, y otros todo lo más la retrotraen al siglo XIX. Este libro demuestra no obstante que el globalismo (más aún que la globalización) era ya un hecho al menos desde 1500 para el mundo entero a excepción de unas pocas islas diseminadas por el Pacífico (y sólo durante un breve período de tiempo). Unos pocos analistas, como McNeill (1963 y 1990), Hodgson (1993), Wilkinson (1987 y 1993), Frank y Gills (1993) y Chase-Dunn y Hall (1997) argumentan que desde bastante antes existía ya en funcionamiento una sola «ecumene» afro-euroasiática o «sistema mundial central».

Entonces, ¿cómo observar este todo de forma holística, sea antes o después de 1500? En obras anteriores (Frank y Gills, 1993) he sugerido la analogía con un taburete de tres patas. Se apoya por igual sobre un eje ecológico-económico-tecnológico, otro político-militar y finalmente otro socio-cultural-ideológico. El menos incorporado de éstos, también en mi propio trabajo, ha sido el componente ecológico. Después de esto, la base más negada ha sido la económica, y ello pese a la existencia de una «historia económica». La estructura económico-política del sistema y la economía mundial reclama mucha más atención de la que ha recibido hasta ahora. Los historiadores económicos se han negado a darle relevancia alguna. Los economistas la han confundido con las relaciones económicas «internacionales» entre unas economías «nacionales» que no existían en el pasado. Los estudiosos de las relaciones (políticas) internacionales han hecho lo que dicen, es decir, estudiar las relaciones entres estados «nación» como base de sus ladrillos de construcción. Los analistas del sistema-mundo se han circunscrito sólo a una pequeña parte del sistema y a la economía del mundo real antes de 1750 y con centro en Europa. Esto ya es algo, pero no mucho más que lo que los historiadores y economistas políticos estaban ya haciendo. Los estudiosos del Asia oriental, del sureste asiático, del Asia meridional, occidental y por supuesto del Asia central han intentado ya incluir sus regiones dentro de una economía más amplia. Las excepciones más recientes son Chaudhuri (1991) y Abu-Lughod (1989), cuyas limitaciones han sido ya señaladas en otras partes de este libro. Por consiguiente, en ausencia de pioneros suficientes a los que seguir y sobre los que elaborar nuevas perspectivas, este libro sólo ha estado en condiciones de avanzar unos pocos pasos preliminares en la dirección de observar la economía mundial como un todo. Se necesita aún mucho más trabajo, pero efectuado desde una perspectiva sistémica mundial que sea realmente holística y de dimensiones globales, y no que asuma esta o aquella limitación de tipo regional, incluso de tipo regional europeo. Más aún, la discusión ha estado incluso aquí limitada sólo a la parte económica de esa pata ecológico-económico-tecnológica, apenas se ha hecho mención en ella de las otras dos patas, y menos aún se ha planteado una combinación de ellas dentro de un análisis global.

Analogía y semejanzas contra especificidad y diferencias

Los historiadores en particular y los teóricos sociales en general están habituados a identificar y subrayar los rasgos particulares específicos y singulares de cada «civilización», «cultura» o «sociedad» y de sus respectivos procesos y acontecimientos. Este es el bagaje básico de los historiadores, en especial cuando se ven apoyados social y económicamente y alentados a realizar historia «nacional» e historia local por razones ideológicas y políticas «de estado». A los científicos sociales se les supone la dedicación de mayores esfuerzos para elaborar generalizaciones. No obstante, buena parte de su tipo ideal y práctica comparativa, por no hablar de sus divisiones disciplinarias, les llevan también a subrayar especificidades y diferencias por encima de rasgos comunes y similaridades en el «objeto», y todavía más en lo relacionado con el «sujeto» de estudio. Cuando se les presiona, la mayoría de los científicos sociales argumentarán *de facto* cuando no *de iure* que las diferencias importan más que las analogías y semejanzas, y que su trabajo es estudiar las primeras más que las segundas. De otra forma no podrían dedicarse a su análisis «comparado» favorito de tipo multivariable y multifactorial.

Una implicación de esta revisión de la historia mundial de la Edad Moderna es más bien contraria a esto: las analogías son más comunes y más importantes incluso que las diferencias reales, y aún más que las supuestas diferencias que no son siquiera reales. Muchas supuestas diferencias –«Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán»– son en el mejor de los casos manifestaciones institucionales y/o «culturales» superficiales de la misma estructura y proceso *funcionales*. En el peor de los casos, como en la bien conocida cita de Rudyard Kipling, son excusas puramente ideológicas para el ejercicio descarado de intereses político-económicos de tipo colonial.

Más importante aún es que, sin embargo, según surge de nuestra revisión de la historia económica de la Edad Moderna, muchas de las «diferencias» específicas son ellas mismas generadas por la interacción estructurada de un sistema y economía mundiales *compartido*. Lejos de resultar apropiados o necesarios para la comprensión de esta o aquella especificidad, la diferenciación se convierte entonces en un obstáculo para dar cuenta de ella y comprenderla. ¡Sólo una perspectiva holística sobre y desde el todo global que es

más que la suma de las partes puede ofrecer una comprensión adecuada de cualquiera de sus partes individuales y por qué se diferencia de las otras! Ahora bien, ese imperativo de dar cuenta de la realidad mundial limita mucho la utilidad científica –otra cosa es la ideológica– de las sucesivas historias locales o nacionales. También pone serias objeciones a las series temporales y a los análisis comparativos transectoriales que se reducen a un proceso arbitrariamente seleccionado, es decir, diferenciado. Todos estos análisis de «factores» multivariables, e incluso aún más la identificación de «caracteres» supuestamente específicos de este o aquel factor, violan los cánones científicos del holismo y por consiguiente pierden el tren de la realidad mundial de dimensión global. No cabe sin embargo duda de que esta combinación de particularismo historiográfico y/o «control» científico de variables con análisis verdaderamente holístico es mucho más fácil de predicar que de practicar. Pero he aquí que ¡casi nadie se atreve siquiera a practicarlo o es consciente de que es importante hacerlo!

Continuidad contra discontinuidades

Una afirmación muy concreta sobre el «particularismo» histórico es la extendida idea de que el presente y/o el pasado reciente marca una nueva orientación en discontinuidad con lo anterior. Como ha sido ya señalado, el último grito de esta perspectiva es la supuesta novedad de la «globalización». Más concretamente, esta visión supone también que se produjo una gran discontinuidad histórica entre la época medieval y la moderna. Puede haber debates acerca de si dicha discontinuidad hay que datarla en torno al año 1000, al 1300, al 1500 o al 1800, pero el acuerdo generalizado es que el proceso histórico mundial cambió radicalmente y cualitativamente merced al «auge de Occidente» y del capitalismo.

El argumento de este libro ha sido que la continuidad histórica ha sido mucho más importante que cualesquiera de sus discontinuidades. La percepción de una nueva gran reorientación que supuestamente representa una enorme discontinuidad en la historia mundial, es un planteamiento sustancialmente deformado por el punto de vista eurocéntrico. Una vez que se abandona este eurocentrismo y se adopta una perspectiva globalmente holística o incluso una perspectiva panasiática, la discontinuidad se ve desplazada por la continuidad. ¿O acaso es más bien al revés? Una vez que observamos el mundo como un todo de manera más holística, la continuidad histórica se vuelve más duradera, en especial en Asia. De hecho tal y como se sugiere en los capítulos precedentes, el mismo «auge de Occidente» y el últimamente reactivado «auge de Oriente» se muestran como un derivado de esta continuidad histórica global.

La teoría heredada atribuye la revolución industrial y «el auge de Occidente» a su supuesta «excepcionalidad» y «superioridad». La fuente de estas atribuciones se busca a su vez en la supuesta «preparación» occidental largamente establecida o incluso prístina a la hora de explicar su despegue. Esta afirmación ubica erróneamente y malinterpreta la «especificidad» de la continuidad y de la transformación al situarlos en el interior de la Europa misma. No obstante, las «causas» de la transformación no pueden ser entendidas si continúan siendo analizadas sólo bajo la farola europea en lugar de ser buscadas bajo la iluminación global de amplitud mundial en el sistema como un todo.

Pues la evidencia histórica comparativa y relacional del mundo real relatada en este libro muestra que, frente a la historiografía y la teoría social heredadas, lo que preparó a Europa para el despegue a partir de 1800 *no* fue el supuesto «desarrollo» anterior. Es decir que el auge de Occidente posterior a 1800 no fue realmente el resultado de su «continua» preparación desde el Renacimiento, y menos aún en virtud de sus raíces griegas o judías. De hecho, la industrialización no fue siquiera el efecto continuo de la «protoindustrialización» europea. El mismo proceso no generó el mismo resultado en Asia y especialmente en China, donde la protoindustrialización estaba aún más desarrollada, tal y como Pomeranz (1997) y Wong (1997) muestran para apoyar sus argumentos muy parecidos de que la revolución industrial fue una nueva y distintiva transformación que para ser explicada requiere que se tengan en consideración otros factores.

La revolución industrial fue un acontecimiento inesperado que tuvo lugar en una parte de Europa como resultado de la continuada estructura desigual y del proceso desigual en la economía mundial dentro de ella en su conjunto. Ese proceso de desarrollo mundial, sin embargo, incluye también nuevas orientaciones en algunas de sus regiones y sectores que pueden parecer discontinuidades. Puede de hecho ser el caso que la revolución industrial, al igual que la revolución agrícola anteriormente, fuera un punto de inflexión en un desarrollo global continuo que marca una «reorientación» en un vector y dirección que resulta diferente de la anterior y que resultó tal vez irreversible, cercano al cataclismo total, el cual a su vez puede estar él mismo esperando a aparecer al final de este vector. De manera que esta estructura y continuidad sistémica global que generó el auge de Occidente señaló una ruptura en Occidente, que no mantuvo su anterior posición marginal. En lugar de ello, tuvo lugar una discontinua transformación de la economía global en una dirección más industrial y en forma de un cambio en la posición de Occidente dentro del sistema económico mundial como un todo.

El auge de Extremo Oriente a la preeminencia económica mundial vuelve aún más urgente fijarse en la prolongada continuidad histórica de la que este proceso forma parte. La supuesta discontinuidad actual, que no es otra cosa que un auge renovado de Oriente, debe ser también visto como un proceso inseparable de la estructura y continuidad fundamental del desarrollo mundial. Reconocer y analizar esta continuidad revelará mucho más que fijarse de forma miope en las supuestas discontinuidades. Tal vez sería mejor hacer

referencia a dos «inflexiones» durante la Edad Moderna en un proceso histórico esencialmente continuo dentro de la misma economía y sistema mundial: una fue el intercambio derivado de la conquista del Nuevo Mundo a partir de Colón y tras la incorporación de América al Viejo Mundo a partir de 1500. La otra fue el «intercambio» de tasas de crecimiento demográfico y de productividad económica y tal vez las presiones ecológicas entre Asia y Europa, que dio lugar a la revolución industrial a partir de 1800. Ambas fueron, sin embargo, inflexiones sólo generadas por un proceso de desarrollo económico mundial. En ambos casos los europeos actuaban más como instrumentos que como iniciadores del desarrollo global.

Integración horizontal frente a separación vertical

Otra alternativa metodológica es la que se produce entre seguir haciendo historia vertical convencional a través del túnel del tiempo en una localidad específica más o menos grande o sobre una cuestión particular (por ejemplo, sobre política, cultura o mujeres) y en una localidad específica, o en lugar de ello asumir, o al menos en parte practicar, la historia y el análisis globalmente horizontal que recomienda Fletcher (1985 y 1995). Este autor señaló con desesperación que la mayoría de los historiadores «están al tanto de las continuidades verticales (la persistencia de la tradición, etc.) pero permanecen ciegos a las horizontales (...) Para el año 1500 no veo nada sino historias compartimentadas» (Fletcher, 1985, pp. 39 y 40). Esta perspectiva metodológica y sus anteojeras se han ido volviendo cada vez peores con la introducción de «estudios de área» en las universidades americanas y de otros lugares, lo cual produce «una perspectiva microhistórica, incluso provinciana» (Fletcher, 1985, p. 39).

Si esta práctica se muestra deficiente, su elevación a la condición de guía teórica y metodológica resulta aún más contraproducente. En un libro mío (1978 a) arremetí contra Perry Anderson por escribir –y asumir– que «no hay nada que se pueda entender como un medio temporal universal: los *tiempos* de los principales absolutismos (...) fueron, precisamente, enormemente diversos (...) no hay temporalidad que dé cuenta de ellos (...) Sus fechas son las mismas, pero sus tiempos son diferentes» (Anderson, 1974, p. 10). Esta perspectiva y orientación teórica y la máxima de Anderson son en sí mismas garantía metodológica de fracaso de cara a la comprensión de cualquier absolutismo o cualquier otra cosa cuyas «fechas son las mismas». Ya en su momento hice sonar las alarmas contra «el aparente intento de Anderson de hacer virtud historiográfica de la necesidad empírica» (Frank, 1978 a). Frente a ello reclamé, y vuelvo a repetir en este libro en el capítulo 5, que «la contribución esencial (pues es al mismo tiempo la más necesaria y la menos conseguida) del historiador a la comprensión histórica es sucesivamente relacionar cosas y lugares diferentes que tienen lugar a la vez en el proceso histórico» (Frank, 1978 a, p. 21). Esto es algo metodológicamente análogo a mis máximas en las tres primeras implicaciones antes planteadas, y que se deriva de ellas: holismo, analogía/semejanza y continuidad.

Fletcher haría la misma observación, según he citado en el capítulo 5, donde reclama una «macrohistoria horizontalmente integradora» de la mayor parte posible del mundo. «Esta metodología es conceptualmente sencilla, y bastante fácil de poner en práctica: primero uno busca el paralelismo histórico (...) y después determina si se hallan causalmente interrelacionados» (Fletcher, 1985, p. 38). Pero he aquí que Fletcher no vivió lo suficiente como para llevarlo personalmente a cabo. Sin embargo, Teggart (1939) lo había ya intentado cuando escribió *Rome and China: A Study of Correlations in Historical Events*. No obstante incluso Braudel (1992), a pesar de su sensibilidad fuera de lo común hacia la «coyuntura», la «*longue durée*» y la «perspectiva del mundo», fue incapaz de hacerlo en relación con los acontecimientos de 1762, 1772 y 1782, según ya comenté en el capítulo 5. Él analiza estas fechas en apartados sólo organizados verticalmente, aunque su simultaneidad a escala mundial claramente le llamó la atención. O al menos lo hubieran hecho si hubiera organizado su «perspectiva del mundo» de manera más horizontal y menos vertical.

Yo lo hice en relación con estas mismas tres «fechas» (por emplear la terminología de Anderson) en mi *World Accumulation 1492-1789* (Frank, 1978 a) antes incluso de saber lo que Teggart, Fletcher o Braudel decían o hacían. Con la ayuda de algunos otros datos adicionales suministrados por Braudel fui más lejos aún en la crítica a su libro (Frank, 1995), y de nuevo lo he vuelto a hacer en el capítulo 5 del presente. Éste muestra que, si tenemos disposición a estudiarlo, cada uno de esos años, 1762, 1772 y 1782 estuvo marcado por recesiones a escala mundial que generaron y pueden dar cuenta de muchos de los acontecimientos económicos y políticos que Braudel, Wallerstein y yo hemos estudiado. Con todo, han dado pie a la redacción de innumerables libros sobre las revoluciones francesa, americana e industrial que no tienen en consideración la instigación de estos y otros acontecimientos simultáneos por parte del ciclo, ni tampoco sus relaciones a escala mundial.

El capítulo 5 ofrece también intentos preliminares de hacer eso mismo en relación con «los mismos tiempos», especialmente alrededor del año 1640. Ofrece asimismo una respuesta a la pregunta de Fletcher (1985, p. 54): «¿Hubo una recesión económica general en el siglo XVII o no la hubo? Da la impresión de que hay aquí una serie de paralelismos». No obstante, examinar estos aparentes paralelismos horizontales permite dar una respuesta y la mía viene a ser «No, no ocurrió una "crisis del siglo XVII" generalizada». Sin embargo, incluso una respuesta negativa en este caso sienta las bases para el necesario estudio de macrohistoria horizontal integradora acerca de lo que en realidad sucedió, algo que en el caso del siglo XVII parece haber sido una continuación del crecimiento económico y la expansión. Por supuesto el

capítulo 5 no es otra cosa que un palo de ciego en la oscuridad. Lo que se necesita es una macrohistoria económica y política global comprehensiva y horizontalmente organizada sobre acontecimientos simultáneos que venga ella misma guiada por los vaivenes cíclicos que debería ser capaz de aislar y analizar. Pero incluso antes de tratar de hacer esto sería útil llevar a cabo otras investigaciones «horizontales» más parciales.

El propio Fletcher plantea otros «paralelismos» para su estudio en la Edad Moderna entre 1500 y 1800, tales como el crecimiento de la población, el tempo de aceleración, el crecimiento de ciudades y villas «regionales», el auge de clases comerciales urbanas (renacimiento), la reaparición de movimientos religiosos y misioneros (reformas), la agitación en el campo y el declive del nomadismo. A continuación se pregunta: «¿Y qué hay de otros paralelismos? ¿No hay más que éstos? Qué conclusión más decepcionante» (Fletcher, 1985, p. 56).

Algunos de estos paralelismos han sido ya parcialmente abordados. Goldstone (1991 a) abordó un gran estudio sobre la simultaneidad en el crecimiento demográfico como base de las crisis «demográfico-estructurales» y su análisis. Wilkinson (1992 y 1993), Bosworth (1995) y Chase-Dunn y Willard (1993) analizaron las simultaneidades horizontales globales del crecimiento urbano para comprobar la tesis de Gills y Frank (1992; también en Frank y Gills, 1993) sobre la existencia de ciclos largos de cinco siglos de duración cada uno que se remontan hasta mucho antes del año 1500. Frank y Fuentes (1990 y 1994) revisaron y dieron con simultaneidades horizontales de disturbios rurales difundidos a escala mundial, así como de movimientos sociales de distinto tipo (de mujeres, pacifistas, ecológicos, de objeción de conciencia, etc.) que se produjeron de forma simultánea en diversos países europeos durante los siglos XIX y XX. Todos estos estudios parecen poner de manifiesto pautas cíclicas que abarcan el mundo entero, como hacen también muchos estudios que se centran de forma explícita en el análisis de ciclos.

Ciclos frente a linealidad

A menudo se plantea que la historiografía «occidental», o al menos su orientación principal, ha pasado de observar la vida y la historia de forma cíclica a percibirlas de forma unilineal y gobernadas por la «idea de progreso». Esta idea fue expresada por Hegel a comienzos del siglo XIX y fue recientemente reiterada por Francis Fukuyama (1989 y 1992) en su libro sobre el «final» de la historia. Los hallazgos sobre simultaneidades horizontales paralelas y la revisión de este libro sobre la economía mundial durante la Edad Moderna implican y sugieren que haríamos bien, sin embargo, en recuperar una perspectiva más cíclica para la historia económica de esa época y seguramente también para la historia en su totalidad.

La continuidad no tiene por qué ser lineal, y la integración horizontal no tiene por qué ser uniforme. Al contrario, la continuidad de una estructura y dinámica sistémicas parece depender y reproducir de forma continua una no linealidad y una ausencia de uniformidad, como ha sido demostrado recientemente y de manera universal por la teoría y análisis del caos en las ciencias físicas y naturales (Gleick, 1987 y Prigogine, 1996). A nuestros ojos, la no uniformidad puede aparecer como desigualdad, como sucede en las diferencias y relaciones centro-periferia y de clase. (La distinción sólo entre diferencias y sus causas o consecuencias relacionales es subrayada por Chase-Dunn y Hall, 1997.) De forma análoga, un proceso continuo puede –y aparentemente es así normalmente– contener periodos de aceleración, desaceleración y también de estabilidad temporal, sólo que estos últimos estarían representados por una línea plana o incluso recta. Es decir que los procesos continuos también vibran, como subrayan la teoría del caos y el análisis de Prigogine (1996) en *The End of Certainty*. Sin embargo, las vibraciones o latidos no son señal de discontinuidad en el sistema y sus procesos. En vez de esto pueden ser manifestaciones de la estructura interna y el mecanismo dinámico que mantiene el sistema e impulsa sus mismas discontinuidades. La cuestión pasa a ser si las aparentes vibraciones o pulsaciones son de hecho realmente ciclos.

El movimiento cíclico parece ser un hecho universal de la existencia, la vida y el ser que se manifiesta en muchas esferas de la realidad si no en todas. Se funda éste en los terrenos físico y cosmológico, biológico y evolutivo y en fin en lo cultural y lo ideático. Tal vez esta sea la razón de que exista una Society for the Study of Cycles [Sociedad para el estudio de los ciclos], que analiza todos y cada uno de los ciclos. De manera que ¿por qué no deberíamos esperar hallar una historia cíclica en el mundo social y en la economía y sistema mundiales si nos decidimos a buscarla? Al menos deberíamos estar preparados para reconocerla cuando nos topamos con ella. Aristóteles señaló que la vida social se presenta en forma cíclica, pero señaló también que la gente que experimenta fases cíclicas puede no ser consciente de estar haciéndolo porque puede que las fases sean más largas que su trayecto vital.

La historia económica de la Edad Moderna (así como la historia política y social) despliega toda suerte de ciclos, o al menos de fluctuaciones y pulsaciones aparentemente bastante regulares. He identificado algunos de ellos en este estudio, tal y como Frank y Gills (1993) entre otros han tratado de hacer también para periodos anteriores. Más aún, la evidencia y el argumento de este libro vienen a decir que estos ciclos son de amplitud mundial y que, al menos en Afro-Eurasia, han existido a lo largo de miles de años (Frank, 1993 a).

La relevancia de estos ciclos, y de su reconocimiento y análisis, consiste en que generan posibilidades y constreñimientos o limitaciones para la acción social, económica, política, cultural, ideológica, etc. La marea de ascenso de una fase «A» tiende a poner en marcha todas las actividades, ele-

var su rango y facilitar su funcionamiento y gestión. También extiende y fomenta las relaciones de unión entre ellos, aunque no garantiza que algunas de ellas no se desplomen en cualquier momento. Una marea recesiva de una fase contractiva «B», y más aún sus crisis más profundas, constriñe esas mismas posibilidades e impone limitaciones a la acción social y hunde muchas otras de sus manifestaciones. Tiende también a fraccionar las «unidades» políticas, económicas y socio-culturales entre sí y dentro de cada una de ellas. Semejante ruptura de las relaciones anteriores puede entonces parecer una quiebra del sistema y la economía mundiales en su conjunto, y en ese momento puede también implicar o «probar» la «inexistencia» de dicho sistema.

Con todo, la involución resultante o incluso la implosión son realmente una función de la participación en el sistema y la economía mundial más amplia y no de su ausencia, como podría desprenderse de una perspectiva más introspectiva y limitadora sobre ese período y espacio particular. Por consiguiente también, la involución fragmentadora hace parecer que la acción social está generada de forma más «introspectiva» y dependiente en las fases «B» y de forma más «extravertida» en las fases más relacionales y expansivas de tipo «A». No obstante en realidad ambas son una función de la estructura y la dinámica del sistema y la economía mundiales mismos. Resulta razonable (y no son por tanto reacciones emocionales generadas por la crisis) que toda conciencia de las ventajas estructurales de las fases «A» y de las desventajas de las fases «B» puede elevar la capacidad de los agentes sociales (y especialmente de los políticos) de gestionarse a sí mismos y hacerlo con su «sociedad» en cada uno de estos períodos.

La estructura y el proceso del sistema y la economía mundiales se complican mucho más por la presencia de ciclos más cortos en tanto que éstos nacen dentro de los largos. Schumpeter (1939) trató de analizar las relaciones entre ciclos económicos de entre tres y cuatro, diez y cincuenta años de duración. Su enfoque fue sin embargo demasiado esquemático hasta donde lo trabajó, y no llegó a tener en cuenta la posibilidad de ciclos de veinte años de duración (Kuznets, 1930), y menos aún la de ciclos «logísticos» de doscientos años como los estudiados por Cameron (1973) o ciclos de trescientos años de duración como los de Snooks (1996), ni tampoco los ciclos de quinientos años de Gills y Frank (1992; véase también Frank y Gills, 1993). La proliferación de ciclos más cortos y sus fases en el seno de otros más prolongados complica la identificación y el aislamiento de las influencias de sus respectivas fases; pero ello no significa que estos ciclos no existan o no importen o no puedan existir.

Al contrario, la existencia de cada uno de estos ciclos significa que todos estamos metidos en el mismo barco económico mundial al mismo tiempo y estamos sometidos a las mismas fuerzas y acontecimientos al mismo tiempo. Estas mismas fuerzas cuentan con sus vaivenes, que de forma simultánea y aparente tienden durante la marea ascendente a elevar cíclicamente y al unísono todos los barcos, y a hacerlos descender de nuevo durante la marea descendente. Por consiguiente, en general las posibilidades que se abren a las «economías» –en realidad a las partes de la economía mundial unida– y a sus entramados políticos asociados son mayores, mejores y más fáciles durante la fase «A» de «bonanza» que durante la subsiguiente fase descendente «B» de «malos tiempos».

Sin embargo, el significado chino de la palabra «crisis» es una combinación de peligro y oportunidad. Así, un tiempo de crisis, especialmente para la parte de la economía y sistema mundial previamente mejor situada, abre también una ventana de oportunidades para algunas partes –¡no para todas!– más periféricas o marginales de mejorar su propia posición dentro del sistema en su conjunto. (Análisis generales de esto se encuentran en Frank y Gills, 1993 y Chase-Dunn y Hall, 1997.) Este es el caso de las NEI de la actualidad, como lo fue también para las NEI europeas hace doscientos años. El análisis de este proceso en los siglos XIX y XX se sitúa más allá del tema de este libro, que sólo trata de la economía mundial durante la Edad *Moderna*.

Sin embargo, incluso la revisión en clave más holística del período 1400-1800 efectuada en este libro sirve para poner de manifiesto que podemos dar cuenta del subsiguiente «auge de Occidente» y comprenderlo mejor sólo dentro de una perspectiva sistémico-económica *mundial* dentro de la cual aquél tuvo realmente lugar. Y lo que es más, que este proceso sistémico mundial incluyó «el declive de Oriente» como factor condicionante, cuando no como precondición, del «auge de Occidente», que desplazó a Oriente dentro del mismo y único sistema y economía mundiales.

Este libro apenas ha comenzado a esbozar tres muy preliminares razones y análisis económicos de este «intercambio»: uno es la hipótesis sobre la demanda y la oferta macroeconómica y la tecnología ahorradora de capital y fuerza de trabajo y generadora de energía planteada para dar cuenta de la revolución industrial que vino temporalmente a ubicarse en partes de Occidente. Otra es la hipótesis de ciclos largos macroeconómicos en función de los cuales Oriente vino a «declinar» como parte de la estructura, funcionamiento y transformación del sistema y la economía mundiales mismos. La tercera explicación combina las otras dos en un análisis demográfico-económico-ecológico de la estructura y proceso global y regional del desarrollo a escala mundial, el cual ayuda a dar cuenta de la diferenciación que se produjo entre Asia y Europa en torno a 1800. Pomeranz (1997) trabaja también sobre otra explicación relacionada con ésta, en clave más ecológica.

Esta explicación sugiere que tiene sentido considerar el siglo XIX y al menos parte del XX como una fase «B» en el caso de Asia. Dado el anterior predominio de Asia, ¿constituyó esta época también una fase «B» para la economía mundial? Si es así, ¿cómo dar cuenta de la enorme expansión en la productividad, la producción y el comercio, y aún más en la población que se produjo en Occidente durante este tiempo? Desde una perspectiva occidental, los últimos dos siglos aparecen como una larga fase «A», que al menos en

Occidente son continuación de una fase larga «A» en Oriente. ¿Significa esto que una fase «A» en un área previamente marginal en el oeste siguió a otra que tuvo lugar en el área previamente «central» situada en el este? Y lo que es más, ¿precede aún esa fase «A» también a otra posible fase «A» que está comenzando a tener ahora lugar en Oriente, así como a un cambio hacia un nuevo núcleo central en dirección al este coincidiendo con el declive en el oeste? Esto nos dejaría ante una doble o triple o más, fases sucesivas de tipo «A» y en cambio sin fases «B» de amplitud mundial. En ese caso, ¿qué queda de nuestro «ciclo largo»? ¿Acaso fue sólo una ilusión óptica?

Tanto la hipótesis «micro» de la oferta y la demanda como la «macro» de los ciclos largos reclaman más comprobación y seguramente ajustes. Más aún, reclaman ser sistemáticamente relacionadas entre sí y con otras hipótesis y análisis sistémico-económicos mundiales que están aún por considerar o incluso por proponer. Es decir que la economía necesita combinar la microeconomía y la macroeconomía en el seno de una teoría económica dinámica estructural, y la ciencia «social» necesita aún edificar una teoría sistémica para el mundo real. Esta teoría social requiere también un matrimonio entre la microhistoria y la macrohistoria del mundo real (que incluya la historia ecológica) para ofrecer una verdadera base para la ecuación Historia = Teoría para el mundo en conjunto.

Estas observaciones llevan asimismo al supuesto adicional de que el mismo proceso cíclico desigual dentro del sistema y la economía mundiales funciona en sí como un mecanismo que gobierna su propia transformación estructural. Por analogía, se puede plantear que las mutaciones biológicas afectan al proceso evolutivo y al «sistema» natural. En su obra *The Dynamic Society* [La sociedad dinámica] Snooks (1996) propone por su parte un análisis cíclico parecido sobre precios de los factores trabajo-capital-recursos para dar cuenta de la revolución industrial como parte de su interpretación de la selección natural durante los últimos dos millones de años. Tal y como señalé en el capítulo 6 y en mi crítica de su libro (Frank, 1998 a), su análisis del factor precios sobre los desarrollos recientes de la historia está limitado porque su foco se ciñe a Europa occidental. Por tanto, aunque el centrarse en la nueva economía industrializada «en mutación» puede ser de un enorme interés momentáneo, merece asimismo atención –mucha más de la que recibe– por su relevancia a largo plazo para el sistema y economía mundiales como tales. Por otro lado, dicha «mutación» cíclica recibe en ocasiones una atención desorbitada entre historiadores y científicos sociales, al igual que lo hace «el auge de Occidente». Pero buena parte de esta atención que recibe es el resultado de un error de especificidad. Ello refleja solamente la apariencia de que este acontecimiento es de forma singular autogenerado, cuando en realidad es ante todo una manifestación cíclica de la estructura y proceso del conjunto del sistema y economía mundial en sí mismos. Por consiguiente, este último merece mucha más apreciación y atención, algo que hasta el momento la historiografía y la ciencia social heredadas le han negado.

En ausencia de análisis suficiente o adecuado, es arriesgado según se reconoce hablar incluso de ciclos. Pues ninguna de todas las fluctuaciones y pulsaciones observadas es necesariamente cíclica. Podrían tener un comportamiento aleatorio o podrían ser respuestas a fuerzas comunes situadas «fuera» del sistema. Para obtener más garantías –en realidad alguna garantía– de que una pulsación es verdaderamente cíclica, es necesario demostrar por qué, o al menos mostrar que los puntos de inflexión superior e inferior de la curva que dibuja esas pulsaciones son endógenos y no sólo externos al sistema. Es decir, que no sólo lo que sube debe bajar y viceversa sino que el ascenso mismo debe generar el subsiguiente descenso, y el descenso el consiguiente ascenso. (Un debate sobre la endogeneidad y/o exogeneidad de las inflexiones cíclicas de los Kondratieff se encuentra en Frank, Gordon y Mandel, 1994.) En este extremo seguimos, sin embargo, bastante en el limbo, pues apenas hay historiadores que busquen siquiera pulsaciones o ciclos, y los que se especializan en tales «coyunturas» o incluso en la «perspectiva del mundo» como Braudel han eludido relacionarlos, y menos analizarlos, dentro de la economía y sistema mundiales. Tampoco los demógrafos resultan de gran ayuda. Ni siquiera han hecho todo lo que podría hacerse para identificar posibles ciclos demográficos largos y menos aún han tratado de relacionarlos con los económicos. La macrohistoria global tiene aún un largo camino –¿también este cíclico?– por recorrer.

Agencia versus estructura

La problemática agencia/estructura es ya antigua y no parece que vaya a ser resuelta o siquiera ampliada en estas páginas. Los filósofos llevan tiempo debatiendo sobre determinismo contra libre albedrío y los historiadores a su vez acerca del individuo en la historia. ¿Es el individuo quien hace la historia, o es la historia la que hace al individuo? Marx argumentaba que los hombres forjan su propia historia, pero no en las condiciones por ellos elegidas. Este libro ha sido un intento de esbozar al menos algo de la estructura económica subyacente y de las transformaciones operadas durante la Edad Moderna y por consiguiente también de la historia económica mundial de las épocas moderna y contemporánea. Éstas cuando menos condicionan la forma en que hemos hecho o dejado de hacer nuestra historia en el pasado y en que podemos o no podemos hacerla en el futuro.

Hay dos grandes lecciones que surgen de esta revisión de la historia y las conclusiones que se destilan de ella en el presente capítulo: una es que existe unidad en la diversidad, y que de hecho es la unidad sistémico-económica misma la que genera la diversidad. La otra es que esta unidad ha sido continua y al tiempo cíclica. Estas dos condiciones estructurales y procesuales influyen en la manera en que podemos hacer y hacemos realmente nuestra propia historia. Reconozco que este libro sigue ciñéndose aún excesivamente

a la «descripción» y mucho menos al «análisis», y menos aún a iluminar el conjunto de la estructura del sistema y la economía mundiales que subyace a la descripción de caracteres y la relación entre acontecimientos.

Cuanto más sepamos sobre la estructura de estas condiciones, más podremos gestionar nuestra «agencia» dentro de ellas, y de hecho tal vez podamos influir sobre estas condiciones e incluso modificarlas. Por citar la parodia que hace Wang Gungwu (1979, p. 1) de la tesis undécima de Marx sobre Feuerbach: «los historiadores no han hecho más que percibir de diversos modos el pasado, pero de lo que se trata es de servirse de él». En efecto, el tema es hacer uso de él, pero ¿de qué «él»? Mi planteamiento es que «él», ese pasado, es la historia *mundial* única en la que las diferencias son inseparables de su unidad.

Europa en el marco de la economía mundial

Voy ahora a enmarcar todo lo que he presentado sobre la economía mundial y Europa entre 1400 y 1800. Toda la historia de la Edad Moderna y Contemporánea (y presumiblemente la del futuro) posee una larga historia propia. Más aún, ésta ha sido una historia continuamente común al menos por toda Afro-Eurasia. Si tuvo lugar una «nueva orientación», ésta consistió en la incorporación de América y después también de Australasia dentro de este proceso histórico entonces ya continuo y posteriormente de ese sistema de dimensión mundial. No sólo la iniciativa de esta incorporación sino también sus causas mismas y posteriormente las formas de su realización han sido generadas por la estructura y la dinámica del proceso histórico de Afro-Eurasia mismo.

La historia de Afro-Eurasia lleva mucho tiempo ya siendo cíclica, o al menos conformada por pulsaciones. El milenio que termina se inició con un período de expansión económica y política de dimensión y amplitud sistémicas. Estuvo al parecer centrado en su extremo «oriental» en la China Song, pero asimismo aceleró una acentuada reinserción de su extremo «occidental» ubicado en Europa, la cual respondió embarcándose en una serie de Cruzadas con el fin de adherir de forma más efectiva su marginal economía a la nueva dinámica afro-euroasiática. Un período de declive político y económico pan-afro-euroasiático e incluso de crisis se extendió desde finales del siglo XIII y en especial durante el siglo XIV. Otro largo período de expansión empezó en los albores del siglo XV, de nuevo en el Extremo Oriente y el sureste asiático. Pronto incluyó también el Asia central, meridional y occidental, y después de mediados del siglo XV también África y Europa. El «descubrimiento» y posterior conquista de América y el subsiguiente intercambio colombino fueron un resultado directo y un proceso inseparable de la expansión sistémico-económica de dimensión mundial.

De manera que la expansión del «largo siglo XVI» se inició a comienzos del siglo XV, continuó en el XVII y llegó hasta el XVIII. Esta expansión siguió

estando primordialmente basada en Asia, aunque fue también fomentada por la nueva oferta de dinero procedente de la plata y el oro traídos ahora por los europeos desde América. En Asia esta expansión adoptó la forma de un veloz aumento de la población, la producción, el comercio de importación y exportación y seguramente también de los ingresos y el consumo en China, Japón, el sureste asiático, el Asia central, la India, Persia y las tierras del Imperio Otomano. Políticamente, la expansión se manifestó y/o fue dirigida por los florecientes regímenes de la China Ming/Ching, el Japón Tokugawa, la India mogola, la Persia safávida y la Turquía otomana. Las poblaciones y economías europeas crecieron más lentamente que todas estas regiones de Asia, y lo hicieron de un modo más diferenciado entre sí. Lo mismo hicieron algunos estados europeos «nacionales» y otros más bien multiétnicos, todos los cuales eran sin embargo mucho menores de tamaño que los grandes regímenes asiáticos. El creciente suministro de dinero y/o de población generó más inflación en Europa que en la mayor parte de Asia, donde la producción en aumento fue más capaz de mantener el ritmo, incluso durante el siglo XVII. En buena parte de Europa, sin embargo, el crecimiento económico y político se vio constreñido y a escala regional incluso entró en una gran «crisis del siglo XVII» que dejó en cambio intacta buena parte de Asia. Por consiguiente también el crecimiento de la población fue más veloz y mayor en Asia que en Europa, y siguió siéndolo a lo largo del siglo XVIII antes de experimentar una inflexión negativa a partir de 1750.

El «sistema» entonces ya existente de división «internacional» del trabajo y el comercio amplió y profundizó esta fase expansiva larga de tipo «A». No obstante, como suele suceder, los diversos sectores y regiones productivos se hallaban ubicados de manera diferente en este «sistema» de acumulación, producción, intercambio y consumo, que se apoyaban de facto en el «patrón-plata». La diferenciación en productividad y competitividad que subyacía a la división del trabajo y el intercambio se manifestaba en desequilibrios en la balanza comercial «compensados» por flujos sobre distancias muy largas sobre todo de dinero metálico con base en la plata. La mayor parte de esta plata era producida en América y un poco también en Japón y otros lugares.

La plata, como reflejo de los desequilibrios macroeconómicos y en respuesta también a las correspondientes oportunidades macroeconómicas de hacer y obtener beneficios, se movía por todo el mundo en una dirección predominantemente hacia el este a través del Atlántico y –vía Europa– a través del Índico, pero también lo hacía hacia el oeste desde Japón y desde América a través del Pacífico. En última instancia, el principal «desagüe» de la plata se hallaba en China, cuya productividad y competitividad relativamente mayores actuaban como un imán para la mayoría de la plata circulante. No obstante allí como en el resto del mundo, el dinero que entraba generaba un aumento de la demanda efectiva y estimulaba el incremento de la producción y el consumo de manera que favorecía el crecimiento de la población. El nue-

vo suministro de dinero no era capaz de lograr esto donde la economía política era insuficientemente flexible y expansiva como para permitir el crecimiento de la producción al ritmo del aumento en la oferta monetaria. En ese caso, la demanda efectiva en aumento elevaba los precios produciendo inflación, que es lo que parece que tuvo lugar en Europa.

La posición de desventaja de Europa en la economía mundial era parcialmente compensada por su privilegiado acceso al dinero americano. Por el lado de la demanda, el empleo de dinero americano –y *solamente* eso– permitió a los europeos entrar en el mercado mundial, cuyos centros dinámicos estaban todos en Asia, y después aumentar su participación en él. Por el lado de la oferta, el acceso y empleo de dinero barato –para los europeos virtualmente gratuito– procedente de América les permitió adquirir los productos de consumo real y los bienes de inversión por todo el mundo: fuerza de trabajo en condiciones de servidumbre y materiales en América para extraer la plata en primer lugar, mano de obra esclava en África, y desde la perspectiva europea suelo virgen y clima adecuado también en América. Estos recursos eran empleados para producir azúcar, tabaco, madera para barcos y otros cultivos comerciales de exportación que incluían el algodón a bajo coste para el consumo europeo. Las importaciones de Europa occidental a través del Báltico de cereales, madera y hierro procedentes de la Europa septentrional y oriental eran también pagadas con dinero americano y con algunos textiles. Y por supuesto su dinero americano era el único medio de pago que permitía a los europeos importar todas esas afamadas especias, sedas, textiles de algodón y otros bienes *reales* para su propio consumo y también para su reexportación a América y África. Los asiáticos producían estos bienes y los vendían a los europeos sólo por el suministro que ofrecían éstos de plata americana. Es decir que todos estos bienes reales que eran producidos por no europeos pasaron a estar disponibles más baratos, de hecho casi gratuitos, para los europeos porque éstos podían pagarlos con su dinero de origen americano. De hecho esta plata –producida también por no europeos– fue el *único* bien de exportación que los europeos consiguieron introducir en el mercado mundial.

De forma adicional esta oferta de bienes producida por la fuerza de trabajo y las materias primas fuera de Europa reemplazó y liberó también los recursos alternativos para otros usos dentro de Europa: el azúcar americano y el pescado atlántico suministraron calorías y proteínas para el consumo, que Europa no se veía ya obligada a producir a través de su propio cultivo; los textiles de algodón asiático suministraban trajes para cuya producción los europeos no tenían que emplear su propia lana de las ovejas europeas, que hubieran terminado esquilmando los prados del subcontinente. De lo contrario la hierba de esos prados tendría que haber sido producida sirviéndose de más cercamientos de tierra, de manera que las ovejas hubieran terminado «comiéndose a los hombres» en el intento de aumentar la producción de lana. Así es que la importación de textiles a cambio de dinero americano permitió

a los europeos indirectamente también producir más alimentos y madera en la propia Europa occidental. De forma que los europeos occidentales fueron capaces de servirse de su posición en el mercado mundial tanto para aumentar su propia oferta como sus recursos, al traer directamente los de América al occidente y llevar hacia el este los de la Europa oriental y de Asia. El abastecimiento de Europa con estos recursos adicionales procedentes de fuera liberó asimismo los recursos europeos, que pudieron ser empleados en su propio desarrollo.

El proceso puede ser ilustrado efectuando una interesante comparación con la segunda mitad del siglo XX: los norteamericanos no necesitan ahora incurrir en el menor coste para hacer que otros extraigan plata monetaria para ellos. Sencillamente imprimen billetes de dólares (especialmente de cien dólares) y bonos del Tesoro al único coste de imprimirlos. De esta forma los americanos han sido capaces de responder a la «escasez de dólares» en Europa en la década de 1940, y en el «Tercer Mundo» y el antiguo «Segundo Mundo» en la década de 1990 sirviéndose de esos «dólares» de papel para adquirir con ellos a cambio en realidad de nada materias primas reales y manufacturas –¡y científicos nucleares!– en la antigua Unión Soviética y en el resto del mundo. Nótese que hoy día circulan más dólares fuera de Estados Unidos que dentro, y que buena parte de su deuda nacional, a diferencia de la de otros, es en su propia moneda. Y Estados Unidos puede imprimir a voluntad sin generar inflación interna con tal de que la mayoría de los dólares fluyan y circulen en el extranjero. Más aún, los americanos literalmente vendieron toneladas de bonos del Tesoro a los europeos occidentales y japoneses en la década de 1980. Por consiguiente, de forma añadida los americanos han seguido recibiendo marcos alemanes (y ahora euros europeos) y yenes japoneses cada vez más valiosos, a cambio de unos dólares cada vez menos preciados por las deudas adquiridas en la década de 1980. De esa manera, parte de la población en el oeste está de nuevo en condiciones de gastar muy por encima de sus medios reales y de consumir por encima de sus recursos y su producción –de otras cosas que no sean dinero– y de permitirse el lujo de promover políticas de medio ambiente más saludables y «verdes» ¡que además protegen su propio medio natural! Esta estrategia de algo-a-cambio-de-nada es esencialmente lo mismo que ha practicado Europa durante tres siglos entre 1500 y 1800. La diferencia es que el dólar americano está al menos basado en parte en la productividad de la economía de Estados Unidos, mientras que la plata europea sólo tenía que ser extraída de sus colonias americanas. Por supuesto, la productividad occidental posterior se deriva en parte de su anterior expansionismo colonial.

Por retornar una vez más a 1800, el atraso productivo de Europa incluso entonces evidente puede haber ofrecido también algunas de las «ventajas» para alcanzar al resto que fueron en su día debatidas por Gerschenkron (1962). El atraso europeo proporcionó los incentivos, y su oferta de dinero americano permitió a los europeos obtener ventajas micro y macroeconómi-

cas que podían ser logradas a través de su creciente participación europea en las economías asiáticas en expansión desde 1500 a 1800. Por supuesto, los europeos se aprovecharon también de sus relaciones políticas y económicas en aumento con África y América, entre las que se incluía en especial el comercio «triangular» entre las tres. Todo esto, incluyendo por supuesto la inversión en sus países de los beneficios derivados de todas estas relaciones políticas y económicas en ultramar, contribuyó a la acumulación de capital en Europa o más precisamente a la participación de Europa en la «acumulación mundial, 1492-1789» por citar el título de un trabajo anterior mío (Frank, 1978 a).

No obstante, por mucho que hayan contribuido la «inversión» europea y el «triángulo» atlántico a la participación de Europa en la acumulación mundial, desde una perspectiva económica mundial la contribución de Asia fue aún mayor. Esto fue así al menos por dos razones: para empezar, a lo largo de toda esta época moderna y hasta al menos 1800, la productividad, la producción y la acumulación fueron en Asia mayores que en ninguna otra parte del mundo. De hecho fue mayor en China, la India y otras partes regionales de Asia que en ninguna otra región del mundo. En segundo lugar, este aumento (en la participación) de los europeos en la acumulación fue posible *sólo* gracias a la acumulación asiática. El capítulo 6 trata de mostrar (con ayuda de Adam Smith) cómo Europa usó su dinero americano para comprarse un billete en el tren económico asiático. Por supuesto, en ausencia de dicha economía o su dinámica en Asia, ¡Europa no habría llegado a ninguna parte! Es decir que Europa se hubiera quedado donde estaba ya: en términos económicos mundiales, más bien en ninguna parte, o hubiera hecho su camino sólo a través del comercio «triangular» atlántico, que era mucho menor y más pobre que las economías asiáticas.

Finalmente, Europa llegó a ocupar un lugar (¡en la economía mundial, quiero decir!) después de tres siglos intentando hacer negocios en Asia. Realmente los europeos llevaban, sin embargo, tratando de hacer negocios con Asia desde antes incluso de 1500: las Cruzadas europeas en el Asia occidental desde el siglo XII y las expediciones del siglo XV con el objetivo de abrir rutas con dirección al Asia meridional y el Extremo Oriente surgieron debido ya a la atracción de la riqueza asiática. El capítulo 6 da cuenta de las raíces del «auge de Occidente» posterior a 1800 y el «declive de Oriente» en términos económicos y demográficos a escala mundial, proceso en el cual las economías de Asia desempeñaron un papel protagonista. La explicación propuesta consta de tres partes relacionadas entre sí. Una combinación de análisis demográfico y micro y macroeconómico identifica una inflexión en las tasas de crecimiento de la población y la productividad que llevaron a un «intercambio» de posiciones entre Asia y Europa en el sistema y la economía mundial entre 1750 y 1850. El análisis microeconómico de las relaciones de oferta y demanda a escala mundial muestra que éstas generaron incentivos para la invención ahorradora de fuerza de trabajo y capital, a los inventos

para producir energía, la inversión y la innovación, todo lo cual tuvo lugar en Europa. Por otro lado, el análisis macroeconómico de la distribución cíclica del ingreso y de la demanda efectiva y la oferta derivada de ello en Asia y en el mundo iluminó hasta qué punto la oportunidad de hacerlo de manera rentable fue generada por la propia economía global. La combinación de estos procesos y de su análisis corta el nudo gordiano del famoso dicho de Rudyard Kipling de que Oriente y Occidente nunca se encontrarían.

Por supuesto el nudo «este/oeste» era sólo un lazo atado, y desatarlo dependía de la compartimentación de la historia afro-euroasiática y la historia universal o mundial, algo contra lo cual ya advirtió Herodoto según se muestra en una de las citas que aparece en los epígrafes iniciales de este libro: la línea que separa Occidente (¿Europa?) y Oriente (¿Asia?) es pura imaginación y un constructo occidental. La historia del mundo real salta constantemente (¿y cíclicamente?) y pasa a través de esta división imaginaria «Oriente/Occidente». Esto es lo que sucedió en el siglo XIX y augura que volverá a suceder de nuevo en el siglo XXI.

¿Yihad frente a McWorld en la anarquía del choque de civilizaciones?

Sin embargo, la historiografía y la ciencia social occidentales siguen aún intentando negar esta realidad de unidad en la diversidad, o subvertirla y/o deformarla. Los expertos tratan incluso de predisponer al público ordinario contra la unidad, y de servirse de la prensa y otros medios de información para movilizarnos contra «ellos». La prensa ha funcionado recientemente como vehículo y eco a escala mundial de toda una serie de retóricas alarmistas fabricadas por expertos occidentales. Empezó Fukuyama con su «final» de la historia (1989 y 1992) seguido de Bernard Barber con su idea de la yihad contra «McWorld» (1992 y 1995), Robert Kaplan sobre la «anarquía» que se cierne (1994 y 1996) y Samuel Huntington sobre el «choque» de civilizaciones (1993 y 1996). Tras la caída del «imperio del mal» todo esto suena como alarmas occidentales contra la amenaza del nuevo coco, el Islam, y en segundo lugar China. Todos ellos lo hacen partiendo de una perspectiva compartimentada de la historia en la que «Occidente es Occidente y Oriente es Oriente». Sin embargo, en su visión ahora las dos partes se encuentran finalmente una frente a la otra en un campo de minas ideológico en el que «Occidente» necesita protegerse del «resto» del mundo en general (siguiendo la terminología de Huntington), y en particular de la yihad islámica. Fukuyama anuncia que hemos llegado al «fin de la historia» a través del «liberalismo» de Occidente, pero que, allá, «Oriente» y «el Sur» siguen marcados por una serie de «deplorables» «despotismos orientales». Estas divisorias y las que supuestamente se plantean entre ellas generan «la anarquía mundial en ciernes» que anuncia Kaplan.

Aunque Barber detecta una tendencia centrípeta de tipo «McWorld» a

escala mundial, también teme la tendencia centrífuga contraria de tipo yihad que trata de liberar a la gente a través de la evasión. Barber anticipa que a largo plazo McWorld resultará victorioso, pero a corto plazo la yihad promete dar bastantes quebraderos de cabeza. No se le ocurre a Barber pensar que esa fragmentadora yihad está ella misma generada por la globalizadora McWorld, algo que viene siendo así desde tiempo inmemorial. La Biblia dice que «a quien tiene le será dado; y a quienes no tienen, se les quitará» lo poco que tienen. Más aún, tanto la Biblia como el Corán son también críticas con esta estructura política, económica y social y alientan a los agredidos y marginados a que resistan y devuelvan los ataques recibidos. Por consiguiente hay pocas expectativas de que la globalización «a lo McWorld» de Barber consiga en breve erradicar las muchas formas de yihad que ella misma genera.

Huntington va aún más lejos y niega la existencia misma de McWorld. En su lugar de lo que habla es de unas vetustas «civilizaciones» (entre las que según él hay que incluir la «latinoamericana» y la «rusa») en supuesta confrontación unas con otras. Dado que no ve ya ninguna divisoria norte-sur ni ninguna guerra fría este-oeste en marcha, el futuro será definido en lugar de ello por el «choque de civilizaciones». Ésta es su «explicación» no sólo para dar cuenta de la limpieza étnica en Bosnia sino de la mayoría de los conflictos en cualquier parte del mundo. Por consiguiente la lucha se resume para él en «Occidente contra el resto», aunque Huntington afirma que la mayor amenaza procede del Islam y a continuación de China, ¡el peligro amarillo otra vez!

Estas diatribas ideológicas fragmentadoras –es difícil definirlas de forma más generosa– tienen todas su raíz intelectual en la ignorancia o la negación de una historia global única. Estas personas asumen la existencia de una diversidad innata y primitiva *contraria* a la unidad, y proclaman las aspiraciones libertarias y universalistas de la diversidad excepcional –en realidad habría que decir «excepcionalista»– que supuestamente distingue a «Occidente» del «resto». La teoría social eurocéntrica revisada en este estudio sirve como «legitimación» ideológica de semejantes proclamas y actuaciones separadoras. Sin embargo, como la documentación vertida en este libro ha mostrado, esta teoría social carece de base alguna en la realidad histórica y no se apoya sobre otro fundamento en sí que la ideología eurocéntrica.

Esta ideología está siendo uasada de esta nueva manera hoy día cuando la crisis económica a escala mundial una vez más constriñe las vidas de los pueblos y acentúa su competencia por una vida aún mejor en este *único* mundo. El resultado es que historiadores, arqueólogos, posmodernos y otros se están viendo crecientemente presionados para que muestren pruebas de que «esta tierra es –y siempre ha sido– mía» y puedan así hacerse «limpiezas étnicas», o al menos sean preservadas de la «multiculturalidad». Pues he aquí que cuantas más personas, incluidos los historiadores y «científicos» sociales, se ven afectados y constreñidos por fuerzas de amplitud mundial que desbordan su capacidad de comprensión y control, menos es lo que quieren saber sobre ellas. Cuanto más rápido gira el mundo o les hace a ellos girar a su alrededor, más insisten en tratar de «parar» el mundo: «¡quiero bajarme y hacer lo que yo quiera!». Es la «doctrina Sinatra» de «hacerlo todo a mi manera» una y otra vez.

El objetivo de este libro ha sido sin embargo edificar una base intelectual que permita aceptar *la diversidad en la unidad* y celebrar *la unidad en la diversidad*. Pero quienes más necesitan de esto son los que menos interesados se van a mostrar por este libro. Y quienes desean armarse y prepararse para el «choque de civilizaciones», si llegan siquiera a dar reconocimiento a este libro, lo combatirán acumulando argumentos más y más culturaloides y en clave civilizatoria. Esto es así porque la evidencia presentada en este libro contribuye a levantar la alfombra sobre la que pisa su «ciencia» social, que no es otra cosa que ideología eurocéntrica de dominación. Y eso es algo que está siendo ya socavado por el proceso histórico mismo, de lo cual hemos de estar contentos.

REFERENCIAS

ABBLEGEN, James (1958), *The Japanese Factory*, Glencoe (Il.), The Free Press.

ABU-LUGHOD, Janet (1989), *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press.

ADAMS, Robert McC. (1996), *Paths of Fire: An Anthropologist's Inquiry into Western Technology*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

ADSHEAD, S. A. M. (1973), «The Seventeenth-Century General Crisis in China», *Asian Profile*, 1, 2, pp. 271-280.

——— (1988), *China in World History*, Londres, Macmillan.

——— (1993), *Central Asia in World History*, Londres, Macmillan.

ALI, M. Athar (1975), «The Passing of Empire: The Mughal Case», *Modern Asian Studies*, 9, 3, pp. 385-396.

AMES, G. J. (1991), «The Carreira da India, 1668-1682: Maritime Enterprise and the Quest of Stability in Portugal's Asian Empire», *The Journal of European Economic History*, 20, 1, pp. 7-28.

AMIN, Samir (1989), *Eurocentrism*, Londres, Zed [hay versión en castellano, *El eurocentrismo: crítica de una ideología*, Madrid, Siglo XXI, 1989].

——— (1991), «The Ancient World-System versus the Modern Capitalist World-System», en A. G. Frank y Barry K. Gills (eds.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 292-296.

——— (1996), «On Development: For Gunder Frank», en S. Chew y R. Denemark (eds.), *The Underdevelopment of Development: Essays in Honor of Andre Gunder Frank*, Thousand Oaks (Ca.), Sage, pp. 57-86.

AMIN, S., G. ARRIGHI, A. G. FRANK e I. WALLERSTEIN (1982), *Dynamics of the World Economy*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press y Macmillan.

——— (1990), *Transforming the Revolution: Social Movements and the World-System*, Nueva York, Monthly Review Press.

ANDERSON, Perry (1974), *Lineages of the Absolutist State*, Londres, New Left Books [hay versión en castellano, *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

ANISIMOV, Evegenii V. (1993), *The Reforms of Peter the Great. Prosperity through Coercion in Russia*, Armonk (N.Y.), M.E. Sharpe.

ARASARATNAM, Sinnappah (1986), *Merchants, Companies and the Commerce of the Coromandel Coast, 1650-1740*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

——— (1995), *Maritime Trade, Society and the European Influence in Southern Asia, 1600-1800*, Aldershot (GB), Variorum.

ARNOLD, David (1983), *The Age of Discovery, 1400-1600*, Londres, Methuen.

ARRIGHI, Giovanni (1994), *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of Our Time*, Londres y Nueva York, Verso [hay versión en castellano, *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999].

ARRIGHI, Giovanni (1996) «The Rise of East Asia: World Systemic and Regional Aspects», *International Journal of Sociology and Social Policy*, 16, 7/8, pp. 6-44.

ARRIGHI, Giovanni, Takeshi HAMASHITA y Mark SELDEN (1996), «The Rise of East Asia in World Historical Perspective», texto presentado en el Planning Workshop, Fernand Braudel Center, State University of New York, Binghamton, 6-7 de diciembre.

ARRUDA, José Jobson de Andrade (1991), «Colonies as Mercantile Investments: The Luso-Brazilian Empire, 1500-1808», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 360-420.

ASANTE, Molefi Kete (1987), *The Afrocentric Idea*, Filadelfia, Temple University Press.

ASTON, Trevor (ed.) (1970), *Crisis in Europe, 1560-1660. Essays from Past and Present*, Londres, Routledge & Kegan Paul [hay versión en castellano, *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983].

ASTON, Trevor y C. PHILPIN (eds.) (1985), *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988].

ATTMAN, Artur (1981), *The Bullion Flow between Europe and the East, 1000-1750*, Goteburgo (H), Kungl. Vetenskaps- och Vitterhets-Samhallet.

——— (1986 a), *American Bullion in the European World Trade, 1600-1800*, Goteburgo (H), Kungl. Vetenskaps- och Vitterhets-Samhallet.

——— (1986 b), «Precious Metals and the Balance of Payments in International Trade, 1500-1800», en Wolfram Fischer, R. M. McInnis y J. Schneider (eds.), *The Emergence of a World Economy, 1500-1914*, Ponencias del IX Congreso Internacional de Historia Económica, Parte I: 1500-1850, Wiesbaden, Steiner Verlag, pp. 113-122.

ATWELL, William S. (1977), «Notes on Silver, Foreign Trade, and the Late Ming Economy», *Ch'ing-shih wen-t'I*, 8, 3, pp. 1-31.

——— (1982), «International Bullion Flows and the Chinese Economy circa 1530-1650», *Past and Present*, 95, pp. 68-90.

——— (1986), «Some Observations on the 'Seventeenth-Century Crisis' in China and Japan», *Journal of Asian Studies*, 45, 2, pp. 223-243.

——— (1988), «The T'ai-ch'ang, T'ien-ch'I, and Ch'ung-chen Reigns, 1620-1640», en Frederick W. Mote y Denis Twichett (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 7, *The Ming Dynasty, 1368-1644*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 585-640.

——— (1990), «A Seventeenth-Century 'General Crisis' in East Asia?», *Modern Asian Studies*, 24, 4, pp. 661-682.

AUSTEN, Ralph A. (1987), *Africa in Economic History*, Portsmouth, Heinemann.

——— (1990), «Marginalization, Stagnation, and Growth: The Trans-Saharan Caravan Trade in the Era of European Expansion, 1500-1800», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 311-350.

BAECHLER, Jean, John A. HALL y Michael MANN (eds.) (1988), *Europe and the Rise of Capitalism*, Oxford, Basil Blackwell.

BAGCHI, Amiya (1986), «Comment», en Aniruddha Roy y S. K. Bagchi (eds.), *Technology in Ancient and Medieval India*, Nueva Delhi, Sundeep Prakashan.

BAIROCH, Paul (1969), *Revolución industrial y subdesarrollo*, La Habana, Instituto del Libro.

——— (1974), «Geographical Structure and Trade Balance of European Foreign Trade from 1800 to 1970», *Journal of European Economic History*, 3, 3, pp. 54-70.

——— (1975), *The Economic Development of the Third World since 1900*, Londres, Methuen.

——— (1976), *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIXe siècle*, Paris, Mouton.

——— (1981), «The Main Trends in National Economic Disparities since the Industrial Revolution», en Paul Bairoch y Maurice Levy-Leboyer, *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution*, Londres, Macmillan, pp. 3-17 [hay versión en castellano, «Las grandes tendencias en las disparidades económicas nacionales desde la Revolución Industrial», en AA.VV., *Historia económica: nuevos enfoques y nuevos problemas*. Comunicaciones presentadas al Séptimo Congreso Internacional de Historia Económica, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 196-213].

——— (1993), *Economics and World History. Myths and Paradoxes*, Hempel Hampstead (GB), Harvester/Wheatsheaf.

——— (1997), *Victoires et déboires II. Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours*, París, Gallimard.

BAIROCH, Paul y Maurice LEVY-LEBOYER (eds.) (1981), *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution*, Londres, Macmillan.

BARBER, Bernard (1992), «Jihad vs. McWorld», *Atlantic*, 269, pp. 53-63.

——— (1995), *Jihad vs. McWorld*, Nueva York, Random House.

BARENDSE, Rene (1997), «The Arabian Seas, 1640-1700», manuscrito sin publicar.

BARFIELD, Thomas (1989), *The Perilous Frontier. Nomadic Empires and China*. Oxford, Basil Blackwell.

BARRETT, Ward (1990), «World Bullion Flows, 1450-1800», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 224-254.

BAYLY, C. A. (1983), *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion, 1770-1870*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1987), *Indian Society and the Making of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1990), *The Raj: India and the British, 1600-1947*, Londres, National Portrait Gallery Publications.

BELLAH, Robert (1957), *Tokugawa Religion*, Glencoe (Il.), The Free Press.

BENEDICT, Ruth (1954), *The Chrysanthemum and the Sword*, Tokio, Charles E. Tuttle [hay versión en castellano, *El crisantemo y la espada: modelos de la cultura japonesa*, Madrid, Alianza, 2003].

BENNETT, M. K. (1954), *The World's Food. A Study of the Interrelations of World Population, National Diets, and Food Potentials*, Nueva York, Harper.

BENTLEY, Jerry H. (1996), «Periodization in World History», *The American Historical Review*, 101, 3, pp. 749-770.

BERGESEN, Albert (1982), «The Emerging Science of the World-System», *International Social Science Journal*, 34, pp. 23-36.

——— (1995), «Let's Be Frank about World History», en Stephen Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems. Studying World-Historical Change*, Walnut Creek (Ca.), Altamira, pp. 195-205.

BERNAL, J. D. (1969), *Science in History*, Harmondsworth (GB), Penguin [hay versión en castellano, *Historia social de la ciencia. I, La ciencia en la historia*, Barcelona, Peninsula, 1989].

BERNAL, Martin (1987), *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, New Brunswick (NJ), Rutgers University Press [hay versión en castellano, *Atenea negra. Las raices afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993].

BLAUT, J. M. (1977), «Where Was Capitalism Born?», en R. Peet (ed.), *Radical Geography*, Chicago, Maasoufa Press.

——— (1992), «Fourteen Ninety-Two», *Political Geography Quarterly*, 11, 4, pp. 355-385, reeditado en J. M. Blaut et al., *1492: The Debate on Colonialism, Eurocentrism and History*, Trenton (NJ), Africa World Press.

——— (1993 a), *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*, Nueva York y Londres, Guilford Press.

——— (1993 b), «Mapping the March of History», texto presentado a la reunión anual de la American Association of Geographers, Atlanta, Georgia, 8 de abril.

——— (1997), «Eight Eurocentric Historians», cap 2 sobre «Decolonizing the Past: Historians and the Myth of European Superiority», manuscrito inédito [posteriormente publicado como *Eight Eurocentric Historians*, Nueva York, Guilford Press, 2000].

BOSERUP, Esther (1981), *Population and Technological Change. A Study of Long-Term Trends*, Chicago, University of Chicago Press [hay versión en castellano, *Población y cambio tecnológico. Estudio de las tendencias a largo plazo*, Barcelona, Crítica, 1984].

BOSWELL, Ferry y Joya MISRA (1995), «Cycles and Trends in the Early Capitalist World-Economy: An Analysis of Leading Sector Commodity Trades, 1500-1600/50-1750», *Review*, 18, 3, pp. 459-486.

BOSWORTH, Andrew (1995), «World Cities and World Economic Cycles», en Stephen S. Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems. Studying World Historical Change*, Walnut Creek (Ca.), Altamira, pp. 206-228.

BOXER, C. R. (1990), *Portuguese Conquest and Commerce in Southern Asia, 1500-1750*, Aldershot (GB), Variorum.

BRAUDEL, Fernand (1982), *The Wheels of Commerce*, vol. 2 de *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, Londres, Fontana [hay versión en castellano, *Las fuerzas del comercio*, vol. 2 de *Civilización y capitalismo*, Madrid, Alianza, 1984].

——— (1992), *The Perspective of the World*, vol. 3 de *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, Londres, Fontana [hay versión en castellano, *El tiempo del mundo*, Madrid, Alianza, 1984].

——— (1993), *A History of Civilizations*, Nueva York, Penguin.

BRENNING, Joseph A. (1983), «Silver in Seventeenth-Century Surat: Monetary Circulation and the Price Revolution in Mughal India», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press, pp. 477-493.

——— (1990), «Textile Producers and Production in Late Seventeenth Century Coromandel», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Merchants, Markets and the State in Early Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 66-89.

BREUER, Hans (1972), *Columbus Was Chinese. Discoveries and Inventions of the Far East*, Nueva York, Herder and Herder.

BROOK, Timothy (ed.) (1989), *The Asiatic Mode of Production in China*, Armonk (N. Y.), M. E. Sharpe.

——— (1998), *The Confusions of Pleasure. A History of Ming China (1368-1644)*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

BROWN, Michael Barratt (1963), *After Imperialism*, Londres, Heinemann.

BRUMMETT, Palmira (1994), *Ottoman Seapower and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery*, Albany (N.Y.), State University of New York Press.

BURTON, Audrey (1993), *Bukharan Trade, 1558-1718*, Papers on Inner Asia núm. 23, Bloomington (In.), Indiana University Institute for Inner Asian Studies.

CAMERON, Rondo (1963), «The Logistics of European Growth: A Note on Historical Periodization», *Journal of European Economic History*, 2, 1, pp. 145-148.

CARR-SAUNDERS, A. M. (1936), *World Population. Past Growth and Present Trends*, Oxford, Clarendon Press.

CARTIER, Michel (1981), «Les importations de métaux monétaires en Chine: Essay sur la conjoncture chinoise», *Annales*, 36, 3, pp. 454-466.

CHAKRABARTI, Phanindra Nath (1990), *Trans-Himalayan Trade. A Retrospect (1774-1914)*, Nueva Delhi, Classics India Publications.

CHANDRA, Bipan (1966), *The Rise and Growth of Economic Nationalism in India*, Nueva Delhi, Peoples Publishing House.

CHAPMAN, S. D. (1972), *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, Londres, MacMillan.

CHASE-DUNN, Christopher y Thomas HALL (1997), *Rise and Demise: Comparing World-Systems*, Boulder (Co.), Westview Press.

CHASE-DUNN, Christopher y Alice WILLARD (1993), «Systems of Cities and World-Systems: Settlement Size Hierarchies and Cycles of Political Centralization, 2000 BC-1988 AD», trabajo presentado a la reunión anual de la International Studies Association, Acapulco.

CHAUDHURI, K.-N. (1978), *The Trading World of Asia and the East India Company, 1660-1760*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1985), *Trade and Civilisation in the Indian Ocean. An Economic History from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1990 a), *Asia before Europe. Economy and Civilisation of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1990 b), «Politics, Trade and the World Economy in the Age of European Expansion: Themes for Debate», en Hans Pohl (ed.), *The European Discovery of the World and Its Economic Effects on Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

——— (1991), «Reflections on the Organizing Principle of Premodern Trade», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 421-442.

——— (1994), «Markets and Traders in India during the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India, 1100-1700*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

CHAUDHURI, S. (1995), *From Prosperity to Decline – Eighteenth-Century Bengal*, Nueva Delhi, Manohar.

CHAUNU, Pierre (1995), *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, SEVPEN.

CHEW, Sing (1997), «Accumulation, Deforestation, and World Ecological Degradation, 2500 BC to AD 1990», en Lee Freese (ed.), *Advances in Human Ecology*, Westport (Conn.), JAI Press.

CHEW, Sing (2001), *World Ecological Degradation. Accumulation, Urbanization and Deforestation, 2500 BC to AD 1990*, Walnut Creek (Ca.), Altamira/Sage.

CHEW, Sing y Robert DENEMARK (eds.), (1996), *The Underdevelopment of Development. Essays in Honor of Andre Gunder Frank*, Thousand Oaks (Ca.), Sage.

CHUAN, Han-Sheng (1969), «The Inflow of American Silver into China from the Late Ming to the Mid-Ch'ing Period», *The Journal of the Institute of Chinese Studies of the Chinese University of Hong Kong*, 2, pp. 61-75.

——— (1981), «The Inflow of American Silver into China during the 16th-18th Centuries», en *Proceedings of the Academic Sciences International Conference on Sinology*, Taipei, pp. 849-853.

——— (1995), «Estimate of Silver Imports into China from the Americas in the Ming and Ch'ing Dynasties», *Bulletin of the Institute of History and Philology*, 66, 3, pp. 679-693.

CIPOLLA, Carlo M. (1967), *Cañones y velas. La primera fase de la expansión europea, 1400-1700*, Barcelona, Ariel.

——— (1976), *Before the Industrial Revolution. European Society and Economy, 1000-1700*, Londres, Methuen.

——— (ed.) (1974), *The Sixteenth and Seventeenth Centuries*, vol. 2 de *The Fontana History of Europe*, Glasgow, Collins Fontana [hay versión en castellano, *Historia económica de Europa*, vol. 2, *Los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Ariel, 1979].

CIZAKCA, Murat (1987), «Price History and the Bursa Silk Industry: A Study in Ottoman Industrial Decline, 1550-1650», en Huri Islamoglu-Inan (ed.), *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.

CLARK, Colin (1977), *Population Growth and Land Use*, Londres, MacMillan.

COEDES, G. (1968), *The Indianized States of Southeast Asia*, Honolulú, University of Hawaii Press.

COHEN, H. Floris (1994), *The Scientific Revolution. A Historiographical Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press.

COSTELLO, Paul (1994), *World Historians and their Goals. Twentieth-Century Answers to Modernism*, De Kalb, Northern Illinois University Press.

CROMBIE, A. C. (1959), *Science in the Later Middle Ages and Early Modern Times: XIII-XVIII Centuries*, vol. 2 de *Medieval and Early Modern Science*, Nueva York, Doubleday.

CROSBY, Alfred W. (1972), *The Columbian Exchange. Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport (Conn.), Greenwood Press.

——— (1986), *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1994), *Germs, Seed and Animals. Studies in Ecological History*, Armonk (N.Y.), M. E. Sharpe.

——— (1996), «The Potato Connection», *World History Bulletin*, 12, 1, pp. 1-5.

CURTIN, Philip D. (1983), «Africa and the Wider Monetary World, 1250-1850», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press, pp. 231-268.

——— (1984), *Cross-Cultural Trade in World History*, Cambridge, Cambridge University Press.

CUSHMAN, Jennifer Wayne (1993), *Fields from the Sea. Chinese Junk Trade with Siam during the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries*, Ithaca (NY), Southeast Asia Program, Cornell University Press.

DARLING, Linda (1992), «Revising the Ottoman Decline Paradigm», Tucson, University of Arizona, manuscrito inédito.

DARLING, Linda (1994), «Ottoman Politics through British Eyes: Paul Rycaut's *The Present State of the Ottoman Empire*», *Journal of World History*, 5, 1, pp. 71-96.

DAS GUPTA, Ashin (1979), *Indian Merchants and the Decline of Surat: c. 1700-1750*, Wiesbaden, Steiner.

——— (1987), «The Maritime Trade of Indonesia: 1500-1800», en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (eds.), *India and the Indian Ocean, 1500-1800*, Calcuta, Oxford University Press, pp. 240-275.

——— (1990), «Trade and Politics in 18th-Century India», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia*, Oxford, Bruno Cassirer.

DAS GUPTA, Ashin y M. N. PEARSON (eds.) (1987), *Indian and the Indian Ocean, 1500-1800*, Calcuta, Oxford University Press.

DAWSON, Raymond (1967), *The Chinese Chameleon. An Analysis of European Conceptions of Chinese Civilization*, Londres, Oxford University Press.

DAY, John (1987), *The Medieval Market Economy*, Oxford, Basil Blackwell.

DEANE, Phillis (1965), *The First Industrial Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *La primera revolución industrial*, Barcelona, Península, 1975].

DE STE. CROIX, G. E. M. (1981), *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, Duckworth [hay versión en castellano, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988].

DE VRIES, Jan (1976), *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *La economía de Europa en una época de crisis, 1600-1750*, Madrid, Cátedra, 1979]

DEYELL, John (1983), «The China Connection: Problems of Silver Supply in Medieval Bengal», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press, pp. 207-230.

DHARAMPAL (1971), *Indian Science and Technology in the Eighteenth Century. Some Contemporary European Accounts*, Nueva Delhi, Impex India.

DICKSON, P. G. M. (1967), *The Financial Revolution in England. A Study in the Development of Public Credit, 1688-1756*, Londres, MacMillan.

DJAIT, Hichen (1985), *Europe and Islam*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

DOBB, Maurice (1963) [1946], *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, Routledge & Kegan Paul [hay versión en castellano, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1973].

DORN, Walter D. (1963), *Competition for Empire, 1740-1763*, Nueva York, Harper & Row.

DURAND, John D. (1967), «The Modern Expansionism of World Population», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 3, 3, pp. 140-142.

——— (1974), *Historical Estimates of World Population: An Evaluation*, Filadelfia, University of Pennsylvania, Population Studies Center.

DURKHEIM, Émile (1965), *The Division of Labour in Society*, Nueva York, The Free Press [hay versión en castellano, *La división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire, 1967].

DUSSEL, Enrique (1966), «Hipótesis para el Estudio de Latinoamérica en la Historia Universal», Resistencia (Chaco), Argentina, manuscrito.

EATON, Richard N. (1993), *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

EBERHARD, Wolfram (1977), *A History of China*, ed. rev., Londres, Routledge & Kegan Paul.
ELVIN, Mark (1973), *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford (Ca.), Stanford University Press.
FAIRBANK, John King (1969), *Trade and Diplomacy on the Chinese Coast*, Stanford (Ca.), Stanford University Press.
FAIRBANK, J. K., Edwin REISCHAUER y Albert M. CRAIG (eds.), (1978), *East Asia, Tradition, and Transformation*, Boston (Mass.), Houghton Mifflin.
FAROQHI, Suraiya (1984), *Town and Townsmen of Ottoman Anatolia. Trade, Crafts and Food Production in an Urban Setting, 1520-1650*, Cambridge, Cambridge University Press.
——— (1986), *Peasants, Dervishes and Traders in the Ottoman Empire*, Aldershot (GB), Variorum.
——— (1987), «The Venetian Presence in the Ottoman Empire, 1600-1630», en Huri Islamoglu-Inan (ed.), *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
——— (1991), «The Fieldglass and Magnifying Lens: Studies of Ottoman Crafts and Craftsmen», *The Journal of European Economic History*, 20, 1, pp. 29-58.
——— (1994) «Part II. Crisis and Change, 1590-1699», en Halil Inalcik y Donald Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 411-636.
FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe (1995), *Millenium*, Londres, Bantam Press [hay versión en castellano, *Millenium*, Barcelona, Planeta, 1995].
FISCHER, Wolfram, R. M. McInnis y J. Schneider (eds.), *The Emergence of a World Economy, 1500-1914*. Actas del IX Congreso Internacional de Historia Económica, Parte I: 1500-1850, Wiesbaden, Steiner Verlag.
FITZPATRICK, John (1992), «The Middle Kingdom, The Middle Sea, and the Geographical Pivot of History», *Review*, 15, 2, pp. 477-533.
FLETCHER, Joseph (1968), «China and Central Asia, 1368-1884», en John King Fairbank (ed.), *The Chinese World Order. Traditional China's Foreign Relations*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
——— (1985), «Integrative History: Parallels and Interconnections in the Early Modern Period. 1500-1800», *Journal of Turkish Studies*, 9, pp. 37-58. Reeditado en Beatriz Forbes Manz (ed.) (1995), *Studies on Chinese and Islamic Inner Asia*, Aldershot (GB), Variorum.
FLOOR, W. W. (1988), *Commercial Conflict between Persia and the Netherlands, 1712-1718*, Durham (GB), University of Durham Centre for Middle Eastern & Islamic Studies.
FLYNN, Dennis O. (1982), «Fiscal Crisis and the Decline of Spain (Castile)», *Journal of Economic History*, 42, pp. 139-147.
——— (1984), «The 'Population Thesis' View of Inflation Versus Economics and History» y «Use and Misuse of the Quantity Theory of Money in Early Modern Historiography», en Hans-Hubert Anton et al., *Trier Historische Forschungen*, Tréveris, Verlag Trierer Historische Forschungen, vol. 7, pp. 363-382 y 383-417.
——— (1986), «The Microeconomics of Silver and East-West Trade in the Early Modern Period», en Wolfram Fischer, R. M. McInnis y J. Schneider (eds.), *The Emergence of a World Economy*. Ponencias del IX Congreso Internacional de Historia Económica, Parte I: 1500-1850, Wiesbaden, Steiner Verlag, pp. 37-60.

FLYNN, Dennis O. (1991), «Comparing the Tokugawa Shogunate with Hapsburg Spain: Two Silver-based Empires in a Global Setting», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 332-359.
——— (1996), *World Silver and Monetary History in the 16th and 17th Centuries*, Aldershot (GB), Variorum.
FLYNN, Dennis O. y Arturo GIRÁLDEZ (1994), «China and the Manila Galleons», en A. J. H. Lantham y Heita Kawakatsu (ed.), *The Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres, Routledge, pp. 71-90.
——— (1995 a), «Born with a 'Silver Spoon': The Origin of World Trade», *Journal of World History*, 6, 2, pp. 201-222.
——— (1995 b) «China and the Spanish Empire», comunicación presentada al *55th Annual Meeting of the Economic History Association*, Chicago, 8-10 de septiembre.
——— (1995 c) «Arbitrage, China, and World Trade in the Early Modern Period», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 38, 4, pp. 429-448.
——— (1996), «Silver for Silver: Manila-Macao Trade in the 17th Century», *Philippine Studies*, 44, pp. 52-68.
FOLTZ, Richard (1996), «Central Asian Naqshbandi Connections of the Mughal Emperors», *Journal of Islamic Studies*, 7, 2, pp. 229-239.
——— (1997), «Central Asians in the Administration of Mughal India», *Journal of Asian History*, 31, 2, pp. 1-16.
FOSS, Theodore Nicholas (1986), «Chinese Silk Manufacture in Jean-Baptiste Du Halde *Description de la Chine (1735)*» en C. K. Pullapilly y E. J. Van Kley (eds.), *Asia and the West. Encounters and Exchanges from the Age of Explorations. Essays in Honor of Donald F. Lach*, Notre Dame (Ind.), Cross Roads Books.
FRANCIS, Peter Jr. (1989), *Breads and the Bead in Southeast Asia*, Lake Placid (NY), Center of Bead Research.
——— (1991), «Beadmaking at Arikamedu and Beyond», *World Archaeology*, 23, 1, pp. 28-43.
FRANK, Andre Gunder (1966), «The Development of Underdevelopment», *Monthly Review*, 18, 4, reeditado en Frank (1969), pp. 3-20 [hay versión en castellano, «El desarrollo del subdesarrollo», en VV.AA., *El nuevo rostro del capitalismo*, vol. 1, *Rupturas y continuidades en la economía-mundo*, Barcelona, Hacer, 2005, pp. 145-157.
——— (1967), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press [hay versión en castellano, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 1970].
——— (1969), *Latin America: Underdevelopment or Revolution*, Nueva York, Monthly Review Press [hay versión en castellano, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, Era, 1976].
——— (1975), *On Capitalist Underdevelopment*, Bombay, Oxford University Press [hay versión en castellano, *Sobre el subdesarrollo capitalista*, Barcelona, Anagrama, 1977].
——— (1978 a), *World Accumulation, 1492-1789*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press y Macmillan Press [hay versión en castellano, *La acumulación mundial, 1492-1789*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
——— (1978 b), *Dependent Accumulation and Underdevelopment*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press y Macmillan Press.

FRANK, Andre Gunder (1979), *Mexican Agriculture, 1520-1630: Transformation of Mode of Production*, Cambridge, Cambridge University Press.
——— (1980), «Development of Underdevelopment or Underdevelopment of Development in China», en C. C. Huang (ed.), *The Development of Underdevelopment in China*, White Plains (NY), M. E. Sharpe, pp. 90-99.
——— (1987), «Comment on Janet Abu-Lughod's "The Shape of the World System in the Thirteen Century"», *Studies in Comparative International Development*, 22, 4, pp. 35-37.
——— (1990 a), «A Theoretical Introduction to 5,000 Years of World System History», *Review*, 13, 2, pp. 155-248.
——— (1990 b), «The Thirteenth Century World System: A Review Essay», *Journal of World History*, 1, 2, pp. 249-256.
——— (1991 a), «A Plea for World System History», *Journal of World History*, 2, 1, pp. 1-28.
——— (1991 b), «Transitional Ideological Modes: Feudalism, Capitalism, Socialism», *Critique of Anthropology*, 11, 2, pp. 171-188.
——— (1991 c), «The Underdevelopment of Development», *Scandinavian Journal of Development Alternatives*, 10, 3, pp. 5-72.
——— (1992), *The Centrality of Central Asia*, Comparative Asian Studies núm. 8, Amsterdam, Vu University Press for Centre for Asian Studies.
——— (1993 a) «Bronze Age World System Cycles», *Current Anthropology*, 34, 4, pp. 383-430.
——— (1993 b), «The World is Round and Wavy: Demographic Cycles & Structural Analysis in the World System: A Review Essay of Jack A. Goldstone's *Revolutions and Rebellions in the Early Modern World*», *Contention*, 2, pp. 107-124, reeditado en Nikki Keddie (ed.), *Debating Revolutions*, Nueva York, New York University Press, 1995, pp. 200-220.
——— (1994), «The World Economic System in Asia before European Hegemony», *The Historian*, 56, 4, pp. 259-276.
——— (1995), «The Modern World System Revisited: Re-reading Braudel and Wallerstein», en Stephen S. Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems: Studying World-Historical Change*, Walnut Creek (Ca.), Altamira, pp. 206-228.
——— (1996), «The Underdevelopment of Development», en Sing Chew y Robert Denemark (eds.), *The Underdevelopment of Development. Essays in Honor of Andre Gunder Frank*, Thousand Oaks (Ca.), Sage, pp. 17-56.
——— (1998 a), «Materialistically Yours. The Dynamic Society of Graeme Snooks», *Journal of World History*, 9, 1, pp.
——— (1998 b), recensión crítica del libro de Richard von Glahn, *Fountain of Fortune. Money and Monetary Policy in China, 1000-1700*, *Journal of World History*, 9, 1.
FRANK, A. G. y Marta FUENTES (1990), «Civil Democracy: Social Movements in Recent World History», en S. Amin, G. Arrighi, A. G. Frank e I. Wallerstein (eds.), *Transforming the Revolution: Social Movements and the World-System*, Nueva York, Monthly Review Press, pp.
——— (1994), «On Studying the Cycles in Social Movements», en L. Kriesberg, M. Dobrkowski e I. Wallimann (eds.), *Research in Social Movements, Conflict and Change*, Greenwich (Conn.), JAI Press, vol. 17, pp. 173-196.
FRANK, A. G. y B. K. GILLS (1992), «The Five Thousand Years World System: An Introduction», *Humboldt Journal of Social Relations*, 18, 1, pp. 1-79.

FRANK, A. G. y B. K. GILLS (eds.) (1993), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres y Nueva York, Routledge.
FRANK, A. G., David GORDON y Ernest MANDEL (1994), «Inside Out or Outside In (The Exogeneity/Endogeneity Debate)», *Review*, 17, 1, pp. 1-5.
FUKUYAMA, Francis (1989), «The End of History», *National Interest*, 16, pp. 1-18.
——— (1992), *The End of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press [hay versión en castellano, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992].
GANGULI, B. N. (ed.), (1964), *Readings in Indian Economic History*, Bombay, Asia Publishing House.
GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio (1994), «Andalusia and the Crisis of the Indies Trade, 1610-1720», en I. A. A. Thompson y Bartolomé Yun Casalilla (eds.), *The Castilian Crisis of the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 115-135.
GATES, Hill (1996), *China's Motor. A Thousand Years of Petty Capitalism*, Ithaca (NY), Cornell University Press.
GENC, Mehmet (1987), «A Study of the Feasibility of Using Eighteenth-century Ottoman Financial Records as an Indicator of Economic Activity», en Huri Islamoglu-Inan (ed.), *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 345-373.
——— (1990), «Manufacturing in the 18th Century», comunicación presentada a la *Conference on the Ottoman Empire and the World Economy*, State University of New York, Binghamton, 16-17 de noviembre.
GERNET, Jacques (1985), *A History of China*, Cambridge, Cambridge University Press.
GERSCHENKRON, Alexander (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective. A Book of Essays*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press-Belknap Press [hay versión en castellano, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968].
GILLS, Barry K. y A. G. FRANK (1990-1991), «The Cumulation of Accumulation: Theses and Research Agenda for 5000 Years of World System History», *Dialectical Anthropology*, 15, 1, 1990, pp. 19-42. Versión más larga editada como «5000 Years of World System History: The Cumulation of Accumulation», en C. Chase-Dunn y T. Hall (eds.), *Precapitalist Core-Periphery Relations*, Boulder (Co.), Westview Press, 1991, pp. 67-111.
——— (1992), «World System Cycles, Crises, and Hegemonial Shifts 1700 BC to 1700 AD», *Review*, 15, 4, pp. 621-687.
——— (1994), «The Modern World System under Asian Hegemony. The Silver Standard World Economy, 1450-1750», Newcastle (GB), University of Newcastle, Department of Politics, manuscrito sin publicar.
GLEICK, James (1977), *Chaos. Making a New Science*, Londres y Nueva York, Penguin Books [hay versión en castellano, *Caos, la creación de una ciencia*, Barcelona, Seix Barral, 1988].
GLOVER, Ian C. (1990), *Early Trade between India and South-East Asia. A Link in the Development of a World Trading System*, 2ª edición revisada, Londres, University of Hull Centre for South-East Asian Studies.
——— (1991), «The Southern Silk Road: Archaeological Evidence for Early Trade between India and Southeast Asia», UNESCO Silk Roads Maritime Route Seminar, Bangkok.

GOLDSTEIN, Joshua S. (1988), *Long Cycles. Prosperity and War in the Modern Age*, New Haven (Conn.), Yale University Press.

GOLDSTONE, Jack A. (1991 a), *Revolutions and Rebellions in the Early Modern World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

——— (1991 b), «The Cause of Long-Waves in Early Modern Economic History», en Joel Mokyr (ed.), *Research in Economic History*, Greenwich (Conn.), JAI Press.

——— (1996). «Gender, Work, and Culture: Why the Industrial Revolution Came Early to England But Late to China», *Sociological Perspectives*, 39, 1, pp. 1-21.

GOODY, Jack (1996), *The East in the West*, Cambridge, Cambridge University Press.

GRANT, Jonathan (1996), «Rethinking the Ottoman 'Decline': Military Technology Diffusion in the Ottoman Empire, 15th-18th Centuries», comunicación presentada al World History Association Meeting de Pomona (Ca.), 20-22 de junio.

GROVER, B. R. (1994), «An Integrated Pattern of Commercial Life in Rural Society of North India during the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India, 1100-1700*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

HABIB, Irfan (1963 a), *The Agrarian System of Mughal India*, Bombay, Asia Publishing House.

——— (1963 b), «The Agrarian Causes of the Fall of the Mughal Empire», *Enquiry*, 1, pp. 81-98, y 2, pp. 68-77.

——— (1969), «Potentialities of Capitalistic Development in the Economy of Mughal India», *Journal of Economic History*, 29, 1, pp. 13-31.

——— (1980), «The Technology and Economy of Mughal India», *The Indian Economic and Social History Review*, 17, 1, pp. 1-34.

——— (1987), «A System of Tri-metalism in the Age of the 'Price Revolution': Effects of the Silver Influx on the Mughal Monetary System», en J. F. Richards (ed.), *The Imperial Monetary System of Mughal India*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

——— (1990), «The Merchant Communities in Pre-Colonial India», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 371-399.

HAGENDORN, Jan y Marion JOHNSON (1986), *The Shell Money of the Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press.

HALL, John A. (1985), *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*, Londres y Oxford, Penguin con Basil Backwell [hay versión en castellano, *Poderes y libertades. Las causas y consecuencias del auge de Occidente*, Barcelona, Península, 1988].

HALL, John R. (1984), «World System Holism and Colonial Brazilian Agriculture: A Critical Case Analysis», *Latin America Research Review*, 19, 2, pp. 43-69.

——— (1991), «The Patrimonial Dynamic in Colonial Brazil», en Richard Grahm (ed.), *Brazil and the World System*, Austin, University of Texas Press, pp. 57-88.

HALL, John Whitney (ed.) (1991), *The Cambridge History of Japan. Vol. 4. Early Modern Japan*, Cambridge, Cambridge University Press.

HAMASHITA, Takeshi (1988), «The Tribute Trade System and Modern Asia», *The Toyo Bunko*, 46, pp. 7-24, Tokio, Memoirs of the Research Department of Toyo Bunko.

——— (1994 a), «The Tribute Trade System and Modern Asia», edición revisada y reditada en A. H. J. Lantham y Heita Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge.

HAMASHITA, Takeshi (1994 b), «Japan and China in the 19th and 20th centuries», trabajo presentado en Ithaca (NY), Cornell University, verano.

HAMILTON, Earl J. (1934), *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel, 1975].

HANLEY, Susan B. y Kozo YAMAMURA (1977), *Economic and Demographic Change in Preindustrial Japan, 1600-1868*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

HARLOW, Vicent (1926), *A History of Barbados: 1625-1685*, Londres, Clarendon Press.

HARTE, N. B. (ed.) (1971), *The Study of Economic History: Collected Inaugural Lectures, 1893-1970*, Londres, Frank Cass.

HARTWELL, R. M. (1971), *The Industrial revolution and Economic Growth*, Londres, Methuen.

HASAN, Aziza (1994), «The Silver Currency Output of the Mughal Empire and Prices in Asia During the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India, 1100-1700*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

AL-HASSAN, Ahmand Y. y Donald R. HILL (1986), *Islamic Technology. An Illustrated History*, Cambridge y Paris, Cambridge University Press y UNESCO.

HESS, Andrew C. (1970), «The Evolution of the Ottoman Seaborne Empire in the Age of the Oceanic Discoveries, 1453-1525», *American Historical Review*, 75, 7, pp. 1892-1919.

HIGGINS, Benjamin (1991), *The Frontier as an Element in National and Regional Development*, memoria de investigación, núm. 2, Moncton (Canadá), Université de Moncton, Institut Canadien de Recherche sur le Développement Régional.

HILL, Christopher (1967), *Reformation to Industrial Revolution. British Economy and Society, 1530/1780*, Londres, Weidenfield & Nicholson [hay versión en castellano, *De la Reforma a la Revolución industrial*, Barcelona, Ariel, 1980].

HILTON, R. H. (ed.) (1976), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, New Left Books [hay edición en castellano, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977].

HIMMELFARB, Gertrude (1987), *The New History and the Old*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

HO CHUIMEI (1994), «The Ceramic Trade in Asia, 1602-1682», en A. J. H. Lantham y Heita Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge.

HO PING-TI (1959), *Studies on the Population of China, 1368-1953*, Cambridge, Harvard University Press.

HOBSBAWM, Eric J. (1954), «The Crisis of the Seventeenth Century», *Past & Present*, núms. 5 y 6, pp. [hay versión en castellano, «La crisis del siglo XVII», en T. Aston (comp.), *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983.

——— (1960), «The Seventeenth Century in the Development of Capitalism», *Science and Society*, 24, núm. 2.

HODGSON, Marshall G. S. (1954), «Hemispheric Interregional History as an Approach to World History», *UNESCO Journal of World History/Cahiers d'Histoire Mondiale*, 1, 3, pp. 715-723.

——— (1958), «The Unity of Later Islamic History», *UNESCO Journal of World History/Cahiers d'Histoire Mondiale*, 5, 4, pp. 879-914.

HODGSON, Marshall G. S. (1974), *The Venture of Islam*, Chicago, University of Chicago Press, 3 vols.
——— (1993), *Rethinking World History*, edición a cargo de Edmund Burke III, Cambridge, Cambridge University Press.
HOLT, P. M., Ann K. S. LAMBTON y Bernard LEWIS (eds.) (1970), *The Cambridge History of Islam*, Cambridge, Cambridge University Press.
HOLTFRERICH, Carl-Ludwig (ed.) (1989), *Interaction in the World Economy. Perspectives from International Economic History*, Londres, Harvester.
HOWE, Christopher (1996), *The Origins of Japanese Trade Supremacy. Development and Technology in Asia from 1540 to the Pacific War*, Londres, Hurst.
HUANG, C. C. (ed.), (1980), *The Development of Underdevelopment in China*, White Plains (NY), M. E. Sharpe.
HUNTINGTON, Samuel (1993), «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, 72.
——— (1996), *The Clash of Civilizations and Remaking the World Order*, Nueva York, Simon & Schuster [hay versión en castellano, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997].
IBN JALDUN (1969), *The Muqqadimah. An Introduction to History*, edición a cargo de N. J. Dawood, Princeton (NJ), Princeton University Press, Bollingen Series [hay versión en castellano, *Introducción a la historia universal (al-Muqaddimah)*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987].
IKEDA, Satoshi (1996), «The History of the Capitalist World-System vs. the History of East-Southeast Asia», *Review*, 19, 1, pp. 49-78.
INALCIK, Halil (1994), «Part I. The Ottoman State: Economy and Society, 1300-1600», en Halil Inalcik y Donald Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 9-410.
INALCIK, Halil y Donald QUATAERT (eds.) (1994), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
INKSTER, Ian (1991), *Science and Technology in History. An Approach to Industrial Development*, Londres, Macmillan Press.
ISLAMOGLU-INAN, Huri (ed.) (1987), *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
ISSAWI, Charles (ed.) (1966), *The Economic History of the Middle East, 1800-1914. A Book of Readings*, Chicago, University of Chicago Press.
JACKSON, Peter y Laurence LOCKHART (eds.) (1986), *The Timurid and Safavid Periods*. Vol. 6 de *The Cambridge History of Iran*, Cambridge, Cambridge University Press.
JONES, E. L. (1981), *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *El milagro europeo: entorno, economia y geopolitica en la historia de Europa y Asia*, Madrid, Alianza, 1990].
——— (1988), *Growth Recurring. Economic Change in World History*, Oxford, Clarendon Press [hay versión en castellano, *Crecimiento recurrente. El cambio económico en la historia mundial*, Madrid, Alianza, 1997].
JONES, Eric, Lionel FROST y Colin WHITE (1993), *Coming Full Circle. An Economic History of the Pacific Rim*, Boulder (Co.), Westview Press.
KAPLAN, Robert (1994), «The Coming Anarchy», *The Atlantic Monthly*, febrero.
——— (1996), *The Ends of the Earth*, Nueva York, Random House.
KEOHENE, R. O. (1984), *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

KINDLEBERGER, Charles (1989), *Spenders and Hoarders*, Singapur, ASEAN Economic Research Unit, Institute of Southeast Asian Studies.
KLEIN, Peter W. (1989), «The China Seas and the World Economy between the Sixteenth and Nineteenth Centuries: The Changing Structures of World Trade», en Carl-Ludwig Holtfrerich (ed.), *Interaction in the World Economy. Perspectives from International Economic History*, Londres, Harvester, pp. 61-89.
KOBATA, A. (1965), «The Production and Uses of Gold and Silver in Sixteenth- and Seventeenth-Century Japan», *Economic History Review*, pp. 245-266.
KOLLMAN, Wolfgang (1965), *Bevölkerung und Raum in Neuerer und Neuester Zeit* [Población y espacio en el pasado reciente y la actualidad], Wurzburgo.
KRASNER, S. (ed.) (1983), *International Regimes*, Ithaca (NY), Cornell University Press.
KUHN, Thomas S. (1969), «Comment», *Comparative Studies in Society and History*, 11, pp. 426-430.
——— (1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, 2ª ed., Chicago (Il), University of Chicago Press [hay versión en castellano, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971].
KUPPURAM, G. y K. Kumudamani (1990), *History of Science and Technology in India*, Nueva Delhi, Sundeep Prakashan.
KUZNETS, Simon (1930), *Secular Movements in Production and Prices*, Nueva York, Houghton & Mifflin.
LACH, Donald F. y Edwin J. VAN KLEY (1965), *Asia in the Making of Europe*, Chicago, University of Chicago Press.
LANDES, David S. (1969), *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
LANGER, William K. (1985), «Population Growth and Increasing Means of Subsistence», en David M. Herr (ed.), *Readings on Population*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, pp. 2-15.
LATTIMORE, Owen (1962 a), *Inner Asian Frontiers of China*, Boston, Peacon Press.
——— (1962 b), *Studies on Frontier History: Collected Papers, 1928-1958*, Oxford, Oxford University Press.
LEE, Donald Demos (1986), «Malthus and Boserup: A Dynamic Synthesis», en David Coleman y Roger Schofield (eds.), *The State of Population Theory. Forward from Malthus*, Oxford y Nueva York, Basil Blackwell.
LEIBNIZ [1859-1875] (1969), *Collected Works*, vol. 5, Hildesheim (NY), G. Olms.
LENSKI, Gerhard y Jean LENSKI (1982), *Human Societies*, 4ª ed. Nueva York, MacGraw-Hill.
LERNER, Daniel (1958), *The Passing of Traditional Society*, Glencoe (Il.), The Free Press.
LEWIS, Martin W. y Karen W. WIGEN (1997), *The Myth of Continents*, Berkeley, University of California Press.
LIEBERMAN, Victor (1995), «An Age of Commerce in Southeast Asia? Problems of Regional Coherence – A Review Article», *Journal of Asian Studies*, 54, 3, pp. 796- 807.
LIN MAN-HOUNG (1990) «From Sweet Potato to Silver», en Hans Pohl (ed.), *The European Discovery of the World and Its Economic Effects on Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, pp. 304-320.

LIPPIT, Victor (1980), «The Development of Underdevelopment in China», en C. C. Huang (ed.), *The Development of Underdevelopment in China*, White Plains (NY), M. E. Sharpe, pp. 1-78 y 125-135.

——— (1987), *The Economic Development of China*, Armonk (NY), M. E. Sharpe.

LIS, Catharine y Hugo SOLY (1997), «Different Paths of Development: Capitalism in Northern and Southern Netherlands during the Late Middle Ages and Early Modern Period», *Review*, 20, 2, pp. 211-242.

LIVI-BACCI, Massimo (1992), *A Concise History of World Population*, Cambridge (Mass.) y Oxford, Blackwell [hay versión en castellano, *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, Ariel, 2002].

LOURIDO, Rui D'Avila (1996 a), «European Trade between Macao and Siam, from its Beginnings to 1663», Florencia, European University Institute, manuscrito sin publicar.

——— (1996 b), *The Impact of the Silk Trade: Maco-Manila, from the Beginning to 1640*, París, UNESCO.

LUDDEN, David (1990), «Agrarian Commercialism in Eighteenth-Century South India», Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Merchants, markets and the State in Early Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 213-241.

MA, Laurence (1971), «Commercial Development and Urban Change in Sung China», Ann Arbor, University of Michigan, Department of Geography, manuscrito sin publicar.

MACKENSEN, Rainer y Heinze WEWER (eds.) (1973), *Dynamik der Bevölkerungsentwicklung* [Dinámica del desarrollo demográfico], Munich, Hanser Verlag.

MACLEOD, Roy y Deepak KUMAR (eds.) (1995), *Technology and the Raj. Western Technology and Technical Transfers to India, 1700-1947*, Nueva Delhi, Sage.

MADDISON, Angus (1983), «A Comparison of Levels of GDP Per Capita in Developed and Developing Countries, 1700-1980», *Journal of Economic History*, 43, 1, pp. 27-41.

——— (1991), *Dynamic Forces in Capitalist Development. Long-run Comparative View*, Oxford, Oxford University Press.

——— (1993), «Explaining the Economic Performance of Nations, 1820-1989», Australian National University Working Papers in Economic History núm. 174.

MANN, Michael (1986), *The Sources of Social Power*. Vol. 1, *History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *Las fuentes del poder social*. Vol. 1. *Una historia del poder desde los comienzos hasta el año 1760*, Madrid, Alianza, 1991].

——— (1993), *The Sources of Social Power*, Vol. 2, *The Rise of Classes and Nations, 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *Las fuentes del poder social*. Vol. 2, *El auge de las clases y las naciones, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997].

MANZ, Beatrice Forbes (ed.), (1995), *Studies on Chinese and Islamic Inner Asia*, Aldershot (GB), Variorum.

MARKS, Robert B. (1996), «Commercialization Without Capitalism. Processes of Environmental Change in South China, 1550-1850», *Environmental History*, 1, 1, pp. 56-82.

——— (1997 a), *Tigers, Rice, Silk and Silt. Environment and Economy in Late Imperial South China*, Nueva York, Cambridge University Press, citado del manuscrito.

MARKS, Robert B. (1997 b), «'It Never Used to Snow': Climatic Variability and Harvest Yields in Late Imperial South China, 1650-1850», en Mark Elvin y Liu Ts'ui-jung (eds.), *Sediments of Time: Environment and Society in China*, Nueva York, Cambridge University Press.

MARKS, Robert B. y Chen CHUNSHENG (1995), «Price Inflation and Its Social, Economic and Climatic Context in Guangdong Province, 1707-1800», *T'oung Pao*, 81, pp. 109-152.,

MARSHALL, P. J. (1987), «Private British Trade in the Indian Ocean before 1800», en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (eds.), *India and the Indian Ocean. 1500-1800*, Calcuta, Oxford University Press.

MASTERS, Bruce (1988), *The Origins of Western Economic Dominance in the Middle East. Mercantilism and the Islamic Ecomomy in Aleppo, 1600-1750*, Nueva York, New York University Press.

MARX, Karl y Friedrich ENGELS (2005) [1848], *El manifiesto comunista*, Madrid, Turner.

MAURO, F. (1961), «Towards an 'International Model': European Overseas Expansion between 1500 and 1800», *The Economic History*, 14, 1, pp. 1-17.

MCCLELLAND, David (1961), *The Achieving Society*, Princeton (NJ), Van Nostrand [hay versión en castellano, *La sociedad ambiciosa: factores psicológicos en el desarrollo económico*, Madrid, Guadarrama, 1968].

MCGOWAN, Bruce (1994) «Part III. The Age of the Ayans, 1699-1812». en Halil Inalcik y Donald Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 637-758.

MCNEILL, William (1963), *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago, University of Chicago Press.

——— (1964), *Europe's Steppe Frontier, 1500-1800*, Chicago, University of Chicago Press.

——— (1977), *Plagues and Peoples*, Nueva York, Doubleday, Anchor Press [hay versión en castellano, *Plagas y pueblos*, Madrid. Siglo XXI, 1984].

——— (1983), *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since AD 1000*, Oxford, Blackwell [hay versión en castellano, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, Siglo XXI, 1988].

——— (1989), *The Age of Gunpowder Empires, 1450-1800*, Washington D.C., American Historical Association.

——— (1990), «The Rise of the West After Twenty Five Years», *Journal of World History*, 1, 1, pp. 1-22.

——— (1996), «Acknowledgement», en *Praemium Erasmianum*, Amsterdam, Stichting Praemium Erasmianum.

MEILINK-ROELOFSZ, M. A. P. (1962), *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago between 1500 and about 1630*, La Haya, Martinus Nijhoff.

MENARD, Rusell (1991), «Transport Costs and Long-Range Trade, 1300-1800: Was There a European 'Transport Revolution' in the Early Modern Era?», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 228-275.

MERTON, Robert (1970) [1938], *Science, Technology, and Society in Seventeenth-Century England*, Nueva York, Howard Fertig.

Metu Studies in Development (1995), «New Approaches to European History», 22, 3.

METZLER, Mark (1994), «Capitalist Boom, Feudal Bust: Long Waves in Economics and Politics in Pre-Industrial Japan», *Review*, 17, 1, pp. 57-119.

MODELSKI, George (1993), «Sung China and the Rise of Global Economy», Seattle, University of Washington, Department of Political Science, manuscrito sin publicar.
MODELSKI, George y William THOMPSON (1988), *Sea Power in Global Politics, 1494-1993*, Londres, MacMillan Press.
——— (1992), «Kondratieff Waves, The Evolving Global Economy, and World Politics: The Problem of Coordination», comunicación presentada en la N. D. Kondratieff Conference, Moscú, 17 de marzo, y en el International Studies Association Meeting, Atlanta, 1-5 de abril.
——— (1996), *Leading Sectors and World Powers: The Co-Evolution of Global Economics and Politics*, Columbia, University of South Carolina Press.
Modern Asian Studies (1990), «A Seventeenth-Century 'General Crisis' in East Asia?», 24, 4.
MOKYR, Joel (1990), *The Lever of Riches. Technological Creativity and Economic Progress*, Nueva York, Oxford University Press [hay versión en castellano, *La palanca de la riqueza: creatividad tecnológica y progreso económico*, Madrid, Alianza, 1993].
MOLOUGHENEY, Brian y Xia WEIZ (1989), «Silver and the Fall of the Ming: A Reassessment», *Papers on Far Eastern History*, 40, pp. 51-78.
MORELAND, W. H. (1936), *A Short History of India*, Londres, Longman, Green.
MOSELEY, K. P. (1992), «Caravel and Caravan. West Africa and the World Economies, ca. 900-1900 AD», *Review*, 15, 3, pp. 523-555.
MUKHERJEE, Rila (1990/1991), «The French East India Company's Trade in East Bengal from 1750 to 1753: A Look at the Chandernagore Letters to Jugdia», *Indian Historical Review*, 17, 1-2, pp. 122-135.
——— (1994), «The Story of Kasimbazar: Silk Merchants and Commerce in Eighteenth-Century India», *Review*, 17, 4, pp. 499-554.
MUKUND, Kanakalatha (1992), «Indian Textile Industry in the 17th and 18th Centuries. Structure, Organisation, Responses», *Economic and Political Weekly*, 19, pp. 2057-2065.
MURPHEY, Rhoades (1977), *The Outsiders. Western Experience in India and China*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
MUSSON, A. E. (1972), *Science, Technology and Economic Growth in the Eighteenth Century*, Londres, Methuen.
NAM, Charles B. y Susan O. GUSTAVUS (1976), *Population. The Dynamics of Demographic Change*, Boston, Houghton Mifflin.
NASR, S. H. (1976), *Islamic Science*, World of Islam Festival.
NATIONAL RESEARCH COUNCIL WORKING GROUP ON POPULATION GROWTH AND ECONOMIC DEVELOPMENT (1986), *Population Growth and Economic Development: Policy Questions*, Washington (D.C.), National Academy Press.
NAYLOR, R. T. (1987), *Canada in the European Age*, Vancouver, Star Books.
NEEDHAM, Joseph (1954-), *Science and Civilization in China*, Cambridge, Cambridge University Press.
——— (1964), «Science and China's Influence on the World», en Raymond Dawson (ed.), *The Legacy of China*, Oxford, Clarendon.
——— (1981), *Science in Traditional China. A Comparative Perspective*, Hong Kong, The Chinese University Press.
NEF, John U. (1934), «The Progress of Technology and the Growth of Large-Scale Industry in Great Britain, 1540-1640», *The Economic History Review*, 5, 1, pp. 3-24.

NEHRU, Jawaharlal (1960), *The Discovery of India*, edición a cargo de Robert I. Crane, Nueva York, Doubleday, Anchor Press.
NG CHIN-KEONG (1983), *Trade and Society. The Amoy Network on the China Coast, 1683-1735*, Singapur, Singapore University Press.
NORTH, Douglass C. y Robert Paul THOMAS (1973), *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
O'BRIEN, Patrick (1982), «European Economic Development: The Contribution by the Periphery», *Economic History Review*, 35, pp. 1-18.
——— (1990), «European Industrialization: From the Voyages of Discovery to the Industrial Revolution», en Hans Pohl (ed.), *The European Discoveries of the World and Its Economic Effects on Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.
——— (1997), «Intercontinental Trade and the Development of the Third World since the Industrial Revolution», *Journal of World History*, 8, 1, pp. 75-134.
OLIVA, L. Jay (1969), *Russia in the Ear of Peter the Great*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall.
PACEY, Arnold (1990), *Technology in World Civilization*, Oxford, Basil Blackwell.
PALAT, Ravi Arvind e Immanuel WALLERSTEIN (1990), «Of What World System Was Pre-1500 "India" a Part?», ponencia presentada al *International Colloquium on Merchants, Companies and Trade*, París, Maison des Sciences de l'Homme, mayo-junio de 1900. Edición revisada publicada en S. Chaudhuri y M. Morineau (eds.), *Merchants, Companies and Trade. Europe and Asia in the Early Modern Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
PAMUK, Sevket (1994), «Money in the Ottoman Empire, 1326 to 1914», en Halil Inalcik y Donald Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 947-980.
PANIKKAR, K. M. (1959), *Asia and Western Dominance*, Londres, George Allen & Unwin.
PARKER, Geoffrey (1974), «The Emergence of Modern Finance in Europe, 1500-1730», en Carlo M. Cipolla (ed.), *The Sixteenth and Seventeenth Centuries*, vol. 2 de *The Fontana History of Europe*, Glasgow, Collins/Fontana, pp. 527-594.
——— (1991), «Europe and the Wider World, 1500-1750: The Military Balance», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 161-195.
——— (ed.) (1995), *The Times Illustrated History of the World*, Nueva York, Harper Collins.
PARSONS, Talcott [1937] (1949), *The Structure of Social Action*, Glencoe (Il.), The Free Press.
——— (1951), *The Social System*, Glencoe (Il.), The Free Press.
PASINETTI, L. (1981), *Structural Change and Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.
PAVLOV, V. I. (1964), *The Indian Capitalist Class. A Historical Study*, Nueva Delhi, Peoples Publishing House.
PEARSON, M. N. (ed.) (1966), *Spices on the Indian Ocean World*, Aldershot (UK) y Brookfield (Vt.), Variourum.
PERLIN, Frank (1983), «Proto-Industrialization and Pre-Colonial South Asia», *Past and Present*, 98, pp. 30-95; también en Perlin (1994).

PERLIN, Frank (1987), «Money-Use in Late Pre-Colonial India and the International Trade in Currency Media», en J. F. Richards (ed.), *The Imperial Monetary System of Mughal India*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

——— (1990), «Financial Institutions and Business Practices across the Euro-Asian Interface: Comparative and Structural Considerations», en Hans Pohl (ed.), *The European Discovery of the World and Its Economic Effects on Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

——— (1993), *'The Invisible City'. Monetary, Administrative and Popular Infrastructure in Asia and Europe, 1500-1900*, Aldershot (UK), Variorum.

——— (1994), *Unbroken Landscape. Commodity, Category, Sign and Identity; Their Production as Myth and Knowledge from 1500*, Aldershot (UK), Variorum.

PIRENNE, Henri (1992), *Mohammed and Charlemagne*, Nueva York, Barnes and Noble [existe versión en castellano, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 1974].

PIRES, Thomas (1942-1944) [¿1517?], *Suma Oriental*, Londres, Hakluyit Society.

POHL, Hans (ed.), (1990), *The European Discovery of the World and Its Economic Effects on Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

POLANYI, Karl (1957), *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press [hay versión en castellano, *La gran transformación. Los orígenes politicos y económicos de nuestro tiempo*, Madrid, La Piqueta, 1989].

POLANYI, K., C. ARENSBERG y W. H. PEARSON (1957), *Trade and Markets in the Early Empires*, Glencoe (Il.), The Free Press [hay versión en castellano, *Comercio y mercados en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976].

POMERANZ, Kenneth (1997), «A New World of Growth: Markets, Ecology, Coercion, and Industrialization in Global Perspective», manuscrito sin publicar.

PORTER, Tony (1995), «Innovation in Global Finance: Impact on Hegemony and Growth since 1000 AD», *Review*, 18, 3, pp. 387-430.

PRAKASH, Om (1983), «The Dutch East India Company in the Trade of the Indian Ocean», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N. C.), Carolina Academic Press.

——— (1994), *Precious Metals and Commerce*, Aldershot (UK), Variorum.

——— (1995), *Asia and the Pre-modern World Economy*, Leiden, International Institute for Asian Studies.

PRIGOGINE, Ilya (1996), *The End of Certainty: Time, Chaos, and the New Laws of Nature*, Nueva York, The Free Press/Simon & Schuster [hay versión en castellano, *El fin de las certidumbres*, Madrid, Taurus, 1997].

PRYOR, F. L. y S. B. MAURER (1983), «On Induced Change in Precapitalist Societies», *Journal of Development Economics*, 10, pp. 325-353.

QAISAR, Ahsan Jan (1982), *The Indian Response to European Technology and Culture (A.D. 1498-1707)*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

QUAISON, Serafin D. (1991), «The South China Trade with Spain Philippine Colony up to 1762», París y Bangkok, UNESCO Integral Study of the Silk Roads: Roads of Dialogue, manuscrito sin publicar.

RAHMAN, Abdur (ed.) (1984), *Science and Technology in Indian Culture – A Historical Perspective*, Nueva Delhi, National Institute of Science, Technology and Development Studies.

RAMASWAMY, Vijaya (1980), «Notes on the Textile Technology in Medieval India with Special Reference to the South», *The Indian Economic and Social History Review*, 17, 2, pp. 227-242.

——— (1985), *Textiles and Weavers in Medieval South India*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

RAYCHAUDHURI, Tapan e Irfan HABIB (eds.) (1982), *The Cambridge Economic History of India*, Vol. 1: *c. 1220-c- 1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

REID, Anthony (1990), «The Seventeenth-Century Crisis in Southeast Asia», *Modern Asian Studies*, 24, 4, pp. 639-659.

——— (1993), *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680*. Vol. 2, *Expansion and Crisis*, New Haven (Conn.), Yale University Press.

——— (1997), «A New Phase of Commercial Expansion in Southeast Asia, 1760-1850», en Anthony Reid (ed.), *The Last Stand of Autonomous States in Southeast Asia and Korea*, Londres, MacMillan Press (citado del manuscrito original).

REID, Anthony (ed.) (1983), *Slavery, Bondage and Dependency in Southeast Asia*, St. Lucia (N.Y.), University of Queensland Press.

REILLY, Kevin (1989), *The West and the World. A History of Civilization*, Nueva York, Harper & Row, 2 vols.

RICH, E. E. y C. H. WILSON (1967), *The Economy of Expanding Europe in the Sixteenth Seventeenth Centuries*, vol. 4 de *The Cambridge Economic History of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.

RICHARDS, John F. (1983), «Outflows of Precious Metals from Early India», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press.

——— (1990), «The Seventeenth-Century Crisis in South Asia», *Modern Asian Studies*, 24, 4, pp. 625-638.

——— (1997), «Early Modern India and World History», *Journal of World History*, 8, 2, pp. 197-210.

RICHARDS, John F. (1987), *The Imperial Monetary System of Mughal India*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

——— (1993), *Southeast Asia in the Early Modern Era. Trade, Power, and Belief*, Ithaca (N.Y.), Cornell University Press.

RODINSON, Maxime (1970), «Le Marchand Musulman», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia*, Oxford, Bruno Cassirer.

——— (1972), *Islam et Capitalisme*, París, Éditions du Seuil.

RONAN, Colin A. (1986), *The Shorter Science and Civilization of China. An Abridgement of Joseph Needham's Original Text*, vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press.

ROSENBERG, Nathan y L. E. BRIDZELL, Jr. (1986), *How the West Grew Rich. The Economic Transformation of the Industrial World*, Nueva York, Basic Books.

ROSSABI, Morris (1975), *China and Inner Asia. From 1368 to the Present Day*, Londres, Thames and Hudson.

——— (1990), «The 'Decline' of the Central Asian Caravan Trade», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press. Editado también en Gary Seadman (ed.), *Ecology and Empire. Nomads in the Cultural Evolution of the Old World*, vol. 1, Los Ángeles (Ca.), ETHNOGRAPHIC/USC, Center for Visual Anthropology, University of Southern California Press.

ROSTOW, W. W. (1962), *Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press [hay versión en castellano, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971].
ROSTOW, W. W. (1975), *How It All Began: Origins of the Modern Economy*, Nueva York, McGraw-Hill.
ROWE, William T. (1984), *Hankow: Commerce and Society in a Chinese City, 1796-1895*, Stanford (Ca.), Stanford University Press.
——— (1989), *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City, 1796-1895*, Stanford (Ca.), Stanford University Press.
ROY, Aniruddha y S. K. BAGCHI (1986), *Technology in Ancient and Medieval India*, Nueva Delhi, Sundeep Prakashan.
ROZMAN, Gilbert (ed.) (1981), *The Modernization of China*, Nueva York, The Free Press.
SAHILLIOGLU, Halial (1983), «The Role of International Monetary and Metal Movements in Ottoman Monetary History, 1300-1750», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N. C.), Carolina Academic Press.
SAID, Edward (1978), *Orientalism*, Nueva York, Random House [hay versión en castellano, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990].
SALIBA, George (1996), «Arab Influences on the Renaissance», comunicación presentada al *5th Annual Congress of the World Historical Association*, Pomona (California), 21 de junio.
SALVATORE, Dominick (ed.) (1988), *World Population Trends and Their Impact on Economic Development*, Nueva York, Greenwood Press.
SANDERSON, Stephen K. (1995), *Social Transformations: A General Theory of Historical Development*, Oxford, Blackwell.
SANDERSON, Stephen K. (ed.) (1995), *Civilizations and World Systems. Studying World-Historical Change*, Walnut Creek (Ca.), Altamira.
SANGWAN, Satpal (1995), «The Sinking Ships: Colonial Policy and the Decline of Indian Shipping, 1735-1835», en Roy McLeod y Deepak Kumar (ed.), *Technology and the Raj. Western Technology and Technical Transfers to India, 1700-1947*, Nueva Delhi, Sage.
SCHNEIDER, Jane (1977), «Was There a Pre-capitalist World System?», *Peasant Studies*, 6, 1, pp. 30-39.
SCHRIEKE, B. (1995), *Indonesian Sociological Studies: Selected Writings of B. Schrieke*, La Haya, Van Hoewe.
SCHUMPETER, Joseph Alois (1939), *Business Cycles*, Nueva York, McGraw Hill [hay versión en castellano, *Ciclos económicos: análisis teórico, histórico y estadístico del desarrollo capitalista*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2002].
SEIDER, Gerald (1995), «Social Differentiation in Rural Regions: A Political Anthropology of Accumulation and Inequality in the African Sahel», comunicación presentada a la reunion de la American Anthropological Association, Washington (D. C.), noviembre.
SHAFFER, Lynda Noreen (1989), «The Rise of the West: From Gupta India to Renaissance Europe», Nueva York, Columbia University East Asia Institute, manuscrito sin publicar.
SHAPIN, Steven (1996), *The Scientific Revolution*, Chicago, University of Chicago Press [hay versión en castellano, *La revolución científica: una interpretación alternativa*, Barcelona, Paidós, 2000].

SIDERI, Sandro (1970), *Trade and Power. Informal Colonialism in Anglo-Portuguese Relations*, Rotterdam, Rotterdam University Press.
SIMMEL, Georg (1955), *Conflict and the Web of Group Affiliations*, Nueva York, The Free Press.
——— (1980), *Essays on Interpretation in Social Sciences*, edición a cargo de Guy Oakes, Totowa (N.J.), Roman & Littlefield.
SINGER, Charles et al. (eds.) (1957), *A History of Technology*, vols. 2 y 3, Oxford, The Clarendon Press.
SIVIN, N. (1982), «Why the Scientific Revolution Did Not Take Place in China – Or Didn't It?», en *Explorations in the History of Science and Technology in China, Complied in Honour of the 80th Birthday of Dr. J. Needham*, Shanghai, publicado también en *Chinese Science*, 5, pp. 45-66, en Everett Mendelsohn (ed.), *Transformation and Tradition in the Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 531-554, y en *Science in Ancient China. Researches and Reflections*, Aldershot (UK), Variorum, 1995.
SKOCPOL, Theda (1985), «Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research», en P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. [hay versión en castellano, «El estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual», *Zona Abierta*, 50, 1989, pp. 71-122].
SMITH, Adam (1981) [1776], *La riqueza de las naciones [Investigación sobre la naturales y causas de la riqueza de las naciones*], México, Fondo de Cultura Económica.
SMITH, Alan K. (1991), *Creating a World Economy. Merchant Capital, Colonialism, and World Trade, 1400-1825*, Boulder (Co.), Westview Press.
SNOOKS, Graeme Donald (1996), *The Dynamic Society. Exploring the Sources of Global Change*, Londres y Nueva York, Routledge.
SOMBART, Werner (1967), *Luxury and Capitalism*, Ann Arbor, University of Michigan Press [hay versión en castellano, *Lujo y capitalismo*, Madrid, Revista de Occidente, 1965].
——— (1969), *The Jews and Modern Capitalism*, Nueva York, B. Franklin.
STAVARIANOS, L. S. (1966), *The World Since 1500. A Global History*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall.
STEARNS, Peter N. (1993), *The Industrial Revolution in World History*, Boulder (Co.), Westview Press.
STENSGAARD, Niels (1972), *Carracks, Caravans and Companies: The Structural Crisis in the European-Asian Trade in the Early 17th Century*, Copenhague, Studentlitteratur.
——— (1987), «The Indian Ocean Network and the Emerging World-Economy (c. 1550 to 1750), en S. Chandra (ed.), *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce, and Politics*, Nueva Delhi, Sage, pp. 125-150.
——— (1990 a), «Before the World Grew Small. The Quest for Patterns in Early Modern World History», en Mats Lundhal y Thommy Svensson (ed.), *Agrarian Society in History. Essays in Honour of Magnus Morner*, Londres y Nueva York, Routledge.
——— (1990 b), «The Seventeenth-Century Crisis and Unity of Eurasian History», *Modern Asian Studies*, 24, 4, pp. 683-697.
——— (1990 c), «Commodities, Bullion and Services in Intercontinental Transactions Before 1750», en Hans Pohl (ed.), *The European Discovery of the World and Its Economic Effects in Pre-Industrial Society, 1500-1800*. Ponencias del X Congreso Internacional de Historia Económica, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

STENSGAARD, Niels (1990 d), «The Growth and Composition of the Long-Distance Trade of England and the Dutch Republic before 1750», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 102-152.

STEIN, Burton (1989), «Eighteenth-Century India: Another View», *Studies in History*, 5, 1, pp. 1-26.

SUBRAHMANYAM, Sanjay (1990), *The Political Economy of Commerce. Southern India, 1500-1650*, Cambridge, Cambridge University Press.

——— (1994), «Precious Metal Flows and Prices in Western and Southern Asia, 1500-1750: Some Comparative and Conjuctural Aspects», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India, 1100-1700*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

SUBRAHMANYAM, Sanjay (ed.) (1990), *Merchants, Markets and the State in Early Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

——— (1994), *Money and the Market in India, 1100-1700*, Nueva Delhi, Oxford University Press.

SUBRAHMANYAM, Sangay y C. A. BAYLY (1990), «Portfolio Capitalists and Political Economy of Early Modern India», en Sanjay Subrahmanyam (ed.), *Merchants, Markets and the State in Early Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1990, pp. 242-265.

SUN LAICHEN (1994 a), «Burmese Tributary and Trade Relations with China Between the Late Thirteenth and Eighteenth Centuries», Ann Arbor, University of Michigan, Department of History, manuscrito sin publicar.

——— (1994 b), «The 18th Century Sino-Vietnam Overland Trade and Mining Industry in Northern Vietnam», Ann Arbor, University of Michigan, Department of History, manuscrito sin publicar.

SUNAR, Ilkay (1987), «State and Economy in the Ottoman Empire», en Huri Islamoglu-Inan (ed.), *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.

TARLING, Nicolas (ed.) (1992), *The Cambridge History of Southeast Asia*, vol. 1, *From Early Times to c. 1800*, Cambridge, Cambridge University Press.

TAWNEY, R. H. (1926), *Religion and the Rise of Capitalism*, Nueva York, Harcourt Brace [hay versión en castellano, *La religión en el origen del capitalismo: estudio histórico*, Buenos Aires, Dédalo, 1959].

TEGGART, Frederick (1939), *Rome and China: A Study of Correlations in Historical Events*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

TEPASKE, J. J. (1983), «New World Silver, Castile, and the Philippines, 1590-1800», en J. F. Richards (eds.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (NC), Carolina Academic Press.

TIBEBU, Teshale (1990), «On the Question of Feudalism, Absolutism, and the Bourgeois revolution», *Review*, 13, 1, pp. 49-152.

TOGAN, Isenbike (1990), «Inner Asian Muslim Merchants and the Closing of the Silk Route (17th and 18th centuries)», comunicación presentada al UNESCO Urumqui Seminar, agosto.

TOYNBEE, Arnold (1946), *A Study of History* (versión reducida), Oxford, Oxford University Press [hay versión en castellano, *Estudio de la Historia*, Buenos Aires, Emecé, 1951].

TRACY, James D. (ed.) (1990), *The Rise of the Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

TRACY, James D. (1991), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press.

TURNER, Brian S. (1986), *Marxism and the End of Orientalism*, Londres, Croom Helm.

UDOVITCH, Abraham L. (1970), «Commercial Techniques in Early Medieval Islamic Trade», en D. S. Richards (ed.), *Islam and Trade in Asia*, Oxford, Bruno Cassirer, pp. 37-62.

UNITED NATIONS POPULATION DIVISION (1951), *Population Bulletin*, 1.

——— (1953), *The Determinants and Consequences of Population Trends*, Nueva York, Naciones Unidas.

——— (1954), *The Past and Future Population of the World and its Continents*, World Population Conference Paper, núm. 243, Nueva York, Naciones Unidas.

VAN DER WEE, Herman y Erik AERTS (eds.) (1990), *Debates and Controversies in Economic History*. Actas del X Congreso Internacional de Historia Económica, Lovaina, Leuven University Press.

VAN LEUR, J. C. (1955), *Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History*, La Haya y Bandung, W. van Hoeve.

VAN ZANDEN, Jan Luiten (1997), «Do We Need a Theory of Merchant Capitalism?», *Review*, 20, 2, pp. 255-268.

VIRAPHOL, Sarasin (1977), *Tribute and Profit: Sino-Siamese Trade, 1652-1853*, Harvard East Asian Monograph núm. 76, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

VOLL, John I. (1994), «Islam as a Special World-System», *Journal of World History*, 5, 2, pp. 213-226.

VON GLAHN, Richard (1996 a), «Myth and Reality of China's Seventeenth Century Monetary Crisis», *The Journal of Economic History*, 56, 2, pp. 429-454.

——— (1996 b), *Fountain of Fortune: Money and Monetary Policy in China, 1000 to 1700*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

WAKEMAN, Frederic E. (1986), «China and the Seventeenth-Century Crisis», *Late Imperial China*, 7, 1, pp. 1-23.

WALLERSTEIN, Immanuel (1974), *The Modern World-System*, vol. 1, *Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Books [hay versión en castellano, *El moderno sistema mundial*. Vol. 1, *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

——— (1980), *The Modern World-System*, vol. 2, *Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750s*, Nueva York, Academic Press [hay edición en castellano, *El moderno sistema mundial*, vol. 2, *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Madrid, Siglo XXI, 1984].

——— (1989), *The Modern World-System*, vol. 3, *The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s*, Nueva York, Academic Press [hay edición en castellano, *El moderno sistema mundial*, vol. 3, *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, Madrid, Siglo XXI, 1999].

——— (1991), «World System versus World-Systems: A Critique», *Critique of Anthropology*, 11, 2.

——— (1992), «The West, Capitalism, and the Modern World-System», *Review*, 15, 4, pp. 561-619.

WALLERSTEIN, Immanuel (1993), «World System versus World-Systems. A Critique», en A. G. Frank y Barry K. Gills (eds.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 292-296.

——— (1995), «Hold the Tiller Firm: On Method and the Unit of Analysis», en Stephen P. Sanderson (ed.), *Civilizations and World-Systems. Studying World-Historical Change*, Walnut Creek (Ca.). Altamira, pp. 239-247.

——— (1996 a), «Underdevelopment and Its Remedies», en Sing Chew y Robert Denemark (eds.), *The Underdevelopment of Development: Essays in Honor of Andre Gunder Frank*, Thousand Oaks (Ca.), Sage, pp. 335-364.

——— (1996 b), *Open the Social Sciences*, informe de la Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences, Stanford (Ca.), Stanford University Press.

——— (1997), «Merchant, Dutch, or Historical Capitalism?», *Review*, 20, 2, pp. 243-254.

WANG GUNGWU (1979), «Introduction: The Study of the Southeast Asian Past», en Anthony Reid y David Narr (eds.), *Perceptions of the Past in Southeast Asia*, Singapur, Heinemann.

——— (1990), «Merchants without Empire: The Hokkien Sjourning Communities», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 400-422.

WEBER, Max (1950), *General Economic History*, Glencoe (Il.), The Free Press.

——— (1958), *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Nueva York, Charles Scribner's Sons [hay versión en castellano, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969].

WEINERMAN, Eli (1993), «The Polemics between Moscow and Central Asians on the Decline of Central Asia and Tsarist Russia's Role in the History of the Region», *The Slavonic and East European Review*, 71, 3, pp. 428-481.

WHITE, Lynn, Jr. (1962), *Medieval Technology and Social Change*, Nueva York, Oxford University Press.

WHITMORE, John K. (1983), «Vietnam and the Monetary Flow of Eastern Asia, Thirteenth to Eighteenth Centuries», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press.

WILLCOX, Walter F. (1931), *International Migrations*, Nueva York, National Bureau of Economic Research, vol. 2.

——— (1940), *Studies in American Demography*, Ithaca (NY), Cornell University Press.

WILLS, John E., Jr. (1993), «Maritime Asia, 1500-1800: The Interactive Emergence of European Domination», *American Historical Review*, pp. 83-105.

WILKINSON, David (1987), «Central Civilization», *Comparative Civilizations Review*, pp. 31-59.

——— (1993), «Civilizations, Cores, World economies, and Oikumenes», en A. G. Frank y Barry K. Gills (eds.), *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres y Nueva York, Routledge.

WILKINSON, Endymion Porter (1980), *Studies in Chinese Price History*, Nueva York y Londres, Garland.

WITTFOGEL, Karl (1957), *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, New Haven (Conn.), Yale University Press [hay versión en castellano, *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario*, Madrid, Guadarrama, 1969].

WOLF, Eric (1982), *Europe and the People Without History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press [hay versión en castellano, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987].

WONG, R. Bin (1997), *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*. Ithaca (NY), Cornell University Press.

WRIGLEY, E. A. (1994), «The Classical Economists, the Stationary State, and the Industrial Revolution», en Graeme Donald Snooks (ed.), *Was the Industrial Revolution Necessary?*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 27-42.

YAMAMURA, Kozo y Tetsuo KAMIKI (1983), «Silver Mines and Sung Coins – A Monetary History of Medieval and Modern Japan in International Perspective», en J. F. Richards (eds.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Durham (N.C.), Carolina Academic Press.

YAN CHEN (1991), «The Cultural Relations between China, The Philippines and Spanish America Through the Maritime Silk Route», París y Bangkok, UNESCO Integral Study of the Silk Roads, Roads of Dialogue, manuscrito sin publicar.

YAN LIEN-SHENG (1952), *Money and Credits in China. A Short History*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

ZEITLIN, Irving M. (1994), *Ideology and the Development of Sociological Theory*, 5ª ed., Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall [hay versión en castellano, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1965].

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO